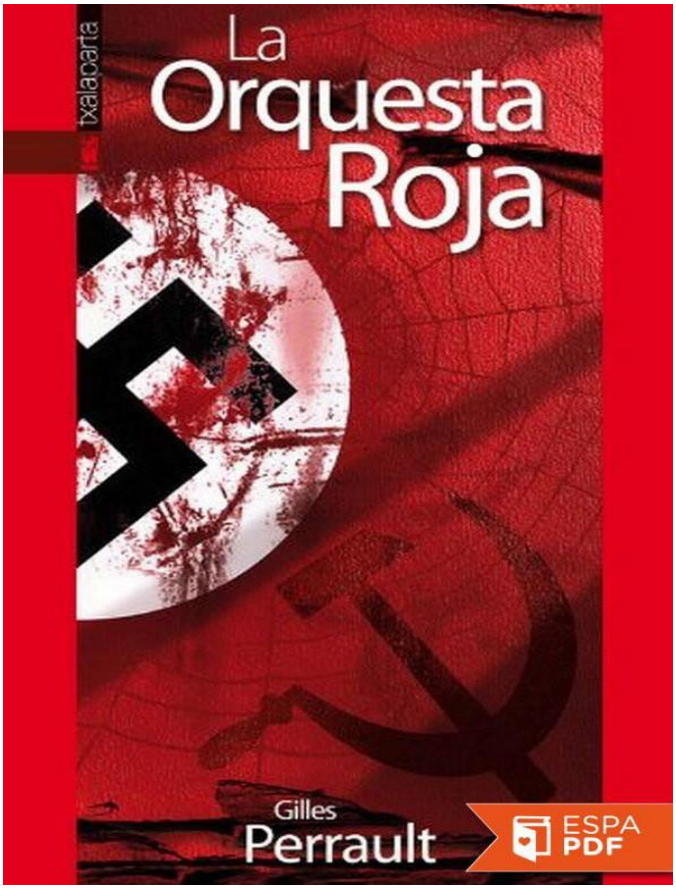


La Orquesta Roja narra la historia de una organización única en el espionaje mundial: la red de espías soviéticos que causó estragos en las filas nazis durante la segunda guerra mundial. Implantada en el corazón mismo del imperio nazi, extendiendo sus redes sobre toda la Europa ocupada, jugó un papel decisivo en la derrota de Alemania. La Orquesta Roja estaba dirigida por un hombre cuyo apodo dice lo suficiente sobre su envergadura: El Gran Jefe, un judío polaco, nacido el 23 de febrero de 1904 cuyo nombre era Léopold Trepper.

Contra los «músicos» de aquella singular orquesta Hitler lanzó a la Gestapo. Los mejores agentes del contraespionaje nazi formaron el Kommando Rote Kapelle y entre ambas organizaciones se entabló un duelo encarnizado cuyo escenario fue toda la Europa ocupada y la propia Alemania.

El escritor francés Gilles Perrault recorrió durante tres años Europa en busca de sobrevivientes de este episodio y con apasionamiento intentó descubrir, no sólo los hechos, sino los motivos que los desencadenaron hasta llegar a develar cómo ellos mismos causan su propia destrucción.

Gilles Perrault

La Orquesta Roja

ePub r1.0
German25 1.3.15
Título original: *L'Orchestre Rouge*
Gilles Perrault, 1967
Traducción: María Angélica Bosco

Editor digital: German25 ePub base r1.2

A mis padres, Georges y Germaine Peyroles, quienes formaban parte de otra orquesta.

Primera parte

LARED

1

De las gaviotas de Cranz a las de Utah Beach

Durante la Segunda Guerra Mundial, la estación receptora de Cranz, en Prusia Oriental, a pocos metros del Báltico, estaba encargada de interceptar las emisiones clandestinas. En la noche del 25 al 26 de junio de 1941, un radioperador a cargo de la estación conectó el receptor a la hora habitual, en la frecuencia de emisión de una estación noruega. Pero, en lugar de escuchar la señal acostumbrada registró otra, desconocida: KLK de PTX -KLK de PTX - KLK de PTX. A la señal siguió un mensaje que contenía varios grupos cifrados. La radio de Cranz informó acerca del descubrimiento de una nueva emisora clandestina y señaló la frecuencia utilizada.

Así se inició el caso que se convertiría en la pesadilla del Reichsführer Himmler y del almirante Canaris, jefes de los dos servicios secretos alemanes, un caso que llevaría a Hitler hasta el extremo de declarar, el 17 de mayo de 1942: «Los bolcheviques son superiores a nosotros en un solo campo de acción: el espionaje». Pero en esa fecha el Führer no conocía aún la centésima parte del prestigioso desarrollo de la Orquesta Roja.

El héroe de esta historia, Léopold Trepper, es un judío polaco nacido en Neumarkt, cerca de Zakopane, el 23 de febrero de 1904. Su padre, viajante de comercio, se extenuaba para dar subsistencia a una familia de diez hijos. Murió en la penuria cuando el joven Léopold iba a cumplir doce años de edad. Puesto que el chico daba pruebas de una rara vivacidad mental, los suyos decidieron sacrificarlo todo a su ascenso social. De acuerdo con sus ancestrales tradiciones, Polonia era antisemita en esa época y yacía bajo la bota

de una dictadura militar; la guerra y las convulsiones económicas la desangraban. Todas estas desdichadas circunstancias comprometían el empeño de los Trepper.

Léopold hizo sus estudios en Lwoff y luego se inscribió en la Universidad de Cracovia donde siguió cursos de historia y de literatura. Tenía dieciocho años y podía creer que su ascenso iba por buen camino. Una mediocre beca y los sacrificios de su familia le permitían subsistir bien o mal. Sus profesores estaban contentos con él. Un año después una nueva crisis económica golpeaba a Polonia y el estudiante de Cracovia inició su largo combate contra el Hambre. El Hambre ganó la partida.

Léopold abandonó sus estudios, se hizo albañil primero, luego cerrajero y por fin fue a parar bajo tierra, a las minas de Kattowicz. Dos años después trepaba a la superficie para trabajar como operario en una fundición de Dombrova. Siempre tenía hambre. Toda Dombrova tenía hambre. Enloquecidos por la miseria los obreros provocaron motines prestamente sofocados por los lanceros polacos. Uno de los organizadores del movimiento se llamaba Trepper. Fue detenido y encarcelado. Entonces tenía veintidós años y aún padecía hambre.

Una foto de la célula comunista a la cual pertenecía Trepper escapó a las requisas de la policía polaca primero y a las de la Gestapo después. Muestra a una decena de muchachos muy jóvenes, con la cabeza rasurada y el gesto duro. Todos se parecen: una pasión común los habita y la tensión presta a sus rasgos una dureza uniforme. Son, a la vez, huraños y desesperados. Si el equipo de cabezas rapadas vistiera trajes de piloto en lugar de las mezquinas chaquetas, podría ser una escuadrilla de kamikazes japoneses. En la foto Trepper resulta fácilmente identificable. Aun cuando los años y las angustias hayan deshecho ese rostro, entonces duro como el granito, se lo reconocerá por sus ojos gris claro, capaces de expresar al mismo tiempo una implacable determinación y una inesperada ternura.

Trepper pasó ocho meses en las celdas del dictador Pildsudski, donde las torturas infligidas a los miembros del partido comunista sobrepasaban en horror a las que utilizaría la Gestapo; la más trivial consistía en el suplicio del agua, heredado de la Edad Media. Luego Trepper fue liberado sin que nadie se tomara la molestia de juzgarlo y partió para Varsovia. En los diez años siguientes su seudónimo será Domb (de Dombrova, de donde traía las primeras cartas de recomendaciones). Luego se convertirá en el Gran Jefe, como lo llamaron sus hombres y los agentes de la Gestapo.

En Varsovia no había posibilidad de trabajo para un muchacho que había participado en la revuelta de Dombrova. Solicitó entonces una visa de inmigrante para Francia, que le fue negada porque las autoridades francesas no querían recibir en su país a un agitador obrero. Trepper sabía, sin embargo, que ya no podía vivir en Polonia, donde sólo le permitirían morir de inanición.

La organización «Hechalutz» representó su última oportunidad. Llamó a sus puertas, le abrieron y pudo escapar de Polonia. «Hechalutz» era una organización sionista financiada por israelitas ricos de los Estados Unidos de América que se esforzaba por favorecer la inmigración judía a la Tierra Prometida. Palestina estaba aún bajo el poder de los ingleses, quienes lograban de notable manera prohibir la entrada al país de las masas miserables que años después acabarían en los hornos crematorios de Auschwitz, destino que los ingleses no podían prever en aquella época. La tarea de Hechalutz consistía en seleccionar el contingente privilegiado al cual los funcionarios británicos entreabrían anualmente las puertas de la Tierra Prometida. Con una preocupación muy norteamericana por el rendimiento, los financistas de Hechalutz querían luchar contra el comunismo al mismo tiempo que favorecían el sionismo. Daban así la preferencia a los candidatos que parecían constituir una presa fácil para los

agentes reclutadores del Partido. Con sus ambiciones frustradas, su desdichado pasado y su incierto futuro, Léopold Trepper respondía bien a ese criterio. Le suministraron algunos subsidios y lo metieron en un tren que, a través de Viena y Trieste, lo llevó a Brindisi, donde se embarcó hacia Palestina. Tenía entonces veinticuatro años e ignoraba que el Hambre era de la partida.

Se encontró de nuevo con ella, compañera fiel, en los muelles de Haifa. Primero debió picar piedras a lo largo de los caminos, luego fue obrero rural en un kibbutz. Su empleo más agradable en Palestina fue el de aprendiz en una empresa de fabricaciones eléctricas. Al parecer los sacrificios de la tribu Trepper habían sido vanos. Pero ciertos informes indican que en 1929 se convirtió en miembro del Comité Central del partido comunista palestino, con lo cual los financistas de Hechalutz acabaron por derrochar sus dólares.

De todos modos el grupo «Unidad» es su obra. De inspiración comunista, el grupo se esforzaba por realizar la unidad de acción entre los judíos y los árabes contra el ocupante inglés. En 1930, Trepper y su gente fueron descubiertos por la policía y encarcelados. Advertido del proyecto de una deportación a Chipre, Trepper desató una huelga de hambre que en un principio no fue tomada en serio. Los huelguistas perseveraron. La prensa británica se conmovió y hubo interpelaciones en los Comunes. El representante de la Corona en Palestina decidió liberar a los fastidiosos prisioneros. Estaban tan débiles que no podían caminar y fueron depositados en camillas a las puertas de la prisión.

Pocas semanas después, Trepper entraba clandestinamente en Francia. Fue lavaplatos en un restaurante de Marsella y luego marchó a París donde se hizo pintor de paredes. Este oficio sería el último de la larga serie de trabajos heteróclitos ejercidos por Léopold Trepper. Había encontrado por entonces su verdadera vocación. Quien se convertiría en el «Gran Jefe» iniciaba su aprendizaje.

> En esa época funcionaba en Francia una red de espionaje soviético que unía a una gran eficacia una sencillez realmente maravillosa. Se basaba en el sistema de *rabcors* —término soviético para designar a «los corresponsales obreros». La idea era del mismo Lenin. La revolución obligó al destierro a la mayoría de los periodistas rusos, pertenecientes a la burguesía, y a falta de profesionales se recurrió a los aficionados para reemplazarlos. En las aldeas y las fábricas, los trabajadores se improvisaron como corresponsales de prensa e inundaron los diarios soviéticos con artículos que trataban de problemas locales denunciando a los traidores y saboteadores. La policía sacó partido de la situación. El sistema se extendió al extranjero y los servicios secretos soviéticos fueron los beneficiarios de la operación.

En 1929 Francia contaba con tres mil *rabcors*, de los cuales algunos trabajaban en los arsenales nacionales o en fábricas donde se elaboraba el material estratégico. Enviaban a la prensa comunista artículos que denunciaban las condiciones de trabajo desfavorables que soportaban, pero para eso era necesario hablar, poco o mucho, del trabajo mismo. Los artículos más reveladores, en lugar de ser publicados eran transmitidos a la embajada soviética de París quien los encaminaba

hacia Moscú. Si algún *rabcor* poseía, al parecer, elementos de información particularmente interesantes, se le enviaba un agente para que se despachara a gusto.

Esta fructífera organización funcionó sin incidentes durante tres años. En febrero de 1932 la policía francesa recibió una denuncia. A pesar del afortunado golpe, el comisario a cargo de la investigación, quien llevaba el sorprendente nombre de Faux-Pas-Bidet, necesitó más de seis meses para desmantelar la red. Sus informes no ocultan los elogios a los espías a quienes debía arrestar. Sobre todo su jefe se caracterizaba por una habilidad

excepcional en el arte de «cortar» las pistas y escapar de las trampas. Al parecer tenía la lista completa de todas las casas con doble salida en París. Exasperados y admirados, los policías le dieron el apodo de Fantomas. Cuando por fin fue atrapado se descubrió que era un judío polaco, que había llegado a Francia vía Palestina. Tenía veintiocho años y se llamaba Izaia Bir. Su adjunto tenía veintisiete años, como Bir, era judío polaco y había dado la vuelta por Palestina. Su nombre era Alter Strom.

La técnica profesional de ambos asombró a la policía francesa. En lugar de un Fantomas habían arrestado al Señor Fulano. Bir, el jefe de la red vivía en un hotel de ínfimo orden, no recibía correo ni visitas. Los principales lazos con su grupo se establecían a través de una mujer joven, su supuesta querida. Una técnica sin brillo pero eficaz. Tan severo fue el secreto interior que la mayoría de los agentes lograron escapar: entre ellos Léopold Trepper, de quien Alter Strom era amigo de la infancia. Junto a Fantomas, Trepper recibió lecciones magistrales. Los hombres de la Gestapo, que años después lo acosaron, hubieran podido encontrar datos interesantes en el expediente reunido por Faux-Pas-Bidet, pero no parece que lo hayan consultado porque conocían bien a Léopold Trepper pero ignoraban a Leiba Domb.

Trepper tenía veintiocho años cuando escapó de la policía y trepó a un tren con destino a Berlín. Allí, apenas llegó, tomó contacto con la embajada soviética. Al cabo de pocos días se le ordenó que fuera a Moscú en determinado tren. Al llegar al final del viaje debía dejar descender a los pasajeros y esperar en el compartimento hasta que vinieran a buscarlo. Aunque Trepper esperaba obtener rápidamente una nueva misión debió aguardar cuatro años. A pesar de su atormentado pasado, rico en toda clase de experiencias, a pesar de sus actividades a la sombra de Fantomas, para Moscú sólo era un aprendiz que prometía.

Ocho años después de abandonar la Universidad de Cracovia, Trepper reanudó sus estudios.

Es más fácil resumir fielmente veinte años dé la vida de un hombre que dar cuenta en toda su plenitud y verdad de un simple cuarto de hora de esa vida. Por ejemplo el instante memorable en que Trepper conoce a Georgie de Winter. Sucedió en Bruselas en 1939. Georgie es la hija de un fachendoso norteamericano, especie de Gary Cooper matizado de Cary Grant, decorador en los estudios de la Paramount en Hollywood. Georgie ha ido a Bélgica con su madre y hace la vida de cualquier niña de familia, dedicada a estudiar danzas clásicas. Tiene veinte años y es muy hermosa. Sus fotografías confirman su esplendor, la gracia de su porte, el brillo de sus ojos, la perfección de sus formas.

Trepper tiene treinta y cinco años. No es precisamente buen mozo. Una cabeza interesante, bien dibujada, de cabellos rubios ondulados y la famosa mirada, pero su talla es mediocre y la obesidad amenaza. Su seducción está en su encanto mezcla de violencia y dulzura. «Daba pruebas de una infinita humanidad» dirá después el escritor Claude Spaak. En Trepper hay una fuerza interior que serena y da confianza. En su presencia todo se vuelve simple. Habría hecho un excelente confesor.

Georgie entró en una confitería y en el momento de pagar dejó caer un par de guantes. Trepper se precipitó a recogerlos. Impresionada por su atención e interesada por sus palabras, ella aceptó una cita. Meses después, cuando Bruselas estaba ya ocupada por la Wehrmacht, Georgie paseaba con una amiga, vio en la acera de enfrente a un oficial alemán que dejaba caer sus guantes. Un hombre acudió, los recogió y se los entregó, sonriendo. Era Trepper.

Georgie pensó que se trataba de una manía. No lo abordó porque él le había prohibido hacerlo cuando estaba acompañada o cuando él lo estaba. Pero no nos adelantemos.

Se encontraron otra vez. Es evidente que Georgie sólo vio en Trepper al personaje que pretendía ser: un hombre de negocios. ¿Cómo podía saber que aquel hombre corpulento y amable fue una vez el insurrecto de Dombrova, el picapedrero palestino, el cómplice furtivo de Fantomas? No podía saber que acababa de llegar de Moscú ni sospechar lo que había hecho allí.

De 1932 a 1934, Trepper siguió los cursos de la Universidad de Prodrowski. En 1935 escribe la página literaria de un periódico destinado a los judíos rusos: *La Verdad*. Pero, a la vez, es estudiante de la Academia del Ejército Rojo donde el general Orlov enseña espionaje. En 1937 regresa de Francia su amigo Strom luego de purgar su pena. Strom explica la versión de los hechos que provocaron la destrucción de la red. Para todo el mundo el responsable era un tal Riquier, redactor de *L'Humanité*. Strom no está convencido de su traición y pide que se envíe a Trepper a París para aclarar el caso. Cinco años después de su fuga, Trepper retorna a Francia con un falso pasaporte a nombre de Sommer y se hace pasar por un pariente de Strom. Comienza por encontrar a los dos principales abogados del proceso: Ferruci y André Philip, el conocido líder socialista. Luego profundiza la investigación y llega a la convicción de la inocencia de Riquier. Es importante porque el partido comunista se lava de la culpa de tener en su seno a un soplón. Pero Trepper hace más: descubre al verdadero traidor, un judío holandés, ex jefe de una red soviética en los Estados Unidos. Arrestado por el F. B. I., y
«convertido», el hombre continuaba informando a los servicios norteamericanos aún después de haber sido transferido a Francia por Moscú.
La denuncia recibida por la Sûreté francesa provenía del F. B. I. Trepper va a Moscú para presentar el informe, utilizando esta vez un pasaporte a nombre de Majeris.

Anuncia a sus jefes que en París se están ocupando en reunir los documentos que establecerán la verdad de manera decisiva. Cinco meses después regresa a Francia transportando un espeso fajo: las fotocopias de las cartas cambiadas entre el traidor holandés y el agregado militar norteamericano en París.

El hombre de negocio que Georgie conoce en la confitería bruselense está en Bélgica para organizar una red cuyo jefe será él esta vez: «el Gran Jefe».

Se conocen y se gustan. Hermoso comienzo aunque el fin sea terrible. Pero Georgie, tan graciosa, está encinta de cinco meses por obra de un amante de paso. Y Trepper, tan bondadoso, se dispone a traicionar a Luba, su compañera de los malos días. Conoció a Luba en Palestina, donde ella militaba en el grupo «Unidad». Los dos son de la misma edad; ella es judía polaca como él; la juventud de ambos tiene igual negro color, el de la miseria y la lucha clandestina en Polonia. Luba ha sido obrera de una chocolatería y por las noches estudiaba para hacerse maestra. Militante comunista, pertenece a una célula dirigida por un muchacho muy joven, de apellido Botvine. En esos tiempos un agente provocador polaco hace destrozos en las filas del partido comunista clandestino. La célula judía de Botvine ajusta las cuentas al provocador y Luba huye a Palestina donde trabaja junto a Trepper. Arrestada durante el transcurso de una manifestación comunista prohibida, condenada a prisión, sólo escapa a la expulsión gracias a un casamiento blanco con un ciudadano palestino. Por fin, para unirse a Trepper en Francia, Luba utilizaba el pasaporte de un sirio árabe en cuya ficticia esposa se convierte.

Es preciso admitir que una pareja forjada en semejantes pruebas escapa de las reglas del vodevil burgués y de sus festivos adulterios. Trepper no tardará en presentar a Georgie. Al parecer es reservado en todo menos en sus amores. Por el momento se limita a recoger los guantes en una confitería, mientras Luba y sus dos hijos lo aguardan en el suntuoso

departamento de Bruselas. El primogénito nació en París en 1931, pero sus padres, cuya entrada en Francia fue ilegal, no pudieron declararlo en el registro civil. El segundo hijo nació en Moscú en 1936. No hay testimonios ni documentos que retengan su nombre. El niño, que jugará un papel en esta historia, no es hijo de Luba y Trepper, sino el que Georgie lleva aún en su seno.

Investigar una historia pasada es casi lo mismo que ir en busca de un diplodocus. Uno encuentra un hueso aquí, otro allá, y con un poco de suerte y de perseverancia se logra reconstruir algo parecido a un esqueleto. El espía constituye tal vez la peor especie de diplodocus. Un general deja rastros brillantes de su paso, un espía por lo contrario es incoloro, inodoro e insípido. Si es experto en su arte, se convierte en el Hombre Invisible. En esta historia que el autor eligió contar sin técnicas novelescas no habrá bordado alguno a propósito del encuentro de Georgie y el Gran Jefe. Lo único que el autor sabe es que se amaron, que ella aceptó a Luba y que él aceptó el niño próximo a nacer. Cuando éste vino al mundo el 29 de setiembre de 1939, Trepper fue a la clínica con un enorme ramo de orquídeas. Se inclinó sobre la cuna, contempló al niño y dijo:
«Lo querré como si fuera mío».

Muy propio de un corazón magnánimo. Pero la segunda guerra mundial había comenzado un mes antes del nacimiento del joven Patrick y es dable preguntarse si el hecho de ser adoptado en tiempos de guerra por un espía, así sea oficiosamente, debe ser considerado una bendición.

El autor escribe esto a pocos kilómetros de la playa de Utah, en la península de Cotentin, donde el 6 de junio de 1944 desembarcó la Cuarta División Americana. Con admirable devoción la municipalidad edificó un museo que reúne los vestigios del combate librado aquel día, sin duda el museo más emocionante y completo de la costa. Desde la ventana el autor divisa un tapiz blanco sobre las verdes praderas. Son las gaviotas. También ellas ponían sus manchas blancas sobre la playa del Báltico, cerca de Cranz, donde en la noche del 25 al 26 de junio los mensajes cifrados de un red de espionaje fueron captados por un radioperador. 2

Curiosa guerra

Con un falso pasaporte a nombre de Adán Mikler, canadiense, el Gran Jefe llegó a Bruselas en el otoño de 1938. En seguida se puso en contacto con un judío, hombre de negocios, León Grossvogel, a quien conociera en Palestina. Grossvogel desciende de una familia burguesa establecida en Estrasburgo varias generaciones atrás.

Luego de su romántica temporada palestina se reintegró a los negocios y en ese momento dirige en Bruselas una firma comercial con múltiples sucursales: «El Rey del Caucho», especializada en cualquier tipo de impermeables. Ardiente comunista adhiere sin reservas a los proyectos que Trepper le expone. Trepper dispone de diez mil dólares. Los invertirá en una firma de exportación que servirá de
«máscara» a la red. Así nace «The Foreign Excellent Trench-Coat», siempre el impermeable. Como director es contratado un belga sesentón, rechoncho y jovial, aficionado a la buena mesa y a los buenos vinos: Jules Jaspar. Golpe maestro. Los Jaspar son una de las tres dinastías burguesas de Bélgica. El hermano de Jules fue presidente del Consejo. Una calle de Bruselas lleva su nombre. Él mismo ha sido cónsul belga en Indochina y luego en

Escandinavia. Con tal personalidad a la cabeza la firma es insospechable. Por supuesto que el buen Jules ignora los misterios que encubren sus impermeables.

El año 1939 es empleado en montar la red y en ponerla en marcha. Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial el Gran Jefe está en condiciones de ejecutar las órdenes recibidas de Rusia.

Lo primero es el petróleo. Stalin como Hitler temen por la suerte del petróleo de Bakú. El ejército de Asia Menor, aliado, está bajo las órdenes del general Weygand, notorio anticomunista. Es el mismo que en 1920 deshizo al Ejército Rojo frente a los muros de Varsovia. Si puede asestar a Bakú el golpe mortal lo hará.

Trepper está en condiciones de apaciguar al Kremlin. Sin duda, Daladier, Primer Ministro francés, ha pedido al Estado Mayor el estudio de un proyecto para dar el golpe sobre el petróleo ruso, pero Gamelin, comandante en jefe del Ejército, prefiere pedir a los ingleses una acción marítima combinada y lanzar una flota franco- británica sobre el Mar Negro. Así se obtendrá la neutralidad turca y la apertura de los Dardanelos. Los militares piden a los diplomáticos que los convenzan. Cuando la Wehrmacht entre en París, encontrará en los archivos la carpeta con las negociaciones abortadas.

Quizás el Gran Jefe tranquilizó a Moscú al respecto, lo cierto es que tres semanas después de recibir su informe sobre el Medio Oriente las tropas alemanas invadían Dinamarca y Noruega. Esta súbita aceleración de la guerra hacía imposible para los aliados el golpe sobre Bakú. Para Stalin fue una notable sorpresa. Esperaba el desembarco de un cuerpo expedicionario en Escandinavia, aunque estaba convencido de que ese cuerpo sería franco-británico. ¿Su misión?

¡Abrirse camino hacia Finlandia e iniciar el combate contra el Ejército Rojo!

Sin duda Stalin pronto dará prueba de su ceguera. Alimentaba tal odio hacia la lejana Inglaterra, tal neurosis de miedo, que no vio erguirse amenazadora a Alemania, en los umbrales mismos de Rusia. Pero en la circunstancia sigue convencido de estar en lo cierto: los informes de sus servicios secretos han afirmado su convicción. Recordemos un poco: en aquel invierno de 1940, él corazón de Inglaterra y de Francia es finlandés. Si bien resulta difícil entusiasmarse con los soldados que juegan a las cartas en los subterráneos de la línea Maginot, las hazañas de los esquiadores finlandeses conmueven. Envueltos en el blanco capote que los vuelve invisibles sobre la nieve, callados y terribles, bloquean al Ejército Rojo en los bosques del Norte. Frente al valiente David, Rusia aparece como un repugnante Goliath. Stalin juega en la escena mundial el papel que pronto le tocará jugar a su talentoso doble, Mussolini: el del lacayo que, cuchillo en mano, asesta el golpe de gracia. Ha liquidado a Polonia, fulminada por Hitler del mismo modo que el italiano hundirá el cuchillo en la espalda de una Francia ya vencida. Dos meses después, Stalin ataca a Finlandia. Debía engullirla de un bocado. Ante la emoción general el bocado se le atraviesa en la garganta.

Es posible dudar de que en ese momento la opinión pública aliada alimentase tanto odio por Alemania como por Rusia. Pero en las esferas político-militares tradicionalmente anticomunistas, la pasión alcanza su paroxismo. Descuidando al enemigo declarado, Alemania, que está a tiro de fusil, los generales aliados quieren

«deshacer al ruso». Lo dice Weygand en su carta a Gamelin de febrero de 1940. Paul Reynaud, nombrado Primer Ministro, señala ante el gabinete militar su voluntad de atacar a Rusia, «sea en el Norte de Europa, sea en el Mar Negro o al sur de los Cáucasos». Gamelin observa que los miembros del Gabinete

«aceptan la guerra sin muchas preocupaciones».

Los aliados organizan un cuerpo expedicionario de 57 000 hombres especialmente

equipados. En sus Memorias, el general finlandés Mannerheim confirma que recibió del general Ironside, jefe del Estado Mayor británico, la seguridad de contar con un primer contingente de 15 000 hombres a fines de marzo. El 2 de ese mismo mes, Suecia y Noruega rehusan acordar a los aliados el permiso de tránsito indispensable. El 8, Daladier informa a Mannerheim que si Finlandia mantiene oficialmente su posición de aliada de los Aliados, el cuerpo expedicionario se abrirá paso a la fuerza a través de Escandinavia. Viejo y sabio, Mannerheim no acepta. No cree en la verba belicosa de los Aliados, duda de su ardor por combatir en las orillas del lago Ladoga, puesto que dan pruebas de tanta pasividad en las márgenes del Rhin. A mediados de marzo, Mannerheim aconseja a su gobierno que negocie un armisticio con los rusos.

Es como para pensarlo: si los Aliados hubieran atacado a Rusia, sea por el extremo sur (Bakú) o por el extremo norte (Finlandia), un año después, de buena o de mala gana serían los asociados de Hitler contra Stalin, en el frente del Este, en tanto que en el frente del Oeste debían luchar contra el Führer.

A partir de tal embrollo todo se hacía posible, hasta lo peor.

Los proyectos aliados con respecto a Bakú y a Finlandia nos parecen hoy irrisorios; pronto sólo interesarán a los apasionados por los hechos de la historia. Pero en aquellos días los informes recibidos eran, seguramente, considerados cruciales en el Kremlin. La visión política de Stalin parece estar atacada de cierto estrabismo; aunque Berlín, Tokio y aun Roma lo inquieten, su mirada vigila a Londres.

Si los informes del Gran Jefe, hoy desconocidos, ven alguna vez la luz, tal vez comprendamos mejor por qué las maquinaciones del honorable Chamberlain parecieron durante largo tiempo más temibles a Stalin que los planes del Führer.

De estos planes nada se sabe en Moscú. La Gestapo barrió con el partido comunista alemán y dislocó las redes soviéticas. Cuando firma el pacto con Hitler, Stalin cree hacer su juego al prohibir la instalación de un nuevo sistema de espionaje. Los jefes de los servicios rusos saben que arriesgan la cabeza si desobedecen tal orden. La desobedecen, pero con prudencia, y se limitan a poner jalones para una acción futura.

En cambio, Inglaterra está bien «atrapada» en la del Gran Jefe instalado en Bruselas por razones jurídicas y geográficas. En materia de espionaje la legislación belga es particularmente benigna. Sólo lo castigará si ataca a Bélgica. La misión de Trepper consiste en cercar a las Islas Británicas partiendo de la plataforma belga. Se reconoce aquí la minucia característica de los servicios rusos que encierran al adversario en las mallas de una vasta red. A lo largo del año 1939, Trepper teje una tela de araña prendida en siete puertos importantes que comercian con Inglaterra: Oslo, Estocolmo, Copenhague, Hamburgo, Wilhelmshafen, Ostende, Boulogne. En la mayoría de ellos crea sucursales de la firma «The Foreign Excellent Trench Coat» e instala allí a sus agentes. Las relaciones de Jules Jaspar hacen particularmente fáciles las operaciones en Escandinavia donde antes ejerciera funciones de cónsul.

De este modo, Alemania está «libre» y la red del Gran Jefe opera contra Inglaterra. El espionaje soviético en el Oeste es como esas fortalezas marítimas consideradas inexpugnables —Singapur y otras— que pronto serán tomadas por tropas venidas del interior porque sus cañones sólo apuntan al mar. Ya el Führer ha decidido lanzar tres millones de hombres contra Rusia, pero las baterías del Gran Jefe de Boulogne a Oslo están dirigidas hacia Londres.

En resumen, la cosa empieza mal.

El 10 de mayo de 1940, la Wehrmacht ataca a Occidente.

Para los jóvenes nazis, el paseo militar a través de Francia no fue una sorpresa: el Führer se lo había prometido. Para Franz Fortner, ex combatiente de Verdún y de otros lugares desesperantes, fue una especie de milagro. El comandante de tropas blindadas, Fortner, cubrió en una hora el terreno conquistado antes en seis meses y abandonado seis meses después. En lugar de arrastrarse por las fétidas trincheras, rueda por caminos de macadam, abierta la torre, dorando al sol sus viejas cicatrices. Las guerras no se parecen y ésta es mucho mejor que la otra.

Fortner participa en el derrumbe del frente francés y en la arremetida hacia el mar. En Dunquerque es nombrado capitán y obtiene el comando de una compañía blindada. Sus tanques se lanzan sobre rutas congestionadas de prisioneros, apresan columnas de refugiados cuyas asmáticas carretas son abandonadas en las cunetas. En medio del angustioso flujo un coche civil, sin colchón en el techo ni jaula de aves en el baúl entreabierto, sigue a las columnas guerreras. No huye de la batalla. ¿Lo ve Fortner? Cuando los gendarmes alemanes detienen el auto para controlar los documentos de sus ocupantes, le franquean el paso. El conductor, Durov, es cónsul de Bulgaria en Bruselas, un diplomático respetable puesto que su país coquetea con Alemania. A su lado va Grossvogel y en el asiento posterior el Gran Jefe.

Entre Knokke-le-Zoute y Bruselas el auto sufre una avería y un coronel de S. S. pone otro coche a disposición del cónsul de Bulgaria, ordenando a un joven teniente que transfiera las maletas. Es de imaginar la mirada apacible y aprobadora de Trepper mientras ve cómo el teniente S. S. instala con mil precauciones la valija que contiene el trasmisor…

Al parecer Durov no formaba parte de la red, era un amigo de Grossvogel. Pocos días después de la invasión de Bélgica, Grossvogel le confió sus inquietudes comerciales. La sucursal de Ostende de «El Rey del Caucho» había sido destruida por una bomba alemana; le gustaría conocer la suerte de otras filiales. Durov le propone una jira. Oficialmente el cónsul recorrerá el camino para asegurarse de la suerte corrida por los residentes búlgaros en la zona de combate. Curioso personaje que se expone, con un fútil pretexto, a los peligros de la batalla.

La jira comienza el 19 de mayo en plena campaña de Bélgica. El Gran Jefe ha quemado su pasaporte canadiense y asiste como privilegiado espectador a la batalla de Abbeville. Viaja hacia Dunquerque junto a los tanques de Fortner y asiste a la caída de la ciudad. Se interesa particularmente en la llegada de refuerzos, en el papel jugado por los Stukas, en las tácticas utilizadas por los Panzers para aplastar las defensas antitanques del enemigo. Cuando los tres amigos concluyan su jira, el Gran Jefe enviará a Moscú un informe de veinticuatro páginas sobre la nueva estrategia concebida y practicada por Hitler: la guerra relámpago.

Este informe como los precedentes llegará a destino por intermedio de los diplomáticos soviéticos. Aunque las valijas diplomáticas evitan aún a Trepper el envío de los mensajes por onda, presiente que la unión con Moscú pronto deberá ser asegurada por medio de la radio y por eso, en plena batalla, ha ido a Knokke a recuperar el trasmisor oculto en una villa de ese lugar.

En el mismo momento en que Molotov felicita a Hitler por el «espléndido éxito de la Wehrmacht», el Gran Jefe se prepara ya para la futura guerra germano-soviética; por propia iniciativa cambia la dirección de sus baterías y las hace describir un ángulo de ciento veinticuatro grados. Ahora no apuntan a Inglaterra sino a Alemania.

Tras la firma del armisticio, Franz Fortner, de cuarenta y siete años, es relevado del

frente y afectado a los servicios del Abwehr que lo manda a Bélgica para hacer contraespionaje. Por supuesto que el enemigo designado es el Intelligence Service. Fortner debe proteger el secreto del proyecto de desembarco en Inglaterra. Durante el verano de 1940 recibe un extraño telegrama. Berlín le anuncia la llegada a Bruselas de una misión soviética compuesta por unas treinta personas. Sin duda, Rusia es oficialmente una nación amiga, pero aún así… Fortner no observa ninguna actividad sospechosa y tras la partida de la misión puede enviar a Berlín un informe tranquilizador.

Pocas semanas después llega a Bruselas un nuevo grupo de visitantes. Provistos de salvoconductos no inspiran éstos inquietudes al Abwehr. Son diplomáticos oficiales pertenecientes a países germanófilos aunque neutrales: Hungría, Bulgaria, España, Rumania, etcétera. Se pretende seducirlos y mostrarles la fuerza invencible de la Wehrmacht, para convencerlos de que se enrolen en las filas del vencedor. El boquiabierto tropel es paseado por los campos de batalla donde los oficiales de Estado Mayor, provistos de planos y de fotos, analizan la victoria como avisados técnicos. Para que todo quede en claro cada invitado recibe una carpeta complementaria. Sin apartarse un paso del cónsul búlgaro, discreto y opaco como conviene que lo sea un invitado de última hora, está el Gran Jefe.

¿Es posible que los azares de la guerra hicieran viajar flanco contra flanco al coche de Durov y al tanque de Fortner, a lo largo de la ruta de Dunquerque? No lo sabemos de seguro. En esta jira de propaganda el Gran Jefe se encuentra por primera vez con su futuro perseguidor. Séanos permitido considerarla simbólica. 3

El ataque alemán es para esta noche

Trepper llega a París en agosto de 1940, en compañía de Georgie. Luba y sus dos hijos están en Rusia, al abrigo, repatriados vía Marsella. De este modo el Gran Jete tiene la mente libre para el gran enfrentamiento que ha de producirse. Es evidente que el enemigo será Alemania y sus soldados que sumergen a Europa como una maligna marea. Y si Bruselas era adecuada para trabajar contra Inglaterra, París será, contra Alemania, una plataforma rodante mejor. Trepper construye allí su cuartel general y se dedica a armar una organización de acuerdo con sus nuevas funciones. Moscú acaba de nombrarlo «Director-Residente», es decir, responsable del espionaje soviético para toda Europa Occidental.

En todas partes es posible encontrarse con el Gran Jefe y Georgie de Winter convertidos en parisienses. Primero viven en la calle Fontaine, luego en la calle Prony; poseen un pabellón en el Vésinet. Trepper exige departamentos caros y con buena calefacción, ama las cosas bellas, los libros encuadernados, los cuadros; no transige con la calidad de su ropa interior y de sus trajes; adora los perfumes que ofrece a Georgie en profusión; colecciona discos de Edith Piaf, por quien siente pasión; sólo frecuenta los restaurantes que le ofrezcan comida de primer orden. El invierno 1940-1941 plantea a los parisienses problemas que la fastuosa pareja ignora; se visten en el mercado negro, la calefacción es del mercado negro, la comida también.

¿Capua y sus delicias? No, la red de la Bella Durmiente que espera el golpe de la varita mágica.

Entretanto Trepper tiene dos inmejorables lugartenientes, Leon Grossvogel en primer término, despojado de sus bienes por la ley antisemita de la ocupación, pondrá al servicio de Trepper su sentido de los negocios, su capacidad de organizador. En contadas semanas

asegura la financiación de la red y alquila en distintos barrios de París unos diez departamentos que servirán como lugar de cita o como refugio; recluta agentes promovidos a la categoría de «buzones» para asegurarse las comunicaciones internas rápidas respetando al mismo tiempo un secreto draconiano. Toda la infraestructura material es su obra y la jefatura la utilizará. Además, la «fachada» social es impresionante; ¿quién puede sospechar de ese señor serio, muy «gran burgués», conocedor de la música clásica y que viste siempre con sobriedad? No tiene el menor dudoso gusto por el romanticismo de las capas color pared. Practica el espionaje con la misma tranquila meticulosidad que dedicaba a la venta de impermeables; la mercadería ha cambiado, eso es todo… Posee cualidades de buen jefe de estado mayor; se le indica el objetivo, él suministra los medios. ¿Y qué decir de Hillel Katz? Si Tepper le ordenara ir a la sede de la Gestapo para entregarse, Katz obedecería sin preguntas. ¿Exageración? Aguarden un poco… Es joven, bajo, muy delgado, los anteojos le comen la mitad de la cara. Todos opinan que se parece a un francés común. Pero es judío polaco como Trepper; se conocieron en Palestina y juntos hicieron aquella famosa huelga de hambre, después fueron a Francia, donde Katz trabajó como albañil. Se convertirá en el brazo derecho del Gran Jefe. Siempre alegre y optimista, el pequeño Katz. Una devoción sin fallas, una abnegación total. En resumen, tiene la pasta de los buenos mártires, de los sacrificados que se dejan prender y mueren con el corazón contento. Ya están enterados de que el pequeño Katz acabará bajo el hacha del verdugo nazi.

León Grossvogel e Hillel Katz, la «Vieja Guardia» judía del Gran Jefe.

La red belga está adormecida. Cumple con Moscú comunicaciones radiales de rutina en las que no participan las verdaderas «fuentes de información». A la cabeza de la red, dos rusos menores de treinta años.

Como todos, Trepper siente cariño por Mikhaël Makarov, alias Carlos Alamo, pretendido uruguayo, norteamericano por su madre supuesta. En primer lugar es un héroe. En España sirvió a la República como teniente de aviación, enviado por los rusos. Cierto día la infantería republicana pidió un bombardeo de urgencia y no había piloto disponible. Makarov, quien no tenía *brevet* por no pertenecer al personal navegante, trepó a un avión y remontó vuelo. Sólo conocía las rudimentarias nociones de pilotaje adquiridas en el contacto con los aviones. Fue al encuentro de los franquistas, bombardeó y ametralló y regresó sin inconvenientes. Lo llevaron en andas. Es el estilo Makarov.

La primera vez que se encontró con Trepper en un café de Bruselas, en la primavera de 1939, pidió coñac. El mozo sirvió la ración normal en los balones. Makarov le hizo seña de que siguiera sirviendo hasta el borde. No entendía por qué Trepper le pegaba patadas debajo de la mesa. Por fin, fastidiado, dijo: «¿Qué hay? ¡Puedo pagar!». También es el estilo Makarov.

Se compró un auto, cosa que el Gran Jefe consideraba nefasto para un espía, porque en caso de accidente se entra en contacto con el público. Makarov sólo sabe conducir con el acelerador a fondo. Un día en que Trepper lo acompaña, pierde el control del volante y el coche se estrella contra un árbol. Trepper sale de entre las ruinas y contempla el desastre en silencio. Loco de rabia, Makarov le grita: «¿Cómo haces para estar tan tranquilo? ¡No es normal!».

«¿Qué puedo decirte, imbécil?», le responde Trepper. Ése es también el estilo Makarov.

Se le confía la gerencia de la sucursal de Ostende de «El Rey del Caucho». No entiende una jota de negocios, se queja porque está mortalmente aburrido; siempre el estilo Makarov.

En junio de 1940, en pleno desastre belga, Trepper le ordena que vaya a buscar el trasmisor escondido en Knokke-le-Zoute y lo lleve a Bruselas. Makarov no tiene tiempo para hacerlo; en Ostende está viviendo el perfecto amor con *Madame* Hoorick, ex esposa de un pintor belga, Bill Hoorick. Éste, que ha mantenido relaciones amistosas con su ex mujer, conoce al supuesto uruguayo Alamo y acaba por entrar en la red como comparsa. Creía trabajar para el Intelligence Service al principio.

Trepper ha informado a Moscú y a fines del verano un telegrama del jefe de los servicios soviéticos ordena a Makarov, convicto de notoria incapacidad, el regreso al redil. Makarov suplica a Trepper que lo salve de la desgracia. Habla de suicidio.

Príncipe generoso, Trepper obtiene para él una nueva oportunidad. Quiere a Makarov porque éste es un héroe.

En cambio, cosa curiosa, nadie quiere al capitán Gurevitch, quien cumple admirablemente su tarea. Ha llegado a Bruselas el 17 de abril de 1936. Se estableció allí con el nombre de Vincent Sierra, nacido el 3 de noviembre de 1911 y proveniente de Montevideo, donde vivía en la calle Colón, número 9. Él y Makarov son los «sudamericanos» de Bruselas.

Lo mismo que Makarov, Gurevitch sirvió en las Brigadas Internacionales en España con el grado de capitán. También él tuvo allí su hora de gloria, pero no en el aire sino en el mar, yendo en submarino de Rusia a España. El submarino, por una avería, debió permanecer muchas horas sumergido. Aunque la tripulación se consideraba perdida, Gurevitch no perdió la calma. No lo habían destinado a la red del Gran Jefe sino a Copenhague, donde montaría una organización. Su estancia en Bruselas debía ser breve, pero la declaración de guerra lo obligó a permanecer y le ordenaron que se pusiera a las órdenes del Gran Jefe.

Éste estaba satisfecho con Gurevitch. Al revés de Makarov-Alamo, Gurevitch-Sierra logró integrarse maravillosamente en la sociedad bruselense. Lleva un fastuoso tren de vida, recibe con lujo, multiplica sus relaciones. Es trabajador y astuto. Sin duda una excelente adquisición.

Pero nadie lo quiere, salvo su compañera, Margarete Barcza, quien comparte el piso de veintisiete habitaciones en la avenida Slegers. Es una viuda checoslovaca, judía, de 28 años, enamorada localmente de él, que ignora su verdadero nombre y ocupación y lo cela «como un tigre». Los demás lo juzgan orgulloso, arrogante, blufista. A coro los ex miembros de la Orquesta Roja dicen hoy: «¿Kent? ¡Un cochino!».

Sí, Gurevitch-Sierra se llamará también para todos «El Pequeño Jefe» cuando tome la dirección de la red belga, y para Moscú es «Kent». Él mismo eligió el sobrenombre, sacado de una novela aparecida en Rusia en 1929: *Diario de un espía*. Su autor. N. G. Smirnov, contaba las aventuras de un agente británico, Edward Kent, famoso por su audacia increíble, su astucia, su sangre fría. Gurevitch leyó la novela cuando tenía dieciocho años y quedó deslumbrado. Imagínense ustedes que dirigen un servicio de información y un día reciben la visita de un muchacho rubio quien declara con toda frescura que ha elegido como seudónimo James Bond. ¿No le aconsejarían que se dedicara a la literatura de ficción? Pero el hombre que reclutó a Kent no tuvo esa reticencia. Tal vez el alma eslava…

Alamo y Kent, «La Joven Guardia rusa» del Gran Jefe. No confía en ella como en sus viejos compañeros judíos, formados en su mayor parte en la escuela de la miseria, hábiles como camaleones para fundirse en un medio ambiente y hechos a la lucha clandestina. Un Trepper y un Katz pueden chapalear en el lujo sin correr el riesgo de ahogarse. Alamo y Kent son otra cosa. Sólo en la prueba se sabrá de que metal están hechos.

La prueba se aproxima. Lo saben en Washington, Londres, en las capitales neutrales donde los diarios anuncian a cinco columnas que la Wehrmacht concentra sus tropas a lo largo del Bug polaco, dispuesta a atacar el Este; lo saben en Ginebra desde donde el «Director-Residente», Alexander Rado, envía a sus jefes numerosas señales de alarma; lo saben en Tokio, donde Sorge anuncia con varias semanas de anticipación la fecha fijada para el ataque alemán; el 22 de junio de 1941.

Lo saben en París. Desde el mes de mayo el Gran Jefe previene al Kremlin acerca de las concentraciones ofensivas de Hitler. Tiene sus informantes: el ingeniero alemán Ludwig Kaïnz ha estado en Polonia en abril de 1941 para trabajar en las fortificaciones alemanas del Bug y comprobado que el ataque se prepara. El plan sufre un mes de retraso porque Hitler debe acudir en ayuda de las tropas italianas empantanadas en Albania y Grecia. Kaïnz no es la única
«fuente» del Gran Jefe. Se ha hecho amigo de un coronel austríaco encargado de aprovisionar a la Wehrmacht en Francia: el país se está vaciando de tropas de ocupación. Los ferrocarrileros franceses, por otra parte, le informan que esas tropas se dirigen hacia Polonia. Por fin, tras abundantes tragos en los *cabarets* parisienses, un grupo de oficiales superiores de los S. S. lo invitan a brindar por la próxima derrota de Rusia.

Trepper advierte a Moscú dos veces. Sus informes son trasmitidos por el agregado militar en Vichy, general Sousloparov. Desafiando la consigna de no tener ningún contacto con él, Trepper, que necesita estaciones trasmisoras, acosa al agregado militar. Sousloparov lo tranquiliza: no hay fuego.

El 21 de junio por la tarde, Trepper llega a Vichy y se precipita a la Embajada. ¡Hay que trasmitir un mensaje urgente y capital! Sousloparov pide las razones de tal urgencia. Trepper le revela que Alemania atacará a Rusia esa misma noche. El general suelta la carcajada: «¡Es disparatado! ¡Me niego a trasmitir ese telegrama que te pondrá en ridículo!». Pero Trepper insiste y el telegrama es enviado.

El Gran Jefe, agotado, va a dormir al hotel. A la mañana siguiente lo despiertan los gritos del hotelero:
«¡Sucedió, señor, están en guerra con Rusia!».

Dos días después, el adjunto de Sousloparov llega a Vichy. Trepper le pide informes. Su telegrama fue comunicado a Stalin (el Patrón). El Patrón quedó sorprendido y dijo: «Por lo común, Trepper nos envía material de valor que hace honor a su olfato político. ¿Cómo no se dio cuenta esta vez de que se trataba de una grosera provocación inglesa?».

Moscú negó hasta el primer cañonazo la inminencia de una guerra anunciada por Ginebra, Tokio y París, sin hablar de Londres y de Washington.
¿Neurosis antibritánica de Stalin? Seguramente y además reforzada por lo que supo de las bravuconadas aliadas a propósito de Bakú y Finlandia. Pero, sin duda también, error de cálculo político. Stalin había anunciado desde tiempo atrás que dejaría a las naciones capitalistas y fascistas pelear entre sí; el Ejército Rojo sólo se movería para cosechar a Europa tras el recíproco agotamiento. En la primavera de 1941 Stalin consideraba que el trigo no estaba maduro, que Alemania e Inglaterra no habían sido bastante desangradas y que Hitler no correría el riesgo de atacar el Este sin haber vencido al Oeste.

Se equivocó. Sabido es el precio que su país debió pagar: un «Pearl Harbor» aéreo, según las duras palabras de Paul Carrel, con millares de aviones destruidos en tierra y las divisiones rusas atropelladas, rodeadas, liquidadas, abriendo la ruta de Moscú… En Tokio y en otros lugares se pagó otro precio. Nada más debilitante para un espía que descubrir que ha arriesgado su vida por nada y

que sus gritos de alarma fueron oídos pero no escuchados. Sin embargo, Trepper está eufórico y olvida hasta el rencor de no haber sido aprobado. Sin duda no carece de olfato político, como dice el experto José Stalin. Admitió que el pacto germano- soviético fuera tal vez necesario para dar un respiro al Ejército Rojo. Pero ¡cuántos tormentos y cuántas luchas para acallar su sentimiento profundo y escuchar solamente la voz de la razón! Es necesario comprender que ni Trepper ni su Vieja Guardia son profesionales de la información; no se parecen en absoluto a los *superman* de la literatura de espionaje ni a los profesionales de hoy, comunistas o no, en quienes la pasión por su especialidad reemplaza a la fe perdida. Se consideran revolucionarios. Para Trepper la línea recta va de las revueltas de Dombrova a las actividades del espionaje pasando por el trabajo político en Palestina. Es librar el mismo combate en dos frentes distintos. En 1966 uno puede discutir la verdad de tal sentimiento, pero en 1940 era imposible negar su existencia en Trepper y su gente. En esos días el Gran Jefe afirma de buena gana que el gran hombre de su generación, el que mejor la encarna, se llama André Malraux.

La fecha del 22 de junio señala para la red el comienzo de un combate inexplicable en el cual todos los miembros arriesgan la vida y, con la tortura, el disgusto de sí mismos. Poco cuentan estos peligros comparados con el inmenso alivio de salir de la ambigüedad. Porque a pesar de la «línea» oficial, a pesar del pacto germano-soviético, los de Bruselas y París sabían desde años atrás que el enemigo por excelencia era Alemania. Y hacía dieciocho meses, desde la ocupación de Bélgica y de Francia, que lo leían en los carteles amarillos anunciando las condenas a muerte; lo percibían en el olor a sangre que venía de la tierra polaca, donde la mayoría de ellos había dejado a sus familias, sintiendo así en sus corazones lo que su mente había admitido ya.

Para estos hombres el 22 de junio es una fiesta.

Y además, Trepper es judío.

Al empezar su investigación, el autor no juzgó indispensable indicar cuáles de sus héroes eran judíos, lo mismo que no se le habría ocurrido indicar su propio origen auvernés. Por razones técnicas consideraba poco hábil sumar los riesgos del agente clandestino a los del israelita prometido a la persecución. Al cabo de un tiempo descubrió que ese punto de vista era estrecho. Cuando interrogó al Gran Jefe acerca de la gran proporción de judíos existente en la red, Trepper le respondió: «Porque tenían una cuenta especial que saldar con los nazis».

También Himmler lo comprenderá así. A los policíasencargados de «limpiar esa podredumbre judía» (la Orquesta Roja) dará la orden de emplear cualquier medio para obtener confesiones. Es el único caso que conocemos en el que el Reichsführer osa poner su firma al pie de un documento autorizando la tortura hasta la muerte.

¿Simple detalle anecdótico? Los planes de la Gestapo contra la Orquesta Roja se fundan en el hecho de que el adversario es judío y por lo tanto despreciable por ser astuto. Cuando el autor preguntó a la Gestapo por qué corrieron el riesgo de soltar a ciertos agentes después de su arresto, con la esperanza, *a priori* ligera, de que respetarían el compromiso de traicionar a sus camaradas, le respondieron con aire de asombro: «Pero, señor, era un judío…».

El 22 de junio es asimismo la fecha en la que se inicia en el recinto de la Europa ocupada un duelo a muerte altamente simbólico entre los S. S. de la Gestapo, funestos Goliath de la «raza de los señores» y la pequeña cohorte de los judíos de la Orquesta Roja, pobres David de un pueblo martirizado.

Franz Fortner se va a la guerra

En la jerga de los servicios secretos alemanes, el patrón de una red es un director de orquesta; coordina y dirige el juego de sus instrumentistas. Entre ellos cuenta con un solista de primera importancia: el pianista. Es, por supuesto, el radioperador que teclea sobre su trasmisor, llamado también
«caja de música».
Cuando la estación receptora de Cranz descubrió al pianista que usaba la señal PTX, el descubrimiento no fue considerado como un acontecimiento histórico en los círculos directivos del Abwehr ni tampoco en la Funkabwehr, filial especializada en la ubicación y destrucción de las emisoras clandestinas. Desde la entrada de la Wehrmacht en Rusia toda Europa ocupada tocaba música. Todavía no se había localizado al auditor de las furtivas sinfonías pero la coincidencia daba que pensar: si el ataque al Este había sido para los músicos el toque de la varita mágica, era probable que el auditor se encontrase en Moscú
Deducción lógica y tranquilizadora. Para los alemanes la cosa empezaba bien. Más exactamente, proseguía bien. Nadaban en la dicha. Después de Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Inglaterra, Francia, Yugoslavia y Grecia, le había llegado a Rusia el turno de mostrar la espalda de sus soldados. El Führer lo había predicho:
«El edificio soviético está podrido; bastará una patada en la puerta para que todo se derrumbe». Una vez más el problema esencial consistiría en canalizar las corrientes de los prisioneros. ¡Qué importaban algunas redes de espionaje frente a semejantes triunfos! Cuando ya no hubiera nadie para escucharlas en Moscú, las orquestas callarían una tras otra. Según el testimonio de sus secuaces, el jefe de la Funkabwehr se mostraba partidario de dejar que toda esa vana agitación se apagase sola.

Pocos días después de detectar al PTX, la estación de Cranz descubrió otra emisora. Los especialistas que trabajaban en relación con los de Breslau se esforzaban por localizarla. Recomenzaron varias veces sus intentos y luego trasmitieron el informe a Berlín, que lo recibió encogiéndose de hombros. Los especialistas volvieron al trabajo y verificaron los primeros cálculos. Según ellos no cabía duda: una emisora clandestina cuya técnica se vinculaba con la del PTX funcionaba en Berlín. Esta afirmación sacudió al Abwehr como un electrochoque. Un pianista en Berlín, con la red que su actividad implicaba, era como un cáncer espantoso en el mismo centro del imperio nazi.

Porque en fin era notorio que el partido comunista alemán había sido aniquilado por la Gestapo. De ese partido —en otros tiempos el más poderoso de Europa— sólo subsistían algunas células aisladas, mechadas de signos. Por otra parte se tenía la certeza de que Stalin había jugado limpio cuando se celebró el pacto germano-soviético. ¿Acaso la Gestapo no había tenido el refinado placer de recibir de manos de la G. P. U, a numerosos comunistas alemanes refugiados en Rusia? Sin duda el idilio se había deteriorado un tanto con el correr del tiempo. Sea que contasen con la protección de Stalin, sea por propia iniciativa, los jefes de los servicios soviéticos habían intentado reconstruir en Alemania un remedo de organización. Pero ¡qué pobres tentativas! Los métodos groseros, desprovistos de posibilidades de éxito, demostraban que la información soviética estaba entre la espada y la pared.

Antes de atacar a Rusia, Hitler hizo preparar una carpeta de admirable mala fe para

arrojar sobre la U. R. S. S. la responsabilidad de la guerra invocando incidentes fronterizos, aviones rusos sobrevolando el territorio alemán y maniobras diplomáticas desleales. A Reynhard Heydrich, jefe de la Gestapo y del Servicio de Seguridad (S. D.), le fue encomendada la redacción de un texto sobre el espionaje soviético en Alemania. También en este caso el objetivo era imputar a Rusia la quiebra del pacto, de tal manera que Alemania sólo podía responder con la guerra. El fondo de este informe no admitía dudas: en todas partes Alemania había sabido desenmascarar a las intrigas soviéticas, había detenido a los agentes de Moscú y se había apoderado de sus trasmisores. En vísperas de la entrada en la guerra contra Rusia, Heydrich garantizó a su Führer una Alemania limpia y bruñida como una moneda nueva.

¿Y el informe de los especialistas de Cranz? Imposible prestarle fe sin poner en duda a la vez la exactitud del informe Heydrich. En el Abwehr, algunos eligieron confiar en los técnicos, pero muchos se negaron a creer en la existencia del pianista berlinés, invocando la falla de precisión de los aparatos utilizados para localizar a la emisora. De manera que ambos campos, el que creía y el que no creía, se pusieron de acuerdo sobré la urgente necesidad de mejorar el material para tener la certeza de que el pianista estaba o no en Berlín.

Las cosas hubieran andado ligero sin la mafia del gordo Goering. Desde 1941, el vencido en la batalla de Inglaterra está en camino de la desintegración física. Pronto usará varios anillos en cada mano, se pintará y usará toga de buena gana. «El hombre de hierro» acabará en la copia obesa del antiguo Nerón. Sin embargo, fue el personaje más poderoso de Alemania, después del Führer, de 1933 a 1939. Jefe de la Gestapo, pronto cedió a Himmler y a Heydrich el uso de ese instrumento policial, aunque caprichosamente se reservó el «Instituto de Investigaciones», al cual hizo la merced de dar su nombre; el «Instituto de Investigaciones Hermann Goering» controla las redes telefónicas y telegráficas lo mismo que las trasmisiones radiales en Alemania y en la Europa ocupada. Dispone de aparatos de localización a larga distancia de una precisión desconocida en otras partes. Gracias a él Goering mantiene, en su desgracia, un instrumento de poder excepcional. Todo intento de quitárselo será vano. El instituto está a disposición de los S. S. para una eventual colaboración, pero sólo depende de la autoridad del Reichsmarschall Goering. Y cuando la Funkabwehr, que depende de la Wehrmacht y por lo tanto no disfruta del sombrío prestigio de los S. S., pide a su vez ayuda y asistencia al Instituto, siempre habrá alguna criatura de Goering que le cierre la puerta en las narices.

Es irritante aunque no desastroso. La técnica alemana es la primera en el mundo en el dominio radial; sabrá producir el material conveniente. En primer lugar, la Funkabwehr necesita aparatos de relevamiento a distancia para situar la posición aproximada de una emisora. Cranz afirma que el PTX se encuentra en una zona definida así; Alemania del Norte, Holanda, Bélgica, Francia septentrional. ¿Por qué no la Patagonia? Es indispensable situar a la ciudad, por lo menos, para que comience la cacería. Entonces intervendrán los aparatos de relevamiento aproximado para permitir la localización de la casa desde donde se trasmite.

La firma Loewe-Opta-Radio, requerida por la Funkabwehr, suministra algunos proyectos muy interesantes. En lo concerniente a los aparatos de relevamiento, el problema consiste en hacerlos lo más discretos posible para no dar la alarma. Los viejos modelos en poder de la policía y la Funkabwehr son tan voluminosos que deben ser ubicados en una camioneta y además se descubren por un caño circular, de un diámetro mayor de un metro, colocado sobre el techo. Hay que encontrar algo mejor. Al principio el aparato es reducido a las dimensiones de una valija, pero el hombre que la lleva debe usar auriculares y esto lo

denuncia ante los eventuales fisgones. Se decide entonces que la valija será ubicada dentro de un coche que irá a poca velocidad; después, un nuevo progreso: el aparato se empequeñece tanto que puede sel ocultado debajo de un abrigo y los auriculares se convierten en un dispositivo tan discreto como el que usan los sordos. La Funkabwehr ha encontrado su trébol de cuatro hojas y sólo falta la realización de los proyectos aprobados.

Pero al júbilo sucede primero la decepción y luego el enojo. A pesar de las notas conminatorias de la Funkabwehr, la cosa no marcha. Los ingenieros responsables dan pruebas de una manifiesta voluntad aunque resulte ésta un tanto torpe. Reorganizan continuamente sus servicios para mejorar su eficacia, pero permanentes trastornos provocan algunos inconvenientes: algunos especialistas reciben una orden de traslado al frente ruso y luego de su partida se descubre que eran indispensables para la realización de los nuevos aparatos. En el colmo de la mala suerte, los relevadores a distancia, ya terminados, son expedidos a una dirección equivocada. La mitad de ellos estaba destinada a la Funkabwehr, los otros al Instituto de investigaciones de la Luftwaffe. Todos son enviados a Goering. ¡Imposible recuperarlos! Es para desesperar.

Tres agentes de la Orquesta Roja trabajaban en la «Loewe-Opta-Radio», donde uno de ellos ejerce funciones directivas; su jefe directo en la red es un oficial del «Instituto de Investigaciones Hermann Goering».

Descubierto a fines de junio, el presunto trasmisor berlinés trabaja durante tres semanas; luego calla, con gran satisfacción de los que siempre creyeron en un error de Cranz. A principios de agosto, las emisiones recomienzan durante unos quince días; después, silencio completo. Estas peripecias concluyen por deprimir a los jefes de la Funkabwehr, cuyos nervios han sido puestos a prueba por los retrasos de la «Loewe-Opta-Radio». El 7 de setiembre, en cambio, ya han sido captados doscientos cincuenta mensajes del PTX que los servicios específicos se empeñan en descifrar. Ante la imposibilidad de ubicar al pianista fantasma que tal vez se oculta en Berlín, se decide la persecución del laborioso colega, el primero que fuera descubierto por Cranz. Su actividad es sin duda consternante por lo regular, pero en Berlín casi se la prefiere a las extravagancias de la emisora duende. Cranz afirma que el PTX se comunica con Moscú. Por otra parte, el ritmo de las señales, la elección de las frecuencias y de las horas de emisión lo emparentan con el presunto emisor de Berlín; ambos pianistas han sido formados en la misma escuela. Tal vez deteniendo a uno se encontrará la pista del otro.

Lentamente Cranz estrecha el cerco; Alemania y Francia quedan eliminadas. Luego Holanda. Permanece Bélgica, y aunque ya es difícil ser más preciso, los especialistas estiman que el PTX debe hallarse en la costa, sin duda en Brujas. Es lanzado a la caza el representante local del Abwehr: Franz Fortner.

Fortner se ha organizado; dispone de una red de confidentes dirigida por dos flamencos quienes ya durante la primera guerra mundial habían trabajado para los servicios alemanes. Fortner les ordena que se mezclen con los medios «extremistas» de Brujas y que frecuenten los cafés populares. Puesto que el telegrama de Berlín especifica que la emisora trabaja para Moscú, Fortner busca a su presa entre los comunistas belgas, convencido de que sus confidencias no tardarán en encontrar el hilo conductor hacia el pianista clandestino.

Cuando Moscú le envió como refuerzo a Mikhaël Makarov, *alias* Carlos Alamo, Trepper

decidió beneficiarlo con la «máscara» de «El Rey del Caucho». Makarov disponía de diez mil dólares y Trepper le aconsejó que insertara en los diarios belgas un anuncio diciendo que un hombre de negocios sudamericano estaba dispuesto a aceptar una participación en los negocios de una firma comercial próspera. En esa época la mujer de Grossvogel, gerente de la sucursal de Ostende, hostigaba a su marido para que le hallara un reemplazante en su absorbente función. El Gran Jefe sugirió a Grossvogel que recorriera los anuncios de los diarios. La oferta de Carlos Alamo cayó bajo los ojos del belga; escribió al periódico. Makarov dio cuenta al Gran Jefe, quien admitió que un negocio de impermeables era una buena máscara. Se cerró trato y Makarov se hizo cargo de la sucursal de Ostende.

Makarov y Grossvogel ignoraban su recíproca pertenencia a la red. El ruso está seguro de haber encontrado su máscara en una trivial firma comercial; el belga cree que tiene que vérselas con un sudamericano sin misterio. Sin duda Trepper había aprendido la lección en la escuela de espionaje rusa —se supone que los agentes deben conocerse en circunstancias públicas anodinas—, pero no hay duda que la perfeccionó: aun sometidos a las peores torturas, Grossvogel y Makarov no podrán denunciarse porque se ignoran.

Tal es la red que el buen Fortner espera desenmascarar.

Sabemos que había conocido al Gran Jefe. Pero tiene que saber mucho más acerca de él.

Los agentes de Fortner recorrieron en vano los cafés de Brujas. En su opinión, los comunistas de Bélgica eran pacíficos y sólo aspiraban a ser olvidados, convencidos de la próxima caída de Moscú. Sucesivos telegramas de Berlín los enviaron a Knokke-le- Zoute, Gante y a la Universidad de esta ciudad. Todo inútilmente. Pero las emisiones proseguían y Berlín exigía resultados. La Funkabwehr ya no se arriesga a precisar en cuál ciudad se esconde el trasmisor. A Fortner debe bastarle con saber que está en territorio belga. 5

El diplodocus comienza a armarse

En febrero de 1965, Constantin Melnik y yo fuimos a Munich en busca de Franz Fortner. Nuestro «contacto» era el coronel Giskes, exjefe del contraespionaje en Alemania. Indudablemente, éste conocía la dirección de Fortner, pero ¿querría comunicárnosla?

Constantin Melnik no era solamente el editor que antes trabajó en investigaciones; en Munich se convertía en el hombre que durante los últimos años de la guerra de Argelia fue consejero del Primer Ministro para los asuntos concernientes a información y seguridad. Resultado: el diplodocus comenzó a armarse y dos semanas después llamábamos a la puerta de Fortner, en Berlín Occidental.

Franz Fortner, septuagenario, es un señor de corta estatura, fornido, narigón, de grandes orejas, voz de altoparlante y una risa que lo sacude todo. Debe haber causado una fuerte impresión a aquéllos a quienes sacaba de la cama, veinte años atrás, gritando: «¡Gestapo!». Porque aunque los señores del Abwehr no tenían nada en común con la canalla de la Gestapo, no les venía mal, llegado el caso, vestirse con las negras plumas ajenas.

Prevenido de nuestra visita, Fortner se mostró dispuesto a hablar. ¿Hasta qué punto?

Cuando soltó el nombre de Claude Spaak, su esposa lo regañó. Le parecía peligroso complicar a gentes de tal envergadura. Pero nosotros sabíamos que Claude Spaak, hermano del célebre hombre de Estado belga, había trabajado para el Gran Jefe. Tras algunas preguntas a las que respondimos de buena voluntad, Fortner decidió que sabíamos lo suficiente como para contarnos el resto sin inconveniente, especificando, eso sí, que su verdadero nombre no debía figurar en el libro[1].

He olvidado cuál de nosotros dos propuso a Fortner un viaje a París. Le garantizamos la discreción. Fortner se negó al principio enumerando famosos raptos perpetrados por los servicios soviéticos en territorio francés. Por otra parte, tenía muchas ganas de volver a ver París. Su mujer le bloqueaba el camino de la aceptación; rechazaba los azares de semejante aventura.

A la mañana siguiente salimos de Berlín Occidental más atónitos que amargados. Durante años la Orquesta Roja fue la presa de Fortner. Increíble que los papeles se hubieran invertido hasta ese punto. Al cambio no le faltaba sal y yo no podía menos de encontrarlo divertido, pero nos costaba los recuerdos de Fortner.

A mi regreso a Francia le escribí una carta alabando la primavera de París en términos ultrajantemente líricos. Tres semanas después Fortner aterrizaba en Orly. El aeropuerto estaba lleno de vistosas banderas celebrando el vigésimo aniversario de la victoria aliada sobre Alemania.

Franz Fortner me gusta porque es un aficionado. La guerra secreta exige de sus combatientes una gran elasticidad mental. Fortner, visiblemente, no estaba hecho a su medida. No sabía una palabra del Abwehr hasta que en Hamburgo lo destinaron a su servicio y lo enviaron a Bruselas. Allí dispuso del formidable aparato de represión alemán contra un grupo de hombres aislados. Aun cuando aprenda su oficio seguirá siendo «un oficial típico». Enviará a la muerte a los espías sin tocarles uno solo de sus cabellos. Por otra parte, es un hombre bueno a quien la violencia horroriza.

Hoy en día, a los setenta y tres años, consagra su tiempo a una obra empeñada en atemperar la suerte de los prisioneros de orden común y en favorecer su reingreso a la sociedad. Todo esto es humanamente loable, aunque profesionalmente pueda ser un desastre.

Cuando Trepper subió al tren que lo conducía a Moscú, luego de haber resuelto el enigma de la delación en la red Fantomas, no sabía si al fin del viaje su destino sería el Centro de informaciones militares soviéticos o los sótanos de la cárcel Lubianka, donde iban a parar los caídos en desgracia. Muchos otros espías, jefes de diferentes redes, se dirigían a Moscú en esos

tiempos con el corazón angustiado, sabiendo que les esperaba la muerte y preguntándose el porqué.

Treinta años después, el asunto sigue siendo contuso. Se inicia con la suntuosa maquinación del S. S. Reinhard Heydrich para acusar al mariscal Tukhatchevsky, jefe del Ejército Rojo, de traición a Stalin; Heydrich hace llegar a Moscú falsos documentos; el propósito es desatar una tormenta en los círculos dirigentes soviéticos; si los osos se devoran entre ellos el lobo nazi será el beneficiario de la operación. Heydrich tiene suerte y una ola de purgas cae sobre Rusia y decapita a su ejército. Es probable que Stalin haya

adivinado la maniobra y que decidiera utilizarla para desembarazarse de un mariscal demasiado popular y de un inquietante Estado Mayor. También es posible que Tukhatchevski preparara en realidad un golpe de estado y que Heydrich haya sido la mosca del coche,

el decir, del coche fúnebre.

Según los especialistas más autorizados, la mitad de la oficialidad rusa fue eliminada en los campos de Siberia, de un balazo en la nuca. El blanco preferido de la represión fueron los servicios de información. Es lógico, porque si el ejército conspira, el meollo del complot suele situarse en esos servicios dedicados a las maniobras secretas y protegidos por la penumbra en que se mueven. Los cuadros superiores fueron liquidados y los agentes en el extranjero llamados a Rusia; resultaban particularmente sospechosos porque la distancia les concedía una libertad de acción propicia a las conspiraciones.

Trepper figuró entre los llamados. Al llegar a Moscú cayó en pleno baño de sangre y poco faltó para que fuera salpicado. Uno a uno ve desaparecer a sus amigos. Posteriormente ha declarado que su traslado a Bruselas le salvó la vida. Pero lleva consigo heridas que no terminan de sangrar. Ha visto asesinar en cerradas cohortes a sus jefes y a sus compañeros. Esa temporada en el infierno lo conduce a una especie de perfección que no es el ideal del hombre honesto ni del oficial típico. Para alcanzarla no bastaron las aventuras de su juventud errante ni las enseñanzas de Fantomas, ni las recibidas en la Academia del Ejército Rojo. Ahora puede afrontar las terribles pruebas que sobrevendrán. Fue Trepper quien llegó a Moscú; quien partió hacia Bruselas desde Moscú era ya el Gran Jefe.

6

Fracaso en Berlín

A fines de setiembre de 1941, cuando los informes de Fortner se acumulaban en los clasificadores del Abwehr, el emisor berlinés es captado nuevamente. Trabaja con la habitual fantasía, alternando períodos de silencio con otros de actividad febril, pero ahora ya no es permitida la duda: el pianista está en Berlín.

La inteligencia de la presa da interés a la caza y desde ese punto de vista el hombre no defrauda. Trata de borrar su pista. Cada pianista trabaja sobre una onda dada; la estación receptora lo aguarda a las horas de emisión sobre esa extensión y una vez descubierta los cazadores se ubican, al acecho. De este modo el pianista es una especie de ciervo cuyas andanzas familiares son conocidas por los guardabosques. Puede modificar su correría en el éter y abandonar los senderos habituales, es decir, cambiar de onda. La operación es delicada; supone un perfecto acuerdo entre el pianista y la estación receptora para que ésta no lo deje dando volteretas en el aire. Por ejemplo, una radio soviética tenía el siguiente plan de emisión: colocaba la señal en cuarenta y tres metros; Moscú acusaba la recepción en treinta y nueve metros; entonces el pianista emitía su mensaje en cuarenta y nueve metros. Treta suplementaria: al pasar de los cuarenta y tres a los cuarenta y nueve metros, el pianista lanzaba una nueva señal destinada a despistar a los cazadores haciéndoles creer que un nuevo trasmisor entraba en el juego.

Con estas astucias se gana tiempo, aunque el adversario fatalmente acaba por adivinarlas. Sería necesario cambiar continuamente el largo de la onda y las señales. Técnicamente es posible pero es necesario contar con los desfallecimientos humanos. El pianista no es un robot. Sometido a condiciones de trabajo que agoten sus

nervios, arriesgaría perderse en el laberinto de un «plan de emisión» demasiado complejo. Más prosaicamente puede cambiar el lugar de la emisión. Los cazadores responderán multiplicando las batidas callejeras y más de un pianista caerá junto con su trasmisor en la red policial. Conclusión: las emisoras no deben moverse de su lugar, lo que hay que desplazar son las radios. Si la red es rica, cada pianista dispondrá de varias «cajas de música». De lo contrario, los pianistas utilizarán los trasmisores alternativamente, trabajando cada uno en su extensión habitual de onda. Además el factor tiempo es primordial. Se trata de que el pianista presienta que determinado refugio está a punto de ser «captado». En cuanto a la jauría, se esforzará por llegar cuanto antes al refugio para sorprender a su presa.

Cacería silenciosa y sórdida, sin las trompetas de caza y los alegres trajes pero que, lo mismo que la otra, concluye con la muerte de la presa. Y también decisiva, puesto que durante la guerra fue la batalla de la cual dependía el resto. Sin emisión una red no vale nada; es eficaz si está en condiciones de trasmitir sus informes. Pero si una emisora justifica su existencia, al mismo tiempo la pone en peligro, puesto que la ha denunciado a los cazadores.

Cacería cruel porque la presa es un hombre. Cada vez que uno de los radioperadores del Gran Jefe se sitúa frente a su trasmisor en su rostro será posible leer la tensión de la angustia ante el cerco que se cierra. Es tan vulnerable como un soldado que sale de la trinchera para exponerse a las ametralladoras enemigas. Para él el coraje consiste en permanecer en su puesto y seguir trasmitiendo. Sin duda es más difícil que un asalto a la bayoneta.

Cacería emocionante porque el heroísmo despojado de oropeles y fanfarrias alcanza una pureza absoluta. Cuando les diga que Moscú, a pesar de las súplicas del Gran Jefe, obligó al pianista del PTX a emitir cinco horas seguidas por noche, insensata orden que equivalía a una condena a muerte pura y simple, ustedes comprenderán la grandeza del teniente Makarov, *alias* Carlos Alamo, enamorado de la acción altanera y esplendorosa. Esas cinco horas de emisión consecutiva fueron una hazaña mayor que la de haber piloteado un avión bajo el cielo de España.

Cacería frenética porque los informes trasmitidos al enemigo por el pianista eran para los cazadores como un chorro de sangre que brotaba de una herida infectada, su propia sangre y su propia herida. Si el pianista era «captado» la hemorragia se detenía; su confesión descubriría la red y permitiría acabar con los gérmenes infecciosos.

Cacería grotesca, a veces, como sucedió en Berlín, en el mes de octubre de 1941…

El principio fue malo: los coches- gonio fabricados por la «Loewe-Opta- Radio» han sido enviados a París y Varsovia y ninguno está a disposición de la Funkabwehr cuando inicia su operación berlinesa. ¿Quién es el responsable del error? En la Funkabwehr todos miran de reojo al «Instituto de Investigaciones Hermann Goering». De todos modos hay que prescindir de los automóviles y trabajar con aparatos fijos. Es decir, que se perderá mucho tiempo.

Un problema crucial, además: ¿cómo vestir a los especialistas que integrarán los dos equipos de relevamiento? Los uniformes militares los denunciarían. La Funkabwehr se opone a las ropas de civil, sería una excentricidad que terminaría con la disciplina, el virus de la descomposición introducido en el ejército alemán. El argumento perentorio es que un soldado vestido de civil no puede manifestar a su oficial los signos exteriores de respeto previstos en el reglamento. ¿No lo creen? W. H. Flicke, ex miembro de

la Funkabwehr, garantiza la autenticidad de la historia. Asombroso pueblo. Por fin se transige y los especialistas vestirán el traje paramilitar de los empleados de Correos y Telecomunicaciones.

El primer día el pianista observó en las inmediaciones de la casa desde donde trasmitía una gran tienda en torno a la cual se afanaban unos empleados de Correos. No se preocupó porque la administración empleaba tiendas como ésa cuando era necesario colocar cables o repararlos. Ni siquiera los camiones de la Wehrmacht lo emocionaron; dada la penuria de los recursos no era extraño que la administración pidiera ayuda al ejército. Pero le llamó la atención que los operarios vistieran uniforme; siempre los había visto usar el mono azul.

Al día siguiente inspeccionó un poco antes de ir al departamento que constituía su segundo refugio. Caminó lentamente por la acera y al pasar junto a la tienda oyó una voz asordada que murmuraba: «Sí, mi teniente».

Al tercer día, mientras ambulaba por el barrio donde estaba su tercer refugio, el pianista se detuvo frente a una tienda en torno a la cual se afanaban algunos empleados de Correos y Telecomunicaciones. Pidió fuego a uno de ellos y mientras le tendía su encendedor percibió claramente el silbido característico de un receptor al ser puesto en marcha sobre determinada extensión de onda.

Al cuarto día y en los subsiguientes, los equipos de relevamiento aguardaron en vano una emisión. Fue necesario replegar las tiendas y devolver los uniformes a la administración de Correos y Telecomunicaciones. La Funkabwehr estaba amargada. Alguien le había tomado el pelo.

Del otro lado, en la red berlinesa, que el contraespionaje imagina fuertemente estructurada y dirigida por

expertos duchos en diabólicas tretas, todo es desorden, y confusión. Creció demasiado rápido. Los diplomáticos soviéticos fueron repatriados al declararse la guerra y apenas tuvieron tiempo de dejar algunas miguitas sobre la tierra alemana. No es la manera de actuar en el terreno de las informaciones, donde el tiempo se venga, más que en cualquier otro, de lo que no se ha hecho con él.

En realidad, los silencios del pianista de Berlín se deben a su inexperiencia y no a un afán de mistificación, como supone la Funkabwehr. Por error ha conectado mal el aparato que le confiara un funcionario

de la embajada soviética y lo ha quemado. Una vez reparado el trasmisor, el pianista se pierde dentro del dédalo de instrucciones recibidas. Excelentes para un virtuoso, sobrepasan la capacidad de ese debutante. El pianista no entiende lo de los cambios de onda, para él una comunicación efectiva con Moscú es una conexión radial por medio de la cual trasmite informes, aunque se limite a repetir un mensaje ya emitido o a concertar algún detalle técnico. En consecuencia, Moscú aguarda al pianista en determinada onda en tanto que él trasmite por otra. Al final el contacto se establece y vienen las explicaciones. Las emisiones se reanudan. Conforme a sus instrucciones el pianista utiliza seis extensiones de onda y treinta señales. Es decir, que cada siete días reinicia su trasmisión siguiendo el mismo orden de extensión de onda. Y cada treinta días hace lo mismo con las señales. Pero cuando el mes tiene treinta y un días, la central de Moscú entiende qué un pianista avisado callará ese día para no perturbar el ritmo mensual. El pianista berlinés ignora esa convención y emite el día treinta y uno utilizando la primera señal de su lista. Resultado: cuando la central escucha el día treinta y dos, no encuentra a su hombre que la está llamando por una onda diferente. El contacto ha quedado interrumpido.

Hay que concluir con esto. En Moscú se decide enviar a experimentados radioperadores a Alemania por medio de paracaídas. Pero Alemania está lejos de los aeropuertos rusos y habría que pedir a los ingleses que se hicieran cargo de la operación. El entrenamiento de los futuros paracaidistas y las negociaciones a nivel superior hacen perder mucho tiempo. Y en ese mes de octubre de 1941 el ataque alemán conserva su fuerza inicial dislocando el muro humano que los rusos le oponen. Una tras otra las divisiones soviéticas son arrolladas, cercadas, aniquiladas; la ruta de Moscú está abierta. Para el Ejército Rojo, al borde del desastre, los informes de las redes de espionaje son tan necesarias como el oxígeno para un moribundo. Nadie en Moscú piensa en dejar en silencio a la red berlinesa hasta que se ponga en pie la operación de los paracaidistas. El 10 de octubre Kent recibe un llamado de socorro; este mensaje costará la vida a decenas de hombres y mujeres que morirán colgados o decapitados.

«KLS de RTX. 1010. 1725wds qbt.
Del Director a Kent. Personal. Vaya a Berlín inmediatamente tres direcciones indicadas y determine causas fallas contactos radio. Si interrupciones se renuevan encárguese trasmisiones. Trabajo tres grupos berlineses y trasmisión informes importancia capital:
Direcciones: Neuwestend, Avenida Altenburger 19, tercero derecha. Coro-Charlottenburg Frederichstrasse 26a, segundo izquierda. Wolf - Friedenau, Kaiserstrasse 18, cuarto derecha. Bauer. Tenga presente aquí “Eulenspiegel”. Clave: Director. Trasmita noticias antes 20 octubre. Nuevo plan (repetimos nuevo) en vigor para tres estaciones qbt ar. KLS de RTX».

Tres días después, el 13 de octubre, la red berlinesa recibía la siguiente advertencia del Centro de los Servicios Secretos:

«RSK de BTR. 1310.1425.54 wds qbt
Del Director a Freddy para Wolf que trasmitirá a Coro. Llegada de Kent viniendo de BRX. Encargado de restablecer el tráfico radio. En caso de fracaso o nueva interrupción enviar a Kent todo el material de trasmisión. Entregarle el material averiado. Intento restablecer tráfico el 15. Centro a la escucha a partir de 0900».

Por consiguiente, Kent va a Berlín en misión de arreglo. Ya había tomado contacto con la red alemana en el pasado mes de abril, durante un viaje a la Feria de Leipzig que desesperó a la bella Margarete. Esta vez se encuentra con los dos jefes de la red en el Jardín Zoológico de Berlín. En pocos días procura al pianista berlinés un trasmisor suplementario y lo pone en contacto con un viejo militante comunista, quien antes de la guerra hizo cursos de radio en Moscú, y que dará al pianista lecciones de perfeccionamiento. De Berlín, Kent va a Praga. En el camino toma contacto con Rauch, un checoslovaco miembro del Intelligence Service a quien conociera en Bruselas. Lo sabemos por un telegrama de Kent anunciando a María

Rauch, esposa del espía, que se encontrará con ella en el andén de Raudnitz donde su tren se detiene contados minutos. Le da cita en el coche comedor. Ignoramos en detalle la misión de Kent en Praga, pero eso demuestra que la Orquesta Roja tenía intérpretes en todas partes.

Regresa a Bruselas en noviembre con la satisfacción del deber cumplido.

Pero una mala noticia lo aguarda allí. El pianista berlinés ya no puede tocar. El 21 de octubre, exactamente después de la partida de Kent, los equipos de la Funkabwehr se han puesto en movimiento y Berlín debe guardar forzado silencio. De acuerdo con las órdenes de Moscú, los informes recogidos por la red berlinesa serán trasmitidos por Bruselas. El diligente Kent ha tomado sus disposiciones para esta eventualidad: un sistema de postas entre Alemania y Bélgica ya ha sido montado. Por supuesto que Bruselas tendrá un exceso de trabajo. El pobre Alamo, clavado frente a su trasmisor, sigue soñando con los hermosos días de

la guerra de España.

7

Cita en Stalingrado

La red berlinesa está al tanto de la ofensiva de la Wehrmacht, conoce la disposición de las fuerzas y el efectivo de los refuerzos; puede señalar de antemano los lugares donde aterrizarán las unidades paracaidistas, informa a Moscú sobre las pérdidas del enemigo en hombres y material. Y eso no es todo: la red tiene informes precisos sobre la

producción alemana de nafta y productos químicos y sobre el número de aviones que salen mes a mes de las fábricas del Reich; tiene sus antenas en los organismos directivos del partido nazi y hasta en el Estado Mayor, cuyas tesis y querellas conoce. Posee claras nociones acerca de las maniobras de la diplomacia secreta de Ribbentrop. Está en condiciones de seguir día a día los traslados de Hitler.

De acuerdo con las nuevas disposiciones, estos informes capitales serán trasmitidos por la emisora de Kent.

También llueven a Bruselas los pedidos de informes provenientes del

Centro. Algunos se refieren al movimiento de tropas en Bélgica y Holanda, a la capacidad de producción de las fábricas locales que trabajan para el ocupante, a la actitud de la población civil. Pero la mayoría excede ampliamente el cuadro belga u holandés. Si el Director quiere conocer la fuerza del ejército suizo, las posibilidades militares de la industria química alemana o el detalle de las pérdidas de la Wehrmacht, se dirige a Bruselas.

Lo mismo a través de Bruselas son enviados a Moscú los informes reunidos en Francia por el Gran Jefe. Al igual que los de la red berlinesa son múltiples, variados y precisos; sobre todo indican

una penetración del dispositivo alemán no alcanzada por ningún otro sistema de espionaje de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial.

¿Qué es entonces Bruselas?

En primer lugar, la cabeza de una organización que abarca Bélgica y Holanda y que da los habituales informes locales de toda red de resistencia.

Sobre todo es el corazón del formidable aparato de espionaje de la Orquesta Roja. Absorbe los informes recogidos por decenas de agentes diseminados en toda Europa y los

envía al Centro por la arteria esencial de su contacto radial.

Para Moscú, aturdido por el cañoneo alemán y los raids aéreos, la voz de Bruselas es la de la esperanza. Los frentes se derrumban, los diques caen, uno tras otro, la marea verde se expande por el país y se acerca a las murallas del Kremlin, pero la estación de Bruselas, en el seno mismo del glorioso estruendo alemán, percibe ínfimas resonancias: las dudas de los generales de Hitler, el agotamiento de las tropas, el desgaste del material. Y en el momento mismo en que el Führer chilla ante la multitud berlinesa:
«Declaro hoy, sin ninguna reserva, que nuestro enemigo del Este ha sido abatido y que jamás se levantará», la voz de
Bruselas permite a Moscú no abandonar la última esperanza.

También aporta al Estado Mayor del Ejército Rojo numerosos informes tácticos que los generales soviéticos, arrollados por el adversario, empujados por las vanguardias, no tienen oportunidad de utilizar. La superioridad alemana es tan fuerte que los rusos, ni aún prevenidos del próximo golpe, pueden soportar su impacto. No han logrado todavía poner entre el enemigo y ellos el espacio suficiente para una reorganización que haría posible la utilización eficaz de los informes. Pero el 12 de noviembre de 1941, el tiempo reemplaza al espacio y permite a un
mensaje de Bruselas entrar en la Historia en lugar de terminar en el canasto de un estado mayor de campaña. El 12 de noviembre de 1941, en el instante preciso en que los jefes del Estado Mayor alemán, de los tres cuerpos de ejército del frente oriental se reúnen en Orcha para preparar el avance final sobre la capital rusa, de la cual las vanguardias blindadas están a veinticinco kilómetros tan solo, el Centro recibe el siguiente mensaje de Bruselas:

> «De Kent a Director. Fuente: Coro.
> Plan III, objetivo el Cáucaso,
> previsto primero para noviembre será aplicado en la primavera de 1942. El traslado de las tropas deberá estar terminado el primero de mayo. Totalidad esfuerzo logístico con tal fin a contar 1.º de febrero. Bases de despliegue para ofensiva Cáucaso: Lozowaïa -Balakelaja
> - Tschugujev - Belgorod - Achtynka - Krassnograd - Cuartel general en Karkhov - Seguirán detalles».

Moscú no será tomada. En cinco días los jinetes mongoles de la 44ª
División cargarán, sable desenvainado, frente a Moussino, a menos de cincuenta kilómetros del Kremlin y su sangriento ataque marcará la entrada en el combate de las tropas frescas venidas de Siberia. Stalin pudo reunirías ante su capital porque el agente Richard Sorge, desde Tokio, le aseguró que el Japón no atacaría a Rusia por la espalda, en Siberia. Y mientras los rusos se baten frente a los muros de Moscú, la Orquesta Roja, con su telegrama del 12 de noviembre les da cita, con nueve meses de anticipación, a orillas del Volga lejano, en Stalingrado.

Sorge permitió evitar la derrota en Moscú. Trepper y sus hombres harán
posible la victoria en Stalingrado.

Después de su fracaso en Berlín, la Funkabwehr comprueba que el tráfico del PTX se ha ampliado considerablemente. La comparación del número de mensajes trasmitidos indica que el pianista del PTX ha tomado a su cargo el trabajo del colega berlinés impedido de actuar. Gracias a las pacientes búsquedas de Cranz y de Breslau se tiene ahora la certeza

de que la emisora se oculta en Bruselas. La Funkabwehr envía a Fortner un equipo de especialistas, coches-gonio[2] y dos «valijas buscadoras». Tal despliegue de fuerzas elimina toda posibilidad de fracaso. Esta vez la caza del PTX está bien encaminada.

8

Descenso de los Atrebates[3]

Todavía lo llamaban PTX, pero era casi seguro que había abandonado su señal primitiva; ahora utilizaba unas treinta llamadas y jugaba como virtuoso con la extensión de las ondas. Los técnicos de la Funkabwehr se encarnizaban por seguirlo en sus piruetas; el 17 de noviembre hicieron un descubrimiento que complicaría de manera sensible el trabajo de los cazadores; existían en Bruselas tres emisoras clandestinas que usaban alternativamente las mismas señales y las mismas ondas. Imposible en tales condiciones descubrir cuál de las tres era el PTX buscado desde hacía tanto tiempo, aunque una de las estaciones trabajaba más que las otras.

Los equipos de relevamiento llegaron a Bruselas el 30 de noviembre en un sombrío estado de ánimo. No era fácil localizar a tres emisoras que utilizaban iguales señales y trasmitían por la misma onda. Si además los pianistas disponían de numerosos «aguantaderos», la tarea sería ardua en verdad. En cambio, resultaba reconfortante que las emisiones tuvieran lugar por la noche porque el cubrefuego impediría a los pianistas disponer de una red de «campanas» y no sería necesario requisar un lote de uniformes de carteros belgas…

Los primeros relevamientos fueron catastróficos. Prodigioso misterio, los hilos no se cruzaban en ninguna parte. Con relevamientos de control sobre una emisora alemana se descubrió que los aparatos tenían fallas de varios grados. Puesto que los «coches-gonio» eran flamantes, se dedujo que algo en la «Loewe-Opta-Radio» olía a podrido. La cacería fue reanudada teniendo en cuenta las diversas desviaciones.

Pronto se estableció que los tres pianistas no eran itinerantes. Uno se ocultaba en la comuna bruselense de Etterbeck, el segundo estaba en Uccle, el tercero en Laeken. Los especialistas de la Funkabwehr se inclinaban por pacientes búsquedas que permitieran «captar» a las tres emisoras a la vez, pero recibían órdenes de los jefes locales del Abwehr y éstos decidieron otra cosa. Hacía meses que Berlín los hostigaba, ¡el PTX se había convertido en una obsesión! ¡A pescarlo de una vez! Disipada la pesadilla, siempre habría tiempo para perseguir a los otros dos pianistas.

Los técnicos estimaron que el PTX era probablemente la emisora de Etterbeck, la más laboriosa de las tres. Por sucesivos relevamientos se localizó su «aguantadero»; se ocultaba en una estrecha y triste arteria, casi desprovista de negocios: la calle de los Atrebates.

Cuenta Fortner: «Oficialmente yo seguía siendo responsable del contraespionaje en Gante, pero Berlín me ordenó que me ocupara del asunto de la emisora clandestina. Cuando fue localizada en Bruselas me instalé en un magnífico departamento del bulevar Brand

Whitlock, abandonado por su dueña, una inglesa. Por supuesto que la portera ignoraba cuáles eran mis funciones, creía que yo trabajaba en el mercado negro y yo alimentaba sus sospechas regalándole jabón de vez en cuando.

"La llegada del equipo de la Funkabwehr cambió todo. Hasta entonces me había limitado a escuchar el PTX todas las noches con mi receptor sin poder hacer nada. El técnico encargado de la "valija buscadora" me impresionó. Era un sargento muy ambicioso y seguro de sí mismo. Me declaró de entrada: "Yo lo encontraré".

"Los relevamientos progresaron rápidamente. Y por fin dimos con la calle de los Atrebates. Mi sargento estaba persuadido de que la emisora se hallaba en una de estas tres casas: 99, 101 ó 103. Investigué discretamente a los ocupantes. En el 99 vivía una familia flamenca notable por sus sentimientos germanófilos. El 101 estaba habitado por unos sudamericanos de quienes los vecinos decían que trabajaban para los servicios económicos alemanes. La casa del 103 estaba vacía. Tenía el presentimiento de que la emisora se ocultaba allí, pero necesitaba la certeza. Nos instalamos en una casa requisada, en el mismo *bloc*, donde vivían dos hombres de la organización Todt a quienes prohibimos salir durante varios días. Los pusimos al corriente del caso y prometieron callar. Durante cuatro o cinco noches el sargento trabajó en la inmediata proximidad de las casas sospechosas. Por fin afirmó que las emisiones provenían de la casa del medio, la 101, ocupada por los sudamericanos, sólo restaba actuar.

"Estimaba que se requería mucha prudencia. Sabía por mis informantes que los comunistas se habían endurecido mucho y que en caso de ataque estaban decididos a batirse hasta morir. Obtuve de las autoridades militares el préstamo de diez hombres de la gendarmería secreta. ¿Bastarían? No estaba seguro. Cerca de la calle de los Atrebates había un cuartel de tropas territoriales encargadas de cuidar las vías férreas y los viaductos. El comandante me recibió fríamente y me dijo que no podía hacer nada por mí. Pero un jefe de compañía que estaba presente se entusiasmó con el caso y puso a mi disposición veinticinco de sus hombres.

"Estábamos en condiciones de dar el golpe. El raid fue fijado para la noche del 12 al 13 de diciembre, a las dos de la madrugada.

"El 12 de diciembre a las diez de la noche me instalé en la casa de los Todt con mi sargento y tres oficiales del Abwehr. Teníamos con nosotros a seis de los gendarmes, los otros estaban escondidos en el número 97, al lado de la casa de los flamencos: Los territoriales, desde su cuartel bloquearían la calle, armados de ametralladoras. Les hice poner unas gruesas medias de lana encima de las botas para que no dieran la alarma con ruidos sospechosos.

"Mi plan era simple: un asalto brutal. Con dos hombres me lanzaría sobre la casa de los flamencos; un oficial y dos gendarmes entrarían en la de los sudamericanos y otros tantos lo harían en la casa vacía. El tercer oficial tomaría el mando de los territoriales en la calle de los Atrebates. Disponíamos de antorchas, hachas y escalas de bombero para trepar eventualmente a los techos.

"A las dos de la madrugada instalé mi dispositivo. Una media hora después todo estaba listo y di la orden de atacar.

"Los flamencos quedaron atónitos al verme aparecer con mis dos gendarmes y comprendí en seguida que la emisora no estaba allí. A mi derecha, en el 101, el oficial del Abwehr

gritó: —¡Aquí!
¡Es aquí! Sonaron disparos. Vi a los gendarmes tirar sobre un hombre que salía de la casa. Los territoriales se lanzaron en su persecusión.

"Yo me abalancé sobre la casa de los sudamericanos. En la planta baja una mujer en bata de entrecasa dormía sobre un catre de campaña. Era hermosa, más o menos de veinticinco años, típicamente judía. En el primer piso mi sargento se lanza sobre el trasmisor aún caliente. En el segundo piso otra mujer en la cama. Alta, más bien buena moza, veinticinco o veintiocho años, muy judía. Oigo gritos: —¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos!— y vuelvo a la planta baja. Han atrapado al fugitivo que intentaba ocultarse en el subsuelo del inmueble de enfrente. Sé ha resistido y lo han golpeado. Sangra. Tiene un pasaporte sudamericano perfectamente en regla. La mujer de la planta baja me presenta una cédula de identidad francesa extendida a nombre de Sofía Poznanska. Le hago notar que habla mal el francés y a continuación no abre más la boca. Lo mismo el herido: ¡ni una palabra! Subo otra vez al segundo piso. La mujer que está allí se llama Rita Arnould. Me dice sollozando: —Estoy contenta de que esto haya concluido. Entré en la red a disgusto, forzada por un amigo. Le hablo en francés y me dice: —Hable alemán, será más simple. Soy alemana, nacida en Francfort. Está dispuesta a hablar. Hago traer dos botellas de vino para beber con ella.

"En el fondo, la pobre Rita era una criatura sin suerte. Huérfana de padre, estudió filosofía en Francfort y animada por un tal Isidore Springer, su amigo íntimo, militó en esa época en una célula comunista. Cuando Hitler asumió el poder salió de Alemania y fue a Bruselas para seguir sus estudios. Allí conoció a Arnould, un representante en textiles, hombre ya entrado en años, y se casó con él plantando estudios y actividades políticas. Es probable que hubiere terminado su vida como una buena ama de casa, sin historias, si Arnould no muere en 1940, dejándola sin recursos. Para desgracia suya se había encontrado nuevamente con Springer, quien a su vez estaba refugiado en Bélgica. La llevó a la calle de los Atrebates para que se ocupara de los trabajos domésticos. Le pagaban lo suficiente como para que Rita asegurara la subsistencia de su anciana madre. Además, judía, en un país ocupado por nosotros, la pobre no podía hacerse la difícil.

"Mire, debo confesarle que Rita Arnould me emocionó. Estaba persuadido de que en realidad no formaba parte de la combinación y que era una víctima de la necesidad. Traté de suavizar su suerte, la instalé en un hotel en vez de mandarla a la cárcel; tranquilicé a su madre. Cuando meses después fui en misión a San Sebastián, propuse a Rita llevarla conmigo y dejarla allí. Su respuesta me heló la sangre. Me dijo: —¿Para qué? He traicionado a los servicios soviéticos y me encontrarán donde quiera que vaya. Poco después fue fusilada.

"Bueno, volvamos al 13 de diciembre. En el curso de la conversación Rita me previno: —Vigile abajo. —¿Vigilar qué? —Baje y verá.
—Volví a la planta baja y ordené a los gendarmes que registraran todo. Uno de ellos golpeó el tabique detrás del catre de campaña de la Poznanska; ¡sonaba a hueco! La Poznanska se había acostado de nuevo, la sacaron de la cama a los tirones porque se negó a levantarse. Echaron abajo una puerta camuflada en el tabique. Daba a un pequeño gabinete mal aclarado por una bombilla de luz roja. Hice cambiar la luz y, ¿qué encontramos? ¡Un taller de falsario! Todo el material para

fabricar documentos falsos, pasaportes en blanco, sellos, formularios, etcétera. En los estantes, frascos llenos de extraños líquidos y vasos colmados de cristales. Como Rita me dijo que era veneno enviamos todo a un laboratorio de Colonia para que fuera analizado. El jefe del laboratorio me informó que eran ingredientes para fabricar una tinta invisible muy perfeccionada y prácticamente indetectable.

”En aquel gabinete experimenté uno de los mayores choques de mi vida. ¡Era increíble! Los formularios en blanco provenían de nuestros servicios en Berlín. ¡Eso implicaba una formidable red con cómplices en todas partes! Los documentos que mi sargento encontró en el primer piso a medio quemar estaban escritos en alemán. No salía de mi asombro. Interrogué a Rita. Me dijo: — Es natural, aquí se trabajaba en alemán. Era tremendo.

”En el gabinete encontramos dos fotos de cédula de identidad destinadas sin duda a los falsos pasaportes. Según Rita una era la de un hombre a quien llamaban “el Gran Jefe” y la otra la del “Pequeño Jefe”. Fotos muy claras y buenas. Sentí la extraña sensación de haber visto ya a esos dos hombres. Rita ignoraba todo acerca del Gran Jefe pero sabía que el otro habitaba cerca del bulevar Brand Whitlock, es decir en mi barrio, y que tenía como querida a una mujer rubia, más alta que él. La pareja solía pasear llevando de la correa a un perrazo; era lo bastante preciso como para encontrar a nuestro hombre en el día.

”Salimos de la calle de los Atrebates a las seis y media de la mañana dejando en el lugar a un sargento y a un intérprete para interrogar a todos los que cayeran en la trampa. Fui directamente al Abwehr para rendir cuentas de nuestro éxito al jefe de la organización en Bruselas. Por supuesto que se mostró encantado y en seguida empezó a redactar un informe para Berlín. Pero ¿qué nombre de código daríamos a la red? Usted ya sabe que para el Abwehr una red de espionaje es una “Orquesta”. Mi jefe propuso “Orquesta Rusa”. Le dije: —No, “Orquesta Roja” sería mucho mejor».

Sólo conocemos el seudónimo del hombre arrestado y herido: Camille. Un judío de Palestina, ex miembro de las Brigadas Internacionales, casado con una francesa y residente en París. Trepper lo envió a la calle de los Atrebates para que aprendiera el oficio de pianista. Bravo, impetuoso, entusiasta, Camille morirá sin hablar.

Sofía Poznanska es la cifradora de la red, excelente en tan delicada especialidad. Si da su código a Fortner será un golpe terrible para la Orquesta Roja. Sofia Poznanska no hablará. Pronto se suicidará en su celda de la prisión de Saint-Gilles donde la enviará Fortner.

Rita Arnould, mimada en su cuarto de hotel, está dispuesta a hablar. A primera vista no conoce los secretos de la red. Cocina la sopa y hace las camas…

Pero ciertos indicios permiten encontrar en pocas horas las huellas del Pequeño Jefe, *alias* Vincent Sierra, *alias* Kent. Sobre todo está la trampa tendida en la calle de los Atrebates, en la cual Fortner espera, razonablemente, que caigan algunos agentes…

El primer visitante pretendió ser el dueño de la casa y dijo que iba a cobrar el alquiler. Era verdad. Después de consultar al Servicio de Propiedades en Alquiler de Bruselas, lo dejaron ir.

El segundo visitante fue un individuo mal vestido, sin afeitar, que olía mal. Llevaba al

brazo una canasta en la que se agitaban algunos conejos. Le explicaron que la dueña de casa no estaba visible, y como insistía lo echaron a patadas.

Poco después un tercer llamado. Hicieron pasar al visitante y examinaron sus papeles a nombre de Carlos Alamo. El gendarme lo registró y descubrió en sus bolsillos varios mensajes cifrados. Le pusieron las esposas. Carlos Alamo conocía a la mayoría de los miembros de la red y el código utilizado en la calle de los Atrebates.

El cuarto visitante ofreció dificultades. Preguntaba por el garaje requisado por los alemanes. Lo hicieron entrar y examinaron sus papeles. Exhibió un salvoconducto especial, dado por la Organización Todt. Confusos, el gendarme y el intérprete decidieron retenerlo. El hombre armó un

escándalo, amenazó con los rayos de la autoridad militar si no telefoneaban en seguida a su superior. El gendarme llamó al Abwehr, habló del salvoconducto. —¡Suéltenlo ya! — chilló el oficial. Así se hizo.

Por la noche fue detenida una linda muchacha de color, indonesa, Suzanne Schmitz. Era amiga íntima de Alamo. Iba a comer con él en la calle de los Atrebates.

Fortner:

«Evidentemente cometí un grave error, habría debido dejar al intérprete y al gendarme las fotos encontradas…

pero, qué quiere hacerle… aún éramos aficionados. Teníamos que aprender el oficio».

(No pude contener la risa al enterarme de que el vendedor de conejos a quien echaron a patadas era el Gran Jefe).

En la noche del 13 de diciembre, Kent y Margarete acompañaron a Trepper a la estación, donde llegaron justo a tiempo para ver desaparecer la linterna roja del tren de París. El trío regresó a la casa de la Avenida Slegers, donde vivían Kent y su amiga. La calle había sido cerrada por los gendarmes y

muchos coches estaban estacionados frente a la casa. Éste llamó desde un café, le contestó un hombre en alemán. Kent y Margarete fueron a ocultarse en la casa de un amigo belga. Trepper tomó el tren siguiente.

Después ha contado que se sentía, ante todo, perplejo. Temía desde tiempo atrás una catástrofe en Bruselas; no era posible trasmitir impunemente cinco horas por noche como lo exigía Moscú. La emisora de los Atrebates había trabajado poco hasta el mes de diciembre. ¿Cómo los alemanes llegaron tan pronto a destino? Los métodos de relevamiento exigían más tiempo… Si hubo traición podía temerse lo peor.

¿Dónde se detendría?

El raid sobre los Atrebates provocó perplejidades y sospechas, una de sus consecuencias fue la zurra propinada en el trasero a un Hauptsturmführer S. S. Pero todavía no hemos llegado a ese precioso episodio.

Bruselas, el corazón de la red, ha sido fulminada.

Desde que empecé a trabajar en la Orquesta Roja me preocupó Georgie de Winter —la bella Georgie— como la llamaban todos. Se sabía que sobrevivió a Ravensbrück, pero su rastro se perdía al salir del campo. Algunos sobrevivientes de la red la suponían en Bélgica. ¿Dónde? Me resigné a no contar con ese precioso testigo. Me quedaba una Georgie soñada que representaría en el relato un gracioso paréntesis.

Pero en julio de 1965 hablando de ella con un ex miembro de la red, clavado en su cama por las secuelas de la deportación, el hombre me tendió, con una sonrisa, una participación de casamiento. Anunciaba el casamiento de Georgie con un coronel polaco emigrado, que acababa de realizarse en Soulorgues, próximo a Lasalle, en los Cevennes.

En agosto fui a los Cevennes, a Lasalle. El pueblo se extiende a lo largo de una calle interminable y estrecha; a ambos lados de ésta se abren sombrías cavernas: las casas. Me detuve ante una de ellas, baja, fornida, con paredes capaces de sostener un sitio. En vano llamé a la puerta y me disponía a desandar el camino cuando apareció una mujer a mis espaldas, que venía del jardín; joven, vestida con un pantalón y una camisa, de paso ligero, Georgie que tenía veinte años en 1940, se parece de una manera sorprendente a Jacqueline Kennedy.

Su marido había sufrido un infarto y estaba en el hospital de Montpellier.

Hablamos del pasado. A su regreso del campo de concentración, Georgie fue a visitar a su madre en Bélgica. La Sûreté belga la persiguió, la detuvo y la interrogó. En Francia la Dirección de Vigilancia del Territorio, principal servicio del contraespionaje la vigiló de cerca. Todavía en 1962, unos inspectores de la D. S. T. de Marsella vinieron en busca de Georgie y la interrogaron dos días seguidos en la gendarmería de Lasalle. Georgie sospecha que su correspondencia es abierta, pero no ignora que todos sus traslados son vigilados y lo seguirán siendo.

Es alta, delgada, de cabellos negros sueltos sobre los hombros. Los ojos muy brillantes, la voz tan juvenil como el andar. Lo más importante en esta sobreviviente de la Gestapo y de Ravensbrück es su voz, casi infantil, que se quiebra al pronunciar ciertas sílabas.

Me cuenta como poco después de la declaración de guerra, Eddy (es el nombre que da a Trepper) le aconsejó que se refugiara en los Estados Unidos, proponiéndole pagar el viaje. «Yo no quería dejarlo —dice—, no veía ningún peligro en compartir su vida». No lo vio ni siquiera después de la visita de un gendarme en Bruselas, en mayo de 1940, durante la ofensiva alemana. El gendarme buscaba informes del «extranjero». Sin saber nada de la verdad, Georgie dio un nombre y una nacionalidad falsas. ¿Tenía dudas ya?

«Tal vez —dice—, pero no indagaba nada».

París fue el deslumbramiento.

«Llevábamos una vida magnífica. No se imagina la gentileza de ese hombre, sus delicadezas, sus constantes atenciones. Me colmaba de regalos. Adoraba a mi hijo Patrick que vivía con nosotros. Los empleados de la Embajada de los Estados Unidos donde iba a buscar paquetes de alimentos para Patrick, distribuidos por la “American Aid Society”, me aconsejaban que regresara a los Estados Unidos. Eddy también. Me ofrecía un pequeño capital en dólares para que viviera allí. Pero lo quería demasiado y hubiera dado la vida por él. Conmigo era de una gentileza sin límites, aunque podía ser muy duro con los otros».

«Eddy» le presentó a unos pocos amigos. Georgie sentía afecto por Hillel Katz y por Leo Grossvogel. Sabía que
«Eddy» dominaba a ambos aunque él jamás le hablaba de sus asuntos. «Era inasible como el agua. Me impresionaba. Y además yo tenía entonces veinte años, quizás ahora que tengo cuarenta actuaría de otra manera. Yo era joven, despreocupada, nos queríamos y nuestra vida fue maravillosa».

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, «Eddy» le confesó a Georgie que trabajaba en el Intelligence
Service y le dio documentos falsos a nombre de Elisabeth Thevenet. Ella creyó todo. «En el fondo me daba lo mismo eso que la venta de impermeables…».

Georgie cuenta algunos incidentes.
«Los seres como tú y yo —le decía "Eddy" cuando ella manifestaba inquietud— siempre salimos bien de cualquier prueba». —Georgie tomaba lecciones de danza «para arreglarse sola, si acaso…». Comían en los restaurantes de lujo e iban a los *cabarets* porque «Eddy» tenía pasión por los *chansonniers*. «Qué hermosa vida la nuestra —concluye Georgie. — Puedo decir que jamás fui más feliz…».

París no es la retaguardia sino la base desde donde el Gran Jefe dirige la batalla. A su regreso de Bruselas se afana por colmar la brecha abierta por Fortner.

Kent es el primer problema. Luba tenía razón. El muchacho es perfecto para el trabajo en tiempos de paz, pero carece del temple necesario para arriesgar el pellejo. Los nervios de Kent estallan después del raid de los Atrebates y nada es más contagioso que el pánico. Puesto que Kent significa un riesgo, Trepper lo envía a Marsella, a la zona francesa libre. Allí se encontrará
con el buen señor Jaspar, el ex director del «Foreign Excellent Trench-Coat».
¿No podrían crear ambos una red local con trasmisor independiente? La zona libre está menos vigilada que la otra. Pero Trepper se cuida de las esperanzas excesivas. Conoce el peso de Kent y lo encuentra escaso. Además juzga a Margarete Barcza una mala influencia. Kent la quiere con tal pasión que siente más miedo por ella que por él. Ella lo ablanda, le hace perder el tiempo. Trepper propone enviarla a Suiza pero Kent se niega. No irá a Marsella sin Margarete, El Gran Jefe debe ceder.

Kent logra «desprenderse» de Bruselas. Como conoce a mucha gente,
un escamoteo sin tambores ni trompetas parecería sospechoso. Kent se despide de sus amigos, da una explicación plausible de la partida: los bolches se disponen a «requisar» a los uruguayos porque es posible que su país declare la guerra a Alemania, después de la entrada de los Estados Unidos. En casa de Robert Christen, dueño del bar
«Florida», deja una valija. Christen acepta la valija y le desea buena suerte.

París es la primera etapa. Kent viaja allí directamente. Margarete y el hijo de ella, René, deben pasar la frontera clandestinamente porque sus documentos llevan el sello: «judío». El 20 de diciembre se encuentran en el hotel
Oceanie. Aunque Kent está nervioso la pareja recorre las *boites* nocturnas, cotidianamente, dejando a René al cuidado del portero del hotel. El 29, Kent parte hacia la zona libre, Margarete y René quedan confiados a Trepper. Dos días después cruzan la frontera con dificultades: nueve horas de marcha con una temperatura inferior a los quince grados bajo cero. Desde una granja disparan sobre ellos. Por fin, Margarete y su hijo llegan a Marsella el 31 de diciembre. La señora de Jaspar no recibe con placer a esa mujer suntuosa, pero como cae enferma y Margarete la cuida devotamente, hacen las paces. Cuando Kent llega, a su

vez, la pareja
alquila una casa en la calle de l'Abbé- de-l'Epée.

Otro miembro de la red está en peligro: el amante de Rita Arnould, Isidore Springer, llamado «Romeo» por sus lances amorosos. El Gran Jefe lo envía a Lyon. Romeo es un tipo buen mozo, vendedor de diamantes en Anvers, ex miembro de las Brigadas Internacionales, oficial del ejército belga condecorado por su valor en 1940. Con semejante pasado, no le sienta el futuro de emboscado. Agitará a Lyon.

El segundo problema son los prisioneros. ¿Callarán? ¿Qué dirán si hablan? Trepper no puede jugar su
partida si ignora que cartas de triunfo caen en manos del adversario. Crea un grupo especial para informarse de la suerte de los cinco prisioneros: Alamo, Sofia Poznanska, Camille, Rita Arnould y Suzanne Schmitz a quien pronto sueltan. Sus hombres compran a algunos guardianes de la prisión de Saint-Gilles y así Trepper se entera de la duración de los interrogatorios, su frecuencia y el estado moral y físico de los prisioneros después de cada uno de aquéllos. Conoce los chismes de Rita, los silencios de Alamo, el suicidio de Sofia. Si en el inmueble del Abwehr llegara a producirse una actividad inusual, sería el signo de que alguno de los presos
habló.

Colmadas las brechas falta reparar la red. Kent y Alamo están fuera de combate y el lugar de Trepper es París.

¿Quién dirigirá en Bruselas? Moscú responde: el capitán Constantin Yefremov que reside en Bélgica desde hace dos años. Trepper lo conoce. Sabe que la entrada de Yefremov en Bélgica es una prueba más de la eficacia de la organización. Llegó de Suiza en 1939 portador del pasaporte N.º 20 268, librado en Nueva York el 22 de junio de 1937 a nombre de Eric Jernstroem, estudiante finlandés nacido el 3 de
noviembre de 1911 en Vasa. La policía belga puso reparos a su ingreso en el país. Yefremov se demoró en Suiza y su pasaporte, válido por dos años, venció. Le exigieron un certificado de buena conducta con cinco años de retroactividad, la promesa de no establecerse en Bélgica y el nombre de un garante belga. Yefremov obtuvo los certificados pedidos. La policía belga continuó investigando y pidió informes a las autoridades suizas. La respuesta fue favorable. Su nombre era desconocido en el fichero central. Yefremov no había despertado la sospecha de la policía suiza, famosa por su vigilancia. Los belgas, siempre desconfiados, interrogan
al cónsul finlandés en Nueva York a propósito del residente Eric Jernstroem. La respuesta dice que Jernstroem ha vivido modestamente en U. S. A. desde 1932 y que es un buen finlandés. Tal respuesta tranquiliza a la policía belga y despierta en nosotros cierta admiración puesto que sabemos que Yefremov jamás pisó el suelo de U. S. A. Pero el Centro contaba con un agente en el seno mismo del consulado finlandés en Nueva York. No olvidemos que, para apreciar el episodio en su justo valor, los tiempos que corrían entonces eran los de la guerra ruso-finlandesa.

Yefremov es más bien buen mozo, mide un metro y ochenta centímetros,
muy rubio, de ojos azules, frente de pensador y mirada melancólica. Evoca a un poeta romántico. En realidad es ingeniero militar de tercer grado, por lo tanto capitán, y especialista en química. Desde su llegada a Bruselas se inscribe en la Escuela Politécnica y hace la vida

de un estudiante aplicado. Es seguro que no ha despertado sospechas en los servicios alemanes.

Trepper y él se encuentran en Bruselas en el domicilio de uno de los agentes de la red. El Gran Jefe pone a su nuevo adjunto al corriente de las funciones que habrá de asumir, le otorga cien mil francos belgas para sus primeros gastos y le aconseja prudencia.

Por seis meses la emisora descansará. Los dos trasmisores que Fortner no ha detectado callarán hasta nueva orden; los correos se moverán lo menos posible. Se impondrá una clausura draconiana. Yefremov asiente. En verdad parece de buena pasta. Tal vez demasiado. Trepper lo halla blando. Después de Alamo siempre soñando grandezas y de Kent que se asusta ante la idea de perder su guardarropas de cincuenta trajes, Moscú le envía un muchacho amable que recibe las consignas como un hijo de papá en el momento en que debe hacerse cargo de la fábrica familiar.

Decididamente la Joven Guardia no se puede comparar con la otra.

10

«Son fuertes, muy fuertes».

Después del fracaso de los Atrebates, Moscú está desorientado. ¿Berlín? En manos de pianistas inexpertos y vigilado por la Funkabwehr. ¿Bruselas? Los coches- gonio de Fortner siguen recorriendo sus calles. ¿París? El Gran Jefe no tiene emisora. El general Sousloparov, repatriado por la embajada soviética, abandonó el campo sin entregarle los trasmisores reclamados.

La suprema esperanza es el partido comunista francés. En principio, Trepper no debe de estar en contacto con él. Es una regla de oro de los servicios secretos soviéticos: un muro impenetrable separará a las redes de espionaje de los partidos comunistas locales. Pero toda regla tiene una excepción y el «Director-residente» realiza una cita anual, fijada por el Centro, con algún emisario del Partido. Todo con muchas claves. Si las circunstancias lo exigen, los dos compañeros de juego pueden convenir encuentros más frecuentes, hasta mensuales. Pero no es simple, hay que lograr el consentimiento de Moscú.

Sabemos que en 1941 el encuentro anual de Trepper tuvo lugar en diciembre, ignoramos la fecha exacta pero es de suponer que fue anterior al 13 de diciembre, previo al asunto de los Atrebates, porque de lo contrario las dificultades del Gran Jefe habrían sido resueltas antes. Solamente en febrero de 1942 Trepper, tratando de romper su aislamiento, estableció un nuevo contacto con el Partido. ¡Dos meses perdidos! Dos meses durante los cuales ha callado la fuente de información más preciosa para Moscú. Es la contrapartida de una eficaz clausura.

El emisario del Partido se presentó a la cita de febrero con el signo de identificación convenido de antemano: un diario poco leído en París. Su seudónimo era Michel. Trepper le pidió que el Partido trasmitiera a Moscú los mensajes acumulados en esos dos meses. Días después el emisario trajo la respuesta. El Director le ordenaba entrar en contacto con Yefremov e instalarlo a la cabeza de la red belga. Admitía como una excepción que la red confiara a las emisoras comunistas doscientos o trescientos mensajes cifrados por semana. Es poco, pero el tráfico radial del Partido ya está sobrecargado. En cuanto al nuevo trasmisor

de Trepper, el Partido se lo proporcionaría.

Fernand Pauriol entra en escena. Es el pianista virtuoso del Partido, ex periodista, ex redactor en jefe del «Rouge-Midi», y corresponsal en Marsella de *L'Humanité*. Entrega a Trepper un trasmisor fabricado por él. El aparato no tiene fuerza suficiente para alcanzar Moscú, pero alcanzará Londres donde los mensajes serán captados por los receptores de la embajada soviética y enviados al Centro. Sólo falta hallar un radioperador. A falta de emisoras, Sousloparov había indicado a Trepper una pareja capaz de tocar el piano: los Sokol. Comunistas de origen ruso- polaco se habían inscripto en la delegación soviética pidiendo ser repatriados. Exponían como profesión: mecánicos de radio. Era prometedor.

El Gran Jefe no se entusiasma (*jamás* lo hace) y por su «contacto» con el Partido, pide informes sobre los Sokol. La pareja, llegada de Bélgica resulta ser desconocida en los medios comunistas franceses. Entonces Trepper pide informes al partido comunista belga y la respuesta es positiva: militantes de una devoción absoluta, expulsados de Bélgica por sus actividades políticas. Pero la profesión que alegan es falsa. Según los belgas, Hersch Sokol es médico, y su mujer, Myra, doctora en ciencias sociales. ¿Un engaño? No, una treta para concluir con una existencia de «desplazados» y facilitar el retorno a la madre patria. Puesto que en Rusia faltaban los técnicos, era más fácil encontrar asilo para dos mecánicos de radio que para un médico diplomado y una doctora en ciencias sociales; después de haber sido rechazados tres veces en sus pretensiones de regresar a Rusia, los Sokol, profesionales brillantes, tramaron su mentira piadosa.

Trepper busca ponerse en contacto con ellos. Sólo encuentra a Myra; Hersch acaba de ser internado en el campo de Pithiviers donde se recluye a los judíos extranjeros. El Gran Jefe ha descubierto en los Sokol tres raras cualidades que no suelen estar reunidas en un solo ser: inteligencia, coraje y fe. Imposible dejarlos al borde del camino, tienen derecho al combate y los convertirá en pianistas. Myra inicia al instante su aprendizaje, pero ¿cómo sacar a Hersch de Pithiviers?

El 28 de abril de 1965, en la Ferté- Choiseul, una de las aldeas del valle de Chevreuse, donde los parisienses van todos los fines de semana, las calles estaban desiertas y los postigos cerrados. ¡Cuánto trabajo para encontrar la casa de los Spaak! Es una de las más hermosas del lugar, sin duda por el hecho de estar habitada. Por el ventanal de vidrios se divisan los canteros de césped que descienden suavemente hacia un probable arroyo.

Si uno ha conocido a su hermano Paul-Henri[4], la descripción de Claude, el escritor, puede reducirse a cuatro palabras: es todo lo contrario. Paul, el político, es un hombre sonrosado, rechoncho y jovial tanto como Claude es seco y austero. Detrás de su escritorio, con una pipa encendida, Claude Spaak elige maravillosamente sus frases. Al fin y al cabo es su oficio. Las dice con voz pausada, tranquila:

«Unos amigos belgas nos enviaron a los Sokol para que los ayudáramos. Acababan de ser expulsados por sus actividades comunistas. Fue antes de la guerra, naturalmente. Mi mujer y yo formábamos parte de un grupo de intelectuales de izquierda y

por esa razón nos pidieron nuestra ayuda. Vivieron aquí en Choiseul un tiempo bastante largo.

”Mi mujer los quería mucho. A mí su sectarismo me parecía excesivo y sofocante pero admiraba su idealismo, la pureza absoluta de sus convicciones. Eran gente de bien. Para ellos el pacto germano-soviético fue un verdadero drama de conciencia.

”Por fin encontraron un modesto alojamiento cerca de la Torre Eiffel, pero seguimos viéndonos con bastante frecuencia. Un día, a principios de 1941, Myra nos contó que su marido había sido arrestado como judío extranjero. Había una esperanza de sacarlo, porque Harry —lo llamábamos Harry— había nacido en una ciudad de Polonia que luego cayó bajo el control del Ejército Rojo. Y en razón del pacto germano- soviético los alemanes dejaban en paz a los judíos polacos nacidos en la zona de ocupación rusa.

”Myra obtuvo de la delegación soviética en París la certificación de que su marido estaba en esa categoría. Creo que Harry se había convertido en ciudadano soviético puesto que su ciudad natal había sido incorporada a la U. R. S. S., pero era necesario trasmitir la certificación a Harry para que la hiciera valer ante las autoridades del campo. Myra me pidió que fuera a Pithiviers haciéndome jurar sobre la cabeza de mis hijos que entregaría el documento a Harry en propia mano. La delegación la había prevenido de la imposibilidad de otorgarle una nueva certificación y esa hoja de papel representaba la última esperanza de salvación para Harry. Perderla o extraviarla equivalía a condenarlo a muerte.

”Tomé un tren repleto de pobres gentes que iban a visitar a los prisioneros. Su miseria era aterradora. En Pithiviers no había un cuarto de hotel disponible y pasé la noche en algo que debo llamar un burdel; a la mañana siguiente un millar de personas nos encaminábamos hacia el campo; casi todas eran mujeres, un cortejo escoltado por los gendarmes. Llegamos a un terreno baldío, cercado por las alambradas de una altura de tres metros. Enfrente una *no man's land* de unos cincuenta metros de ancho, luego una jaula rodeada de alambradas donde se amontonaban unos quinientos detenidos. Desde 1941 aprendimos muchas cosas y hemos leído muchos relatos escalofriantes, pero hay que comprender el choque que significó para mí el descubrimiento de aquel universo dantesco. Los mensajes eran gritados de alambrada en alambrada, los paquetes ofrecidos estirando los brazos. Las gentes estaban enloquecidas, las mujeres lloraban, gemían. Algo alucinante. Entre las jaulas circulaban indiferentes gendarmes. Pude llamar a uno y le expliqué la situación. Aceptó llevar el certificado a Harry. Vacilé recordando mi juramento a Myra. Dije al gendarme que tenía la vida de Harry en sus manos. Me dio su palabra de honor de que entregaría el documento pero se negó a llevar un paquete que traía conmigo. Muy justificado, si lo veían con un paquete en las manos se desencadenaba un motín.

”La espera duró media hora y puedo asegurarle que esos treinta minutos en medio de la histeria colectiva cuentan en mi vida. Luego mi gendarme regresó y me tendió una hoja de libreta en la que estaban escritas las siguientes palabras: Gracias. Harry. Me sentí el beneficiario de una especie de milagro».

Al escuchar a Claude Spaak, pensé en otro milagro. Porque debe de haber sido

milagroso para Alamo que Trepper lo salvara evitándole el regreso a Moscú donde lo aguardaban sanciones disciplinarias, quizá la degradación.

Condenado a muerte en una prisión de Bruselas, Alamo debe de haber pensado en que si hubiera ido a Moscú quizá le habrían dado el avión soñado y estaría abatiendo Stukas. Ciertos milagros son ambiguos.

Lo mismo sucedió con Hersch Sokol a quien Claude Spaak creyó haber salvado cuando franqueó, libre, la puerta del campo de Pithiviers. Dejó atrás una muerte relativamente fácil, la de las cámaras de gas, por la difícil agonía que sucede a los suplicios. ¿Es necesario compadecerlo por el fúnebre cambio? Debemos comprender, de una vez, que para la mayoría de los hombres que pueblan esta historia no batirse era una suerte peor que las torturas y la muerte. Hersch Sokol dejó a Pithiviers para entrar en el combate.

A pesar de las vacilaciones del grupo berlinés, a pesar del desastre de los Atrebates, la Orquesta Roja siguió tocando su sinfonía con Hersch Sokol al piano.

Berlín tiene los tímpanos rotos.

¿La captura de la emisora de los Atrebates? Un golpe de espada en el aire. Habría sido necesario «captar» conjuntamente a las tres emisoras de Bruselas en lugar de dar la alarma a los otros dos pianistas quienes reanudarán la tarea apenas la tormenta se haya alejado. Además, ¿de qué sirve capturar una estación si la organización permanece intacta? Fortner vio rojo y atacó en lugar de armar pacientemente el operativo. Sabía que el 101 de la calle de los Atrebates era uno de los refugios de la red. ¿Por qué no instaló frente a la casa un «aguantadero» desde donde fuera posible fotografiar a los visitantes sospechosos? ¿Por qué no seguir el hilo de los correos hasta llegar a los jefes? El único saldo de su operación es Rita Arnould que charla y charla pero que no sabe casi nada. Alamo y Camille callan. Poznanska se suicida. Qué pobre botín.

El Abwehr reúne a sus perros para que partan en una nueva pista. Esta vez con mayor paciencia. Los hombres han volado, es necesario estudiar los documentos: los telegramas del PTX registrados desde meses atrás por los servicios receptores alemanes. Son la desesperación de los «intérpretes» de la Wehrmacht a quienes los ha confiado la Funkabwehr. La red soviética usa una técnica particularmente compleja: un código combinado con una telegrilla de supercifrados. Gracias a ese sistema es posible enviar cinco mil telegramas antes de que aparezcan las primeras repeticiones que den la pista. Es decir que la partida está perdida de antemano.

La Funkabwehr no renuncia. Puesto que la Wehrmacht tira la esponja, utilizará sus propios intérpretes. A Kludow [5], un especialista enganchado, se le confía una quincena de estudiantes de matemática y filología para que les enseñe su arte. Los telegramas interceptados están en Bruselas y la Funkabwehr reclama su devolución urgente. Bruselas responde jovialmente que han sido quemados, no se ha contemplado el interés de conservarlos puesto que eran indescifrables. ¡Diablos y centellas! ¿Todo está perdido? No, puesto que las estaciones receptoras alemanas deben conservar en principio, durante tres meses, la copia de los telegramas captados. La Funkabwehr, ansiosa, envía a un oficial a las cuatro estaciones que captaron los telegramas del PTX.

En Gotemburgo recoge una docena, los restantes fueron utilizados como borradores. En Langenargen le dicen que los textos fueron enviados a Stuttgart donde se ha instalado una escuela para descifrar y «decriptar» textos[6]. El oficial corre a Stuttgart y recoge algunos telegramas. También en Hannover la cosecha es pobre, casi todo el material fue destruido. En Cranz el oficial es conducido a un sótano donde se amontonan sacos repletos de telegramas destinados a una fábrica de papel. Tras muchas búsquedas el oficial regresa a Berlín con su botín. Ha salvado unos trescientos telegramas del desastre. Son insuficientes para que los «intérpretes» realicen su tarea con esperanzas de éxito.

Pero los documentos hallados en la calle de los Atrebates son entregados a Kludow, salvados por un gendarme de la estufa donde Camille los había metido; Kludow estudia esos papeles semicalcinados y descubre que uno de ellos representa una telegrilla de supercifrado. Es la prueba de que los telegramas del PTX eran cifrados en la calle de los Atrebates. Tras muchos días de tenaz labor, Kludow reconstruye una de las palabras de la malla; se trata de un nombre propio, el nombre del héroe de un libro empleado por la cifradora Sofia Poznanska. En efecto, los servicios soviéticos practican el cifrado basándose en un libro del cual el Centro posee otro ejemplar. Para la Funkabwehr se alza el alba de la victoria. Bastará con recuperar los libros que han permanecido en la calle de los Atrebates y examinarlos cuidadosamente hasta descubrir cuál les servía como código para que los telegramas rescatados entreguen su secreto.

La respuesta de Fortner al llamado telefónico de Berlín es un tanto confusa. Explica que la trampa tendida en la calle de los Atrebates fue mantenida por algunos días y luego el lugar quedó abandonado. Entonces aparecieron dos desconocidos con una carretilla y se llevaron la biblioteca. No hay más libros en la casa.

¡Dichoso Fortner!

¿Y Rita Arnould? Ella plumereaba los libros. ¿No recordará algunos títulos? Rita confiesa que aunque muchos libros estaban desparramados sobre la mesa de la Poznanska sólo recuerda cinco títulos. Cuatro de ellos son hallados en las librerías belgas o alemanas: allí no figura el famoso nombre propio. Se envía un emisario a París para comprar el quinto: *Le Miracle du professeur Wolmar* por Guy de Téramond. ¡Es el bueno! A principios de junio de 1942, Kludow y su equipo pueden dedicarse al examen de los trescientos telegramas del PTX.

La cacería adquiere otro cariz.

Berlín no lo celebra tanto. Está aterrado y todas estas peripecias se desarrollan en un ambiente de catástrofe. En primer término, la emisora fantasma berlinesa. Luego los documentos alemanes encontrados en la calle de los Atrebates y por fin esa chica, Rita Arnould, declarando: «Pero claro, todo el trabajo se hacía en alemán». Existe por lo tanto en el corazón del Reich una célula de espionaje que se burla de los servicios policiales. Es entonces cuando el Führer declara: «los bolcheviques nos son superiores en un solo terreno: el del espionaje». Y Schellenberg, jefe del servicio de informaciones de los S. S., escribe: «Sin cesar él (Hitler) nos pedía informes sobre nuestras actividades de contraespionaje. Consideraba a los servicios secretos rusos infinitamente más concienzudos y probablemente más fructíferos que los de los ingleses o los de cualquier otro país. Por una vez su intuición acertaba. A fines

de 1941 dio orden para que fueran inmediatamente copadas las actividades del espionaje ruso que se propagaban con rapidez por
Alemania y los territorios ocupados». El registro de las comunicaciones telefónicas del Reichsführer Himmler certifica interminables conversaciones con Heydrich a propósito de la Orquesta Roja.

En el Abwehr y entre los S. S. las caras están pálidas y escasean las sonrisas. De buena gana murmuran, con acento convencido: «Son fuertes, muy fuertes…».

Ustedes habrán oído hablar del escritor Ernst Von Salomon, tal vez el más grande de los escritores alemanes vivientes. Los nazis lo vigilaban y de
vez en cuando lo mandaban a la cárcel, pero hay que reconocer que cualquier régimen acabó por enviar a Salomon a la cárcel. Su prudencia evitó lo peor para él. Una de las razones de tal prudencia se llamaba Ille. Era joven, bella, aturdida, judía. La Gestapo ignoraba esta última característica. Entre las numerosas relaciones de la pareja figuraba un simpático matrimonio joven: Harro y Libertas Schulze-Boysen.

«Harro —cuenta Salomon— nos invitó a casa de unos amigos suyos, los Harnack. Él era pariente cercano del difunto teólogo Adolf Harnack. Conocía a Harnack y a su mujer, de origen norteamericano, por haberlos visto en la
embajada rusa. Vivían en un gran departamento muy confortable. Ille y yo nos quedamos una hora allí y luego nos fuimos. Teníamos la costumbre de dedicarnos a la maledicencia y ésta exige que uno dé su opinión sobre los huéspedes en cuanto se cierra la puerta del departamento y en el mejor de los casos en la puerta de calle. Esta vez Ille empezó en la puerta del departamento. Dijo:

—" ¡Qué gentes formidables! Se apoyan negligentemente en la chimenea, con una taza de té en la mano y le cuentan a uno, como quien no le da importancia, cada cosa. ¡Cada una de esas frases puede costarles la cabeza!

"Me callé. Ya en casa, Ille me dijo: "¡Presiento algo siniestro…! ¡Creo
que puedo confiar en mi presentimiento! Prométeme que no volveremos allí. ¡No quiero perder la cabeza incidentalmente! Esas gentes se reúnen, hablan de "la relación trasversal". ¿Sabes lo que es eso?».

Lo sabía y callé. Ille prosiguió:

—" Hablan de Hitler, de Himmler, de Rosenberg y de Frick como si fueran unos rematados idiotas. Y me lo dicen a mí que no los conozco, que no los he visto nunca, fuera de los Harnack y los Schulze-Boysen… Comentan noticias "estrictamente confidenciales", se pasan sobres amarillos con una guiñada, y
cuando pasmada pregunto quiénes son, me entero que uno es un consejero ministerial, el otro un adjunto, el otro un
S. S., el cuarto un diplomático.
¿Entiendes esto?

—" Así es —dije—, vamos a dormir».

Harro Schulze-Boysen y Arvid Harnack son los jefes de la red berlinesa. Esa noche recibían a algunos de sus agentes mezclados con los demás invitados. Los sabuesos del Tercer Reich están despistados ante estos locos distinguidos que intercambian sobres

amarillos y guiñadas con cara de traidores de melodrama.

El 22 de mayo de 1942, en el almuerzo servido en el comedor del Cuartel General de Rastenburg, en Prusia Oriental, Adolf Hitler declara:

«Hoy los espías son reclutados principalmente en la pretendida buena sociedad o en el proletariado. Las gentes de la clase media son demasiado serias para entregarse a este tipo de actividad. El medio más eficaz de combatir el espionaje sería persuadir a los que sienten inclinación por él, de que no tendrán ninguna oportunidad de salvar su cabeza en caso de que se dejen prender».

11

Los S. S. acuden en auxilio

Franz Fortner pronto dejó en libertad a la joven indonesa atrapada en la ratonera de la calle de los Atrebates: Suzanne Schmitz no pertenecía a la red. Días después de su salida de la cárcel recibió una carta de Carlos Alamo, su amigo, en la que le pedía disculpas por las molestias causadas, le manifestaba su temor de quedar detenido largo tiempo y le rogaba que hiciera llegar a Bill un pedido de dos o tres atados de cigarrillos. «Si supiera la dirección actual de Bill le evitaría, querida Susone, el trabajo de avisarle». Agregaba que su conciencia estaba en paz, que se sentía tranquilo y en buen ánimo.

Hemos dicho que Fortner no era un torturador. «Por el momento —dice Alamo en la posdata— los alemanes son buenos conmigo». Sabemos también que Fortner era un tanto cándido. Deja pasar la carta y no interroga a Suzanne sobre el misterioso Bill. La carta está firmada Carlos Alamo, lo mismo las siguientes. Pero tras un largo silencio, Suzanne Schmitz recibe una carta firmada Michel Makarov-Carlos. No lo entiende. El Gran Jefe tiene miedo de haber comprendido.

Su grupo especial de vigilancia lo había prevenido del traslado de Alamo con destino desconocido. Semanas después sus agentes le advierten que un tal Michel Makarov, llegado de Berlín, ha sido encerrado en Saint-Gilles. Es evidente que Trepper ignoraba la identidad del ruso y sólo conocía su seudónimo. Por radio pregunta a Moscú:

«¿Quién es Makarov?». Respuesta: «Es Alamo». Por consiguiente ha hablado, por lo menos ha revelado su identidad.

¿Y qué más? ¿Los agentes de la red de Bruselas? ¿El código basado sobre *Le miracle du professeur Wolmar* que sirviera para cifrar la mayor parte de los informes enviados por el grupo berlinés? El Gran Jefe imagina, probablemente, insoportables torturas. Se equivoca. Alamo, trasladado a Berlín, ha sido alojado, alimentado, mimado, en el domicilio del Kriminalrat Karl Giering, dignatario S. S.

Walter Schellenberg: Por orden de Hitler, Himmler fue encargado de supervisar la estrecha colaboración de mis servicios de informaciones en el extranjero con el servicio de seguridad de Müller en la Gestapo y el contraespionaje de Canaris. Esta operación que recibió el nombre de código «Orquesta Roja», fue coordinada por Heydrich.

Resulta confuso (todo resulta confuso en el edificio bizantino del Estado nazi), pero es

capital. Basta la sola enumeración de los nombres: Himmler, Reichsführer S. S., el hombre más poderoso de Alemania después de Hitler; Heydrich, jefe del S. D. y por lo tanto de toda la política alemana; Müller, llamado «Gestapo-Müller» porque la tiene en su puño brutal; Schellenberg, jefe del servicio de informaciones de los S. S.; el almirante Canaris, patrón del Albwehr, servicio de espionaje y de contraespionaje de la Wehrmacht.

Schellenberg cela a Müller que lo detesta pero se cuida de él porque Heydrich parece protegerlo aunque algunas veces lo amenace según su posición frente a Himmler sea fuerte o débil e Himmler admira a Heydrich, es decir, que le teme y que no vacila en utilizar en su contra a Müller y a Schellenberg, quienes execran a Heydrich, etcétera.

Pero por lo menos Heydrich, Müller y Schellenberg tienen un denominador común: el odio a Canaris. Sus disputas intestinas son pálidas escaramuzas comparadas con la guerra santa que le declaran y que opone las organizaciones S. S. a las militares tradicionales del Abwehr.

Todos los países conocen rivalidades parecidas entre los servicios de informaciones concurrentes, pero la lucha de los S. S. contra el Abwehr es una cacería, un duelo singular a muerte, conducido entre papeles, a golpes de carpetas confidenciales sobre la abuela Sarah de Heydrich, los compromisos financieros de ciertos agentes del Abwehr, los contactos de Canaris con el adversario… Es conocido el final: la absorción del Abwehr por los S. S. en febrero de 1944 y la ejecución de sus jefes. El pequeño almirante Canaris será colgado en la madrugada glacial del 9 de abril, desnudo como un gusano, al son lejano de los cañones aliados. Para hacer durar el suplicio los S. S. usarán una cuerda de piano sumamente fina.

Merced a la orden dada a principios de 1942, por el Führer exasperado, estos adversarios sin misericordia, deberán colaborar. Se forma un grupo mixto, el «Kommando Orquesta Roja», encargado de liquidar la organización del Gran Jefe. Para éste no habrá mejor homenaje que la alianza sin precedente de todos los servicios alemanes contra un enemigo juzgado demasiado peligroso para ser atacado en orden disperso, ¡pero cuántos peligros en perspectiva…!

Los S. S. del «Kommando Orquesta Roja» podrán ser inhumanos, pero acuden a la caza con armas más temibles que los instrumentos de tortura: la experiencia y la inteligencia.

A menudo Fortner iba a Berlín a rendir cuentas. Había adquirido una especie de celebridad; sus compañeros lo señalaban con el dedo y lo llamaban «el director de la Orquesta Roja». Era divertido. Un buen día sus superiores lo convocaron para darle una noticia pasmosa: tendría que colaborar con los S. S.; Fortner, como cualquier caballero del Abwehr, quedó estupefacto. ¡Trabajar con esa canalla cuando siempre se habían guardado las distancias! Los oficiales del Abwehr tenían tal horror de la Gestapo que no lo ocultaban hasta a sus mismos prisioneros… Trabajando juntos resultaban salpicados por ellos.

Fortner estaba de malhumor cuando acudió a la cita fijada por el Hauptsturmführer S. S. Karl Giering, jefe del «Kommando Orquesta Roja». Se encontró con un buen tipo, muy alto y muy delgado, de cara cadavérica, quien le tendió la mano sonriendo y le dijo con voz ronca: «Usted sabe, soy un viejo policía y no un S. S., ¿está de acuerdo en que colaboremos?».

Los dos hombres se tutearon.

Giering es uno de los mejores policías de Alemania, algunos dicen que el mejor. Cada vez que hubo un atentado contra la vida de Hitler, a él le tocó el honor de dirigir la investigación. ¿A causa de su devoción al nazismo? Claro que no, a causa de Giering. Adolf Hitler es el jefe de Estado, él aportaría la misma pasión al perseguir a los agresores de un Führer socialista o comunista. Su filosofía es también la de su fiel adjunto Willy Berg, quien proclama de buena gana: «He sido "cana" bajo el Kaiser, la República de Weimar, soy "cana" bajo Hitler y lo seré si Thaelman[7] toma el poder». Cuando la policía alemana en bloque pasó a formar parte de los S. S., los dos compinches recibieron sin frío ni calor el uniforme negro de los secuaces de Himmler y un grado en la jerarquía. Una larga temporada en la policía vacuna a cualquiera contra el fanatismo. Giering sabe muchas cosas de los «superhombres nazis» y no se engaña.

Está tan alejado de los caballeros del Abwehr que creen en Dios como de la canalla de los S. S. que han vendido su alma al diablo. Él es un verdadero policía: no cree en nada y sobre todo no cree en el hombre. En el trabajo despliega inteligencia, astucia de viejo zorro —era el mejor—, dirán sus colegas. Sus adversarios reconocerán, era el más peligroso.

Su adjunto y confidente, Willy Berg, es de la misma pasta, dos almas gemelas, nos atreveríamos a decir. Berg fue el guardaespaldas de Ribbentrop en el famoso viaje a Moscú cuando se firmó el pacto germano-soviético. Es bajito y más bien gordo, el contraste con el larguirucho Giering resulta cómico: Don Quijote y Sancho Panza. Ninguno de los dos se engaña con las declaraciones de Himmler acerca de «la podredumbre judía» que deberán limpiar, un tanto deslumbrados a pesar de ellos mismos con el inmenso campo de acción que se abre ante sus ojos.

Detalleinteresante: Giering está condenado y lo sabe. Su voz ronca se debe a un cáncer que le devora la garganta. Le han prohibido el café y el alcohol. Hace de ambos un prodigioso consumo. Una carrera se inicia entre Giering que puede destruir a la Orquesta Roja y el cáncer que destruirá a Giering.

Alamo es sin duda alguna el agente más importante atrapado en la calle de los Atrebates. No ha dicho nada a Fortner. Giering ordena su traslado a Berlín. Podría torturarlo ya que su Kommando cuenta con varios especialistas en la materia y Giering no se opone en principio a la tortura, siempre que sea eficaz. Ha sopesado a su hombre: un puro, un entusiasta, un vicioso del sacrificio, un hambriento de heroísmo. Cantará la *Internacional* bajo el tormento y todo se habrá perdido. Hay que acariciarle el pelo, conversar con él en compañía de una botella de coñac. Alamo confiesa que estuvo en España, en la aviación. Cuando se trata de aviones pierde el control de sí mismo. Esa noche lo llevan al departamento del policía, le presentan a un muchacho alto y melancólico, ex piloto de la Luftwaffe, al que acaban de amputar una pierna: el hijo de Giering. En los días siguientes, largas charlas sobre los respectivos duelos aéreos. Pero Alamo limita sus efusiones a la aeronáutica y no revela ni el código ni el organigrama de la red bruselense. Fallado el golpe, Giering lo envía de vuelta a la prisión de Saint- Gilles. De

todos modos actuó como un maestro para la policía.

12

Franz Fortner vuelve a encontrar la pista

Fortner progresa en el aprendizaje. Por el momento le dejan carta blanca en Bruselas. Giering ha comprendido que la única esperanza de retomar la ofensiva en Bélgica descansaba en Rita Arnould. Por otra parte, con sincera amabilidad, Fortner de entrada ha tenido con ella la actitud que Giering adoptó astutamente frente a Alamo. Y la muchacha es más maleable que el ruso…

Ha dicho sobrenombres inquietantes: «el Gran Jefe», «el Pequeño Jefe», «el Profesor», ha dado ciertas señas. Ignora la dirección de su amante Romeo Springer, pero sabe que va con frecuencia a la Bolsa de Bruselas. Fortner se entrega a una vana investigación: el pájaro ha volado sin dejar rastros. Aunque recibe en cambio una denuncia útil; le aconsejan que vigile a la mujer que dirige el servicio de dactilografía en la Bolsa. Fortner descubre que desliza en la correspondencia oficial mensajes destinados a una empleada de las oficinas parisienses de la Cámara de Comercio Belga. ¿Tiene la red una prolongación en Francia? Fortner fotocopia las misivas y las deja llegar a su destinataria. Ella debe servir como «buzón». Se la pone bajo vigilancia.

También interroga a Rita sobre el agente que trabajaba en el admirable taller del falsario instalado en la casa de los Atrebates. Rita sabe que es un judío polaco aunque ignora su dirección y los lugares que frecuenta. Es poco, pero Fortner está en terreno conocido. Un falsario de calidad fatalmente ha llamado la atención de la policía en algún momento de su carrera. Se dirige a la policía belga y se entera de que un cierto Abraham Raichman, judío polaco, fue sospechado de proveer de billetes de banco falsos al aparato comunista clandestino, antes de la guerra. Los datos coinciden. ¿Cómo encontrar a Raichman? En este punto el destino sonríe a Fortner por primera vez.

Uno de sus adjuntos, Weigelt[8] le informa que conoce a un policía belga capaz de proveer papeles falsos al Abwehr. El dato es interesante. Los informantes de Fortner deben cambiar a menudo su identidad y la policía belga no es lo bastante segura como para recurrir a ella. Y como Weigelt le indica además que el policía ofrece el interés suplementario de tener un contacto con una red comunista, Fortner le da una cita.

El inspector de policía se llama Mathieu y su «contacto» es Abraham Raichman.

Hay tanta diferencia entre un Alamo y un Raichman como entre un clásico S. S. y Giering. Alamo, oficial soviético, trabaja en una red como un oficial francés trabaja en el Deuxième Bureau, sin estar afectado a él. Dejaría sin pena la capa color pared para vestir un uniforme. Para Raichman su capa es una túnica de Neso y no puede quitársela sin desollarse vivo. Es un militante revolucionario, un profesional de la conspiración; viene del Komintern.

Hasta el estallido de la guerra hubo en todos los países un partido comunista que luchó por sus objetivos dentro del cuadro nacional. En el plano internacional, el Komintern

coordinaba las acciones locales para encuadrarlas en la ofensiva general. En resumen, el Komintern es el Estado Mayor de la revolución mundial. Sus miembros, seleccionados entre los mejores elementos de los partidos, constituyen una aristocracia. Tienen sus cualidades y sus defectos. Su caída se produjo cuando Stalin sacrificó la revolución mundial para reforzar a la U. R. S. S.. La historia de las primeras purgas stalinistas es la historia de la reducción del Komintern.

Por supuesto, existe una gran rivalidad entre los servicios secretos soviéticos y las redes del Komintern. Los primeros trabajan para Rusia y obedecen a Stalin, los segundos están al servicio de los proletarios del mundo entero. Pero ¡cuidado con las generalizaciones! Un Trepper, agente del Centro, está por su naturaleza más cerca de un Raichman, agente del Komintern que de un Alamo, su camarada en el Centro. Cuando Kent y Alamo desembarcan en Bruselas, recitan al Gran Jefe las instrucciones recibidas en el Centro, entre otras: no tener ninguna aventura con mujeres y mantenerse lejos de los *cabarets*. «Perfecto —responde Trepper—, supongo entonces que habrán dejado sus sexos en depósito en Moscú. Si no es así les digo que si una mujer les gusta, no se priven. Simplemente sean prudentes». Esta respuesta de estilo Komintern causaría mal efecto en el Centro. Porque el estilo de las dos organizaciones es diferente. Los hombres del Centro juegan a ser técnicos fríos y eficaces y consideran pintorescos aficionados a los agentes del Komintern que perpetúan la tradición romántica. En el Centro, los agentes se visten como hombres de negocios; en el Komintern muchos usan el cabello largo y no se limpian las uñas.

Cuando la guerra estalla, las gentes del Komintern van al combate como miembros de una organización en desgracia. Se los utiliza pero se los vigila. Si les ocurriera una catástrofe nadie se partiría en cuatro para ayudarlos.

Ser detenido es la catástrofe suprema. Pero aún en ese abismo hay grados. Alamo, por ejemplo, es un oficial ruso y su país está en guerra con Alemania. Combate por lo tanto contra ella, ni siquiera un S. S. puede objetarlo. En tanto que un agente del Komintern ha servido en la Alemania que fue, hasta el advenimiento de Hitler, el recinto cerrado de las tropas del Komintern, enfrentadas primero con el ejército, luego con las formaciones nazis. Arrastra tras de sí un pasado de huelgas, conspiraciones, raptos, torturas, cadáveres mutilados que aparecían en las puertas cocheras. Esto significa muchas cuentas que ajustar. Para un verdugo del «Kommando Orquesta Roja» un Alamo es una ganga, por sí mismo y más aún si se trata de un agente judío. Pero si se ha trabajado para el Komintern en Alemania, la alegría llega al colmo. El preso lo sabe y su moral se resiente. No es agradable ser un bocado real en los sótanos de la Gestapo.

Por otra parte los agentes del Komintern arriesgan, más que los otros, un arresto. Por su tumultuosa y larga actividad son conocidos de la policía. Tienen frondosos prontuarios. Kent o Alamo son «vírgenes» en ese sentido.

Pero las generalizaciones concluyen cuando llega el minuto de la verdad. Frente a las torturas y a la muerte no hay una actitud «servicios secretos» ni tampoco una actitud «Komintern». Lo que está en juego es el hombre, su fuerza o su flaqueza interior. Puede sentirse cansado de una larga actividad clandestina, gastado por los compromisos que supone ésta, decepcionado a fuerza de esperanzas frustradas, corroído por las querellas ideológicas y las subsecuentes purgas. Por lo contrario puede ser como una espada de acero templada en el fuego de mil pruebas.

Abraham Raichman formó parte del legendario «Pass-Apparat» montado por el Komintern. En Berlín era una verdadera fábrica que falsificaba los falsos documentos, con ciento setenta empleados, treinta mil sellos, máquinas de grabar e imprimir, aparatos de reproducción fotográfica, etc. Año tras año dos mil pasaportes salían de esta fábrica y millares de documentos de toda clase. Un cuarto de siglo después los archivistas de las centrales de contraespionaje aún se acuerdan con emoción de los «zapateros» de Berlín. En la jerga de los servicios rusos, un falsario es un «zapatero» y los documentos falsos son llamados, naturalmente, «zapatos». ¿Cuál es la razón?: algunos útiles de zapatero son utilizados en la fabricación de falsos papeles, por ejemplo la lezna.

La Gestapo debió realizar muchos esfuerzos para liquidar el «Pass- Apparat», cuyos miembros se dispersaron por toda Europa.

Trepper estima al zapatero Raichman pero desconfía del hombre: vanidoso, imprudente, a menudo despreciativo. Es imposible privarse de los servicios de semejante maestro, a condición de tenerlo con la rienda corta para que ande bien. Mientras el Gran Jefe está en Bruselas todo marcha como es debido, pero cuando se instala en París y presenta a Raichman su sucesor, Kent, ese jovenzuelo, Raichman reacciona: «¿Mi jefe, él? ¡No sabe nada!». Tras el raid sobre los Atrebates, Yefremov toma el puesto de Kent. Otro novicio que pesa poco en comparación con el cargado pasado de Raichman. Un buen día, éste anuncia a Yefremov que está en contacto con un inspector de la policía belga que trabaja para la Resistencia. Mathieu le ha ofrecido papeles verdaderos en lugar de los falsos que él fabrica. Yefremov pide instrucciones al Gran Jefe. Éste responde en seguida: «Más vale malos zapatos propios que buenos ofrecidos por un desconocido. Corte el contacto». Yefremov es demasiado joven para imponerse a Raichman y el contacto no se rompe.

El Abwehr de Bruselas da a Mathieu el sobrenombre de «Carlos». Es peligroso en un asunto donde abundan los falsos sudamericanos. Pero el Abwehr no lamentará su broma porque nada trasciende.

Mathieu revela ser una buena adquisición. Físicamente es un galán de anchas espaldas, un típico ario. En cuanto a su moral depende de qué lado se sitúe uno: del de los amos alemanes o del de sus víctimas. Para Fortner las doce balas que sancionan, terminada la guerra, la traición de Mathieu, constituyen una sangrante injusticia. Con voz anudada por la emoción, le dedica este epitafio bastante desconcertante:

«Era un gran europeo». Guardando la debida reverencia, parece la oración fúnebre de un Robert Schuman.

Por consiguiente, Mathieu hace maravillas. Por ejemplo, la valija depositada por Kent en casa del patrón del «Florida», ¿la recuerdan? Pocas semanas después, Robert Christen, el patrón del bar, recibió la visita del director comercial de la firma donde Sierra lo había hecho entrar. Reclamaba la valija. Christen se resistía a entregarla puesto que Sierra se la había confiado hasta su regreso. Le revelan que corre un gran peligro porque esa valija contiene un trasmisor. Christen se asusta al comprobar que está mezclado en una fea historia y entrega la valija.

Por iniciativa de Raichman la red ha

encontrado un escondite más seguro para el trasmisor: la villa de Mathieu. El inspector propone ocultarla en su garaje. Raichman inspecciona el lugar y da su consentimiento. Un equipo de especialistas llega desde Berlín para examinar el aparato. Con guantes a fin de evitar las huellas dactilares, lo desmontan y fotografían sus piezas, una por una. La calidad del trasmisor los sorprendió, según Fortner. Era superior a los alemanes y aun a los utilizados por los agentes ingleses.

Después de revisado, el trasmisor volvió a su escondite. El Abwehr esperaba con júbilo que alguien viniera a retirarlo. Cuando un pianista se haga escuchar en Bruselas, para prenderlo no será necesario recurrir a los técnicos de la Funkabwehr.

Pero por el momento Bruselas guarda silencio. Hersch Sokol sigue siendo el pianista de la Orquesta Roja.

El Gran Jefe teme por él. Tiene miedo de un nuevo golpe similar al de los Atrebates y suplica a Moscú que tome conciencia del peligro. Se rebela contra la regla draconiana del Centro: primero los informes, luego la seguridad de los agentes; pide que las emisiones de la radio de Sokol no sobrepasen la media hora. Todo en vano. El Director sigue agobiando al pianista con interminables cuestionarios en tanto que el Gran Jefe abrevia sus mensajes al máximo para reducir la duración de las emisiones.

Por lo menos no tiene que trasmitir los informes recogidos por la red berlinesa. En mayo de 1942, Erna Eifler y Wilhelm Fellendorf saltan desde un bombardero ruso, en Prusia Oriental. Se ha renunciado al paso a través de Inglaterra. Ambos son veteranos de la acción clandestina y han seguido un curso de entrenamiento intensivo en una escuela de espionaje soviético. Lo necesitarán, porque su misión consiste en llegar a Hamburgo, donde ambos han vivido y donde cuentan con amigos seguros. Desde allí entrarán en contacto con la red berlinesa.

La primera parte del programa se cumple según lo previsto, sólo que los paracaidistas pierden su radio en el aterrizaje. Logran atravesar Alemania y llegan sin obstáculo a su refugio. Pero la toma de contacto con Berlín se demora. En junio de 1942, Erna Eifler y Wilhelm Fellendorf siguen en Hamburgo. Es verdad que el problema de las comunicaciones es menos fascinante porque una parte de los informes se envían a través de las emisoras berlinesas que trabajan esporádicamente, a pesar de las dificultades técnicas y el terror de la Funkabwehr, y la mayoría de las informaciones es llevada por correos a Amsterdam, desde donde se la despacha a Moscú por la emisora de la filial holandesa de la Orquesta Roja. En cuanto las trasmisiones bruselenses puedan salir de su forzado letargo se recurrirá nuevamente a ellas.

Pero a pesar de todo Sokol está agobiado de trabajo: la red francesa del Gran Jefe ha alcanzado tales dimensiones que se necesitarían varios pianistas para dar curso al flujo de los informes. Hersch Sokol es demasiado inteligente y adivina la inminencia de su fin. Estoico, permanece en su sitio, con los auriculares puestos, el índice derecho en el botón del trasmisor. El 9 de junio de 1942, tras un paciente relevamiento radiogoniométrico, la Gestapo echa abajo la puerta de su villa de Saint-Germain y lo arranca del trasmisor. Myra es capturada con él.

Al principio suponen que forma parte de una organización francesa. Cuando se descubre

su pertenencia a la Orquesta Roja, Giering ordena el traslado a Berlín. Fortner los entrevista y pregunta a Sokol cómo se hizo radioperador. Respuesta: «Estaba sentado en la terraza de un café y tecleaba mecánicamente sobre la mesa. A mi lado un cliente hizo lo mismo, sonriendo, luego se acercó y me preguntó si quería ser radioperador, porque parecía dotado para el trabajo». Fortner, furioso: «¡No porque sea pediatra tiene que hacerse el chico!». Sokol no responde, pero los torturadores del «Kommando Orquesta Roja» se aplicarán a hacerle soltar la lengua. Para ellos representa la inesperada suerte de atrapar a París en la investigación detenida en Bruselas. Se le aplican los más duros suplicios. Sokol calla. Se encarnizan entonces con Myra. Ella calla. Desesperado, el Kommando recurre a su técnica favorita: pone un revólver contra la sien de Hersch Sokol y previene a Myra que lo matarán si ella no habla. Myra da uno de los seudónimos de Trepper: «Gilbert».

Eso es todo. Los Sokol conocían el código radial del Gran Jefe y tenían contacto con su adjunto inmediato: Hillel Katz.

Las dos emisoras bruselenses que escaparon a la Funkabwehr han guardado silencio, aparte de algunas comunicaciones de rutina destinadas a no perder contacto con Moscú. Tras el arresto de los Sokol el Gran Jefe ordena a Yefremov que ponga a una de ellas en servicio. Han transcurrido seis meses desde el raid sobre los Atrebates; Trepper puede creer, con razón, que el suelo de Bruselas ya no arde tanto.

13

Los profesores hablan

En Berlín, Kludow y sus estudiantes trabajan sin descanso para descriptar los mensajes. De los trescientos telegramas que poseen, ochenta y siete fueron cifrados basándose en el libro de Téramond: *El milagro del profesor Wolmar*. La Funkabwehr jamás sabrá que *La Femme de trente ans*, de Balzac, sirvió para cifrar los otros. Dos tercios del botín han quedado eliminados y todos se consagran con ardor crispado al tercio de la última esperanza.

El libro de Téramond debe haber suscitado muchas resistencias. Es antigermano y los estudiantes habrán chirriado de rabia al verse obligados a aprenderlo de memoria. Por ejemplo, el pasaje del «rizadito de Javel», un anormal a quien lavan el cerebro de adherencias, siguiendo la teoría del profesor Wolmar, para convertirlo en ser normal. La operación fracasa, pero el degenerado consigue evadirse del manicomio y se convierte en una especie de superman que manda al Kaiser el siguiente telegrama: «Si pasado mañana antes de las cuatro usted no toma iniciativas de desarme, haré saltar a Alemania». Firmado: «Francia». Guy de Téramond concluye: «En una irresistible sublevación, Alemania entera barrió al emperador y a sus ministros y respondió al anhelo universal que pedía la paz».

El equipo de Kludow se sobrepuso a esas repulsiones subalternas; a partir de junio de 1942 estaba en condiciones de descifrar diariamente dos o tres telegramas del PTX. Kludow y sus hombres se preocupan poco por el contenido. Como todos los «intérpretes de códigos», no ven el significado de las palabras a fuerza de mirarlas de cerca. Para ellos la victoria consiste en romper

la caparazón de los telegramas para alcanzar su sentido oculto. Si los telegramas son sinónimo de una derrota alemana, el asunto no es cosa de ellos.

Pero sí del Abwehr. Sus jefes están aterrados. Flicke nos cuenta que iban a sus despachos con el corazón en un puño pensando en los textos que el buen Kludow les sometería con sonrisa gloriosa. Las declaraciones de Rita Arnould y los documentos alemanes hallados en la casa de los Atrebates fueron terribles. Pero los telegramas descriptados revelan que el desastre es mayor de todo lo imaginado. No hay sector de la vida política, económica, militar alemana que no sea conocido al

detalle por los rusos. El Tercer Reich, uno de los más formidables estados policiales que hayan existido, es una casa de vidrio para los ojos de Moscú.

A mediados de junio, Cranz anuncia que una emisora de Bruselas ha vuelto a entrar en servicio. El Abwehr no vacila; nada de sutiles investigaciones, no hay tiempo. Dentro de pocos días, el 28 de junio de 1942, las divisiones blindadas de la Wehrmacht se lanzarán a un asalto definitivo. La «Operación Azul» debe conducirlas a Stalingrado para conquistar los pozos de petróleo del Cáucaso. Tras los reveses de la campaña de invierno, tras los ríos de sangre alemana que han teñido la nieve

rusa, todos saben en Berlín que la inminente ofensiva decidirá la suerte: el final de la guerra debe jugarse entre Voronej y Stalingrado. No es posible que se deslicen por el éter mensajes reveladores para Moscú de los secretos vitales de la «Operación Azul».

Fortner nos cuenta que, cumpliendo órdenes, no tardó en descubrir que la emisora estaba en la comuna de Laeken. Pero hubo algunos inconvenientes debido a una vía férrea electrificada que pasaba por el lugar y fue necesario recurrir a un auto de la Funkabwehr equipado con aparatos más poderosos. Estos incidentes hicieron perder algún tiempo, por fin la casa fue descubierta:

un gran inmueble entre una maderería y otro negocio. Se supuso que la emisora estaba en uno de los pisos superiores.

«Empecé —dice Fortner— por reclutar gente como en el caso de los Atrebates: veinticinco hombres de la gendarmería secreta. Retorné al cuartel de la Luftwaffe y conté el caso. Los aviadores, entusiasmados, se pusieron a mi disposición. Decidí que el ataque tendría lugar en la noche del 30 de junio, a las tres de la madrugada.

”La noche era clara, de luna llena. Ordené a los aviadores que se escondieran en la maderería. A la hora H saldrían y bloquearían la calle. Con mis gendarmes me instalé en un

apartamento de la casa, el de la planta baja. El dueño de casa nos facilitó todo. A las tres partimos. Dos gendarmes por piso, yo aguardo. De golpe oigo gritos desde el desván: “¡Es aquí! ¡Vengan!”. Me abalanzo: el granero estaba dividido en pequeños compartimentos. Sobre una mesa el trasmisor estaba tibio. Al lado un fajo de documentos redactados en alemán. Por todas partes tarjetas postales enviadas desde ciudades alemanas. Sobre el piso una chaqueta y un par de botas. ¿Por dónde habría escapado el sujeto? Alcé la vista y vi un tragaluz abierto. Me asomé y ¡pam!, un disparo. Me protegí al instante, se oían gritos desde la calle: “¡Cuidado! ¡Está

detrás de la chimenea!”.

”Bajé con mis documentos. Mis aviadores ocupaban la calle protegidos en las puertas cocheras. El fugitivo disparaba sobre ellos. Se lo veía saltar de techo en techo. Con un revólver en cada mano vaciaba los cargadores entre salto y salto. “Sobre todo, lo quiero vivo”, recomendé a mis excitados jóvenes.

”Nuestro hombre llegó a la última casa del *bloc*. Estaba cercado, pero rompió un tragaluz y desapareció. Se oyó gritar a una mujer pidiendo socorro. “¿Qué pasa?”, gritamos, Nos dijo que un hombre había cruzado su cuarto y escapado por la escalera. Corrimos allí y registramos todos los pisos. ¡Nada! Mis aviadores fueron al sótano, levantaron una bañera volcada y descubrieron al hombre, que se había escondido allí. Furiosos empezaron a golpearle con las culatas. Les ordené que cesaran el castigo y llevé al prisionero a la sede de la gendarmería secreta. Estaba enloquecido. Un hombre de unos cuarenta años, al parecer obrero, pequeño, de mirada dura. No tenía aspecto de alguien importante.

”Lo primero que me preguntó fue si yo era Abwehr o Gestapo. Lo tranquilicé. Dejé mi revólver sobre la mesa y le dije que no tenía nada que temer. Se calmó y hablamos en alemán.

Lo hablaba perfectamente.

”Por fin, después de hacer salir a los gendarmes y de quitarle las esposas, el hombre me confesó que se llamaba Johan Wenzel, nacido en 1902 en Danzig. “No soy hombre de transacciones”, me declaró. Imposible sacarle una palabra más. Lo hice encerrar en Saint-Gilles.

”Después supimos que el amable inquilino de la planta baja que hasta nos había ofrecido café mientras esperábamos, formaba parte de la red y alojaba a Wenzel en su casa. Naturalmente, escapó. Se llamaba Schumacher.

”Cuando fui a dar cuenta de la operación a mis jefes, éstos telefonearon a Berlín. Poco después Berlín llamó de nuevo. Nos dijeron con gran excitación: “Han atrapado a uno de los miembros más importantes del partido comunista alemán de antes de la guerra, un jefe del aparato clandestino del Komintern”. No podían creerlo. Para concluir con Wenzel, le diré que la Gestapo de Berlín lo reclamó días después. Estaba muerto de miedo porque tenía varias cuentas pendientes. Giering y sus hombres se ocuparon de él. Lo torturaron durante seis semanas y luego lo reexpidieron a Bruselas. No reconocí a Wenzel, era un hombre quebrado. Les había dicho todo, hasta su código y su sobrenombre, “el Profesor”. Lo llamaban así porque había enseñado a tocar el piano a muchos de los de la red. Giering me anunció que estaba dispuesto a trabajar para nosotros.

”Pero volvamos a la noche del 30 de junio. A las siete de la mañana volví a casa, agotado. Tenía conmigo los telegramas que Wenzel se disponía a despachar o que acababa de recibir. Los textos, naturalmente, estaban cifrados, pero dos o tres eran claros. A pesar de mi fatiga les lancé una ojeada. En uno de ellos se hablaba de una dirección en Berlín, muy importante, que los alemanes no debían descubrir a ningún precio. Los otros textos acabaron por despertarme. ¡Era increíble!

”Contenían informes muy precisos sobre la producción, alemana de aviones y tanques, sobre nuestras pérdidas y sobre nuestras reservas. El golpe de gracia era un telegrama que daba todos los detalles posibles a propósito de la ofensiva del Cáucaso. ¡Nuestras tropas acababan de ponerse en marcha, combatían aún a centenares de kilómetros del objetivo, y allí estaban expuestos todos los planes de la operación, indicando el número de divisiones, su identificación, el material, todo, en resumen! ¡Un verdadero desastre!

”Era necesario advertir a Berlín.

Ese mismo día partí, en auto, y fui directamente a la sede del Abwehr. Llevaba los telegramas en una carpeta, bajo el brazo. Al entrar en el edificio el oficial de guardia quiso

examinarla. Me negué y como insistía lo amenacé con mi revólver. Esto causó sensación y pude pasar. Tuve que esperar media hora hasta que me recibió el oficial superior que se ocupaba de los asuntos de Bélgica. Me negué a mostrarle la carpeta y pedí hablar con el coronel Bentivegni, el adjunto directo del almirante Canaris. Me llevó a su despacho y le mostré los documentos. Bentivegni, después de leerlos, me envió al mariscal Keitel, el jefe de la

O. K. W. Keitel quedó fulminado al leer el telegrama sobre la operación del Cáucaso. No acababa de creerlo[9]. En cuanto a la dirección que no deberíamos descubrir era la de una alta personalidad de la Luftwaffe, muy conocida en los círculos dirigentes de Berlín. ¡Un famoso escándalo en perspectiva!».

Había existido ya otro famoso escándalo a propósito de la «Operación Azul». Días antes, el 19 de junio, el comandante Reichel, oficial del Estado Mayor de la 23ª División Blindada, viajando a bordo de un avión de observación para inspeccionar las primeras líneas, fue abatido y cayó en un sector en poder de los rusos. Reichel llevaba consigo sus mapas y una nota dactilografiada exponiendo la primera fase de la próxima ofensiva. El Estado Mayor de la división, enloquecido, lanzó al instante un ataque local para tratar de recuperar el avión Storch y a sus ocupantes. Se encontraron los restos vacíos. Reichel y el piloto habían desaparecido, pero una patrulla descubrió dos cadáveres enterrados a pocos metros y se supuso que eran los de ellos, aunque la identificación fue difícil por el estado de los cadáveres. No se halló la carpeta ni los mapas, que, por lo tanto, habían caído en manos de los rusos.

Sabemos ya que gracias al histórico mensaje emitido por Kent el 12 de noviembre de 1941, el Ejército Rojo acudiría a la cita de Stalingrado.

El telegrama revelando la dirección berlinesa suscitó en los jefes del Abwehr y de la Gestapo una emoción tan viva como la que el telegrama sobre la «Operación Azul» había suscitado en el Estado Mayor supremo. Pero ¿daba de veras esa dirección? Según ciertos informes, la realidad sería más compleja. El mensaje contenía detalles sobre la aviación alemana altamente confidenciales, que sólo podían ser conocidos por tres oficiales del Ministerio del Aire. Una rápida investigación hubiera permitido entonces desenmascarar al culpable. Fortner sostiene que el telegrama daba la dirección… De todos modos, la Gestapo estaba en la buena pista y pocos días después Kludow asesta a la red berlinesa un golpe más decisivo.

Sus «intérpretes» habían trabajado primero con los mensajes *emitidos* por Kent. Tal vez harto de revelaciones consternantes o tal vez más astuto que los otros, un dirigente del Abwehr sugirió a Kludow que se trabajara con los telegramas *recibidos* por Kent esperando encontrar informes sobre la estructura de las redes.

El 14 de julio de 1942, Kludow pulveriza la Bastilla berlinesa de los servicios secretos soviéticos:
«interpreta» el funesto telegrama enviado a Kent por el Director el 10 de octubre de 1941: «Vaya inmediatamente a Berlín tres direcciones indicadas, etcétera».

El «Kommando Orquesta Roja» inicia la cacería.

En el comienzo la Gestapo disfraza sus informes. Müller afirma que el grupo berlinés fue descubierto gracias a las confesiones de Wenzel obtenidas por la Gestapo. Según Müller, Kludow no habría sido capaz de descifrar el telegrama del 10 de octubre si el «Profesor» no hubiera entregado su código. Grosera fanfarronada; Wenzel poseía un código especial que nada tenía que ver con el de los Atrebates y por lo tanto no servía para el descifrado. Müller miente con el único fin de aumentar su prestigio y vestir las plumas del pavo real. Pero pronto veremos cómo la Gestapo falsifica sus informes en circunstancias más dramáticas y por motivos más poderosos y siniestros.

Dejamos constancia, además, de la «confusión» del Führer cuando leyó el informe presentado por los dos jefes de sus servicios secretos. El Führer, que el 7 de junio de 1942 había declarado a sus invitados de Rastenburg:

«Por su manera de apreciar los crímenes de traición, la Justicia me ha exasperado a menudo… En resumen, he declarado a Gürtner (ministro de Justicia) que si los tribunales ordinarios persisten en dar pruebas de benevolencia en el juicio de los casos de traición, me veré obligado a recurrir a un destacamento de los S. S. para pasar a los traidores por las armas… Quien tiene la misión de terminar victoriosamente una guerra y, de una manera general, de conducir a un pueblo en un período difícil, tiene también la obligación de actuar de modo que no haya la menor duda al respecto: quien en las circunstancias actuales se aparte de la comunidad, será liquidado por la comunidad».

14

Raid sobre Amsterdam

Después de su gran hora en Berlín, Franz Fortner regresa a su feudo en Bélgica. Ahora dispone del «contacto» Raichman y la brecha abierta en la red no se ha cerrado. Hay que sacar de la fortaleza, con sutileza, a los agentes del Gran Jefe.

Como de costumbre, la cosa empieza mal. A Wenzel se le han encontrado cartas identificando a su amante, Germaine Schneider. Detenida por la gendarmería secreta alemana, ella aclara que sus relaciones con el «Profesor» son puramente sentimentales. Le creen, la sueltan, desaparece. Pronto se sabrá que Germaine, alias «Mariposa» y «Odette», integraba con. Wenzel y Raichman el grupo de los agentes del Komintern enrolados en la Orquesta Roja. Tiene treinta y nueve años de edad y está casada con un suizo, Franz Schneider, quien participa, en cierto modo, en el trabajo clandestino. Germaine reside en Bruselas desde 1920. Expulsada de Bélgica en 1929 por sus actividades políticas, regresa ilegalmente después de un breve entreacto. Su departamento es uno de los «aterrizajes» de los líderes comunistas desplazados. Allí estuvieron Maurice Thorez, Jacques Duclos, Doriot, etcétera. Desde la guerra sirve como correo entre Bélgica y Alemania. La mayoría de los informes recogidos en Berlín eran trasmitidos a Bruselas por este camino esencial que la policía

alemana no entorpece, tontamente.

Schumacher y Germaine Schneider han escapado. Es necesario dar la alarma y se hacen inminentes las medidas de seguridad.

El golpe de suerte de Fortner es éste, precisamente. Porque el Gran Jefe, informado del último ataque a su filial de Bruselas, ordena a Yefremov que se oculte bajo una nueva identidad. El ruso se dirige a Raichman, éste habla con el inspector Mathieu y Mathieu da cuentas al Abwehr.

Mathieu muestra a Fortner un pedido de cédula de identidad de un joven extranjero, rubio, verdaderamente simpático. Se conviene que le entregará personalmente la cédula pedida. Raichman organiza la cita en el Jardín Botánico, en pleno centro de Bruselas.

«Inútil decirle —explica Fortner— que acudí con los coches repletos de gendarmes. En el mismo momento en que Mathieu entregaba la cédula, intervinimos. El muchacho no trató de escapar. Indignado dijo que era finlandés y que no comprendía esa incalificable agresión. Le repliqué: "Si es finlandés como pretende, lo soltaremos". Lo autoricé a telefonear a su consulado. Apenas colgó, cayeron en mi despacho dos representantes finlandeses, furiosos. Dijeron que conocían a ese hombre, un pacífico estudiante de la Universidad de Bruselas. Los calmé advirtiéndoles que teníamos serias razones para suponer que Eric Jernstroem era un agente soviético y que debíamos verificar todo eso».

Ignoramos cuáles detalles hacían tan invulnerable el disfraz de Yefremov, pero lo cierto es que la «máscara» fue superior a la construcción. Yefremov se deshizo rápidamente. Existen tres versiones del desastre:

1. —Según un ex miembro del «Kommando Orquesta Roja», la «conversión» de Yefremov fue lo más simple del mundo. Era ucraniano, es decir, inclinado al antisemitismo. Le demostraron que sus jefes eran judíos y convino en que era una tontería trabajar para esa canalla.

2. —Según Fortner, el equipo de torturadores destacado en Bruselas por Giering, ejerció sus talentos con el prisionero. Resistió algunos días y luego fue quebrado.

3. —Según otro de los oficiales del Abwehr, Yefremov sucumbió a una maniobra más sutil. Tenía en Rusia a sus padres y a su joven mujer, a quien adoraba. Ella era ingeniero diplomada, especializada en locomotoras, profundamente patriota. Se amenazó a Yefremov con comunicar al Centro que había traicionado a Wenzel, cosa inexacta. Perdería el amor de su mujer y su estima y ella se arriesgaría a sufrir represalias de las autoridades soviéticas. Yefremov prefirió su amor a su deber.

Algunos son, llegados el caso, más vulnerables que otros, con fallas y grietas que favorecen su derrumbe o bien, a causa de alguna radical fragilidad íntima, ofrecen muchos puntos débiles al adversario. Cuando amenazaron a Grossvogel con fusilar ante sus ojos a su mujer y a su hijita de pocas semanas de edad, respondió con su voz pausada de hombre de negocios:

«Por favor, fusilen».

Sokol no se rindió bajo el látigo de los hombres de Giering ni en su bañera de agua helada. Sin duda Grossvogel y Sokol pertenecían a la Vieja Guardia.

Pero Wenzel, llamado «el Profesor» era también de la Vieja Guardia antes de vestir la librea de lacayo de la Gestapo.

No hay regla. Donde empieza la Gestapo concluye lo humano, es decir, lo lógico. Setenta kilos de carne sangrando bajo el látigo de los torturadores no son del todo un hombre ni del todo una bestia. Es algo en camino de convertirse en un héroe o en un traidor. La metamorfosis final es imprevisible y sorprendente, a menudo incomprensible. No juzgaremos porque para tener el derecho de juzgar habría que haber entrado personalmente en la jaula donde los hombres de Giering aguardaban con sus cachiporras. A los que no hablaron, nuestra admiración y nuestro reconocimiento. A los otros, que sus camaradas caídos por su causa los juzguen si así lo quieren…

Franz Fortner:

«Yefremov nos confesó que había reemplazado a Kent a la cabeza de la red de Bruselas. Lo interrogamos especialmente acerca de sus contactos radiales. Disponía de tres emisoras: la de Wenzel, la que estaba oculta en casa de Mathieu, y una tercera en Ostende, en reserva. Yefremov nos entregó al pianista, un especialista de la marina belga. Lo detuvimos, pero ya no tenía el trasmisor y pretendió no saber donde estaba. De las tres estaciones descubiertas por la Funkabwehr fue la única que se nos escapó dando por sentado que la que estaba en poder de Mathieu jamás funcionó. Las otras las recuperamos en la calle de los Atrebates y en el desván de Wenzel. Según Yefremov, la red no disponía de un pianista de reserva para la estación de Ostende, por consiguiente, habíamos terminado con las emisiones clandestinas, ¡un alivio inmenso!

”Yefremov nos entregó además su “contacto” con la red holandesa. Para ser francos, hasta ese momento ignorábamos la existencia de la tal red. El correo que establecía la relación entre Bruselas y Amsterdam era un pequeño judío, ¡otra vez!, de sobrenombre “Anteojos”. Lo detuve gracias a Yefremov. Temblaba de miedo y aceptó en seguida ponerse a mi servicio. Le dije que iríamos a Amsterdam y que lo dejaría en libertad si se portaba bien, pero que el menor intento de fuga lo llevaría al cadalso. Prometió secundarnos.

”Partí para Holanda con mi Anteojos y tres gendarmes. El jefe del contraespionaje era el coronel Giskes, del Abwehr. Lo puse al corriente de las revelaciones de Yefremov y le pregunté si sabía algo. Me respondió que sabía que había un trasmisor ruso allí pero que no había tenido tiempo de ocuparse de él porque estaba metido hasta las orejas en su “Operación Polo Norte”».

Hagamos un paréntesis y consideremos al coronel Giskes tal como lo vi veinte años después, frente a su colección de frascos de whisky. En aquel tiempo su ocupación favorita era hacer «Funkspiel». Esta operación sutil es la coronación de la cacería del pianista. En lugar de abatir la pieza, se la «convierte» y se la utiliza como cebo. Gracias al contacto así establecido con el adversario, los secretos son penetrados, la organización desenmascarada, los emisarios detenidos. Después de algunos meses de Funkspiel, el cuadro de caza de Giskes es impresionante: cincuenta y tres agentes hechos prisioneros a su llegada de Inglaterra,

dieciocho pianistas «convertidos» en contacto con Londres, millones de armas lanzadas por los ingleses con paracaídas capturadas al instante. Pero el Funkspiel tiene sus riesgos. Tal vez el adversario finge caer en la trampa, tal vez lo hace porque sabe que el Funkspiel es costoso en tiempo y hombres. Sus sutilezas no siempre son comprendidas por las autoridades que se niegan a cooperar. Aún hoy es difícil, por ejemplo, determinar si la «Operación Polo Norte», tan cara a Giskes, que costó tantas armas y agentes ingleses, no fue una trampa de la red holandesa de espionaje soviético, la que pudo así desarrollar mejor sus planes y revelar los secretos de la «Operación Azul».

De todos modos, Johann Wenzel, llamado «el Profesor», tocará el piano por cuenta de los alemanes. Por esto hemos considerado necesario explicar el Funkspiel.

Fortner fue a Amsterdam con «Anteojos». Aunque hubo algunos intentos fallidos, al final el jefe de la red cayó en sus manos. Se llamaba Anton Winterink y el Kommando lo quebró. Era un ex miembro del Komintern pasado a la Orquesta Roja. Entregó a su grupo y aceptó hacer Funkspiel.

Ignoramos quién traicionó al holandés Kruyt. Ex pastor protestante convertido al comunismo y refugiado en Rusia, siguió allí las mismas lecciones de espionaje que Wilhelm Fellendorf y Erna Eifler, lanzados en el mes de mayo sobre Prusia Oriental, Kruyt fue destinado a secundar a Yefremov y sus jefes lo enviaron en submarino a Inglaterra, donde hizo el severo entrenamiento de los paracaidistas británicos. Tenía sesenta y tres años.

Saltó al suelo belga desde un bombardero una noche sin luna a fines de julio, con el trasmisor oculto en su pierna izquierda. Kruyt logró aterrizar bien, enterró su paracaídas y se hundió en las tinieblas. Tres días después alguien lo denunció a la Gestapo. Martirizado, consiguió en un descuido tragar la píldora de veneno que había ocultado. Le lavaron el estómago y lo rescataron, ya en los espasmos de la agonía. Su compañero de misión había sido lanzado sobre La Haya. Le preguntaron quién era. Se negó a responder. Los alemanes se encogieron de hombros. «De todos modos lo tenemos —le dijeron. Se mató al caer sobre el techo de una casa». Kruyt, con el rostro de un hombre de sesenta y tres años, agotado por la fatiga, las torturas y la amargura de la traición, dijo: «Era mi hijo». Le permitieron asistir a su entierro: luego lo fusilaron contra una pared.

Si hay un paraíso para los valientes, aun renegados, Kruyt debe estar en él.

15

Golpe de gracia en Bruselas

Yefremov y Kruyt son aficionados. Casi todos los personajes de esta historia lo son. Con ellos no hay términos medios: o las cimas del heroísmo o los abismos de la felonía. Para un profesional, ni heroísmo ni felonía tienen sentido; es un jugador de ajedrez y no se

siente deshonrado si sacrifica algunos peones, porque lo esencial es salvar al rey y a la reina. El aficionado, en cambio, lucha por su ideal y éste se encarna lo mismo en el jefe de la red que en un agente subalterno. Su fidelidad, o es total o no existe. Al primer nombre entregado está todo consumado, porque ha traicionado su fe. Y el aficionado, caído desde más alto que el profesional, por fuerza descenderá más bajo. Se revolcará en las delicias de la abyección. No nos engañemos, hay autocastigo en esta actitud y a veces masoquismo. El aficionado se inflige su castigo: puesto que no ha sido un héroe perfecto, sólo le resta ser un cobarde absoluto. Es la lógica de su sistema. No se le ocurre pensar que es un pobre diablo sometido a una presión demasiado fuerte. Ocho días después de su arresto, Yefremov aconsejará a los hombres del Kommando: «Los conozco bien —les dirá—, y les aseguro que caerán en la trampa».

Primer imperativo: impedir que la red conozca la traición del ucraniano. Le hacen escribir una carta a Raichman diciéndole que la agitación consecutiva al arresto de Wenzel lo obliga a escapar, pero que saldrá de su escondite apenas renazca la calma.

Segundo imperativo: utilizar rápidamente a Yefremov para que aniquile a la red sin dar al Gran Jefe el tiempo de reorganizar sus tropas. Después de entregar a Anteojos, Yefremov entrega a Anton Danilov, el cuarto oficial ruso de esta historia. Había llegado a Bélgica en 1939 desde París, donde trabajaba en espionaje bajo la máscara del consulado soviético. Un personaje un tanto descorazonador. Los ex miembros del Kommando lo llaman «un ser minable, vulgar, enclenque». Realizaba funciones secundarias como correo, algunas veces tocaba el piano. Pobre Danilov, terminará en el cadalso en medio de la indiferencia general.

Germaine Schneider es más interesante para el Kommando, puede llevarlos hasta Trepper. El dócil Yefremov obtiene de Raichman que le organice un contacto con ella. Lo logra y trata de explicarle que todo está perdido y que el Gran Jefe se las compondrá para librarse en tanto que ellos serán liquidados. Ella puede salvarse si se aviene a ser útil a los alemanes. Germaine pide tiempo para reflexionar y previene al Gran Jefe. Recibe la orden de cortar todo contacto con Yefremov y partir para Lyon. Desaparecida Germaine, el Kommando se lanza sobre su marido. Franz Schneider es detenido e interrogado. Da el nombre y la dirección de una alemana que le servía como etapa en la ruta Berlín-Bruselas. Pero se niega a decir una sola palabra sobre su mujer, declarando ignorar dónde está y aconsejando que se dirijan a Wenzel. Wenzel también lo ignora o no quiere decirlo. El rastro de Germaine se ha perdido.

Tal vez, se hubiera perdido sin Raichman. Éste pide al inspector Mathieu una cédula de identidad para un agente que debe fugarse. La foto que le suministra es la de Germaine. Mathieu permite el documento y sugiere a Raichman que le organice una cita en el Jardín Botánico, como en el caso Yefremov.

¿Y qué sucede? ¿Ignora Raichman el arresto de Yefremov? ¿Ha olvidado prevenirlo Franz Schneider? ¿Y el Gran Jefe? ¿Ya no lo informa su grupo de vigilancia acerca de estos acontecimientos en Bruselas? ¿Ha abandonado, acaso, a los sobrevivientes del frente bruselense?

Trepper sabe que el ucraniano ha sido arrestado. Sabe que a los tres días regresó a su domicilio, explicando a la portera que había tenido algunos inconvenientes sin importancia a causa de sus papeles. Sabe que desde entonces despliega una frenética actividad para reanudar todos sus contactos. Por lo tanto, se ha pasado al enemigo. Si no informa todo esto a Raichman es porque

sospecha de él. No ha roto con Mathieu, contrariando sus instrucciones, y su traición es plausible. Pero ¿por qué deja a Franz Schneider en la boca del lobo?

¿Por qué permite que Germaine se meta dentro del funesto engranaje Raichman- Mathieu?

Porque asistimos a una derrota. El Gran Jefe conoce la posición de sus batallones y la penetración del enemigo en sus filas, pero se han cortado los enlaces y no puede dar las órdenes salvadoras. Probablemente ha perdido el contacto con Germaine y los otros. Ve los peligros que los amenazan aunque no pueda prevenirlos. Ellos, a su vez, aturdidos, se entregan al vértigo de la

soledad y el miedo. Germaine, apartada de la red, perseguida por una Gestapo que tiene en su garras a su marido y a su amante, pone el cuidado de su salvación, en las dudosas manos de Mathieu.

Pero, después de haber sido tan usado, el instrumento Raichman se ha gastado. Fortner y Mathieu aguardarán en vano a Germaine. Es Raichman quien se presenta a la cita. No sabemos si el Gran Jefe logró prevenir a la mujer de Schneider o si ésta desconfió de Mathieu. Tampoco lo sabe el Kommando. Deduce, eso sí, que Mathieu se ha quemado y por lo tanto Raichman se ha vuelto inútil. Lo detienen.

Un agente al servicio de los Soviets

desde 1934, conoce a mucha gente. Raichman, prisionero, revelará ser tan precioso como en los tiempos en que fuera el instrumento inconsciente de Mathieu. Tal vez dé la pista de ese Gran Jefe, el enemigo Nº 1 del Kommando, su obsesión angustiosa.

El informe de la Gestapo dice:

«Siendo judío y sin recursos, Raichman entregó en seguida a su amante Malvina Grüber, quien se puso igualmente a nuestra disposición».

También Malvina, regordeta, súbdita checa, madre de familia, es una buena adquisición. Correo de la red, encargada de la vinculación con el grupo soviético que operaba en Suiza, debe haber

cruzado muchas veces la frontera. Al ser detenida entrega al Kommando una información capital concerniente al Pequeño Jefe. No contento con rehusar a Trepper la partida de Margarete a Suiza después del descenso en los Atrebates, Kent quiso evitar que su amante viajara sola con su hijo a París y la hizo acompañar por Malvina. La imprudente Margarete reveló a ésta que su destino final era Marsella. El Kommando logrará dar con la pareja y les hará pagar su ligereza.

Pero antes de atacar París y Marsella es preciso terminar con la limpieza de Bruselas.

Franz Fortner:

«Después de la victoria sobre Francia en 1940, las autoridades del Reich hicieron propuestas muy interesantes a los países neutrales para que crearan empresas comerciales en los territorios ocupados. Necesitábamos provisiones de toda clase e ignorábamos aún en qué medida se podría contar con la colaboración de los hombres de negocios belgas u holandeses. Los neutrales, por lo contrario, no tenían razón alguna para mostrarse reticentes. Además, ofrecían garantías de seguridad mayores que cualquier ciudadano de un país vencido.

”En Bruselas, como en otras partes, esas firmas neutrales obtuvieron todas las

facilidades de trabajo imaginables. Podían telegrafiar y telefonear a cualquier punto de Europa; sus dirigentes recibían los *ausweis* necesarios para sus traslados. En realidad, era como si el estado de guerra no existiera para ellos.

”Claro que guardábamos la prudencia requerida y ejercíamos una discreta vigilancia. Asi fue como tuve que iniciar una investigación de rutina sobre las actividades de la sociedad Sixmeco, cuyo director era un hombre de negocios sudamericano. La Sixmeco era una de las firmas más importantes de Bruselas; mantenía un buen mercado con la Wehrmacht y sus hombres se trasladaban de un lugar a otro sin cesar. Lo que me inquietó fue el número extraordinario de telegramas que cambiaba con Berlín, Praga, París, etcétera. Me confié al jefe del Abwehr III, N., servicio encargado de la vigilancia de las comunicaciones telegráficas y telefónicas. Me tranquilizó al respecto. La Simexco era una firma seria y no había razón para privarla de sus privilegios.

”Esto no bastó para aplacar mi inquietud. Decidí ir a ver al intendente militar de Bruselas que tenía vara alta en todos los tratados mercantiles celebrados con la Wehrmacht. Me dijo que la gente de la Sixmeco era eficaz y muy decente. “Trabajan de manera impecable y son amables con nosotros. De todos los hombres de negocios aquí, son los únicos con los que mantenemos un verdadero contacto personal. Nos invitan a menudo a recepciones y debo decir que nos tratan como a reyes”.

”A mí estos contactos personales me inquietaban mucho. No es común que las gentes de la Intendencia se dejen mimar por sus clientes. Eso no se hace. Sin duda la Sixmeco había realizado grandes esfuerzos para llevarlos a tanta familiaridad. ¿Con qué fin?

”Pedí al intendente que me hablara un poco de esos dirigentes de la firma. Me dijo que el sudamericano que se había marchado a París, fue reemplazado por un belga, Nazarin Drailly, pero que el hombre más importante de la casa parecía ser otro hombre de negocios, establecido en París. Realizaba frecuentes viajes a Bruselas para llevarse los beneficios de la Sixmeco y mi intendente lo había visto varias veces. Hablaba de él en términos muy elogiosos, un hombre excepcional, dinámico, eficaz, decidido partidario de la causa alemana. Le pedí que me hiciera un retrato físico. No necesito decirle que escuché la descripción bañado en sudor. Por fin saqué de mi portafolio una de las dos fotos halladas en los Atrebates. Era él: el Gran Jefe. En cuanto al sudamericano, se trataba sin lugar a dudas de Kent.

”Imaginará mi estupor y mi espanto. Yo no buscaba ya a mis espías en el arrabal de Bruselas, ¡pero hallarlos en los círculos alemanes más altos de la ciudad! ¡Y en la Intendencia, un admirable puesto de observación! Gracias a la Simexco y a sus negocios con la Wehrmacht, sabían todo acerca de los efectivos alemanes en Bélgica, su equipamiento, la construcción del Muro del Atlántico (en el que la firma participaba activamente). Además las gentes de la Intendencia viajan mucho por sus funciones, están al corriente de muchas cosas. ¡Cómo les habrá hecho soltar la lengua Kent con sus abundantes tragos!».

Según ciertos informes, la Simexco no fue la víctima del olfato de Fortner sino de la denuncia de Yefremov. Cuando Trepper dio a éste las consignas, le indicó la existencia de la Simexco recomendándole que se mantuviera aparte; el hecho de la larga actividad de Kent a la cabeza de la firma hizo el terreno sospechoso y Yefremov habría entregado a la Simexco junto con todo el resto. Lo cierto es que su descubrimiento coincide con las confesiones del

ucraniano. Por otra parte Fortner tenía una pista que llevaba a la firma. Aun cuando no hubiera descubierto en el domicilio particular de Kent ningún indicio que le revelara sus actividades comerciales —sea dicho en honor del Pequeño Jefe— su investigación preliminar al raid de los Atrebates lo había enterado de que los «sudamericanos» que vivían en el 101, trabajaban para los servicios económicos alemanes. Además, ¿por qué dudar de Fortner? Su franqueza sobre su falta de visión ha sido ejemplar y no sería justo empezar a discutirla cuando por fin recuerda uno de sus éxitos. Las dos tesis, por otra parte, no son irreconciliables: la denuncia de Yefremov pudo poner punto final a una investigación ya muy avanzada.

Una vez desenmascarada la Simexco, ¿qué harán?

«Pedimos informes sobre sus accionistas —dice Fortner—. Eran hombres de negocios belgas quienes aparentemente ignoraban el avispero en el que se habían metido. Fui a la Simexco haciéndome pasar por un oficial de Intendencia que quería comprar papel de cartas para las tropas de ocupación. Me recibió el director comercial, Nazarin Drailly. Nada en su actitud daba lugar a la menor sospecha; me trató como cualquier comerciante que recibe a un cliente. Pero no tenían papel de cartas y el asunto terminó ahí. Para saber más, decidimos no detener a nadie por el momento y vigilar la firma, controlando el teléfono. Pero tengo que contarle mi última sorpresa, ¡enorme!, en esta investigación que fue pródiga en ellas.

”A1 llegar a Bruselas pensé que sería torpe instalarme en Ja sede del Abwehr porque el adversario me hubiera descubierto pronto. Era preferible tener una oficina en otra parte donde, bajo seudónimo, pudiera recibir a mis informantes sin peligro. Alquilé, con el nombre de Riepert import-export, una oficina en un inmueble comercial situado en el número 192 de la calle Royale. ¿Sabe dónde estaba la sede de la Simexco? ¡En el 192 de la calle Royale! Su oficina estaba en el mismo rellano que la mía, contigua a la mía, con un tabique tan delgado que se oía todo de un cuarto al otro. ¡Era obvio que habían puesto micrófonos para interceptar mis comunicaciones!…

¿Recuerda que cuando encontré las fotos del Gran Jefe y del Pequeño Jefe en la calle de los Atrebates tuve la sensación de haberlos conocido? ¡Si me los había cruzado más de diez veces en la escalera! ¡Los encontraba en el rellano y nos saludábamos quitándonos el sombrero! Agrego que después de lo de los Atrebates se guardaron muy bien de poner los pies en la calle Royale, sin lo cual seguramente los habría identificado. Increíble, ¿verdad? Uno lee una historia así en una novela y acusa al autor de exageración…».

Increíble en verdad y más de lo que Fortner supone. Porque si él ignoró hasta el final qué era la Simexco, la Simexco ignoró a su vez la verdad oculta tras la placa «Riepert, import- export». Durante meses el espionaje soviético y el contraespionaje alemán cohabitaron en el mismo rellano sin saberlo.

El azar, prodigioso director de escena, no había tenido actores a su medida…

Emmanuel Mignon, nacido el 22 de noviembre de 1917 en Saint-Nazare, obrero tipógrafo en la prensa parisiense desde los dieciocho años, miembro de la cofradía periodística del barrio del Croissant donde la duda sistemática y la burla son virtudes teologales, hoy con los cabellos encanecidos y la mirada sagaz de siempre. Y como siempre su corazón está a la izquierda. Biznieto de Gavroche, uno de esos hombres que eternamente harán difícil la vida de todo ocupante de París, sea quien fuere.

«Por la portera de mi casa obtuve mi ingreso a la Simex. Era comunista y conocía bien mis sentimientos; como sabía que buscaba empleo, me recomendó cuando uno de sus amigos, Katz, le pidió a alguien para un trabajo. Puedo decir que asistí a la creación de la Simex. Me ocupé de la impresión de las tarjetas, de la inscripción en el Registro de Comercio, etc. Al principio, en setiembre de 1941, estábamos instalados en los Campos Elíseos, en el inmueble que está encima del Lido. Dos escritorios y una pequeña entrada.

"Fui recibido por Jaspar, hombre de unos sesenta años, típico gran burgués; pero no estuvo mucho tiempo en el puesto y se fue a Marsella a dirigir una sucursal de la Simex que crearon en esa ciudad. También Sierra (Kent) se fue a Marsella y no lo vimos más. Antes solía venir a visitarnos. Un clásico brasileño, elegantísimo, un poco niño bien, un "olé olé", usted me entiende. Andaba siempre con muchachas preciosas. También venía Gilbert (el Gran Jefe), un belga jovial, con su infaltable cigarro, muy amable. Después supe que no era belga, pero cualquiera se hubiera equivocado, tenía el acento, las expresiones, todo en fin… Grossvogel formaba parte de la firma aunque rara vez se lo veía en la oficina; siempre andaba fuera, decían, que en busca de mercadería …

"Cuando Jaspar se marchó, el director de la Simex fue Alfred Corbin, un tipo alto, mostachudo, tímido a primera vista pero se deshelaba cuando se sentía en confianza. ¡Muy patriota, Corbin! Políticamente diría que estaba situado en el ala izquierda del partido radical…

Vladimir Keller me dio cita el 24 de abril de 1965 a las ocho de la noche, ante el número 37 de la calle de la Universidad, un anexo del ministerio de Finanzas. Llegó a la hora señalada precedido por un perrazo. Los ujieres del ministerio lo llamaban el hombre del perro. Una bestia que estorbó bastante nuestra entrevista. Keller es un hombre pequeño, cabezón, malhecho. Nacido en Rusia de padre suizo y madre inglesa, habla el francés con acento alemán. Su mujer trabaja en el ministerio como cuidadora y en la buhardilla que habitan celebramos nuestra conversación.

«Un amigo me propuso el trabajo en la Simex previniéndome que la firma trabajaba para los alemanes, pero que sus beneficios servían para suavizar la suerte de los prisioneros franceses. Nada que decir entonces. Me presenté en las oficinas de los Campos Elíseos y me recibió el señor Grossvogel, muy alemán por su aspecto, o bien alsaciano. Me dijeron que era algo así como el rey del impermeable en Bélgica. Fue muy amable conmigo. Yo había servido de intérprete a los alemanes y

como eso no me gustaba busqué otra cosa. Al señor Grossvogel le gustaron mis traducciones y me contrató al instante. Al día siguiente ya no estaba —era el 2 de setiembre— y el señor Corbin, un hombre muy bondadoso, encantador, lo había reemplazado.

"El señor Mignon ya trabajaba allí. Servía para todo porque no tenía atribuciones fijas, era recepcionista, atendía el teléfono, etcétera…

"Vi una o dos veces al señor Katz y más a menudo al señor Gilbert, quien hablaba exactamente como un belga. Yo sospechaba que hacía tráfico de divisas entre Francia y Bélgica, pero eso no era cosa mía. Un hombre muy agradable, de una seguridad impresionante. La única vez que lo vi alterado fue cuando me dijo: —Ah, señor Keller, me pregunto si viviré mucho… en mi familia todos mueren más bien jóvenes…

"El personal fijo estaba compuesto por el señor Corbin, el señor Mignon, la señorita Cointe y yo. La señorita Cointe, secretaria personal del señor Corbin, era una mujer todavía joven, pero ya tendía a ser una solterona. Mire, me pareció la persona más importante en la firma, a pesar de la jerarquía oficial».

Los informes de Suzanne Cointe los tuve a través de Catherine, su hermana, quien me dedicó el tiempo de un almuerzo en el café Georges V. Catherine Cointe, vestida de negro en pleno verano, lloraba abundantes lágrimas al hablarme de la tragedia de antaño.

Me dijo que su padre fue un general francés y su madre una gran señora polaca. Su padre educó a los hijos, tres, en la tradición antigermana. ¡Antes morir que rendirse a los boches! En un marco tan conservador la conversión de Suzanne al comunismo fue un drama. Suzanne —me dice— lo hizo bajo la influencia de un hombre, el director de escena Jean-Paul Le Chanois. Aunque no se separó de la familia, todo eso significó un calvario para los padres.

«Suzanne había estudiado música y se ocupaba de una sociedad musical — comunista— que había fundado. Pero tras la derrota de 1940 no era posible ganarse la vida dando lecciones de piano. Aprendió estenografía y entró a la Simex. Por algunas frases que se le escapaban de vez en cuando —cuenta Catherine— yo sospechaba que allí había actividades clandestinas. Suzanne era una fanática, en realidad, lo mismo pudo consagrarse al comunismo que al Ejército de Salvación. La lucha contra los alemanes la hacía feliz porque reconciliaba su ideal comunista con las tradiciones patrióticas de la familia».

A su vez, Jean-Paul Le Chanois, a quien entrevisté en un despacho de la firma cinematográfica «Comacico», me traza su retrato de Suzanne a quien conoció a los dieciocho años: «Una muchacha inteligente, instruida, dotada de una fuerte personalidad. Hubiera querido ser pianista, fue alumna de Cortot, pero no se consideró suficientemente dotada y se resignó a hacerse profesora.

"Cuando me recibí de bachiller y obtuve mi licencia en filosofía, me separé de mi familia y viví dos años con Suzanne. Estaba muy enamorado. Fue ella quien me sacó de mi ambiente burgués. Para mí fue fantástico. Después nos separamos. Éramos jóvenes y estábamos ávidos de experiencias.

"Influido por la Revolución Rusa participé en el "Teatro Obrero de Francia" y en el "Grupo Octubre" de

Prévet. Introduje a Suzanne en esos medios. Fue entonces cuando creó su grupo coral. Primero su interés por el comunismo fue filosófico, luego práctico, y abandonó su nietzscheísmo inicial.

”En 1939 volvimos a encontrarnos. Habitábamos casualmente la misma casa, donde yo alquilé una buhardilla cuando no me admitieron en el ejército a causa de mi asma. Una gran alegría para los dos, pero decidimos ser prudentes porque ambos militábamos en la ilegalidad. Después del éxodo, regresamos a París, separadamente. Todo había cambiado, los comunistas formaban parte de la Resistencia, por consiguiente de la nación. Yo creé una red clandestina y Suzanne me anunció que entraría a trabajar en una firma comercial, la Simex, dándome a entender que ocultaba otra cosa. Nos veíamos poco por razones de seguridad y para cuidarnos de la portera que era petainista. Suzanne me habló muy poco de su trabajo en la Simex. Recuerdo que me contó que habían provisto de esquíes a la Wehrmacht para las tropas que combatían en Rusia».

Emmanuel Mignon:

«La Simex era una farra continua. Venían tipos de todas partes y nos ofrecían artículos —mercado negro, claro— que encajábamos a los alemanes. Siempre compraban. Los clavos que les habremos metido… una vez a la Todt, me acuerdo, varios rollos de alfombras apolilladas que pretendían ser de Oriente. La Todt era nuestra principal cliente. Me quedé en la Simex, precisamente porque olía mal. Mi mujer y yo formábamos parte de una red de la resistencia: “Familia Martin”. Mi jefe me ordenó que hiciera un informe de las provisiones que la Simex vendía a los boches. Mire que mala suerte, los informes se los pasé a un tipo que hacía doble juego y que fue fusilado cuando la Liberación. Fíjese que yo pretendía que la Simex colaboraba, ¿no es para reírse ahora que sabemos lo que fue?

”La Todt nos hubiera comprado la luna si se lo proponemos, ¡le hemos vendido cada cosa! Hasta barriles para nafta agujereados y soldados por nosotros. Yo pensaba —es demasiado, esto termina mal— pero jamás hubo un reclamo. El pobre Corbin estaba incómodo, eso sí. Se veía que esos enjuagues de mercado negro le disgustaban y que las circunstancias lo excedían. En cambio Keller los hacía muy campante, no sé si porque cobraba porcentaje. Keller era un tipo macanudo. Cuando hablaba por teléfono con los boches, empezaba con un vigoroso *Heil Hitler* que enfurecía a Cointe.

”Usted creerá que nadábamos en la abundancia. Nada de eso. Nada de eso. Nunca había un centavo. Cuando la caja fuerte estaba llena, Katz y Grossvogel aparecían y se llevaban el toco. Sí, había cosas curiosas en la Simex. Por ejemplo la correspondencia a Marsella la llevaba un empleado del coche restorán de la P. L. M. Y él nos traía las cartas de Jaspar y de Sierra. No crea que yo sospechaba nada, me decía que como en las cartas se hablaría de tantos negocios sucios del mercado negro era mejor evitar la censura…».

Aparte de Suzanne Cointe a la que el Gran Jefe llama «nuestro hombre en la Simex», ningún otro empleado sospecha el papel real de la firma. Han entrado en la red con los ojos vendados. Cuando el Gran Jefe les quite la venda será muy tarde para retroceder. Alfred Corbin ha sido llevado por Katz, lo cuenta su hermano Robert: «Vaciló mucho antes de aceptar, nos dice, pero al final lo hizo por razones pecuniarias. Nuestro molino de Givemy dedicado a la fabricación de alimentos para aves, ya no funcionaba».

¿Es dudoso este procedimiento? ¿Es condenable esa hipocresía? Trepper nos ha respondido así: «Elegía hombres de los cuales estaba seguro que no se echarían atrás llegado el momento». De todos modos debe ser difícil determinar si un hombre aceptará, llegado el momento, la tortura y la muerte por una causa abrazada un poco a tientas…

El Gran Jefe no es *cricket*, como dicen los inglesas. No juega *fair play* como los héroes de la Resistencia que no aceptan a nadie si no está enterado del objetivo de la misión. Trepper está dispuesto a engañar a todos los Corbin del mundo, a llevarlos de las narices, ciegos como están, hasta el poste de la ejecución, antes que comprometer a su red por exceso de confianza.

17

Una historia de amor

En 1966, el doctor Darquier protesta contra otra invasión. «¡Son los reyes de la región! ¡Ocupan las mejores posesiones y las más lindas villas!». Estas imprecaciones le son arrancadas por lo que llama «la ocupación judía» de Saint Tropez. A los setenta años el doctor Darquier es un viejo seco, nervioso, volcánico; su hermano Jean, quien vive actualmente en Madrid y trabaja para el Estado Mayor del ejército español, fue durante la guerra Comisario de los Asuntos Judíos. Trabajó tan bien que lo condenaron a la pena de muerte después de la Liberación. Pero se había apresurado a cruzar los Pirineos.

No fui a Saint Tropez para escuchar las tristes quejas del doctor Darquier sino para conversar con él de Anna de Maximovitch, médica neuróloga, dueña de una clínica en Choisy-le-Roi, en la época en que Darquier la conoció. Como jefe de la clínica de neurología de la Facultad de Medicina de París, el doctor Darquier podía servir de garantía a Anna, puesto que los sanatorios privados de ese tipo son vigilados de cerca por las autoridades sanitarias.

Vassili y Anna de Maximovitch: dos emigrados rusos de origen noble, arruinados por el comunismo. En París el caso abunda. Pero Vassili y Anna no tienen nada que ver con la plebe aristocrática de los taxistas y los tocadores de balalaika, perdidos en la nostalgia. Son la segunda generación de emigrados y han vuelto la espalda al pasado. Cuando el general Pavel de Maximovitch murió en la miseria, sus hijos, gracias a los providenciales oficios de Monseñor Chaptal, pudieron ingresar, el uno en la Escuela Central, la otra en la de Medicina. Vassili se convierte en un ingeniero en minas, Anna se especializa en neurología.

En 1936 una docena de organizaciones políticas se disputan la clientela de los «rusos blancos» emigrados en París. La mayoría conserva su ortodoxia zarista pero otros se han hecho fascistas o socialistas. Algunos tratan de unir el fascismo con el comunismo. Según las más moderadas evaluaciones, un miembro de cada tres en estas organizaciones es confidente sea de la policía francesa, sea de los servicios nazis, sea de la información soviética. Entre tales organizaciones figura la Unión de los Defensistas.

Anna pertenece a ella. Ofrece su clínica para conseguir una ayuda económica. Al principio la ayuda sirve para arreglar el local, luego financia un boletín, por fin cubre los aumentos de los gastos. En 1939 los defensistas murmuran que el dinero de Anna «huele mal» y temen algún disgusto. Pero las cosas siguen como están.

El mismo día de la declaración de guerra los defensistas fueron detenidos y llevados al campo del Vernet en calidad de extranjeros sospechosos. Pocos meses después, Vassili de Maximovitch fue requisado, Anna escapó gracias a su profesión. Lo cierto es que ignoramos el olor de su dinero, pero sabemos por el doctor Darquier que había cuidado en su clínica a heridos del ejército republicano español.

El campo del Vernet está situado en los Pirineos a pocos kilómetros de la frontera española. Las detenciones de setiembre de 1939 convirtieron a sus cincuenta hectáreas rodeadas de alambradas, en un inmenso depósito donde era dable hallar a republicanos españoles, rusos emigrados (zaristas, socialistas o fascistas), comunistas franceses condenados por delitos comunes y algunos centenares de emigrados alemanes escapados por milagro a las garras de la Gestapo y rescatados a veces de los campos de concentración de Hitler. Que fueran más antinazis que nadie no perturbaba a las autoridades francesas ocupadas en preparar la victoria futura y poco dispuestas a perder el tiempo en detalles.

El barón Vassili de Maximovitch vivió hasta los diecisiete años en los esplendores del San Petersburgo imperial, luego Monseñor Chaptal le suavizó los rigores de la emigración. Sin duda creyó escapar a las agitaciones de sus compatriotas con su título de ingeniero que le prometía una apacible madurez. Pero el Vernet lo hizo entrar nuevamente en las convulsiones de la Historia porque en el campo descubrió el hambre, el frío y la humillación. Allí vio perpetuarse la increíble paradoja: los enemigos más fanáticos de Hitler confinados y hambrientos en una Francia en guerra contra Hitler. Vivió el día inaudito en el que la Wehrmacht victoriosa vino al Vernet para llevarse su carga humana que los guardias franceses entregaron dócilmente, mientras su jefe, el mariscal Pétain, balbuceaba ante el país, el anuncio de una «Paz honorable».

Vassili había aprendido algo: la época exigía a todos que se ocuparan de política porque la política se ocupaba de todos.

Cuando tras la Gestapo vino al Vernet una comisión alemana encargada de reclutar trabajadores dignos de confianza para el Tercer Reich, Vassili se propuso a su general, Hans Kuprian, como intérprete. Vassili se hizo amigo de Kuprian, oficial tradicional, encarnizado monárquico, quien sostenía que Alemania estaba en manos de una banda de usurpadores. Para él, el barón de Maximovitch había sido expulsado de Rusia por una banda de canallas sin modales (quienes habían firmado un pacto con la banda de Hitler porque Dios los cría y ellos se juntan). Terminada la misión, Kuprian liberó a Vassili y le dio en París un empleo a la medida de sus dotes. En agosto de 1940, el barón se reunió con su hermana en un París aún desierto.

Un día el doctor Darquier, que ha regresado a París en 1939 desmovilizado tras una breve detención, va a visitar a Anna a Choisy y encuentra sobre su escritorio un ejemplar de *Izvestia*. No es raro puesto que aún subsiste el pacto ruso-germano. Pero ¿cómo puede Anna, encarnizada zarista, leer un diario bolchevique? Darquier no se preocupa mucho, no cree que Anna pueda ocultar algo; tan franca, tan abierta. Para el doctor Darquier ella es una muchacha simple. Pero no olvidemos otras

imágenes: a los dieciséis años Anna defendió, hacha en mano, la fuga de su padre… no olvidemos su ayuda a la Unión de los Defensistas, tachada de sospechosa, ni la asistencia prestada a los republicanos españoles, ¿por humanidad o por solidaridad política? Son demasiados interrogantes para una simple muchacha…

Por lo contrario, su hermano «el eslavo misterioso» como lo llama Darquier, dará pronto un paso desprovisto de ambigüedad y ofrecerá sus servicios al Gran Jefe.

Para Trepper el asunto no es claro. Vassili le ha sido presentado por Michel, su contacto con el Partido Comunista. De haber sido un agente del Centro se habría mantenido apartado de los medios comunistas. ¡Y sus antecedentes! El hijo de un general y barón, escapado de Rusia en los furgones del Ejército Blanco, recogido en París por un arzobispo, crecido en el seno de una emigración carcomida por el antisovietismo… ¿Es acaso un lobo que el enemigo introduce entre las ovejas? Trepper pide instrucciones al Centro y le aconsejan que utilice a Maximovitch con suma prudencia. Respuesta vaga, aunque clásica. ¿Quién mejor que el jefe de una red puede pesar el pro y el contra? Si no hay un prontuario en el Komintern, la decisión deberá ser tomada por el jefe de la red. Puesto que la suerte de la red depende de estas decisiones, el papel del jefe no es fácil.

El Gran Jefe acepta a Maximovitch. Así empieza, en la duda, una colaboración que será fructuosa para ambas partes y que añade a la historia de la red los episodios más sabrosos. Porque el barón Vassili de Maximovitch, regordete y con las piernas hinchadas por la enfermedad, había sido signado por el destino para convertirse en el Casanova de la Orquesta Roja.

Margarete Hoffman-Scholz es alemana, tiene cuarenta y cuatro años y no es demasiado hermosa. Hace un cuarto de siglo qué espera a su príncipe azul. Proviene de una excelente familia de Hannover. Uno de sus tíos, el coronel Hartog, forma parte del Estado Mayor alemán en París. El padre de Margarete le ha encargado el cuidado de su hijita cuando ésta ha sido enviada a París para trabajar en los servicios auxiliares de la Wehrmacht; Margarete no corre el peligro de la soldadesca, es secretaria del coronel Hans Kuprian, distinguido caballero. Todo lo cual no la libra de estar a punto de cumplir cuarenta y cinco años sin ser hermosa. La victoria le abre las puertas del campo del Vernet donde Margarete no ve ni la abyección ni el sufrimiento ni la fealdad porque sólo tiene ojos para Vassili. Ella forma parte de la misión Kuprian. Vassili la deslumbra a pesar de sus piernas elefantíacas, de sus ropas de mujik y de su cara demacrada. Margarete adivina al barón. Cambian una mirada y cuando ella deja el Vernet está loca de amor.

Regresa a París y a sus tareas. Sólo le preocupa Vassili. ¿Vendrá a París? Vassili viene y Kuprian le propone un buen puesto como ingeniero en las fábricas Henschel en Cassel. Margarete sufre. Milagrosamente Vassili rechaza la oferta. Margarete no duda que es por quedarse a su lado. ¡Pobrecita!, Vassili lo hace porque el Gran Jefe le ha dicho que en París puede ser más útil. Le ha aconsejado: «Cree un grupo de información. Frecuente el ambiente de los rusos blancos, los círculos católicos, los oficiales alemanes; y sobre todo evite como la peste los círculos de la izquierda francesa». Vassili usará la mejor «máscara»: su personaje; un aristócrata ruso emigrado, así como Trepper debe usar la suya y representar al traficante del mercado negro, llevando un gran tren de vida y divirtiéndose con los de la Todt en los restaurantes clandestinos de París.

El idilio florece. Vassili, provisto de un salvoconducto, va a buscar a Margarete al Hotel Majestic, sede del Cuartel General Alemán, todas las noches. Margarete le cuenta sus

actividades de la jornada y le muestra las copias de los documentos que ha tenido en sus manos. Obtiene otras copias de sus compañeras. De este modo todos los informes ultra secretos van a parar a manos del Gran Jefe. Agotado el tema, Trepper pide a Maximovitch que la tierna Margarete se desplace hacia una nueva actividad. Ella se hace nombrar en el servicio de acantonamiento de tropas en Francia.

Cuando Trepper logra todos los informes necesarios, Maximovitch, hábil *cornac* (guía, conductor), conduce a Margarete hacia un tercer sector: ingresa en la secretaría del embajador alemán, Abetz. Su dedicación al trabajo le vale la confianza de todos y el acceso a los documentos más confidenciales. Por su intermedio, Moscú se informa de todos los tratados políticos con Vichy, de los sentimientos del pueblo francés, de los proyectos alemanes y de las dificultades con que tropiezan. ¿Es tan tonta Margarete que no se da cuenta de que está traicionando a su país? No podemos afirmarlo. Sin duda el amor ha apagado los sentimientos tradicionales que

alimentaba desde su infancia. Insondable misterio de un corazón femenino entregado a su pasión, etcétera…

Pero otros se inquietan. El tío de Margarete no ve con buenos ojos sus amores con Maximovitch. Los oficiales del Estado Mayor se preocupan y recuerdan a Margarete que están en guerra y que debe observar la mayor discreción con respecto a su trabajo.

¡Linda cosa! Hasta las modestas compañeras de Margarete están locas por Vassili, tan distinguido, tan delicado, siempre con un ramo de flores para una, una caja de bombones para otra, y además es un barón. ¿Cómo desconfiar de un barón?

No por cierto los oficiales del Estado Mayor, casi todos ellos hombres bien nacidos, bien educados, distinguidos antinazis que conspiran con la lengua contra un régimen que hace la guerra a los *gentlemen* ingleses y al mismo tiempo concluye un tratado de paz con la canalla bolchevique. Consideran a Vassili uno de los suyos, aceptan sus invitaciones, lo invitan, hablan delante de él con el corazón en la mano. Es decir que se sienten en confianza. Cuando se inicia la guerra contra Rusia, todos se felicitan. Pero lamentan que continúe la guerra contra los angloamericanos. Habría que pactar con ellos para lanzar a la Wehrmacht sobre Rusia. ¿Pactar? —pregunta Maximovitch que está presente en el conciliábulo amistoso. ¿Y el Führer? — Con o sin el Führer— dice uno de los presentes, el general von Pfeffer, monárquico y uno de los firmantes del armisticio con Francia.

Anna ve con frecuencia al doctor Darquier y por él conoce los interiores de Vichy donde Jean Darquier es un títere. Por intermedio de Anna el Gran Jefe conoce la política del Vaticano a través de Monseñor Chaptal y del padre Valentín, S. J. que está metido en todas las intrigas. Es necesario contenerla

porque sólo sueña con hacer desastres, como el de procurarse una cantidad de curare suficiente para envenenar en bloqué al Estado Mayor alemán. Según Darquier el ataque alemán contra Rusia fue la causa del gran cambio de los dos hermanos. Puesto que la Santa Rusia era atacada, todos sus hijos debían defenderla.

Darquier jamás creyó en «el importante rol de espía de Anna». Tomaba como travesuras sus extrañas actitudes. Cuando en 1956 un agente policial que lo entrevista por otro motivo, le cuenta casualmente la historia de Anna, a quien no ha visto desde 1942, queda estupefacto. Por primera

vez, al enterarse de que Anna ha formado parte de una organización judía, la Orquesta Roja,

se le ocurre pensar que el nombre Maximovitch puede tener «una pequeña resonancia judía».

Anna vende su clínica e instala a los enfermos en el castillo de Billeron que ha alquilado y donde viven su madre y su hermana. Al castillo van asimismo a descansar Margarete Hoffman-Scholz y las esposas de algunos oficiales alemanes. Entre ellas Käthe Voelkner.

Käthe es ciudadana alemana, nacida en Danzig el 12 de abril de 1906, hija de un profesor de dibujo, socialista. Ha sido bailarina acrobática y recorrido Europa en compañía de su amante y empresario, el italiano Johann Podsialdo quien le hace dos hijos. La familia llega un día a Leningrado, sin un centavo. Los ayudan y dan a Käthe la posibilidad de estudiar. Käthe se convierte. Tal vez fue entonces cuando ingresó en los servicios secretos soviéticos. Vuelve a recorrer Europa pero esta vez cumpliendo un plan del Centro y evitando cuidadosamente la Alemania nazi. En 1937 recibe la orden de ir a París donde obtiene un contrato por dos años en un *dancing*. En 1939, al declararse la guerra, se oculta en una casa de los suburbios con su amante y sus hijos para evitar que la internen como súbdito enemigo. Aprovecha el tiempo para estudiar estenografía junto con Podsialdo. En 1940 salen de la sombra y proponen sus servicios a sus compatriotas victoriosos. Los contrata el Servicio de Trabajo que tiene su sede en la Cámara de Diputados. Podsialdo consigue un empleo secundario, pero Käthe se convierte en la secretaria del director parisiense de la Organización, el doctor Kleefeld. Disfruta de su entera confianza en su condición de alemana que ha debido permanecer un año escondida para escapar a la policía francesa.

Maximovitch conoció a Käthe a su regreso del Vernet cuando fue a la Cámara de Diputados para enterarse de las ofertas de trabajo. Adivinó en ella una importante adquisición para la red, después de algunas conversaciones. ¿Se equivocaba?

La hizo invitar a Billeron y durante dos semanas Anna y la minúscula Käthe pasearon por el parque, charlando. Cuando Käthe se marchó, Anna dijo a Vassili «En mi opinión, está bien». Vassili sigue desconfiando. En el otoño de 1941 invita a Käthe a Billeron por segunda vez. Anna confirma su veredicto favorable y Vassili decide que ya es tiempo de hablar de Käthe al Gran Jefe.

La entrevista tiene lugar poco después del raid sobre los Atrebates. Trepper, con prudencia de lobo teme una infidencia. Es evidente que Käthe no ha hablado con Vassili de su antigua pertenencia a los servicios secretos soviéticos, sólo se ha limitado a manifestar, con discreción, su antinazismo. Por su lado, Trepper, debido a motivos que diremos después, no pide información al Centro. Aunque lo hubiera hecho, una respuesta favorable no habría barrido sus dudas. Käthe desapareció en setiembre de 1939, cortando sus actos con el Centro para reaparecer en julio de 1940 en la oficina del doctor Kleefeld. ¿Es una iniciativa feliz para ponerse otra vez en condiciones de servir o es un cambio de librea y una entrega al vencedor?

El Gran Jefe no retrocede ante el obstáculo aunque siempre toma sus precauciones. Para reclutar a Käthe las exagera. Primero quiere verla, sin conocerla. La hace invitar por Anna a un restorán lleno de espejos. Instalado en una mesa vecina, Trepper escruta los espejos para descubrir una eventual vigilancia. Ningún indicio sospechoso. Se puede pasar a la segunda etapa: conocer a Käthe. La cita tendrá lugar en una estación del metro provista de numerosas salidas. Käthe pregunta las señas de su interlocutor y cual palabra clave deberá

decir. Vassili no le da ni unas ni otra y explica que su compañero de cita la conoce, con gran estupor de

Käthe. Si ella fuera un agente, no podría señalar la presa a los hombres de la Gestapo; tendrá que aguardar hasta que Trepper la aborde y así él podrá husmear el lugar, primero. Trepper hace que Katz siga a la dama desde su domicilio hasta la estación. Si percibe un peligro advertirá a su jefe discretamente.

La cita se produce. Käthe manifiesta su deseo de servir. Tercera etapa: es puesta a prueba. Se le piden sellos, tipos de escrituras, ella los entrega. Entonces se la considera comprometida y pasan a asuntos más serios. Käthe suministra documentos, pero no a Trepper. Éste envía a una comparsa, la señora Giraud

quien protegida por Katz se encuentra con Käthe en el metro y recibe de ella, ocultos dentro del periódico, los informes redactados por el doctor Kleefeld. La señora Giraud tiene orden de recorrer las calles durante seis horas, siempre seguida por el fiel Katz antes de regresar a su casa. Luego deberá guardar los documentos durante tres días y, por fin, no ella sino su marido irá a entregarlos al Gran Jefe.

Gracias a Käthe, Moscú conoce los problemas de mano de obra que se atraviesan en los planes hitleristas y la manera cómo es encarada su solución: la reducción a la esclavitud de Europa ocupada. Kleefeld sabe todo: los

contingentes fijados para cada país, su afectación a Alemania y —dato precioso — las industrias inscriptas con prioridad. Pronto dará cuenta de las dificultades sufridas en el reclutamiento y de la vasta evasión hacia los maquis. Es importante.

Pero Käthe hace aun más. Trae a la red a un francés empleado en el Servicio de Alojamiento de la Wehrmacht en París. Aunque a primera vista el personaje ofrece poco interés, es la adquisición más importante del Gran. Jefe. Dejaremos que Franz Fortner lo explique. Ese ogro ingenuo no tiene su igual para contar las lindas sorpresas que procuraba la Orquesta Roja.

Un buen día, Vassili de Maximovitch confesó a Trepper su problema: la gente empezaba a murmurar. Si no obtenían la consagración oficial, sus amores con Margarete apuntarían a una relación vulgar y las malas lenguas no tardarían en dudar de su platonismo. La posición de Maximovitch sería discutida y pronto se lo desterraría del *Gross París*. Trepper aconsejó el matrimonio, pero Vassili, acariciándose el mentón, observó que se podría hallar una solución, por algunos meses, en un compromiso oficial. «Gracias a Dios — dijo el ruso—, en nuestro medio no es

necesario consumar nada entre el compromiso y la boda».

Moscú debía ser informado. El Gran Jefe solicitó la autorización del Director y como éste dio su bendición, el *Gross París* fue inundado con tarjetas de invitación con las armas de los Maximovitch. La recepción resultó fastuosa y las niñas más lindas de la aristocracia rusa bailaron en brazos de los más orgullosos oficiales del Estado Mayor alemán en París; el champán corrió a torrentes y los tórtolos recibieron las felicitaciones de todos los generales del Majestic.

El Gran Jefe ha hecho muchas cosas, y hará más; sin embargo, como nota

pintoresca, esta fiesta de compromiso constituye sin duda su obra maestra. Pero él tiene demasiadas preocupaciones y angustias para perder el tiempo viendo cómo bailan aquéllos a quienes engaña.

Conserve su sangre fría

Examinemos la situación.

El verano de 1942 consuma la caída de Bruselas y de Amsterdam, pero la ciudadela parisiense parece inexpugnable. Rodeada de vigías, protegida por una clausura draconiana, está preparada para cualquier asalto.

Gracias a Grossvogel la intendencia ha sido asegurada. Una decena de apartamentos o de cuartos vacíos pueden acoger a los hombres de la red. Hay también un pabellón en el Vésinet y una villa en Verviers. Hasta se dispone de una base de retaguardia, el castillo de Billeron donde reponen sus fuerzas los agentes enfermos o fatigados, de tal manera que los comunistas clandestinos y las mujeres de los oficiales junkers respiran juntos el buen aire del Berry. Billeron, a escasos kilómetros de la línea divisoria es para los agentes amenazados una salida hacia la zona libre donde los conducen guías locales. La granja de los Corbin provee abundantemente aves y huevos y Thevenet, accionista de la Simexco belga, asegura a París la provisión de tabaco.

Las finanzas son florecientes. El beneficio neto de la Simex y la Sixmeco se eleva a 1 616 000 francos en el año 1941 y a 1 641 000 francos en 1942, sobrentendiendo que todos los gastos de funcionamiento de las redes belgas, holandesas y francesas son inscriptos en el pasivo de ambas sociedades. Trepper lleva la cuenta rigurosa de los balances, puesto que, como todo jefe de red, debe presentarlos a Moscú. Él y sus hombres son pagados en dólares, unidad monetaria del Centro. En 1939 el Gran Jefe recibía 350 dólares mensuales que fueron reducidos a 275 cuando su mujer y sus hijos se refugiaron en Moscú. Kent, Alamo y Grossvogel percibían 175 dólares mensuales, luego 225. Desde el 22 de junio de 1941 todos los agentes, del mayor al menos importante, perciben un salario de 100 dólares mensuales. Estamos en guerra y se los considera soldados movilizados. Pero, naturalmente, sus viáticos por gastos de servicio son ilimitados.

A primera vista los gastos parecen livianos. Bruselas cuesta 5650 dólares desde el 1.º de junio de 1941 hasta el 31 de diciembre del mismo año. La red francesa del 1.º de enero de 1942 al 30 de abril de ese año, 2414 dólares, la belga 2042, en tanto que Kent en Marsella recibe para su grupo 810 dólares. Del 19 de mayo al 30 de setiembre de 1942 los gastos se cuentan en francos: 593 000 para Francia, 380 000 para Bélgica, 185 000 para Kent.

Son gastos de rutina (salarios de los agentes, alquiler de departamentos, etc.). Para tener una noción exacta de las finanzas de la red habría que agregar los fondos destinados a la corrupción de los oficiales alemanes, la cuenta de los esponsales de Maximovitch, el mantenimiento de Billeron, etc. El Gran Jefe puede gastar sin medida porque el dinero dado a los alemanes ha sido sacado del bolsillo de los alemanes por intermedio de la Simex y la Sixmeco. El Tercer Reich alimenta a la Orquesta Roja como un organismo alimenta al cáncer que lo roe. Y lo alimenta de tal modo que el Centro piensa por un instante en convertir al Gran Jefe en el banquero de todas las redes soviéticas del Oeste…

Trepper ha ocultado sus cuentas en un reloj de la casa de Verviers. En el domicilio de Katz un pote de mermelada contiene un tesoro de 1000 dólares-oro destinados a detener una eventual catástrofe financiera. Claude Spaak guarda un rollo de oro que le confiaron los Sokol. Aun cuando la Simex y la Sixmeco sean descubiertas, el nervio de la guerra se mantendrá en pie.

Con esta fuerte infraestructura, la red cumple una tarea sin par. La Simex se ocupa de la penetración de la Organización Todt y de informar acerca de los trabajos de la Wehrmacht en Europa ocupada; Vassili de Maximovitch de la penetración del Estado Mayor en París y de informar sobre el movimiento de tropas y el cambio de oficiales, las agitaciones antihitleristas en su seno y las relaciones con Vichy. Käte Voelkner lo hace sobre problemas laborales; Anna acerca de la política del Vaticano y los asuntos internos franceses; en Lyon, Romeo Springer ha entrado en contacto con el ex ministro belga Balthazar y el cónsul norteamericano, quienes le suministran noticias interesantes.

Eso no es todo.

La red ha reclutado dos agentes en la central telefónica de París que escuchan las conversaciones entre la capital francesa y Berlín e informan al Gran Jefe de los hechos más importantes. También la organización del Komintern está a su servicio. La preside un judío de cuarenta y cuatro años: Henry Robinson. De él dice el informe de la Gestapo: «Judío alemán, habla corrientemente el alemán, el ruso, el francés y el italiano. Utiliza muchas identidades, se ignora cuál es la buena.

Fundador con su amigo Humbert-Droz de las Juventudes Comunistas, Representante de las Juventudes Comunistas francesas en el Komintern en 1922: En 1924 jefe del Organismo obrero-político-militar para Europa Central y Occidental. En 1929, adjunto del general Muraille en la dirección de los servicios de información soviéticos. En 1930, jefe de los servicios de información para Europa de la IV sección del Ejército Rojo. En 1940, jefe de la sección activista y militar para Europa Occidental».

El general Sousloparov organizó un encuentro entre ambos jefes en vísperas de la ofensiva alemana contra Rusia.

Robinson tragó su amargura y puso sus agentes belgas y franceses a disposición de la Orquesta Roja, aportando al Gran Jefe su red personal de espionaje. Tiene entrada en los medios dirigentes franceses y dispone de muchas «fuentes» en el seno del Alto Comando alemán. Sus agentes informarán a Trepper sobre asuntos como la evasión del general Giraud y sus consecuencias, el desembarco en Dieppe, los resultados de los bombardeos aliados a Francia, los preparativos del desembarco anglo- norteamericano en África del Norte, etcétera.

Los grupos de Vassili y Anna de Maximovitch, Käte Voelkner, Romeo Springer y Robinson son otras tantas células de trabajo que entregan informes con regularidad de fábrica. A ellos hay que añadir los contactos individuales que un agente puede hacer al azar de las circunstancias.

Moscú puede estar contento. El Gran Jefe, a fuerza de trabajo y talento ha logrado la penetración de la red francesa en la cumbre del enemigo. Lo mismo que Schulze-Boysen y su gente, pero ellos eran alemanes y ocupaban ya el lugar. Ésta es la importancia de la red francesa. Los informes de Maximovitch facilitan a Moscú la organización de la

propaganda sobre los cuadros de la Wehrmacht; los contactos de los dos hermanos y de Robinson con los emigrados rusos son preciosos en la época en que Alemania se esfuerza por resucitar en provecho suyo los nacionalismos ucraniano, tártaro, cosaco, etcétera. Los aristócratas emigrados en París saben que esa política es mentirosa y que se trata de dividir para reinar. Moscú, informado por el Gran Jefe, utiliza ese descontento en su propaganda contra los tránsfugas. El Estado Mayor del Ejército Rojo está al tanto de la partida hacia Rusia de cualquier división con asiento en Occidente antes de que las tropas hayan concluido de liar sus bártulos y aun, a veces, antes de que su general sea advertido del traslado.

Trepper, como los héroes de la Resistencia, dispone de una cantidad de agentes subalternos, francotiradores y maquis, comunistas, organizaciones de combate judías, grupos de resistentes extranjeros, que trabajan para la Orquesta Roja. Sólo nos resta agregar que raramente en la historia del espionaje una red ha dado tantas satisfacciones y motivos de orgullo a su jefe como la red francesa de la Orquesta Roja en el verano de 1942.

En primer lugar, la guerra anda mal. A veinticinco años de distancia abarcamos con un ojo al Estado Mayor Alemán lanzando la Operación Azul y con el otro vemos a Stalingrado, pero el campo visual de Trepper no tiene tan soberbia amplitud. Como todo el mundo, está obligado a comprobar que la Wehrmacht avanza hacia el Cáucaso, que Rommel arrolla a los británicos en el desierto africano y que el ejército japonés sigue tiñendo de amarillo el mapa del Pacífico.

Y luego está el problema de las trasmisiones. Hersch Sokol fue capturado el 9 de junio. Wenzel cayó en poder del enemigo, a fines de ese mismo mes. ¿Quién los reemplazará?

Kent podría hacerlo. Tiene un trasmisor y sus actividades en Marsella, que datan ya de ocho meses atrás, no han sido detectadas por la policía de Vichy. A propósito de esas actividades, escuchemos a Margarete Barcza: «¡Qué buena vida hacíamos! Por fin se realizaba mi sueño, Vincent estaba siempre conmigo. Pasábamos las tardes en la playa y cuando hacía mal tiempo íbamos, al cine o invitábamos a los amigos. De vez en cuando Vincent iba a tomar un trago con el señor Jaspar para hablar de negocios, y como eso me enfurecía, espaciaba las visitas. No me costaba mucho disuadirlo. Vincent estaba harto de historias y nos amábamos. La vida era hermosa, ¿por qué preocuparnos por lo demás? Mi hijo René vivía con nosotros pero no me creaba ningún problema porque Vincent lo quería como si fuera su hijo. Vincent pensaba en huir a Suiza y quedarnos allí hasta el final de la guerra. Él tenía dinero y pasaporte con visa suizo. Me pedía que me fuera con René a la Alta Saboya y lo esperara allí hasta que él nos hiciera cruzar la frontera. Pero yo no podía soportar la idea de separarme de él. Para mayor seguridad Vincent me obligó a poner a René en un pensionado.

Así estaba protegido si algo llegaba a sucedemos.

"Trepper vino algunas veces, se encerraba con Vincent y hablaban en secreto. Eso me ponía furiosa. Una vez lo puse en la calle. Le juro que era un ogro…».

Kent está perdido para la red. Pone mil dificultades para usar su trasmisor, invoca averías, y cuando se comprueba que el trasmisor funciona bien, trabaja a desgano. El Centro se indigna y colma de reproches a Trepper. Éste calla y no muestra los telegramas a Kent para no desmoralizarlo por completo. Es mejor que el ex Pequeño Jefe permanezca inactivo, dándose la buena vida, sin

atraer la atención del contraespionaje de Vichy sobre la red.

Robinson posee igualmente un trasmisor, pero teme a los coches radiogoniométricos de la Funkabwehr y rehúsa ponerse al piano.

Queda la carta Giraud.

Pierre y Lucienne Giraud, treinta y cuatro y treinta y dos años, han sido reclutados por el viejo amigo Katz. Sirven como «interruptor» entre el Gran Jefe y Käte Voelkner. Desde la primavera de 1942, cuando aún Sokol y Wenzel están en libertad, Grossvogel instala a la pareja en Saint-Leu-la Fóret, cerca de París, con un trasmisor confiado por Pauriol, el especialista en radio del Partido quien recomendó a Sokol para el puesto. Los Giraud reciben la orden de aprender a manejar el trasmisor. No lo consiguen y fracasan cuando Trepper les da la orden de comunicarse con el Centro después de la captura de Sokol y de Wenzel. Los Giraud vuelven a su puesto de agentes de enlace y el Gran Jefe se ve obligado a recurrir al Partido como después del raid sobre los Atrebates. La solución es poco satisfactoria debido a la saturación de las emisoras comunistas. Desolados, los Giraud reclutan al extraño pájaro que manejará la estación: Valentín Escudero, republicano español refugiado en Francia después de la retirada de Cataluña, internado por las autoridades francesas y luego liberado. Escudero trabaja como electricista en una empresa de trasportes alemana en París. Grossvogel alquila para el trío una villa de Pecq, Seine-et-Oise. A fines del verano, Trepper enciende la señal verde para un nuevo intento. Antes de que haya tenido lugar aparece la Gestapo, y va derecho al trasmisor enterrado en el jardín. Los Giraud escapan. Reaparecen en París después de la Liberación y vuelven a desaparecer sin dejar rastros. Curiosamente Escudero no es molestado por la Gestapo y, después de la Liberación, este ex republicano va a España, donde su mujer se le reúne. Para ello debe haber dado pruebas de su conversión política. No podemos jurar que él llamó a la Gestapo en Pecq, aunque parezca una hipótesis tan verosímil.

Trepper carece de trasmisor, luego de este nuevo golpe. Pero su desazón no se debe a esta circunstancia habitual, ni a la caída de Bruselas y de Amsterdam o a la ineluctable caída de Berlín, cuya inminencia ignora. Su angustia es Moscú.

La primera grieta se produjo con el famoso telegrama anunciando a Kent que fuera a las tres direcciones indicadas, las de los jefes de la red berlinesa. El Gran Jefe, aterrado, se dijo que no era posible. Una locura, tres direcciones capitales reveladas en un telegrama que podía ser captado, decriptado… y lo fue. ¿Por qué no enviar a Bruselas a un mensajero con las tres direcciones provisto de una píldora de cianuro? Si el tiempo apremiaba, ¿por qué no repartir las direcciones en tres telegramas, utilizando códigos diferentes? Así el riesgo era menor. A partir de aquel día, a pesar de las protestas de Moscú, el Gran Jefe no dará más la identidad de sus «fuentes», atentado sacrílego contra las tradiciones de la información, soviética, le ocultará hasta la identidad de sus agentes (por eso prefirió no pedir informes sobre Käte Voelkner). Más aún: cuando sus trasmisiones funcionen nuevamente, reservará sus informes más vitales para las emisoras del partido comunista francés. Esta medida prudente ofrece una ventaja subsidiaria: dichos informes son leídos por otros, aparte del Director, porque confiados por Trepper a Pauriol, trasmitidos por éste al jefe comunista Jacques Duclos, captados en Moscú por los servicios de Dimitrov, patrón del Komintern, son sometidos al omnipotente Comité Central Soviético, al mismo tiempo que al

Director.

El Gran Jefe desconfía de la imprudencia del Centro pero no desconfía del Centro. Cuando después del raid de los Atrebates y las medidas de seguridad tomadas de urgencia, el Centro se indigna y exige el retorno de Kent a Bruselas, el Gran Jefe se niega, alegando que él conoce mejor la situación. Moscú ordena entonces que la red belga, bajo la dirección de Yefremov, se ponga en seguida en funcionamiento. Trepper, que conoce a Yefremov y sabe que sólo se dedica a emborracharse en los bares de Bruselas con los oficiales alemanes, anotando el número de unidades enemigas, desobedece la orden.

Yefremov cae preso. Trepper advierte al Centro. Le responden que lo sabían, pero que Yefremov ha sido liberado y que el arresto se debió a un asunto de divisas. Trepper conoce la historia y sospecha cuál es el precio que Yefremov ha pagado por su liberación: la traición a la red. ¿Cómo convencer al Centro? Grossvogel y Pauriol van a Bruselas con orden de poner el caso en claro. Su conclusión, basada en pruebas, es categórica: Yefremov ha traicionado. Mensaje del Gran Jefe al Centro. Respuesta del Director: «El miedo lo pierde. Orden de retomar inmediatamente contacto con Yefremov». Trepper, Grossvogel y Pauriol tiran la orden al canasto.

Wenzel es detenido. El Gran Jefe advierte al Centro. Respuesta: «Se equivoca, Wenzel sigue enviando buen material».

Cae el holandés Winterink. El Centro a Trepper: «Usted está loco. Sigue enviándonos informes tan buenos como antes del arresto. Conserve su sangre fría».

El Gran Jefe siente que va a enloquecer. Noche tras noche busca una explicación a los increíbles mensajes de Moscú y se esfuerza por rechazar la terrible sospecha: en el Centro hay traidores a sueldo de Alemania cuyo objetivo es romper las redes desde el *interior*. Entonces, ¿en quién creer, en qué esperar? Si el Centro está infiltrado todo se ha perdido. Otra hipótesis: el Director cree, tal vez, que él, Trepper, ha caído en manos de Fortner y no se fía de sus mensajes. Pero ¿por qué, entonces, no fingir que entra en el juego alemán para descubrir mejor sus objetivos? Además, si el Gran Jefe hubiera caído tan bajo y estuviera tocando el piano para la Gestapo, es obvio que habría entregado a Yefremov, Wenzel y Winterink. La hipótesis no resiste ningún examen y el Gran Jefe no puede hallar una explicación lógica para la actitud de Moscú.

Una sola certeza: Moscú se engaña ante la excelencia de los informes emitidos por los tránsfugas. Trepper ha comprendido el mecanismo del Funkspiel y adivina que su dificultad mayor está en obtener de las autoridades superiores la autorización de pasar al enemigo informes verdaderos para hacer aceptar los falsos. Y los informes trasmitidos por los tres hombres antes de su arresto eran otras tantas puñaladas para la Wehrmacht. Es preciso que el objetivo del Funkspiel sea extraordinario, grandioso, para que consientan en alimentarlo de ese modo. El Gran Jefe, orgulloso de su obra, piensa sin embargo que es inverosímil que los amos del Funkspiel hagan un juego tan torpe para concluir con una red. Y aunque ése fuera su único objetivo, no habrían podido convencer a los profanos en el arte de la información de la Wehrmacht de que el juego valía el precio.

¿Qué oculta, entonces, el Funkspiel?

El secreto yace en Bruselas, donde el Kommando ha concluido su batida dispersando al grupo de contraespionaje armado por el Gran Jefe. Habría que leer las carpetas de Giering para enterarse de algo. Angustiado, Trepper por poco quema a Vassili de Maximovitch cuando lo envía a visitar al tío de su novia, el teniente coronel Hartog, enlace entre el

Estado Mayor en París y el de Bruselas. Vassili cumple el encargo aunque sabe que el tío no lo quiere. Pero por fortuna esa enemistad lo salva, porque antes de haberlo desenmascarado, Hartog se niega a recibirlo y le hace decir por su secretaria que lo prive en el futuro del placer de su conversación.

Al Gran Jefe sólo le resta aguardar.

19

El fin de los berlineses

Parece un sueño. Ningún novelista se atrevería a inventar una intriga tan novelesca como la que precipitó la caída del grupo de Berlín. Éste debía terminar como vivió: en la fantasía y la confusión.

Desde el 14 de julio la Gestapo explota el filón descubierto por Kludow. Ha identificado a las tres cabezas de la red: Harro Schulze-Boysen, oficial de la Luftwaffe; Arvid Harnack, Oberregierungsrat en el ministerio de Economía; Adam Kuckhoff, escritor conocido, autor de la pieza *Till Eulenspiegel*, director de la compañía cinematográfica «Praga Films»; Schulze-Boysen y Harnack son dos personalidades de primer plano, conocidos por el Todo Berlín se codean con la élite del régimen. Así se explica por qué los secretos más reservados del Reich se deslizaron a Moscú. Dos Kriminaldirektor de la Gestapo, Panzinger y Koppkow, toman la dirección de la investigación. Superiores jerárquicos de Giering colocados directamente bajo las órdenes del gran Gestapo-Müller, ambos son viejos especialistas en la lucha anticomunista. Han liquidado al partido clandestino alemán, despachado a sus miembros al cadalso o a los campos de concentración y mechado de señales los vestigios dejados para prevenir cualquier sobresalto eventual. Para su gran sorpresa, la red de la Orquesta Roja —¡ese espantajo!— resulta ser más fácil de desmantelar que una célula comunista del arrabal berlinés. La clausura no existe, las citas se hacen por teléfono, los mensajes se trasmiten por correo; ¡un militante de base es una presa más difícil que esos superespías!

La lista negra de la Gestapo crece día a día y Panzinger y Koppkow no piensan lanzar ningún arresto prematuro. Toda la red caerá en sus mallas como un fruto hermoso y podrido.

El sábado 29 de agosto, gran conmoción en el inmueble de la Funkabwehr. Kludow y sus jóvenes secuaces se mudan al piso superior donde las oficinas son más espaciosas. Es posible que la mudanza se haya desarrollado en un ambiente de franca alegría estudiantil. Pero terminada la instalación, Kludow da órdenes severas: anuncia que se trabajará al día siguiente, el domingo 30, para recuperar el sábado perdido. Consternación en las filas.

Salvo quizás en Horst Heilmann. Un buen tipo, nazi bravío, el más trabajador del equipo. Como estaba citado con unos amigos para hacer yachting ese domingo en el Wannsee, debe comunicar el inconveniente. Utiliza el teléfono que acaban de instalar en la oficina de Kludow y llama a un número de Berlín. Responde la doméstica: sus patrones están ausentes. Horst deja un mensaje: que lo llamen urgentemente, y da a la criada el número de Kludow porque su aparato particular todavía no ha sido instalado.

La Historia, algunas veces, ofrece imágenes de Epinal. Así nos permite escribir que el imperio hitlerista alcanzó su apogeo ese domingo 30 de agosto de 1942, precisamente. Jamás el poder del Führer fue ejercido sobre tantos territorios y hombres como en aquel memorable día. Jamás Alemania estuvo tan cerca de tener al mundo entero en su puño.

Desde todo punto de vista una jornada ardiente.

El Afrika Korps de Rommel está en formación de batalla con las Pirámides en su línea de mira. El «Zorro del Desierto» ha reagrupado a sus fuerzas para una ofensiva que le valdrá El Cairo, Alejandría, el delta del Nilo y Suez, «la conquista suprema» escribe en su libreta de apuntes. Todo esto yace a menos de cincuenta kilómetros de sus vanguardias. Dentro de sus tanques, los soldados alemanes se sofocan en el horno del verano egipcio y aguardan el crepúsculo que les traerá el fresco y los fuegos artificiales, señal del ataque. Han recorrido kilómetros a través de un inhumano desierto que transforma a los tanques en parrillas. Hace meses que combaten contra un enemigo cada vez más numeroso y mejor armado. Han desparramado a lo largo de la ruta muchos camaradas muertos. Pero mañana, instalados en los bares de El Cairo, beberán cerveza inglesa y fumarán tabaco rubio.

Rommel está más cerca del Tcherek que de Roma, dos veces más cerca del Tcherek que de Berlín. ¡Prodigiosa guerra alemana! El Tcherek, afluente del Cáucaso, es el último obstáculo que se opone al avance de los tanques del general von Kleist hacia el petróleo de Bakú. Tres divisiones rusas defienden la ruta con sus cañones y sus armas automáticas. Kleist lanza un regimiento a través del río. El 30 de agosto de 1942, a las tres de la tarde, con una temperatura de cincuenta grados, los infantes del 394 de la infantería blindada de Hamburgo, trepan a sus lanchas de asalto y se dirigen hacia la orilla enemiga. El Tcherek tiene doscientos cincuenta metros de ancho y un caudal violento, lleno de remolinos. Cada obús ruso eleva una columna de agua y los cañones de asalto marran el tiro entre los efímeros pilares. Las ráfagas de ametralladora deshacen la cresta de las olas y siegan a los hombres cuando surgen de las espumosas aguas. Pero los hamburgueses ganan la orilla sur y hunden sus uñas en la arena, trepando hacia la margen donde forman filas. Resisten al primer contraataque soviético y esa noche la cabecera de puente permite esperar el último golpe que conducirá a los alemanes a Bakú. Los hombres del 394 han recorrido un largo camino desde que atravesaron el Bug polaco, quince meses atrás. Han combatido en la nieve espesa del invierno y chapaleado en el fango de la primavera. Ya no cuentan a los muertos, los lisiados y los que enloquecieron a causa de la guerra. Mañana llenarán los depósitos de sus carros blindados con el petróleo de los pozos caucasianos.

Ese domingo 30 de agosto, Hitler está en su Cuartel General de Vinnitza, en Ucrania, una barraca de tablas donde es más sofocante la temperatura que afuera. El Führer ya no aguanta el calor y no tardará en regresar a su refugio húmedo de Rastenburg, en Prusia Oriental. Pero es probable que la travesía del Tcherek y el inminente asalto del Afrika Korps le hagan olvidar ese día los rigores del verano ucraniano. Con los ojos afiebrados y la boca seca, seguramente se inclina sobre sus mapas en los que su voluntad inscribe en trazos de fuego y de sangre una de las más asombrosas hazañas militares de todos los tiempos; seguramente imagina ya el encuentro de los vigías de Kleist con los de Rommel en algún lugar cercano a Bagdad y su

marcha común hacia el océano Índico, donde los aguarda la armada japonesa. Seguramente oye las salvajes palabras que cantan los tanquistas S. S.:

Los huesos podridos del mundo tiemblan bajo nuestros pies.

Hitler cree que su sueño se hará realidad. Diez días atrás, el raid de los Canadienses sobre Dieppe sólo logró sembrar de cadáveres las playas. Hitler está convencido de haber rechazado un intento real de invasión. Es invulnerable en el Oeste. Al Este y en África asestará el golpe decisivo. El imperio del mundo está al alcance de su mano.

En Berlín hace menos calor que en el Cáucaso, menos calor que en Ucrania y en Egipto. Simplemente un hermoso día de verano. Olvidando la guerra cuyo viraje no sospechan, los berlineses juegan a la paz en los bosques que rodean a su capital. Muchas mujeres, niños y viejos, se sobrentiende, aunque también los de destinos especiales, los oficiales del Estado Mayor berlinés, los convalescientes, los que están con licencia y se preguntan si no sueñan…

Sobre el Wannsee, paraíso de los devotos de la vela, los barcos son menos numerosos que antes de la guerra; tanto mejor, es más divertido. Cuerpos tendidos sobre las tibias cubiertas, chapoteo de las olas contra los cascos, guitarras y armónicas que suenan en sordina, cantos que pasan de barco en barco; el sol, el agua, la paz, la dicha.

Balzac escribiría: «Pero un observador atento habría notado que…»

…que las tripulaciones pasaban de barco en barco y por razones que aparentemente nada tenían que ver con la tunantería; que animados conciliábulos eran sostenidos en torno a los hornillos donde las mujeres cocinaban patatas; que numerosas embarcaciones, una tras otra, atracaban junto al yate timoneado por un muchacho rubio, de gesto imperioso, así como los veleros de antaño iban a buscar órdenes al buque almirante.

Estos esparcimientos náuticos sirven de máscara a una conferencia plenaria organizada por Schulze-Boysen, timonel del velero almirante. Ha reunido en el Wannsee a *treinta* miembros de su red.

Uno se resistiría a creerlo si el hecho no estuviera consignado en el informe de la Gestapo y si un sobreviviente, Günther Weisenborg no atestiguara su veracidad.

En la noche del 30 de agosto, los hamburgueses se entierran en las trincheras que han cavado en la orilla sur del Tcherek. Durante cinco días resistirán el contraataque soviético. Luego darán la espalda al Oriente, cruzarán nuevamente el río y marcharán hacia Occidente para no detenerse hasta el día final de la guerra.

El fuego rojo cruza el cielo egipcio y los granaderos del Afrika Korps atacan una vez más a las «Ratas del desierto» del ejército inglés. Su ataque será cortado en seco por Montgomery, quien hace largo tiempo que prepara el castigo de El Alamein. Darán la espalda a las Pirámides y desharán el largo camino que esta vez los lleva a las alambradas del cautiverio.

Los juerguistas del Wannsee amarran sus barcos en los pontones y retornan a Berlín. Con el hermoso día terminan para ellos los placeres de este mundo. Sus nucas bronceadas por el sol están

ahora prometidas a la cuerda o al tajo de la guillotina.

Al día siguiente, 31 de agosto, a las nueve de la mañana, un llamado telefónico interrumpió la tarea de Kludow. Según Flicke, de la Funkabwehr, descolgó el tubo y oyó estas palabras:

—Habla Schulze-Boysen. ¿Quería decirme algo?

Estupor de Kludow, a quien los jefes del Abwehr habían confiado bajo riguroso secreto los verdaderos nombres de los que él permitiera desenmascarar.

—Hola…, perdone…, he oído mal…

—Schulze-Boysen. Mi sirvienta me ha comunicado su mensaje. Debía llamarlo urgentemente. ¿De qué se trata?

—Hola…, mire…, sí…

—Hola…, escucho…

—Discúlpeme…, en realidad, ¿puedo preguntarle si su nombre se escribe con y o con i?

—Con y, naturalmente. Supongo que me equivoqué de número. ¿Usted no me llamó?

—Y bien…, no…, no lo creo…

—Sin duda es un error de la mucama. Habrá anotado un número inexacto. Discúlpeme.

—Por favor, no es nada.

Cuando Kludow comunicó a sus superiores la conversación con Schulze- Boysen, éstos supusieron que por exceso de trabajo había sufrido un colapso nervioso y que oía voces… Le hablaron de una licencia para descansar, pero el buen profesor negó la supuesta alucinación. Y acabó por convencer a sus jefes contándoles la pregunta que hiciera a Schulze-Boysen sobre la ortografía de su nombre. Desde que Kludow conocía su identidad el problema de la y o la i lo obsesionaba y en el estado de estupidez en que lo dejó la sorpresa la pregunta había salido de sus labios sin que tuviera conciencia de formularla.

Era convincente y catastrófico. Sin duda Schulze-Boysen, alertado, había querido lanzar un golpe de sonda telefoneando a la Funkabwehr. La pregunta de Kludow le confirmaba que había sido descubierto.

Advertidos, Panzinger y Koppkow pusieron el grito en el cielo. Les desgarraban la tela de araña en la que pensaban atrapar a toda la organización. Se veían forzados a actuar.

Harro Schulze-Boysen fue arrestado esa tarde. Koppkow inventó una treta para hacerlo salir de su despacho en el ministerio del Aire y evitar así el escándalo. Se lo detuvo en la calle y entre sus colegas fue desparramada la noticia de que se lo enviaba en misión secreta al exterior. Su mujer, Libertas, fue prendida pocos días después, al regresar de un viaje a Bremen. Al matrimonio Harnack lo detuvieron el 3 de setiembre en la estación balnearia donde pasaban sus vacaciones.

Una semana después de desatarse la persecución, los equipos de Panzinger y Koppkow habían amontonado a ciento dieciocho personas en los sótanos de la Prinz Albrecestrasse, sede de la Gestapo. Entre ellas, Horst Heilmann, colaborador estimado de Kludow y miembro activo de la Orquesta Roja.

Porque Schulze-Boysen, bastante alocado como para celebrar mítines náuticos en el Wannsee, era hombre capaz de introducir un agente en la misma Abwehr, mejor aún, en su

corazón, en su santuario: en el servicio de decriptado… ¡Asombroso jefe de red que suscita la hipérbole en el elogio como en la crítica! Pero veremos que Schulze-Boysen salía de lo común en todo terreno. El joven Horst Heilmann ha sido miembro de las Juventudes Comunistas primero, antes de pasarse al nazismo donde se destacó por su fanática devoción. Por eso lo eligieron para la central de radio de la Abwehr y luego para la sección ultrasecreta del

decriptado. Entonces conoce a Schulze- Boysen y pega otro viraje, el último, porque le será fiel hasta la muerte. Recluta para él a otro miembro del servicio, Alfred Traxl. Durante un año le suministra los más preciados informes.

¿Cómo entonces no le dice nada acerca del equipo de Kludow y del descifrado del telegrama fatal? Es discutible. Algunos suponen que Heilmann se enteró el sábado 29 de agosto, cuando la mudanza, del descubrimiento de su jefe y su llamado telefónico habría tenido como objetivo darle la alarma y no prevenirlo de que no iría a la cita en el Wannsee. Pero en ese caso, ¿se habría limitado Heilmann a dejar un recado a la

sirvienta? ¿No lo habría intentado todo para ver a Schulze-Boysen el sábado por la noche o en la noche del domingo al salir de su trabajo? Después de la jornada en el Wannsee, Schulze-Boysen fue a casa de un amigo berlinés, Hugo Buschmann, con quien conversó hasta las cuatro de la madrugada. Según Buschmann estaba «agotado, hambriento, y algo nervioso». Actitud normal si sentía que el cerco de la Gestapo se iba cerrando lentamente. Sin embargo, pidió a Buschmann que le arreglara un contacto con un diplomático croata en Zagreb; no se habría tomado este trabajo si se hubiera sentido al borde del arresto. Por lo tanto,

Heilmann no lo había prevenido aún.

¿Ignoraba la visita de Schulze-Boysen a Buschmann y lo aguardaba en su domicilio? El peligro era tan grande que debió esperarlo hasta que regresara o ir a verlo a su ministerio a primera hora, suponiendo que Schulze-Boysen no hubiera regresado a su casa después de la visita a Buschmann. No, sin duda Heilmann conocía los progresos de Kludow pero debía ignorar la etapa decisiva, cuando «se captó» el mensaje del Director a Kent; el secreto no salió de los círculos superiores del Abwehr.

Ciento dieciocho personas

detenidas. Desde los primeros interrogatorios Panzinger y Koppkow saben que todo el edificio reposa sobre dos pilares: Arvid Harnack y Harro Schulze-Boysen.

FICHA BIOGRÁFICA DE ARVID HARNACK

Nacido en 1901 en una familia consagrada desde varias generaciones atrás a los asuntos del Estado y a las obras espirituales. Su padre, el profesor Otto Harnack, es una autoridad en materia de literatura. Uno de sus tíos es mundialmente reconocido como uno de los mejores especialistas de la historia del cristianismo. Muchos parientes

cercanos ocupan puestos de primer plano en la administración pública.

Después de la derrota de 1918, Arvid milita durante algún tiempo en una organización ultranacionalista, luego se convierte y para siempre, al comunismo. En 1927 obtiene una beca Rockefeller y va a estudiar a los Estados Unidos economía e historia de los partidos políticos de

izquierda. Ha escrito un libro: *El movimiento sindical premarxista en los Estados Unidos*. Estudiante en la Universidad de Wisconsin, entabla una relación amorosa con una joven norteamericana, Mildred Fish, profesora de literatura. Se casa y junto con ella regresa a Alemania.

En 1931 funda en Berlín «El Círculo de estudios sobre la economía planificada», donde se reúnen varias decenas de personalidades progresistas. La actividad del grupo es exclusivamente de orden científico. Pero al año siguiente, en 1932, veinticuatro miembros del Círculo, Harnack entre ellos, realizan un viaje de estudios organizado por la embajada rusa en Berlín. En el curso de este viaje, Harnack es recibido por los dos líderes del Komintern, Otto Kuusinen y Osip Piatnisky. Su devoción y grandes capacidades son advertidas por los altos jefes. ¿Aceptaría trabajar para Moscú? Harnack asiente.

En 1933, tras la toma del poder por los nazis, Harnack entra en el ministerio de Economía. Primero es Regierungsrat y luego promovido al rango de Oberregierungsrat. Se lo destina al servicio de relaciones económicas con Rusia, lo que legitima sus numerosas visitas a la embajada soviética en Berlín. Su mujer, Mildred, prosigue con los trabajos literarios, traduce al alemán las novelas *Drums along the Mohawk*, de Walter Esmond, y *Lust for Life*, de Stone. Le confían un curso sobre literatura norteamericana en la Universidad de Berlín.

En 1937 los Harnack hacen un viaje a los Estados Unidos. Los amigos les aconsejan que no regresen a la Alemania nazi y les prometen ayudarlos para que se instalen en América. Harnack considera que tal decisión equivaldría a desertar, pero no puede dar sus verdaderas razones y los amigos, cuando parte para Alemania, piensan que se ha pasado al nazismo.

En 1939 forma parte de la delegación alemana que negocia, en Moscú, los acuerdos previos al pacto germano-soviético. A su regreso a Berlín lo trasladan al servicio de relaciones económicas con los Estados Unidos.

Cuando estalla la guerra, Arvid Harnack es uno de los funcionarios más importantes del ministerio de Economía. Le basta hacer una pregunta para obtener todos los detalles inimaginables sobre cualquier sector de la vida económica alemana, incluyendo la producción de guerra.

FICHA BIOGRÁFICA DE HARRO SCHULZE-BOYSEN

Nacido en 1912[10] en una familia de aristócratas tradicionalmente monárquicos. Sobrino nieto del almirante von Tirpitz, gloria nacional alemana. Su padre, capitán de fragata, comandó un navío de alta mar durante la primera guerra mundial; durante la segunda era jefe de Estado Mayor del general que comandaba las tropas alemanas en Holanda.

A los diecisiete años, Harro ingresa en la «Jungdeutscher Order», organización nacionalista y conservadora que encarna las tradiciones y sentimientos de su familia. Pero durante los años de la Universidad se aparta de ella y, rechazando a la vez el nazismo y el comunismo, busca un «tercer camino» que conduzca a una revolución total de las estructuras de una sociedad que considera perimida (anticuada). Crea la revista *El Adversario*, cuyos colaboradores provienen de todos los horizontes políticos.

En 1933, cuando Hitler asume el poder, es arrestado por los S. S. por haber permitido

que los comunistas escribieran artículos en su revista. Encerrado en una «prisión privada» de los S. S., es maltratado. Lo dejan en libertad tras las gestiones de sus parientes que ponen en movimiento la vasta y muy influyente red de sus amistades.

Luego ingresa en una escuela de aviación y no logra obtener su *brevet* de piloto. Se consagra entonces al estudio de los idiomas extranjeros y aprende el danés, el sueco, el italiano, el francés y el ruso.

En 1936 se casa con Libertas Haas-

Haye, vástago de una ilustre familia alemana, nieta del príncipe Philippe von Eulenburg, familiar del Kaiser y héroe desdichado de un asunto de homosexuales que conmovió a la corte imperial. El mariscal Goering es testigo de la boda…

Poco después, gracias a su capacidad lingüística, y sobre todo gracias al apoyo del jefe de la Luftwaffe, Harro Schulze-Boysen ingresa en el «Instituto de Investigaciones Hermann Goering». Utilizando las posibilidades que le ofrece su nuevo cargo, colabora desde entonces en los servicios soviéticos de información. Les trasmite sobre todo,

informes sobre los planes de las ofensivas franquistas en España y luego se sabrá que sus informaciones sirvieron eficazmente a la causa republicana. Por lo demás, en 1937, un amigo lo interroga sobre su trabajo en el «Instituto de Investigaciones», donde se le había encargado reunir información sobre la Unión Soviética. El amigo se asombra de su conocimiento íntimo acerca de los asuntos rusos y Schulze-Boysen suelta la risa y saca de su caja fuerte —la entrevista tenía lugar en su casa— un fajo de fotocopias. Las hojas están recubiertas por una caligrafía cirílica.

«¿Ves? —dice Schulze-Boysen—, ¡el propio Tukhatchevski nos informa!».

Cuando después el amigo se enteró primero del proceso seguido al mariscal y luego del trabajo cumplido por la Orquesta Roja, quedó convencido de que las informaciones trasmitidas por Schulze-Boysen habían contribuido a la caída de Tukhatchevski.

En 1936, Schulze-Boysen sentó las bases de su red. Reunió a seis amigos fieles, núcleo de lo que luego sería la sección berlinesa de la Orquesta Roja.

En 1940, sin abandonar su cargo en el Instituto de Investigaciones, es destinado a la sección de agregados de la Luftwaffe. Sus funciones le permiten conocer los informes secretos enviados por los agregados militares de la

Luftwaffe desde todas las embajadas alemanas. Cuando le encargan un curso en la Academia de Relaciones Exteriores, reúne en torno a él a un grupo de estudiantes a quienes convierte en fieles discípulos.

Su mujer, Libertas, trabaja en el ministerio de la Propaganda, en el servicio de películas culturales.

Al estallar la guerra germano- soviética, Harro Schulze-Boysen ocupa una posición que le permite trasmitir a Moscú informes militares del más alto interés, sobre todo en lo concerniente a la Luftwaffe, puesto que se puede decir que ninguno de sus servicios tiene secretos para él. Con su mujer forman

una pareja conocida por el Todo Berlín y su vida mundana los pone en contacto con las personalidades más eminentes del régimen.

20

Epitafio para dos sombras

Si la historia del espionaje es el exclusivo interés de ustedes, salteen este capítulo, porque ya saben lo esencial: los elementos biográficos y la naturaleza de los informes trasmitidos a Moscú.

Pero si sienten simpatía o simplemente curiosidad por los dos héroes de este episodio, si los asombra que el sobrino del teólogo Harnack y el sobrino nieto del almirante von Tirpitz hayan concluido por trabajar para los servicios soviéticos; si se interrogan acerca de los móviles que condujeron a ambos hombres a derramar a chorros la sangre de sus compatriotas, si desean saber en verdad quiénes eran los dos jefes de una red irrisoria en cuanto a su organización, notable en cuanto a su eficacia, síganme más allá de la escueta nomenclatura de los hechos y las fechas. Un empleado del Centro clasificará dos fichas en los archivos: los agentes «Arvid» y «Coro» han sido liquidados; eran esos sus seudónimos. Ahora no se trata de los agentes sino de los hombres. Ninguna dificultad en cuanto al aspecto físico; las fotos hablan. Harro es un espléndido ejemplar de la raza nórdica: alto, rubio, de ojos azules, el rostro burilado; Fortner dice de él, amargamente: «Sin embargo, tenía el tipo perfecto del oficial alemán». En cuanto a su mujer, Libertas, una orden escrita precisó, desde el momento mismo de su arresto, que dos comisarios debían proceder siempre a su interrogatorio, porque era tan linda y tan conmovedora que se temía el peligro de una entrevista a solas para los corazones policiales. Los Harnack son más opacos. Arvid tiene la cara plácida y la expresión reconcentrada de un estudioso. Se lo adivina reservado, avaro de palabras y gestos, difícil de conmover. Mildred y él no debían ir a menudo al Wannsee.

Para saber más, puesto que han enmudecido para siempre, no hay otra solución que reconstruir sus personalidades partiendo de los esbozos trazados por quienes combatieron a su lado y contra ellos, como hace la policía cuando quiere reconstruir el retrato de un sospechoso desconocido.

Fue una extraña encuesta.

Los ex miembros del Abwehr y de la Gestapo trazan al lápiz violentas caricaturas. Uno de ellos cuenta de la siguiente manera cómo fue enrolado el teniente Herbert Gollnow en la Orquesta Roja:

«Gollnow trabajaba en el Abwehr- Air; se encargaba del enlace con el ministerio del Aire y así conoció a Schulze-Boysen. Era un muchacho de origen modesto, que se había elevado a fuerza de puños. Huérfano de padre, adoraba a su madre, quien a su vez lo admiraba mucho.

”Era ambicioso y quería llegar. Consideraba que estaba perdiendo su tiempo en Berlín porque las condecoraciones y los galones se ganaban en el frente y no en los pasillos de los ministerios. ¿Quién mejor que Schulze-Boysen podía conseguirle el traslado? Gollnow quedó deslumbrado cuando, un personaje semejante, provisto de las más poderosas relaciones, aceptó ocuparse de él. Por supuesto que Schulze-Boysen ni por un segundo pensó en hacer trasladar a Gollnow; le era muy útil en Berlín. Pero le prometió el oro y el moro, le mostró un porvenir dorado y empezó a invitarlo a las conferencias que daba en la Academia de Relaciones Exteriores. Fue la primera etapa; la segunda consistió en convencer a Gollnow que debía aprender bien un idioma extranjero. Por ejemplo, el conocimiento del inglés era indispensable para hacer una verdadera

carrera. Schulze-Boysen le sugirió que pusiera un pequeño aviso en los diarios berlineses, pidiendo un profesor. Le prometió ayudarlo a elegir entre las respuestas.

"Hubo dos. La primera provenía de un viejo profesor quien exigió, naturalmente, condiciones financieras. "Ve a ver la otra, puede ser más interesante", sugirió Schulze-Boysen. La otra era una mujer: Mildred Harnack. Recibió a Gollnow de una manera encantadora. Le dijo: "Soy norteamericana y me dará placer conversar con usted en inglés, por la tarde, mientras tomamos una taza de té". Gollnow, intimidado por el departamento y por esa mujer de la alta sociedad, balbuceó algo sobre honorarios. Mildred, con una sonrisa, dijo: "Ni lo piense, no le pido dinero, estoy contenta con tener la oportunidad de hablar mi lengua".

"Cuando Gollnow le contó a Schulze-Boysen sobre su visita, éste le palmeó la espalda, diciendo: —
¡Formidable! Una mujer bonita y lecciones gratis. ¡Flor de suerte, Herbert!

"En realidad, Gollnow se sentía incómodo en la sala de los Harnack, con una taza de té en la mano, rígido en su silla, frente a Mildred quien le recomendaba que mirara bien su boca para aprender la pronunciación de las palabras. Esas delicadezas desconocidas lo embarazaban. Uno de los peores momentos ocurrió cuando Arvid Harnack, severo como siempre, irrumpió en mitad de una lección. Para Gollnow era extraño que Mildred lo recibiera a solas sin que su marido se incomodase y juzgaba que la amabilidad de su profesora excedía una simple preocupación pedagógica. La aparición de Harnack le hizo temer una escena desagradable, pero luego pensó que los modales de la gente de la alta sociedad obedecían a un raro código porque Harnack se mostró encantador con él, preguntó por sus progresos y por sus funciones en el ejército. Gollnow, ruborizado, dijo que no tenía el derecho de hablar de ellas. Con una sonrisa protectora Harnack le explicó que como Oberregierungsrat en el ministerio de la Economía tenía el hábito del secreto. Poco a poco la conversación versó sobre la situación militar y Harnack deploró la inmovilidad del frente del Este —esto sucedía en el invierno de 1941-42.

No se preocupe —dijo Gollnow—, pronto habrá movimientos. Harnack se declaró sorprendido, si una ofensiva se preparaba, él estaría enterado. Señor Oberregierungsrat — replicó Gollnow— en este punto quizás estoy mejor enterado que usted. Y feliz de poder darse ínfulas contó ciertos planes del Estado Mayor con respecto a los prisioneros del Cáucaso que se habían pasado a las filas alemanas, un detalle que probaba que el plan de ofensiva sobre el petróleo no era una hipótesis teórica puesto que se estaba pasando a la acción.

"Desde ese momento todo fue fácil. Mildred se acostó con Gollnow y lo mismo Libertas, la mujer de Schulze- Boysen. Ambas mujeres eran lesbianas y Gollnow debe haber participado en movidas sesiones. Dese cuenta: dos mujeres, de las cuales una, Libertas, era encantadora, dos señoras de la aristocracia, cultas, que se le ofrecían descubriéndole placeres nunca imaginados. Gollnow soltó todo lo que sabía y sabía mucho. Ninguno de los comandos que el Abwehr envió tras las líneas rusas regresó a destino por su culpa. ¡Y pensar que nosotros creíamos que el contraespionaje soviético no tenía fallas! Gollnow entregó a los rusos informes sobre nuestra infiltración de agentes en Inglaterra, sobre los intentos de sabotaje de los aviones que hacían el enlace entre U. S. A y Portugal,

etc. Créame que les habría entregado a su propia madre con tal de participar en “las veladas de los catorce puntos”, unas *surprise-parties* organizadas por la banda de Schulze-Boysen a las que sólo asistía la crema berlinesa. Las mujeres debían llevar puesto el equivalente de los catorce puntos concedidos por el racionamiento de los vestidos. Catorce puntos era poca cosa, es decir, que iban casi desnudas. Por supuesto que todo terminaba en acostadas colectivas.

”Observe que las mujeres no eran las únicas que practicaban este tipo de reclutamiento. Los dos jóvenes del servicio de decriptado, Heilmann y Traxl, ¿cree que Schulze-Boysen los convenció con sus doctrinas políticas más o menos ambiguas? ¡Se acostó con ellos simplemente! Heilmann estaba loco por él y lo habría seguido hasta el infierno, lo hizo, por otra parte. Y no fue el único. Harro tenía tanto éxito con los hombres como Libertas con las mujeres.

Margaret Boveri[11]: «Mildred tenía cabellos rubios y finos, peinados hacia atrás, ojos azules de mirada directa. Para mí encarnaba el tipo perfecto de la “puritana norteamericana”».

Axel von Harnack[12], primo de Arvid: «Mildred tenía ojos claros y mirada luminosa. Una cabellera rubia, estirada, le encuadraba el rostro. Su cálida personalidad le valía el afecto de todos. Lo menos que se puede decir es que era un alma selecta… sus modales directos y francos estaban de acuerdo con la extrema sencillez de sus vestidos y con su estilo de vida en general-.»

Otto Meyer[13], ex funcionario eminente del Tercer Reich: «¿Schulze- Boysen homosexual? Primera noticia. Tenía tantos líos con las mujeres que no veo cómo le habría alcanzado el tiempo para acostarse con los hombres. En cuanto a Libertas es cierto que hacía una vida muy libre. Una chica equívoca, muy fin de raza, casi diría “macabra”. Algunos amigos míos asistieron a orgías en la casa de la pareja. Pero le aseguro que ambos se amaban, su matrimonio fue un casamiento de amor, sé que hay que imputar los desórdenes ulteriores de sus vidas a la acción clandestina porque significaba un miedo permanente, una continua tensión nerviosa, o bien recurrieron al desenfreno para corromper a las posibles fuentes de información. Mildred no era ni bonita ni sexy, aunque poseía una inteligencia cautivante, un innegable encanto. Como todo el mundo, tenía aventuras. Pero seguía siendo muy pura, muy moral. Cada vez era el gran amor el asunto de su vida. Schulze-Boysen la había convertido en su cosa y ellos dos constituían el verdadero eje de la red».

Ernst von Salomon: «¿Harro, pederasta? No lo sé, es posible. ¿Y qué?». Es exacto que Lib y él se concedían una completa libertad sexual, pero no tiene nada de extraordinario. Habían conservado el estilo bohemio propio del Berlín entre las dos guerras. Hay que haber vivido esa época para entenderlo. En esos tiempos no era raro acostarse con la mujer del mejor amigo, tan fácil resultaba. De Mildred Harnack se decía que había tratado de seducir a Hitler y que él ni siquiera se dignó mirarla. De ahí vino el odio perdurable de Mildred. En cuanto a que haya hecho una vida loca, seduciendo a jóvenes oficiales y otras fantasías, no lo creo en absoluto. ¡Era demasiado fea para eso!

Según los sobrevivientes de la red, una precaución trivial consistía en camuflar los contactos entre los agentes del sexo opuesto bajo las apariencias de la relación amorosa. Se indignan con los retratos

ignominiosos de la Gestapo y recusan *a priori* todo lo que pueda opacar la aureola de sus mártires.

Otto Meyer y Ernst von Salomon tienen razón, sin embargo: los hombres y las mujeres de la red berlinesa no se parecen ni a sus caricaturas ni a sus imágenes para niños de primera comunión. En resumen, no son ni ángeles ni bestias. Debíamos suponerlo.

No hay pasión en torno al caso Harnack. Según uno de sus amigos políticos, Reinhold Schönbrum,

«fanático, rígido, trabajador, notablemente enérgico y eficaz, Harnack no era precisamente una persona agradable ni divertida. Carecía del sentido del humor. Tenía algo del puritano, del doctrinario, pero era extraordinariamente devoto. Su mujer, Mildred, se le parecía mucho». Axel von Harnack, el primo de Arvid, traza un retrato parecido: «Arvid tenía viva inteligencia, un espíritu dado a la meditación y al recogimiento. Era experto en el arte de la controversia y siempre estaba dispuesto a practicarla. Era natural en él una cierta dureza y también la tendencia al sarcasmo, sobre todo cuando discutía con un interlocutor inferior a él. Muy ambicioso, basaba su confianza en sí mismo, en hechos indiscutibles».

Hasta los ex miembros de la Gestapo admiten la inteligencia y la seriedad de Harnack. Evitan vincularlo con fantasías del estilo «las veladas catorce puntos». Panzinger, que no era ningún tonto, pasó largas horas discutiendo con él problemas políticos y económicos. Los jueces rindieron homenaje a su ciencia y a sus virtudes austeras.

Harnack es fuerte en la materia y se impone tanto como aburre. Fue un segundón, como suele suceder con los que saben mucho. El segundo de un hombre menos inteligente que él, menos equilibrado y cultivado aunque dotado de una vitalidad casi temible, infatigable en las fiestas y en el trabajo, nacido para seducir y entusiasmar, creado para el comando: Harro Schulze-Boysen, el alma de la red berlinesa.

«Un perfecto aventurero, espiritual e inteligente, pero impulsivo, desenfrenado, temerario, inclinado a explotar a sus amigos, extremadamente ambicioso, un revolucionario innato y fanático». (Declaración del 6 de agosto de 1948, durante el curso de la instrucción en el caso Roeder).

Retrato severo aunque discutible: su autor es Alexander Kraell, presidente del tribunal que juzgó a Schulze-Boysen y a sus amigos. Su nacionalidad y sus funciones lo inclinaban forzosamente a la severidad. Por lo contrario, las de Allen Dulles deberían haberlo inclinado al elogio: enviado a Suiza durante la última guerra por Roosevelt, su misión consistía en alentar los movimientos alemanes de resistencia a Hitler.

En un comienzo, Schulze-Boysen se opuso a los nazis y a los comunistas, porque encontraba a los primeros demasiado burgueses y a los segundos demasiado burócratas. Inventó un fárrago político para afirmar sus opiniones: declaraba que la derecha y la izquierda no existían y que los partidos políticos no seguían una línea recta sino que formaban un circulo no del todo cerrado. Naturalmente los comunistas y los nazis estaban situados en los dos extremos del círculo abierto. Schulze-Boysen decidió que su partido ocuparía el espacio libre y cerraría el círculo. Era joven, rubio, nórdico, un producto del «movimiento de la juventud alemana». Siempre vestido con un sueter negro se paseaba con los revolucionarios, los surrealistas, los granujas y las gentes

de reputación dudosa de la generación perdida[14].

Sorprende tanta frialdad desdeñosa hacia un hombre que contribuyó en tan gran medida a la caída del nazismo y por lo tanto a la victoria aliada. Es verdad que Dulles, futuro jefe de la C. I. A. es, podríamos decir, un anticomunista «innato y fanático». ¿Sólo vio en Schulze-Boysen al agente soviético, objeto de execración?

Y la Resistencia alemana, la oficial, la homologada, ¿qué dice de la red berlinesa? Nada. La ignora. Más aún: la rechaza. Fabian von Schalabrendorff, uno de sus más valerosos combatientes, citaba a Schulze-Boysen en su libro: *Algunos oficiales contra Hitler*, en la primera edición. En las siguientes la mención desapareció.

Es cierto que esa resistencia fue más bien derechista, en tanto que Schulze- Boysen pertenecía realmente a la izquierda. Los viejos señores que conspiraban en torno al general Beck celebraban sus reuniones en el «Club de los Señores», no reclutaban, gente como Schulze-Boysen en los barrios obreros y no esperaban, como él, la salvación por el Oriente sino por el Occidente. Pero el foso no es tan profundo. ¿Acaso el conde von Stauffenberg, héroe del atentado contra Hitler, no estaba dispuesto a negociar con Moscú y a internarse por ese camino si los norteamericanos no escuchaban sus propuestas? ¿Acaso no entró en contacto, días antes del atentado, con jefes comunistas clandestinos a quienes quería hacer ingresar en el complot?

Es verdad también que los honorables caballeros de la oposición derechista tendían a situar su acción en el plano metafísico más alto. Obraban «para el renacimiento moral y religioso del pueblo alemán, la supresión del odio y la mentira y por la reconstrucción de una comunidad de los pueblos europeos». En sus sublimes sueños jamás habrían condescendido a meter la mano en la sucia labor del espionaje. Con una sola excepción, muy importante, puesto que se trata del hombre de quien ellos mismos dicen que fue el más puro del grupo y el más eficaz: el coronel Oster, adjunto de Canaris en el Abwehr, su «caballero sin miedo y sin tacha» quien como Schulze-Boysen pasó al enemigo los secretos militares alemanes. Sin duda sus informes no fueron tomados en serio por los gobiernos occidentales a quienes interesaban. Pero de haber sido así, y Oster contaba con ello, su traición habría hecho correr la sangre alemana en el Oeste con tanta prodigalidad como la de Schulze-Boysen la hizo correr en el Este…

Quizás ellos pensaban que era más justo y saludable abatir a los hijos de Alemania con los fusiles ingleses y franceses y no con los rusos.

Admitámoslo. Pero si cuestionaban la elección de Schulze-Boysen ello no podía impedirles admirar la pureza de sus intenciones, la importancia de su papel y el coraje de que dio prueba. En cambio lo han precipitado al olvido de la Historia. Oster está en el pináculo.

Las Memorias de Ulrich von Hassel, uno de los jefes de la Resistencia alemana se titulan *De otra Alemania*. Es decir una Alemania no poseída por el nazismo, que lo combatía. De esa Alemania, Schulze-Boysen formó indiscutiblemente parte. Para los ojos de un Alexander Kraell (adversario) y de Allen Dulles (aliado), de Fabian von Schalabrendorff (camarada de la

Resistencia), los tres sostenes de la Alemania de Bonn, forma parte de otra Alemania, la de Pankow, la Oriental, donde viviría hoy si no hubiera caído en manos del verdugo. Esto explica la tácita condena del combate librado por Harro Schulze-Boysen, pero no la reserva o mejor aún, el desprecio apenas disimulado que muestran por su personaje. Puesto que se trata de tres hombres tan diferentes, semejante concordancia es, por lo menos, singular.

Más sorprendente todavía es el gran silencio hecho en torno a la tumba de Schulze-Boysen, aparte de los ladridos de los cuzcos envejecidos de la Gestapo y los irritados gruñidos de los viejos

perros guardianes de la leyenda. El gran público se preocupa poco por la política y sus meandros. Un traidor es un traidor, sea cual fuere su amo. Para ese público, Schulze-Boysen sólo puede ser un espía, traidor a su país. También lo es Richard Sorge y se ha convertido en una figura legendaria. Se admite a Sorge aunque no se compartan sus razones y se admira su labor. Jamás figurará en las filas de la Resistencia alemana, pero se lo consagra «el mayor espía de todos los tiempos». El mundo se maravilla con su famoso telegrama que permitió, en parte, la victoria soviética frente a Moscú, y nadie se embelesa con el telegrama de Schulze-Boysen que facilitó Stalingrado.

En Sorge se reconoce y se celebra al técnico. Hasta esto le niegan a Schulze- Boysen.

Así, entre los ex miembros de la Gestapo que moldean con sus dedos ensangrentados obscenas figuritas de barro y los pocos fieles, parientes y amigos, que montan una nerviosa guardia en torno a la estatua de mármol del héroe, el público baja los ojos para no ver nada y se tapa la nariz para no oler. A veces un Schalabrendorff sale de las filas y rechaza con el pie el molesto cadáver de Harro Schulze-Boysen.

¿Por qué?

En primer lugar no es serio. No parece serio. Un burgués bohemio. La tricota negra que realza su casco de cabellos rubios. La discusión hasta el alba en los bares a la moda: poesía surrealista —y lo que es más molesto aún— política surrealista. Ni derecha ni izquierda sino un círculo. ¿Los comunistas? Unos burócratas. ¿Los nazis? Demasiado burgueses. ¡Diablos! Ernst von Salomon: «Proclamaba que haría volar este mundo lleno de prejuicios y envejecido. Era partidario de una revolución nacional, aunque contrariamente a los nazis, quería hacerla con la élite y no con la masa a la

que despreciaba. Para él Hitler sólo era “un individuo muy vulgar con el cual no había que meterse por buen gusto”». Por lo tanto hace pedazos al mundo entre amigos, antes de ir a dormir en su estudio de artista de la Altenburgerstrasse. Probablemente la familia lo toma como una travesura y piensa que no tardará en recordar que es el descendiente del almirante von Tirpitz y se reintegrará al hogar, a sus tradiciones y a sus ritos. Y probablemente la familia tendría razón si no fuera por Hitler, ese pequeño burgués…

Pero los S. S. lo prenden y lo encierran en un bunker, lo hacen

picadillo esos animales que no entienden nada de la «política en redondo». Y entonces el destino de Schulze-Boysen toma el camino definitivo. En la llama del bunker, la blanda arcilla se convierte en un bloque duro y compacto. Un bloque de odio. Jamás olvidará sus sufrimientos y su humillación. No perdonará jamás. A Salomon, que lo encuentra por la calle con la cara tumefacta y una oreja estropeada, le dice: «He puesto mi venganza en el congelador. Y ahora estoy con los que mejor combaten a esta gentuza». Seis años después

repetirá a Hugo Buschmann: «En 1933 fui hecho prisionero por los S. S. y muchas veces más posteriormente. Desde entonces sólo tengo un objetivo: ¡la venganza!».

También en esa época, Klaus Fuchs, maltratado por los S. S. abandona a Alemania y trabaja para los aliados en la investigación atómica para después pasar a los rusos el secreto de la bomba atómica. Preso y juzgado, al fin, Fuchs revela que su odio es más profundo que el que provoca una paliza. Su padre ha sido internado en un campo de concentración, su madre se suicida, una de sus hermanas se tira bajo las ruedas del subterráneo. Uno se inclina ante el dolor de Fuchs. Haga lo que haga después, en cierta forma está justificado. ¿Y Schulze-Boysen? Un fantasioso a quien los puños de los S. S. ofrecieron el primer contacto con la realidad, un hijo de papá en un aprieto. Su familia, por lo demás, acudió a salvarlo a través de los oficios de Levetzow, jefe de policía de Berlín. Salió del bunker con la cara hinchada y el alma deshecha, dejando atrás sus sueños de poeta y sus ensueños de aficionado a la política. Se une a los comunistas, no por convicción, sino porque son «los que mejor combaten a esa gentuza». La doctrina no le interesa; en 1939 ignora prácticamente a Marx y a Lenin. Nada que ver con las sólidas convicciones ideológicas de un Sorge o de un Harnack. En realidad su pasión es una sola: borrar de sus mejillas la quemadura dejada por las bofetadas de los S. S. Es poca cosa.

Pero sobre esta endeble base se levanta una maquinaria de prodigiosa eficacia, como si fuera un motor que funcionara al máximo con una fibra de carburante. Conmueve en realidad el contraste entre la motivación y los efectos.

El odio puede cegar. También puede esclarecer depurar, purgar. A Schulze- Boysen le arranca de un tirón las escamas que borroneaban su visión. Desde entonces mira al mundo con ojos absolutamente lúcidos, casi científicos. Es imposible dejar de sonreír ante las divagaciones políticas del Schulze- Boysen un poco frívolo de antes de 1933; es difícil dejar de reconocer la pertinencia del pronóstico que escribe a su padre el 11 de octubre de 1938: «Le predigo hoy que una guerra mundial estallará a más tardar en 1940-1941, verosímilmente en la próxima primavera. Será seguida por una guerra de clases en Europa. Pero afirmo con fuerza que Austria y Checoslovaquia han sido las dos primeras batallas de la nueva guerra».

El día en que estalla la tercera batalla —la de Polonia y con ella la guerra mundial— Harro Schulze-Boysen festeja su cumpleaños. Hugo Buschmann cuenta: «Había allí escritores, actores, pintores, un productor de películas, médicos, abogados, lindas mujeres y no festejaban precisamente un cumpleaños sino la entrada en la guerra. ¡Cuántas ilusiones! Todos estaban persuadidos de que llegaba el fin del Tercer Reich, todos lo creían casi inminente…». Sólo el oficial aviador, cuya mandíbula temblaba de odio cuando se trataba de los nazis, hacía objeciones: no quería destruir el optimismo; Hitler, el pequeño burgués, estaba ante una inevitable catástrofe aunque no se lograría el objetivo tan fácilmente. Era Harro Schulze-Boysen. Luego volvió a bailar, muy bien como siempre. Las mujeres lo miraban con admiración. Por fin se cansó de tanta bulla, me llevó a un rincón y me dijo: «Polonia será hundida, pero sólo es un intermedio. Los ejércitos de tierra y del aire occidentales serán aniquilados. Estas gentes —se refería a los que hablaban alegremente— sobrestiman el

poderío militar de Occidente. En primer lugar, Inglaterra tiene que equiparse. Casi no poseen aviación ni ella ni Francia. Tendrán un respiro hasta la primavera porque las operaciones esenciales en Polonia no se cumplirán hasta antes de fin de año. Este loco de Hitler cree que se comerá a

Inglaterra de un bocado cuando acabe con Polonia. Se imagina, siguiendo el plan de *Mein Kampf*, que tendrá la posibilidad de volver por fin su fuerza agresiva contra el Este. No, los ingleses resistirán. No pueden salir del paso con concesiones. Algún día las fuerzas se equilibrarán y entonces el orden burgués será quebrado en toda Europa porque las fuerzas burguesas se habrán combatido hasta el agotamiento».

Lucidez en el análisis y sobre todo una acción implacable. Con toda su energía y su odio está incondicionalmente contra «esa

gentuza». Aun cuando por la declaración, de guerra, esa «gentuza» sea al mismo tiempo su gente: sus compatriotas, sus hermanos, el pueblo alemán y no sólo los nazis. No hay en él el equívoco en que se debaten tantos otros alemanes antihitleristas que se conmueven al ver correr la sangre de los suyos en una empresa insensata pero al mismo tiempo experimentan un secreto orgullo ante las hazañas realizadas. Ellos quieren aplastar a Hitler sin la derrota de Alemania. Y no se trata solamente de los tormentos de los opositores de la derecha, los nacionalistas reaccionarios del «Club de los Señores», Hugo Buschmann, que

pertenece a la izquierda, dice:

«Repetidas veces pregunté a buenos amigos personales, cuando hablaban así, en el aire, ellos que habían tenido actividad política anteriormente a 1933:

—¿Quieres o no que perdamos la guerra? Casi siempre, tras un minuto de temerosa vacilación, me respondían que no».

Aunque algunos, en Alemania, lograron vencer estas contradicciones y reconocieron que el final del nazismo involucraba la derrota de su país, nada hicieron por favorecer esta derrota. Les faltó fuerza de ánimo para empuñar el puñal y clavarlo en la espalda de los suyos. Schulze-Boysen usó el puñal

hasta que la Gestapo se lo quitó de las manos. Y sin dilema aparente, sin desgarramiento interior. Jamás su corazón se rebeló contra los crueles dictados de la mente. ¡Ah, si el autor de estas líneas hubiera sido alemán jamás habría tenido nervios para hacer lo que Schulze-Boysen hizo! Habría vertido abundantes lágrimas sobre la tragedia, sobre todas las tragedias y Harro habría podido decirle lo que cierta vez dijo a un amigo lloroso: —Usted tiene la glándula lacrimal floja del pequeño burgués— y hubiera sido justificado.

¡Qué ardiente ha de haber sido su odio para que jamás las lágrimas acudieran a sus ojos! No se limitaba a enviar el

Ejército Rojo a la cita de Stalingrado, a trasmitir informes estratégicos tan descarnados como un plan de Estado Mayor. Pensemos en los paracaidistas enviados por el Abwehr detrás de las líneas soviéticas cuyos nombres sin duda conocía Schulze-Boysen, tal vez conociera también las caras; ellos trepaban a sus aviones, graves, pálidos, carneros vestidos de acero, cargados de pólvora, pero carneros al fin enviados al matadero que él les había preparado… Sí, era necesario que ellos y otros más murieran para que Hitler perdiera su guerra; era el precio de la salvación de Europa. Pero aquí se trata de Schulze- Boysen y no de Europa: ¿hay alguna

medida común entre las bofetadas del bunker y esos cuerpos jóvenes segados en pleno cielo por el fuego de las ametralladoras?

Tal vez concedemos una parte demasiado grande a la venganza en las motivaciones de Harro Schulze-Boysen, tal vez él mismo exageraba cuando gritaba su odio en plena cara a Salomon y a Buschmann. Era, seguramente, un piloto de tempestades y sólo ellas le ofrecían un empleo para su vitalidad. En el Berlín anterior a 1933 fue como un navío inmóvil en un mar en calma y fue preciso el ataque del perro nazi para izar las velas, el incidente del bunker para ofrecer la coartada de un objetivo a esa fuerza potencial que sólo pedía desencadenarse. ¿Habría puesto el timón hacia otro cabo, no importa cual, si el viento hubiera soplado en otra dirección, con tal de navegar con las velas desplegadas? Si la coartada hubiera usado camisa roja en vez de la camisa negra de los S. S., ¿la habría aceptado igual, menos atento al color que a la señal de la partida que, roja o negra, le daba? Singular inconsecuencia y lamentable ligereza…

Arvid Harnack y Harro Schulze- Boysen: un erudito que no se plantea preguntas porque conoce todas las respuestas; un enfurecido ardiendo por realizarse, tal vez por vengarse, por imprimirle al mundo su cicatriz. Y durante un año recorrieron juntos ese camino sembrado de muertos y heridos, impávidos, sordos a toda queja, ciegos ante la sangre y las lágrimas; uno atento a marchar en el sentido de la Historia, el otro totalmente entregado a su pequeña historia.

Si veinticinco años después siguen estando solos, si están destinados a no penetrar jamás en el panteón imaginario donde los pueblos acaban por colocar a sus héroes, aun cuando sólo hayan sido espías, si la memoria de los hombres no retiene sus nombres, si ningún adolescente en ningún momento, siente latir con más fuerza su corazón al conocer el relato de sus vidas, quizá se deba a que a ambos les faltaba un toque de humanidad.

Sería injusto concluir sin observar que hay, sin embargo, un país, donde Schulze-Boysen y sus amigos son conocidos y celebrados: Alemania del Este. Pero en los libros que allí se publican, en las piezas teatrales que se representan, consagrados a ellos, jamás se habla de los trasmisores ocultos sino de la acción política clandestina de la red que publicaba folletos, proclamas, una hoja bimensual. Los sobrevivientes de la red berlinesa, con la sola excepción de Günther Weisenborg, mantienen rigurosamente la consigna de silencio que les ha sido impuesta sobre sus actividades de espionaje. Schulze- Boysen queda así reducido a las dimensiones de un heroico pegador de carteles; su grupo se ha transformado en una célula de agitación política de dudosa eficacia. Como si la red berlinesa, colgada en la horca nazi, fuera estrangulada por segunda vez merced a los oficios de los bonzos comunistas de Pankow.

Segunda parte

La Simex sitiada

A fines de 1942, el contraespionaje alemán ha barrido a Berlín, después de Bruselas y Amsterdam. Pero estos éxitos no aplacan a los jerarcas nazis cuyo furor se desata al descubrir la importancia y la eficacia de la red soviética. En París el Kommando se instala en la calle des Saussaies, en el inmueble de la Sûreté francesa.

Abraham Raichman, el falsario bruselense, debe recorrer las calles para encontrar los hilos que lleven a Trepper. Raichman, portador de las esperanzas de la Gestapo, se establece en la ciudad con su compañera, Malvina. Puede ir y venir a su antojo con la sola obligación de dar cuentas, cada mañana, a Fortner en el café Viel, bulevar des Italiens, donde ambos toman el desayuno.

Pero Trepper no aparece y Raichman recorre inútilmente los domicilios de algunos «buzones» conocidos de él. El Kommando tiene otra pista; Simone Pheter, empleada en la oficina parisiense de la Cámara de Comercio belga, en la calle Sáint-Lazare. Gracias a ella y a la correspondencia oficial, las redes belgas y francesas poseían una buena «máscara» para su correo hasta el momento en que al investigar a Romeo Springer se descubrió su contacto con la Bolsa y a la corresponsal parisiense. Aunque hasta el presente, el Kommando se limita a vigilar la correspondencia ha llegado el momento de la acción. Una falsa carta de Bruselas pide a Simone Pheter que arregle una entrevista entre su patrón y un agente de Bruselas, que será Raichman. Simone concerta la cita sin sospechar nada, pero cuando va al restorán parisiense donde tendrá lugar, comprueba que está vigilado y antes de que su jefe aparezca simula un ataque de nervios que congrega a su alrededor a todos los parroquianos. Cuando su patrón se presenta y ve el desorden presiente el peligro y escapa. Era Grossvogel.

No quiere decir que los denarios de la traición sean concedidos en vano a Raichman. Éste conoce mal la red parisiense y tiene dificultades para penetrarla. Por lo contrario hará maravillas en Lyon donde se han refugiado los bruselenses Germaine Schneider, Romeo Springer y Schumacher, el atento dueño de casa que ofreció café a Fortner cuando fue arrestado Wenzel. Gracias a la complacencia de Vichy doscientos veinticuatro agentes de la Gestapo cruzan la línea de demarcación el 28 de setiembre de 1942 como resultado de las negociaciones que el propio Canaris dirigió: la zona libre ya no es un obstáculo para el Kommando. Con la ayuda de Raichman los agentes descubrirán las emisoras clandestinas y capturarán a los fugitivos. Los equipos enviados a Marsella perseguirán a Kent y a Margarete a quienes ha denunciado Malvina.

¿Qué se sabe en realidad del Gran Jefe? El Kommando está en posesión de la foto encontrada en los Atrebates y de su seudónimo, Gilbert, revelado por Myra Sokol. Wenzel y Yefremov confesaron que se ha establecido en París. Esto es todo, no hay otra pista que conduzca al jefe del espionaje.

Pero está la Simex…

Giering conoce a la Simex parisiense gracias a la vigilancia ejercida sobre la Simexco bruselense. Ambas firmas cambian abundante correspondencia. Bastaría una visita a la escribanía del Tribunal de Comercio del Sena donde la firma fue registrada el 16 de octubre

de 1941 con el número 285 031 S. Entre sus accionistas figura León Grossvogel, de quien Giering sabe por Yefremov, que es uno de los lugartenientes del Gran Jefe. Pero no se trata de alertar al enemigo que está en

todas partes y Giering y Fortner prefieren pedir informes a la Organización Todt.

Por precaución van como simples civiles y piden ser recibidos por el Hauptsturmführer Nikholaï, oficial de enlace de la Gestapo con la Todt. Esto les crea algunas dificultades porque Nikholaï les hace hacer antesala y al final deben exhibir sus documentos. Nikholaï se consterna cuando sabe a quienes ha hecho esperar. Fortner exhibe la foto de Trepper y le pregunta si lo conoce. ¡Claro que lo conoce! Un tipo sensacional, un hombre de negocios con quien la Todt trata, desde hace un año, importantes negocios, sobre todo con

respecto al Muro del Atlántico. Muy bien dispuesto, muy cooperativo… Nikholaï siente enorme simpatía por ese Gilbert.

Fortner y Giering manifiestan deseos de conocerlo. Es fácil. Su *ausweis* para la zona libre acaba de expirar y vendrá a renovarlo. Fortner y Giering piden informes sobre la Simex; «una firma seria que colabora sinceramente con las autoridades de ocupación» dice Nikholaï. Los otros, satisfechos por el momento se despiden recordándole que debe guardar el secreto de la entrevista.

Pero Nikholaï («el idiota», lo llama Fortner), sin advertirlo ni pedir consejo, llama a Trepper para recordarle que

debe renovar su permiso. En su descargo, recordemos que ignora que tiene que habérselas con el Gran Jefe. Ha prometido prevenir a los del Kommando cuando el supuesto Gilbert se presente, pero éste no se presentará ya y se hace necesario buscar otro camino.

Tras muchas reflexiones los jerarcas deciden visitar la Simex como hombres de negocios y proponer una operación comercial. Pretenderán ser compradores de diamantes químicos, una mercadería cara y buscada. Nikholaï les indica que hablen con una tal *Madame* Likhonine, empleada en la Todt, quien tiene muchas relaciones en la Simex. Por prudencia,

Fortner y Giering investigan a la señora Likhonine y el resultado es positivo: es la viuda del último agregado militar zarista en París, una rusa blanca de quien todo el mundo habla bien. Y lo mismo de su hijo que también trabaja en la Todt.

El contacto se establece. *Madame* Likhonine se embala con el negocio y promete hablar de él a los de la Simex. Le dicen que debe comprender que ellos, dos importantes comerciantes, buscan garantías dado el monto de la operación y que el contrato tendrá que ser firmado por el propio director de la Simex. La señora Likhonine está de acuerdo. Promete acelerar los trámites.

En el otoño de 1942, la Simex ya no está en los Campos Elíseos. El inmueble del Lido no complacía a Alfred Corbin,

¡demasiados juerguistas en los alrededores! Desde el 20 de febrero está instalada en un suntuoso departamento del tercer piso en el 89, bulevar Haussmann, frente a la iglesia de San Agustín. En el segundo piso funcionaba uno de los servicios alemanes.

Alfred Corbin conoce desde hace meses la verdad acerca de la compañía que dirige. Mignon se ha enterado por Katz en vísperas de la mudanza. Sabemos que no ingresa en la red porque tiene su propio trabajo en la Resistencia. Cuando parte en misión

para «Familia Martín», su mujer, que ignora la realidad acerca de la Simex, lo remplazará en la firma. Es una mujer enérgica que se aviene mal con la tranquilidad.

Sueña con destruir a los alemanes a fuerza de bombas. Sus jefes en «Familia Martín» la aplacan a duras penas y la convencen de que resulta más eficaz informando sobre la Simex.

Ella cree que la compañía colabora con los nazis ocupantes de París. Por la señora Mignon nos enteramos de que la vida en la Simex era agradable y familiar, de que Suzanne Cointe parecía una solterona austera y seca aunque se humanizaba al cantar y de cómo el señor Corbin aportaba provisiones de su granja donde se dedicaba a criar aves. Corbin generoso, proveía igualmente cigarrillos. «Gracias a él no nos faltaba nada», dice la señora Mignon.

En la entrevista que tuve con Keller, éste me confesó sus sospechas acerca de la señora Likhonine, «hermosa para sus años y con aspecto de aventurera». Ella había aportado la clientela de la Todt. Para entonces Keller ha comprendido que tanto el señor Gilbert como el señor Corbin buscan informes acerca de los alemanes, aunque supone que se trata de negocios del mercado negro. Por otra parte, Keller gana un buen salario y no le faltan las provisiones. Decide cerrar los ojos.

La señora Likhonine informa a Fortner que el patrón de la Simex no podrá firmar el contrato porque está haciendo una cura en Spa. «Es un cardíaco avanzado», dice ella. Fortner y Giering se enojan. El negocio se hace, ¿sí o no? Han enviado a alguien a Spa y en el castillo de Ardennes no hay nadie. La señora Likhonine los calma: el señor Gilbert irá a Bruselas un día prefijado para firmar el contrato.

Se decide arrestar al Gran Jefe al descender del tren en la estación Sur de Bruselas. La Gestapo cerca la estación.

Todo el mundo está nervioso. El tren llega, se teme lo peor, un ataque a tiros, cualquier cosa… Pero del tren desciende, sola, la señora Likhonine:

«Estoy desolada —dice—, no pudo venir. Me dio poder para firmar el contrato y mañana iré a Anvers a buscar los diamantes».

Fortner se niega, hace seguir a la mujer que va directamente a la Simexco. El negocio ha fracasado.

A su vez, Nikholaï ha entrado en contacto con Keller a través del hijo de la señora Likhonine. Le propone otros negocios importantes, con el Muro del Atlántico. Pero tendrá que ponerse en contacto directo con las autoridades y necesitará un *ausweis*. Nikholaï se lo promete y le pide sus papeles. Keller se los da. Nikholaï se sincera con él: está en una situación penosa, su familia ha muerto en un bombardeo, tiene problemas económicos. ¿No podría el patrón de la Simex acordarle un préstamo? Keller está confundido, aunque sea una situación difícil, promete ocuparse de ella. A su vez Nikholaï promete entregarle un *ausweis*.

Días después un grupo de soldados alemanes va a la Simex. Pretenden estar interesados en la compra de repuestos. Así se crea un problema para el buen Keller, porque las mercaderías que la Simex vende a los alemanes son producto del robo, por lo general y no es cuestión de conseguir los repuestos. Tampoco en ese momento Keller sospecha nada serio. Informa al señor Corbin, naturalmente. Por entonces Corbin ha cambiado mucho, está siempre nervioso e inquieto. «Ah — suele decir a Keller—, cuánto daría por estar lejos de aquí, en un rincón perdido del mundo».

Tras los intentos de Raichman, la renovación del *ausweis* y el frustrado negocio de los diamantes, el préstamo de Nikholaï es la cuarta trampa tendida a Trepper. Giering y Fortner piensan que

no dejará pasar la ocasión de corromper a un hombre de la Gestapo. Pero, quien trata con el oficial de enlace es Corbin, quien le entrega cuarenta mil francos. Nikholaï firma un pagaré en debida forma. Es la suprema esperanza del Kommando, Trepper lo tiene en sus manos y puede hacerlo cantar. Si no lo hace acabarán con la Simex y la Simexco porque se les ha agotado la paciencia.

Ignoraban un detalle que Fortner sólo conoció cuando leyó estas líneas: Maria Likhonine los ha traicionado y desde el principio ha informado al Gran Jefe, llorando, cómo los alemanes pretendían que lo entregara. Trepper,

bonachón, le palmea el hombro y le dice: «Vamos, vamos, no tiene importancia».

Pero la tiene y él lo sabe. Es tiempo de cerrar el negocio. Su seguridad personal no está en juego ni tampoco la de su Vieja Guardia, puesto que ni él, ni Katz ni Grossvogel van ya a la Simex. Corbin y sus empleados ignoran sus refugios y Trepper tiene en sus manos un extraordinario juego de salvoconductos que lo escamoteará a la Gestapo como conejo de galera de mago. Pero ¿y Suzanne Cointe, obrera de la primera hora? ¿Y Jules Jaspar y Alfred Corbin,

que entraron en la red a ciegas y se han mantenido firmes cuando Trepper les quitó la venda de los ojos y vieron alzarse ante ellos la sombra de un cadalso? ¿Y Keller, que cree trabajar para una obra de beneficencia destinada a mejorar la suerte de los prisioneros franceses? ¿Y Juliette Mignon, el ojo de
«Familia Martín» en la Simex?

Trepper preparaba desde tiempo atrás el repliegue estratégico de su sucursal marsellesa. Jaspar y Kent irían al África del Norte, donde abrirían una nueva oficina en Argel. Luego los empleados parisienses podrían reunirse con ellos y ponerse así al abrigo. Jaspar ya tiene su visa para Argel y los trámites

con las autoridades argelinas están bien encaminados, pero las negociaciones se retardan porque Kent, por causa de Margarete, no quiere salir de Marsella.

El 8 de noviembre las tropas norteamericanas desembarcan en Argelia y cierran la salida de emergencia a la Simex. La Wehrmacht invade la zona libre. Una semana después Kent y Margarete son arrestados.

El arresto se produjo el 12 de noviembre en el domicilio de la pareja, 85, calle de l'Abbé-de-l'Epée. Ese día la portera llamó a la puerta, a la hora de costumbre, para hacer la limpieza. Margarete la reconoció a través de la

mirilla y la hizo pasar. Cinco hombres la empujaron y se abalanzaron dentro de la casa. Desde la madrugada aguardaban ocultos en el sótano.

Kent no se alteró, pero Margarete estalló en sollozos. Los policías habían dicho: «¡Es ella, es la espía!». En un cajón descubrieron croquis que les hicieron lanzar gritos de alegría. «¡Aquí está la prueba! ¡Planos de fortificaciones!». Entre sollozo y sollozo, Margarete les explicó que eran moldes de tejidos cortados de una revista de modas.

Los dos prisioneros fueron conducidos a la comisaría de la estación Saint-Charles, donde se procedió a

registrarlos. Allí pasaron su primera noche de detención, acostados sobre el cemento helado. Al día siguiente, 13 de noviembre fueron entregados a la Gestapo.

A la cabeza del equipo alemán que recorría las calles de Marsella buscando su presa desde semanas atrás estaba Boemelburg, Sturmbannführer S. S… ex policía, ducho en el

oficio como Giering. El único elemento tangible que poseía era la foto de Kent encontrada en los Atrebates. Pero sabía gracias a los informes de Bruselas que las ropas de Margarete no pasaban inadvertidas y que Kent se caracterizaba por su prodigioso apetito. Dos datos buenos.

En el departamento de la pareja se encontraron entre otras cosas cincuenta pares de zapatos de hombre y cinco mil cigarros. Kent se había aprovisionado por si acaso. Tras su juventud espartana en la patria socialista, el Pequeño Jefe había resistido mal los halagos de la abundancia capitalista. Era probable que ya no pudiera participar más de los festines del mundo.

Margarete y Kent salieron de Marsella el 13 de noviembre en dos coches de la Gestapo. Viajaban separados y una docena de policías franceses, muy armados, completaban el equipo de guardia. Se temía una emboscada en la zona libre. Esa noche

hicieron etapa en Lyon en un hotel requisado. Kent y Margarete fueron encerrados en un mismo cuarto y les quitaron las ropas para evitar el riesgo de una evasión. Kent, que mantenía la calma, se limitó a responder a las preguntas de su compañera (el relato es de ella): «No te aflijas, sobre todo no te aflijas». Margarete pretende que aun entonces creía que todas las peripecias eran debidas a la nacionalidad uruguaya de Kent. Sabía que ella no era una espía.

¿Por qué entonces lo sería Kent?

Al día siguiente la caravana llegó a París donde los alojaron en la calle des Saussaies, siempre en la misma pieza, vigilados por un guardia que recitó

versos a Margarete durante toda la noche.

En la mañana del tercer día, los autos tomaron la ruta de Bruselas. Los policías marselleses habían sido reemplazados por guardias alemanes. Kent y Margarete fueron llevados directamente al fuerte penitenciario de Breendonck. Cuando las puertas se cerraron detrás de ella, con un chirrido siniestro, Margarete Barcza, quien desde su nacimiento había caminado sobre una alfombra de rosas, tuvo una crisis de nervios. Su corazón claudicó. Al recobrar el conocimiento oyó que un médico decía: «Si la meten en la cárcel, no vivirá mucho».

Fueron encerrados en la misma celda; durante el día estaban bajo la constante vigilancia de dos guardias, relevados cada dos horas, y por la noche un agente de la Gestapo dormía con ellos. Aunque les concedían el derecho a hablar, sus conversaciones se limitaban a temas fútiles. Kent se mantenía sereno. Lo sometieron a algunos interrogatorios sin emplear ninguna brutalidad con él.

Días después los llevaron a la sede de la Gestapo bruselense, en la avenida Louise. Allí los instalaron en un gran Mercedes negro cuyas puertas estaban clausuradas. Entre agentes de la Gestapo y numerosos bultos que los hombres de

la Gestapo enviaban a sus familias, emprendieron el viaje a Berlín, donde llegaron al caer la tarde. El Mercedes se detuvo frente a la sede central de la Gestapo, Prinz-Albrechtstrasse, y Kent fue encerrado en una celda del subsuelo. A pocos pasos dormían Harro Schulze-Boysen y Arvid Harnack, con quienes se había encontrado un año atrás en el zoo de Berlín para ayudarlos a reorganizar el sistema de trasmisiones. Luego el coche condujo a Margarete a la prisión de Alexanderplatz. La metieron en una celda vacía. Tuvo una crisis de nervios que no conmovió a los guardianes. Por fin se acostó en su jergón, con la cara bañada en lágrimas, el cuerpo sacudido

por los espasmos, buscando a pesar de ella misma el calor del flanco de Kent contra su flanco. No entendía por qué de pronto el mundo se había convertido en una cosa tan horrible.

Como si un aterrador rayo surgido del cielo azul hubiera caído para fulminarlos en plena dicha.

22

¿Dónde está Gilbert?

El 18 de noviembre, aproximadamente a las nueve y media de la mañana, Keller recibe un llamado telefónico de Nikholaï: su *ausweis* para la zona prohibida está listo y puede ir a buscarlo. Keller va en seguida a la sede de la Todt, donde Nikholaï lo recibe con los brazos abiertos y le agradece calurosamente la ayuda que le ha prestado en su aprieto financiero. Cuando Keller le pregunta por los clientes que deberá visitar en la zona prohibida, el otro se evade con un: «No se apresure… Debo prevenirlos», y anuncia a Keller que a fin de semana irá a la Simex con un nuevo cliente.

Se presenta, en efecto, acompañado por un cierto Jung, que anda en busca de soldadores. Keller promete hacer lo imposible para procurárselos, aunque la actitud del visitante le parece extraña. Va de un lado a otro, inspecciona minuciosamente el cuarto, examina los papeles desparramados sobre su escritorio.

Al mismo tiempo, en el cuarto contiguo, Alfred Corbin recibe a su hermano Robert, quien no está enterado de las actividades clandestinas de su hermano mayor. Robert lo halla «abatido, agobiado», y se asombra porque nunca lo ha visto así. No lo interroga al respecto, pues conoce su pudor y su reserva en todo lo concerniente a su vida íntima.

Alfred Corbin tiene miedo. La víspera, 17 de noviembre, ha visto al Gran Jefe, quien lo informa del probable arresto de Kent y lo presiona para que escape. Corbin no lo cree necesario; ¡no tienen pruebas en su contra! Sólo Kent puede comprometerlo y, ¿acaso el Gran Jefe no está seguro de Kent? Corbin ha acompañado a Kent en el viaje a la feria de Leipzig que sirvió como «máscara» para los primeros contactos con la red berlinesa. El silencio de Trepper lo sorprende y repite: «¿Está seguro de él?». El Gran Jefe se encoge de hombros; la Gestapo es la Gestapo, Corbin debe huir. Corbin se niega, es un hombre honesto y cree en la honestidad de los otros. Kent no lo denunciará porque sería deshonesto y la Gestapo no lo arrestará sin pruebas porque sería injusto.

A pesar de todo, tiene miedo. Con voz cansada pregunta a su hermano si quiere acompañarlo a almorzar con un oficial alemán. Esta obligación parece pesarle, hasta el punto que acaba por librarse de ella y envía a Keller a almorzar con los dos visitantes al restorán.

Keller invita a Nikholaï y a Jung a un excelente restorán del mercado negro, en un sótano cerca de la estación Saint- Lazare. Desde los fiambres los alemanes atacan a Suiza, «sucio país de relojeros, lleno de cobardes, etcétera». Keller, ciudadano suizo, pierde el apetito. No entiende el inaudito ataque contra su patria. En realidad, el examen de sus documentos ha despertado las sospechas de Nikholaï porque un padre suizo, una madre inglesa y un nacimiento en Rusia es algo inusitado. El Kommando se pregunta si no son papeles falsificados. Por eso atacan a Suiza en presencia de Keller, esperando que, si es suizo de veras, acabará por encabritarse. Keller, con la nariz metida en el plato, mastica tristemente la comida y traga los insultos pensando que uno no tiene derecho a

enojarse con los clientes. Pero a los postres los ataques de los alemanes son tan groseros que se venga dejando el pago de la cuenta a Nikholaï. El trío se separa sin excesivas efusiones y Nikholaï propone a Keller que vaya a verlo al día siguiente en la Todt con Alfred Corbin, a las cuatro de la tarde. El alemán pide que sean puntuales.

En las últimas horas de la tarde la señora Mignon recibe en la Simex a un visitante rubio, de unos treinta años, de mirada huidiza y muy agitado. Quiere ver al señor Gilbert y en su defecto al director de la firma. La señora Mignon le dice que ambos están ausentes. El hombre no se retira y se dedica a extrañas maniobras, espiando por la ventana como si vigilara el bulevar. Cuando se marcha, la señora Mignon, inquieta, comunica lo sucedido a la señorita Cointe. Ésta la pone en su lugar y le recomienda que no se meta en los asuntos ajenos.

A las seis, la señora Mignon se marcha a su casa, inquieta, lamentando no haber prevenido al señor Corbin, que ha estado fuera toda la tarde, acerca de la extraña visita.

Esa noche Suzanne Cointe come con su familia. Su nerviosidad ha sorprendido a su madre y a su hermana desde hace días.

«La rusa nos vendió», explica. Las dos mujeres suponen que la señora Likhonine ha denunciado a los alemanes los procedimientos indelicados de la Simex, puesto que Suzanne muchas veces ha dicho: «Les vendemos porquerías».

Después de la comida Suzanne sube a ver a Jean-Paul Le Chanois. Está muy seria e inquieta, le dice que ha ido a despedirse porque «pasan cosas muy graves en la Simex y hay peligro de que todo acabe mal».

El 19 de noviembre, al amanecer, el Ejército Rojo emerge de la nada algodonosa y perfora el frente alemán al norte del bolsón de Stalingrado, quebrando las defensas avanza hasta cincuenta kilómetros a través de la retaguardia de Paulus, cercándolo en el fondo de una trampa en la que se ha metido y de la cual su Führer se rehusará a sacarlo. La suerte de la guerra está echada.

Porque aunque los acordes de la Orquesta Roja sean cada vez más débiles y sus músicos cada vez menos numerosos (en las madrugadas los guillotinan, los fusilan, los cuelgan), el trueno sordo del Ejército Rojo se expande hacia Berlín y es un rumor que consuela a los que van a morir después de haber hecho tanto por provocarlo.

El 19 de noviembre a las diez de la mañana, llaman a la puerta de la Simex. La señora Mignon acude. En el rellano está el visitante rubio de la víspera acompañado por diez hombres vestidos de civil.

—¿Está el señor Corbin?

—Vaya, hoy conoce su nombre. Y viene acompañado…

—¡Responda! ¡Policía!

—Bueno, me di cuenta por el olor…

—¡Vaya a su escritorio, háganos el favor!

Los auxiliares franceses de la Gestapo recorren las doce piezas del departamento y sólo encuentran a Suzanne Cointe. Alfred Corbin y Keller no irán a la Simex esa mañana. Lívida, la señorita Cointe asiste sin decir palabra al registro de sus papeles personales. En cambio la señora Mignon, que ignora la verdad y por eso no tiembla, no deja de echar en cara a los policías su condición de franceses y el sucio trabajo al que se dedican.

El piquete se lleva a las dos mujeres. En la escalera la señorita Cointe se vuelve para decir por lo bajo a la señora Mignon: «Tenía razón con el rubio de ayer».

Las separan. La señora Mignon es conducida a la Prefectura, dónde pasará cuatro días, dando una vida infernal a sus guardianes y echando abajo las paredes con sus continuas reclamaciones, reivindicaciones y maldiciones, de manera que cuando la dejan en libertad provoca un alivio general. Suzanne Cointe es llevada a la calle des Saussaies.

Alfred Corbin y Vladimir Keller se encaminan a las oficinas de la Todt en los altos del cine Marbeuf. Son las cuatro menos cuarto de la tarde. Tres veces Keller ha manifestado su inquietud a Corbin con respecto a Nikholaï, «un oficial de la Gestapo que hace negocios, me parece muy raro…». Corbin, absorto en sus pensamientos, lo tranquiliza.

En los quioscos se exhibe *Paris- Soir*. Los grupos de choque alemanes avanzan sobre Stalingrado en ruinas. Bizerta ha sido ocupada por la Wehrmacht, Franco moviliza. El mariscal Pétain hablará esa noche sobre el desembarco aliado en África del Norte. Pero los franceses se interesan más por las noticias acerca del racionamiento publicadas con titulares tan grandes como las de la guerra.

A las cuatro menos cinco, Keller se detiene y pregunta a su compañero:
«¿Vamos de veras, señor Corbin?».
«Claro que sí», dice el otro.

El hall está, como siempre, lleno de soldados alemanes. Keller se abre paso hacia el ascensor seguido por Corbin. En el momento en que va a abrir la puerta oye que lo interpelan: «¿*Herr Keller*?». Se vuelve. Apenas lo hace lo esposan. Un cuarto de siglo después semejante destreza maravilla aún a Vladimir Keller. Le quitan el portafolio que lleva bajo el brazo y que contiene el monto de sus comisiones. «¡Ciento treinta y ocho mil francos, una respetable suma en esa época!».

Frente a él está Jung, el supuesto aficionado a los soldadores, empuñando una pistola. Es Kriminal-Obersekretar del «Kommando Orquesta Roja». A su izquierda, cuatro soldados uniformados apuntan con sus ametralladoras y bloquean la salida sobre la calle Marbeuf. Jung empuja a Keller y a Corbin hacia esa puerta y los introduce en un coche estacionado junto a la acera.

Sólo han transcurrido diez segundos.

Pálido como un muerto, Alfred Corbin, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entrecerrados, murmura:
«Pobrecita mi Denise, ya no tendrá más a su papá». El alemán sentado junto al chofer se vuelve y dice: «¡Vamos, un poco de dignidad, tome ejemplo de su compañero; por lo menos él guarda compostura!».

Keller está atónito. ¿Qué quiere decir Corbin? ¡Está loco! El suizo suponía que los detenían por los negociados Simex-Todt, y la actitud de Corbin le daba a entender que la cosa era más grave. Pero de ahí a ser tan macabro… ¡Corbin exagera!

El coche cruza el pórtico de la calle des Saussaies y frena en el patio. Keller es llevado al despacho de Jung. Apenas ha tomado asiento le dan una bofetada.

—¡De pie! ¡Se acabó la buena vida!

El alemán le ordena que vacíe sus bolsillos y que le entregue el *ausweis* para la zona prohibida. Lo examina atentamente y comprueba que no ha sido utilizado. Era una trampa porque esperaban que el sospechoso suizo lo emplearía para alguna misión secreta en la zona prohibida. Pero Jung debía saber que Keller sólo lo ha recibido la víspera…

—¿Dónde está Gilbert?

Keller lo ignora. Le propinan bofetadas, patadas.

—¿Dónde está Gilbert?

Keller insiste en que no tiene la menor idea de su paradero. Jung abre un cajón y saca una cuerda que ata alrededor de las piernas de su prisionero. Se trata del suplicio llamado del «torniquete». Se da vueltas a la cuerda con un bastón hasta incrustarla en la carne. Antes de iniciar el tormento el alemán enciende la radio que está sobre un mueble. Keller comprende que lo hace para sofocar sus gritos. Balbucea:

—No vale la pena.

Y explica al sorprendido Jung que por una extraordinaria particularidad fisiológica es insensible al dolor después de un cierto punto. Una bofetada puede hacerle daño, pero aunque lo azoten hasta matarlo no sentirá nada. Jung no sabe qué hacer. Al final decide cumplir con la rutina, diciendo a Keller que: «aunque nos reprochan nuestra falta de humanidad, aquí no utilizamos la totalidad del material de tortura que nos dejaron los franceses».

Hace girar el bastón, la cuerda deja surcos en las piernas de Keller, quien mira el cielorraso con expresión ausente. Jung, escarlata, con las venas hinchadas, sin aliento, acaba por renunciar. Ordena a Keller que se ponga de pie y le propina una lluvia de bofetadas y puñetazos, diciendo: «¡Esto es por su broma de ayer, cuando nos hizo pagar la cuenta!».

A las ocho de la noche, Keller y Corbin son embarcados en un coche de la Gestapo. Ambos ocupan el asiento posterior; en el delantero viajan un chofer y un oficial. Es noche cerrada y el chofer no encuentra el camino de la Puerta de Orléans. Dan con un paseante, un señor anciano, muy digno, y le preguntan por la ruta de Fresnes. El señor mira hacia el interior del coche y ve a los prisioneros esposados. Niega saber el camino. Se entabla una discusión acalorada entre él y los alemanes. Keller le propone a Corbin que intenten escapar porque no se ve más allá de los tres metros. Ha pensado en un amigo herrero de Aubervilliers que trabajaba con la Simex y que limará las esposas. Pero Corbin no se atreve.

«Lo hacía por él —dice Keller—. Pensaba que se había metido en una fea situación, el pobre señor Corbin no estaba hecho para esas cosas…».

La querella termina y el señor anciano desaparece gruñendo injurias. El chofer encuentra el camino. En Fresnes encierran a Corbin y a Keller en celdas separadas, con las manos esposadas atrás porque Giering teme un suicidio.

En tanto que Giering liquida la Simex parisiense, Fortner, el hombre de la Abwehr, opera en Bruselas en el local de la Simex, donde sólo encuentra a un inofensivo empleado. No ha quedado ningún documento comprometedor. Pero como Fortner está en posesión del nombre y dirección de los accionistas y empleados de la Simexco, podrá echarles el guante cuando se le antoje.

Denise Corbin esperó en vano a su padre aquella noche. Su madre estaba de viaje. Denise, estudiante de bachillerato, ignoraba las actividades de Alfred Corbin. Su tardanza la inquieta y decide hablar por teléfono a su tío Robert. Éste la tranquiliza, seguramente un compromiso de última hora… Denise aguarda hasta la medianoche y acaba por dormirse sobre sus libros.

A las seis la despierta un llamado de su tío Robert. «¿Ha regresado Alfred?». Denise va a ver y encuentra el cuarto vacío. Deciden ir a la comisaría del barrio, primero, para obtener la autorización de entrar en las oficinas de la Simex. El comisario no les extiende el permiso pero les dice que pueden hacer lo que se les antoje. Robert Corbin busca a un cerrajero. En el interior de las oficinas todo está en orden.

Robert y Denise vuelven a casa. No están demasiado inquietos porque algo saben acerca de la irregularidad de las operaciones comerciales de la Simex. Seguramente alguna de ellas salió mal y por eso Alfred estaba nervioso. Robert piensa que puede ser un feo asunto de mercado negro cuando su sobrina le cuenta lo del préstamo a un oficial alemán de la Todt. Esa tarde regresa de su viaje la señora Corbin. Lo mismo que su cuñado y su hija, no sospecha un asunto de espionaje aunque es presa de un pánico loco ante la desaparición de su marido. Sin deshacer la valija quema todos los papeles que hay en la casa, hasta sus cartas de novia.

Poco después se presentan unos auxiliares franceses de la Gestapo. Les dicen que Alfred está retenido por un asunto de mercado negro, que no deben inquietarse y les recomiendan que no salgan de casa por unos días. El equipo se retira dejando dos policías de facción ante la puerta de los Corbin. El Kommando espera que el Gran Jefe irá a la casa de los Corbin, a quienes solía visitar (Denise creía que era un empleado de su padre) en busca de noticias.

La pregunta: ¿*Dónde está Gilbert*?, es repetida mil veces a Keller y Corbin. Ellos afirman ignorarlo. Giering no lo cree. Pide a Berlín un especialista en torturas. Entretanto se limitan a algunas brusquedades que Alfred Corbin califica de «nada serio» en su libreta de apuntes. Keller, gracias a su particularidad fisiológica, descorazona a todos.

Tres días después, tras la vana espera, los auxiliares franceses apostados en la casa de los Corbin son reemplazados por agentes alemanes, entre ellos Eric Jung. Todavía Robert Corbin y su mujer pueden visitar a Denise y su madre, pero los alemanes ejercen una continua presión psicológica sobre la señora Corbin. Mencionan el espionaje. Aunque Corbin bien puede ser inocente corre el riesgo de pagar por el verdadero culpable: Gilbert. Compadecen a la esposa, pero en tiempos de guerra… si no capturan a Gilbert, Alfred Corbin puede perder la vida…

Con los nervios rotos por aquellas palabras gentiles y sugestivas, la señora Corbin vaga por una casa vacía donde todo le recuerda a su marido ausente, su marido amenazado, su marido inocente. Grita que diría todo si lo supiera…, pero no sabe nada, ¡nada! Por fin, el 24 de noviembre, se acuerda de un detalle insignificante. Un día, Gilbert, estando de visita, se quejó de un dolor de muelas y Alfred le dio la dirección del dentista de la familia: el doctor Maleplate, calle de Rívoli, número 13, cerca del Hotel de Ville. ¿Por qué ocultar el dato? Para ella Gilbert es un simple conocido que ha

comprometido a Alfred. ¡Si no fuera así, ella sabría algo! Y en realidad, el informe tiene muy poca importancia. El episodio ocurrió seis meses atrás, con toda seguridad el Gran Jefe ha terminado su tratamiento. La dirección del dentista es un peón sin interés que cualquier jugador de ajedrez puede sacrificar para salvar las piezas capitales. Hay una chance entre mil de que sirva a la Gestapo para dar jaque mate.

Cualquiera que fuera la ciudad donde sus andanzas lo llevaban, el Gran Jefe pasaba el 24 de noviembre en Neumarkt todos los años, por lo menos en pensamiento y en corazón, porque su padre había muerto un 24 de noviembre y el tiempo no había desgastado el fúnebre poder de ese aniversario.

La redada realizada por la Gestapo en la Simex por fuerza debía añadir algo a su tristeza habitual. Por lo menos tenía conciencia de haber hecho todo lo posible para neutralizarla. Había prevenido a Alfred Corbin y a Suzanne Cointe. Si no intentaron evitar la captura ello se debió en Corbin a la consecuencia de ciertas ilusiones y sobre todo se debió en ambos a la certeza de que su salvación individual provocaría el desastre para sus familias, entregadas a las represalias del enemigo. Es obvio que el Gran Jefe ignora el incidente de la Puerta de Orléans de la noche del 19 de noviembre y las posibilidades de una evasión inmediatamente vistas por Keller. De haberlo conocido mejor, Keller habría comprendido la pasividad de Alfred Corbin: ¿para qué escapar de la cárcel de Fresnes si hubieran encerrado allí a su mujer y a su hija? El herrero de Aubervilliers habría limado las esposas pero no podía cortar los lazos familiares que ataban a Corbin.

En cuanto a la señora Mignon y a Keller, el problema es diferente. Ignoran todo. Hubiera sido un error advertirlos del peligro porque su crasa inocencia habría sido debilitada, esa crasa inocencia que por fuerza habrá de imponerse a la Gestapo.

Melancolía, tristeza que el vuelco de las armas soviéticas a orillas del Don tal vez habría bastado para atenuar, pero hasta ese prodigioso éxito de la guerra resulta insuficiente para calmar su angustia.

El Centro está loco del todo. Cuatro meses después del arresto de Wenzel, Yefremov y Winterink, sigue creyendo en sus mensajes. Las advertencias de Trepper son letra muerta. Apenas si el Director disimula la desconfianza a su respecto. El jefe del espionaje en el Oeste es menos escuchado en el Centro que los S. S. de Giering.

Caer en la trampa de un Funkspiel es cosa grave. Pero desde hace meses Trepper se afirma en la convicción de que ese Funkspiel no es un fin sino un medio para el Kommando, la plataforma que permitirá el lanzamiento de otra maniobra más ambiciosa.

Anna de Maximovitch acaba de ser descubierta. Es grave, trágico, lógico. Desenmascarada ha sido *contactada* por el Kommando. Es como para enloquecer porque no hay justificación racional, por lo menos a primera vista. Los Maximovitch cayeron debido a un triple descubrimiento. Primero, el de sus prontuarios en los archivos de la policía francesa, donde el Abwehr acudió en busca de informes cuando Margarete Hoffman-Scholz pidió, conforme al reglamento de la Wehrmacht, la autorización para contraer las debidas nupcias con Vassili, sujeto extranjero. La Sûreté francesa había registrado las simpatías izquierdizantes de Anna y el hecho de haber cuidado a republicanos españoles. Kludow y su equipo abrieron la segunda brecha al decriptar los telegramas donde

estaba contenido el resumen esencial de varios informes del embajador Abetz, hecho que conducía a Margarete y por lo tanto a Vassili. Por fin, otro telegrama interceptado explicaba los efectos de un bombardeo aliado sobre la ciudad de Hamm; decía: «Nuestra persona de confianza vio los destrozos, no existen». La investigación del Abwehr probó que, después de pedir su autorización para el casamiento, Margarete hizo un viaje a Alemania y pasó por Hamm. Interrogada, la buena muchacha, desesperada, confesó haber informado a su barón.

El Kommando, en lugar de caer como el rayo sobre los dos rusos, de acuerdo con su método habitual dejó en paz a Vassili y mandó un emisario a Anna. Le proponía un curioso trato: no se le haría ningún cargo por sus actividades clandestinas si procuraba a Giering una entrevista con el Gran Jefe.

Anna advirtió a Trepper y éste le dio la orden de desaparecer. Ella fue a Billeron y de allí pasó a la zona libre, donde fue detenida al mismo tiempo que Kent, pero el Gran Jefe no lo sabe aún. Vassili lo adivina, y más enfermo que nunca, dice a Trepper: «Si vienen a buscarme me suicido en el momento mismo del arresto; prefiero irme en seguida al otro mundo». «No —le responde el Gran Jefe. Deje este mundo si quiere, pero llévese con usted al mayor número posible de esos canallas».

Parecería que el Kommando tiene menos interés en arrestar al Gran Jefe que en establecer contacto con él. ¿Con cuál fin, para utilizarlo cómo?

El 22 de noviembre, Trepper se encuentra con Michel, el emisario del partido comunista francés. Le comunica la insólita propuesta de Giering y le pide que informe a Moscú que está dispuesto a ir a Berlín si en los altos círculos se considera útil que se ponga el asunto en claro.

Al día siguiente, 23 de noviembre, decide largarse mientras espera la respuesta del Centro. La red ha sido desmantelada, el trabajo suspendido, cortados los lazos, prohibidos los contactos, cada cual debe meterse en su agujero. Esa noche reúne por última vez a su Vieja Guardia: Katz y Grossvogel y junto con ellos redacta un telegrama dirigido al Director en el que se trasluce su desesperación por no ser creído: «La situación se agrava hora tras hora. Kent probablemente ha sido detenido. La Simex está liquidada. Pero más grave que todo eso: sus afirmaciones con respecto a Yefremov, Wenzel y Winterink. Está claro que la Gestapo es más poderosa allí que aquí». El trío escribe asimismo una larga carta a Jacques Duclos suplicándole que convenza a Moscú acerca de la veracidad de las informaciones sobre los desastres sufridos por la red y la «conversión» de los pianistas. ¿Qué más se puede hacer?

Se decide que Katz partirá al día siguiente para Marsella, donde dispone de un seguro escondite. Por su parte, Grossvogel cuenta con otro en Vichy y debe ir allí cuanto antes. A ambos, Trepper dirige esta suprema recomendación: «Esfuércense a cualquier precio por descubrir el juego del Kommando y dónde se proponen llegar».

Ha tomado sus disposiciones personales. Georgie permanecerá oculta en el pabellón del Vésinet. Dos meses antes la ha convencido de que ponga a Patrick al abrigo. Primero el chico estuvo en una pensión donde lo cuidaban tan mal que fue necesario sacarlo y, a través de una amiga de Georgie, una cierta Denise, obtuvieron la dirección de los Queyrie, buena gente que habitan en el arrabal de Suresnes. Patrick, mimado

como un hijo, parece estar fuera del alcance del Kommando en la casa del matrimonio.

En cuanto a él, Trepper, morirá dentro de pocos días. Un médico de Royat, conocido suyo, le extenderá el certificado de defunción y se grabará una lápida ante la cual irán a detenerse, sorprendidos, los hombres de Giering.

Pero antes de partir hacia los montes de Auvernia, el Gran Jefe, convertido en Pulgarcito que deja a su paso piedrecitas blancas para que los otros le encuentren el rastro, antes de hundirse en la sublime clandestinidad del más allá, quiere ponerse en paz con su dentadura. Ese día, 24 de noviembre, va a su última cita con el dentista porque, demasiado ocupado, la ha ido postergando de semana en semana.

«En la mañana del 24 de noviembre —cuenta el doctor Maleplate, que hoy tiene los cabellos entrecanos y conserva la vivacidad de la tez y de la mirada—, yo estaba trabajando como de costumbre en el hospital Laénnec, donde era asistente. Alrededor del mediodía vinieron a avisarme que me llamaban por teléfono. Era mi mecánico. "Tiene que volver a casa en seguida", me dijo. Le pregunté el motivo y me respondió que no podía decirme más pero que debía ir. Al instante pedí permiso a mi jefe para abandonar el servicio.

"En el metro la inquietud me devoraba pensando en mi padre. Era dentista y trabajábamos juntos en el consultorio. Como era un hombre de edad temía un ataque, una crisis cardíaca, algo grave que mi mecánico no se había atrevido a decirme.

"A1 salir de la estación de Saint-Paul, a eso de las doce y media, me encontré con mi mecánico que me esperaba en lo alto de la escalera con un ramo de flores en la mano. Tenía prisa por ir a su casa porque era el cumpleaños de su hija. Me advirtió que la Gestapo estaba en mi consultorio y que me esperaba. Suspiré aliviado: si sólo se trataba de eso…

"Eran dos los hombres de la Gestapo y vestían de paisano. Uno muy alto, el otro bajito (Giering y Fortner). Me pidieron que les mostrara mi agenda con todas las consultas de la semana. Lo hice. Escucharon sin hacer un gesto y cuando terminé me pidieron que repitiera la lista. Me hicieron leer mi agenda tres veces. A la tercera me di cuenta de que estaba cometiendo un error y les dije: «Ah, para esta tarde a las dos tenía hora reservada con la señora Labayle, la mujer de un colega, pero me telefoneó que no podría venir y le di su hora a otro cliente, pero me olvidé tachar el nombre de la señora Labayle y escribí en su lugar el del señor Gilbert».

El doctor Maleplate cuenta que al oír el nombre de Gilbert, los dos hombres permanecieron impertérritos.

«Me pidieron mi opinión acerca de él. Les dije que me parecía un hombre de negocios, de acento belga, bastante vulgar, y poco inclinado a hablar de sí mismo.

"Los hombres de la Gestapo agradecieron y se fueron para volver a los diez minutos. Entonces eran tres. Me anunciaron que arrestarían a Gilbert y que yo debía cooperar, me gustara o no…».

Después, Trepper contará el malestar que experimentó apenas hubo entrado en el

consultorio del doctor Maleplate. Algo andaba mal. La sala de espera estaba vacía —los hombres de la Gestapo habían obligado al dentista a despachar a todos sus clientes, salvo una anciana señora, cliente del doctor Maleplate, padre. El doctor hizo pasar a Trepper a su escritorio, como de costumbre, pero, cosa inusual, la puerta del consultorio que daba al pasillo estaba cerrada.

«Lo hice sentar en el sillón —cuenta Maleplate. Pensaba: ¿para qué aplicarle el torno, pobre diablo? No era el momento de causarle un daño. Mientras charlábamos fingía elegir mis instrumentos. Él, con una sonrisa, me preguntaba si había escuchado las noticias por radio. A mí me corría un sudor frío… Como la cosa se prolongaba, le coloqué un algodón en la boca y comencé a ajustar la fresa, pero en ese momento decidieron intervenir e irrumpieron empuñando sus pistolas. Él alzó las manos diciendo: "No estoy armado". Aunque muy pálido, mantenía la calma. Los alemanes parecían fuera de sí».

Fortner confirma: «El dentista temblaba. Giering y yo estábamos muy nerviosos. ¡Hay que reconocer que él era el más sereno! Cuando Giering le ponía las esposas nos dijo: "Los felicito, han hecho un buen trabajo". "Es el resultado de dos años de búsquedas, respondí modestamente"».

Cuando se lo llevaban, el doctor Maleplate dijo al prisionero: «Quiero que sepa que no tengo nada que ver con esto», Trepper le respondió: «Por supuesto, no piense que le guardo ningún rencor». Luego ofreció pagar sus honorarios, pero el dentista no aceptó ningún pago. El Gran Jefe estrechó su mano y se fue, con las manos esposadas, entre el inmenso Giering y el pequeño Fortner, entre la Gestapo y el Abwehr.

Georgie debía encontrarse con Trepper en las últimas horas de la tarde para comer juntos en Saint-Germain-en- Laye. Lo esperó inútilmente. Trepper la había prevenido de que podía ser arrestado en cualquier momento y que en tal caso no diera un paso en busca de noticias.

Pero Georgie, devorada por la inquietud, fue en busca de noticias. Telefoneó a Katz y convinieron encontrarse en un café de Montparnasse. Katz le dijo: «Estoy casi seguro de que lo prendieron. También yo estoy acorralado, ¡y mi mujer que está en la clínica esperando un hijo!» Pobre Katz que nunca conocerá a ese niño y que, según Georgie, parece en ese momento un hijo arrancado del lado de su padre. Debía partir esa noche para Marsella pero no irá allí; como un pájaro fascinado por una serpiente, abolidos los reflejos, aguarda la mordedura fatal.

Georgie, por lo contrario, enloquece. Envía a su mucama a preguntar a los guardias de la prisión del Cherche-Midi, si Trepper está allí. Es una gestión insensata porque la mucama, Marcelle Loukia, negra martiniquesa, es racista; cree que los alemanes pertenecen a una raza inferior y no calla su pensamiento. Después del Cherche-Midi, Georgie la mandará, en vano, a golpear a la puerta de otras cárceles parisienses. Ella misma recorre París vestida con su abrigo preferido, una prenda lujosa, rara en esa época. Así vestida pasa frente al inmueble de la calle des Saussaies. Lo único que sabe de ella el Kommando, en ese momento, es que la compañera del Gran Jefe tiene un magnífico abrigo escocés. Bien pudo Georgie ir a la casa de Alfred Corbin y caer en la trampa, pero el azar, o la Providencia que se ha burlado cruelmente de las infinitas precauciones del Gran Jefe, se empeña en proteger sus amores. La Providencia conduce a Georgie a casa de Robert Corbin cuya esposa le confirma la ola de arrestos. Por fin Georgie va a casa de Katz. La portera la reconoce y se precipita hacia ella: «¡No suba! ¡La Gestapo está arriba!». Georgie va entonces a Suresnes

y anuncia a los Queyrie, los cuidadores de Patrick, el arresto de su marido. Agrega: «Verán como sale de esto. Por algo sus amigos lo llaman “bola de fuego”».

23

La caída

El Gran Jefe habla.

Fortner cuenta: «en el auto me preguntó si yo era Abwehr o Gestapo. Le respondí que era un oficial del ejército alemán. Puso cara de alivio y me dijo: Para mí todo ha terminado. Le diré algunas cosas pero debe admitir que no le diga todo. Naturalmente Giering y yo quedamos estupefactos con esta declaración inesperada. Si el Gran Jefe aceptaba colaborar era el fin del espionaje soviético en el Oeste. Por lo tanto desde nuestra primera conversación busqué el contacto humano. Hablamos de su vida, de su familia, tomando café y fumando cigarrillos. Charlaba muy libremente y debo decir que no debía esforzarme para escucharlo con simpatía. Un hombre muy bien, muy sereno, muy sobrio. Tenía la impresión de estar frente a un viejo camarada con quien intercambiaba recuerdos».

Después de la autobiografía, los cursos de la tarde. Ante el atónito Kommando, Trepper da una conferencia sobre el arte del espionaje, sus grandes principios: severa clausura, utilización sistemática de los seudónimos, descentralización, (porque es peligroso concentrar demasiados contactos en un solo hombre) severa incomunicación entre los vulnerables pianistas y el resto de la red. Las precauciones clásicas: no llevar armas que lo pongan a uno a la merced de un control de rutina, vivir en las afueras, no recibir demasiada correspondencia, preferir las tarjetas postales a las cartas, pasar los documentos debidamente camuflados, organizar los contactos en domingo o días feriados porque la policía es menos numerosa, fijar las citas en los lugares triviales y frecuentados, en fin, todas las astucias técnicas que dejan estupefacto a Fortner y enseñan a Giering y a Berg que sólo conocen los rudimentos del contraespionaje. Después de la conferencia del Gran Jefe, el Abwehr escribirá en su informe a las autoridades del Reich: «La experiencia anterior adquirida en el Oeste carecía de valor. Ha quedado demostrado que los rusos realizaron una labor de expertos. Por eso el Abwehr debió necesariamente aprender las teorías que dirigían el entrenamiento y la implantación de los agentes soviéticos, teorías que sus oficiales desconocían».

Trepper está en la encrucijada decisiva.

Puede deslumbrar al Kommando con su virtuosismo técnico pero lo mismo los S. S. lo tienen en su poder.

¿Negociar? ¿Inventar? ¿Iniciar una sublime partida de ajedrez? Pero él es el Gran Jefe y los otros no se conformarán con algunos peones puesto que puede entregarles los caballos y las torres de la red. ¡Todo el tablero!

¿Traidor o héroe?

Al día siguiente, 25 de noviembre, se detiene a la señora de Alfred Corbin, a su hija Denise y a Robert Corbin. El 24, Giering había prevenido a las dos

mujeres de su intención de carearlas con Alfred Corbin y la cita fue fijada para el 25 a las tres de la tarde. La Gestapo fue puntual. La señora Corbin preguntó si debía llevar mantas, le dijeron que volvería a casa en seguida. A pesar de estas tranquilizadoras palabras estaba tan asustada que su cuñada, la mujer de Robert Corbin, convenció a su marido para que acompañara a ambas a la calle des Saussaies.

El auto de la Gestapo llevó al trío directamente a la cárcel de Fresnes. A Robert Corbin lo esposaron y lo precipitaron dentro de una celda vacía. En la ventana, un paño negro no dejaba entrar la luz pero en cambio una bombilla eléctrica estaba permanentemente encendida. Esa noche los detenidos encargados de distribuir la sopa le soplaron que en su puerta estaba el cartel rojo reservado a los casos graves. Robert dice: «no lo entendía, era como si el cielo se hubiera derrumbado sobre mi cabeza».

El 25 de noviembre fueron detenidos en Bélgica los miembros de la Simexco. Todavía hoy, Robert Christen, el patrón del «Florida», se indigna al recordar su arresto y da su palabra de honor de que nada tenía que ver con la resistencia. Muchos más fueron detenidos sin causa. No así Nazarin Drailly, director de la firma, quien ingresó en ella por mediación de Grossvogel, su viejo amigo. Lo mismo que Alfred Corbin, Nazarin Drailly había sido prevenido del peligro pero también, él sabía que no podía desaparecer sin comprometer a los suyos. Se limitó a prevenir al Gran Jefe que no creía tener fuerza para soportar la tortura. Su sacrificio no evitó la captura de su mujer ni la de su hermano Charles, accionista de la Simexco y ajeno a la red.

También la señora Grossvogel fue arrestada el 25 de noviembre. Fueron a buscarla a la clínica donde acababa de dar a luz el hijo que deseaba desde muchos años atrás. Su marido, prevenido de la amenaza que pesaba sobre la red, le había rogado que dejara la clínica y que se ocultara en el escondite preparado de antemano. Ella se negó para no privar al bebé de los cuidados médicos, tan pronto. La Gestapo la metió en una celda de la prisión de Saint-Gilles permitiéndole que tuviera a su hijita con ella.

Bill Hoorick fue detenido días después. La Gestapo le exigió que llamara a Rauch por teléfono. Bill lo hizo y apenas su amigo vino al aparato le gritó: —¡Huye! ¡Me han detenido!—. Sus guardias le propinaron una soberana paliza. Rauch fue prendido al día siguiente. Su papel en la red era episódico pero su hijo se había convertido en una importante «fuente». El joven checo, alumno de ingeniería, fue enrolado por la fuerza en la Wehrmacht y destinado a la construcción del Muro del Atlántico. Cada vez que iba a Bruselas, con licencia, entregaba a su padre un fajo de documentos.

Así murió la red belga. Trepper no tuvo parte en su liquidación.

La Gestapo, asimismo, fue a la calle del Dragón en Marsella donde estaba instalada la sucursal de la Simex. Detuvo a Jules Jaspar, a su mujer y a una joven secretaria, Marguerite Marivet. El señor Jaspar, aristócrata belga, ex cónsul, ex director del «Foreign Excellent Trench-Coat», fue informado por la Gestapo de su participación en una red de espionaje soviético. Rojo de ira, exclamó: ¡Canallas! Yo creí que trabajaba para el Intelligence Service. Podía ser un error de Jaspar que Trepper no había aclarado, pero la dirección de la sucursal marsellesa fue encontrada en la central del bulevar Haussmann.

Después cayó el grupo de Lyon que actuaba bajo las órdenes del ardiente Romeo Springer, quien había establecido interesantes contactos con el ex ministro belga Balthazar y con el cónsul de los Estados Unidos. El grupo lionés había fabricado un trasmisor y se disponía a emitir directamente los informes a Moscú cuando cayó en manos de la Gestapo. Detuvieron a Otto Schumacher en cuya casa fue arrestado Wenzel mientras trasmitía informes. Germaine Schneider, la amante del «Profesor», huyó de Lyon y fue capturada en París por el Kommando. Romeo Springer se defendió con un arma en la mano y tuvo que ser sitiado. Trasladado a París con los demás, trepó a la balaustrada de la tercera galería en Fresnes y se lanzó al vacío, mudo para toda la eternidad. Siempre fue un valiente.

Así concluyó la efímera red lionesa. Raichman y no Trepper precipitó su fin.

Los documentos alemanes atribuyen al Gran Jefe los arrestos de Katz, Grossvogel, Vassili de Maximovitch y Robinson. Primero entregó, según ellos, a Katz, su más devoto lugarteniente. Por orden de Giering lo citó en la estación Madeleine del metro. El pequeño Katz fue detenido allí y llevado a la calle des Saussaies, a la presencia de Trepper. Éste le dijo: «Katz, hay que colaborar con estos señores. El juego ha terminado». (En la jerga de los servicios soviéticos se llama «juego» al espionaje). Luego traicionó a Vassili y después le tocó el turno a Leo Grossvogel, jefe de estado mayor de la red. Infatigable organizador, Grossvogel había puesto en marcha un abanico de pistas que conducían a seguros escondites donde los sobrevivientes podrían aguardar la calma. Pero sólo omitió en sus planes una hipótesis de trabajo: la felonía de su jefe.

Un traidor.

Fortner dice que aunque no asistió a los primeros interrogatorios de los Maximovitch, le consta que los hombres de Giering, especialmente el encargado de Anna, Rolf Richter, fueron muy duros. No le perdonaban a Maximovitch, hijo de un general zarista, su colaboración con los comunistas. Vassili respondió:

«Estuve al lado de los alemanes hasta que leí en los diarios que proyectaban dar la independencia a Ucrania. Soy ruso ante todo y no puedo aceptar el desmembramiento de mi patria».

«Los Maximovitch no se derrumbaron —cuenta Fortner— sería excesivo decirlo. Pero por fin, hablaron.

¡Qué escándalo! Prácticamente todo el Estado Mayor alemán en París caía en la volteada. ¡Y la Embajada! ¡Y el Servicio de Trabajo! Piense un poco, con las relaciones que tenían…

"Todo lo concerniente a la Wehrmacht y a la administración militar caía en el área del Abwehr, de modo que yo dirigí la investigación. Los S. S. no tenían por qué meter la nariz en esa tarea. Maximovitch entregó a Käthe Voelkner quien proporcionaba los formularios administrativos en blanco; por Raichman sabíamos ya que los entregaba una empleada de la Organización Sauckel. Estaba de vacaciones cuando fuimos a buscarla pero en cuanto regresó me presenté en su oficina. Me dijo: —sé que viene a arrestarme. Agregó que su patrón nos hizo un escándalo cuando se enteró de la detención. Le aconsejamos que se calmara porque la Voelkner era una espía. Entonces me

dio la dirección de la casa donde la Voelkner vivía con su amante, un italiano llamado Podsialdo. No estaba en casa cuando fuimos a buscarlo, pero una vecina me dijo que el italiano trabajaba también para los alemanes. Y así fue como lo encontramos en otra oficina de la organización Sauckel. Käthe no había dicho una sola palabra al respecto.

"Era una muchacha de la misma especie que Sofía Paznanska, la cifradora de los Atrebates. ¡No soltó nada! Pero Podsialdo nos contó todo. Un débil, un pobre tipo el tal Podsialdo.

Hasta nos dijo que su amiga escribía los informes secretos a máquina en su casa y que encontraríamos algunas copias. Podsialdo nos reveló también su contacto con un empleado del Servicio de Alojamiento de la Wehrmacht, un francés que fue detenido y fusilado. Gracias a ese insignificante francés que se ocupaba de las vacaciones de los soldados en París, Trepper estaba informado del orden de batalla de la Wehrmacht, porque el francés se había ganado la confianza de los dos oficiales a cargo de las listas y éstos lo dejaban hacer. Los dos fueron condenados a ocho años de trabajos forzados.

"También a Margarete Hoffman-

Scholz, la novia de Maximovitch le dieron seis años. Y muchos oficiales superiores comprometidos con los Maximovitch fueron condenados a severas penas. ¡Qué historia! Pero el mal estaba hecho y comprendimos que debíamos estrechar filas. Si Berlín se llegaba a enterar de toda la verdad, verían todo rojo. Nos pusimos de acuerdo con el general Schaumberg, encargado de la seguridad en el Cuartel General, para enviar informes atemperados a fin de que no se supiera hasta qué punto estaba comprometido el Estado Mayor en París».

Kent se derrumba.

Margarete cuenta cómo la dejaron durante cuatro días en la celda de la Alexanderplatz antes de llevarla a la sede de la Gestapo. Allí se encontró con su amigo. «Al pobre le hizo una impresión terrible, por primera vez me veía mal arreglada, sin pintar, despeinada… El tipo de la Gestapo que estaba presente le propuso que lo dejaría pasar el día conmigo si a la noche confesaba. Vincent aceptó y aunque me registraban cada vez que nos separábamos, desde ese momento fueron más amables conmigo. Willy Berg venía

a verme a menudo… Ése sí que tenía cara de Gestapo, pero cuando uno lo conocía mejor se daba cuenta de que era un pobre diablo, un desgraciado… había perdido dos hijos por culpa de la difteria y un día lo vi entrar en mi celda, trastornado. Me dijo que acababa de enterrar a su último hijo, una niña de diez años. Diabetes. Después su mujer intentó suicidarse. Pobre tipo, me daba lástima…».

Así, después de dar el beso de despedida a Margarete, todas las noches, versión modificada del beso de Judas, Kent ocupa su tiempo en

traicionar. Confirma a la Gestapo sus contactos con Schulze-Boysen y Harnack. Para eso había sido llevado a Berlín. Denuncia la presencia de Alfred Corbin en Leipzig, da numerosos informes sobre la red bruselense. Estas confesiones no aportan ninguna novedad pero son bien recibidas como testimonio del servilismo de Kent. A fines del año 1942 el final de la Orquesta Roja queda consagrado y los jefes de la Gestapo piensan en el porvenir. Pretenden edificar una obra maestra de contraespionaje sobre las ruinas de la organización destruida. En la noche del

24 de noviembre, Giering, amigo personal de Hitler, informó a éste la

captura del Gran Jefe. Hitler lo hizo felicitar y Himmler se regodeó en el teléfono cuando Giering le anunció con su ronca voz la maravillosa noticia. La conversación concluyó con la siguiente adjuración de tinte medieval: «y ahora arrójelo al sótano más profundo de París y cárguelo de cadenas, ¡sobre todo que no pueda evadirse!». Claro que era un modo de decir las cosas porque el Reichsführer y sus adjuntos imaginaron para su cautivo un papel a la medida de su personalidad y no aprehendieron al jefe del espionaje soviético en el Oeste europeo para dejarlo podrirse idiotamente en el fondo de una celda.

En los últimos días de diciembre,

Kent es notificado de su próximo traslado a París. Allí el Gran Jefe y el Pequeño Jefe, nuevamente asociados, serán los instrumentos del Funkspiel más extraordinario que haya existido jamás.

Kent acepta. Trepper ya ha dado su conformidad.

24

El suplicio

Los berlineses se portan mejor.

Ciento dieciocho prisioneros encerrados en las cárceles de Berlín, los más importantes en la sede de la Gestapo, Prinz-Albrechtstrasse. Jóvenes y viejos, obreros y mujeres del gran mundo, militares y estudiantes, comunistas y reaccionarios. Un heteróclito montón. Y sucede todo lo

contrario que con la demolición de las demás redes, la de Bruselas y la de París, donde cada piedra arrancada por la Gestapo provocaba la caída de un trozo de pared, pero el resto se mantenía en pie. Aquí, a penas echados abajo los dos pilares de la red, el edificio entero se derrumba y la Gestapo se ocupa en clasificar los restos.

Ciento dieciocho personas pero no ciento dieciocho agentes. ¿Cuántas de ellas conocen la existencia de las emisoras que ponían al soldado alemán en la mira del cañón ruso? A lo sumo entre cinco y quince. También son agentes los paracaidistas Erna Eifler y Wilhelm Fellendorf, lanzados el mes

anterior sobre Prusia Oriental y bloqueados luego en Hamburgo donde fueron arrestados junto con quince dockers comunistas. Agente asimismo Albert Hossler y Robert Barth lanzados con paracaídas, provistos de un trasmisor, días antes del arresto de Schulze-Boysen y capturados cuando acababan de establecer contacto con Moscú.

Pero no se puede decir que el coronel Gehrts sea conscientemente un espía. Es de extrema derecha, aviador, comandante de los servicios de misión especial de la Luftwaffe; gracias a su puesto obtiene los informes más variados y más secretos. Conoce de

antemano el avance de las tropas aerotransportadas en el frente del Este. Aunque anticomunista, consideró una locura asesina la guerra contra Rusia. También otros colegas suyos pensaron lo mismo y no traicionaron. Pero Schulze- Boysen es un maestro en el arte de conquistar a los hombres. Gehrts es supersticioso y aficionado al ocultismo. Le presentan a Anna Krause, tiradora de cartas, porque la red berlinesa tiene su adivina que cuenta con una clientela de oficiales superiores, funcionarios, hombres de negocios. Anna los hace hablar del presente mientras les revela el futuro. Gerths cayó en sus manos, ¿es un espía o un hombre engañado?

La mayoría de los prisioneros pertenecen a la Resistencia.

Hubo una noche memorable, en 1941, durante la cual sesenta miembros de la resistencia recorrieron las calles de Berlín pegando carteles antinazis, protegidos por oficiales uniformados que empuñaban una pistola; Harro Schulze-Boysen dirigía la operación. La había organizado como réplica a la exposición de Goebbels «El Paraíso soviético» que mostraba al pueblo alemán impresionantes testimonios de la miseria del pueblo ruso. A la mañana siguiente, los berlineses estupefactos leyeron la respuesta de Schulze-Boysen;

«El Paraíso nazi»: Guerra-Hambre-
Mentira-Gestapo. ¿Por cuanto tiempo todavía?

Entre los resistentes estaban los jóvenes que recorrían las calles de Berlín, de noche, con una valija pesada en la mano, como si regresaran de un viaje. Dejaban la valija en el suelo, fingiendo descansar y cuando la levantaban de nuevo quedaba impreso sobre el macadam un slogan antinazi.

Estaban los redactores, impresores y distribuidores del diario bimensual *El Frente Interior*, órgano de propaganda destinado a los obreros extranjeros que trabajaban en Alemania y que se publicaba en alemán, ruso, italiano, polaco, checo y francés.

Y además del diario, los panfletos, las proclamas repartidas en el metro y los ómnibus, los folletos enviados a los que se consideraba susceptibles de un cambio, las redes dedicadas a la evasión de los judíos, los fugitivos de los campos de concentración y los perseguidos por el régimen, hacia Suiza y Suecia.

La Resistencia trabajaba en una campaña de sabotaje en el nivel nacional cuando la Gestapo la desarmó.

Saludemos a todos estos valientes, pero ¡cuánta locura! ¡Harro Schulze- Boysen, una de las tres o cuatro «fuentes» claves del espionaje soviético, vestía su vistoso uniforme y se iba, empuñando una pistola, a proteger a los muchachos mientras pegaban carteles que la policía arrancaría cinco horas después! ¡Y redactaba panfletos! Y corregía las pruebas de *El Frente Interior*. Él, que para el Estado Mayor ruso equivale al aporte de muchas divisiones, se pone a merced de una ronda policial, arriesga la confesión de un distribuidor de panfletos, la traición de un obrero extranjero entre los cuales muchos han venido a Alemania libremente a trabajar para el Reich. Lo han prevenido. Harnack, prudente y reservado, lo insta a concluir con esas locuras. Harro se obstina.

Hugo Buschmann, quien no es un profesional del espionaje pero que tiene buen, sentido, cuenta: «Le explicaba a Harro que era necesario separar la propaganda del trabajo tan importante de las emisiones clandestinas. La experiencia probaba que la propaganda acababa siempre por ser descubierta y sería terrible comprometer así otras tareas más importantes. Harro prometía pero nunca cumplía sus promesas. Siguió haciendo ambas cosas hasta el final». ¿Fue la devoradora necesidad de acción la que lo lanzó en cualquier empresa sin poderse negar a ninguna aunque fuera subalterna? ¿Acaso la roca Schulze-Boysen tenía algunas fallas humanas? Quizá, para llevar a cabo su terrible tarea, le hacía falta sentir a su alrededor la generosidad, el entusiasmo, la pureza de los que arriesgaban su vida por mediocres resultados; él que golpeaba con tanta ferocidad la asquerosa cara que le presentaba su patria, tenía tal vez necesidad de esos pobres testimonios, un panfleto, un folleto, para probarse que le estaba dibujando una cara diferente…

Cayeron en la redada junto con los verdaderos agentes y los verdaderos resistentes, aquellos que hicieron estremecer en una reunión a Ille, la compañera de Ernst von Salomon. Muchos están en la cárcel, otros han sido interrogados, ahora no hacen frases ingeniosas ni cuentan gran cosa porque ignoran todo, salvo que Schulze-Boysen gritaba su odio a los nazis en cada comida elegante, pero eso lo saben por lo menos mil o dos mil berlineses.

«Quería llamar a Harro a la prudencia —escribe Buschmann— era espantosamente imprudente. En esos tiempos resultaba de buen tono en los círculos distinguidos de Berlín contar chismes políticos. Harro no podía privarse de hacerlo. Sentado, con su uniforme de aviador, condecorado con la cruz de hierro, causaba sensación contando locuras sobre el ministerio, el teatro de las operaciones, las ejecuciones de prisioneros y otras cosas por el estilo. Las señoras elegantes y los señores charlatanes chismorreaban hasta el amanecer; y a las mujeres no se les caía de la boca el brillante oficial que era como un dios para todas ellas. No sabían cuán peligroso resultaba tener relaciones con él».

¡Y a él con ellas, caramba!

Pero ¿qué hacía la Gestapo? Es comprensible la admisión de Schulze- Boysen, -notorio opositor-, en el «Instituto de Investigaciones» porque fue recomendado por el Reichsmarschall Goering. Además sería falso suponer que los nazis se establecieron en el poder y lo mantuvieron con el terror como única arma; tan seguros estaban de estar en lo cierto, era tan viva la conciencia de su dinamismo y de su entusiasmo que contaban convencer, tarde o temprano a sus más recalcitrantes adversarios. La experiencia les dio la razón: por algunos millares de irreductibles encerrados finalmente en los campos de concentración, ¿cuántas decenas de millares se arrancaron la insignia de su partido y ostentaron la cruz gamada? Por fin, según el doctor Meyer, alto funcionario del Tercer Reich, hay que considerar en esto una particularidad alemana: la confianza en el otro, la incapacidad para prever la perfidia:

«Desde el instante en que Schulze- Boysen vistió el uniforme de la Luftwaffe se hizo insospechable. No se sospecha de un oficial alemán. No se puede ser un traidor y vestir al mismo tiempo el uniforme alemán».

Admitamos que las incontinencias verbales de Harro y sus amigos hayan sido consideradas como poco importantes por la Gestapo. En todos los países, bajo cualquier régimen, los salones son revoltosos. En todas partes las señoras elegantes y los señores chismorrean hasta el amanecer mofándose de los dirigentes con quienes comieron la víspera. Lo mismo sucedía en Berlín. Por lo demás, según Meyer:

«Se exagera hoy el carácter totalitario del régimen y la eficacia de la Gestapo, exageración normal porque a todo el mundo le interesa, particularmente en Alemania, pretender que ha sufrido bajo el nazismo. Cada uno actúa como si hubiera vivido doce años aguardando, segundo a segundo, el campanillazo de la Gestapo. No es verdad. Especialmente en Berlín reinaba un liberalismo bastante amplio. Las burlas contra el régimen, las conversaciones desbocadas, las reuniones del estilo de las famosas “veladas catorce puntos”, fueron para los círculos dirigentes un tipo de fantasía

trivial». Admitámoslos así, aunque la mandíbula de un Schulze- Boysen «temblara de odio cuando se hablaba de los nazis» y que sus salidas hayan superado los límites permitidos en un salón berlinés: («¿Sabe, querido amigo, que Ley, el ministro de Trabajo, ha suprimido hace tiempo la "v" que llevaba su apellido entre la e y la y?»).

Pero los sesenta pegadores de carteles sueltos por las calles de Berlín, la edición en seis lenguas de *El Frente Interior*, los millares de panfletos desparramados por la ciudad, los folletos repartidos a pasto, ¿cuántos mujeres y hombres en el secreto, significaban? Habría bastado con la delación de uno solo para llegar hasta la misma red, mal encubierta, y descubrir así el núcleo central de los agentes en conexión con Moscú.

Pero admitamos también que la supervivencia de otras redes de la Resistencia demuestra que el espionaje no es una ciencia exacta y que la suerte del mejor agente así como la del peor reposa finalmente en las manos de los dioses.

Claro que las precauciones hubieran impedido la caída de la red alemana, debida a la falta de un ignorante funcionario del Centro. Porque si el agente es una especie de volatinero librado a los caprichos del destino, razón de más para protegerlo de todo riesgo. Son cosas que deben saberse. No tengamos miedo de llamar a los hechos por su nombre: es escandaloso, es indignante que el Director de los servicios soviéticos haya puesto en un telegrama las tres direcciones fatídicas y que Schulze-Boysen y los suyos, protegidos durante largo tiempo, por inexplicable gracia, contra los amos de Berlín, hayan resultado víctimas de la incapacidad de los jefes de Moscú quienes los señalaron con el dedo a la Gestapo.

Como el general Eremenko refiriéndose a los primeros desastres militares rusos, el Director podría achacar la catástrofe berlinesa a Stalin. La ceguera política del dictador impidió que se instalara en Alemania una organización coherente. Después de la invasión, el Centro como todos los otros servicios, fue presa del torbellino de los «sálvese quien pueda». El telegrama a Kent es del 10 de octubre de 1941, días después, el 19, toda comunicación radial entre la central moscovita y las emisoras clandestinas repartidas por el mundo, quedó rota. Los pianistas sólo recobraron el contacto seis semanas después, porque los tanques alemanes avanzaban sobre Moscú y se dio la orden de replegar la central de radio hacia Kuybischev. La orden de partida se dio con doce horas de preaviso a los oficiales superiores y sin aviso previo a los subalternos. En plena locura, ¿es sorprendente que se pierda toda coordinación?

Kent había tenido un primer contacto con el grupo berlinés en abril de 1941, cuando su viaje a Leipzig, antes de la invasión. El Director pudo entonces organizar un encuentro conforme a las reglas de seguridad, con signos de identificación y palabras clave… ¿Por qué no aprovechar la oportunidad para establecer un sistema de comunicaciones entre los expertos de Bruselas y los aficionados de Berlín? *Ése fue el error*. Pero sin duda existía un peligro porque el descubrimiento de una red podía provocar el descubrimiento de las otras… Claro que siempre era posible utilizar un dispositivo de subterfugios que garantizaran la seguridad.

Lo cierto es que después ya fue tarde para hacerlo. Los técnicos en espionaje que hemos interrogado admiten sin pestañear el telegrama del Director, pero ¡al diablo las reglas de seguridad cuando los tanques están a la vista de Moscú! ¿Qué importa la muerte de la red berlinesa si su sacrificio contribuye a la salvación de Moscú? La riqueza del espionaje

soviético permite estas pensadas hecatombes: Schulze-Boysen y los suyos serán reemplazados muy pronto.

Por consiguiente fueron sacrificados, como la retaguardia que un general abandona al enemigo para salvar el resto del ejército. Es razonable. Tal vez ellos mismos lo habrían admitido. Pero su destino nos escandalizará siempre en tanto que la suerte de un infante sólo nos conmueve. Porque un soldado no arriesga más que su vida y sabe que es carne de cañón desde que viste el uniforme y el agente arriesga algo peor que la muerte: la tortura y, mucho más que sus espantosos sufrimientos, arriesga traicionar a sus camaradas, a la mujer querida, hasta a sus hijos y la pérdida de eso que para simplificar llamaremos el alma.

Los berlineses se portan bien.

Los comisarios Koppkow y Panzinger dosifican el sufrimiento según un criterio jerárquico. En el punto más bajo de la escala están los «revolucionarios de salón» que hablan sin parar, como de costumbre: sí, escuchaban la radio inglesa, sí, alguna vez se burlaron del doctor Ley, del pequeño Goebbels y de sus amantes y hasta del mismo Führer. Pero jamás formaron parte de una red, ni siquiera imaginaron que una cosa así pudiese existir en Berlín. Juran que no son agentes. Y es verdad, sólo son «fuentes». ¿Cómo iban a suponer que los secretos que revelaban para brillar en sociedad, fueran enviados a Moscú? Serán castigados por su charlatanería lo mismo que serán castigados los jefes y los colegas de Schulze-Boysen y de Harnack, culpables de haberlos dejado meter la nariz en asuntos que no les concernían. Pero ¿iba uno a desconfiar del protegido de Goering? ¿Y de Harnack, funcionario modelo, encarnación de la conciencia profesional? La estupefacción es inmensa…

Para los resistentes, la lámpara que quema los ojos, la oficina sobrecalefaccionada después de la celda helada, las esposas apretadas hasta desgarrar la carne, los interminables interrogatorios con el interludio de una azotaina como descanso. Algunos se derrumban, pero la mayoría resiste y lucha salvajemente por su vida.

Para los de la red de espionaje, la verdadera tortura.

Heinrich Kummerow, sobrepasado por el sufrimiento, traga el vidrio deshecho de sus anteojos. Se salva. Se abre las venas. Lo atienden a tiempo.

Con ayuda de un hilo se hiere la carne entre los dedos del pie y cava profundas llagas que envenena lo mejor posible. Lo salvan de la gangrena. Había sido uno de los mejores ingenieros de la «Loewe-Opta-Radio», firma de donde provenían los aparatos de radiogoniometría ingeniosamente saboteados. Kummerow cuenta en su activo, además de informes capitales, el plan de un sistema para guiar a los cazadores nocturnos y el de una nueva bomba iconoscópica.

Walter Huseman, técnico ajustador, intentó saltar por una ventana abierta, arrastrando en su caída al S. S. Panzinger; fueron rescatados a tiempo.

Habían dado a Huseman un descanso de dos minutos para confesar dos nombres.

Johann Sigg y Herbert Grasse logran el suicidio.

Para Frieda Wesolek, el caño de un revólver colocado sobre la sien de su hijito.

Con el cuerpo salvajemente quemado bajo los rayos ultravioletas, Schulze-Boysen y Harnack callan. Ante el fracaso de la ciencia se apela al arsenal de los suplicios medievales. La Gestapo moderniza el procedimiento de las «polainas» (según el diccionario Littré: «especie de tormento que consistía en apretar las piernas del criminal entre piezas de madera, con aristas sobre las cuales se golpeaba para aumentar la presión»). Se reemplazan las aristas por tornillos y se mejora la eficacia de la tortura aplicando las «polainas» en los brazos y las piernas. Sin duda los supliciados gritaron de dolor, pero no hablaron.

A Libertas Schulze-Boysen le aseguraron que sus delaciones le salvarían la vida. Contó todo lo que sabía que era casi todo. Lo poco que olvidó decir a Koppkow, se lo confesó a su codetenida, Gertrude Breiter, en realidad un «carnero» de la Gestapo. Libertas llegó hasta entregarle cartas comprometedoras para muchos, porque la otra le dijo que tenía un medio para sacarla de la cárcel. Las cartas fueron a engrosar el expediente policial. Hermosa hasta el punto que estaba prohibido interrogarla a solas, aventurera y un poco loca, Libertas estaba hecha, evidentemente, para recoger las rosas de la vida y se desgarró con sus espinas. El pastor Poelchau, limosnero de la prisión, dirá de ella: «Era una persona de escasa voluntad, muy inconsecuente, falta de sentido crítico y muy influenciable. Siempre tuvo el presentimiento de que saldría indemne de la aventura; cuando sobrevino la prueba, trató de hacerlo».

Para decir la verdad, Panzinger y Koppkow podían prescindir de las delaciones. A pesar de ciertas ingeniosidades casuales, como el reclutamiento de un Gollnow y los avisitos que recuerdan la técnica empleada por Trepper en Bruselas para conectar a Alamo con Grossvogel, la red berlinesa seguirá siendo esa organización en la que uno de los dos jefes usaba como seudónimo su propio nombre, Arvid, y firmaba así todos los telegramas. Harro Schulze-Boysen guardó silencio bajo el tormento pero había hablado suficientemente por teléfono antes de su arresto, y su línea estaba interceptada…

Hitler reclamó un castigo rápido y riguroso. Lo dijo Alexander Kraell, magistrado alemán, cuando debió declarar en el juicio de instrucción contra Manfred Roeder, en 1948. La noticia había estallado como una bomba, altos funcionarios estaban seriamente comprometidos. El Führer exigió el secreto más absoluto. El caso fue clasificado como «Secreto de Estado» y el simple hecho de hablar de él merecía la pena de muerte. Los acusados no eran judíos ni hombres de baja mentalidad. Prohibida toda mención a la radio y a la prensa. Los colegas de Schulze-Boysen creen que ha sido enviado en misión al extranjero. El ministerio de Economía sigue pagando su salario a Harnack y el ministro Funk sólo se enterará en el último momento de la traición de su adjunto. Pero la noticia acabó por filtrarse y fue murmurada al oído. Una vasta conspiración comunista acababa de ser descubierta en el Ministerio del Aire y otros departamentos. En apariencia, algunos fanáticos (por odio al régimen) pretendieron crear una organización de «recambio» ante un eventual triunfo soviético. En los salones, las antesalas de los ministerios, los pasillos de los cuarteles generales, se habla de ese absceso cuya pestilencia infecta al Tercer Reich; cada uno pretende saber algo y lo que no se sabe es inventado, el caso se convierte en un mito y las sospechas desbordan los límites, como sucede cuando un secreto no es absoluto. Berlín se estremece de horror y un poco de espanto, porque allí en las orillas del Volga… ¿cómo no establecer un lazo de causa-

efecto entre el veneno berlinés y la mortal parálisis que ha atacado a la Wehrmacht? Las palabras del almirante Canaris, jefe del Abwehr, son repetidas hasta el cansancio: «Esta red ha costado a Alemania la vida de doscientos mil soldados». Sin hablar de las consecuencias estratégicas.

Un castigo sin piedad y rápido es la voluntad del Führer y sería, sin duda, el deseo del pueblo, si el pueblo estuviera enterado.

Pero los lobos nazis tienen menos prisa o son menos rigurosos. Rondan en torno a la majada cautiva y cuentan con ojo avizor las ovejas negras mientras se esfuerzan por blanquear sus propias pieles. Goering es el más comprometido porque numerosos oficiales de la Luftwaffe formaban parte de la red. Schulze-Boysen era su jefe. Presintiendo el peligro, el Reichsmarschall reacciona con fuerza. Goering —lo cuenta Ribbentrop en sus Memorias, escritas en la cárcel de Nüremberg—, informó a Hitler del asunto de la red de espionaje llamada «la Orquesta Roja» en el que estaban comprometidos muchos oficiales de la Luftwaffe, arrojando la responsabilidad sobre un inocente funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores (no olvidemos la enemistad entre Goering y Ribbentrop). Hitler, que no tenía afecto por el personal de ese ministerio, dio su confianza a Goering y, para restablecer la verdad, Ribbentrop debió protestar enérgicamente.

Hitler duda del castigo rápido si éste debe seguir el curso normal de los procedimientos porque está prevista, en ese caso, una Corte Marcial formada por oficiales superiores. En cambio un Tribunal del Pueblo despacharía prestamente a los acusados. Cada día, cada hora de vida suplementarios concedidos a los prisioneros son para el Führer una injuria personal y quiere terminar con eso.

A la Gestapo tanta prisa le inquieta. Teme sentar un precedente y si se hace costumbre arrebatarle los prisioneros antes de sacarles todo el provecho posible, el trabajo se volverá imposible. Y las otras redes de espionaje pueden resultar menos fáciles de desmantelar que la sección berlinesa de la Orquesta Roja. Por su parte, Himmler quisiera enviar al matadero algunas ovejas negras, sobre todo si llevan la marca del ministro de Relaciones Exteriores, su odiado rival Ribbentrop. De este modo, él sería el único bonzo nazi, junto con Martin Bormann que no tendría parte en el escándalo. Himmler toma contacto con Goering, cuyo influjo sobre Hitler sigue siendo poderoso. El obeso mariscal está metido hasta el cuello en el baño de fango y tiene más interés que ningún otro en salpicar a sus colegas. Himmler le revela las perspectivas que ofrece la historia de Ilse Stöbe. Convencido, Goering sitia a Hitler y a fuerza de terquedad, vence: los acusados de la Orquesta Roja serán juzgados por una Corte Marcial de la Luftwaffe y no por un Tribunal del Pueblo. Esto dará algunos meses de respiro a la Gestapo y le permitirá explotar la pista Stöbe.

Ilse Stöbe, *alias* «Alte», funcionaria del servicio de información del ministro de Relaciones Exteriores y ángel guardián por cuenta de Moscú del consejero de embajada Rudolf von Scheliha. Ilse es una joven comunista convencida y sin misterio. Desde el punto de vista estético, esto estropea un poco la idea de pareja puesto que es una vulgar Mata-Hari, pero ¡qué alivio después de esos berlineses de motivaciones tan confusas y de conductas tan extrañas, difíciles de analizar, un espía que traiciona solamente por el amor de una mujer, por afición a los caballos y al juego!

En realidad, los sueldos de Scheliha y la dote de su esposa habrían bastado

para mantener el harén y la caballeriza, pero el baccará consumó su ruina. En 1937, acariciaba la idea de saltarse los sesos, única solución conveniente para el noble vástago de una familia de Silesia, cuando las buenas almas del Intelligence Service y del Centro intervinieron milagrosamente, pagaron las deudas de juego y lo salvaron de la muerte. Se ignoran sus trabajos ulteriores por cuenta de Londres. En Moscú, el Director, en un rasgo de humor, lo llamó «el ario», y este agente se hizo famoso entre los cajeros del Centro por la enormidad de las sumas otorgadas. En ese tiempo Scheliha era consejero de embajada en Varsovia

donde se jugaba una crucial partida diplomática. Informó sobre los esfuerzos alemanes para unir a Polonia con la coalición antisoviética y sus informes le fueron pagados con seis mil quinientos dólares por el Banco Chase National de Nueva York, a través del Crédito Lyonés, y depositados en su cuenta del banco de Zürich, Julius Bär.

En vísperas de la guerra, Scheliha fue llamado a Berlín, aunque no por eso dejó de asombrar a los cajeros moscovitas. Treinta mil marcos le fueron entregados en febrero de 1941, por mano de Ilse Stöbe, que trasmitía los informes de Scheliha. Cuatro meses después, la embajada soviética fue

llamada a Moscú, a raíz de la declaración de la guerra, se hizo necesario hallar otro sistema de comunicaciones y se recurrió a Kent. El
28 de agosto de 1941, seis semanas después del famoso telegrama de las tres direcciones, Kent recibió un mensaje con la orden de tomar contacto con
«Alte», 37 Wieseandstrasse, Berlín, para que ésta procurase un contacto radial independiente del grupo Schulze- Boysen. Aunque todavía la angustia por Moscú no se había producido y los tanques alemanes se dirigían hacia el sur, la dirección de Ilse Stöbe figuraba en el telegrama, de modo que el Director bien pudo ser el angustiado personaje

que dijimos antes, obligado a sacrificar a un puñado de agentes para salvar a su patria, pero lo mismo es posible que haya sido un apacible burócrata convencido del hermetismo de sus códigos. En tal caso, los berlineses, en lugar de haber sido sacrificados a imperiosas necesidades superiores, pueden haber resultado víctimas de la presunción de un tonto, lo cual resultaría aun más amargo.

Un solo hombre bastó a Kent para arreglar los problemas Schulze-Boysen- Harnack y Stöbe-Scheliha. Recordemos que presentó al pianista aficionado de Schulze-Boysen un especialista en trasmisiones y que el aficionado recibió

de él algunas provechosas lecciones. Se trataba de Kurt Schulze, ex radiotelegrafista de la marina. Kent le confió un código y le presentó a Ilse Stöbe, con el encargo de emitir desde ese momento los informes de Scheliha.

El telegrama que daba la dirección de «Alte» fue decriptado como el otro. El 12 de setiembre de 1942, Ilse se reunió con sus compañeros en la prisión. Rehusó declarar nada, a pesar del texto acusador. Se prosiguió interrogándola. Pero no fue tan sólo para obtener su confesión que Himmler y Goering querían ganar tiempo: esperaban obtener mucho más gracias a otro mensaje interceptado. A principios de setiembre

la estación receptora alemana de Praga capta y decripta el siguiente telegrama enviado por el Director a una red de resistencia checa: «Advertir a “Alte”, Berlín,
Charlottenburg 37
Wielandstrasse, llegada próxima de Köster».

Una mujer de la Gestapo se instala en el departamento de Ilse Stöbe. Dos policías se emboscan en un cuarto del inmueble de enfrente. Está lista la trampa para atrapar a

«Köster» y puede ser que así el ministerio de Relaciones Exteriores se vea metido en el escándalo de la Orquesta Roja.

Pero un trueno petrifica de repente a los lobos nazis, tan ocupados en tenderse trampas entre sí, y de un golpe los vuelve solidarios: el asunto de los documentos de Estocolmo.

25

El último combate de Schulze- Boysen

El 30 de setiembre, el capitán de navío Eric Schulze, llegado de Holanda, entró en el inmueble de la Gestapo, Prinz Albrechstrasse, para visitar a su hijo, Harro Schulze-Boysen. Aunque los padres de los otros presos habían solicitado un permiso igual, sus pedidos fueron rechazados sin piedad hasta el último día. Los acusados estaban bajo incomunicación, salvo el jefe a quien su padre iba a ver. Según la leyenda negra vigente, aún hoy, entre los ex miembros de la Abwehr y la Gestapo, Eric Schulze, ferviente patriota, sacó un revólver apenas se vio en presencia de su hijo e intentó abatirlo, debiendo ser reducido para evitarlo.

Éste es su relato:

«Fui conducido al primer piso del inmueble por el comisario Koppkow, colaborador de Panzinger, y esperé dos minutos en una oficina desocupada. Se abrió una puerta secreta y entró Harro acompañado por Koppkow y otro comisario. Caminaba pesadamente, como si ya no tuviera la costumbre de andar, aunque muy erguido; sus manos, unidas en la espalda, no tenían esposas. Su rostro estaba palidísimo, terriblemente demacrado, con profundas ojeras. Pero me dio la impresión de un hombre cuidado, como si se hubiera preparado para la entrevista, vestido con un traje gris y una camisa azul. Tomé su mano, lo llevé hasta un sillón y me instalé en otro a su lado, muy cerca. Volví a tomar sus manos y las conservé entre las mías durante toda nuestra conversación. La presión de nuestras manos fue como un diálogo íntimo entre nosotros.

”Los dos comisarios tomaron asiento detrás de un escritorio y nos vigilaron. Uno de ellos parecía escribir un acta.

”Dije a Harro que había ido para ayudarlo, movido por mis sentimientos paternales, que iba a combatir a su lado, que quería saber cómo podía ayudarlo y por qué había sido detenido. Al mismo tiempo le trasmití los recuerdos de su madre, que también estaba en Berlín, y de su hermano. No les permitieron verlo. Me respondió muy sereno, pero con mucha firmeza: era imposible ayudarlo, sería una lucha sin esperanzas. Hacía años que traicionaba a su país en pleno conocimiento de causa, es decir, que había combatido el régimen vigente como podía y donde podía. Era perfectamente consciente de las consecuencias y estaba dispuesto a soportarlas.

”Entonces uno de los comisarios, hasta entonces mudo, hizo una pregunta relativa a un asunto que preocupaba a la Gestapo y del cual Panzinger me había hablado ya. Se sospechaba por ciertos indicios que Harro había pasado al extranjero, antes de su detención, documentos secretos de extrema importancia, probablemente revelaciones referentes a los crímenes de los nazis, con el probable objetivo de obtener una especie de

garantía para él y sus amigos en el caso de ser descubiertos. Hasta ese momento Harro se había negado a proporcionar la menor indicación al respecto, pero tal vez ahora estaría dispuesto a hablar».

Es la trampa. El pánico reina entre los nazis desde que Schulze-Boysen ha dado a entender que ha enviado a Estocolmo algunos expedientes ultrasecretos muy comprometedores. Sobre la cabeza de los jerarcas pende no una espada de Damocles, sino una especie de repugnante cuba llena de barro, sangre y excrementos: sus propios crímenes, las torturas, las ejecuciones masivas, los campos de exterminación.

Depende de Schulze-Boysen que esa bosta caiga sobre ellos manchando las caras que no son por cierto angelicales para nadie, pero de las cuales el mundo ignora aún en 1942 hasta qué punto son asquerosas. Ellos lo saben y tienen miedo. Harro amenaza: «Me bastaría con tocar un botón». Los documentos serían trasmitidos a Londres o a Moscú, vaya a saber. Hasta se desconoce su contenido, lo que permite cualquier suposición.

Como de costumbre, se recurre primero al terror físico y Goering ordena a la Gestapo «que se empleen todos los medios para obligar a Schulze- Boysen a revelar los hechos». Himmler firma una autorización oficial para un interrogatorio «reforzado». En la jerga policial significa que se puede azotar al prisionero. El suplicio aplicado a Schulze-Boysen fue reglamentariamente anotado en el acta. Atroz payasada y mascarada vana, ¿qué son algunos latigazos para quien soporta las polainas sin doblegarse?

En vista de que no es posible quebrar a Schulze-Boysen, se intenta ablandarlo con la visita del padre.

«Harro —prosigue éste— rechazó con firmeza su pregunta. El final de nuestra entrevista fue de orden personal, íntimo, pero frente a los dos comisarios, Harro y yo nos cuidamos de exteriorizar nuestros sentimientos más profundos. Por fin el dolor me venció y me puse de pie, diciendo: "El camino que se abre ante ti es muy duro, no quiero hacerlo más penoso. Me voy". Se irguió frente a mí, me miró con orgullo, pero por primera vez los ojos se nos llenaron de lágrimas. Sólo pude decirle: "Siempre te he querido". Me respondió con dulzura: "Lo sé". Le tendí las dos manos y desde la puerta me volví para mirarlo otra vez y le hice un signo con la cabeza. "Los dos sentimos que era la última vez que nos veíamos».

Al departamento de Ilse Stöbe va un muchacho muy joven y, engañado, entrega a la mujer de la Gestapo, que se hace pasar por Ilse, un sobre. Dentro hay un papel que dice: «Köster llegará probablemente el 20 de octubre; arreglar contacto Köster-Scheliha».

La Gestapo se entera en el ministerio de Relaciones Exteriores que Scheliha está en Suiza, de vacaciones, cerca de Constanza. Sin duda ha huido, alertado por el arresto de Ilse Stöbe. Panzinger en persona va a Constanza, pero ¿cómo detener por la fuerza a Scheliha?

Nadie aparece por la casa de Ilse ni el 21 de octubre, ni en los días subsiguientes. En la noche del 22 al 23, la Luftwaffe señala el paso de un avión ruso por Prusia Oriental. El bombardero se aleja sin tirar ninguna bomba. Ha hecho algo diferente y Köster, lanzado con paracaídas, ha acudido a la cita. En realidad es Heinz Köhnen, hijo de un

ex diputado comunista del Reichstag. El padre de Heinz está en Londres, desde donde incita a los alemanes antinazis a la rebelión. El hijo se ha refugiado en Moscú y forma parte de la «Operación Paracaídas», cuya misión es reforzar la red alemana. Los otros paracaidistas han caído en manos de la Gestapo. Köhnen debe ir a Berlín, entrar en contacto con Scheliha y despertar su celo. Hace tiempo que los informes del consejero de embajada son escasos y mediocres aunque tienen acceso a los arcanos de la diplomacia. Sin duda siente miedo, Berlín en 1942 no es la alegre Varsovia de la preguerra y tal vez Scheliha quiera retirarse del «juego». Pero no se trata de una mesa de baccará y Heinz Köhnen viene de Moscú para refrescarle la memoria, portador de ocho mil marcos y del viejo recibo que data de 1938. Si esto no basta para reavivar el entusiasmo de Scheliha, la amenaza de entregar el recibo a la Gestapo lo hará reflexionar.

Entretanto, la Gestapo se entera de algo sorprendente: él próximo retorno de Scheliha (informe de un agente suizo). ¿Es acaso inocente? Al conocer el arresto de «Alte», ¿los servicios soviéticos se aprestan a lanzar a la Gestapo por una pista falsa? Panzinger se limita a vigilar el puesto fronterizo de Constanza, espiando la llegada del diplomático para caer sobre él.

El 26 de octubre, a eso de las cinco de la tarde, Köhnen va al departamento de Ilse y es recibido por la mujer de la Gestapo, a quien entrega una valija. Pide una cita con Scheliha y ella, le propone un encuentro en el café Adler esa misma tarde. Köhnen ha murmurado amenazas contra Scheliha y ha mostrado a la dueña de casa (él supone que es «Alte») el recibo de seis mil quinientos dólares firmado por el diplomático en 1938.

Heinz Köhnen, «Köster», va a la cita y es arrestado. No sabemos si fue torturado o habló libremente, aplastado por la evidencia de que la Gestapo estaba al tanto de todo, merced al arresto anterior de los cuatro paracaidistas. Lo cierto es que habló y también habló Ilse Stöbe, convencida de que su silencio de nada servía ya. Rudolf von Scheliha habla desde el momento mismo en que es detenido en el puesto fronterizo de Constanza. Goering ha logrado comprometer a Ribbentrop y Himmler, ha completado su muestrario: aparte de sus S. S. y de la cancillería de Bormann, los restantes organismos del Reich tendrán un representante en el banco de los acusados.

Pero no se puede abrir el proceso antes de arreglar la cuestión de los documentos de Estocolmo.

Nadie sabe cuales eran los pensamientos que agitaban a Schulze- Boysen en su celda y es difícil comprender las acciones de un hombre que tiene una sola carta en la mano de la cual depende su vida. Harro fue magnífico hasta el fin logrando, desde el fondo de su celda, hacer temblar a los bonzos nazis. Otro se hubiera aferrado desesperadamente a ese último cable de salvación, hubiera advertido a Koppkow y a Panzinger que los documentos de Estocolmo serían publicados en cuanto fuera ejecutado un miembro de la red y luego habría aguardado el resultado del trato. Harro no esperó y jugó limpio.

¡Con la Gestapo! Declaró a Panzinger que estaba dispuesto a revelar el escondite de los expedientes si le garantizaban que ninguna ejecución tendría lugar antes del 31 de diciembre de 1943, un año después. Estaba convencido, pues, que Hitler habría perdido la guerra

para entonces. La Gestapo informó a las autoridades supremas: Himmler, Goering y el mismo Führer. Se cerró el trato. Schulze- Boysen exigió que su padre estuviera presente en la entrevista y que, ante él, la Gestapo reiterara su promesa.

Eric Schulze cuenta: «Harro entró en el cuarto con una sonrisa confiada. Panzinger le confirmó solemnemente que el acuerdo entraría en vigor en cuanto dijera la verdad sobre el escondite de los documentos, cualquiera fuese éste. Harro declaró: "Los documentos no se han movido de los armarios del ministerio del Aire. A conciencia desperté las sospechas de la Gestapo para tener en la mano un medio de presión". El estupor de los comisarios es indescriptible. Al cabo de unos instantes, Panzinger declaró que las condiciones del contrato se habían cumplido y que por consiguiente el acuerdo era válido».

Como frase de reconocimiento, Harro Schulze-Boysen solía elegir una cita del poeta Stefan George: «Una mirada franca y una mano firme son más elocuentes que las palabras».

El día de la primera audiencia del juicio, un equipo de obreros trabaja ya en el local de la prisión de Plotzensee donde son decapitados los condenados a muerte. Fijan en el cielorraso un riel de acero provisto de ganchos movibles. El personal de la prisión no entiende el porqué de la precipitada instalación (clasificada como «importante y urgente») porque el Código penal es formal: todo condenado a muerte debe ser fusilado o decapitado; no se ahorca en Alemania.

La Corte está compuesta por oficiales superiores. La acusación será sostenida por el fiscal Manfred Roeder. Oberstgerichsrat de la Luftwaffe, a quien su celo fanático vale el sobrenombre de «sabueso de Hitler». Los abogados, designados de oficio, no han tenido tiempo de estudiar el expediente; al parecer, algunos no sentían el menor deseo de hacerlo.

En el banco de los acusados, trece miembros de la Orquesta Roja. Los Schulze-Boysen y los Harnack forman parte de esta primera hornada. Están también Horst Heilmann, del equipo de Kludow; Herbert Gollnow, el joven ambicioso que denunció a los fugitivos del Cáucaso; Kurt Schulze, radioperador de Scheliha y su alumno Hans Coppi, el pianista aficionado de Schulze-Boysen. Y Johann Graudenz, ex corresponsal de la *United Press* en Moscú y del *New York Times* en Berlín, encargado del enlace entre las fábricas de armamentos y la Luftwaffe, comunicaba a Schulze- Boysen las cifras de la producción aeronáutica alemana y los detalles sobre el tipo de los aviones, su capacidad de vuelo y su armamento. El escultor Schumacher está acompañado por su mujer, Elisabeth. Kent ha admitido haberlos conocido en su viaje a Berlín. Al lado del comunista Schumacher, el reaccionario Erwin Gerlits, aficionado al espiritismo y cliente de la tiradora de cartas, Anna Krause.

Está por fin una joven mujer de sonrisa radiante, muy hermosa, desbordante de vida: la condesa Erika von Brockdorf. Como Elisabeth Schumacher, trabajaba en el ministerio de Trabajo. Su marido es oficial. Ha ocultado en su casa el trasmisor de Coppi y alojado a los paracaidistas. Al fiscal Roeder, cuando éste, irritado al verla asistir a su juicio como a una fiesta le grita la siniestra advertencia: «¡Pronto se le quitarán las ganas de reírse!», responde: «No mientras lo vea».

Los trece acusados saben que les espera el castigo supremo. Harro Schulze-Boysen

aguarda, sin duda, que la pena de muerte, en caso de ser pronunciada, no les será aplicada hasta dentro de un año. En cuanto a Libertas, está segura de que saldrá del paso con una ligera condena, a lo mejor la indultan al final del proceso. El informe del fiscal se basa casi enteramente en sus declaraciones y los señores de la Gestapo han explicado a Libertas que en Inglaterra a un «testigo de la Corona» sus delaciones y su testimonio contra sus cómplices le valen la impunidad. Libertas, «testigo de la Gestapo», se beneficiará con ese mismo privilegio.

¿Por qué no? Es cierto que nada semejante ha sido previsto en los códigos alemanes, pero hace tiempo que la justicia en Alemania no tiene en cuenta los códigos, Libertas está convencida de que escapará al castigo. Ignoramos los sentimientos de los demás cuando tomaron asiento en el banco de los acusados. Sin duda el miedo y probablemente la esperanza, porque la esperanza es tenaz. Salvo Arvid Harnack, cuyo rostro expresa solamente una profunda melancolía. Y Erika von Brockdorf, cuya sonrisa está más allá del miedo y de la esperanza.

El proceso se desarrolla a puertas cerradas pero hay algunos espectadores en la sala: oficiales de la Gestapo y representantes de los diversos ministerios implicados en el escándalo. Ellos no dudan de que los trece acusados están destinados al suplicio al finalizar una audiencia puramente formal. Se equivocan. La Corte volverá de las deliberaciones con once condenas a muerte.

Roeder estuvo a la altura de su reputación. Le bastaba con probar que los acusados se habían dedicado al espionaje para obtener sus cabezas y tenía la prueba dentro de su carpeta. Pero la vida de los trece había dejado de interesarle, puesto que la consideraba ganada y se encarnizó contra su memoria. Acusó a Schulze-Boysen de haber malversado los fondos de la organización. Habló largamente de las «veladas catorce puntos», y en lugar de limitarse a mostrar a los jueces el organigrama de la red, prefirió hacer el detallado esquema de las relaciones amorosas de sus miembros. El propósito era, obviamente, lanzar fango a las caras de los acusados. Pero ¿para quiénes lo hacía? El público ignoraba el proceso y Roeder y los jueces estaban convencidos de que jamás se enteraría. Los jefes de la Gestapo y los oficiales nazis presentes en la sala no eran hombres que se conmovieran ante ciertas facetas sexuales; además, conocían bien a los acusados. ¿La posteridad? Si, era por ella que el fiscal estaba obligado a exhibir sus imágenes pornográficas, pero olvidaba que la posteridad no está a las órdenes de las cortes marciales y que su veredicto suele diferir del de sus juicios.

Arvid Harnack, con voz cansada y sorda, se limitó a una declaración de principios: «He actuado con la convicción de que los ideales de la Unión Soviética abren el camino de la salvación para el mundo. Mi fin ha sido la destrucción del régimen hitlerista por cualquier medio». Schulze-Boysen se batió como un león, negando cada detalle que no estuviera positivamente probado. De acusado se convirtió en acusador y pegó en el estómago a sus adversarios con sus intervenciones en las que ardían, siempre intactas, su pasión y su vehemencia. Fue necesario imponerle silencio. Los otros estuvieron a su altura. Un oficial presente en la audiencia nos dirá: «En realidad todos se comportaron de una manera espléndida. Salvo Libertas».

Once condenas a muerte. Dos mujeres salvaban sus vidas: Mildred Harnack, seis años de prisión. Erika von Brockdorf, diez años.

«Cuando el veredicto fue pronunciado, cuenta el abogado Behse, Libertas gritó y se desmayó. Aunque más de una vez la había instado a tomar conciencia de la situación, y a prepararse para lo peor, se mantuvo hasta ese momento confiada y optimista. Y aun entonces me explicaba que la Gestapo le había prometido, como recompensa a sus confesiones, una pena liviana y hasta la libertad…».

En principio la sentencia estaba sometida a la ratificación del presidente de la Corte Marcial, quien podía confirmarla o invalidarla. Pero en este preciso caso, Hitler se había reservado el privilegio, como precio a su renuncia a un Tribunal del Pueblo. La suerte de los trece estaba, pues, en sus manos.

Un mensajero fue a rendir cuentas a Goering de la sentencia al instante. Según el Generaloberstabrichter Lehmann, su reacción fue violenta. Estalló ante las palabras «pena de prisión» y dijo que jamás el Führer prestaría su acuerdo. Horas después, Hitler fue informado por su ayuda de campo, el almirante Puttkamer. Confirmó las penas de muerte, invalidó las de prisión y ordenó un nuevo proceso para Mildred Harnack y Erika von Brockdorf. Tres días después, el 22 de diciembre de 1942, once fueron a la muerte. La ejecución de Herbert Gollnow y del coronel Gehrts fue aplazada porque se tenía necesidad de ellos para el segundo proceso de Mildred Harnack, pero Rudolf von Scheliha e Ilse Stöbe ocuparon sus lugares tras haber sido condenados, a su vez, a muerte.

El 22 de diciembre fue un día lúgubre y frío, un viento glacial del este barría a Berlín y oscureció antes de lo habitual. Sin embargo la tradición navideña está tan fuertemente arraigada en los corazones alemanes que aun ese día, a pesar de la guerra, los malos vientos y las malas nuevas que soplaban del este, a pesar de las penas y de la miseria, en las calles de Berlín había algo semejante a un reflejo de las fiestas de antaño.

Las mujeres fueron decapitadas, conforme a la ley. Para rematar el calvario de Libertas, le revelaron que su compañera de celda y confidente, Gertrud Breiter, pertenecía a la Gestapo. Libertas escribió a su madre, pocas horas antes de morir:

«He debido beber la copa hasta las heces y enterarme de que una persona en quien tenía plena confianza, Gertrud Breiter, nos ha traicionado a ti y a mí.

Cosecha ahora lo que has sembrado
Porque quien traiciona será traicionado.

Por egoísmo traicioné a mis amigos. Quería estar en libertad y volver a ti, pero créeme, habría sufrido inmensamente por mi falta».

Según la leyenda negra de la Gestapo, Libertas había seducido a un joven guardia de los S. S. en la Prinz-Albrechtstrasse. Sus precipitados amores fingieron ser ignorados y habiendo obtenido que su amante la acompañase hasta el final, se hizo hacer el amor por última vez en el coche que la llevaba al suplicio.

Al día siguiente, el 23 de diciembre, la hermosa condesa Thora Eulenburg, renombrada pianista, recorrió Berlín bajo un frío glacial llamando a la puerta de todas las cárceles para que entregaran a su hija el paquete de Navidad que le había preparado. En todas partes fue rechazada pero no le dijeron que Libertas había sido ejecutada horas antes. Entonces, agotada, loca de angustia, la pobre mujer fue a casa de su amigo, el mariscal Goering quien solía pedirle que tocara el piano para sus invitados. Goering simuló ignorancia. Probablemente sabía que el cuerpo decapitado de Libertas, en ese mismo momento, había sido entregado al bisturí de un médico legista. Porque en seguida de la ejecución, Roeder fue advertido de un rumor según el cual Libertas estaría encinta por obra de su S. S. Como la ley alemana no admite la ejecución de una mujer encinta hasta que se produzca el alumbramiento, Libertas había hallado viable este medio de obtener un aplazamiento. El implacable Roeder ordenó una autopsia; fue negativa.

Los ocho hombres habían sido transferidos de la Prinz-Albrechtstrasse a la prisión de Plötzensee en horas de la tarde. Antes de salir de su celda, Harro disimuló en un intersticio del muro un poema que acababa de escribir. Previno a otro prisionero quien antes de ser ejecutado dijo el secreto a un tercero. Éste último sobrevivió y después de la guerra registró las ruinas del inmueble. Milagrosamente el poema estaba intacto. Termina con la siguiente estrofa:

«Los últimos argumentos
No son la cuerda ni el cuchillo Y nuestros jueces de hoy
No se sentarán en el Juicio Final».

Los encerraron en ocho celdas de la Tercera División. Las puertas fueron mantenidas abiertas para facilitar la vigilancia de los guardianes. Cada condenado tuvo derecho a escribir una carta de despedida.

Arvid Harnack escribió a su familia:

Queridos todos:
Voy a dejar la vida en las próximas horas. Quisiera una vez más agradecerles todo el amor que me han dado, sobre todo en estos últimos tiempos. El pensamiento de ese amor hizo mi carga ligera. Por lo tanto estoy sereno y feliz. Pienso también en la Naturaleza prodigiosa de la que estoy tan cerca. Esta mañana recité en voz alta:

¡El sol, según el antiguo rito Mezcla su voz al armonioso coro de las esferas
Y acaba su prescripto viaje Con pasos rotundos!

Pero ante todo pienso en la humanidad en plena evolución. Éstos son los tres fundamentos de mi fuerza.
Me ha hecho particularmente feliz el saber que pronto habrá un compromiso en la familia. Me gustaría que mi anillo (de sello) que heredé de mi padre, sea dado a F., y L. podría así usar el suyo. Mi anillo les será enviado con mis pertenencias.
Esta tarde organizaré una pequeña velada de Navidad leyendo su historia. Luego habrá

llegado la hora de partir. Me habría gustado verlos a todos una vez más pero, por desgracia, no ha sido posible. Mis pensamientos van hacia ustedes, no olvidaré a nadie, todos deben saberlo, sobre todo mamá.
Los abrazo a todos por última vez

Vuestro Arvid.

P. S. —Es necesario que festejen la Navidad como siempre. Es mi último deseo. Y canten además:
«Invoco el poder del amor».

Harro Schulze-Boysen escribió:
Queridos padres:
Ha llegado el momento: dentro de pocas horas abandonaré mi «yo». Estoy perfectamente sereno y les ruego que ustedes lo estén también; les ruego que reciban impasiblemente la noticia. Cosas tan importantes están en juego actualmente, sobre esta tierra, que una vida humana que se apaga no cuenta mucho.
De lo que fui, de lo que hice, no quiero hablar más. Todo lo que realicé lo llevé a cabo con mi cabeza, mi corazón y por convicción. En tales condiciones deben aceptarlo ustedes, mis padres. Se los ruego.
Esta muerte me conviene. De todos modos siempre supe que sería así. Es «mi muerte personal», como decía Rilke.
Sólo cuando pienso en ustedes se me oprime el corazón, mis muy queridos. Libertas está cerca de mí y compartirá mi suerte en el mismo momento. Ustedes sienten a la vez la pérdida y la vergüenza y esto no lo han merecido. El tiempo suavizará el dolor, no sólo lo espero sino que estoy convencido de ello. No soy más que un pionero con mis impetuosos arranques y mis intenciones a veces un poco confusas. Créanme que el tiempo, que es justo, hará que todo madure.
Pensaré hasta el final en la última mirada de mi padre, pensaré en las lágrimas de Navidad de mi madrecita querida. He necesitado estos últimos meses para acercarme así a ustedes, yo, el hijo pródigo que ha vuelto del todo al hogar. Después de tanta impetuosidad y de tanta pasión, después de tantos caminos que a ustedes les parecieron tan extraños, por fin encontré el camino de la casa.
Pienso en el buen H. y estoy contento de que mejore. Mis pensamientos regresan a Friburgo donde vi a Helga y a los suyos por primera y última vez. Sí, evoco el recuerdo de muchos otros, el recuerdo de una vida plena y hermosa por la que les debo tanto, tanto que nunca devolví.
Si estuvieran aquí, y lo están aunque invisibles, podrían verme reír ante la muerte. Hace tiempo que la he vencido. En Europa se acostumbra a hacer con sangre el fermento del espíritu. Es posible que hayamos sido unos imbéciles solamente. Pero tan cerca de la muerte, uno tiene derecho a una pequeña ilusión personal.
Sí, y ahora les doy la mano a todos y, en seguida, depositaré aquí una lágrima (una sola) como sello y prueba de mi amor.

Vuestro Harro.

El limosnero Poelchau se enteró por casualidad de la llegada a Plötzensee de un grupo de condenados a muerte. En seguida fue a la prisión y visitó las celdas una por una. El escultor Schumacher le causó una profunda impresión. A pocas horas de la muerte irradiaba alegría. Por lo contrario, Harro parecía encolerizado como si bufara ante un obstáculo. No porque tuviera miedo, su serenidad era total. Pero sufría por las oportunidades de actuar que le eran quitadas, como un soldado vencido, desgarrado en el instante de rendir sus armas al enemigo. Harro Schulze-Boysen debía contenerse para aceptar la evidencia del final del combate y de que debía entregar a la muerte su coraje y su fuerza. El poema escrito en su celda lanzaba este grito:

«Con la muerte en la garganta cuanto amas la vida…
Y cuan colmada está el alma
de aquel que la lanzaba ante sí».

Fue preciso encender muy temprano las lamparillas de las celdas; afuera era casi de noche. Los guardianes iban y venían por el corredor. Inhumanos, semejantes a robots, se encerraban en un silencio hostil. En cualquier cárcel del mundo, los guardianes fraternizan durante los últimos instantes de un condenado aunque haya cometido monstruosos crímenes. No sabemos si los de Plötzensee eran, realmente implacables o si se volvieron así para los condenados de la Orquesta Roja.

Un oficial llegó primero y fue a ver a Scheliha; Ribbentrop había solicitado un aplazamiento para el consejero de embajada pretextando que éste no había concluido aún el inventario de los informes pasados a Rusia desde 1937. Se aguardaba la respuesta al pedido. Como podía sufrir una demora, el ministerio de Relaciones Exteriores prefirió enviar a Plötzensee a uno de sus funcionarios, Karl Hofman (el nombre es un seudónimo dado por el autor); en caso de que la respuesta fuera favorable, ya estaría allí.

Hofman conocía a Scheliha. Lo encontraba encantador y esperaba que obtendría el aplazamiento de la ejecución. Sin lugar a dudas Scheliha era un traidor, pero Hofman pensaba que habría tenido una posibilidad de salvar su vida si no lo hubieran metido en el mismo saco con los de la Orquesta Roja. El limosnero Poelchau halló a Arvid Harnack tranquilo y sereno. Estaba dispuesto a morir por sus convicciones aun sabiendo que ese sacrificio no salvaría a Alemania. Dijo al pastor su angustia por el pueblo alemán cuya alma había sido corrompida por Hitler. Luego le pidió que recitara los versos del *Orfeo* de Goethe. Cuando el limosnero hubo terminado le rogó que le leyera en la Biblia los versículos de la Navidad.

Hans Coppi, el radioperador de Schulze-Boysen, pensaba sin duda en su hijo, venido al mundo el 27 de noviembre próximo pasado en la cárcel donde estaba encerrada su mujer, Hilde. Cuando se enteró del nacimiento, Hans escribió a Hilde una carta en la que la exhortaba a no atormentarse por el porvenir y a gozar de la gran dicha que el presente les ofrecía. Para él esa dicha había durado veintiséis días.

El aplazamiento no llegaba. Hofman, oprimido por la crueldad de aquellas interminables horas, vio por fin que los guardianes se acercaban a los condenados para prepararlos. Les cortaron los cabellos y los hicieron cambiar de ropas. Luego se presentaron los oficiales.

El pastor Poelchau se quejó a Roeder por no haber sido informado oficialmente de la ejecución. El fiscal respondió: «No estaba prevista la participación de un eclesiástico».

Los guardias hicieron salir a los condenados de sus celdas y los reunieron en el corredor. Se empezó a pasar lista. Luego se ordenó a los ocho condenados que avanzaran hacia la puerta del corredor. Echaron a andar con paso firme, alta la cabeza, salvo Scheliha quien, se revolcó sobre el piso gritando que no quería ser ejecutado. Le era más difícil la aceptación de la muerte que a los demás porque él moría por algunos millares de dólares.

La puerta del corredor daba a un patio. Unos metros más allá estaba el local donde tenían lugar las ejecuciones. Un cortinado ocultaba la sala. El cortejo se detuvo, se alzó uno de los extremos del cortinado y aparecieron los verdugos. Eran tres, vestidos con levita de ceremonia, guantes blancos y sombrero de copa. Se hicieron cargo de los condenados y los condujeron del otro lado del cortinado, seguidos por los oficiales. El limosnero Poelchau no obtuvo permiso para acompañarlos.

En el interior, nueva detención frente a la puerta. El presidente de la Corte Marcial leyó las ocho condenas a pocos metros de la guillotina que se alzaba en el centro de la sala. Luego los condenados echaron a andar nuevamente y dejaron atrás la guillotina; a través de una puerta entreabierta vieron sus féretros alineados en el interior de un cobertizo. Al fondo los obreros habían fabricado cuatro boxes con grandes hojas de papel negro; colgando del riel de acero pendía una cuerda en cada uno de los boxes. Era preciso subir a un taburete; uno de los verdugos pasaba la cuerda en torno al cuello del condenado en tanto que el otro retiraba el taburete. Esta muerte, elegida por Hitler, lo complacía por dos razones: su carácter envilecedor y los padecimientos que provocaba. Con la guillotina todo concluía en once segundos en tanto que los verdugos de Plötzensee habían sido prevenidos por el médico de la cárcel de la necesidad de no descolgar a los ahorcados antes de veinte minutos, porque de lo contrario no podría él verificar el deceso.

El fiscal Roeder salió de la sala de ejecución diciendo: «Ese Schulze- Boysen murió como un hombre».

«Después —escribe el limosnero Poelchau— reinó el silencio. Los guardias se dispersaron y los oficiales se marcharon. Esa noche el guardián de turno recorrió el corredor con el llavero en la mano. Fue cerrando las puertas de las celdas ahora vacías y apagó las luces una tras otra.

”En todas partes reinaba la noche».

26

El gran juego

Franz Fortner es formal: «No asistí a todos los interrogatorios, ni mucho menos, porque después de su arresto regresé a Bruselas donde me reclamaba mi tarea. Pero puedo garantizarle una cosa: si el Gran Jefe habló no fue por miedo a la tortura ni por salvar el pellejo. Era un hombre sin miedo. Nada que ver con un Raichman o un Wenzel.

Aun bajo la tortura no habría dicho nada, estoy convencido de ello, si su decisión era el

silencio. Mire, comprendí su actitud mucho después, cuando la guerra terminó y se conocieron mejor los métodos del espionaje soviético. Sí, se mostró muy inteligente, muy ducho y nos engañó a todos. Los rusos siempre arman tres redes: una activa, una de reserva y una "durmiente". Cuando la red activa está liquidada no pierden tiempo en salvar las pertenencias, trazan una cruz y se acabó. Entra entonces en acción la red de reserva con su jefe, su estado mayor, sus agentes de enlace y sus radios. La red "durmiente" pasa a la reserva lista

para tomar el relevo en cuanto se produzca el próximo golpe. ¿Se da cuenta de la astucia? Trepper nos tiraba algunas miguitas y mientras nosotros perdíamos el tiempo limpiando los restos de su red, la otra, la red de reserva, ocupaba tranquilamente el lugar vacío. Trepper habló, es cierto, pero lo hizo cumpliendo órdenes. Era su deber. Parecerá extraño, pero si se callaba traicionaba a Moscú».

Poco importan las debilidades de la explicación de Fortner. Lo esencial es que existe, que hay en ella una sentida necesidad de una justificación lógica. Fortner detuvo al Gran Jefe y pasó con él algunas horas. Está convencido de

que ni el temor a los sufrimientos, ni el de la muerte lo impulsaron a hablar. Pero lo cierto es que habló, lo atestiguan los informes de la Gestapo. Entonces, hubo un motivo, ¿cuál?

Los especialistas franceses son unánimes; Trepper, detenido sólo pensó en proteger al partido comunista y a sus organizaciones satélites. El arresto del Comité central era un objetivo encarnizado de la Gestapo y a él se dedicó hasta el último día de la ocupación de Francia; los archivos muestran cuan cerca estuvo del éxito. Dejó en libertad a importantes jefes comunistas esperando que ellos lo condujeran al santuario mismo. Pero el

Comité central actuó con extrema prudencia. Lo dice, Remy, el jefe de la Resistencia, cuando reconoce que «los comunistas pueden darnos lecciones en materia de prudencia». Es lógico. El arresto del Comité hubiera asestado un golpe mortal a la Resistencia comunista en su totalidad. Trepper ofrecía a la Gestapo una posibilidad de llegar hasta él.

Dilema cruel y simple a la vez. Trepper pudo elegir el silencio. Significaba el suplicio, y está loco quien prejuzgue que será estoico cuando se lo someta a la tortura. Por lo contrario, podía salvar a los que no habían caído presos, convencer a la Gestapo de su

buena voluntad y, diciendo bastante, dar a entender que lo había dicho todo para evitar que se le exigiera el resto. Ante semejante balance, tan tremendo, el peso de Katz y de Grossvogel resultaba leve. Tampoco pesaban mucho Maximovitch y Käthe Voelkner. ¿De qué servían las «fuentes» si no existía la red que las aprovechase?

Tal fue el razonamiento de los especialistas y su explicación no carecía de fuerza. Pero si la hipótesis resultaba verosímil, eso no significaba que fuera exacta. La actitud de Trepper, ¿fue de veras determinada por el razonamiento que le atribuían?

Fui a Stuttgart a preguntárselo a
Heinrich Reiser.

Era Hauptsturmführer S. S., pero, como Giering y Berg, un viejo policía reclutado por Himmler. Especialista en el contraespionaje antes de la toma del poder por los nazis. Destinado a París desde los comienzos de la ocupación. Giering, el jefe del Kommando debía viajar frecuentemente a Bruselas y Berlín. El elefante Reiser (es un hombre de un tamaño excepcional) no se movía de París. Giering supervisaba el nivel internacional y Reiser, su adjunto, mandaba en París.

Reiser declara haber luchado contra la Orquesta Roja antes de la creación del Kommando. A él se debe el arresto de los Sokol. Ignoraba que trabajaran para los rusos y supuso que formaban parte de una red de resistencia local, bajo las órdenes de Londres. Reiser encuentra que la guerra fue estúpida y trágica a la vez. Es un aficionado a las letras francesas y aún hoy va al Instituto Francés de Stuttgart. Aunque sus escritores preferidos son Henry Bordeaux y René Bazin, no deja de leer a «esa existencialista que se llama Simone de Beauvoir».

Dice: «En cuanto llegué a París dije a mis hombres que no era cuestión de maltratar a los prisioneros. En mi servicio nunca se torturó. Al final de la guerra salimos de nuestro proceso con un no ha lugar. A los recalcitrantes, es cierto, se los enviaba a un servicio especial independiente, el de los interrogatorios "reforzados" donde sucedían cosas muy desagradables».

Dice: «Yo arresté a Katz y nos lo entregó Raichman, el "zapatero" de Bruselas. Raichman nos había indicado algunas pistas que no dieron resultado hasta que el Gran Jefe fue prendido. Katz se enloqueció entonces y cambió continuamente de refugio. Una noche fue a parar a casa de una amiga, comunista, cuya dirección me había dado Raichman. Allí lo detuvimos».

Le dije que su memoria se equivocaba, que Katz había sido entregado por Trepper. «Es falso — respondió. El Gran Jefe no entregó a ninguno de sus agentes porque nadie le pidió que lo hiciera».

—¿Y el informe de la Gestapo? — insistí. Según él a Katz lo detuvieron en la estación del metro, Madeleine, donde Trepper le había dado cita. Y cuando fue llevado a la calle des Saussaies, Trepper le dijo: «Hay que trabajar para estos señores. Se acabó el juego».

A esto, Reiser calló. Noté su tensión.

—Mire, señor —me dijo por fin. Si quiere entender algo de este asunto, no crea una sola palabra de lo que dicen los informes de la Gestapo acerca del Gran Jefe. ¿Me entiende? ¡Ni una sola palabra!

A primera vista todo cambiaba. Pensándolo mejor, nada se había modificado.

La Gestapo decide utilizar a Trepper para armar un Funkspiel de un alcance sin precedentes. Tiene razón. En Holanda, Giskes logra maravillas contra Inglaterra utilizando a un puñado de pianistas subalternos. ¡Qué es lo que no podría lograrse de Moscú si se emplea a uno de los jefes del espionaje soviético! Pero hay que convencer a los jerarcas.

Los jerarcas están nerviosos desde que Trepper ha sido arrestado. Inundan París con telegramas preguntando: «¿qué ha dicho el Gran Jefe?». Y bien, el Gran Jefe cuenta su vida, da detalles fascinantes, pero si se trasmite eso a Berlín, Himmler revienta de rabia y rechaza la idea del Funkspiel. Y con razón. No basta lo dicho para probar el servilismo del prisionero.

¿Cómo, entonces, «quebrar» a Trepper? ¿Arrancándole por la fuerza el nombre de sus agentes? Sería una solución aunque la red ya no interesa a la Gestapo. Ha quedado liquidada y los que no han caído todavía pronto serán hechos prisioneros. Puede ser que obteniendo estas delaciones del Gran Jefe, con todo, los jerarcas se tranquilicen…

Pero «quebrar» a Trepper es aleatorio y peligroso, aunque no imposible. No es un tipo fácil. Por el momento no habla, charla. Acepta el café y los cigarrillos. Si se lo fuerza, ¿no se cerrará como una ostra? Y su colaboración es necesaria. Sólo él puede dar a los mensajes del Funkspiel el toque capaz de convencer a Moscú.

Surge entonces la solución ingeniosa: fabricarle una «leyenda» presentando a Himmler la imagen retocada y apaciguante de un completo felón. Schellenberg ya nos ha mostrado que la Gestapo falsea sus informes para atribuirse laureles ajenos. Aquí la fanfarronada se justifica mejor: se miente, es cierto, pero por una buena causa. Giering explica al Gran Jefe: «No hay que decirle todo a los militares porque no entienden nada de los asuntos políticos». «Entonces —responde Trepper— ¿quién debe saberlo todo?».
«El que conduce el juego —es la respuesta. Él da a cada uno su ración».

Himmler recibe una buena parte. Los informes de Giering no dejan dudas sobre la traición del prisionero; Fortner, como los demás, creerá al leerlos que Trepper ha traicionado a Katz, Grossvogel, Robinson y Maximovitch.

Uno de los informes adelanta la fecha del arresto del Gran Jefe al 16 de noviembre para imputarle así la caída de la Simex y la Simexco, la barrida operada en Bélgica y la captura del grupo de Lyon.

Comprendemos a Giering. Pero ¿no ve Trepper el juego que se entabla en el cual él es la carta de triunfo para el Kommando?

Tremenda apuesta. Antes de descubrir sus alcances vale más librarse de prejuicios que harían pesada la carga.

La moral alemana fue menos baja en 1943 y en 1944 que en el invierno de 1941-1942, cuando los aliados vencidos en todos los frentes tocaban fondo. Alemania, borracha de victorias, ante el desastre al pie de Moscú, conoció durante algunos meses la tristeza de los despertares que siguen a la embriaguez. La guerra cesaba de ser una promesa grandiosa y se convertía en larga y dura, con un dudoso final. Aterradora toma de conciencia para un pueblo habituado a los «comunicados especiales» que le anunciaban ofensivas siempre triunfantes y la extensión del Tercer Reich por toda Europa. El Diario de Goebbels basta para medir la gravedad del golpe. Todo el pueblo dudó. Luego Hitler apretó a la Wehrmacht en su puño de hierro y la galvanizó a fuerza de disciplina; después los aliados desataron «el terror aéreo» y en el yunque de sus ruinas forjaron una nueva moral para el pueblo alemán -resultado inesperado aunque indiscutible. Por fin, el miedo al Ejército Rojo reunió las energías para un combate desesperado. Salvo en los últimos tiempos, Alemania no ofreció el rostro descompuesto que mostró durante el primer invierno de la campaña de Rusia.

Muchos jefes militares o civiles siguen pensando en el desastre. Nunca Alemania ha ganado una guerra abierta en dos frentes. Habría que pactar con el Oeste o con el Este. Pero preconizar negociaciones equivaldría a hacerse acusar de derrotista, por lo tanto de traición. Más vale encaminarse al precipicio como los demás, marcando el paso.

Himmler no es todo el mundo. Escapa al terror general puesto que él es la fuente de ese terror y su instrumento. La Gestapo no lo asusta, él es la Gestapo. Puede mirar la situación con ojos lúcidos y tomar medidas. Himmler es un loco lleno de buen sentido. Un tipo no tan raro al fin y al cabo. Con la cabeza en las nubes y los pies en la tierra. Se considera una especie de rey Enrique el Pajarero que reinó sobre los pueblos germanos en el siglo XI. Sus fuerzas S. S. son las únicas que están equipadas con ropas forradas de pieles desde el primer invierno en Rusia. Cuando mide el derrumbe

de la moral alemana, ese mismo invierno, decide elevarla a fuerza de excitantes aunque eso no modifique la situación. Conserva su lucidez lo mismo cuando al llegar la primavera la Wehrmacht recupera su impulso y se lanza sobre el Cáucaso ante el entusiasmo general. El 19 de mayo de 1942, Ciano, ministro de Relaciones Exteriores de Italia, escribe en su diario que el Reichsführer S. S. considera que la ofensiva será brillante pero no decisiva ante la perspectiva de un invierno posterior difícil desde el punto de vista material y moral. Y los acontecimientos confirman esta previsión. A través de su amigo, el abogado Langbehn, Himmler entabla conversaciones con oficiales ingleses y norteamericanos en Zürich y Estocolmo para sondearlos acerca de las posibilidades de una paz por separado, ofreciendo un cambio de régimen en Alemania. «Esto bastó para que Langbehn —escribe el historiador Wheeler-Bennet— reforzara su convicción de que en determinadas circunstancias, Himmler echaría la culpa a la Resistencia alemana, así como la de que la eliminación de Hitler y del régimen nazi era una condición indispensable para toda tratativa».

No es la única prueba del juego a la que se había lanzado Himmler. Lo dice también Ulrich von Hassel, uno de los jefes de la Resistencia, quien menciona dichas conversaciones en su diario. En setiembre de 1941 escribe, tras la visita de un cierto Danfeld, miembro del servicio de informaciones S. S.: «La impresión de conjunto es que la gente de Himmler está preocupada y se rompe la cabeza para hallar una salida».

No es raro que un S. S. manifieste sus preocupaciones puesto que ya hemos dicho que eran los únicos que podían decir en voz alta lo que los demás no se atrevían a pensar. Y tampoco debe extrañarnos la aproximación entre un hombre de la Resistencia y un S. S., puesto que Himmler cuenta con la Resistencia para lograr el contacto con el Occidente y tratar con él.

Los historiadores del Tercer Reich han narrado detalladamente sus intentos para utilizar cada red clandestina en beneficio de sus fines políticos. Desde 1942 hasta el 20 de julio de 1944, fecha del atentado contra Hitler, los grupos de la Resistencia conectados con Occidente disfrutaron de una extraordinaria benevolencia. Sus miembros eran detenidos nada más que en casos extremos y sólo fueron condenados a la pena capital después del 20 de julio cuando ya no fue posible librarlos del verdugo. La Resistencia se convirtió en el juego del Reichsführer hasta el punto de llamar a su puerta. Hemos visto como Hassel conocía las inquietudes de los S. S. en cuanto al final de la guerra. Y como desesperaban de enrolar a los temerosos generales de la Wehrmacht en un putsch antihitlerista, concibieron un proyecto sorprendente y racional: enrolar a Himmler en las filas de la Resistencia. Aunque hay riesgo, Hassel y sus amigos juzgan que el juego vale la pena. Si Himmler y sus S. S. se unen a ellos, los militares no podrán negarse.

El intermediario es ese Langbehn que ya ha estado en Suiza y en Suecia en misión exploratoria. Organiza una cita entre Himmler y Popitz, ministro de Financias de Prusia y miembro de la Resistencia. El encuentro tuvo lugar en el ministerio del Interior el 26 de agosto de 1943. Popitz sugiere que se negocie con Occidente aun sin el consentimiento de Hitler. Himmler, (el fiel Heinrich como suele llamarlo Hitler) guarda silencio primero pero luego dice unas pocas palabras que bastan para dar a Popitz la impresión de «no ser hostil en principio». ¡Es mucho! Langbehn se traslada a Suiza, en seguida, para

comunicar la buena nueva a sus interlocutores occidentales. Por desgracia la Gestapo capta un mensaje radial trasmitido desde Suiza en el que se resumen, para una capital aliada, las informaciones aportadas por Langbehn. Hitler se entera antes de que pueda intervenir Himmler y éste, obligado a cubrirse, deja a Popitz en libertad pero hace arrestar a Langbehn[15]. La operación ha fracasado por culpa de un incidente desdichado e imprevisible.

Pero sigue siendo significativa en cuanto a su carácter revelador de la política de Himmler. Siempre los pies en la tierra y la cabeza en las nubes. El buen sentido le dicta el final de la guerra

en ambos frentes. Tratar con el Este es para él algo fuera de discusión porque cree firmemente en la «Cruzada antibolchevique». Entonces se esforzará por tratar con Occidente. La locura de Himmler consiste en suponer que un Churchill o un Roosevelt aceptarán negociar con él y estrecharle la mano que está sucia con la sangre de millones de víctimas. Pero las ilusiones del Reichsführer, mantenidas hasta el fin, son otro asunto: son su asunto.

El nuestro es su política.

¿Qué relación existe entre el juego político en escala internacional de un Himmler y Trepper, su minúsculo prisionero? Una relación directa y de

una absoluta sencillez.

Para concluir una paz separada con alguno de los Aliados, primero hay que romper la alianza, quebrar el frente enemigo y abrir una brecha por donde sea posible colarse. La empresa es posible y a menudo fácil, porque la Historia abunda en coaliciones deshechas antes de haber dado fruto. Una alianza significa mirar en la misma dirección sin perder de vista al vecino, avanzar con paso uniforme cuidando al mismo tiempo los tropiezos, publicar declaraciones comunes en las que no aparecen los pensamientos secretos que afligen a los copartícipes. De este modo la mejor de las alianzas no está

demasiado lejos de la separación de cuerpos y bienes y hasta del divorcio mismo.

Stalin, Churchill y Roosevelt ofrecen la perfecta ilustración del caso. Son demasiado conocidas las peripecias de su temporaria unión para que nos demoremos en ellas. Resumámoslas: durante la primera parte de la guerra, cuando Rusia titubea bajo los golpes alemanes, Churchill y Roosevelt tiemblan al verla escapar al martirio por el atajo de una paz separada; en la segunda mitad del conflicto, cuando el Ejército Rojo contraataca al precio de diez mil soldados por día, Stalin se enfurece al ver a los occidentales

retardando sin cesar la apertura de un segundo frente, luego concibe la sospecha de su intención de concertar un arreglo con el Reich para bloquear el avance ruso sobre Europa central.

El juego alemán, entonces, consistirá en irritar a los antagonistas y en provocar malos entendidos, destilando dentro de la coalición el veneno de las dudas recíprocas hasta el punto en que la misma fuerza de sus contradicciones internas pueda hacerla estallar.

¿Cómo?

Schellenberg, jefe del servicio de información de los S. S. lo explica claramente en sus *Memorias*: haciendo creer a cada uno de los copartícipes que

Alemania se prepara para negociar con el otro, porque «la rivalidad siempre creciente entre las potencias aliadas reforzaría nuestra posición». Eso sí, agrega que lo difícil era entenderse con los rusos.

Los Occidentales son más accesibles. Estocolmo, Madrid, Ginebra, Lisboa y Ankara abundan en emisarios oficiales u oficiosos. Himmler trata de ganarlos prudentemente, a través

de la Resistencia alemana, para disimular así sus gestiones ante los colegas nazis. Pero si está decidido en verdad a negociar, si está dispuesto a asumir los riesgos y la responsabilidad necesita obtener el contacto directo con Occidente, de la manera más simple, en una capital neutral.

Hemos dicho que los rusos son más duros de pelar. Pero el juego del Reichsführer exige que se los gane. Ignoramos quien le sopló la solución: las emisoras de la Orquesta Roja.

La idea era ingeniosa y su ejecución fue perfecta. Ahora comprendemos cuan excelentes fueron los informes trasmitidos por los pianistas «convertidos». A cualquier precio había que impedir que Moscú se enterara de las capturas y tratar de que siguiera creyendo en la buena fe de sus agentes. De este modo la Orquesta Roja seguiría tocando sin ningún intervalo inquietante, aunque ahora por cuenta de Berlín y para gran perjuicio de Moscú. Yefremov, Wenzel y Winterink fueron los primeros solistas de la nueva sinfonía. Pero el objetivo esencial consistía en colocar al frente de esa Orquesta de nuevo cuño a su director titular: al Gran Jefe. Los otros son instrumentistas, sólo él posee la envergadura necesaria para intoxicar en el nivel de la política internacional.

¿Cómo se lo utilizará, una vez que se lo ha capturado? Claro que con ingenio y brío. Mediante el procedimiento de ligeros matices que no fuercen el tono y atendiendo, en primer término, a los detalles concretos. Piedra por piedra se construirá el muro de desconfianza detrás del cual se espera aislar a Stalin.

Éste es el temible juego al que Trepper se ve obligado a prestarse si quiere conservar la vida.

27

Sol y bruma

Una buena vida.

Después de su captura en el consultorio del doctor Maleplate, Giering y Fortner lo llevaron a la calle des Saussaies donde fue recibido por el dueño de casa, el Sturmbannführer S. S. Boemelburg, quien quince días antes había ido a Marsella para arrestar a Kent. Cuando vio entrar a Trepper, Boemelburg, uno de los jerarcas nazis en Francia, exclamó: «¡Por fin lo tenemos, al oso soviético!». En seguida el Kommando telefoneó a Berlín la maravillosa noticia y metieron al preso dentro de un coche que lo condujo a la prisión de Fresnes con un abundante cortejo armado.

Sólo pasó una noche en Fresnes y es probable que no le fuera fácil conciliar el sueño porque le habían esposado las manos a la espalda, conforme a las instrucciones de Giering para cualquier prisionero de la Orquesta Roja.

Al día siguiente el Kommando trajo de vuelta al Gran Jefe a la calle des Saussaies y lo instaló en una celda improvisada de la planta baja. Allí permaneció dos meses y medio y nadie le puso jamás la mano encima. Lo alimentaban bien y lo proveían de cigarrillos. Puesto que sufría del corazón, un médico de la Wehrmacht lo revisaba cada tres días. Reiser cuenta que tenía permiso para bañarse dos o tres veces por semana. Cuando se quejó de la inacción le

dieron un diccionario, lápiz y papel para que ocupara sus ocios en perfeccionar su conocimiento del alemán.

Sus interrogatorios se desarrollaban en un plano de conversación familiar, después del almuerzo, porque los miembros del Kommando no estaban en su mejor forma intelectual por la mañana, como consecuencia de las fiestas nocturnas. En efecto, con excepción del austero Reiser, la banda entera salía de juerga apenas cerraban las oficinas. Iban especialmente a un bar ruso donde conocieron a la cantante Suzy Solidor, quien los engatusó y los incorporó a la clientela de su boite personal, 12 calle de Sainte-Anne. Allí escuchaban las melancólicas canciones de Suzy: *J'avais un camarade* o *Lily Marlene*, lo que no les impedía reír a mandíbula batiente.

Volvamos a Trepper. Después del almuerzo Giering y él se instalaban ante una botella de coñac y una enorme cafetera. Charlaban durante toda la tarde, como viejos camaradas, cambiando recuerdos y apenas alguna que otra palabra les recordaba que no estaban del mismo lado de la barricada. Un día, por ejemplo, Giering anunció que el Ejército Rojo acababa de cruzar el Dnieper, agregando: «En Berlín empiezan a contar los rios que los separan del frente». Trepper respondió contando la famosa anécdota del Kaiser cuando en 1918 quiso visitar el frente y uno de sus ayudas de campo le recomendó que tuviera paciencia porque el frente no tardaría en llegar hasta él. Giering se puso lívido y Trepper, comprendiendo que había ido demasiado lejos, agregó: «Bueno, los ríos corren en un sentido o en otro». Esto, que no significaba nada, bastó para aplacar a Giering, el coñac mediante.

El jefe del Kommando adelgazaba continuamente y su voz sólo era un cavernoso gruñido. El cáncer avanzaba más que el Ejército Rojo. Trepper se condolía de sus padecimientos y lo instaba a beber más, diciéndole que era el único recurso para reducir el tumor fatal. Curiosamente el Gran Jefe se convirtió en una especie de consejero médico para el Kommando, distribuyendo opiniones gratuitas. Su cliente habitual era Willy Berg, el adjunto de Giering, a quien la bebida causaba muchos trastornos. El Gran Jefe lo animaba explicándole que conocía una farmacia parisiense que fabricaba un remedio milagroso para esos males y que debían ir allí juntos, algún día.

Y, en efecto, no tardó en obtener un permiso de salida. La primera vez que salió de la cárcel para dar un paseo en auto, dos coches de la Gestapo lo escoltaban. Luego la escolta se redujo a un coche y por fin fue suprimida. El auto de Trepper recorría las calles de París con la sola compañía de dos guardianes y el chofer. Hasta esa precaución fue dejada de lado y se permitió al prisionero pasear con un solo guardián, por lo general Willy Berg. Éste le imploraba que fueran a la famosa farmacia, pero Trepper se negaba con diversos pretextos y el pobre Berg acabó por creer que el remedio milagroso era una pura y simple invención.

Para los pianistas conversos de las redes belga y holandesa el tratamiento es igualmente relajado. Yefremov y Wenzel viven en un departamento requisado, calle de l'Aurore 68, en Bruselas. Winterink está en Amsterdam. El Kommando, por prudencia, ha juzgado preferible utilizarlos solamente en la redacción de los mensajes, porque

teme que el remordimiento los haga cambiar de actitud. Al principio, por consiguiente, especialistas alemanes trasmiten los informes. Pero Moscú no responde porque cada pianista tiene su estilo, tan individualizado como su voz o sus impresiones digitales (emite con un ritmo más o menos rápido, destaca tal o cual letra, etc.). En la central conocen las manías e identifican al radioperador por su manera de tocar el piano. Si el pianista es reemplazado se puede descubrir la superchería.

Después de algunas semanas de angustia, el Kommando se decide a emplear a los tres prisioneros en la trasmisión de los mensajes. Por prudencia se los somete a pruebas, haciéndolos trasmitir en el vacío y luego se revisan las trasmisiones para descubrir una eventual anomalía que pueda alertar a Moscú. No hallan nada semejante y los tres pianistas retoman su contacto con el Centro. Éste inquiere: «¿Qué ha pasado?». El Kommando dicta la respuesta: «Nada. Hubo un poco de confusión con motivo de los arrestos, pero ahora todo anda bien». Y el material trasmitido concluye por tranquilizar a Moscú.

Desde ese momento se vive un idilio. Los prisioneros gozan de una buena vida, de cierta libertad y sus relaciones personales con los oficiales alemanes que los vigilan mejoran día a día.

Tras la desconfianza, la amistosa camaradería. Es inevitable porque todos son especialistas y comulgan en la pasión de una técnica, de modo que charlan sin parar del oficio. Además viven juntos de la mañana a la noche, comparten las comidas, fuman los mismos cigarrillos, intercambian bromas. El rumor de la guerra se atenúa y sólo existe la apasionante tarea. Para un visitante sería difícil distinguir a los prisioneros de sus guardianes. Así está hecho el hombre y es inútil empeñarse en luchar contra este tipo de fraternizaciones.

Un día de enero de 1943, Wenzel y su guardián van al cuarto de trasmisión. Se ha apagado la estufa y como hace frío, el alemán se agacha para reanimar el fuego. Wenzel se arroja sobre él, lo desmaya y escapa por la puerta cuyas llaves han quedado puestas. Encierra a su guardián desde afuera y se larga escaleras abajo. Es la libertad. A pesar de muchas búsquedas, el Kommando jamás lo encontrará.

Su ángel guardián ocupa su lugar ante el trasmisor. Ha tenido tiempo para estudiar la técnica del prisionero y el Centro no nota la sustitución.

Pero el ejemplo basta y los otros dos pianistas son arrancados de su dorada prisión y encerrados en las celdas de un campo de concentración en Breendonck, cerca de Bruselas, desde donde seguirán haciendo Funkspiel. Yefremov y Winterink pagan con una cárcel más dura la libertad de Wenzel.

En París la vida regalada del Gran Jefe se ve perturbada por la terrible aparición de algunos prisioneros capturados por el Kommando. El S. S. Jung, de un puñetazo, había roto los lentes de Katz sobre sus ojos, cortajeándole el rostro. Entre otros suplicios le arrancaron las uñas. Mostró a Trepper sus dedos ensangrentados y le dijo: «No he hablado». Ignoramos las torturas padecidas por Grossvogel, pero sabemos que calló aun después que la Gestapo le anunciara que su silencio causaría la muerte de su mujer y de su hija. Debía su captura al amor por ellas. El Kommando se apoderó de la señora Grossvogel y la amenazó con matar al bebé si ella no los ayudaba a atraer a su marido a una trampa. La desdichada consintió y Grossvogel, a pesar de sus sospechas, fue

a la cita y lo detuvieron. Eso sucedió una semana después del arresto del Gran Jefe.

Robinson fue capturado pocas semanas después, por Reiser y Fortner. Según Reiser, el Kommando lo descubrió al perseguir algunas redes del Komintern. Le dieron cita en el Palacio de Chaillot y acudió. Trepper asistió al arresto, oculto en un coche de la Gestapo. Cuando Reiser le anunció que lo llevaría con él para que ayudara a una eventual identificación de Robinson, el Gran Jefe dijo: «A ése agárrenlo si quieren, sólo me ha causado trastornos y no será una pérdida para nadie». En el desordenado cuarto de hotel de Robinson la policía halló cinco falsos pasaportes que atemperaron la alegría de haber prendido a una persona tan célebre en la Internacional comunista. Tres de los pasaportes extendidos a nombre de Henri Robinson probaban, por sus sellos, que el propietario los había utilizado recientemente para viajar a Suiza. ¡Y Henri Robinson figuraba desde 1930 en el «Boletín de Investigaciones» de la policía alemana!

¿Cómo un agente importante podía cometer la locura de utilizar documentos tan comprometedores? Que los pasaportes estuvieran a nombre de Robinson resultó algo incomprensible para el Kommando. Trepper en cambio, vio en el hecho una nueva prueba en las fallas del Komintern en general y de Robinson en particular.

En las oficinas del Kommando, Fortner inició el interrogatorio del agobiado personaje. Su amabilidad habitual sorprendió a Robinson. «¿Por qué es tan amable conmigo?», le preguntó. «Porque le tengo afecto», fue lo único que se le ocurrió responder al hombre del Abwehr. En ese momento apareció Willy Berg, quien acababa de revisar el portafolio de Robinson. Poco satisfecho con el tono del interrogatorio se arrojó sobre Robinson y lo abofeteó. Robinson protestó diciendo que él no era más que un periodista. Fortner, nervioso, dijo a Giering que si empezaban a golpear, él se retiraba. Giering hizo salir a Berg, pero desde ese día Fortner perdió la buena voluntad del Kommando. Sabía que sus procedimientos disgustaban a la Gestapo porque no admitía la tortura. Cuando una vez protestó porque uno de los prisioneros mostraba la cara hinchada, Giering le dijo que «el tipo se había golpeado contra una puerta». Golpearse contra las puertas parecía haberse convertido en una manía de los cautivos del Kommando. Todo esto hizo que Fortner recibiera de buena gana su apartamiento y, privado de información, retornó a Bruselas de donde no salió más. No imaginaba hasta qué punto su retiro complacía a Giering, porque el Kommando prefería que un hombre del Abwehr no estuviera al corriente del Gran Juego iniciado por los S. S. En realidad, la pusilanimidad de Fortner fue un pretexto para sacarlo del medio.

El 16 de febrero de 1942 fue decapitada en Berlín la dulce Mildred Harnack.

Cuando Hitler anuló la primera sentencia, los defensores de Mildred manifestaron a los familiares su estupor ante la insólita conducta. Axel von Harnack, primo de Arvid, decidió intentar una gestión ante Manfred Roeder. Escribe: «Jamás sentí una impresión tan brutal. Ese hombre se rodeaba de una atmósfera de miedo». Roeder respondió al pedido advirtiendo a la familia que se cuidaran de dar cualquier paso en favor de «esa mujer». Debían actuar como si nada tuviera que ver con ellos. «Ya no pertenece a la familia de ustedes», concluyó, agregando amenazas sin ningún

disimulo, para el caso en que alguien interviniera.

Mildred Harnack y la condesa Erika von Brockdorf comparecieron ante un nuevo tribunal. La acusación no invocó ningún hecho nuevo ni presentó nuevos testimonios o pruebas que no fueran ya conocidas. Pero los jueces, dóciles a su Führer, pronunciaron esta vez la sentencia de muerte.

Mildred regresó a su celda y aguardó que fueran a buscarla. Estaba muy debilitada, en cinco meses la cabellera rubia, su principal adorno, había encanecido. El limosnero Poelchau escribió luego a uno de sus parientes:

«Se mostraba muy valiente, en plena conciencia, pero era visible que había concluido con el mundo exterior. Para hacerse insensible al dolor se había rodeado de una muralla que excluía de su universo todo lo que perteneciera al orden sentimental: sus reacciones íntimas, su familia, etc. Sólo la foto de su madre la hacía abandonar por algunos instantes tal actitud. Con ella mantenía diálogos mudos y a la vez apasionados que le llenaban los ojos de lágrimas. Cubría la foto de besos y luego recuperaba la calma».

El 15 de febrero tradujo al inglés este verso de Goethe:

CANTO DEL VIAJERO EN LA NOCHE

Tú que vienes de los altos cielos Para calmar el dolor y la pena Tú que aplacas doblemente
A quien padece doble desdicha.
¡Estoy cansado de tanta angustia!
¿De qué sirven la pena y la felicidad?
Dulce, dulce paz
¡Ven pronto a mi corazón!

Al día siguiente, cuando vinieron a buscarla para llevarla al cadalso, ella, la norteamericana que un joven estudiante terco y apasionado encontrara quince años atrás en una universidad del lejano Medio Oeste, dijo simplemente:
«¡…y yo he amado tanto a Alemania!».

Fue a la muerte con paso firme entre dos guardianes.

Seis días antes había sido decapitado el coronel Erwin Gehrts, cliente de la adivina Anna Krause.

Y ocho días antes Wilhelm Thews, ex oficial de las Brigadas Internacionales evadido de un campo francés para regresar a Alemania y proseguir el combate.

El 23 de febrero, fiesta del Ejército Rojo, el Kommando ofreció por fin a su oso soviético una jaula digna de él. Lo condujo a Neuilly, a una casa particular situada en la esquina del bulevar Víctor Hugo y la calle de Rouvray. Un edificio bastante gracioso, con fachada de columnas blancas, requisado por la Gestapo para alojar a sus cautivos distinguidos. Allí estuvieron el ministro español Largo Caballero, el coronel La Rocque y muchos hombres de Estado franceses. La guardia estaba compuesta por unos diez voluntarios eslovacos. El régimen era liberal y los prisioneros disponían de un

cuarto propio confortable y de libros en abundancia. Las comidas, excelentes, les eran servidas en sus habitaciones. Los guardias acudían para atender cualquier pedido razonable. Tenían derecho a un paseo cotidiano por el jardín o la huerta. La verja exterior había sido tapiada para impedir la visión pero había algunos intersticios y lo mismo llegaban de la calle ciertos rumores, conversaciones de los transeúntes que sin desconfianza se apoyaban contra la verja porque no había centinela fuera. La Gestapo prefería el secreto a la exhibición de fuerza para protegerse de la Resistencia, y la experiencia le dio la razón.

Boemelburg era el dueño de casa. Cuando presentó a Trepper su perro llamado «Stalin», Trepper replicó que muchos comunistas llamaban «Hitler» a sus perros. Boemelburg puso mala cara. Borracho desde el despertar, iniciaba la jornada tirando al blanco. Su blanco eran grandes fotos de jefes comunistas o de personalidades judías buscadas por la Gestapo.

A la casa de Neuilly fue llevado el eminente embajador François-Poncet en compañía de Albert Lebrun, presidente de la República, en el mes de agosto de 1943. Los dos personajes sólo permanecieron seis días en Neuilly antes de ser deportados a Alemania. François- Poncet escribe en sus *Cuadernos de un cautivo*:

«Vemos pasear por el jardín, como lo hacemos nosotros, a un hombre calvo, de unos cincuenta años de edad, con ropas deportivas y a un hombre más joven, más delgado, de aspecto grave y concentrado; por fin hay un tercero, muy erguido, que saca pecho y habla familiarmente con los guardias».

¡Es Trepper! Imposible dudarlo, los sobrevivientes de la red son unánimes cuando lo describen.

El señor François-Poncet prosigue:

«A través de la ventana de mi buhardilla veo a una mujer extremadamente rubia, de edad mediana, vestida con un pijama de lana. Está sentada en una silla de jardín en la huerta que se extiende por la parte posterior de la propiedad; lee y a veces alza la cabeza y charla con otra mujer que le habla desde uno de los cuartos; oigo una mezcla de frases alemanas y francesas».

Margarete Barcza, obviamente. Pero esto sucede en agosto y estamos en febrero. Kent y su amante no son aún huéspedes de Boemelburg. Él está preso en la calle des Saussaies y ella en la prisión de Fresnes, incomunicada. El 4 de enero la Gestapo anunció a Margarete en Berlín: «Está libre, la llevaremos de vuelta a París. Kent también regresa a París, pero como aún lo necesitamos, no lo dejaremos todavía en libertad». Viajaron en tren, con las manos esposadas y un guardia piadoso puso su sombrero sobre las muñecas de Margarete para disimular las esposas ante los demás pasajeros.

En París aguarda a Margarete una celda en Fresnes en lugar de la libertad prometida. Crisis de nervios. Cinco o seis días después le traen a Kent, esposado, entre dos hombres del Kommando. Los nervios de Margarete estallan («estaba fea, mal maquillada» dice). Los atónitos guardianes asisten a una crisis de llanto de Kent, quien se arrodilla ante ellos y promete hacer todo lo que le pidan con tal de que dejen en paz a Margarete. Ésta es mantenida en su celda de Fresnes, pero se autoriza una visita semanal de Kent. Después de cada entrevista una guardiana desnuda a Margarete y le hace una íntima revisión. A fuerza de crisis nerviosas, Margarete obtiene otros encuentros suplementarios.

«Está bien —le dicen sus guardianes—, la llevaremos a verlo». Y la conducen a la calle des

Saussaies hacia nuevas efusiones.

En Fresnes están también los de la Simex. Sólo Alfred Corbin y Suzanne Cointe conocen la razón.

Mientras aguardaba la llegada del especialista berlinés, el Kommando usó con Alfred Corbin su tortura favorita: la extorsión con la muerte. El 30 de noviembre su mujer y su hija fueron encerradas en una celda de Fresnes y se les ordenó que se mantuvieran de pie, de cara a la pared. En la celda entraron dos o tres personas, y una voz con acento alemán aconsejó a alguien que hiciera una confesión completa si no quería que se cumpliera cierta amenaza. Las dos mujeres escucharon entonces la voz de Alfred Corbin diciendo que no tenía nada que declarar. El alemán aconsejó a la señora Corbin que exhortara a su marido a confesar. Ella pronunció algunas palabras, pero Alfred Corbin guardó silencio. Los tres prisioneros fueron llevados nuevamente a sus celdas. Por el camino, Denise tropezó y cayó escaleras abajo. Los guardias se abalanzaron sobre ella, temiendo un suicidio. En verdad, en lugar de alimentar negras ideas, Denise pensaba en su examen de bachillerato. Había sido interrogada numerosas veces por Reiser y en la calle des Saussaies conoció a uno de los intérpretes del Kommando, el Oberscharführer S. S. Siegfried Schneider, joven y bien educado, que le demostró mucha simpatía porque fue a la casa de los Corbin en busca de sus libros de texto. Volveremos a hablar del Oberscharführer Schneider.

El 3 de diciembre llegó el especialista provisto de su material. Alfred Corbin fue puesto en sus manos a las dos y media y salió tres horas después en un estado casi comatoso. La sesión se inició con golpes de matraca en los riñones y la planta de los pies; luego le aplicaron las polainas, tal vez las mismas que sirvieron para Schulze- Boysen y Harnack. Hubo tres interrogatorios semejantes durante el transcurso de diciembre y después el especialista retornó a Berlín, maletín en mano. Alfred Corbin no había confesado.

La familia de Suzanne Cointe ignoraba su destino. Ella había prevenido a su hermana que, en caso de ser arrestada, fuera a preguntar a Jean- Paul (Le Chanois) lo qué debía hacer. Catherine lo hizo en la tarde del 19 de noviembre, pero Le Chanois se limitó a jurar su inocencia, sin dar ningún consejo, salvo la destrucción de algunas direcciones que aparecieran entre los papeles de Suzanne. Días después la madre y la hermana recibieron un mensaje misterioso de la prisionera:
«Morimos de hambre, manden víveres». En efecto, el régimen alimentario de Fresnes era cruel. Como ignoraban en cuál prisión estaba detenida Suzanne, las dos mujeres confiaron algunos paquetes al cuidado de diversas organizaciones caritativas, pero la administración penitenciaria alemana los rechazó. Por fin, una noche la señora Cointe recibió un mensaje de una amiga, la señora Malavoix, cuya hija trabajaba en la Resistencia y estaba detenida en Fresnes. «Dolores», nombre de guerra de la señorita Malavoix, enviaba una camisa a su madre con un bordado en el pecho que decía «Yayá». Era el sobrenombre familiar de Suzanne. Por fin la señora Cointe sabía dónde estaba su hija, aunque lo mismo no pudo hacerle llegar ningún paquete.

Los demás prisioneros de la Simex no entendían nada; pasaban de la pesadilla a la

incomprensión total de una realidad increíble[16]. Robert Corbin estaba bajo los efectos de un inmenso estupor. Tres días después de su arresto cuatro soldados alemanes y un cabo irrumpieron en su celda, armados, le ordenaron que se desnudara y lo dejaron en camisa con las manos esposadas detrás. Sobre la ventana, un paño negro clavado, la bombilla eléctrica encendida día y noche. Por los que le traen la popa sabe que sobre su puerta está el fatídico «cartel rojo». La víspera de Navidad le quitan las esposas y lo llevan en auto a la calle des Saussaies. ¿Qué pueden reprocharle?, se pregunta Corbin. Piensa en la fuga, pero desiste de la idea. En la sede de la Gestapo se entera de que ha habido un error: querían interrogar a Alfred. Robert es conducido nuevamente a Fresnes.

En marzo es interrogado, con buenas maneras, por el S. S. Jung. Terminado el interrogatorio, Robert Corbin recibe la promesa de su pronta liberación, así como la de su sobrina Denise. Cuando regresa a Fresnes le quitan las esposas y él se limita a esperar.

Keller fue interrogado dos veces por Jung; hubo bofetadas, puntapiés y torniquete, pero al torturado no le causaba eso suplicio alguno. También él fue llevado por error a la calle des Saussaies. Tuvo que aguardar la llegada del furgón que conducía a los prisioneros a Fresnes, de regreso, y no lo dejaron solo ni le quitaron las esposas ni siquiera cuando pidió permiso para ir al cuarto de baño, por temor al suicidio. Keller, impresionado, comprendió que la Gestapo lo valoraba. Hubiera preferido que lo consideraran un número sin importancia.

Cuando fueron en su busca por tercera vez, creyó llegada su última hora. Un joven soldado, con muchas excusas, le puso una capucha negra. A ciegas lo condujeron hasta un automóvil y lo introdujeron en él. Con el codo, Keller tocó a un hombre que iba a su lado. Cuando durante el trayecto uno de los alemanes le hizo una pregunta a su desconocido compañero, por la voz, al responder, Keller reconoció a Grossvogel.

En este tercer interrogatorio, Keller se enteró de la fulminante revelación: la Simex disimulaba una red de espionaje. Su sorpresa fue tan grande como lo había sido su ceguera. Se recostó en su sillón murmurando: «Dios mío, Dios mío». Un cuarto de siglo después no esconde su inmediata reacción: «De haberlo sabido, jamás habría trabajado allí». Súbdito suizo no tenía por qué hacer la guerra, y la guerra, solapadamente, había venido hasta él.

De todos los prisioneros fue el que mejor se aclimató a la vida en la cárcel. Al principio no podía dormir por culpa de las esposas, pero como era un hábil mecánico aprendió a abrirlas por la noche y a volver a cerrarlas al amanecer. Su guardián solía quitárselas durante el día. Era un muchacho de veintidós años, alto, buen mozo, rubio, en la vida civil guardabosques. La noche de Navidad compartió su paquete con Keller. Después éste supo que había sido fusilado por sus compatriotas por haber pasado una carta a uno de los prisioneros.

Keller se hizo querer por su excepcional calor humano y el don de simpatía que posee en alto grado. Todas las semanas algunos de los guardias desfilaban por su celda y le mostraban la nota de su traslado al frente ruso. Venían, llorosos, para desahogarse con él. Keller los consolaba lo mejor que podía. Gracias a estos servicios obtuvo el puesto de «distribuidor de la sopa» y pudo recorrer las celdas y cambiar algunas frases con sus amigos de la Simex que necesitaban su apoyo porque Fresnes no era Neuilly y en esa cárcel se moría de hambre.

Convoy a Berlín

El 8 de marzo de 1943, por la mañana, Jung fue a Fresnes en un Simca 8 y se hizo entregar a Corbin y a Keller. Por primera vez los dos prisioneros se encontraban desde el arresto del 19 de noviembre precedente. Keller halló a Corbin, «adelgazado, muy pálido y casi sin voz». Le pareció un hombre quebrado, y su impresión fue mucho más fuerte porque Corbin no mostraba ninguna marca exterior de torturas.

El Simca tomó el camino de París. Al pasar por la plaza de la Concorde, Alfred Corbin murmuró: «Nunca la volveré a ver». Se detuvieron ante el Palacio del Elíseo y Jung hizo entrar a sus prisioneros en el inmueble de la sociedad de «Perfumes Coty» donde estaba instalada la sede del «Consejo de Guerra de procedimientos acelerados del general comandante militar de la III Región Aérea». En otros términos, la Corte Marcial de la Luftwaffe. Se verá lo importante que son los «procedimientos acelerados».

El vestíbulo estaba lleno de oficiales alemanes. Ante el ascensor, Jung detuvo a uno de ellos que se disponía a subir y señalándole a los prisioneros dijo: «¡Prioridad, candidatos a la muerte!». El oficial se hizo a un lado.

Subieron al sexto piso, y allí fueron hasta una pequeña oficina donde banderas alemanas encuadraban un busto de Hitler de color ébano. Un oficial alemán se acercó a Keller: «Soy su abogado —le dijo. Cuénteme su caso». Keller lo hizo, insistiendo sobre su total ignorancia de las actividades de la firma. El otro le respondió que trataría de sacarlo del aprieto pero que cualquiera que fuese la pena que le tocase, le aconsejaba no apelar. Como Corbin no hablaba el alemán, Keller sirvió de intérprete al breve diálogo posterior: «“Señor Corbin, ¿se da cuenta de la gravedad de su caso?”. “Sí”. “Se dará cuenta también de que en mi condición de oficial alemán no puedo defenderlo. Espere lo peor”. “Lo sé”». Rara vez se habrá visto un abogado tan singular ni una defensa tan improvisada, pero Corbin no se sorprendió ante nada porque parecía resignado a su suerte.

Poco a poco la sala fue llenándose de oficiales alemanes que tomaban asiento en las banquetas. Después hizo su entrada la Corte presidida por Manfred Roeder, «el sabueso de Hitler», fiscal en el proceso de los berlineses, quien continuaba su cacería dejando tras de sí un rastro de sangre. Se jactaba de haber obtenido las cabezas de sesenta miembros de la red berlinesa y de haber estado luego en Bruselas, con su arreo judicial, para entregar al verdugo una nueva carretada de condenados. Ahora está en París para ajustar las cuentas a la red parisiense.

Jung se pone de pie, hace el saludo hitlerista y presenta su requisitoria. Dice de Keller: «No forma parte de la red, pero se ha mostrado simpatizante, por lo menos. Y después de haber sido detenido, ha dado pruebas de su reticencia en las declaraciones».

Cosa extraña es lo que sigue para quien está habituado a los procedimientos usuales. Roeder hace poner de pie a Keller y le lee la sentencia: «Cinco años de trabajos forzados». El abogado no pestañea. Keller, con los ojos llenos de lágrimas, exclama: «¡Cinco

años por no haber hecho nada es un precio muy caro!». Entonces el defensor se levanta y murmura ante la Corte: «Lo sucedido a este hombre puede sucederle a cualquiera. Les pido que reflexionen». Roeder vacila y luego se retira a deliberar con sus asesores, oficiales superiores de la Luftwaffe. Cuando reaparece pronuncia una nueva sentencia: «Tres años de trabajos forzados».

Le toca el turno a Alfred Corbin.

«"¿Se da cuenta de la gravedad de sus actos?", pregunta Roeder. "Sí", responde Corbin. En seguida se procede a la lectura de la sentencia: "Pena de muerte por decapitación". El defensor no ha despegado los labios. Roeder, sarcástico, dice al condenado: "¡Ya ve cómo hasta en el espionaje económico uno pierde la cabeza!". Entonces Alfred Corbin lo mira y con su débil voz que sólo es un susurro le replica: "No tiene importancia: ustedes perderán su guerra"». Roeder, rojo de rabia, sale de la sala dando un portazo.

Regresan a Fresnes. Alfred Corbin no dice una sola palabra durante el trayecto. Cuando esa noche Keller sirve la escudilla de sopa a Robert Corbin, le dice al oído: «Su hermano ha sido condenado, le dieron el máximo».

Casi todos los miembros de la Orquesta Roja «tuvieron el máximo». Aguardaron la ejecución de la condena en Fresnes, según un rumor que circulaba por la cárcel, los alemanes solían proceder a la ejecución cien días exactos después de haber sido pronunciada la sentencia.

Pero el 15 de abril, gran batifondo en la prisión: los guardianes reúnen a los prisioneros de la red y los alinean en el patio. No conocemos sus nombres con exactitud, pero sabemos que Grossvogel, los Maximovitch, Katz, Robinson y por supuesto Trepper estaban ausentes. Los presentes eran los hermanos Corbin, la señora Alfred Corbin, los Jaspar, Robert Breyer, Keller, Suzanne Cointe y también Ludwig Kaïnz, ingeniero de la Todt, quien primero fue «fuente» de Trepper, sin saberlo, y al final acabó por luchar contra el régimen hitlerista, indignado ante sus crímenes; Germaine Schneider, la ex amante de Wenzel, y su marido. También forman parte del grupo los esposos Griotto, miembros del grupo Komintern de Robinson; Medardo Griotto, de profesión grabador, era especialista en la falsificación de documentos, como Raichman.

Käte Voelkner no está presente. Ha sido juzgada por Roeder y al oír su sentencia de muerte saludó con el puño en alto diciendo, con una sonrisa: «Me siento feliz de haber hecho algunas cositas para el comunismo». Fue ejecutada en el plazo más breve.

Denise Corbin no ha dejado su celda. En la víspera de ese 15 de abril ha escuchado ruidos en la celda contigua donde instalaron por pocas horas a Suzanne Cointe. Las dos prisioneras lograron comunicarse y Suzanne anunció a Denise que los trasladaban a todos. Pero los guardias han venido a buscar a Suzanne e ignoraron a Denise, que está devorada por la inquietud. Le parece alarmante no compartir la suerte común y escribirá a la calle des Saussaies para quejarse de que todo el mundo haya sido transferido, menos ella. «¿Por qué? — pregunta. ¿Cuál será mi suerte?». Sus tormentos durarán algunas semanas más y será liberada en junio, a tiempo para presentarse a su examen de bachiller.

Entre los que parten, la mayoría han sido condenados a muerte, como Alfred Corbin. Otros recibieron penas de trabajos forzados como Keller (tres años) y la señora Corbin (dieciocho meses). Pero ¿qué importan las sentencias? En el patio

un oficial alemán toma la palabra y anuncia a los deslumbrados prisioneros que se les ha concedido la gracia y que irán a trabajar a Alemania, donde la industria carece de brazos. Y cada uno recibe sus documentos de identidad que, naturalmente, les habían sido confiscados cuando fueron detenidos.

Conducen a los detenidos a la estación del Norte y los embarcan en un vagón de ferrocarril, seis a ocho prisioneros en cada compartimento con las puertas y las ventanas clausuradas. Por el corredor se pasean los S. S.

armados. A los viajeros se los ha agrupado según la gravedad de las condenas y de este modo Robert Corbin puede ver a su hermano aunque no hablarle. Alfred está en el compartimento de los condenados a muerte. Robert logra, en cambio, cambiar algunas palabras con su cuñada. Viaja junto al barón Jaspar, casi septuagenario, cuya jovialidad es tan invencible que cuenta chistes verdes sin parar, y junto a Ludwig Kaïnz, quien ha conseguido ocultar a la Gestapo sus actividades de espía y sólo ha sido condenado por mercado negro y corrupción.

Parada en Lila al mediodía. El calor

es insoportable en los compartimentos. Los prisioneros suplican que les den agua. Los guardias dan una jarra a Keller, a quien han elegido como hombre de confianza teniendo en cuenta la lenidad de su condena y le ordenan que vaya a pedir café al *Soldateheim* de la estación. Va allí acompañado por un soldado. Mientras un camarero llena la jarra, Keller pide autorización a su guardián para lavarse las manos en uno de los lavabos. Le es concedida. Al fondo del lavabo una puerta se abre y da a la libertad. Keller vacila y decide que sólo le han dado tres años y que sería tonto evadirse para ser recapturado y arriesgar una condena a muerte. Por lo

tanto, regresa al vagón con su jarra.

Segunda parada en Bruselas. Horrorizados, los prisioneros ven subir al tren a un grupo de miserables cautivos, tan flacos que dan miedo, algunos exhibiendo llagas supurantes en las piernas. Son los miembros de las redes belga y holandesa que han sido extraídos del fuerte de Breendonck.

Francia no conoció un equivalente a Breendonck, un horrible campo que sólo se puede comparar a Dachau, Mauthausen y Buchenwald y donde se daba muerte con facilidad también. La suerte de los detenidos allí era peor que la de los deportados porque por ser pocos los guardianes los conocían

individualmente y ellos se sabían *personalmente* vigilados de la mañana a la noche, en tanto que en Mauthausen y Buchenwald podían hundirse en el anonimato misericordioso de las masas cautivas.

Después de las torturas de Berlín y de cinco meses en Fresnes, debilitados por los sufrimientos y las privaciones, Hersch y Myra Sokol fueron lanzados a ese infierno. Conocemos su martirio gracias al testimonio de la señora Betty Depelsenaire, abogada en la corte de apelaciones de Bruselas, quien estuvo en Breendonck desde setiembre a diciembre de 1942.

La celda jamás calentada, las

esposas a la espalda, tan apretadas que se clavaban en la carne hasta provocar desmayos; el paseo cotidiano con la cabeza cubierta por una capucha (cuando el preso tropieza el guardián S.

S. le propina una paliza) y, la lacerante fuente de delirios que nubla la mente, el hambre…

La única distracción de Myra es contemplar desde su ventana la formación de los

trabajadores antes y después de la tarea forzada. Una tarde vio en el grupo a su cuñado, Jack Sokol, miembro de la otra red de la Resistencia. Todas las mañanas lo sigue, desde entonces, cuando recorre marcando el paso el camino que lleva al lugar del trabajo sin dejar jamás de entonar una canción, como los otros.

Además la tortura, en una sala a la que se llega por un largo corredor estrecho y oscuro. «Esa pieza —dice la señora Depelsenaire— nunca era ventilada y como no tenía ventanas, el olor a carne quemada y a moho se metía en la nariz y daba náuseas. Había allí una mesa, un taburete, una cuerda gruesa fija en el techo por medio de una polea y un teléfono que comunicaba directamente con los servicios policiales de Bruselas».

Allí llevan a Myra. La hacen arrodillar con el busto apoyado en un taburete y la azotan con un látigo. Myra calla. Le ordenan que se ponga de pie y atan el extremo de la cuerda a sus esposas. La izan hasta que toque el suelo con la punta de los pies y entonces el borde de las esposas se clava en los puños y el estirón provoca calambres en los pies. La golpean primero con un látigo, luego con una matraca, por fin con un bastón. Ella grita pero no habla. Sus pies ya no tocan el suelo y el cuerpo se balancea en el aire suavizando los golpes. Uno de los alemanes la sujeta para mantenerla derecha. Myra ya no puede hablar porque se ha desvanecido. La desatan y tras una pausa recobra el conocimiento. Vuelven a izarla y a golpearla. Se desvanece por segunda vez. El comandante sale entonces de la habitación llevándose a su perro, una bestia feroz entrenada en el ataque a los detenidos.

Después de esta sesión, Myra es encerrada en «la casamata de los torturados», donde ya está Hersch. Pueden hablarse aunque no se ven porque, aunque la sala está dividida en celdas, los tabiques no llegan hasta el techo. Situados en ambos extremos de la casamata, marido y mujer se comunican a gritos arriesgando un castigo si un guardián los oye. En cada celda sólo hay una tabla para dormir y durante el día es obligatorio permanecer de pie. Esto agota las fuerzas y después de una visita del médico, Myra, aterrada, oye que Hersch le anuncia su peso: treinta y ocho kilos…

De vez en cuando la Gestapo visitaba la casamata en busca de víctimas porque Breendonck le servía como vivero de rehenes. Allí iban a parar los responsables de cada atentado cometido en Bélgica. Otras veces el torturador oficial del campo, un enorme sargento siempre sonriente, se presentaba para llevarse a alguien, con la cabeza cubierta por una capucha. Hersch Sokol era uno de los frecuentes candidatos. Un día al regresar anunció a su vecino que lo habían quemado…

Una mañana sintió terribles dolores de vientre. Durante horas enteras se retorció sobre su tabla, sufriendo un martirio, impotente para contener las quejas que eran oídas por Myra, tan próxima y tan distante. El centinela, advertido, se negó a llevarlo a la enfermería y se limitaron a encerrarlo en otra casamata donde sus gritos no eran escuchados por nadie. Myra es llevada a la presencia del comandante S. S. quien le dice: «Su marido está muy mal, lo curaremos si usted habla». Ella calla. Al día siguiente el ataque ha pasado y Hersch regresa a su celda. Pero sigue debilitándose porque su estómago ya no resiste ningún alimento. Pierde el oído y ya no puede escuchar a Myra. Es médico y sabe que morirá pronto. También lo sabe el médico del campo, quien se asombra ante la interminable agonía.

«Vaya, no ha muerto todavía —dice en una de sus visitas. ¡Qué duro es éste! Es sorprendente

todo lo que puede resistir el organismo humano. Tengo que anotar el caso en mi agenda de estadísticas. Le recetaré un poco de levadura, eso lo mantendrá vivo un poco más de tiempo». Hasta el final, el médico no permitió que el moribundo fuera llevado a la enfermería.

El calvario de Hersch Sokol no llegó a su fin en la casamata sino en la sala de torturas. Condujeron al pavoroso espectro allí para un último interrogatorio, lo colgaron del techo y el comandante del campo le soltó a su perro.

Murió.

Días después, Myra fue trasladada a la prisión Saint-Gilles.

También los de Saint-Gilles son embarcados en el tren de Berlín. En el andén se reúne la Simexco entera: Charles Drailly, hermano de Nazarin; la señorita Ponsaint, una amiga que ocultó al director en su casa; el suizo Robert Christen; el editor Henry de Rick; Jean Passelecq, hombre de negocios; el fabricante de cigarrillos Louis Thévenet.

Está también Rauch, el hombre del Intelligence Service; el pintor Bill Hoorick, la señora Grossvogel, Augustin Sesée, radioperador de Ostende, quien fue entregado a Fortner por Yefremov; creemos, pero no lo hemos comprobado, que Myra Sokol fue de la partida.

Tampoco estamos seguros de la composición del grupo extraído de Breendonck. Sabemos que figuraban en él: Henri Seghers, de la Simexco; el abogado de la firma, Beublet; el director Nazarin Drailly; Camille, el pianista de los Atrebates; Bob Isbuzki, hombre de confianza de la red belga, cuya conducta en la cárcel fue magnífica por su coraje y su buen ánimo, y Alamo. Los más marcados eran Nazarin Drailly, Beublet, Camille y Alamo, quienes habían sido sometidos a la tortura del perro. Apenas podían andar. El estado de Alamo había sido tan grave que fue necesario internarlo en la enfermería del campo. Nazarin Drailly fue tan martirizado que su mujer no lo reconoció al verlo en el andén.

Los guardias reparten a los prisioneros por afinidad de condenas. Luego el tren parte y la Orquesta Roja se encamina a Berlín.

En el compartimento de Robert Corbin han hecho entrar a algunos belgas condenados por culpas menores y provistos de paquetes de la Cruz Roja, que reparten generosamente entre los hambrientos de Fresnes. Robert Corbin come tanto chocolate que sufre un violento ataque hepático.

Una alarma aérea obliga al tren a detenerse. Los guardias S. S. clausuran el vagón y desaparecen. Bill Hoorick sale de su compartimento y va a ver a Alamo, Camille y Beublet, cuyo estado es lamentable. El ruso Alamo abraza a Hoorick y le pide perdón por haberlo metido en ese lío. El abogado Beublet, con los ojos llenos de lágrimas, pide perdón a todos: «Yo tengo la culpa — dice. Me obligaron a dar nombres. Pero hay cosas insoportables».

Terminada la alarma el tren sigue viaje. Llega a Berlín el 17 de abril, cuarenta y ocho horas después de haber salido de París, un domingo por la mañana. Los agotados viajeros creen que desembarcan en otro planeta, porque la estación de la capital alemana está llena de gente que parte alegremente de *picnic* hacia los bosques cercanos.

La Gestapo divide al rebaño. Suzanne Cointe y la señora Corbin son llevadas a la prisión de Moabit. Alfred Corbin, Robert Breyer, Medardo Griotto y Ludwig Kaïnz a la de la Lehrterstrasse. Sin duda también fueron conducidos allí Makarov, Danilov (un miembro de la Orquesta Roja funcionario del consulado soviético,

especie de espía-escoba, es decir, destinado a la indiferencia general, pero que en Breendonck se hizo querer por todos, como Bob, por su equilibrio y su oportunidad en el consejo) y Camille e Isbuski (Bob), aunque los sobrevivientes no pueden asegurarlo.

Keller nos cuenta su inolvidable llegada a la prisión de la Lehrterstrasse. Parecía una kermesse, llena de soldados alemanes, en su mayoría, jóvenes, que cantaban alegremente. Eran desertores y les esperaba la muerte. Keller, atónito, les dijo que no entendía su actitud. Le respondieron: «Esto es el paraíso. Nos dan raciones casi iguales a las de los combatientes y para morir basta con

ponerse contra un paredón, en tanto que en Rusia hay que soportar toda clase de miserias y al final uno concluye por morir lo mismo».

Los belgas son llevados primero a la sede de la Gestapo y luego trasladados al campo de Mauthausen. Robert Christen, el cancionista del Florida, describe sin énfasis, sin ninguna gloria, aunque con el espanto de un buen hombre enfrentado con lo inhumano, la llegada al campo. «Lo peor —dice veinticinco años después— fue sufrir tanto sin haber hecho nada. Otros deportados habían combatido y tenían la certeza de sufrir por algo».

Mauthausen era una fortaleza de

granito, cercada por una muralla. En el fondo de una especie de cantera inmensa, profunda, lunar, hormigueaban millares de formas humanas con trajes de presidiarios. Esa misma noche, los belgas vieron cómo los *kapos* mataban a un hombre, golpeándolo primero hasta dejarlo casi insensible y llamando luego al verdugo para que le asestara el golpe de gracia.

Eran sesenta y ocho los del convoy a Berlín. Sólo nueve sobrevivieron.

El 13 de mayo murieron en el cadalso nazi trece miembros del grupo berlinés. La condesa von Brockdorf fue al suplicio como a una fiesta. No dejó de reír ni aun ante el cadalso. Los que

presenciaron su ejecución estaban estupefactos, casi escandalizados. Porque los nazis supieron morir, a veces, pero jamás comprendieron que era posible morir alegremente.

Extraemos algunas frases de la admirable carta escrita por Walter Huseman, uno de los condenados, a su padre: «Sé fuerte, voy a morir como he vivido, como combatiente de la lucha de clases… Si uno es de veras un comunista debe probarlo a la hora de la prueba… Hay que morir bien, es mi último deber… Pobre padre, padre feliz que has debido sacrificar a tu ideal lo que te era más querido en el mundo… La guerra no durará siempre y llegará tu

hora…». Y después de recomendar a su hermana que sostenga a su padre para que no se abata porque su vida no es suya sino del Partido, después de recomendar a Martha, su mujer, a su familia, después de despedirse de los amigos sin decir sus nombres, Huseman concluye: «Moriré fácilmente. Porque sé por qué muero. Mis asesinos sufrirán muy pronto una muerte penosa, estoy convencido de ello. ¡Sé fuerte, padre, sé duro! ¡No retrocedas! En cada instante de flaqueza recuerda la última exigencia de tu hijo Walter».

«Mis asesinos sufrirán muy pronto

una muerte penosa. Estoy convencido de ello». Quince días después de admirar el golfo de Saint-Tropez desde la terraza del doctor Darquier, contemplaba otro paisaje igualmente hermoso: la llanura de Frankfort que despliega sus lejanías bañadas en una bruma de color de rosa. Y escuchaba otra voz dura gritando su odio a los judíos. Estaba en Glasshütten, en las estribaciones de los Taunus, en casa del «sabueso de Hitler»: Manfred Roeder.

Si le damos crédito, supo en seguida que escaparía a la muerte, penosa o no. (Pero ¿es

necesario creerle? Los drogadictos del antisemitismo son como los otros: quisieran que su vicio fuera compartido por todo el mundo y no vacilan en torcer la realidad conforme a su deseo). Según Roeder, los norteamericanos lo detuvieron al finalizar la guerra y lo confiaron a la vigilancia de un cierto coronel Hays. Los adjuntos de Hays le mostraron un anillo que usaban y le dijeron: «Es el anillo de West Point. Cuando lo vea en la mano de un oficial, sepa que nada tiene que ver con los tres millones de judíos norteamericanos». Hays le pidió excusas, cuando debió comparecer ante el jurado de Nüremberg porque lo conducía un sargento mayor: «Los judíos del tribunal no merecen un teniente», le dijo. Y aconsejó a su prisionero que no les dijera una sola palabra «porque sospechamos que esos judíos de Nüremberg trabajan con los comunistas».

La instrucción terminó con un *no ha lugar*. Después de su liberación, Manfred Roeder se inscribió en el partido socialista del Reich, organización neonazi del ex S. S. Remer, y se convirtió en una de sus estrellas. En numerosas reuniones públicas arrastró por el fango a «los perros de la Orquesta Roja», sobre todo a un salvado del grupo berlinés, Adolf Grimme, que fue nombrado director de la radio de Hamburgo. Roeder dijo: «Un traidor pudre nuestras ondas». Grimme respondió por la Radio Hamburgo:

«¿Cómo es posible que un hombre semejante tenga derecho a hablar públicamente en Alemania, hoy?». Los sobrevivientes del grupo berlinés se conmovieron y multiplicaron las protestas contra las actividades de Roeder y éste, prudentemente, debió abandonar la batalla y desapareció.

Me dijeron, durante dos años, que se había refugiado en América del Sur, donde vivía su hija mayor. Pero al final lo encontré en Glasshütten, una linda barriada donde los burgueses de Francfort tienen sus casas de fin de semana. Roeder mantiene un estudio de abogado floreciente, vive feliz con su mujer y su hija menor. La mayor no está en Sudamérica, sino en U. S. A., casada con un norteamericano. Roeder dice:

«cuando en 1965 me invitó el ex gobernador de Michigan…; cuando un jefe de la C. I. A. vino a verme, vez pasada…».

Roeder conserva su mirada sin piedad. Para apartarme de ella yo contemplaba la llanura por la ventana de vidrios. No pensaba en Walter Huseman, en su tumba, sino en los Mignon que viven en una covacha al borde del Sena, en tanto que un Roeder o un Darquier dominan las bellezas de este mundo. Y pensaba que la guerra trastornó todo sin cambiar nada.

El comisario Koppkow tuvo menos suerte con los ingleses. Roeder cuenta que no le infligieron una muerte penosa sino vodevillesca, una muerte que da risa. Cayó en las manos de los ingleses y lo trasladaron a Edimburgo, donde lo interrogaron cuatro años seguidos. Le hicieron contar todo lo que sabía, y sabía mucho. Cuando hubo terminado, los jefes de los servicios ingleses temieron que, si lo liberaban, el precioso testigo podría caer en poder de los soviéticos. Extendieron un falso certificado de defunción a nombre de Koppkow y lo enviaron a Alemania, a su mujer; después de cumplido el trámite, permitieron al prisionero el retorno a su país. Se llamaría Cordes y en ningún caso debería ponerse en contacto con su mujer y su familia. Koppkow obedeció al pie de la letra las instrucciones porque sabía que Moscú no tendría para él el encanto de Edimburgo. Durante cinco años vivió solitario, trabajando en una firma textil. En 1954 la guerra fría se atemperó y los ingleses juzgaron posible la resurrección

del muerto. Koppkow fue autorizado a usar en segundo término su verdadero apellido. Su asombrada viuda cayó en brazos de un fantasma de carne y hueso.

Hoy viven en Gelsenkirchen, en el Ruhr. Fui a visitarlo dos veces, pero el ex comisario Koppkow se negó a recibirme y prefirió salir de la ciudad para evitarme. Su mujer parece vivir bajo el temor de una inminente catástrofe. En su opinión no son los rusos, sino los alemanes mismos, quienes los amenazan. Su marido sigue estando a la merced del celo de un fiscal.

El comisario Panzinger, precisamente, tuvo menos suerte con sus compatriotas de Alemania Occidental que la que Koppkow tuvo con los ingleses. Al terminar la guerra escapó de la persecución encerrándose en un convento. Años después, ya tranquilizado, fue a vivir a Munich y la justicia de Bonn abrió un proceso en su contra. Cuando supo que su retiro había sido descubierto, Panzinger se suicidó.

29

El cadalso

Los detenidos de la Lehrterstrasse podían disponer de papel y lápiz. Desde su llegada, Alfred Corbin escribió su diario íntimo. Pero ¿es de veras un diario? Tres veces por día se dirigía en él a su mujer, Marie Corbin, encerrada en la prisión de Moabit. Le hablaba como si la tuviera delante, «se comunicaba» con ella, de manera que las palabras escritas con letra microscópica, que se achica aún más con el correr del tiempo, parecen ser la transcripción de una conversación sin fin entre marido y mujer, como si no estuvieran separados por muros y soldados armados y como si su diálogo no corriera el riesgo de ser quebrado, de un momento al otro, por la llegada del verdugo.

El 12 de mayo, Alfred Corbin escribe: «¿Debemos regocijarnos por haber sido trasladados a Berlín? ¡De todos modos, nada perdemos con el cambio! No creo que se nos haya traído aquí para fusilarnos cien días después del juicio, como es la regla, mejor dicho, como "era", puesto que mis compañeros de celda (que no pertenecían a la Orquesta Roja) hace seis meses que fueron condenados y no se habla de su ejecución. ¿Piensan reabrir el proceso, como dicen todos? Es posible. Lo veremos, la moral se mantiene bien y quiero regresar contigo, como me lo has pedido. Regresé de la guerra, ¿por qué no de este viaje a Alemania?».

Habla luego de su intención de dejar la Simex a su hermano Robert y de establecerse en el extranjero, donde «habrá mucho que hacer, una vez terminada la guerra, en la importación y la exportación». Hace conjeturas sobre el final de la guerra («¡Es para volverse loco!»). No se forja ilusiones sobre la sentencia que recaerá sobre él pero se pregunta si no ganará tiempo suficiente y escapará a la ejecución.

El 4 de junio, uno de sus compañeros de celda, un holandés, es ejecutado junto con otros cuarenta condenados. Era un muchacho de 23 años que aguardaba el cumplimiento de la sentencia desde el 2 de octubre de 1942 («¡Qué infamia!… No sé lo que me espera, pero mantengo la esperanza, cosa que a lo mejor es una idiotez. Pero si me despiertan para morir, ten la seguridad, querida, que conservaré la serenidad. Mi calma me sorprende un

poco»).

Alfred Corbin no se aburría en su celda. Escribía un libro desde la primera semana de su ingreso en la cárcel. Durante la guerra había escrito notas bajo el seudónimo de Bellême en la revista *Rustica*. El libro estaba dedicado a sus compañeros de celda, Gerard Bironf, de Lovaina, y Jean Vrolyk, de Zwyndrecht (Holanda). Empieza por pedir perdón a sus lectores de *Rustica* por haberlos abandonado tan bruscamente, pero «que estén seguros que no es su culpa y que piensa mucho en ellos». Dice después: «¿Puede hacer uno algo mejor, mientras espera su Destino, que pensar en sus amigos y trabajar para ellos?».

Alfred Corbin trabaja para sus amigos escribiendo sobre el problema que siempre le ha interesado: «la creación y organización de la cría profesional de aves». Pide disculpas al lector si no da en el libro todas las *precisiones* que aquel desearía hallar, porque no tiene biblioteca ni medio alguno de recopilar datos, aunque «las cifras de hoy no tendrán, sin duda, valor alguno mañana», y por lo tanto «por el momento nos referiremos a las generalidades y a los principios esenciales». Porque «la avicultura francesa, arruinada en la actualidad, renacerá pronto; ojalá este libro contribuya a su renacimiento, ése es mi más caro deseo».

Hemos expresado suficientemente nuestra admiración por Grossvogel, Alamo, Sokol, Erika von Brockdorf, que no pertenecen a nuestra parroquia territorial o espiritual. Hemos agregado una lágrima a la que derramó el alemán Schulze-Boysen en su última carta a los padres; hemos recitado a Goethe con la norteamericana Mildred Harnack, y nuestro corazón latió con más fuerza al leer el último llamado a filas del comunista Huseman; hemos mostrado nuestro puño en alto a Roeder, lo mismo que Käthe Voelkner… Séanos permitido entonces decir que nos sentimos orgullosos de nuestro Alfred Corbin. Porque esas líneas escritas en su celda de condenado a muerte, a cien pasos de la guillotina, dan testimonio, en su ingenua manera, de la grandeza del hombre.

El 21 de julio, Margarete Barcza salió de la prisión de Fresnes y acompañada por una mujer de la Gestapo tomó el tren de Marsella. En los días anteriores le hicieron repetir su papel, en la celda. Se trataba de dar a entender que estaba libre, como Kent. De este modo los comparsas de la red marsellesa, si existían, se tranquilizarían con respecto a la suerte del jefe y su amante porque sus eventuales sospechas no debían alertar a Moscú a propósito de la sinceridad de los mensajes de Kent.

El viaje se desarrolló sin inconvenientes y Margarete recibió su premio al regreso; junto con Kent la llevaron a la villa de Neuilly. Dejó a Fresnes «festejada como una estrella» por los guardias que le regalaron un ramo de flores en prueba de reconciliación.

En Neuilly ocupó el cuarto número siete. Kent ocupaba el número ocho. Al principio sólo se les permitía estar juntos los domingos, pero Margarete se empeñó en mejorar su suerte. El 12 de agosto hizo huelga de hambre. Cuando acudieron para pedirle las razones, chilló: «¿Cómo? ¿Osan preguntármelo? ¡No tengo ni marido ni cigarrillos y ustedes saben bien, con todos los papeles que tienen, que hoy es mi cumpleaños!». De prisa van a buscarle a Kent y un atado de Gauloises. Por otra parte, un suceso inesperado, aunque previsible, convenció a Boemelburg de la necesidad de poner a la pareja en el mismo cuarto: Margarete estaba encinta y su embarazo

amenazaba convertirse en infernal si Kent no la ayudaba a soportar sus cargas.

La vida recobró así algo de los encantos de antaño, durante los hermosos días de Bruselas y de Marsella. Transcurría monótona y feliz entre los baños de sol en el jardín, partidas de cartas con los guardianes y efusiones amorosas con Kent. Éste seguía guardando absoluto mutismo sobre sus actividades. No había juzgado conveniente explicar a su amante los hechos que trastornaron su vida, de manera que Margarete creía aún en un vago asunto de nacionalidad uruguaya, causa de sus peripecias. Fue necesario un incidente fortuito para desengañarla. Un buen día oyó que un guardián de Neuilly reclamaba a gritos «la máquina de escribir rusa de Kent». Entonces, ¿conocía el ruso? ¿Sería ruso quizá? Interrogó a Willy Berg quien le confirmó la nacionalidad rusa, de mala gana, agregando: «finja ignorarlo; saberlo lo alteraría mucho. Desde que fue arrestado nos pidió que le ocultáramos su nacionalidad porque sabe que usted detesta a los rusos y tiene miedo de perderla por esto». Margarete prometió no decirlo y mantuvo su palabra. En efecto, no amaba a los rusos, pero ¿por qué Kent le ocultaba tanto su condición de israelita si ella misma lo era? En realidad, a Margarete la preocupaban poco estos misterios, de la misma manera que acogía con indiferencia los reveses de la fortuna cuando no afectaban su unión física con Kent. El único infierno consistía en estar separada de él, de modo que Neuilly, a pesar de sus inconvenientes, era un paraíso.

Uno no escapa del paraíso sobre todo si deja como rehén al ser adorado. Pocas semanas después de su instalación en Neuilly, Margarete regresó a Marsella para traer consigo a su hijo René. Jung la acompañó. El gran bebedor que era el S. S. dejó sola a la prisionera en su cuarto de hotel para recorrer los bares. No fue una imprudencia porque Margarete no soñaba con escapar. René, entonces de once años de edad, fue internado en el pensionado de Sainte-Barbe, donde Margarete lo visitaba todos los jueves por la tarde.

Los otros días ofrecía el invariable espectáculo que observó el señor André François-Poncet. Algunas veces Trepper o Katz (que también estaba en Neuilly, como Schumacher, capturado en Lyon) venían a conversar con ella, en torno a su reposera. De los diez cuartos de la prisión de lujo de la Gestapo, cinco habían sido reservados para la Orquesta Roja.

En ese mes de julio los detenidos de la Lehrterstrasse sienten el alivio de una ola de optimismo. El origen se limitaba al comunicado publicado en los diarios de Berlín: aun en el texto tendenciosamente elaborado por Goebbels, leían la certeza del derrumbe del Reich en el próximo mes de agosto. Corbin no participaba del delirio general. Callaba sus objeciones para no desmentir una ilusión bienhechora y se limitaba a transcribirlas en su diario. Tenía la certeza de que la Wehrmacht sólo sería mortalmente golpeada con un desembarco aliado en las costas de Francia. Ni siquiera la invasión de Sicilia, el 10 de julio, lo hace cambiar de idea, en tanto que para sus compañeros es el anuncio de una inminente liberación. Tampoco la caída de Mussolini, el 25 de julio, que lleva el entusiasmo al colmo, nubla su lucidez; estudia a fondo el discurso del rey de Italia y de Badoglio y dice: «Esto no ha terminado».

Pero, de pronto, el 27 de julio, se deja arrastrar junto con los demás, por la ola de esperanza: «Tengo la convicción de que todo concluirá a fin de año».

Al día siguiente, 28 de julio, anota en su diario: «Buenos días, querida. He dormido

bastante bien, a pesar del ruido de la estación y de un avión que dio vueltas durante horas. Creí que yo era el único nervioso y… débil por momentos,

pero Biron ha tenido una crisis de congoja. Es terrible para los nervios: presentimos que el derrumbe de Italia debe preceder al de Alemania, aunque

¿cuándo sucederá? ¡Querida, querida mía, cuánto pienso en ti y en nosotros!».

En ese momento vienen a buscarlo, anunciándole que deje sus efectos personales en la celda. Sabe lo que significa esa frase.

Seis hombres de la Orquesta Roja, entre ellos Robert Breyer y Medardo Griotto, murieron con él. Fueron decapitados en la cárcel de Plötzensee, en el mismo galpón donde fueran colgados Schulze-Boysen y Harnack. Según el testimonio del limosnero

Kreuzberg, todos murieron valerosamente.

Ocho días después, el 5 de agosto, murieron a su vez en el cadalso nazi, quince miembros del grupo berlinés. Entre ellos, doce mujeres: la bailarina Oda Schottmüller, quien había escondido un trasmisor en su casa, lo mismo que Rose Schlosinger; Anna Krause, cartomántica; Cato Bontjes van Beck, ceramista; Eva María Busch, quien tradujo al alemán un artículo escrito por un obrero francés para el periódico *El Frente Interior*, y que declaró ser la autora, salvando así a un

camarada desconocido; Klara Schabbel, que servía como enlace entre Berlín y Bruselas; Ingeborg Kummerow, esposa de Hans Heinrich Kummerow, ingeniero en la «Loewe-Opta-Radio»; Rose Marie Terwiel, secretaria de Schulze-Boysen; Ursula Goetze, estudiante; Frieda Wesolek, que había alojado a paracaidistas y fue decapitada junto con su padre y su marido; Lianne Berkowitz, veinte años, había tenido un hijo en la cárcel, que le fue arrebatado para internarlo en un hospital S. S., donde murió antes que ella, e Hilde Coppi, la mujer del pianista aficionado de Schulze-Boysen, cuyo hijo también había nacido en la cárcel. Hilde escribió

poco antes de su ejecución: «Estoy feliz, casi contenta, me siento feliz por cada día que puedo pasar con mi hijo. Y a él le gusta tanto reírse, es tan alegre; ¿por qué quieren que llore?».

De los tres hombres, el más notable era Adam Kuckhoff, escritor conocido, autor dramático aplaudido, quien con Schulze-Boysen y Harnack fue uno de los pilares del grupo berlinés cuyas finanzas organizó y para el que redactó numerosos artículos y panfletos antinazis. Su dirección también figuraba en el famoso telegrama enviado por el Centro a Kent. Se recordará que el Director especificaba: «Recuerde aquí Eulenspiegel». *Till Eulenspiegel* era el

nombre de la última pieza de Kuckhoff que había servido como clave para cifrar los telegramas de la red.

Condenado a muerte, empleó las últimas semanas en redactar, a pesar de sus manos esposadas, un «esquema de una estética dialéctica». Su destino personal lo dejaba indiferente aunque sufría al pensar en que dejaba tras de sí un niño sin defensa: su hijo Ule, de cinco años. Cuando vinieron a buscarlo a la celda, escribió de prisa estos cuatro versos en una tira de papel:

«Para Ule:
Mi hijo querido, mi grande y última dicha.

Te abandono y te dejo sin padre.
¡No! Un pueblo entero —no, no es bastante—
La humanidad entera te servirá de padre».

Semanas después murieron Wilhelm Schürmann-Horster, Wolfgang Rhiess y Eugen Neutert. Con ellos concluyó el martirio del grupo berlinés. Dos condenados lograron suicidarse, ocho fueron ahorcados, el tajo de la guillotina cayó cuarenta y una vez.

En París, el cáncer concluía con Giering. El jefe del Kommando se vio obligado a dejar su puesto en el mes de agosto de 1943 e ingresó en el hospital de Landsberg, donde murió a fines del año. Sin duda le dolió abandonar la partida porque amaba su tarea con pasión. Pero se llevaba consigo la consoladora certeza de haber ganado la carrera de velocidad iniciada dos años atrás contra la enfermedad; la Orquesta Roja había sido aniquilada y tenía a sus pies, obedientes servidores, al Gran Jefe y al Pequeño Jefe. Había dado pruebas de violencia y crueldad, aunque también de inteligencia y astucia. Aplicó sin vacilaciones la tortura y soportó sin pestañear la tortura del cáncer. Los sobrevivientes de la Orquesta Roja lo odian y lo respetan a la vez.

Su sucesor a la cabeza del Kommando debía ser Reiser. Pero éste, por lo contrario, es muy incapaz de elevarse desde las tareas policiales a las de la alta política. Sus hombres lo califican de «fuerte pegador y gracias». Una mente burocrática, reacia a toda iniciativa y cuidadosa de esquivar toda responsabilidad. Ni siquiera está al corriente del Gran Juego, terreno reservado a Giering y Willy Berg. Conoce la obra del Funkspiel pero ignora la importancia de la partida. Y su pusilanimidad es insoportable. Seis meses después de la captura del Gran Jefe continúa mostrándole una desconfianza de serpiente convencido de que Trepper engaña al Kommando entero. Giering también desconfiaba, pero eso no le impedía proseguir el juego. En tanto que Reiser, cada vez que viaja a Berlín, agobia con sus dudas a los jefes de la Gestapo sin suministrar ninguna prueba, naturalmente, invocando tan sólo su olfato de viejo policía que ha encanecido en el quehacer, de tal manera que sus patrones acaban por decirle, hartos de él, que concluya con sus eternas sospechas porque es obvio que «ese tipo» les responde.

Reiser está liquidado. Lo llevan de vuelta a Alemania, a Karlsruhe, con el pretexto de que hace demasiado tiempo que está en París y que el adversario ya lo conoce…

El sucesor de Giering será el Kriminalrat S. S. Heinz Pannwitz.

Pannwitz es un característico ejemplar de esos hombres a quienes el historiador norteamericano Shirer llamó «los gangsters intelectuales del Tercer Reich». Tenía veintidós años cuando Hitler asumió el poder en 1933 y por entonces la política le preocupaba poco; estudiaba teología para hacerse pastor. Tras cinco años de estudios dio la espalda al templo y eligió la policía nazi. Imprevisibles caminos de la vocación. Al mismo tiempo debutaba junto a Himmler un joven de veintitrés años, brillante diplomado de la Universidad de Bonn, apasionado por la historia del Renacimiento, Walter

Schellenberg, quien luego será el jefe supremo de los servicios del espionaje alemán. Y otro joven de veintisiete años, cuyo nombre es Adolf Eichmann, y otro de treinta: Alfred Naujocks, ex estudiante de la Universidad de Kiel. El jefe de todos ellos era Reinhard Heydrich, de treinta y nueve años, ex oficial de marina, virtuoso del violín y esgrimista de nivel internacional. Tenían en común la juventud y los grandes apetitos. La aventura nazi les pareció la

mejor propuesta para el empleo de sus dones. Les permitía todo y al instante. La primera presa fue Alemania, después recibieron a Europa de las débiles manos de los ancianos señores que la gobernaban y la convirtieron en su campo de operaciones. Porque eran jugadores ante todo y sólo creían en el encanto y la virtud de la acción por la acción misma. Schellenberg traicionará, Naujocks desertará y si Heydrich hubiera vivido hasta el fin es dable pensar que se habría convertido para el Tercer Reich en una amenaza más temible que los señores de la Resistencia. Sus juegos fueron irrisorios y fascinantes. Irrisorios porque la

hegemonía temporaria de Alemania no fue su objetivo sino el de la Wehrmacht y porque sin sus divisiones blindadas nada les habría sido posible. Gracias a ella tuvieron las manos libres para arrasar un continente. Y se divirtieron como reyes haciéndolo. Para Eichmann, los ferrocarriles y cuatro o cinco millones de hombres traídos y llevados como animales a través de Europa. Disfrutó de la situación sin odio, como lo demostró después ante sus asombrados jueces. Los otros, más fantasistas, aportaron a sus actividades dotes inventivas extraordinarias y una imaginación delirante. Naujocks y Schellenberg organizaron raptos

rocambolescos, entre ellos el frustrado intento de secuestrar a los duques de Windsor, digno de Alejandro Dumas. Naujoks es el autor de la «Operación Bernhard» que consistía en inundar a Inglaterra con billetes falsos, muy en el estilo Ian Fleming. Heydrich instaló en Berlín un burdel de lujo, el «Salón Kitty», frecuentado por los diplomáticos acreditados en Berlín cuyas conversaciones eran grabadas, en el estilo Roger Peyreffitte. En cuanto a Heinz Pannwitz propuso suprimir a Winston Churchill lanzando con paracaídas sobre Inglaterra dos alienados obsesionados por la idea fija de matarlo. El proyecto fue aceptado y

como en ningún manicomio alemán se encontraron locos que ofrecieran esta particularidad, durante varias semanas los psiquiatras trataron en vano de inocular el odio a Churchill en el cerebro de dos pobres diablos.

Muy divertido.

Hay otras cosas menos divertidas, sin embargo.

El 29 de setiembre de 1941, Reinhard Heydrich se instala en Praga como «viceprotector de Bohemia y Moravia». Hitler le ha dado todos los poderes para recuperar a la antigua Checoslovaquia a la que su amo titular, el «protector» Neurath, se muestra incapaz de subyugar. Heinz Pannwitz

participa en la empresa. Gracias al apoyo de Heydrich ha cumplido una ascensión meteórica en la Gestapo. Con el rango de Kriminalrat se instala en Praga con su mujer y sus hijos para servir de brazo derecho a su patrón en su alto designio político.

El viceprotector define con cinco palabras esta política: «el látigo y el azúcar». Primero el látigo: ejecuciones masivas y deportaciones al menor asomo de rebelión. Dos semanas después de la instalación de Heydrich, Himmler recibe el siguiente informe:

«Todos los batallones de Waffen S. S. serán trasladados al protectorado de Bohemia-Moravia, alternativamente,

para ejecutar los fusilamientos y controlar las penas de horca. Hasta el presente hubo en

Praga ochenta y nueve fusilados y veintiún ahorcados; en Brno cincuenta y cuatro fusilados y diecisiete ahorcados, en total ciento noventa y uno ejecutados de los cuales dieciséis eran judíos». Y es un comienzo solamente. Pero cualquier bruto S. S. puede manejar la política del látigo, en tanto que la del azúcar exige tacto e inteligencia. Heydrich no carece ni de uno ni de otra. Promueve una extraordinaria campaña alimentaria y la realiza: por cada hora de trabajo suplementario un obrero checo recibirá como gratificación, no dinero que ha perdido su valor sino algunos cupones de carne o materias grasas. Heydrich ha dado en el blanco: la producción checa da un inmediato salto hacia adelante. Heydrich mejora sin cesar su sistema (vacaciones en hoteles de lujo para los obreros más adictos, etc.) y lanza luego una campaña de propaganda basada en el tema de la reconciliación germano- checa. La tercera etapa consistirá en acordar a los checos una autonomía mesurada a cambio de su ingreso en la gran cruzada antibolchevique. Esto es demasiado para el gobierno checo exiliado en Londres. Heydrich, «el ángel del mal» debe desaparecer. Se envía a dos agentes paracaidistas, para que lo abatan. El 27 de mayo los agentes atacan el Mercedes descubierto de Heydrich armados de pistolas y bombas, hiriendo gravemente al S. S. (morirá el 4 de junio) y logran huir.

La carrera de Heinz Pannwitz alcanza entonces su apogeo.

Días antes del atentado había suplicado a su patrón que aceptara una escolta. Heydrich que era todo menos cobarde, rechazó la oferta. Pero Pannwitz, jefe de la Gestapo en Praga y por lo tanto responsable de la seguridad del viceprotector, corre peligro a causa de la temeridad de éste. La tarde misma del atentado aterrizan en Praga, Schellenberg y Gestapo-Müller; furiosos, los jerarcas nazis exigen un holocausto para vengar a Heydrich. Ya Goebbels ha hecho arrestar a 500 judíos berlineses de los cuales 252 serán ejecutados lo mismo que otros 300 arrancados al *ghetto* de Theresienstadt. Baldur von Schirach, Gauleiter de Viena, reclama la destrucción de una ciudad inglesa de interés cultural en represalia. Pero el río de sangre expiatoria debe correr en Checoslovaquia.

En Praga y otras grandes ciudades, más de 3000 arrestos; 1331 checos, entre ellos 201 mujeres, ejecutados en el acto. En el campo 5000 comunas arrasadas y 657 personas fusiladas. La muerte de Heydrich el 4 de junio, reactiva la masacre y los pelotones de fusilamiento se instalan en los patios de las prisiones. En la cárcel de Pankrac, en Praga, 1700 checos son asesinados, en la de Brno 1300 cadáveres. El 10 de junio la destrucción de la aldea de Lidice, la ejecución de su población masculina y la deportación de las mujeres a Ravensbrück; los niños de menor edad fueron degollados en el lugar. Heinz Pannwitz no fue el inspirador de estas masacres pero, por sus funciones, fue uno de los que las llevaron a cabo.

La investigación se hizo bajo su dirección y comenzó en los sótanos de tortura del inmueble de la Gestapo para terminar el 18 de junio en la cripta de la iglesia de San Carlos Borromeo donde se habían refugiado los paracaidistas y sus compañeros. Pannwitz dirigió el ataque a la cabeza de un regimiento seleccionado de los S. S. Siete checos heroicos los mantuvieron en jaque durante horas y fue necesario ahogarlos.

Hicieron a Heydrich funerales nacionales. Hitler abandonó su Cuartel General para asistir a ellos y pronunciar la oración fúnebre. Celebró al «hombre de corazón de hierro» y le otorgó la más alta dignidad en la Jerarquía Alemana, que sólo una vez había sido concedida. La orquesta filarmónica de Berlín tocó

la marcha fúnebre de *El Ocaso de los Dioses* y luego el muerto fue descendido a su tumba en tanto que los jefes nazis, ahitos de sangre, saturados de bella música y de estandartes al viento, regresaron a sus despachos. Había sido un hermoso espectáculo.

Para la mayoría la desaparición de Heydrich era un buen negocio y Pannwitz lo sabía. Conocía el terror *físico* que su jefe inspiraba a los demás (Schellenberg lo llamaba el complejo Heydrich) y los celos provocados por una vertiginosa carrera cuyo objetivo evidente era el poder supremo. Adivinaba que la desaparición del viceprotector significaría el fin de las esperanzas para sus protegidos y el Kriminalrat Pannwitz acabaría su carrera como Kriminalrat.

Sin duda por eso su informe sobre la investigación del crimen fue redactado de tan curiosa manera. La primera parte consistía en una exposición clásica de los hechos pero la segunda, con el pretexto de buscar las motivaciones de los «asesinos» acumulaba críticas contra la política llevada a cabo por Heydrich en Checoslovaquia: era una verdadera acta de acusación de inaudita violencia.

Un juego a cara o cruz. Si los adversarios de Heydrich recibían con los brazos abiertos al tránsfuga Pannwitz su carrera recomenzaba. Si lo rechazaban lo peor se hacía posible porque los fieles del «hombre del corazón de hierro» no perdonarían.

Heinz Pannwitz perdió la primera apuesta. Convocado a Berlín donde el informe había provocado un escándalo, fue recibido fríamente, escuchado sin atención y despedido con orden de regresar a Praga. Si hubiera traicionado a Heydrich otra habría sido la acogida, pero sólo había traicionado a su cadáver.

El Kriminalrat se enloqueció. Con razón o sin ella juzgó que su vida estaba amenazada. Tenía amigos en el O. K. W. el Gran Cuartel General alemán y les suplicó que lo salvaran. Lo mejor que se les ocurrió a ellos fue movilizarlo. Recibió una orden de traslado y fue a reunirse con su unidad de la Wehrmacht a orillas del lago Ladoga en la frontera ruso-finlandesa. Su unidad era un regimiento de la famosa división Brandenburg, cuerpo seleccionado destinado a misiones especiales que dependía directamente del Abwehr. Allí los S. S. no alcanzarían a Pannwitz.

Su temporada en el frente se prolongó desde setiembre de 1942 hasta fines del año. En enero de 1943 había hecho las paces con sus antiguos amos, retornaba a las huestes S. S. y se instalaba en Berlín para trabajar bajo las órdenes del Gestapo-Müller. Seis meses después lo destinaban al puesto vacante de Giering. No lo debía solamente al hecho de haber seguido desde su despacho el trabajo del Kommando gracias a los informes de Giering. En sus tiempos de Praga había presentado nuevas propuestas para acabar con la Resistencia; el método tradicional consistía en la aniquilación de toda red descubierta, pero apenas hecho esto otra organización renacía de las cenizas y era el cuento de nunca acabar. Heinz Pannwitz proponía que se dejara en paz a las redes y que se dedicaran los esfuerzos a la captura de los jefes. Estos «convertidos» se transformarían en «consejeros políticos» de las autoridades alemanas y gracias a ellos podría ser utilizado el aparato de la Resistencia, mantenido intacto, para destruir su mismo espíritu. Algo ingenioso y osado, demasiado osado para la época. Pero ¿acaso el Gran Juego no se apoyaba en los principios sostenidos por Pannwitz? El sutil Kriminalrat era obviamente el hombre necesario

para reemplazar a Giering, sobre todo porque el Gran Juego entraba en su faz decisiva. Hacía seis meses que se estaba tratando de lograr la confianza de Moscú y hacer tragar el anzuelo al pez ruso; ahora había llegado la hora de pescarlo.

Heinz Pannwitz llegó a París poco antes de la partida de Reiser y le declaró: «Hasta hoy han estado haciendo puros rodeos, yo me lanzaré a la alta política». Reiser le respondió que él sólo era un policía deseoso de cumplir bien su tarea y que le dejaba el lugar de buena gana.

Pannwitz tenía entonces treinta y dos años; según uno de sus colaboradores era «mofletudo, sonrosado y fresco como un lechón».

El 15 de octubre de 1965 hacia un tiempo espléndido en Varsovia. Caminé por la gran arteria Nowy Swiat hasta la calle Nowogrodska, curiosamente semejante a las de Greenwich Village en Nueva York. Antes había visitado al doctor Chertok, por indicación de Claude Spaak, porque él podía darme algún informe sobre Trepper quien al parecer estaba en Varsovia. (Luego veremos el papel fortuito que al doctor Chertok le tocó jugar en esta historia. Cinco días después de que Claude Spaak me hablara de él, la prensa francesa publicaba sus intervenciones en el congreso mundial de hipnosis médica celebrado en París).

El doctor Chertok, siempre joven y gallardo, fornido, de risa fácil y franca, crea en su interlocutor un complejo de infravitalidad. Me dijo:

«Suelo pensar en ese caso en el que me vi mezclado por azar y que me valió uno de los mayores sustos de mi vida. A menudo pienso en el Gran Jefe. Uno de mis compañeros de la Resistencia me ha contado que el hombre, que para mi será siempre el hombre de "Bourg-la- Reine", vive en Varsovia en perfecta libertad, aunque está muy enfermo. Su verdadero nombre es Leiba Domb y es presidente de la Unión Cultural Judía de Polonia».

Tras cinco meses de búsquedas, estaba a punto de dar con el Gran Jefe. Ni la C. I. A. ni el Abwehr, ni el Intelligence Service, ni la D. S. T. ni la Gestapo (perdonen la mezcla) sabían que Leiba Domb era el mismísimo Trepper. Escribirle o pedirle una entrevista habría significado correr el riesgo de un rechazo. Me decidí a golpear directamente su puerta, aunque me la cerrara en las narices habría visto al Gran Jefe y esto valía la pena del viaje.

Claro que ha envejecido pero lo reconocí al instante por la mirada siempre evocada por sus ex compañeros. Una mirada gris claro de extraordinaria intensidad. El rostro arrugado, los cabellos grises. Me recibió sentado detrás de su escritorio cubierto de papeles y se puso de pie para tenderme la mano. El paso es pesado. Habla con voz suave, modulada, musical que ofrece un notable contraste con la mirada dura y el rostro marcado por tantas cicatrices de los años.

Balbuceé que había venido desde París para hablarle del pasado. Conservó la impasibilidad. Le temblaba la mano izquierda en la que sostenía una pipa. Lo atribuí a su enfermedad cardiaca pero en nuestras entrevistas subsiguientes la mano no tembló más.

Le dije:

—Hace dos años que convivo con usted. Con el Trepper de veinte años atrás.

—Vaya…

—Quiero escribir un libro sobre su red.

—¿Por qué no, si no tiene otra cosa que hacer?

—¿Ha leído lo que se ha escrito sobre usted?

—Muy poco. Son cosas que han dejado de interesarme.

—¿Quiere hablarme de ellas?

—¿Hablar? ¡Siempre se puede hablar!

—¿Qué va a contarme?

Su risa lo rejuvenece veinte años, treinta años y su cara pierde de golpe la implacabilidad. Es como si un estudiante contara una travesura.

—¡Vaya —me dijo riendo— le contaré lo que usted ya sabe, por supuesto!

30

El duelo Trepper-Giering

Al abandonar el consultorio del doctor Maleplate entre Giering y Fortner, su impaciencia era aun mayor que su ansiedad. Hacía meses que se ingeniaba en la búsqueda de una explicación para la extraña conducta del Kommando en el manejo de sus asuntos y en la inverosímil credulidad de Moscú ante el Funkspiel; por fin iba a saber.

Al día siguiente de su arresto lo condujeron de Fresnes a la calle des Saussaies. Esa tarde compareció ante un aréopago de jefes de la Gestapo, muchos de los cuales acababan de llegar de Berlín. Entre ellos un tal Müller a quien demostraban mucha deferencia y que quizá fuera el propio Gestapo-Müller.

Giering tomó la palabra y dijo:

—Bueno, usted ha perdido. Y no sólo ha perdido frente a nosotros sino también frente a Moscú. Hace tiempo que nadie le cree allí. Desde las detenciones en los Atrebates lo han acusado de perder la cabeza por nada. Tras la captura de Yefremov usted intentó alertar a Moscú y volvió a perder. Nosotros, la Gestapo, tenemos la confianza del Centro, y usted no. Claro está que todo esto usted lo sabe. Cuando un hombre de su calidad ve caer a sus agentes uno tras otro, haga lo que haga, sabe que el enemigo está en contacto con sus propios patrones. Y así sucedieron las cosas. Mire, aquí tiene algunos de los telegramas intercambiados con Moscú; le demostrarán hasta qué punto somos los dueños de la situación.

El Gran Jefe leyó los telegramas cambiados entre los pianistas «convertidos» y Moscú y los devolvió a Giering. Éste continuó:

—Y ahora, ¿qué haremos con usted?

¿Obtener los nombres de sus agentes?

Eso no nos interesa. Su red era una cosa hermosa, se lo concedo, pero ahora se acabó. ¿Quiere la prueba? Aquí la tiene.

Y Giering leyó al prisionero la lista de agentes de la Orquesta Roja que habían sido detenidos ya. Enumeró aquellos que habían sido descubiertos y «ubicados» y que podían ser prendidos en cualquier momento. Hasta llegó a darle los nombres de hombres y mujeres sospechosos simplemente de trabajar para la red. Después fue al grano:

—«Ya ve que no lo necesitamos para liquidar su organización. Pero le repito que eso

no nos interesa. Tenemos un objetivo más importante, un objetivo que nos excede a usted y a nosotros. Se trata de lograr una paz entre Rusia y Alemania para poner fin a esta guerra absurda que sólo es provechosa para las plutocracias capitalistas porque ellas esperan que acabemos de degollarnos para venir en busca del botín. Sería idiota y podemos impedirlo.

" —Claro es que usted puede negarse a ayudarnos. Francamente no nos molestaría mucho. Sabe que disponemos de emisores convertidos y los telegramas le probaron que el asunto marcha bien. Tenemos contacto con Moscú y podemos entablar el diálogo sin usted. Simplemente sería mejor hacerlo contando con usted.

" —Si se niega, morirá dos veces, por decirlo así. Aquí lo fusilaremos como espía y a Moscú le haremos creer que usted traicionó, que se pasó a nuestro lado. Sabe que podemos hacerlo porque se tragan todo lo que les mandamos.

" —Espero su respuesta».

Trepper había registrado cuidadosamente el texto de los telegramas y anotado en su memoria los nombres de los agentes que Giering le enumeraba con tanta complacencia y se había dicho: «La única carta de triunfo que tienen contra ti es que estás sentado en una silla con las esposas puestas. Pero eres más hábil que ellos y te los tragarás».

Respondió:

—Esperaba lo de ser fusilado aquí. Lo de ser considerado traidor en Moscú, piensen lo poco que me importa. Y en cuanto a esa historia de paz, vaya, no carece de interés…

«Pero les prevengo desde ya que ese negocio no andará bien. Ustedes reconocen, un cierto valor a la organización armada por mí, sepan entonces que el sistema de información soviético no significa nada junto al sistema que el Centro pone en marcha para protegerlo o vigilarlo. A eso llamamos "el contraespionaje". Es omnipresente, omnipotente. Se enterará de mi detención, en seguida y prevendrá a Moscú. En cuanto allí sepan que he caído, será el fin de los proyectos de ustedes».

Giering observó que los arrestos y las «conversiones» habían escapado al «contraespionaje» soviético. Trepper replicó suministrando numerosos detalles sobre las actividades del Kommando en Bélgica. Pretendió que le habían sido comunicados por el dicho «contraespionaje». En realidad le fueron dados por el grupo de control que él mismo organizara después del raid sobre los Atrebates. Y terminó con la siguiente advertencia:

—Hasta hoy ustedes han logrado ocultar al Centro la «conversión» de ciertos pianistas y de algunos subordinados como Yefremov. Es evidente y me veo forzado a reconocerlo. Pero permitan que les diga que en lo que me concierne las cosas serán algo diferentes. No soy un Yefremov. No se me puede escamotear sin levantar olas.

La discusión se prolongó hasta el amanecer. Trepper no se negó a colaborar, se había limitado a subrayar las dificultades de esa colaboración. Giering tampoco insistió en obtener una respuesta definitiva porque semejante exigencia habría desmentido su afirmación, sincera o no, de que podía prescindir del Gran Jefe. El primer encuentro fue de simple reconocimiento y al concluir Trepper sabía que Giering era un adversario temible.

El prisionero fue llevado a la planta baja y encerrado en un pequeño cuarto, anteriormente la caja de la Sûreté nacional. Se trataba de tenerlo a mano y al mismo tiempo incomunicado.

Giering desconfiaba, sobre todo, de la promiscuidad de la policía francesa algunos de cuyos servicios estaban instalados en la calle des Saussaies. Pero con mucha candidez fijaron en la puerta de la caja este cartel: «Preso especial. Entrada prohibida». De modo que la curiosidad de la casa se despertó al instante.

La revelación del Gran Juego había perturbado a Trepper sin asombrarlo tanto como esperaba. Por los informes de Maximovitch acerca del grupo de oficiales que rodeaban al general von Pfeffer estaba enterado de que una parte de la Wehrmacht deseaba hacer la paz con Occidente para ajustar mejor las cuentas al Este. Pero se trataba de vagas veleidades de oficiales sin medios de acción. Si los S. S. se lanzaban por la misma vía las consecuencias del caso eran infinitamente más serias. Trepper estaba convencido de que el discurso de Giering sobre un compromiso de paz con Rusia era un cebo destinado a facilitar su traición. El Gran Juego seguramente tendía al objetivo perseguido por el círculo Pfeffer: preparar un acuerdo entre Alemania y los anglo-norteamericanos o por lo menos suscitar tensiones entre los aliados. En ambos casos el final de la guerra corría el riesgo de ser dudoso.

El Gran Jefe siempre había economizado a sus hombres. Los más vivos reproches del Centro nunca lo decidieron a aventurar sus existencias. Pero en su pequeña celda de la calle des Saussaies decidió que el premio era más importante que cualquiera de ellos o que todos juntos. Anque perdieran sus vidas el plan S. S. debía fracasar. Dos posibilidades: o alertar a Moscú o entorpecer el mecanismo actuando desde el interior del Kommando. Ambas hipótesis implicaban que la posición del prisionero se afirmaba fuertemente y con rapidez. Debía tener las manos libres.

Adivinaba a Giering. Gracias a Kent, detenido dos semanas atrás, sabía que los mensajes más importantes del Gran Jefe eran trasmitidos a través del partido comunista. Lógicamente Giering debía hallar, a cualquier precio, la pista que lo llevara hasta esos trasmisores. A través de la línea del partido, sus mensajes a Moscú tendrían el sello de una indiscutible autenticidad. Accesoriamente se enteraría si la captura del Gran Jefe había sido detectada por el «contraespionaje».

Dos hombres podían conducir al Kommando hasta el Partido: Trepper y el Director.

A fines de noviembre, pocos días después del arresto en casa de Maleplate, Giering mostró, triunfalmente, a su prisionero un mensaje que el Centro acababa de enviar a Kent cuya radio estaba en poder de la Gestapo. El Director ordenaba un encuentro entre Trepper y Michel, su «contacto» con el Partido, fijando día, hora y lugar.

Giering arma una trampa. No se trata de detener a Michel, por supuesto, sino de seguirle los pasos para llegar al Partido.

Michel no acude a la cita. Había convenido con Trepper que las citas fijadas por el Centro se realizarían dos días y dos horas antes del tiempo señalado.

La segunda vuelta da el triunfo al Gran Jefe. Pero el final del duelo permanece dudoso. Giering lo mantiene confinado en su celda y sólo podrá actuar si sale de ella.

No significaba salir ser sacado para un interrogatorio o careo. El encuentro más dramático fue el que tuvo con Vassili de Maximovitch. El obeso barón,

pobre Casanova de perita, no se había suicidado antes de ser detenido y llevado a manos de los torturadores. Obedeciendo al Gran Jefe trató de mandar al otra mundo al «mayor número posible de esa canalla». El círculo de Pfeffer estaba en ascuas. La suerte de sus miembros dependía de seis palabras: «Negociar con o sin el Führer». Giering preguntó a Trepper si el informe de Maximovitch especificaba bien que esas palabras habían sido pronunciadas por Pfeffer. Trepper confirmó al instante y vio que «una inmensa felicidad iluminaba el rostro martirizado de Maximovitch». Como remache, agregó que *todos* los oficiales del círculo de Pfeffer estaban dispuestos a negociar con Occidente, «con o sin el Führer». Era exacto en cuanto a la negociación pero excesivo con respecto al Führer. El Gran Jefe no juzgó necesario cicatear. Había que golpear al mayor número posible de los partidarios de una paz por separado fuesen o no S. S.

Lo interrogaron asimismo sobre lo del curare: Anna de Maximovitch había declarado, braviamente, que le remitió una vez la cantidad suficiente para envenenar a mil personas, desatando con el gesto un regocijante pánico. Fue uno de sus buenos momentos.

Luego compareció repetidas veces ante el juez de instrucción militar encargado de investigar las «fuentes» alemanas. Desde el fondo de su celda había percibido los ecos del escándalo que sacudía al *Gross París* y que se iba ampliando a medida que descubrían la penetración de la Orquesta Roja en el Estado Mayor Alemán. Fue un hermoso homenaje a su trabajo y cada comparescencia la dio la oportunidad de remacharlo puesto que le ofrecía el delicado placer de tener en sus manos esposadas la existencia de numerosos oficiales. Esta vez ninguna exigencia de alta política lo obligaba al rigor; distribuyó la muerte, los trabajos forzados o la degradación de acuerdo con sus inclinaciones personales, salvando a los «buenos» y liquidando a los «malos». Por supuesto que su primera preocupación fue la de librar a Ludwig Kaïnz y afirmó que éste sólo había hecho mercado negro con la Simex, declarando al juez de instrucción que si lo castigaba habría que castigar entonces a toda la Todt, desde su director hasta el último pinche. También salvó al buen general austríaco destinado a la Intendencia de la Wehrmacht, quien le informara de la inminencia del ataque a Rusia. Por lo contrario cargó las tintas sobre los oficiales S. S. que frecuentara y algunos oficiales de la Wehrmacht particularmente fanáticos, afirmando haberlos comprado. En realidad sólo fueron un poco charlatanes, pero ¡al paredón con ellos! Fue otro buen momento.

Dispensador de la muerte, ésta lo golpeó indirectamente. El Kommando había descubierto en casa de la señora Grossvogel un pasaporte extendido a nombre de Trepper con la foto del Gran Jefe. Giering lo mostró al prisionero quien declaró que ése era su verdadero nombre. Su complacencia en declarar la verdadera identidad despertó la desconfianza de Giering quien no podía adivinar que el Gran Jefe deseaba ante todo evitar que fuera descubierto su seudónimo «Domb» con el cual era conocido en los medios comunistas y paracomunistas. Un miembro del Kommando fue a Polonia para buscar en Neumarkt el rastro eventual de un cierto Léopold Trepper. Su informe llegó a manos de Berg cuando éste se disponía a interrogar al Gran Jefe. Berg le leyó el texto del telegrama: «Neumarkt ha sido *judenrein* (limpiada de judíos según el léxico nazi). Los documentos civiles fueron quemados, el cementerio destruido y arado de manera que es imposible hallar el nombre de Trepper en alguna losa».

De este modo, el Gran Jefe se enteró del exterminio de los suyos. En el tiempo que duró la lectura del telegrama, había perdido a su madre, sus hermanos y hermanas,

sus tíos y tías, sus primos, toda su parentela, en total cuarenta y ocho personas. Los adultos fueron deportados y mandados a las cámaras de gas. Los niños y los viejos muertos en el lugar.

Trepper se encogió de hombros y dijo a Berg, sonriendo: «Busque en los archivos de la Prefectura Policial de París, sería raro que no encuentre algún papel a nombre de Trepper».

Giering le proporcionó un diccionario, papel y lápiz. El día entero garabateaba ante la indiferente mirada del guardia instalado permanentemente en su celda y a quien le estaba prohibido hablar con el preso. Por la noche los centinelas mostraban cierta tendencia a desobedecer la consigna. Hasta la una de la mañana reinaba el silencio pero luego, cuando toda la casa dormía, charlaban hasta las dos o las tres de la madrugada. Después el centinela se tendía en su catre de campaña y se dormía. El Gran Jefe aguardaba media hora más antes de levantar su propio catre para extraer un rollo de papel disimulado dentro del hueco de una de las patas: su informe para Moscú.

Se iniciaba con una acumulación de detalles. Hacía meses que Trepper enviaba al Centro advertencias que no fueron escuchadas. Esta vez debían darle crédito, era su última oportunidad. Describía minuciosamente su arresto (día, fecha, lugar), su prisión en Fresnes, su regreso a la calle des Saussaies. Contaba cada careo (con quien, cuándo y dónde). Todo esto era verificable aunque el famoso «contraespionaje» soviético fuera un espantajo destinado a ablandar a Giering. Más o menos convencido de que el Centro creería que el Kommando lo había hecho su prisionero, proseguía dando la nómina de agentes ya detenidos y sobre todo los nombres de aquellos de quienes Giering le dijera que eran convictos o sospechosos de pertenecer a la red. El más importante: Fernand Pauriol, radioperador responsable del Partido. Trepper insistía para que se lo ocultara cuanto antes.

Luego explicaba en qué consistía el Gran Juego. Describía su objetivo y los recursos utilizados. Para probar lo que era posible hacer con algunos pianistas «convertidos», citaba el texto de los telegramas que Giering con tanta complacencia le había hecho leer y los comentarios del jefe del Kommando. Terminaba con la advertencia de que intentaría la evasión y proponiendo diversos planes. La mejor oportunidad podría ser un café de doble salida situado al final del bulevar Saint-Michel.

La redacción del informe le llevó varias noches. Sólo podía trabajar entre las tres y las seis de la mañana sin dejar de vigilar el sueño del guardia. El más agradable era Berg para quien el alcohol hacía las veces de somnífero y el más fastidioso, un sacerdote movilizado que pasaba las noches en vela, rezando por el alma del cautivo.

Redactó el texto en hebreo, yiddish y polaco, mezclando todo lo posible los tres idiomas, porque si sus papeles eran descubiertos se necesitarían tres intérpretes para descifrarlos y eso le daría un plazo de varias horas. Precaución minúscula aunque típica del Gran Jefe; atado al poste de ejecución, ese hombre pensaría en la conducta a seguir si las doce balas fallaban.

Terminado el informe, juzgó llegado el momento de jugar su carta contra Giering. Era el mayor riesgo de todos los que había corrido a lo largo de su vida.

El jefe del Kommando se enteró de que el eslabón primero en la cadena que conducía al Partido era una antigua militante, una tal Juliette, que trabajaba en una confitería al por mayor cerca del Châtelet.

Pero en lugar de enviarle a Trepper, como éste esperaba, decidió utilizar a Raichman, el falsario de Bruselas quien un año atrás había tenido un contacto con Juliette. El Gran Jefe dijo al S. S.: «Perderá su tiempo, verá que ella finge no conocer a Raichman».

Fue lo que sucedió. Meses atrás, Trepper había ordenado a Juliette que no recibiera a nadie, aparte de él mismo o de Katz. Cualquier otro emisario debía presentarle, como signo de reconocimiento, un botón rojo. Giering y Raichman ignoraban el detalle.

Tercera vuelta a favor del Gran Jefe. Giering y Willy Berg van a Berlín y a su regreso Berg presiona a Trepper para que colabore. Éste replica que no pide otra cosa pero que le quitan toda posibilidad al confinarlo en su celda. Estaba dispuesto a encontrarse con Juliette y no fue su culpa si Giering prefirió enviar a Raichman. Está dispuesto a ayudar al Kommando pero que por lo menos le den los medios para engañar al famoso «contraespionaje». Es necesario que lo envíen a los lugares que solía frecuentar y que le permitan retomar el contacto con algunos agentes. Berg responde que él aceptaría de buena gana sus condiciones pero que Giering no lo permitirá jamás, menos por desconfianza, que por temor a un atentado si deja salir a su precioso prisionero. Giering está convencido de que todos los grupos de choque parisienses del partido comunista han recibido la orden de liberar a Trepper o de matarlo para que no hable.

El Gran Jefe sugiere entonces que se mande a Katz a ver a Juliette.

Se había enterado del arresto de su fiel adjunto con desesperación y alivio. La pena era comprensible, el alivio se debía a las excepcionales condiciones del hombre: con él la partida se volvía menos difícil de jugar.

Torturado, instado a hablar y a colaborar, Katz repetía siempre: «Trepper es mi jefe, lo será hasta el final. Haré lo que me pida y nada más». Era obvio que no iría a ver a Juliette si el Gran Jefe no se lo ordenaba. Berg logró convencer a Giering y los dos hombres volvieron a verse por primera vez desde el 23 de noviembre. Katz estaba desfigurado por los golpes.

El encuentro había sido minuciosamente organizado por los dos S. S. y Trepper. La gran dificultad estribaba en que Katz no hablaba el alemán, como Trepper y Giering y Berg ignoraba el francés. Naturalmente no se podía utilizar al intérprete del Kommando, el Oberscharführer Siegfried Schneider, porque si se mantenía a un Reiser fuera del caso, ¿cómo meter en él a un simple ayudante? Por otra parte, la más elemental prudencia prohibía a los dos S. S. que los prisioneros conversaran sin que ellos comprendieran el diálogo.

La solución fue suministrada por el Gran Jefe mismo. Dijo a Berg: «Usted entiende un poco de yiddish, hablaré con Katz en yiddish y así se convencerá de que no los engaño». En efecto, el yiddish, idioma derivado del alemán, es comprensible para un alemán, pero está salpicado de palabras hebreas cuyo sentido sólo se entiende si uno conoce el hebreo.

El Gran Jefe hizo a Katz un largo discurso para exhortarlo a someterse a la voluntad del Kommando; lo conminó a ir a ver a Juliette y le dio numerosos consejos para que ella lo reconociera, consejos superfluos puesto que de todos modos

Katz hubiera sido recibido por Juliette. Sembró su discurso de palabras hebreas que significaban más o menos lo siguiente: «Ella debe responder que buscará el contacto pero que no promete nada».

Reiser conserva un vivo recuerdo de la cita que tuvo lugar una lluviosa tarde de diciembre. Un cordón de policías vestidos con ropas civiles rodeaba el barrio del Châtelet. El Kommando tomó posiciones en las calles vecinas a la confitería. Pero dejaron a Katz entrar solo en el local. Trepper había advertido que probablemente el contraespionaje vigilaba a Juliette; si los guardias seguían a Katz muy de cerca serían observados y el intento fracasaría.

Katz regresó con la respuesta dictada por el Gran Jefe.

Una semana después, Giering lo envía otra vez a la confitería y conforme a las instrucciones de Trepper, Katz pretendió que la respuesta de Juliette había sido: «Encontré el contacto, pero es necesario que el patrón venga personalmente».

Estas idas y vueltas preocupaban a Giering. ¿Habría gato encerrado? Trepper lo tranquilizó: simplemente se inquietaban ante su desaparición. Él les había prevenido: si no lo veían circular pensarían que había sido arrestado y todo quedaría en agua de borrajas. Seguramente olfateaban algo…

Giering no podía retroceder. Al arrestar al Gran Jefe también había jugado a cara o cruz. Gracias a él los mensajes del Funkspiel podían alcanzar una perfecta credibilidad. Pero si Moscú sospechaba su captura, comprendería que las anteriores aprensiones de Trepper estaban justificadas. El Centro procedería a un nuevo examen de la situación de la red, y esta contrainformación daría como resultado el desenmascarar a los pianistas «convertidos». Sería el derrumbe del Funkspiel y el fin del Gran Juego.

El jefe del Kommando decidió enviar a Trepper a la confitería, y esta vez el barrio entero fue cercado por fuerzas policiales. Pelotones de guardias civiles tomaron posición en las esquinas que daban acceso al Châtelet. La Gestapo y sus auxiliares franceses se encargaron de proteger los alrededores de la confitería.

Giering entregó a Trepper el mensaje que ella debía pasar a los altos niveles para que fuera trasmitido a Moscú. Se suponía que procedía del Gran Jefe. Éste explicaba que la red había recibido un rudo golpe pero que no estaba destruida. Proponía interrumpir el enlace con Moscú durante un mes para dar tiempo a que la tormenta se aplacara. El Centro daría luz verde para nuevos contactos enviando al Gran Jefe, en ocasión de la fiesta del Ejército Rojo, el habitual telegrama de felicitación.

El plazo de un mes era un hallazgo de Trepper. Había convencido a Giering de que el Centro, acostumbrado a su prudencia, esperaría una propuesta semejante. En realidad el prisionero se proponía dar a Moscú el tiempo necesario para verificar su informe y bloquear, en el intervalo, toda iniciativa del Kommando.

El cifrado del telegrama produjo un problema. Por Kent, Giering sabía que un código ultrasecreto era utilizado en los telegramas trasmitidos por la línea del Partido. Lógicamente el mensaje debía ser cifrado de acuerdo a ese código. Obligado a decir el secreto, Trepper estalló en carcajadas y dijo:

«¡No creerán que un gran patrón como yo va a perder el tiempo con esas historias de códigos!». Kent reveló que Grossvogel poseía la clave, pero ya sabemos que todo intento

de quebrar a Grossvogel fracasó. A falta de algo mejor el mensaje fue cifrado utilizando uno de los códigos de Bruselas.

Willy Berg acompañó a Trepper a la confitería y fingió interesarse en el decorado. Trepper se acercó a Juliette y le entregó un fajo de papeles. Contenía el mensaje de Giering, su propio informe trilingüe y una carta que comenzaba así: «Querido camarada Duclos: te suplico que hagas lo imposible para trasmitir este documento a Dimitrov y al Comité Central del Partido comunista de la Unión Soviética. Hay algo en Moscú que anda mal. Es posible que un traidor se haya filtrado dentro de nuestros servicios».

Juliette tomó los papeles sin decir una sola palabra. Trepper le susurró: «¡Desaparezca en cuanto haya trasmitido y no vuelva más!». Luego se marchó en compañía de Berg.

En lo que le concernía había jugado y ganado la partida. Desde el seno mismo de la Gestapo, desde el centro de ese grupo de élite, el Kommando, logró comunicarse con Moscú en las propias barbas de sus guardianes. Gracias a él, el Centro recibiría muchas más cartas de triunfo de las necesarias para quebrar el juego S. S. Pero sus relaciones con el Centro habían sido tan crueles que un difuso temor lo dominaba. Aun después de haber descolocado y ridiculizado a Giering, el fin del encuentro dependía de la decisión del árbitro-juez: el Director. Si éste no daba crédito al informe trilingüe, el S. S. ganaba la partida.

Una espera de un mes excedía las reservas de paciencia de Giering. Tres días después de la entrega de documentos a Juliette envió a un agente francés a la confitería para preguntar, de parte del Gran Jefe, si la trasmisión a alto nivel se había llevado a cabo. Juliette no estaba en el local y su patrona explicó que se había tomado unos días de licencia. Una semana después la licencia continuaba y la patrona explicaba al emisario que había sido llamada para atender a una tía enferma y que ignoraba cuándo volvería al trabajo.

Giering, enloquecido, pidió explicaciones a Trepper. El prisionero hizo una mueca y dijo: «Se lo he dicho y repetido, encerrándome aquí usted despierta forzosamente sospechas».

Lo dejaron salir. Dos coches encuadraban el suyo. Llevó al Kommando a diversos negocios donde decía tener agentes propios. Sus guardias lo dejaban entrar solo en la tienda, pero vigilaban estrechamente el lugar. No se arrestó a nadie porque eso hubiera inquietado y se trataba de tranquilizar. De haberlo hecho habrían aprehendido al sastre del Gran Jefe, a su cigarrero, a su librero, su zapatero, etc. Todas buenas gentes que ignoraban por completo las actividades de su cliente.

El 23 de febrero, día de la fiesta del Ejército Rojo, Giering recibió el telegrama de felicitación dirigido al Gran Jefe. Aunque era imposible utilizar la preciosa línea del Partido, por el momento, puesto que Juliette había desaparecido, el telegrama del Centro garantizaba a Giering que Moscú ignoraba la captura de Trepper y el Funkspiel podría continuar.

Día de fiesta para el Ejército Rojo y probablemente también para el Kommando. El coñac corrió a chorros en la casa de Suzy Solidor y Trepper aprovechó la euforia general; esa misma noche lo llevaban a Neuilly, en tanto que Kent permanecía en la calle des Saussaies. Encerrado en una pieza contigua a la de Trepper, ambos hombres habían podido cambiar unas frases. «Estoy convencido de que no trabajas para ellos en verdad —dijo Kent. Tratas de engañarlos…». «¡Claro que trabajo para ellos! —respondió Trepper. ¿Qué se puede hacer? ¡Todo se ha ido al diablo!».

El traslado a la prisión de lujo de Neuilly no fue solamente una recompensa. Giering

desconfiaba cada vez más de los policías franceses instalados en la calle des Saussaies. Más valía alejar al prisionero. Para colmo, el Gran Jefe le había hecho algunas observaciones sobre la simpatía de la policía francesa hacia la Resistencia. Giering prestó oídos a cierta sugestión del preso a propósito de su carencia de documentos y dinero. Los agentes del Kommando, que no estaban en Francia como peces en el agua, para pasar inadvertidos utilizaban papeles falsos en lugar de los documentos alemanes. Se hacían pasar por hombres de negocios holandeses, flamencos o suecos, instalados en París. Pero ¿qué sucedería si el coche de Trepper en una de las salidas era detenido por la policía francesa? ¿Cuál sería la reacción de ésta en presencia de un hombre sin papeles ni dinero? Por fuerza lo detendrían. Y aunque el incidente no tuviera mucha trascendencia, sus consecuencias eran imprevisibles. Tal vez la Resistencia fuera advertida de la existencia de un misterioso prisionero que policías alemanes camuflados paseaban por París, y las señas de Trepper se difundirían. A partir de ahí, todo era posible.

Giering estuvo de acuerdo y el Gran Jefe obtuvo algunos papeles y dinero.

Los seis meses siguientes transcurrieron plácidamente en Neuilly. El Kommando sólo reclamaba de Trepper consultas de orden general. Kent se encargaba de las tareas prácticas del Funkspiel, redactaba y cifraba los mensajes, los suyos en francés, los de Trepper en ruso.

Katz, sin ocupación alguna, se limitaba a pasear por el jardín. Trepper insistió para que fuera llevado a Neuilly y salvó la vida de su fiel adjunto asegurando que podía ser indispensable para el Funkspiel. Schumacher, el dueño de la casa donde Wenzel fue detenido, arrestado en Lyon, se inquietaba y preguntaba a Katz si era verdad que el Gran Jefe se había convertido en un «carnero» de la Gestapo. No podía pensar en la traición de Trepper y suponía un doble juego. Katz se encogía de hombros y le respondía que no había sido posible hacer otra cosa. Lo más extraño era la actitud de Kent, quien repetía a Trepper que tampoco creía en su traición y daba a entender cuánto lamentaba la suya propia. Un poco más de tiempo y no era imposible que el Pequeño Jefe fuera utilizable otra vez.

Con Berg el idilio era perfecto. Le había repetido a Trepper su fórmula favorita: «He sido cana con el Kaiser, cana en la República de Weimar, cana con Hitler y sería cana si Thaelman ganara el poder». Los dos hombres se entendieron. Después, Berg, que había perdido tres hijos, por enfermedad, volvió de su licencia en Berlín, irreconocible. Su mujer había enloquecido a consecuencia de un bombardeo. Era un hombre vencido y sólo aspiraba a que la guerra concluyera. Para el Gran Jefe se convirtió en una «fuente» excepcional, informándolo día tras día de las actividades del Kommando, de tal modo que Trepper conocía los proyectos de Giering antes de que fueran puestos en marcha. No fue un caso de «conversión» ni de tácita complicidad. Trepper intuía que Berg quería una paz por separado y que, suponiendo que él trabajaba en ese plan, le hablaba sin inconvenientes. Y si Trepper engañaba, bueno, nadie sabía a ciencia cierta cuál sería el fin de la guerra, así que nada se perdía con sincerarse…

Giering era otra cosa. Trepper supo siempre que él sería irreductible. Fue un alivio su

partida y la llegada de Pannwitz. El cambio lo favorecía por diversos motivos y sobre todo porque Giering, policía escéptico, no creía que los judíos valieran menos que los demás. Pannwitz creía que valían menos. Veintitrés años después nos dirá de su prisionero: «¡Un gran comediante! Cuando no se sabía observado su mirada era dura, desconfiada y su actitud serena y altanera. En cuanto uno le hablaba representaba una comedia. Se ponía la mano sobre el corazón para recordarnos

que era cardíaco. Sobre todo era un judío. Los rusos cometieron un error al meter a tantos judíos en esa red —¡el noventa por ciento!. Un judío es demasiado pícaro para morir por una causa perdida».

Pannwitz, en realidad, se había hecho cargo de su jefatura del Kommando, con una falsa imagen de Trepper: la «leyenda» forjada para uso de la jerarquía. Detalle significativo, porque muestra la escasa confianza que los de la Gestapo se tenían entre sí.

Al poco tiempo de llegar Pannwitz, Trepper se enteró de que saldría de Neuilly y lo llevarían a un departamento parisiense y que podría ir y venir a su

antojo, bajo una discreta vigilancia. Pero para ello tenía que colaborar en la «alta política» iniciada por el Kriminalrat. Éste, contrariamente al viejo y prudente Giering, está dominado por la impaciencia propia de su edad. Ha decidido quemar etapas. Para hacer política en el más alto nivel, los pianistas «convertidos» sólo ofrecen posibilidades reducidas. Sería necesario discutir, argumentar, hacer diplomacia, en fin, y esto no es posible con el único instrumento de algunos mensajes cifrados. ¿Por qué no hablar directamente con Moscú? ¿Por qué no enviar allí a un emisario garantizado por el Gran Jefe? Antes de partir hacia

París, el petulante Pannwitz ha sometido su plan a Himmler, quien no apreció su osadía y dijo con su vocecita sentenciosa: «No, no hay que enviar a nadie allí, la ideología bolchevique es tan fascinante que el riesgo de contaminación resulta demasiado grande». Conclusión de Pannwitz: el Reichsführer es un palurdo paralizado por el miedo a las iniciativas.

Mantiene su plan con algunas modificaciones, y en lugar de enviar a alguien a Rusia hará que los rusos manden un emisario. Pregunta a Trepper si es costumbre en los servicios soviéticos delegar a un responsable de alto rango para tratar en el lugar los

asuntos de interés excepcional. Trepper da una respuesta afirmativa. Kent, interrogado a su vez, pretende lo contrario. Pannwitz, confundido, pide explicaciones a Trepper. El prisionero alza los brazos al cielo y dice: «¡Cómo se le ocurre que un Kent puede estar enterado de cómo suceden las cosas a alto nivel!». Pannwitz se convence y el Centro recibe un mensaje del Gran Jefe. Éste explica que está en contacto con un poderoso grupo de opositores a Hitler cuyos sentimientos son muy favorables a la Unión Soviética. Pero él no tiene competencia para tratar asuntos políticos, ¿podría el Director delegar a alguna personalidad capaz de iniciar las

negociaciones? La cita se fija, en sucesivas fechas, en el antiguo departamento de Katz.

En la primera de las fechas se envía a Trepper a casa de Katz. Sorpresivamente se encuentra con Raichman, quien ahora vive allí. Los dos hombres conversan. Como Kent y Schumacher, Raichman no puede creer que su ex jefe trabaje ahora para los alemanes. Y lo mismo que con Kent y con Schumacher, Trepper habla del espíritu quebrado.

El emisario de Moscú no acude a la cita. Tal vez sólo se trate de una postergación y Pannwitz no pierde las esperanzas. Pero antes de que se cumpla

el plazo de la última fecha, una bomba de tiempo dejada por Giering estalla en el seno del

Kommando.

Fue el último triunfo del policía. Es probable que jamás se haya enterado, porque agonizaba en Landsberg.

El caso Juliette le había dejado cierto malestar. ¿Por qué esa mujer había desaparecido súbitamente y sin dejar rastros?

Era dable comprender que el «contraespionaje» inquieto por la suerte del Gran Jefe la hubiera instado a ocultarse. Pero entonces debió reaparecer tras las primeras salidas del prisionero y sobre todo después de la recepción del telegrama de felicitación del 23 de febrero. Si ese telegrama era «sincero», el Centro no sospechaba trampa alguna y Juliette podía retornar a su confitería. Si no retornaba, ¿había sido el telegrama enviado por Moscú en perfecto conocimiento de causa y con el objeto de engañar al Kommando? La única manera de salir de dudas consistía en capturar al eslabón siguiente de la cadena que conducía al Partido: Fernand Pauriol.

Giering conocía por Raichman la existencia de Pauriol, y gracias a Kent se enteró de sus funciones dentro del aparato técnico del Partido y de su papel de correo extraordinario por cuenta de la Orquesta Roja: aseguraba el enlace entre Juliette y el Comité Central. Su arresto daría la posibilidad de poner en claro el caso Juliette y permitiría saber si las instancias superiores del Partido —Moscú por lo tanto— se tragaban realmente las actividades del Funkspiel. Giering desconfiaba demasiado para no lanzar a cualquier precio esa sonda.

La Gestapo recibió la orden de atrapar a Pauriol en cualquier lugar de Francia. Fracasó. El hombre había desaparecido. Pasaron los meses y Giering no olvidó. Quería a Pauriol y para tenerlo armó una trampa perfectamente maquiavélica: hizo que el Centro mismo le entregara lo que la Gestapo no supo encontrar.

Un día el trasmisor utilizado para los mensajes atribuidos al Gran Jefe sufrió un desperfecto. El Kommando, por supuesto, disponía de técnicos capaces de repararlo, pero en lugar de recurrir a ellos, Giering envió por el trasmisor de Kent un mensaje informando al Centro acerca del desperfecto y pidiendo que le enviaran urgentemente a un especialista del Partido. Astuta artimaña. Si el Director no había desenmascarado al Funkspiel enviaría a Trepper, sin tardanza, un técnico. Y aun cuando hubiera recibido el informe del Gran Jefe, aun cuando le hubiese dado crédito, *aun sabiendo que Giering le tiende una trampa* debe fingir ignorancia y organizar el contacto con un mecánico. ¿Que así se sacrifica a éste? No es cuestión de un hombre. Y nada prueba que Giering arrestará al técnico. Puesto que está comprometido en una gigantesca partida, ¿por qué perdería su tiempo buscando agentes de ínfimo orden? El mensaje que anuncia el desperfecto debe tener como único objetivo dar la impresión de «la verdad»; una red sin inconvenientes no existe, o no existe ya…

El Director indica a Trepper un técnico comunista cuyo seudónimo es Jojo. Sus padres tienen un bar en Saint-Denis. Él ha montado un taller donde construye y repara trasmisores.

Nada prueba que Jojo llevará a Pauriol y el camino corre el riesgo de ser muy largo (Giering se alejará de París antes de que se haya alcanzado la meta), pero los matarifes del Kommando ponen manos a la obra. La suerte está de su lado. Siempre la misma historia: las

torturas y los nombres dichos a gritos cuando ya el cuerpo no resiste más, la razón naufraga y el alma se quiebra. Jojo entrega a Auguste, quien entrega a Marc, quien entrega a Michel. Michel conduce a Francis o François, oculto cerca de Burdeos. Fernand Pauriol, *alias* Duval, está en Burdeos. Lo detienen el 13 de agosto de 1943. En vista de su absoluto mutismo la Gestapo necesita tres semanas para identificar a su presa.

A principios de setiembre, cierto día Berg, loco de alegría, irrumpe en el cuarto de Trepper chillando: «¡Hecho, tenemos a Duval!». El Gran Jefe queda como fulminado y por primera vez cree haber llegado al término de su largo viaje. De un momento a otro vendrían a comunicarle la orden de ejecución. Lo único que le quedaba era la muerte digna. Siempre metódico, preparó la linda frase que arrojaría a la cara de sus verdugos.

Pero Fernand Pauriol no habló aunque lo torturaron atrozmente. No habló ni siquiera cuando lo amenazaron con matar a su mujer en su presencia. Su calvario durará un año; Pauriol no hablará.

Apenas el Gran Jefe dominó sus temores recibió otro golpe: el 12 de setiembre Berg le anunció su traslado al Mediodía, con escolta. La Funkabwehr acaba de descubrir allí una emisora comunista y ha echado mano a las copias de los telegramas despachados y recibidos. El eminente «intérprete de códigos» Kludow está en camino hacia Francia y comenzará a descifrar los archivos, pero el Kommando se ha persuadido ya de que la emisora descubierta es la que trasmitió a Moscú el mensaje confiado a Juliette. Por consiguiente se sabrá cuáles fueron los términos del acuse de recibo del Centro, si hizo preguntas al Partido y cuáles. Trepper forma parte del equipo puesto que puede ser necesario.

Una catástrofe. Si la emisora trasmitió el mensaje de la Gestapo, ¿no existe acaso la posibilidad de que haya trasmitido igualmente el informe del Gran Jefe, que aparecerá en los archivos y que Kludow no tardará en decriptar? El razonamiento es lógico, pero parte de una hipótesis errónea. Porque la emisora descubierta no ha servido para trasmitir a Moscú el mensaje de Giering y en cuanto al informe trilingüe del Gran Jefe, Jacques Duclos no quiso confiar a las ondas un documento de tal importancia y lo hizo llevar a Londres por un correo para que desde allí lo encaminaran a Moscú. Trepper no puede adivinar esta circunstancia y considera que será desenmascarado en breve. Pero dispone de un margen de acción: el viaje está previsto para dentro de dos días.

Ha tenido tiempo, en seis meses, de examinar el lugar y de pesar el valor de las medidas de seguridad. Probablemente cualquier tentativa de evasión concluya bajo las balas de los guardias eslovacos, aunque, ¿cómo dejar de correr el riesgo? Esa misma noche confía su proyecto a Katz, quien se niega a seguirlo. Su mujer y sus hijos están instalados en Billeron, en el castillo de los Maximovitch, y sirven como rehenes al Kommando. Katz ha sido prevenido: los matarán si él no anda derecho. Aceptó arriesgar sus vidas en el caso Juliette por lo que estaba en juego, pero no cree tener derecho a condenarlos a muerte para salvar su propia vida. Permanecerá en Neuilly. ¡Buena suerte para el Viejo compañero! Kriminalrat Pannwitz, Hauptsturmführer S. S. verdugo de Praga, usted que conserva su vida en tanto que Katz ha muerto, ¿dirá todavía, después de leer estas líneas, que ese hombre era inepto para el sacrificio, por su raza?

Trepper modifica su plan. Había encarado una tentativa conjunta para no abandonar a su amigo. Solo, puede evitar el fuego de los eslovacos. Tiene papeles y dinero. Puede burlarse de Berg y de sus taras de borracho. A la mañana siguiente le sugiere ir juntos a la farmacia Bailly.

El 13 de setiembre, Willy Berg se había levantado con atroces dolores de estómago. La víspera bebió más de lo acostumbrado para ahogar su pena: era el aniversario de la muerte de uno de sus hijos. A las once de la mañana

se presentó en Neuilly completamente postrado. Trepper compadeció sus sufrimientos y le ofreció llevarlo a la farmacia donde vendían el milagroso remedio. Agradecido, Berg se instaló con él en un coche de la Gestapo. Fueron a la farmacia Bailly, calle de Roma, 15, junto a la estación Saint- Lazare. La farmacia tiene dos entradas, una por la calle de Roma y otra por la de Rocher.

Apenas el coche se detuvo frente a la puerta principal, Trepper descendió. Berg vacilaba: ¡esas dos entradas! Pero, al fin, puesto que confiaba en Trepper, lo dejó entrar solo, según lo convenido.

Son las doce. Veinte horas antes se ha llevadoa cabo la evasiónmás espectacular del siglo. Benito Mussolini, dictador derrocado, fue sacado de la cárcel del Gran-Sasso por el Sturmbannführer S. S. Otto Skorzeny.

El Gran Jefe penetra en la farmacia por la puerta de la calle de Roma y sale por la de la calle de Rocher, perdiéndose entre la multitud.

El Gran Jefe no había contado con que el alemán se quedara en el coche. Pensó abatirlo en el interior de la farmacia y escapar a la carrera. Si Berg sacaba su revólver, la presencia de un numeroso público le impediría hacer

blanco y era posible también que algún parroquiano lo dominase.

Pero todo resultó mucho más simple; bastó con entrar por una puerta y salir por la otra. Casi dos años atrás, un 13 de diciembre, el Gran Jefe había logrado escapar de la ratonera instalada en la calle de los Atrebates por Fortner. Desde su niñez consideraba al 13 su número de suerte.

31

La batida

Willy Berg, más muerto que vivo, telefoneó a la calle des Saussaies; su informe desató el pánico. Al instante Pannwitz organizó una gigantesca operación policial. Cercaron el barrio de Saint-Lazare; decenas de mirones fueron detenidos y pasaron el rastrillo por el inmueble Bailly. Ningún rastro de Trepper. En las últimas horas de la

tarde, Pannwitz dejó sin efecto el inútil dispositivo de seguridad y entonces el Gran Jefe pudo entrar en la estación Saint-Lazare por la calle de Amsterdam y trepar a un tren que lo llevó a Saint- Germain-en-Laye.

Había previsto que la Gestapo caería sobre el barrio y al salir de la farmacia se metió en una de las bocas del metro, subió al primer tren y se quedó quieto hasta llegar a la terminal. Desde allí en cortas etapas regresó al centro y por fin un autobús lo llevó a Saint-Lazare.

El tren se detuvo en Vésinet, pero él no descendió. Ignoraba si Georgie de Winter seguía viviendo en el chalet de la calle de la Borde, número 22. A lo mejor careció del dinero necesario para pagar el alquiler y el contrato estaba a punto de vencer si no había vencido ya. En Saint-Germain-en-Laye se apeó y fue a una pensión familiar dirigida por dos hermanas donde Patrick, el hijo de Georgie, había vivido durante algún tiempo. El fugitivo fue bien acogido y desde allí telefoneó al Vésinet. No obtuvo respuesta, el chalet estaba vacío.

¡Katz! Sin duda estaba al corriente del proyecto de evasión de su jefe y era probable que conociera su paradero. Katz es llevado a la calle des Saussaies y torturado. No habló. Medio muerto lo llevaron de vuelta a Neuilly. El portero Podhomme, espantado, se acercó al desdichado que yacía por tierra y Katz pudo soplarle estas palabras: «algún día el señor que escapó regresará aquí. Dígale que aunque me hayan matado torturándome, muero con el corazón alegre. Y pídale en mi nombre que se ocupe de mis hijos». El día termina. Pannwitz, postrado, tiene la vista clavada en el teléfono. Por fin se decide, pide el número del despacho del Gestapo Müller en Berlín. Establecida la comunicación dice: «No se desmaye, Trepper se fugó.». Le responde el silencio. «¿Se desmayó?», pregunta Pannwitz. Entonces estalla una borrasca de furiosas imprecaciones. Por fin, harto de blasfemar, Müller murmura con voz deshecha: «¿Cómo voy a anunciar esto al Reichsführer Himmler? ¡Él había ordenado que se metiera al preso en un profundo hoyo cubierto de cadenas!». Pannwitz propone que no se le dé la noticia por el momento. Repuesto de la sorpresa, Müller admite que es el único medio de evitar los rayos de Himmler. Los dos compinches sellan un pacto de silencio.

Será respetado y el Reichsführer ignorará hasta su muerte la fuga del Gran Jefe.

Lo peor ha quedado conjurado por el momento. Pannwitz permanecerá a la cabeza del Kommando, pero sólo es un plazo y lo sabe. Sí no prende al fugitivo cuanto antes, el Gran Juego habrá terminado antes de comenzar. Esa noche el sueño del Kriminalrat debe de estar poblado de pesadillas.

Esa noche, en el Vésinet, Georgie, que había regresado tarde, soñó que se encontraba con su amigo en el andén de la estación de Rueil donde le diera su última cita y donde lo esperara en vano. La campanilla del teléfono la despertó. Descolgó el tubo y reconoció la voz de una de las hermanas de Saint-Germain. La llamaba urgentemente, pero no podía explicarle más.

Georgie se vistió de prisa y tomó el tren de Saint-Germain. Cuando llegó a la pensión, Trepper le abrió la puerta. Se abrazaron. Georgie nunca dudó de que volvería a verlo. «Los seres como tú y yo salimos bien de todas las pruebas».

Trepper le habló francamente. No trabajaba para el Intelligence Service; tiene el grado de general del Ejército Rojo y dirige una gran red de espionaje soviético. Georgie se sorprende porque había creído que formaba parte de los servicios ingleses. En realidad, lo único que cuenta para ella es lo que el Gran Jefe le dice, como final: «Tienes que ayudarme».

Deciden ocultarse en el Vésinet. Antes de dejar la pensión, Trepper escribe una

carta a Pannwitz explicándole que no se ha fugado, sino que una circunstancia imprevista lo obligó a desaparecer. Al entrar en la farmacia Bailly para comprar un remedio para Berg fue abordado por un miembro del «contraespionaje», quien pronunció la palabra clave y le dijo que corría peligro y debía desaparecer en seguida. Trepper debió seguirlo para evitar las sospechas y poner en peligro al Gran Juego. Era una orden y tenía que cumplirla. Un equipo de «contraespionaje» hizo subir a Trepper a un auto y luego tomaron el tren. Suponía que lo llevaban a Suiza, a lugar seguro y aprovechaba una parada en la estación de Besançon para despachar el mensaje. La carta terminaba pidiendo que no se castigara a Willy Berg, puesto que no era culpable de nada.

Una de las hermanas de Saint- Germain acepta viajar a Besançon para despachar la carta. Al igual que Pannwitz, aunque por una razón opuesta, el Gran Jefe se esfuerza en salvar el Gran Juego a cualquier precio, persuadido de que Moscú saca buen provecho de él. Su informe de enero ha puesto al Director en antecedentes y sería una pena que todo se derrumbara antes de tiempo.

Georgie de Winter buscó un contacto con el Partido en París. Lo obtuvo el 17 y el Gran Jefe pudo salir del escondite y encontrarse con un emisario acreditado. Supo así que su informe fue bien encaminado y que el trasmisor del Mediodía no había sido utilizado para trasmitirlo. De modo que el Kommando no descubrirá la prueba de su mistificación. Trepper puede continuar el juego. Pide que adviertan su fuga a Moscú, que expliquen los motivos y que prevengan que no cambiará los planes del Kommando. El emisario le entrega la píldora de cianuro que había pedido porque no quiere que lo apresen vivo arriesgando así una confesión bajo la tortura.

Al amanecer de la tercera noche en el Vésinet, los amantes son despertados por fuertes golpes en la puerta. Trepper se asoma a la ventana y atisba a un grupo en la acera. Los golpes aumentan. Luego hay una pausa de silencio y por fin se oye el ruido de una llave en la cerradura. La puerta se abre. Trepper, provisto de la píldora, se encierra en uno de los cuartos traseros de la casa. Si los otros entran, tragará la píldora y se tirará por la ventana. Georgie acude a la puerta. Se topa con el propietario de la casa, quien le pide disculpas por la temprana visita; quería mostrar la propiedad a unos presuntos inquilinos. Como en días anteriores no encontró a nadie, pensó que si iba muy de mañana tendría más oportunidad de encontrar a su inquilina.

Trepper guardó su píldora. Casi la toma sin razón. Pero lo cierto era que debían largarse de allí.

La familia Queyrie vive en Suresnes, en la avenida de la Pepinière, en la ladera del monte Valérien. Su casa es un chalet como cualquier otro y ellos forman una familia similar a millones de otras familias francesas. Salvo que a cien pasos de su hogar funcionan los pelotones de ejecución de los alemanes. El señor Queyrie es jardinero de la Ville de Paris y la señora Queyrie se ocupa de la casa. Tienen una hija, Annie, que cuenta diez años de edad.

Hace un año, desde octubre de 1942, Patrick vive con ellos. Llegó en un estado lamentable, enflaquecido, pálido, roñoso, lleno de piojos, un verdadero horror. Y un desafío al culto de la limpieza que profesa la señora Queyrie. En un abrir y cerrar de ojos deja al chico tan brillante como el trinchante de su comedor y comienza un programa en tres etapas: «salvarlo, componerlo, hacerlo feliz». Gracias a sus cuidados y a su amor —lo quiere como

si fuera su hijo—, Patrick reflorece. Es un chico vivaz, inteligente, rubio, de ojos luminosos y barbilla voluntariosa. Acaba de cumplir cuatro años. A la señora Queyrie la llama «mamá Annie» (por mamá de Annie). Ignoramos por cuál razón llamaba Papá Nano al Gran Jefe, sin duda el más encantador de los seudónimos de Trepper.

Los Queyrie están enterados por Georgie de la existencia de Trepper y saben que lucha contra los alemanes, pero jamás lo han visto. Conocen su arresto y piensan que está perdido, aunque no se atreven a deshacer las esperanzas de la pobre Georgie.

«El 18 de setiembre, Georgie —cuenta la señora Queyrie— vino a visitarnos, enloquecida, y nos dijo que Papá Nano se había fugado. Me quedé atónita. Georgie me gritaba que estaba en Suresnes y que no sabían dónde ir».

La señora Queyrie sopesa las circunstancias. No hay lugar en el chalet, pero su madre, una anciana, vive en el pueblo, en un departamento comunal minúsculo. Como en ese momento está ausente, Trepper se ocultará allí.

«¡Qué hombre! —agrega la señora Queyrie. Había organizado todo. Georgie me explicó lo que yo debía hacer. Debía ir a la plaza de la Paix, en Suresnes, y atravesarla, prosiguiendo mi camino hasta el escondite sin ocuparme de nada más. Él tenía mis señas y me seguiría sin necesidad de hablarnos. Fui a la plaza y vi a un hombre con una valija en la mano, muy tranquilo. Me siguió y lo llevé hasta la casa de mi madre».

Allí recibió el mensaje de Moscú en respuesta al que anunciaba su fuga. Le heló el corazón con su frialdad: «Nos alegramos por usted. Ahora debe cortar los contactos con el mundo y desaparecer». Es cierto que la prosecución del Gran Juego lo exige, pero la sequedad de los términos lo lleva a pensar si el Director duda de él aún.

Trepper recuerda una frase de Giering cuando le advirtió que si escapaba y advertía a Moscú, lo considerarían un traidor. «Le dirán que al principio usted ignoraba si podría o no prevenirlos y lo acusarán de haberse puesto de nuestro lado sólo por salvar el pellejo».

Kent conoce la existencia de la pensión de Saint-Germain. Ignoramos por quién y cómo. ¿Georgie? Jamás lo ha visto. ¿Trepper? Es posible. En sus visitas a Marsella, Trepper había insistido para que Kent y Margarete internaran en un pensionado al pequeño René, para protegerlo, y seguramente mencionó el ejemplo de Patrick, con quien ellos habían tomado esa precaución. Aunque no es propio de su habitual prudencia dar detalles y situar el lugar. Hay otra explicación. En Saint- Germain trabajaba una sirvienta rusa y es dable suponer que formara parte de la red y que, por su intermedio, Trepper conoció a las dos hermanas. Kent pudo conocer a esa mujer, a raíz de cualquier trabajo.

La evasión de Trepper alteró la plácida vida de Neuilly. El Kommando, hasta entonces amistoso, puso cara fea y las imprecaciones y las amenazas de muerte resonaron por toda la casa. Lo mismo que después de los Atrebates y de su captura, Kent se derrumba. Revela a Pannwitz que uno de los posibles refugios del evadido es Saint-Germain.

Pero aunque conoce la existencia de la pensión, ignora su dirección exacta. El Kommando pierde una semana ubicándola. Se envía a Kent. Las dueñas de casa pretenden no saber nada. Se envía a Katz bajo vigilancia. Dan la misma respuesta.

Pannwitz se resigna a arrestarlas. Trepper se entera al instante. Por las dos hermanas el Kommando puede llegar a Suresnes. Saben que Patrick fue sacado del pensionado para confiarlo a los Queyrie.

Una vez más es preciso huir.

Claude Spaak: «A fines de setiembre de 1943 se presentó en mi casa de París una mujer muy hermosa. Dijo venir de parte de Trepper y que éste pedía que mi mujer fuera a verlo al instante. Estaba, según ella, en un departamento y no podía salir porque la Gestapo lo buscaba. Como el peligro era evidente fui yo en persona. El departamento estaba en Suresnes, en una gran casa comunal. Trepper me abrió la puerta, me abrazó y me pidió ayuda».

El Gran Jefe enfrenta dos problemas. Uno, tranquilizar a Pannwitz; el otro, retomar el contacto con el Partido. Este

segundo problema puede ser resuelto con los Spaak, pero nadie puede ayudarlo a resolver el primero. Los arrestos de Saint-Germain no sólo lo obligan a salir de Suresnes sino que comprometen también el Gran Juego, porque si Pannwitz se entera de que la carta despachada en Besançon fue enviada por una de las dos hermanas, sabrá que el fugitivo ha mentido y sospechará de todo lo demás.

Trepper le escribe una segunda carta; como es despachada en París, le explica que el «contraespionaje» decidió traerlo de vuelta en lugar de llevarlo a Suiza. Se indigna ante los arrestos llevados a cabo por el

Kommando después de su fuga. Porque Pannwitz ha metido en la cárcel a todos los dueños y empleados de los negocios que Trepper frecuentaba durante su cautiverio, con el pretexto de mostrarse a sus agentes. Más de cien personas fueron detenidas, todos los proveedores del Gran Jefe entre ellas. Éste reprocha duramente a Pannwitz su imprudente frenesí. Con tanto remolino acabará por alertar al «contraespionaje». Debe soltar a los presos y cuanto antes mejor.

Esta carta no destruye por cierto la dificultad mayor: borrar la impresión producida en Pannwitz por las eventuales revelaciones de las hermanas de Saint-Germain. A falta de algo mejor,

Trepper se limita a embrollar las cosas. Sabe que el más ferviente deseo del Kommando es que el Funkspiel pueda sostenerse. En esta segunda carta el Gran Jefe procura darle razones para que no crea en un engaño.

Aunque no es cosa de desaparecer y de romper todo contacto. Moscú se lo ordenó en interés del Gran Juego. Con los arrestos de Saint-Germain la situación corre el riesgo de ser modificada por completo. No es seguro que el Gran Juego prosiga y Trepper debe estar en condiciones de informar al Centro acerca de los próximos pasos.

Sus contactos están rotos pero Suzanne Spaak lo ayudará a retomar el

hilo.

En octubre de 1943, Suzanne Spaak se ha convertido en uno de los «aguantaderos móviles» de la Resistencia. Está en relación con las más diversas

organizaciones clandestinas: redes dependientes del B.

C. R. A. gaullista o de los servicios británicos, movimientos antirracistas, organizaciones comunistas, etcétera. Su actividad en favor de los niños judíos, en la que desplegó un fervor poco común, la ha puesto en contacto con el doctor Chertok, joven y brillante médico que milita en el movimiento nacional

contra el racismo y con el abogado Lederman, uno de los organizadores de la Resistencia judía en Francia. Lederman está en comunicación con Kovalski, uno de los jefes de la Resistencia comunista, también notable por su valor y audacia. Kovalski es el responsable en Francia de los grupos de combate extranjeros y da cuenta de sus actividades al estado mayor de los F. T. P. (francotiradores y guerrilleros), que a su vez mantiene un continuo contacto con el Comité Central del Partido Comunista.

Éste es el largo hilo por el cual Trepper intentará recobrar el contacto con Moscú.

Pero mientras espera el resultado de las gestiones de Suzanne Spaak, él y Georgie deben buscar un nuevo refugio. Los Queyrie, aunque conscientes del peligro que corren, ven partir a Trepper con pesar. Su sencillez y su sentido humano los ha conquistado y el amor que profesa por Patrick ha conmovido el corazón de la señora Queyrie. En Suresnes serán añoradas las conversaciones con el Gran Jefe y mucho después, cuando por su causa los Queyrie conozcan las angustias y la cárcel, cuando hayan sido largamente interrogados durante la guerra fría por los policías ya no alemanes sino franceses, la señora Queyrie mantendrá firme su convicción, que es la misma de todos los franceses comprometidos en esta historia (y la de quien hoy la cuenta): «Espía y todo eso, no es cosa que nos guste mucho, pero comprendimos muy bien que trabajaba a favor de Francia».

¿Dónde ir? Georgie propone que recurran a su amiga Denise, compañera del curso de danza de la plaza Clichy. Denise es una muchacha alegre, despreocupada, virtuosa del argot, que ama locamente su cuerpo y dice de su marido, prisionero de guerra en Alemania: «es tan cornudo que no podría pasar bajo el Arco de Triunfo». Georgie siente por ella una moderada simpatía, aunque le gusta su lado «pihuelo parisiense». Han pasado muchas horas juntas, escuchando discos y bailando.

Denise acepta dar en préstamo su cuartito de la calle de Chabannais y la pareja se instala allí el 24 de setiembre. Empiezan a sentir la tensión de la batida y tienen miedo. Trepper permanece encerrado el día entero.

Las dos hermanas de Saint-Germain callan y Pannwitz duda de que puedan ponerlo en la pista del fugitivo. El Kommando pasa en vano días y noches interrogando a los detenidos, más de cien personas. No son agentes del Gran Jefe, como se supuso, sino buenas personas que juran su inocencia. Willy Berg, encarnizado en obtener su rehabilitación, está al borde de la crisis nerviosa después de cada interrogatorio. Pannwitz empieza a indagar por el lado de Georgie de Winter y detiene en Bélgica a su madre y a muchas de sus amigas.

En París investiga sus actividades anteriores, sus relaciones, los lugares que frecuentaba. Pannwitz ha obtenido del Gestapo Müller el importante refuerzo solicitado.

A los tres días de encierro en la bohardilla de la calle de Chabannais, Trepper quiere cambiar de refugio. Georgie ha ido todos los días al departamento de los Spaak, en la calle de Beaujolais, y a las diversas citas que ellos le combinan con la gente del Partido, sin éxito. El riesgo de haber sido detectada es grande. A falta de un escondite seguro, la salvación depende de las continuas mudanzas.

La pareja pasa la noche del 29 al 30 de setiembre en el Oratorio del Louvre, cuya puerta se abre para ellos por recomendación de Suzanne Spaak. El pastor les da dos cuartos

separados. Descansan hasta las cuatro de la mañana y luego deben marcharse. Aunque Trepper sigue mostrando una imperturbable serenidad, su amiga percibe su inquietud. A la noche siguiente están en casa de los Spaak.

Claude Spaak relata que charlaron largamente con Trepper y que al escuchar al Gran Jefe le parecía estar leyendo una novela. Le contó detalladamente su extraordinaria historia. Le dijo también cómo y por qué fingió trabajar para los alemanes. «Una decisión muy grave —agrega Spaak— y de enorme riesgo, pero consideró que no había otro medio para salvar a sus hombres, los que habían sido detenidos y los demás. Lo que más me llamó la atención fue la calidad de sus informaciones. ¡Piense que en esa época me reveló la existencia de los V1! Conocía su funcionamiento y la situación de las rampas de lanzamiento en octubre de 1943[17]».

Trepper habla porque está obligado a hacerlo, poco o mucho. Su evasión rocambolesca podría despertar dudas (no es la primera vez que la Gestapo organiza una «evasión» para infiltrar dentro de la Resistencia a un agente «convertido»); Spaak sólo le procurará contactos en un alto nivel si está seguro de su buena fe. En realidad, el escritor no desconfía: «No le pedí todas esas explicaciones ni era necesario que me las diera. Siempre tuve la impresión de que ese hombre jugaba limpio conmigo. Jamás dudé de su franqueza».

¿Ha puesto todas las cartas sobre la mesa? No. El Gran Jefe conserva algunas en su manga, y no porque desconfíe de su interlocutor, a quien otorga toda su confianza. Pero Spaak puede ser detenido, ¿para qué agobiarlo con secretos que tendría que defender contra la tortura? No le revela la verdadera razón de su «colaboración» con el Kommando, no le dice cuál es el objetivo real del Funkspiel, le oculta la existencia de Juliette y pretende mentirosamente que su agente era una empleada de la farmacia Bailly. Una mentira destinada a tranquilizar a Pannwitz en el caso de un arresto de Spaak para hacerlo hablar. Por Berg, el Kriminalrat está enterado de que Trepper *jamás* estuvo antes en la farmacia Bailly entre el 24 de noviembre de 1942, fecha de su captura, y el 13 de diciembre de 1943, día de su evasión. Pannwitz juzgará vano alarde la declaración del fugitivo a Spaak, algo destinado solamente a atribuirse un buen papel.

¿Adónde ir? El departamento de los Spaak no es un refugio seguro. En cualquier momento la Gestapo puede irrumpir en el «aguantadero móvil» al que habrá llegado por cualquier camino.

Por intermedio de una amiga, Suzanne Spaak obtiene la dirección de una pensión familiar de Bourg-la-Reine, donde están alojados varios niños judíos. Georgie sondea al propietario. Acepta recibirlos a los dos, pero la pensión, colmada ya de huéspedes clandestinos, no inspira mucha confianza a Trepper. En la misma cuadra, en el edificio contiguo, hay otra pensión familiar dirigida por dos apacibles señoras: «La Maison Blanche». Ésta parece ofrecer más seguridades. El vecino presenta a Trepper y éste obtiene un cuarto. Ha decidido poner a Georgie a salvo de la Gestapo. Ella protesta y él se limita a decirle: «Mira, yo debo

quedarme para restablecer el contacto porque estoy aislado. Al fin y al cabo es probable que me envíen al extranjero y que no podamos vernos en mucho tiempo». ¿Cree en su fuero íntimo que volverán a verse? Nunca le ocultó su indisoluble vínculo con su mujer, Luba. Nacida con la guerra la relación de Georgie y Trepper concluirá junto con ella.

Los Spaak tienen dos amigas inglesas: Ruth Peters y Antonia Lyon- Smith, que son primas entre sí y que viven ocultas en París desde el principio de la ocupación. La más joven, Antonia, conoce a un cierto doctor de Joncker, de Saint-Pierre-de-Chartreuse, cerca de la frontera suiza, quien se dedica a hacer cruzar el límite a los clandestinos perseguidos. Antonia acepta escribirle para que se ocupe de Georgie de Winter. Pero Trepper tiembla por su amiga; considera que cada minuto que pasan juntos pone en peligro su suerte. Mientras llega la respuesta del doctor, Georgie se oculta en una aldea de la Beauce, cerca de Chartres, en la casa de unos campesinos a quienes la ha recomendado una amiga del curso de danza que no es Denise. Trepper le da un viático de cien mil francos. Ella tiene en su poder una carta de Antonia Lyon-Smith para ser reconocida por el doctor de Joncker.

La separación planteaba un problema. ¿Quién se ocuparía de asegurar los contactos de Trepper en lugar de Georgie? Ésta propone a la anciana señora May, a quien conoció por intermedio de su costurera. La señora May es la viuda de un cantor y compositor bastante famoso en los años de la preguerra. Vive de los derechos de autor de su difunto marido. Su alegría y su permanente entusiasmo conquistaron a Georgie y ambas mujeres simpatizaron. La señora May no vacila cuando su amiga la pone al corriente. Va a la pensión de Bourg-la-Reine, en calidad de «enfermera» del Gran Jefe. De este modo quedan justificados el encierro del «enfermo» y las idas y venidas de su «enfermera».

Resta por obtener el hilo conductor que lo llevará al Partido. Los Spaak se dirigen al doctor Chertok, miembro del Movimiento Nacional contra el racismo, esperando que él se ponga en contacto con los resistentes comunistas. Después de escucharlos contar la odisea de Trepper, Chertok suelta una carcajada y exclama: «¡Pobres, ustedes han dado con un mitómano de primera clase!
¡Todo esto es pura mentira!». Pero puesto que los Spaak insisten, acepta, de todos modos, intentar el restablecimiento de los enlaces. Días después vuelve a la calle de Beaujolais, eufórico: «Tenían razón, es cosa seria». Se ha fijado una cita con un emisario del Partido en una calle de Bourg-la-Reine para el 22 de octubre. La hora será indicada, posteriormente, por intermedio de un llamado telefónico de Chertok a los Spaak.

Pannwitz se ha enterado de que Georgie de Winter estudiaba danzas, descubre el curso de la plaza Clichy y detiene a Denise. Ésta, de acuerdo a su naturaleza, se entrega. Conoce la villa del Vésinet, a los Queyrie (ella los recomendó a Georgie un año atrás) y a la señora May, a quien Georgie la ha presentado.

En el Vésinet el Kommando sólo encuentra indicios que atestiguan la reciente estadía de los dos fugitivos.

En Suresnes, la casa de los Queyrie es objeto de un espectacular asalto. Dos coches de la Gestapo frenan bruscamente delante del chalet. El Kommando entero salta la verja y empuñando las pistolas echa abajo la puerta. Sólo encuentran a la abuela Queyrie. El señor

Queyrie está trabajando y su esposa se ha marchado a Corrèze con Patrick, a la casa de una hermana donde se aloja, desde hace meses, su hija Annie.

Corrèze es un pueblo situado en el centro del departamento de su mismo nombre. Las mesetas circundantes sirven como refugio a los maquis quienes, en junio de 1944, demorarán muy eficazmente el ascenso de la división «Das Reich» hacia el frente de Normandía. El Kommando sabe que allí no será fácil saltar la verja de un chalet de suburbio y poner las esposas a una anciana señora. Mejor que ir a Corrèze conviene traer a la señora Queyrie. Esa noche, ella recibe un llamado telefónico de París. Una voz desconocida le anuncia que su marido se ha quebrado una pierna y que reclama a su mujer. La señora Queyrie desconfía y no se mueve del lugar.

No hay más remedio que ir a Corrèze. Pannwitz lo considera necesario puesto que está convencido de que Patrick es hijo del Gran Jefe y entonces su captura permitirá un eficaz chantaje. Pannwitz evoca la expedición como si fuera Stalingrado: dos coches colmados de hombres armados hasta los dientes. Los S. S vuelan hacia el Sur, llegan a la aldea, se apoderan de Patrick y de la señora Queyrie («parecen locos», dirá ésta), ponen proa a París sin demorarse un solo minuto en ese lugar poco hospitalario y a la una de la madrugada llegan a la calle des Saussaies. Llena de angustia, la señora de Queyrie oye que la reja se cierra detrás de ella. Patrick duerme en sus brazos. Los llevan a un cuarto lleno de humo donde una mujer joven, sentada sobre una mesa, con un cigarrillo en la boca y las faldas arremangadas conversa familiarmente con los alemanes. Es Denise.

Los recién llegados son instalados en un cuarto provisto de un diván. Allí permanecerán tres días y tres noches, viendo pasar ante sus ojos atónitos a los esbirros de la Gestapo, oyendo sin cesar aullidos incomprensibles. El único faro en las tinieblas es el Oberscharführer Siegfried Schneider, intérprete del Kommando. Se muestra tan caritativo con la mujer y el chico como con Denise Corbin. «Creo que era un muchacho de buena familia que ingresó en la Gestapo para protegerse —dice la señora Queyrie—, era demasiado amable para ser un policía». Por él se entera de que su madre y su marido están en Fresnes, en buen estado de salud.

Tres días después el Kommando decide que el insólito *camping* no puede prolongarse más tiempo y delibera sobre la suerte de sus prisioneros. La discusión es borrascosa y a su término Pannwitz anuncia a la señora Queyrie que ella y Patrick serán internados en uno de los centros de la Gestapo en Saint-Germain y que, si intentan evadirse, su madre y su marido pagarán las consecuencias. Schneider agrega que querían enviar a Patrick a Alemania, a algún lugar de la Selva Negra pero que le permitirán quedarse con ella porque el chico le tiene mucho afecto.

Los internan en la Legión de Honor de Saint-Germain, requisada por la Wehrmacht y regenteada por «lauchas grises». Dos de ellas, Grete y Margarete se encariñan con Patrick y lo instalan junto con la señora Queyrie en el cuarto más hermoso de la enfermería. Cuando les traen la primera comida, la señora Queyrie, incrédula, abre tamaños ojos; junto al plato, en la bandeja, hay una rebanada de pan *blanco*. La toma con dos dedos y la alza como si fuera una hostia consagrada antes de hincarle el diente.

El hijo adoptivo de Papá Nano sigue teniendo buena suerte.

El Kommando sufre una nueva decepción cuando visita el departamento de la señora May. Está vacío. Pannwitz instala una ratonera dejando allí a algunos de sus auxiliares franceses, miembros de la célebre banda de Henri Chamberlain, llamado Lafont, quien reclutó por cuenta de la Gestapo a algunos presos comunes seleccionados en las distintas cárceles. En la sede de la banda, el siniestro inmueble de la calle Lauriston, número 99, los muros no son lo bastante espesos como para sofocar los gritos de los torturados. Accesoriamente, estos granujas se enriquecen a fuerza de asesinatos, robos, chantajes y mercado negro.

Pannwitz ha descubierto, revisando los papeles de la señora May, que está muy próxima la fecha del aniversario de la muerte de su marido. Se le ocurre entonces una astuta treta: el Kommando va en delegación al cementerio ese día y su jefe porta una corona con una cinta que dice «Los amigos de la Canción». Horas enteras los hombres del Kommando soportan el áspero viento que sopla entre las tumbas. Pero la señora May no acude para rezar sobre el sepulcro de su marido. Cae la noche, los guardias del cementerio anuncian que van a cerrar. El Kommando, apenado, deposita su corona sobre la tumba del señor May y, lúgubremente, retorna a la calle des Saussaies.

Hace un mes que se inició la caza de un hombre. El Gran Jefe huye sin cesar.

32

Sálvese quien pueda

Georgie de Winter se aburre.

El 14 de octubre la soledad se le hace inaguantable y va a visitar a Trepper en Bourg-la-Reine. Aunque él la reprende por su imprudencia no oculta su íntima felicidad. Estarán juntos una noche y en la mañana del 15, Georgie, suficientemente aleccionada, se marcha. La señora May, al despedirse, le pide que le deje su dirección «por si pasa algo».

Ese mismo día la señora May acude a la cita de «rutina» organizada por el Partido antes del arresto del Gran Jefe. Las citas se realizaban los días 1º y 15 de cada mes en Buttes-Chaumont, frente a una iglesia. Georgie no había encontrado a nadie el 1º. Trepper espera que la señora May tenga mejor suerte.

La señora May aprovechará la oportunidad para ir a su departamento que está también en Buttes-Chaumont, y recoger algunas cosas. Trepper le había aconsejado que no lo hiciera, pero la vieja señora se muestra terca y, por fin, él debió ceder.

Pannwitz es enterado de la visita por los hombres de la banda de Lafont. Al instante corre al departamento donde se encuentra con la señora May furiosa porque la banda ha saqueado la casa, como acostumbra hacerlo. «—Apenas entré se abalanzó sobre mí y me propinó un puntapié, mientras gritaba denuestos de todo tipo. Grité de dolor y me agaché instintivamente para frotarme la pierna y entonces ella me golpeó con su paraguas hasta hacerme caer de rodillas. Los hombres de Lafont lograron reducirla y preferí dejar al cuidado de ellos el interrogatorio porque estaba fuera de mí y la cosa habría acabado mal».

La señora May tiene un hijo. La amenazan con matarlo en su presencia, y da la dirección de Trepper y la de Georgie.

El Gran Jefe le había recomendado que en caso de ser detenida aguantara dos horas para que él supiera que algo había sucedido y tomara sus medidas. La cita en Buttes-Chaumont estaba prevista para el mediodía. A las dos de la tarde, Trepper comenzó a alarmarse, a las tres deja la pensión, advirtiendo a la dueña, la señora Parrand, que los huéspedes «en situación irregular» deben desaparecer en seguida. Y agrega: «Si alguien viene a buscarme o llama por teléfono, diga que fui a dar un paseo y que volveré a las siete». Trepper ignora que Georgie ha cometido la imprudencia de dar su dirección a la señora May, pero sabe que la vieja dama posee la de los Spaak, porque muchas veces la ha enviado a su casa. Es necesario prevenirlos del peligro cuanto antes. Si «demora» al Kommando en Bourg-la- Reine, Trepper espera que le será posible ir hasta la calle Beaujolais. A las siete ya es de noche.

La estratagema tiene éxito. Mientras la policía cerca Bourg-la-Reine, él entra sin dificultades en el departamento de Claude Spaak y le da la tremenda noticia. Hay que huir al instante. Pero Suzanne Spaak está en Orléans y no regresará hasta la noche. ¿Y qué hacer con los hijos, un chico de doce años y una chica de trece? Trepper suplica al escritor que asuma la realidad: ¡la Gestapo puede presentarse de un momento a otro! ¡Hay que largarse! Y además prevenir a la amiga que dio la dirección de Bourg-la-Reine, la de la primera pensión, porque si hace confesar a las señoras de la «Maison Blanche», la Gestapo descubrirá la pista.

Por fin Claude Spaak se convence. Pregunta a Trepper dónde piensa ir. Él no lo sabe.

Suzanne Spaak está de regreso a las nueve de la noche. Enterada por su marido va a prevenir en seguida a la persona amenazada. Luego la pareja y los niños se refugian en casa de su amiga Ruth Peters, oculta en un departamento de la calle Matignon. El Gran Jefe pasa la noche al aire libre, en el banco de una plaza, tiritando de frío, a la merced de una ronda policial.

Al día siguiente Claude Spaak va al consulado belga y obtiene para su mujer y sus hijos una autorización para viajar a Bélgica. El 17 de octubre acompaña a su familia a la estación del Norte. Suzanne Spaak se muestra reticente; como de costumbre, piensa que se exagera el peligro, pero su marido le ha dicho que no pueden arriesgar la vida de los chicos.

En el andén, su marido la previene:

«No sabemos lo que puede suceder. Convengamos en que si recibo una carta tuya encabezada “mi querido Claude” en lugar de “mi querido” y firmada “Suzanne” en vez de “Suzette” (sobrenombre que da a su mujer), sabré que es falsa». Para las cartas de Claude se establece un sistema análogo y el tren parte.

Por última vez, Suzanne repite: «Te aseguro que exageras. Dentro de una semana estaré otra vez aquí».

Él no volverá a verla.

En el mismo momento, Trepper se encamina hacia la iglesia de Auteuil, donde Georgie esperó en vano una vez un encuentro fijado por Suzanne Spaak. Allí la infatigable Suzanne le ha organizado una cita con un agente enviado por el impresor Grou-Radenez, miembro de una red de la Resistencia que depende de Londres. El contacto tenía por objeto paliar un eventual fracaso de los esfuerzos de Chertok.

Trepper cuenta con pedir al emisario que lo ponga en contacto con la embajada soviética en Londres, porque en la situación en que se halla cualquier posibilidad debe ser explotada.

Frente a la iglesia hay un Citroën negro, marca utilizada por la Gestapo.

Todo lo que sabemos es que Grou- Radenez fue detenido el 11 de noviembre y que murió por intentar ayudar al Gran Jefe. Éste da media vuelta. Minutos después penetra en una cabina telefónica y llama a la «Maison Blanche». Le responde una voz desconocida que intenta mantener la comunicación. Trepper cuelga. La Gestapo está en Bourg-la-Reine.

Tranquilizado por la partida de los suyos, Claude Spaak abandona la estación del Norte, encarando con más calma la prueba que le espera. Debe ir a su casa, donde quizá la Gestapo ha

instalado una ratonera porque el doctor Chertok llamará al mediodía para darle la hora de la cita fijada en Bourg-la- Reine, para el 22 de octubre. Naturalmente, quedará sin efecto y se tomarán nuevas disposiciones.

El departamento está vacío. Claude Spaak, instalado en un sillón, aguarda. Al mediodía la campanilla del teléfono le hace pegar un salto. Descuelga el tubo y dice muy ligero: «La cosa arde, que nadie se mueva». Silencio en el otro extremo del hilo y luego el significativo «clic». Perplejo, cuelga el tubo a su vez.

¿Por qué Chertok no ha dicho nada?

¿Era él quien llamaba? Spaak abandona al instante su departamento y va a su

escondite de la calle Matignon. Cuatro días después tiene una cita con Trepper frente a la iglesia de la Trinidad para comunicarle la hora indicada por Chertok. Pero ¿no habrá sido detenido ya el Gran Jefe? Si está aún en libertad,

¿seguirá estándolo el 21 por la noche?

¿Será él o la Gestapo quien acuda a la Trinidad?

Spaak rumia su angustia durante cuatro días. El silencio de su interlocutor telefónico le parece de siniestro augurio. En realidad, su precipitada frase dejó estupefacto a Chertok y éste, tomado de sorpresa, cortó la comunicación. No le será posible advertir al emisario del Partido

—el propio Kovalski— antes del 22. El jefe de la M. O. I., el responsable de los grupos de combate extranjeros en Francia, ¿va a meterse en la boca del lobo? ¡Su captura será un desastre para la Resistencia! ¿Qué hacer, entonces?

El 17 de octubre, por la noche, Georgie regresa de su habitual paseo. Aburrida, ociosa, mataba el tiempo en largas caminatas por los caminos de la Beauce. En la cocina de la granja la mesa está puesta y Georgie se sienta entre los dos campesinos que le dan alojamiento.

El Kriminalrat Pannwitz acecha

detrás de la ventana y sus hombres armados hasta los dientes aguardan la señal en el patio de la granja rodeada por gendarmes alemanes, cincuenta en total. Pannwitz es prudente.

Con la mirada fija sobre el trío sentado a la mesa y el corazón agitado, no se anima a dar la señal. Espera que un cuarto convidado se una a los otros: el Gran Jefe. Cuando Georgie mete su cuchara en la sopa comprende que la espera es vana.

Georgie cuenta: «La cocina fue invadida de golpe. Me pidieron mis papeles. Eran nueve,

con Pannwitz y Berg a la cabeza. Mostré mis papeles falsos y los miraron, burlones. Los dos viejos campesinos temblaban de la cabeza a los pies. Me acribillaron a preguntas… Si me llamaba Maud, de dónde venía… Les hacía repetir cada pregunta para ganar tiempo. Pannwitz furioso me dijo: "¡Acabe con sus tretas, sabemos quién es! ¡Vaya a buscar sus cosas!"».

«Yo comía en esa granja pero me alojaba en otra, vecina. Mi cuarto era curioso, con una corona de novia sobre la chimenea y una cama tan alta que se necesitaba un escabel para subir a ella. La policía me acompañó hasta la granja vecina y la dueña de casa me insultó cuando me vio venir entre dos gendarmes. ¡Si ella hubiera sabido a quien alquilaba el cuarto!, repetía. Después me llevaron hasta un Citroën, siempre del brazo. Temblaba de emoción y no quería demostrárselos. Me preguntaron si sentía frío… Para no avergonzarme, ¿comprende? En el auto me sentaron al lado de Pannwitz. Eddy (Trepper) me había enseñado lo que debía decir si me arrestaban. Pannwitz dijo: "¿Así que Otto (Trepper) se largó y nos dejó colgados?". Respondí: "Nada de eso, se marchó para arreglar las cosas". Y en ese momento ubiqué la frase de Bismarck que Eddy me había enseñado: "Se marchó para preparar la paz negociada porque en lo que concierne a las relaciones ruso-alemanas, está con Bismarck. Usted sabe que Bismarck siempre fue partidario de entenderse con Rusia". Pannwitz respiró, se puso muy contento y charlamos durante todo el viaje. Yo tenía mucho miedo que me encontraran la carta del doctor de Joncker».

En Chartres paran en el local de la Gestapo. Georgie pide permiso para ir al cuarto de baño. Pannwitz cuenta que no le permitió ir sola porque se mostraba demasiado alegre y contenta. Una auxiliar alemana la acompañó con orden de proceder a un registro total.

Entre las ropas de Georgie descubrió los cien mil francos que Trepper le había dado y, en lo más íntimo de su persona, la carta de Antonia Lyon-Smith, que, muy imprudentemente, indicaba el nombre y las señas del doctor.

«Después —prosigue Georgie— fuimos a comer a un restorán de Chartres, donde el patrón nos instaló en una habitación aparte. Parecía un banquete de puro alegre que era el ambiente. Yo ocupaba el lugar de honor a la derecha de Pannwitz. Me dijo, riendo, que no habían tenido tiempo de comer ni de beber en las últimas tres semanas, corriendo detrás de mí. Los otros también se mostraron amables, casi paternales, y me llamaban *Mädchen*[18]». La única nota discordante fue la insistencia de Pannwitz para que sus hombres acompañaran a Georgie al cuarto de baño. Georgie replicó que ya había sido registrada. «Es por la altura —dijo Pannwitz. Estamos en un segundo piso, puede intentar el suicidio tirándose por la ventana».

Terminado el ágape el convoy retomó la ruta de París. Georgie pasó la primera noche de su cautiverio en la calle des Saussaies, sobre un diván, tal vez el mismo donde habían dormido la señora Queyrie y su hijo.

El Kriminalrat está exultante. Tiene la sensación de haber recobrado el dominio del caso. ¿Qué importa que Trepper siga fugitivo si lo hace para organizar una negociación entre Moscú y Berlín? Georgie no es ducha en política y no puede atribuir al Gran Jefe declaraciones inventadas. La frase sobre Bismarck es particularmente significativa.

Al fin y al cabo no le parece tan sorprendente que el ex prisionero emplee su libertad para concluir la obra iniciada en el cautiverio. El Kriminalrat piensa que Trepper, aun después de su fuga, está obligado a marchar derecho. La Gestapo posee en sus archivos la prueba de sus múltiples traiciones (Maximovitch, Katz, Robinson, entregados por él). Si no quiere que Moscú se entere de su conducta, si no quiere ser muerto por los mismos a cuyo lado ha buscado refugio, debe seguir obedeciendo las órdenes del Kommando. Sin duda pone sus esperanzas de rehabilitación en una feliz conclusión del Gran Juego, confiando en que Moscú no será riguroso con el pasado del hombre que le aportó la paz con Alemania.

Pero, entonces, ¿por qué el muy idiota no se comunica con Pannwitz? ¿Por qué no lo tiene al corriente de sus gestiones? ¿Por qué se presta a la interminable cacería humana que gasta los nervios y el tiempo de todos?

Gracias a la captura de Georgie, las cosas volverán al orden.

Dos días después, el 21 de octubre, es la fecha señalada para el encuentro entre Trepper y Spaak frente a la iglesia de la Trinidad.

Hace una semana que el Gran Jefe vaga por París comiendo poco y mal y durmiendo en azarosos alojamientos, llevando la vida de una presa acechada, su vida en esos momentos. Los oficiales de la Todt no reconocerían al hombre de negocios vestido y alimentado en el mercado negro que firmaba con ellos contratos por muchos millones y los invitaba a consumir champaña en los *cabarets*.

El encuentro frente a la Trinidad está previsto para las nueve de la noche. Trepper no tiene noticias de Spaak desde el 15 de octubre. ¿Acudirá a la cita o vendrá la Gestapo en su lugar?

Paris-Soir sale a la venta por la tarde. Un número trivial como todos los de la semana, exceptuando el de los domingos, desde hace tres años. En la primera página tres grandes titulares anuncian a los franceses que sus raciones de carne serán aseguradas hasta fines de mes por el presidente Laval, que los bolcheviques reclutan nuevas reservas y que el señor de Brinon ha escapado por milagro a un atentado terrorista.

Los «pequeños avisos» de la página 2 están marcados por el sello de la época, asimismo. Se ofrece un Renault break en venta, ¡una oportunidad!, o la transferencia de cuatro bueyes de tiro por un camión autorizado para el transporte entre París y Rambouillet. Dos textos del periódico, sin embargo, deben haber dejado perplejos a los lectores. Dos frases idénticas insertas en la página 2, una debajo de las palabras cruzadas, la otra bajo una oferta de sellos postales:

«EDGARD, ¿por qué no telefoneas? - Georgie».

Era la llamada imaginada por Pannwitz para convocar al Gran Jefe, sacándolo de la sombra.

Claude Spaak cuenta que en la noche del 21 de octubre dejó su refugio de la calle Matignon, presa de sombríos presentimientos. Iba a la cita con tiempo para examinar el lugar. Llegó a la Trinidad a las nueve menos cuarto; con el apagón, la oscuridad era total y en medio de la negrura se recortaba la redonda luna amarilla del reloj de la iglesia, que, curiosamente, se mantenía iluminado.

«Di la vuelta a la plaza, en la calle de la Trinidad, detrás de la iglesia había un inmueble ocupado por los alemanes que parecían muy agitados, cosa que aumentó mi ansiedad. Me preguntaba si el Gran Jefe habría sido detenido, si habría hablado. Tenía la sensación de estarme metiendo en la boca del lobo pero era imposible no prevenirlo de la anulación de la cita de Bourg-la-Reine.

¡Confieso que estaba empapado en sudor!

"El reloj de la iglesia dio las nueve. Muerto de miedo me planté en el pórtico, dentro del círculo luminoso proyectado por el cuadrante. Vi que Trepper salía de las tinieblas y se acercaba a mí. Nos abrazamos. Comprobando cuánto temblaba me di cuenta de mi propio temblor. Estrechamente abrazados nos internamos por la calle de Clichy».

En la plaza de Clichy se separaron. Spaak ha anunciado la partida de su familia para Bélgica y la anulación de la cita de Bourg-la-Reine, en tanto que Trepper ha contado sus peregrinaciones y declarado que ahora la cosa va mejor porque ha encontrado un refugio.

Piadosa mentira. El Gran Jefe considera, sin duda, que la familia Spaak tiene bastante con lo suyo y no quiere seguir siendo una carga para Claude Spaak. Pero no cuenta con refugio alguno y después de despedirse de su compañero se pregunta dónde pasará la noche. Llama a un velo-taxi y pide al ciclista que lo lleve a la estación de Montparnasse donde nadie lo espera pero donde podrá descansar algunos minutos. Lo mismo que Spaak debió vencer un espantoso miedo para ir a la Trinidad. El agotamiento nervioso, agravado por su deterioro físico lo lleva al borde de la depresión. Presa de vértigos, de alucinaciones, se pregunta dónde pasará la noche.

Llegan a la estación y Trepper paga al ciclista. Éste, un viejo fatigado, se conmueve al ver la mala cara del cliente. Trepper acaba por confesarle que no tiene dónde ir. El otro vacila y por fin responde: «Le propondría ir a mi casa pero tengo que hacer otro viaje antes de terminar mi turno». Trepper le ofrece pagarle ese viaje y así lo llevará directamente a su casa.

A las cuatro de la madrugada deja su refugio nocturno, más descansado, con la perspectiva de deambular veinte horas por las calles de París para, al término de ellas, plantearse nuevamente el problema del abrigo nocturno.

Ese amanecer del 22 de octubre, el doctor Chertok y Charles Lederman despiertan dominados por la misma ansiedad que había poseído la víspera a Trepper y Claude Spaak. También ellos tienen el presentimiento de que caerán en una trampa. Como no pudieron dar la alarma a Kovalski intentarán advertirlo en Bourg-la-Reine.

Una loca tentativa. Es probable que la Gestapo haya establecido en el lugar un dispositivo de vigilancia en el que caerán de boca. Sus falsos documentos no resistirían un examen serio. Además Chertok carece de noticias de Spaak y por lo tanto de Trepper, desde hace varios días. Si han sido hecho prisioneros y torturados, si confesaron el día, hora y lugar de la cita, una ineluctable ratonera aguarda a los dos camaradas.

Esa mañana, Trepper llama por teléfono al departamento de los Spaak por simple

curiosidad. Le responde una voz femenina: «Habla la secretaria del señor Spaak». Trepper sabe que el escritor no tiene secretaria. Por simple diversión responde: «Dígale, por favor, que su amigo irá a verlo a las dos de la tarde». Informado, Pannwitz manda a su gente a la casa de Spaak.

Al mediodía, Chertok almuerza en un restorán de la calle Laromiguiére con una camarada de la Resistencia, Charlotte. Jamás olvidará el «boeuf à la bourguignone». A los postres entrega a Charlotte su llavero y una carpeta llena de documentos. «Guárdame esto. Volveré dentro de tres horas o no volveré nunca. En ese caso, desaparece…».

Se encuentra con Lederman y toman juntos el metro en la estación de Luxemburgo. El estudio minucioso del plano de Bourg-la-Reine les ha demostrado que Kovalski podría llegar allí por diferentes caminos y, por lo tanto, el único modo de advertirlo consiste en abordarlo en las proximidades de la pensión, cosa que multiplica los riesgos.

En Bourg-la-Reine se apean del metro. La estación está vacía. Van hasta la ruta de París y se separan, Lederman se encamina hacia el sur. Chertok hacia el norte. No hay signos de cerco policial, pero cada coche que pasa les aprieta el corazón, ¿y si frenara bruscamente junto al cordón y volcara una carga de gendarmes alemanes? De pronto Chertok reconoce la silueta de Kovalski quien camina unos pasos delante en la misma dirección. Acelera el paso, lo alcanza y murmura: «¡Huye, lárgate de aquí!».

En silencio, los dos hombres, crispados, caminan hasta Cachan.

Esa noche, la edición de *Paris-Soir*
lanza tres veces el llamado: «¡EDGARD!
¿Por qué no telefoneas?, Georgie».

El 22 de octubre es el cumpleaños de Claude Spaak. Eufórico porque los suyos están al abrigo y por el feliz desarrollo de la cita en la Trinidad, decide ir a la calle de Beaujolais para sacar de allí una botella de buen vino. Su amiga Ruth Peters, enloquecida, le suplica que no cometa ese disparate, justamente si quiere festejar el cumpleaños. Logra convencerlo de que llame primero por teléfono puesto que han convenido con la doméstica, señora Mélandes, un sistema de alerta. Si le dice «querido señor» puede ir en busca del correo, si le dice «señor» es señal de peligro. La señora Mélandes repite varias veces «señor» y por fin lanza al azar esta pregunta inquietante: «¿Debo decir algo más?». La comunicación se interrumpe.

El cumpleaños se festeja con agua fresca.

La señora Mélandes está rodeada por catorce alemanes armados. Uno de ellos la acribilla a insultos y amenazas cuando la comunicación se interrumpe.
¿Por qué ha pronunciado la última frase que advertirá a Spaak? Ella responde:
«No sean idiotas, creerá que hablaba con la portera». Los policías admiten que se han puesto nerviosos sin razón.

Cae la noche. Trepper, infinitamente cansado, se resigna a una típica imprudencia. En los tiempos de la Simex
—¡le parece un siglo atrás!— su médico le recetó una serie de inyecciones y Alfred Corbin le proporcionó la dirección de una enfermera, Lucie, persona simpática y caritativa. ¿Por qué no pedirle asilo?

Por tres razones: la primera el antecedente Maleplate. Los Corbin bien pudieron dar el nombre de la enfermera al mismo tiempo que el del dentista y el Kommando, seguramente, ejerce después de la evasión, una atenta vigilancia sobre los sospechosos. La segunda se debe a que la enfermera vive en la misma casa donde está instalado el cuartel

general del colaborador Marcel Déat, jefe del Movimiento Nacional Popular pronazi. El inmueble cuenta con una guardia armada permanente en el vestíbulo. Y por fin la casa está situada en la calle Suréne que desemboca en la des Saussaies.

Pero el Gran Jefe ha llegado al extremo de buscar refugio a cien metros del Kommando. Llega al inmueble sin ningún encuentro peligroso, entra en el vestíbulo, franquea el cordón de la guardia de Déat y llama a la puerta de Lucie. Ella lo hace pasar. Él le dice:
«Mire, usted no lo sabía pero soy judío.

Los alemanes me detuvieron y me metieron en un campo de concentración del que he logrado escapar. ¿Puede ocultarme por algunos días, a pesar de los riesgos que eso le hará correr?». Ante su gran sorpresa, ante su inmensa contrariedad, Lucie se echa a llorar pero acaba por decirle, con voz entrecortada por los sollozos: ¿Cómo se atreve a preguntarme una cosa así? ¡Claro que lo esconderé! Trepper respira. Ahora que está en lugar seguro, dos inconvenientes se vuelven ventajas: el Kommando no lo buscará tan cerca y, sobre todo, en una casa vigilada por los hombres de Déat.

Poco después suena la campanilla de la puerta, Lucie va a abrir y vuelve para

decir a Trepper: «No se preocupe, es un jefe de la Resistencia que pasará aquí la noche». Trepper se sobresalta y dice apresuradamente que no es posible, que uno de los dos tiene que irse. Lucie lo presenta al jefe clandestino y éste se marcha tras un breve conciliábulo; tiene otro «aguantadero».

Desde las ventanas del departamento, Trepper ve desfilar a los Citroën negros del Kommando cuyos números ha anotado cuidadosamente durante los meses de su cautiverio.

Al día siguiente del arresto condujeron a Georgie de Winter a

Neuilly. El coche dio muchas vueltas por París antes de llegar a destino, probablemente para que la prisionera no situara el lugar. La recibe un tipo impresionante, muy tipo Eric von Stroheim, el tío Boemelburg, quien se empeña en ser amable e «invita» a Georgie pero en seguida, recuperando su naturaleza, gruñe: «¡Cuidado! ¡Aquí hay otros prisioneros, si intenta comunicarse con ellos, esto se convertirá en Fresnes!».

Katz no figura entre los «invitados». La evasión del Gran Jefe le quitó todo interés para el Kommando. Tal vez está en Fresnes, tal vez en Alemania, a menos que ya haya sido ejecutado. Lo

ignoramos.

Georgie es instalada en el cuarto que ocupaba su amigo hasta seis semanas atrás y todos los días vienen a buscarla en auto para llevarla a la calle des Saussaies e interrogarla.

«Me hicieron contarles mi vida pero sobre todo querían saber dónde estaba Eddy, dónde se ocultaba. Pannwitz me mostró un gran álbum de fotografías de los miembros de la red. Eddy me había explicado quiénes fueron los que cayeron prisioneros, los identifiqué y dije que no conocía a los otros. Una foto les interesaba mucho. Me preguntaron si sabía quiénes eran. —Claro que lo sé — dije, haciéndolos saltar de alegría.

¿Quién es? —insistieron. ¡El actor François Périer, vaya! Claude Spaak estaba a su lado.

”Como no cesaban de interrogarme inventé un personaje: Paul. Di abundantes detalles sobre él, día tras día. Algo cansador porque era necesario tener cuidado y no contradecirse. Lo buscaron por toda Francia. Berg era el más excitado. —¿Dónde está Paul?, me preguntaba sin parar.

”Siempre hablaban de la famosa paz por separado. Para ellos parecía tener una

importancia capital… Ah, Eddy me pidió que les contara que después de su evasión llegó al Vésinet junto con varios hombres y que éstos se lo llevaron consigo y lo trajeron de vuelta dos días después. Se lo dije así a Pannwitz sin saber de qué se trataba[19]».

Los interrogatorios se desarrollan amablemente. Georgie sigue siendo llamada *Mädchen*, le ofrecen té y le deslizan en el bolso un paquete de bombones. Está claro que Pannwitz y sus acólitos consideran a la compañera del Gran Jefe una tonta completamente inofensiva. Por su parte Georgie tiene la certeza de dominarlos. «Se tragaban todo lo que les decía. Se hubieran dejado cortar la cabeza antes de dudar de la existencia de Paul. Y lo mismo con la paz por separado. Dije a Pannwitz que Eddy regresaría en cuanto arreglara el asunto. Eso lo hizo feliz y lo esperaba como el Mesías, pero el tiempo se le hacía largo…».

Muy largo. Por eso publican los avisos en el *Paris Soir*. ¿Los descubrirá el interesado? No es la primera vez que Pannwitz clama en el desierto. Después del raid sobre Corrèze insertó este otro aviso en los diarios parisienses:
«¡Georgie! ¿Por qué no vienes? Patrick está con sus tíos». La invitación pasó inadvertida.

El Gran Jefe no telefonea, pero escribe. Pannwitz recibe una tercera carta que repite, en tono más vivo, los reproches de la segunda. «Usted no ha dejado en libertad a nadie y persiste en multiplicar los arrestos. Todo lo cual prueba que no es serio y es imposible entonces trabajar correctamente con usted. Entienda que no se debe alertar al contraespionaje a ningún precio. Además sus detenidos nada tienen que ver en el asunto y usted lo sabe de sobra. Si no los suelta haré pedazos su Gran Juego».

¿Liberar a los presos? Pannwitz accedería de buena gana si el Gran Jefe, en lugar de colmarlo de amenazas le hiciera un resumen de sus gestiones con Moscú. No los soltará hasta estar convencido de la buena fe del fugitivo. Son sus rehenes, sobre todo Georgie. Conserva la esperanza, cada vez más débil, de atrapar nuevamente a Trepper. Por el momento la cacería prosigue.

Charles Spaak, célebre escenógrafo, hermano de Claude, es arrestado en París junto con su compañera a quien Pannwitz deja en seguida en libertad porque está encinta (de Catherine Spaak, futura actriz de cine). La Gestapo detiene en Bélgica a los restantes miembros de la familia. Y se procede al acostumbrado chantaje: si no se detiene a Suzanne, todos serán fusilados; alguien afloja y da las señas deseadas. Suzanne Spaak es arrestada el 8 de noviembre.

Pannwitz ignora que ella posee la llave que puede abrirle las puertas de una media docena de organizaciones clandestinas de todo tipo. Cree haber detenido a una persona distinguida aunque poco realista, un instrumento del Gran Jefe, quien se ha dejado comprometer por él como las hermanas de Saint-Germain, las señoras de Bourg- la-Reine, la anciana señora May, la buena señora Queyrie… Cuando se entere, por intermedio del autor, mucho tiempo después, del verdadero papel jugado por Suzanne Spaak en la Resistencia, exclamará con voz rechinante: «¡Me engañó bien, esa mujer con su aspecto tan decente! ¡Y decir que no paraba de hablarme de sus obras de caridad!». Pero el Kriminalrat, ¿habría torturado a su prisionera para arrancarle una confesión si hubiera estado enterado de su importancia? Muy dudoso. El tercer hermano, Paul-Henri, es ministro de Relaciones Exteriores del gobierno belga en el exilio en Londres. Esta circunstancia y el inquietante curso de la guerra incitan a la prudencia. Pannwitz no lo

olvida y pide a dos amigos, corresponsales de guerra, que asistan a iodos los interrogatorios de Suzanne Spaak para que puedan dar testimonio, en caso necesario, de su corrección. Aunque es una violación flagrante del secreto al que el Kommando está obligado, su jefe juzga conveniente tomar medidas para el futuro.

El Pannwitz de París, evidentemente, no es ya el de Praga.

Por fin su paciencia obtiene un premio: Trepper telefonea. Georgie se entera porque el mismo Pannwitz se lo dice durante uno de los interrogatorios. El Kriminalrat parece amargado, deprimido. «Se mostró muy evasivo», responde a la pregunta de Georgie. Evasivo era la palabra justa.

El 17 de noviembre las fuerzas policiales francesas reciben la orden de buscar a Jean Gilbert, quien «ha penetrado la organización policial por cuenta de la Resistencia y huido con documentos. Debe ser aprehendido por cualquier medio. Dar cuentas a Lafont». Se incluye una foto de Trepper *alias* Jean Gilbert. Su cabeza es puesta a precio. La primera oferta será aumentada tres veces en los próximos meses.

Los términos del telegrama han sido cuidadosamente pensados. La Gestapo no aparece y se da a entender a los destinatarios que se trata de un asunto interno de la policía francesa. La referencia a Lafont tiene por objeto excitar el celo policial. El jefe de la banda está asociado con el inspector Bony, una de las grandes figuras de la Sûreté de la preguerra. Se apuesta a las amistades que debió conservar entre sus antiguos pares.

Al mismo tiempo, las oficinas de la Gestapo, las secciones del Abwehr, los organismos militares, administrativos o económicos del ocupante, todo lo que es alemán en Francia y en Bélgica, recibe un aviso con el retrato del Gran Jefe y esta inscripción: «Espía muy peligroso. Fugado».

De este modo, dos meses después de su evasión, Pannwitz lanza tras el fugitivo a la policía francesa y a la alemana… Destruye así de un mandoble el juego sutil en el que alternaban la fuerza y la persuasión, la tortura para Katz y el té para Georgie, las ratoneras armadas por el Kommando y las amables invitaciones de *Paris Soir*.

Desespera ya de poner en claro las intenciones del Gran Jefe ¿Ha traicionado al Kommando o sigue traicionando a Moscú? No lo sabe. Y la incertidumbre se prolongará mientras Trepper se limite a enviar vagas cartas o se comunique «evasivamente» por teléfono. Trepper puede proseguir el Gran Juego o interrumpirlo a su antojo. La iniciativa está ahora en sus manos y esto no lo aguanta Pannwitz. Sus proyectos no pueden depender del capricho de un cautivo fugado, así sea el Gran Jefe. Y además tiene treinta y dos años, una edad en la que uno prefiere cortar un nudo gordiano mejor que desatarlo.

El gesto tiene sus consecuencias. Ese millar de anuncios enviados a las policías alemana y francesa, profusamente, darán la alarma al adversario aunque el tan mencionado «contraespionaje» sólo sea un mito. El aparato de seguridad del partido comunista ha sido alertado. Sin embargo, Pannwitz lo sabía cuando inició su operativo; es consciente desde el primer momento de las dificultades.

¿Tanto le interesa la captura del Gran Jefe? Sin duda alguna, pero no habría bastado para decidir al Kriminalrat porque a pesar de todo conserva su carácter aleatorio. El plan tiene por objeto, más que una dudosa captura, una certera neutralización.

El trasmisor de Kent ha permanecido en el Mediodía (está instalado en la villa de la modista Cocó Chanel cuya bien provista bodega hace las delicias de los radioperadores alemanes). Debía quedar allí si se pretendía usarlo para el Funkspiel porque Moscú podía requerir la verificación técnica del origen de las ondas emitidas. Pannwitz está convencido de que el Director ignora la presencia de Kent en París; para el Centro, el Pequeño Jefe continúa en el Mediodía, junto a su trasmisor.

Pannwitz envía al Centro un mensaje de Kent pidiendo permiso para trasladarse a París porque tiene la impresión de que la red funciona mal y quisiera conocer las causas. Se le acuerda el permiso. Kent envía entonces un mensaje, por orden de Pannwitz, en el que expresa su estupor. «¿Qué pasa con Trepper? Por todas partes veo avisos pidiendo su captura. Se habría escapado de una cárcel alemana». El Centro responde: «Evite a Trepper. Que el Partido no le dé ni un pedazo de pan. Para nosotros es un traidor».

Pannwitz ha logrado su objetivo. Ha arrebatado la iniciativa de manos del Gran Jefe. Éste no podrá amenazarlo ya con la denuncia del Funkspiel. Haga lo que haga, diga lo que diga, Moscú no le dará crédito. El golpe de audacia del Kriminalrat lo eliminó lisa y llanamente de la partida. Está neutralizado.

Operación interesante, pero cuyas consecuencias son inmensas. *Porque el telegrama de Kent revela a Moscú que Trepper estaba desde hacia meses en manos de la Gestapo y que todos los mensajes del Gran Jefe formaban parte desde entonces de un operativo alemán de infiltración*. De un solo golpe se destruye la obra entera del Funkspiel y la indispensable confianza del Centro, tan pacientemente conquistada por Giering, es aniquilada por su sucesor.

¿Con qué base cuenta ahora Pannwitz para construir su obra? ¿Espera en verdad que, tras esta conmoción, Moscú continuará acordando serena confianza a los mensajes provenientes de Francia?

¿No ve, acaso, que su golpe de audacia sólo es un acceso de locura y que al querer eliminar a Trepper a cualquier precio, aplasta a la vez, en la madriguera del oso, al Gran Juego y a su adversario?

Esto encierra un asombroso misterio. Puesto que el autor tardó tres años en dar con la clave, su lector aceptará, tal vez, que la revelación se demore algunas páginas más.

Tercera parte

EL CENTRO

Termina el año 1943.

La proximidad de las Navidades bastaba para agitar a las «lauchas grises» de Saint-Germain, pero el anuncio de la visita del mariscal Goering llevó al colmo la excitación. Presas de un frenesí doméstico limpiaron el inmenso edificio de arriba a abajo. «Como limpio estaba limpio —

dice la señora Queyrie— no había nada que criticar». Goering cumple su visita de inspección, sonríe a Patrick y se va en busca de otros placeres. Su sorpresa habría sido muy grande si alguien lo enterara de que el rubiecito de vivaz mirada era el hijo adoptivo del Gran Jefe.

Según la costumbre alemana las fiestas y los banquetes comenzaron cuatro domingos antes de la Navidad. Bien alimentada, descansada, la señora Queyrie no se aflige mucho por su madre y su marido. Schneider le trae noticias satisfactorias, regularmente. El 24 de diciembre, suntuosa velada, el champaña corre en abundancia y la

señora Queyrie está sentada a la derecha del comandante del centro, quien adora a Patrick como todo el mundo. Pero el 8 de enero, gran consternación; deben entregar sus dos huéspedes. Llorando a mares, Grete y Margarete acompañan a sus protegidos a la estación y se separan, muy tristes.

Cuando la señora Queyrie llega a Suresnes la aguarda una fea sorpresa: su chalet está hecho un asco. Pannwitz instaló en la ratonera a algunos granujas de la banda de Lafont y éstos se entregaron a sus acostumbrados desórdenes; hay excrementos en los cajones, etc. Al marcharse dejaron abiertas las canillas y un río de agua

corre hasta la calle.

La señora Queyrie pone manos a la obra.

El Kommando libera a todos los sospechosos que se habían vuelto molestos, de modo que Pannwitz puede conceder al Gran Jefe esta satisfacción puesto que la iniciativa del Gran Juego está otra vez en sus manos. A Trepper le conviene guardar silencio ahora que no goza del favor del Centro. Después de liberar a Patrick, Pannwitz inserta este aviso en los diarios de París: «El niño está bien, ha regresado a su hogar».

Una cuarta carta del fugitivo confirma muy pronto al Kriminalrat el acierto de su razonamiento. Con acento

fatigado, Trepper confiesa su intención de abandonar la partida. «Puede proseguir sin inquietudes el Gran Juego

—dice. Le prometo que si no arresta a nadie no interferiré».

El Gran Jefe no está en casa de Lucie. Se ha instalado en la Avenida del Mainfi, en casa de un solterón que adora a las mujeres, donde alquila un cuarto. Su dueño de casa cree que da alojamiento a un refugiado del Norte cuya familia desapareció en un bombardeo.

En el fondo, la carta dice la verdad. Trepper ha podido por fin encontrarse con Kovalski y prevenir a Moscú que el Gran Juego prosigue, sin él, claro está.

Los próximos meses le resultan más penosos que los años febriles que precedieron al arresto y que los angustiosos meses subsiguientes. La tensión, bruscamente rota, lo deja deprimido, desamparado. Por elemental prudencia el Partido no lo emplea en ninguna tarea secundaria porque él es la presa de todas las policías que actúan en París. Especie de apestado, se limitan a mantenerlo con algunos subsidios. Los billetes de banco son demasiado nuevos y el Gran Jefe mata el tiempo ajándolos.

Rara vez alguna ola agita este océano de aburrimiento. Durante un paseo por la calle de Vaugirard tropieza con Willy Berg. El alemán no lo

reconoce: ha adelgazado mucho y se ha dejado un soberbio bigote de aristócrata polaco.

Otra vez se arriesga a recuperar una de sus valijas dejada en casa de una maestra que vive en Pigalle. La mujer lo recibe aterrada: hace pocos días Kent ha estado allí para pedir noticias suyas. Le mostró una carta del general Pétain en la que Trepper era denunciado como «mal francés» que todo «buen francés» debía entregar a la policía para que no causara más daños. La maestra declaró no saber nada de Trepper y Kent le recomendó que lo retuviera el mayor tiempo posible si se presentaba, dando el aviso por teléfono a un número que le dejó. Trepper no se inmuta: es domingo y el Kommando debe de haber salido de juerga, como de costumbre. En la calle des Saussaies no habrá más que algún guardia de turno.

—Llame —aconseja— verá cuánto tardan…

Tres horas después, dos coches frenan ante la casa.

A fines de enero, Pannwitz encabeza un registro en el chalet de la señora Queyrie. Al concluir la vana búsqueda, uno de los alemanes felicita a la dueña de casa por la prolijidad que reina en el hogar. Menos cumplimentero, Schneider sigue siendo más eficaz. Visita a menudo la casa para llevar noticias de los prisioneros de Fresnes y siempre trae un regalo para Patrick: huevos frescos, frutas, etc. Y además se encarga de llevar los paquetes que le entrega la señora Queyrie y alguna carta.

En cambio, las visitas a Georgie son oficiales. La señora Queyrie y Patrick van a la calle des Saussaies desde donde el propio Schneider los lleva en automóvil a Neuilly. Está presente en las entrevistas y Georgie, que no lo conoce, charla con su visitante en una hermética jerga. La precaución parece superflua a la señora Queyrie, sobre todo porque la atmósfera de Neuilly no tiene nada de dramática. «Ella parecía estar a sus anchas —dice. Muy bien tratada. Piense que tenía un cuarto particular y sirvientes para atenderla».

El cuarto está cerrado con llave y los sirvientes son guardias eslovacos. Pero este cautiverio sería dulce para Georgie sin el profundo aburrimiento que la domina. Ha logrado que le traigan del Vésinet su *tutu* y sus zapatillas de baile y ensaya horas enteras para gran placer de los eslovacos que la espían por el ojo de la cerradura. Claro que no es posible bailar de la mañana a la noche. Un día, Pannwitz penetra en el cuarto y ve a Georgie trepada a un taburete sobre dos sillas, todo encima de la mesa. La prisionera le hace muecas. Tampoco se puede pasar el tiempo sacando la lengua a Pannwitz.

De pronto todo cambia. Georgie pasa sus horas asomada a la ventana que da sobre la huerta por donde pasean los prisioneros. Cambian sonrisas y signos. Un día uno de los presos le arroja un bombón envuelto en un papel. Es una carta que comienza con «a una joven cautiva» como el poema de Chénier. Una carta muy linda y muy gentil. «No sé como describir su estilo —cuenta Georgie— era a la vez poético y militar. Estaba firmada "General Dumazel". Al final me decía que esperaba que yo respondiera y que metiera mi mensaje en el tubo de aspirina oculto al pie de una mata. Respondí, claro, y así iniciamos una correspondencia.

"Después hubo otro militar: el general Delmotte. También nos escribíamos. Delmotte era más audaz, en tanto que el general Dumazel siempre fue muy discreto, muy poético, en el estilo Chénier. Delmotte me confesó su amor.

"Pero el más divertido era Dungler.

¡Nada lo detenía! Había observado que el respiradero del water closet era contiguo a la

ventana de mi cuarto de baño. Un día golpeó el vidrio. Me pasó una larga carta en la que comenzaba por presentarse diciéndome que era uno de los jefes de la Resistencia alsaciana.

"Desde ese día, a cada rato pedía que lo llevaran a los water-closet. Una historia, porque para que abrieran la puerta había que llamar a un guardia que lo acompañaba a uno hasta la puerta y aguardaba. Nos pasábamos las cartas por la pequeña ventana. Dungler hizo más: sobornó a uno de los guardias, Hans, un alemán morenito, muy simpático. Dungler lo enviaba a la Brasserie Alsacienne de Montmartre cuyo dueño era su amigo y Hans le traía vituallas y vinos finos. Me pasaba todo eso por la ventana. Pero como tenía que devolver la botella al día siguiente, me la bebía toda por la noche; era borgoña, y me sentía muy alegre. Después,

Dungler obtuvo de Hans un duplicado de la llave de su cuarto y por la noche, cuando todos dormían, sacó el molde de mi cerradura con miga de pan. Hans fabricó otro duplicado y así pudimos vernos. ¡Qué emoción! En el corredor una alfombra sofocaba los pasos, de modo que a cada rato temíamos que alguien apareciera. Sucedió una vez y Dungler apenas tuvo tiempo para esconderse en el cuarto de baño. Pensé muchas veces en aprovechar la llave y escapar pero no me atreví porque siempre había guardias abajo. Y además me habían dicho que si huía, Patrick pagaría por mí.

"Mis tres enamorados ocupaban casi

todo mi tiempo, pasaba horas escribiéndoles y ellos respondiéndome. Si faltaba el papel desgarrábamos las páginas en blanco de los libros que nos prestaban: una colección completa de la Pléiade. Hasta aproveché el tiempo para leer a Balzac».

Una prisión de lujo, dulce para el cuerpo, no demasiado penosa para el alma, pero de la cual uno puede ser sacado en el momento menos pensado para ir al cadalso. Y en esta cárcel, a la sombra de la guillotina, amores ligeros y tiernos porque también el corazón quiere vivir; los frívolos mensajes, la

liberalidad de los «para toda la vida» cuando la vida puede concluir con el amanecer. Ofrecer a alguien el corazón mientras late; fuego de paja para iluminar los amores que no habrá tiempo de vivir, todo eso lo hemos visto ya en la «Maison Belhomme» de la Revolución Francesa, la famosa casa de salud donde se refugiaban, gracias al dinero y a las relaciones, los más privilegiados entre los acusados del Tribunal Revolucionario, y donde también ellos bailaban, mientras no agotaban la hucha, el extraño *ballet* amoroso cuyo coreógrafo era un verdugo…

Un año después de visitar esa cárcel

por primera vez volví a Neuilly para tomar fotografías. Sólo había un baldío con un cartelón que anunciaba la construcción de un gran inmueble. Me sentí impresionado porque habían echado abajo uno de mis escenarios y decepcionado por razones prácticas: las fotos. No se puede fotografiar un sueño y era tan irreal como un sueño ese tiempo de Neuilly, donde en plena guerra mundial y en un refugio de la Gestapo, su aparición en la ventana, querida Georgie, conmovía el corazón de los encanecidos generales mientras paseaban en torno a la huerta del portero Podhomme. Ah, querida Georgie, no me odie mucho si al oírla contar sus flirteos

con los generales no pude menos de pensar en la heroína novelesca que el capricho del escritor hizo entrar en la Maison Belhomme… Ella se llamó *Caroline chérie*. Usted tiene su belleza y su encanto, el don de la ligereza en tiempos de hierro y, sobre todo, el talento

insolente de atravesar los hechos sin desgarrarse. Pero sé que la comparación no sirve, porque ella tenía amoríos y usted tuvo un solo amor.

En los primeros días de mayo de 1944, Georgie es llevada a la sede donde un año atrás fueron juzgados Alfred Corbin, Keller y los demás. La introducen en una sala de audiencia. Boemelburg forma parte de la Corte. Pannwitz y Berg están igualmente presentes pero, delante de los jueces, simulan frialdad en el trato a su Mädchen. Ella no comparece como acusada sino como testigo y debe responder a un apremiante interrogatorio, sobre todo con respecto a Grossvogel. Se esfuerza por decir lo menos posible y la llevan de regreso a Neuilly agotada porque esta sesión donde cada una de sus palabras ponía en peligro la vida de un hombre será uno de sus más atroces recuerdos.

Una mañana de ese mismo mes de mayo, la señora Queyrie es sacada de la cama por un agente del Kommando. Le ordenan que confíe a Patrick a unos vecinos y que los acompañe. A las siete y media de la mañana, la buena señora ingresa en la sala de espera del Tribunal. También están las señoras de Bourg-la-Reine que se presentan. Cuando la señora Queyrie les pregunta qué harán con ellas, responden: «Pero, señora, es el juicio». Lo esperan con perfecta serenidad, convencidas de que su inocencia será reconocida.

Se equivocan. La señora Parrend, dueña de la «Maison Blanche», será internada en un campo de concentración y morirá años después de las secuelas de las enfermedades que allí contrajo.

Las hermanas de Saint-Germain son deportadas y sólo una volverá. Antonia Lyon-Smith salva su vida porque un miembro del Kommando se ha enamorado de ella. La señora May es condenada a muerte, pero obtiene luego la gracia de Goering. Suzanne Spaak es condenada a muerte, asimismo. Al poco tiempo su suegra recibe una larga carta escrita en Fresnes. Suzanne le cuenta su vida en la cárcel (con dos palillos de dientes ha tejido una corbata para su hijo y ha logrado hacer crecer en la ranura de su ventana una florecilla que desliza dentro del sobre, un regalo para su hija) pero, sobre todo, anuncia su condena a muerte y pide a la señora Spaak que trasmita a Claude una propuesta de la Gestapo: si acepta entregarse su mujer será indultada y liberada. Tampoco él será inquietado, se limitarán a hacerle algunas preguntas después de lo cual quedará detenido en su domicilio con la única obligación de presentarse de tanto en tanto a la comisaría policial de su barrio. Suzanne concluía adjurando a su marido a presentarse, por ella y por los chicos.

La señora Queyrie es introducida en la sala de audiencias en las últimas horas de la tarde. Ha divisado a su marido, con el rostro hinchado y demacrado. Ha conversado con su abogado, un simpático oficial alemán que habla perfectamente el francés. Frente a la Corte insiste en sus declaraciones anteriores: es cierto que sirve como nodriza al hijo del Gran Jefe (porque para la Gestapo la filiación no ofrece dudas). Mucho más tarde, Pannwitz se mantendrá firme al respecto: «Le digo que es su hijo, ¡el parecido no engaña!». Es cierto, también, que alojó a Trepper durante una semana, pero ignoraba de quién se trataba.

La indultan. Cuando se ve en la acera de la calle del Faubourg Saint- Honoré, se da cuenta de que ha salido de su casa sin un centavo. A su vez, el abogado sale del inmueble, la ve desamparada y le entrega unos boletos del metro y de ómnibus. La señora Queyrie se

preocupa por la forma de devolvérselos y él le dice, sonriendo:
«Deje eso, ojalá le traiga suerte».

A fines de mes su madre sale de Fresnes, después de ocho meses de cautiverio, sin haber sido juzgada. Cuenta que allí en la prisión, una mujer extraordinaria reconforta a las detenidas. Es Suzanne Spaak. En junio, el señor Queyrie regresa a Suresnes. Lo habían condenado a ocho meses de prisión. Un preso, compasivo, le había cedido un par de calcetines: León Grossvogel, que será ejecutado muy pronto, creemos que al mismo tiempo que Vassili y Anna de Maximovitch.

El 21 de abril Margarete Barcza dio a luz un hijo en una clínica privada de Neuilly donde Pannwitz la hizo ingresar sin especificar que se trataba de una prisionera. Ella y Kent deciden llamar al niño Michel. Kent visita a Margarete todos los días acompañado por tres miembros del Kommando. El 2 de mayo un coche viene en busca de la madre y el niño y los lleva a un palacete particular de la calle de Courcelles, más suntuoso que el de Neuilly. Es la mansión del millonario Veil-Picard, gran coleccionista de cuadros. Desde 1940 la Wehrmacht ha requisado la casa al principio ocupada sólo por viejos soldados que reparaban camiones; pero luego los pillastres a las órdenes de Goering arrasaron con los cuadros y el mobiliario. En abril de 1944, Pannwitz decidió instalar allí su Kommando. Los Veil-Picard no fueron considerados ni arios ni judíos, pero cualquier intento de ellos por recuperar su propiedad les valió amenazas.

Pannwitz teme un golpe de la Resistencia y toma precauciones. Desparrama por el vecindario el rumor de que su Kommando depende de la Gendarmería y no de la Gestapo. Luego arma el palacete como para sostener un sitio. Aunque deja libre la pequeña puerta conectada con un mecanismo eléctrico que funciona en el pabellón del portero, cierra el portón con dos enormes maderos y una ametralladora ubicada en el pórtico protege el patio de entrada. En el vestíbulo, un arsenal al alcance de la mano.

A la izquierda un sitio baldío sirve como lugar de estacionamiento a los automóviles de la Wehrmacht. Pannwitz abre una brecha en el muro para que las idas y venidas de los Citroën no llamen la atención de los curiosos. Los prisioneros descienden y se introducen en la casa por la puerta lateral que lleva a los sótanos. Dos recintos han sido convertidos en celdas y una puerta blindada y dos cerrojos hacen imposible cualquier intento de evasión; un cuarto de servicio es transformado en «celda de lujo[20]» con barrotes en la ventana y cerrojos exteriores en la puerta. El mobiliario esquilmado por Goering es reemplazado por muebles hurtados aquí y allá. Pannwitz traslada a Courcelles el mobiliario completo de la casa de campo de los Spaak en Choiseul y parte del de la calle Beaujolais.

«Organizaron una gran fiesta para mi regreso —cuenta Margarete— me dijeron que era para festejar mi boda con Kent. Y en efecto fue como un casamiento, me ofrecieron regalos al terminar el banquete: una cuna y un coche magníficos para Michel. Pannwitz insistió en ser su padrino y me dio consejos: que no lo alzara si lloraba de noche para no acostumbrarlo mal y que no me preocupara si los llantos nos despertaban. Desde ese día todos me llamaron: Mamy».

Pannwitz instaló a la pareja y al bebé en un pequeño departamento privado de dos

habitaciones con un cuarto de baño completo instalado en un armario. El Kommando los visita y se complace en descansar en el regazo de Mamy. Karl Ball viene a llorar sobre su falda cuando mata al primer hombre durante un arresto y se discute largamente la suerte cruel de Eric Jung.

«Una noche —cuenta Margarete— Jung regresó borracho como una cuba a su cuarto del tercer piso de una casa requisada. Cuando el ascensor se detuvo en el tercer piso, un oficial que subía con él y que lo conocía, lo empujó suavemente para que descendiera. Jung pretendía seguir subiendo y loco de rabia desenfundó su pistola, subió dos pisos por la escalera y vació el cargador sobre el oficial cuando éste salía del ascensor. Le dieron diez años de trabajos forzados, Jung apeló y lo condenaron a la pena de muerte. Por fin lo trasladaron a un batallón de castigo que servía en el frente ruso y allí desapareció».

Margarete tiene permiso para pasear a su hijo por el jardín diariamente, a una hora señalada de la tarde. Los jueves va a visitar a su hijo René y obtiene permiso igualmente para asistir a su Primera Comunión en compañía de Kent y de tres alemanes. «Habría podido evadirme cien veces pero sabía que en ese caso matarían a Kent».

No es verdad. El ruso se ha convertido en un ser precioso, además de su colaboración en el Gran Juego está a punto de lograr una magistral mistificación contra la Resistencia.

Todo comenzó con un telegrama del Director: «Trabajaba antes para nosotros Ozols Waldemar, *alias* Solja, *stop*, repito Ozols Waldemar, ex general letón, tomó parte en la guerra en las filas republicanas españolas *stop* dio informes sobre desplazamientos tropas alemanas *stop* hemos dado un trasmisor *stop* Solja vivió en París dirección desconocida *stop* vivió con un dentista *stop* tiene también familia *stop* díganos si conoce existencia Solja y naturaleza de su actividad *stop* sea prudente con los Verdes[21] interesados muy pronto por actividades Solja».

Este mensaje es enviado a Kent el 14 de marzo de 1943, cuatro meses después del arresto de Trepper. Giering, quien dirige aún el Kommando ve en él la posibilidad de echar mano a otra red soviética. La Gestapo recibe la orden de buscar a Ozols. En el mes de julio descubre su escondite parisiense, villa Molitor 24. Kent informa al Centro que ha encontrado a Ozols y el Director le ordena comunicarse con él enviándole una carta firmada «Z,». Kent propone a Ozols por escrito una cita en el café Dupont el 1.º de agosto de 1943.

El general acude a la cita. No tiene motivo alguno para desconfiar de su interlocutor puesto que éste ha firmado su «Z», señal de reconocimiento fijada por el Centro para un eventual restablecimiento del contacto. Además Kent, como todos los hombres de su generación habla el ruso «moderno». La mezcla de pueblos operada desde 1918, la influencia de la radio y la proletarización general han establecido una diferencia tan notable entre el ruso hablado antes de la revolución y el ruso moderno como la que existe entre el inglés y el norteamericano. Ozols está convencido de estar frente a un joven oficial soviético y no frente a un hijo de emigrados al servicio de Alemania.

Le cuenta su historia. Ex combatiente de las Brigadas Internacionales se refugió en Francia tras la derrota republicana. En 1940 el agregado aeronáutico de la embajada

soviética le encargó la creación de una red de espionaje. Ozols reclutó una decena de agentes y comenzó a suministrar informes. Cuando la embajada soviética abandonó a París, el agregado le confió un trasmisor pero Ozols no logró encontrar un pianista experto y sus intentos de comunicación con Moscú fueron vanos. Presintiendo que la Gestapo lo perseguía fue a ocultarse en Normandía y sólo regresó a París en 1943. Ahora está disponible y pronto a

reanudar el trabajo.

¿Menciona Ozols a Kent su contacto con Trepper en 1940? El hecho no le parece interesante; ignora que el Centro recomendó a Trepper una extremada prudencia en sus relaciones con Ozols porque se sospechaba que éste trabajaba a la vez para Moscú, el Deuxième Bureau y la Gestapo.

Kent le ordena que reúna los restos de su red y que la refuerze reclutando técnicos y oficiales franceses capaces de suministrar datos de orden político, económico y militar. Le da un adelanto de diez mil francos, fijando su salario mensual en doce mil.

En diciembre de 1943 una amiga

común vincula a Ozols con Paul Legendre, capitán de reserva de unos sesenta y cinco años. Legendre ha sido durante tres años el jefe de la red Mitrídates en la región de Marsella, una de las organizaciones más importantes de la Resistencia francesa. En la primavera de 1943, una ofensiva de la Gestapo obliga a Legendre a huir y se refugia en París donde pierde el contacto con sus jefes. Está disponible también y dispuesto a trabajar. Ozols le revela su condición de agente de los servicios soviéticos. Legendre acepta trabajar con él a condición de que el objetivo principal sea la lucha contra los alemanes. El general letón le anuncia

pomposamente, entonces, que será inscripto con la matrícula 305 en la red B. del S. R. ruso. Recibirá seis mil francos por mes.

En enero de 1944 Ozols organiza un encuentro entre Legendre y Kent, jefe de la red B. En el transcurso de la conversación Legendre menciona que su mujer ha sido detenida y deportada. El otro promete ocuparse de la infortunada. Sin duda Legendre cree que es simple jactancia pero poco después su mujer, liberada, se reúne con él. Confundido de admiración ante el poderío de los servicios rusos el capitán Legendre es conquistado por completo por Kent.

Le entrega la lista total de sus

antiguos agentes de Marsella lo que permite a la Gestapo infiltrarse en Mitrídates y llegar hasta su cabeza, pero sobre todo se ocupa de sentar las bases de una nueva organización clandestina. De acuerdo con Kent dividen a Francia en ocho regiones militares. Legendre dirigirá las de Marsella y París. Le aumentan el salario a doce mil francos y le dan cincuenta mil francos mensuales para sus agentes. Legendre enrola a Maurice Violette, ex ministro de la Tercera República, alcalde de Dreux, quien se embarca en una galera de la Gestapo creyendo con la mejor fe del mundo que rema para los Aliados…

En un principio se trataba de una

operación clásica de infiltración y de manejo de la Resistencia. Pero en la primavera de 1944 cuando los rumores sobre el inminente desembarco de los aliados son cada vez más precisos, un proyecto de sorprendente audacia cobra forma en la inventiva mente de Pannwitz; ¿por qué no utilizar los grupos de Legendre para trasmitir a la Gestapo, después del desembarco y desde la misma retaguardia del frente aliado, los informes necesarios al Cuartel General Alemán para montar su contraofensiva?

Kent se ocupa de esta linda tarea desde el nacimiento de su hijo. Se requiere astucia y tacto porque *a priori* las buenas gentes de la red B. podrían asombrarse de que se les pidiera continuar el trabajo *después* de la liberación. Kent exige que Legendre le presente individualmente sus radioperadores y a todos les hace el siguiente discurso «Londres y Washington no informan a Moscú acerca de sus planes militares y esto es una pena porque impide el ajuste de una estrategia común. No sabemos si el próximo desembarco será un simple golpe como el de Dieppe o una operación de gran envergadura. Al informarnos sobre el número y clase de las fuerzas de desembarco, permitirán al Estado Mayor Soviético hacerse una idea más precisa y armonizar su estrategia en consecuencia, lo que apresurará la derrota de Alemania».

Ciertos pianistas dicen que es una locura, pero otros son sensibles a los razonamientos de Kent y aceptan su sugestión.

Los Citroën negros van y vienen, Margarete se pasea, Kent sale a hacer sus gestiones, los prisioneros son trasladados, Pannwitz y sus hombres están activos, todo esto es observado y registrado por discretos vigías a las órdenes de Trepper. Sólo le faltaba una razón de actuar para salir del marasmo en el que lo había sumergido su aislamiento; apenas se asigna la tarea de espiar al Kommando, ser para él como «un tigre a su presa prendido», recobra la vitalidad. Organiza un grupo de vigilancia con ayuda de un antiguo camarada, Alex Lesovoy quien desempeña a su lado el papel de «jefe de Estado Mayor», antes conferido a Grossvogel. Sus hombres fotografían a todo coche o peatón que entre o salga de la casa de la calle Courcelles. Lo mismo que Prodhomme en Neuilly, los porteros de Veil-Picard han permanecido en el lugar y charlan. Entre los hombres que Pannwitz emplea como mano de obra para trabajar en el parque un detenido judío informa sobre la actividad del Kommando.

La tarea de observación tiene como finalidad preparar la acción. Pannwitz no es el único que presiente la inminencia del desembarco. También el Gran Jefe ha concebido un proyecto hermoso y audaz…

34

Una belga, un francés

En Neuilly, donde Georgie seguía internada, la nerviosidad dominaba a los alemanes, los eslovacos y hasta los mismos prisioneros. Una noche éstos fueron arrancados al sueño por ráfagas de ametralladoras y gritos de los guardias: intento de evasión. Aunque el hombre logró huir estaba herido como lo comprobaban los rastros de sangre al pie de la verja.

Esos días de mayo fueron espléndidos y el cielo de París era surcado casi a diario por la blanca estela de las fortalezas volantes norteamericanas. Al primer toque de sirena los prisioneros eran llevados a los sótanos. Así Georgie pudo conversar con sus tres D. (Dumazel, Delmotte, Dungler) y tuvo además la sorpresa de encontrarse con el príncipe Miguel de Montenegro a quien fuera presentada siendo muy joven aún, cuando él vivía en exilio en Bruselas.

En su cuarto tenía un aparato de radio en muy mal estado que sólo captaba la B. B. C. Escuchaba los

boletines de información con el oído pegado a la ebonita, lista para girar el botón si aparecía algún guardián.

Una mañana no escuchó el comunicado. Poco después vio al general Delmotte en la huerta, entregado a unas frenéticas gesticulaciones poco habituales en él. Semáforo viviente le hizo comprender que el desembarco había tenido lugar en el amanecer de ese 6 de junio.

El acontecimiento influyó sobre el Kommando. Cuando venían a buscar a Georgie para algún interrogatorio le decían: «*Ach Mädchen*, hoy su cabeza no está firme sobre sus hombros». Semejante cantinela apagaba su buen humor y despertaba su angustia. Comenzó a temer por su vida.

A fines de junio le anunciaron su traslado a Fresnes con el pretexto de que no podían garantizar su seguridad en Neuilly. Curiosamente la noticia la reconfortó. Su régimen de «presa excepcional» le parecía más peligroso que envidiable. Aspiraba a perderse en el anonimato y Fresnes se lo permitiría.

La incomunicaron en una celda de la planta baja pero pronto Georgie se adaptó a la nueva situación y logró comunicarse con las presas del piso superior. Una de ellas le deslizó por el respiradero un trozo de género para que cortara una blusa. Georgie, costurera cabal, ejecutó el trabajo. Sorprendida en una conversación fue enviada a una celda de clausura, oscura, con una tabla como cama. Allí se enteró de que Suzanne Spaak estaba en Fresnes y cuando salió de la celda de clausura le envió un mensaje. Recibió una respuesta afectuosa y reconfortante. Días después, durante el paseo, por azar se halló al lado de Suzanne Spaak. Le dijo: «Estoy desolada, por nuestra culpa la arrestaron». La señora Spaak respondió, sonriendo: «No se preocupe, no tiene importancia». Radiante de generosidad y de optimismo era el sol de la prisión y su entusiasmo confortaba a sus compañeras. Luego logró trasmitir a Georgie un mensaje verbal diciéndole que todo iba bien y que debía tener confianza.

Aun en el mundo singular de Fresnes, la nacionalidad norteamericana de Georgie la apartaba del rebaño. Con el correr del tiempo la guardiana alemana destinada a su grupo de celdas se mostró menos rigurosa y más benévola. Le llevaba libros y hasta le regaló un suéter. Sin cesar le repetía que cuando sus compatriotas llegaran contaba con ella para que les dijera que la había tratado bien.

En Normandia el frente alemán se derrumbaba bajo los fuertes golpes del general Patton.

El 9 de agosto, Pannwitz invita a Margarete a una partida de ping-pong. Mientras juegan le explica que el avance aliado los obliga a tomar algunas medidas de seguridad. Kent y René permanecerán en París, pero Margarete y Michel deben partir para Alemania. Margarete responde con sus habituales maneras dramáticas cuando se trata de sus amores: si van a separarlos a Kent y a ella, más vale que los maten cuanto antes. Pannwitz se esfuerza por tranquilizarla y acaba por convencerla. Como un padrino tierno, aunque oficioso, hace comprar para Michel juguetes y algunas cosas que difícilmente se encuentran en Alemania: biberones, ropas, etcétera.

El 10 de agosto sacan a Georgie de la celda. En la verja de la prisión la aguarda un agente del Kommando quien le anuncia su partida de Fresnes. Le devuelven su cartera y sus joyas. Afuera espera un auto. «¿Dónde vamos? — pregunta Georgie. Es verano. Mädchen, hay que pasear un poco». En efecto el día es espléndido, pero el auto se dirige a París y no al campo. En la estación del Este se detiene y el alemán acompaña a Georgie hasta un

andén donde están Pannwitz y sus hombres. Alrededor de ellos reina el pánico, viejos soldados enfermos y algunas «lauchas grises» cargadas de niños toman por asalto el tren que se detiene a lo largo del andén.

Los Aliados a marcha forzada avanzan hacia París, Pannwitz lleva aparte a Georgie y muy amable le dice que irá a Alemania porque en París correría peligro. «No tardaré en reunirme con usted —agrega— y es probable que tengamos noticias de Trepper». Georgie pregunta qué harán con Patrick. Pannwitz le dice que si escapa lo enviará a la Selva Negra y jamás tendrá noticias de él, «pero si usted no huye —termina— le prometo que no le sucederá nada».

Georgie está inquieta a pesar de la promesa. ¿Qué será de su hijito? Recuerda que cuando fue a visitarla a Neuilly por primera vez, impresionado por los guardas y el ambiente extraño de la casa, Patrick sufrió una crisis de nervios y se abrazó a la buena señora Queyrie gritando que lo sacara de allí. «¡Quiero irme!», repetía. Al día siguiente Georgie descubrió su primera cana.

Al divisar a Kent en un extremo del andén corrió hacia él y le rogó que velara por Patrick. «Sé que usted está en la misma situación que yo, que tiene un hijito… por favor cuide de Patrick, que no le hagan daño». Kent le clavó una mirada indiferente y le volvió la espalda.

La hicieron subir a un compartimento donde se encontró con Margarete y Michel. También viajaban con ellas las dos secretarias del Kommando, Ella Kempka y otra más joven.

El tren partió. Margarete se dedicó a tejer mientras Georgie se ocupaba del bebé y las alemanas charlaban. El convoy se detuvo varias veces en pleno campo, por alarmas aéreas. Habría sido fácil evadirse, pero ¿y Patrick? Por la noche hicieron una etapa en Metz y las cuatro mujeres y Michel durmieron en la sede de la Gestapo. Al día siguiente prosiguieron el viaje y sólo dos días después de la salida de París llegaron a Karlsruhe donde vivía Ella Kempka.

El alojamiento es estrecho, pero se acomodan. A Margarete la tratan como a una compañera y Georgie puede pasear a su antojo en compañía de la secretaria más joven. Ésta la lleva al peluquero, la deja y vuelve a buscarla dos horas después, toman juntas el té, etcétera…

Pocos días después Georgie es convocada a la sede de la Gestapo donde la recibe un policía tosco y duro. Es Reiser, el ex adjunto de Giering que ha sido trasladado a Karlsruhe desde hace un año. Le pregunta si cree que Trepper dará señales de vida al Kommando. Georgie dice que sí y Reiser gruñe, vagamente amenazador:
«Sería mejor para usted, porque de lo contrario su situación corre el peligro de empeorar…». Georgie está ansiosa, juzga muy peligrosa esa historia de paz por separado que agita a todo el mundo.

Pero Trepper está convencido de que el Gran Juego toca a su fin porque el derrumbe de los ejércitos alemanes en el Oeste permite presagiar el próximo fin de la guerra. Nada le impide entonces realizar su proyecto de atacar al Kommando, bloquearlo e impedirle la fuga. Le sería muy dulce concluir la partida capturando a los mismos que desde hace tantos años lo persiguen y que han dado muerte o encarcelado a tantos de los suyos.

Con ayuda de Kovalski ha montado un grupo de combate de treinta hombres bien armados.

El plan de ataque fue preparado por Alex Lesovoy, quien garantiza el éxito de la expedición y asegura que sólo pueden escapar suicidándose. El Gran Jefe respondió riendo: «¡No tengas miedo, en cuanto a eso podemos tenerles confianza, no se suicidarán!».

Naturalmente era necesario advertir a Moscú. Han enviado un mensaje pidiendo vía libre; ahora esperan la respuesta.

Cuando los tanques de Leclerc avanzaron sobre París, Pannwitz y los suyos liaron sus bártulos. Sin duda estaban tristes. Habían trabajado duro, padecido decepciones y derrotas, gastado sus nervios persiguiendo y torturando pero, en resumen, los tres últimos años fueron buenos. Nadie murió en París porque allí se moría menos que en Stalingrado o en Tobruk. Hasta el mismo Willy Berg, que debió ser fusilado por haber dejado escapar al Gran Jefe, era de la partida. Berlín ignoró todo, Berlín sólo sabía lo que se les antojaba contar. Y las autoridades

alemanas en Francia no tenían poder sobre el Kommando. Durante tres años formaron una banda de buenos amigos que hacían su pequeña guerra al margen de la grande. Policías sin rango en otros tiempos, se convirtieron en poderosos señores, sin ningún amo a la vista, teniendo como feudo una de las ciudades más hermosas del mundo. Pasearon en auto, se alojaron en casa de los millonarios, se surtieron en el mercado negro y, diablos, se emborracharon como verdaderos Bacos. Mujeres en profusión. Dinero en profusión. Sobre todo después que el astuto Pannwitz creó su Simex propia: la Sociedad Helvecia, con sede en Monte Carlo por

razones fiscales, y sucursales en París y Madrid, dedicada a todo tráfico, aunque especializada en quinina y wolfram, los materiales estratégicos.

Y era preciso abandonar todo eso… La partida tuvo lugar el 26 de agosto
en medio de un París insurrecto. Coches provistos de ametralladoras encuadran a los autos también armados. El convoy recorre las calles llenas de barricadas, atraviesa el arrabal sin inconvenientes, se une al grupo de divisiones derrotadas y se dirige hacia el Este, a Alemania.

La respuesta de Moscú no ha llegado. Trepper guardó en un cajón su plan de ataque y devolvió a Kovalski sus treinta francotiradores.

Ese 26 de agosto abandona su refugio en la avenida del Maine y en compañía de Alex Lesovoy se esfuerza por llegar cuanto antes a Courcelles. Pierden tiempo en la calle de Rivoli donde Lesovoy debe enseñar a unos
F. F. I. cómo armar y lanzar sus granadas. Hasta participan en un encuentro cerca del Hotel Majestic, tan frecuentado por Vassili de Maximovitch, y el Gran Jefe lanza alegremente algunas granadas y descubre que los placeres de la acción, menos sutiles que los del espionaje, no son menos embriagadores que éstos. En la plaza de la Concorde los detiene la batalla iniciada junto al hotel Crillon. Por fin llegan a la calle

Courcelles, dos horas después de la partida del Kommando. El portero y su mujer los reciben temblando de miedo. En el momento de subir a uno de los coches, Kent les ha gritado: «¡Cuidado, no crean que todo terminó!,
¡volveremos!».

Ese mismo día a las dos de la tarde, Claude Spaak y Ruth Peters van al departamento de la calle Beaujolais. Sólo se han salvado del pillaje los muebles pesados, la biblioteca y los cuadros. Mientras erran por los cuartos desiertos, aparece Pauline, la doméstica de la

escritora Colette que vive en el departamento contiguo. Su patrona los invita a visitarla. La primera frase de Colette da pruebas de su sentido común:
«¿Tienen dinero?», pregunta. Spaak agradece y rechaza la generosa oferta. Sólo se lleva una pastilla de jabón.

Poco tiempo después, un hombre fue a ver a Spaak y le contó que en el pasado mes de marzo había trasladado sus cosas a una casa de la calle de Courcelles. Spaak fue allí y se encontró con el señor Veil-Picard, padre. Éste pidió a su ama de llaves que llevara a Spaak al segundo piso donde se amontonaban muebles y adornos.
«Llévese lo que quiera —dijo la mujer — los propietarios han muerto». Spaak recobró algunas cosas robadas en Choiseul y en la calle Beaujolais pero se negó a llevarse un magnífico tapiz de Oriente, con gran sorpresa de la gobernanta. Después ésta lo llevó, a la galería vidriada donde las paredes y el piso estaban manchados de sangre porque el Kommando había instalado allí su sala de torturas. Spaak carece de noticias de su mujer.

Cuando llega a este punto del relato, Claude Spaak deja de mostrarse dueño de si mismo, aparta la mirada de la armoniosa habitación y habla con voz enronquecida: «Pocos días antes de la liberación oí hablar de un fusilamiento en Fresnes, aunque vagamente. Decían que hubo una revuelta de presos comunes, nada que ver con Suzanne. Podía seguir esperando. Luego recibí una carta suya, la última. Le habían anunciado que iba a morir. Terminaba con esta frase: "Siempre pienso en Myra". También había unas palabras para los chicos. Suzanne confió las cartas al limosnero de la prisión. Ignoro a quién las entregó el sacerdote, me llegaron por intermedio del ministerio de Relaciones Exteriores y el sobre contenía una nota de inhumación en el cementerio de Bagneux.

"Allí encontramos dos tumbas recién cavadas. Habían transportado los cuerpos sin decir de quiénes se trataba. Sobre las cruces, simplemente decía: "una belga", "un francés".

"No teníamos la seguridad de que fuera Suzanne. Fue necesario proceder a una exhumación. No quise estar presente en la morgue. Fue el doctor Chertok provisto de la placa dental de Suzanne. Era ella. La dejaron en Bagneux. Usted sabe que soy librepensador y no tengo la devoción de los cementerios. El verdadero cementerio es el corazón. Pero cierto día quise ver su tumba… Ah, es terrible, una inmensa necrópolis donde hay tres mil soldados enterrados, flores por todas partes… y en medio de toda esa gente, Suzanne y una compañera… las únicas mujeres…

"Poco después de la Liberación, una ex prisionera de Fresnes vino a verme. Me dijo cuán admirable había sido la conducta de mi mujer en la cárcel. Y me trasmitió el deseo de Suzanne de que visitara su celda en caso que ella no regresara.

"Fui a Fresnes en enero de 1945. Pedí al director de la cárcel la autorización de ver la celda cuyo número me había dado mi visitante. Me dijo que no valía la pena porque habían copiado en un registro todas las inscripciones hechas por los detenidos de la Resistencia. Compulsé el registro y no encontré nada. Ninguna frase atribuida a Suzanne. Insistí para que me dejaran visitar la celda, cosa que según el Director no era fácil porque la cárcel estaba repleta de colaboracionistas. Pero prometió hacer algo y regresó para anunciarme que la visita era posible. La celda había sido convertida en depósito de mantas.

”En los muros encontré más de trescientas inscripciones de Suzanne.

”No sé cuánto tiempo permanecí allí. Sollozando iba de un muro al otro, copiando las inscripciones en un papel que el director me había facilitado. Había pensamientos, poemas y una especie de diario que escribió en los últimos días. Anotaba con esperanza que los tanques norteamericanos estaban en Chartres. Se sorprendía de seguir en Fresnes puesto que casi todas sus compañeras habían sido evacuadas. Pero lea usted mismo…».

Lloraba y con mano temblorosa me ofreció algunas hojas de papel que sacó de un cajón. Las recorrí y se las devolví, demasiado pronto, porque me angustiaba el sentimiento de haber provocado ese intolerable sufrimiento que crispaba su rostro. De haber sabido que reavivaría semejante dolor, ¿habría ido a visitarlo? Suzanne decía cosas como ésta: «A solas con mis pensamientos, sigue siendo la libertad», y transcribía esta frase de Sócrates: «Mis enemigos pueden matarme pero no pueden perjudicarme». Y ésta de Kipling:
«Donde están los niños deben estar también las madres, para velar por ellos».

Spaak me dio la carta escrita por Suzanne después de su condena a muerte. Estaba destinada a la señora Spaak madre y ella la recibió en Bélgica, pero no pudo trasmitirla a su hijo porque ignoraba su escondite en París. Se la entregó después de la Liberación. En esa carta Suzanne advertía a su marido de la propuesta de la Gestapo: si él se entregaba, ella sería liberada e indultada. Después de escribir estas líneas firmó con enormes letras: «Suzanne».

«Murió a los treinta y nueve años e ignoro cómo. Es seguro que la previnieron de la ejecución, puesto que tuvo tiempo para escribir sus últimas cartas. Me informé y supe que a mediados de agosto no hubo fusilamientos en Fresnes ni en el monte Valérien. No sé nada. Hay algo que no puedo olvidar: la gran mancha parda que vi sobre el piso de su celda…».

Se levantó con el rostro bañado en lágrimas. Al despedirme se detuvo en la sala frente a un cuadro del pintor Margritte que representa un libro abierto. En la página derecha nubes blancas sobre un cielo azul, en la izquierda el retrato de Suzanne Spaak: nariz audaz, cabellos castaños, lisos, la mirada vivaz. Dijo: «Cuando este retrato fue hecho a la familia no le agradó. Decían que envejecía a Suzanne. Ahora nosotros envejecemos y ella se conserva joven».

En la puerta nos estrechamos las manos en silencio. Su emoción era casi insoportable. Permaneció allí, inmóvil, lamentable. Cuando un recodo del camino borró su imagen, quedé a solas con el recuerdo de Suzanne, esa mujer ignorada pocas horas antes y que ya no olvidaría. Mientras recorría el valle del Chevreuse con sus casas de fin de semana tan bien equipadas para el placer con el que pretendemos matar el aburrimiento, tan simbólicas de nuestro tiempo materialista, pensaba que vivir de veras es tal vez morir como Suzanne Spaak.

«Una belga, un francés». Para ser involuntario, ¡qué hermoso epitafio! Él francés era Fernand Pauriol, *alias* Duval, quien calló hasta el final. Los mataron al mismo tiempo. Él provenía de Marsella, ella de Bruselas, cada uno recorrió su camino hasta llegar a Fresnes y morir uno junto al otro. Ella pertenecía a una rica familia burguesa, él era un comunista, el mismo combate los unió hasta en la muerte. Eso es la

35

El retorno del héroe

En octubre de 1944, dos meses después de la Liberación, una misión militar soviética llegó a París y se instaló primero en el local de la ex embajada de Lituania, luego en los de la embajada de Estonia. La dirigía el teniente coronel Novikov.

En seguida el Gran Jefe se puso en contacto con ella y se convino su partida para Moscú en el primer medio de transporte disponible. La espera podía ser larga. Después de su desenfrenado galope a través de Francia, la Wehrmacht se había reorganizado al borde del Rin y bloqueaba el avance de los aliados. La paz prevista para el otoño se demoraría hasta la primavera. Tales circunstancias no dejaban entrever un rápido restablecimiento de las comunicaciones entre París y Moscú.

Trepper se ocupó entonces en la búsqueda de los sobrevivientes de su red y trató de conocer la suerte de los que habían caído prisioneros. En el castillo de Billeron, la casa de la señora Maximovitch, encontró a los hijos y a la mujer de Katz. Raichman y Willy Berg habían ido a verlos pero los dejaron en paz como prenda, en lugar de cargar con ellos. En compañía de la señora Katz fue el 29 de setiembre a casa de los Queyrie; era el día del cumpleaños de Patrick y al día siguiente llevaron al chico al circo Medrano. Fue a menudo a visitar a Claude Spaak y lo ayudó en su fúnebre indagación. También se encontró con Emmanuel Mignon, con quien por casualidad se cruzó en la plaza Saint- Michel y juntos bebieron una copa evocando los buenos tiempos de la Simex. Por supuesto, no tuvo noticias de Georgie. A la señora Queyrie entregó dos valijas llenas de ropa nueva y de regalos, rogándole que se las diera a su amiga en caso de que ella regresara.

A fines de noviembre, Novikov le anunció que el avión personal de Stalin acababa de aterrizar en el Bourget. Traía a Maurice Thorez, quien había pasado los últimos cuatro años en Moscú. Reservaron un lugar para Trepper en el viaje de regreso. Trepper aguardó un mes entero la señal de partida. Los tres coroneles que formaban la tripulación no se mostraban insensibles a las dulzuras de la vida parisiense, y una serie de averías retardaban la salida del avión. Por fin un telegrama imperioso del Kremlin puso los motores en marcha, y el Gran Jefe partió hacia Moscú el 6 de enero a las nueve de la mañana.

El avión debía transportar a Rusia prisioneros de guerra soviéticos, pero de los ocho pasajeros sólo uno respondía a tal condición; los demás eran diplomáticos o agentes del Centro que regresaban al redil. Figuraba entre los pasajeros un viejo revolucionario ruso en exilio desde veinte años atrás, a quien Stalin había concedido el perdón.

La guerra obligaba a hacer escala en Marsella, Castel-Benito, El Cairo, Teherán y Bakú. Por fin el 14 de enero, a las cuatro de la tarde, el avión aterrizó en un pequeño aeródromo cercano a Moscú.

Habían transcurrido seis años desde que el Gran Jefe saliera de Rusia, seis años ricos de angustias, duelos y triunfos. Seis años de combate. No regresaba henchido de orgullo, pero sí satisfecho de la tarea cumplida.

En el aeródromo lo aguardaba un coche que lo llevó a la sede del Centro. Inmediatamente

lo condujeron al despacho del Director. El diálogo fue breve:

—¿Qué proyectos tiene para el futuro? —preguntó el Director.

—Antes de hablar del futuro, sería mejor hablar del pasado. ¿Por qué no me creyeron al principio? ¿Cómo pudieron chingar así? ¿Acaso no los advertí suficientemente?

—¿Ha venido para pedir cuentas?

—¿Por qué no?

—En tal caso no se arreglarán en mi despacho.

El Gran Jefe fue inmediatamente encarcelado en la Lubianka, donde estuvo diez años encerrado.

36

La victoria con cánticos

Apenas París fue liberado, Reiser llamó a Georgie para anunciarle que la situación se había agravado y que no era imposible que facilitaran su fuga. Por lo tanto estaba obligado a meterla en una cárcel. Georgie ignoraba si algunos amigos preparaban su evasión, pero estaba decidida a escapar ahora que las represalias del Kommando no podían alcanzar a Patrick. Reiser desmoronó sus ilusiones. Por otra parte la fuga a través de un país hostil, cuya lengua ignoraba, era difícil. Como en Neuilly, dadas las circunstancias, prefirió la prisión a un status ambiguo de semicautiva.

Así comenzó su calvario cuyas etapas fueron Francfort, Leipzig, Ravensbrück, Francfort-sur-Oder, Orianenburg, Sachsenhausen. Las recorrió protegida por la triple coraza de su belleza, su vitalidad y su nacionalidad, se sobrepuso a ellas y llegó al final sana y salva gracias a una cualidad más esencial aunque difícil de definir. Como todos padeció humillaciones, se vio amenazada y algunas veces tocó el fondo de la desesperación, pero sólo habla de la humillación, el sufrimiento y la desesperación de sus compañeras. ¿Olvido de sí misma? ¿Atención al prójimo? Sí, siempre que veamos en ello una consecuencia de esa cualidad y no a la cualidad en sí misma. Cuando uno la oye hablar adivina un sentido de soberana invulnerabilidad que jamás la abandonó durante la larga pesadilla. Los acontecimientos resbalaban sobre ella sin herirla (sin morderla, dice Georgie). Ni morirá ni se envilecerá ni se afeará.

«Los seres como tú y como yo pasamos a través de todas las pruebas». Georgie lo creía y ése fue su talismán.

De Karlsruhe no recuerda los terribles bombardeos que hacían temblar la puerta atrancada, sino al joven francés, casi un niño, que una noche hizo temblar a la prisión con su grito:

«¡Mañana me fusilan!». No sabía que una voz humana pudiera expresar tanta congoja. Después fue Francfort, una prisión tan colmada que la vida se hacía imposible allí. Luego Leipzig, donde en una pequeña barraca se amontonaban treinta mujeres rusas. Dormían en el suelo, y por la noche el balde desbordaba y despertaban en medio de los excrementos. A Georgie le dieron el único banco para dormir. Sus vestidos y su lindo rostro despertaron la admiración de las rusas. De Leipzig la condujeron a

Ravensbrück en un tren sellado, donde los viajeros se ahogaban. En Ravensbrück la «norteamericana» no fue rapada y sólo la sometieron a palizas colectivas. Allí vio, por primera vez, morir a un ser humano; durante las horas de trabajo una guardiana se abalanzó sobre la prisionera que cavaba a su lado y la mató a palazos. Confiesa que en cierto momento «las cosas iban mal» (tenía 41 grados de fiebre y alucinaciones). Pero Ravensbrück para ella será la gitana que hacía la cola ante la barraca donde se seleccionaban los condenados a muerte, con su hijito de quince días en los brazos, bajo un frío glacial.

Cuando Ravensbrück fue evacuado la llevaron a un campo de Berlín. Las presas trabajaban en la fabricación de hilos telefónicos de caucho y el sabotaje cundía. Después fue Francfort-sur-Oder, y luego, ante el avance ruso la peregrinación por las rutas de Alemania, la tristemente célebre «marcha de la muerte», millones de mujeres aleladas, conducidas sin rumbo, bajo el látigo de los S. S. exasperados por el miedo. La que se retrasaba era abatida. Una noche hubo empellones en la cola de la sopa.

La presa que estaba delante de Georgie tropezó y el S. S. que vigilaba la distribución de la comida sacó su revólver y la liquidó sin un gesto.

«Tenía tanta hambre que seguí caminando y tendí mi escudilla mientras la otra desdichada moría a mis pies arañando la tierra con movimientos cada vez más lentos. Para dormir era la batalla ante las pequeñas granjas, porque las que quedaban afuera morían de frío durante la noche. Yo trepaba al tirante más alto de los graneros, por encima de todas».

El hambre, la marcha precipitada, la muerte, todas esas pesadillas aumentaban día tras día. Con dos amigas bruselenses, que se habían hecho en el camino, decidieron que más valía morir en la fuga que ser liquidadas fríamente de un balazo en la nuca. El instante más propicio era la caída de la tarde cuando la famélica columna avanzaba en medio del ruido de las escudillas y los cubiertos, siniestro retintín precursor de muerte y miseria, como las campanillas de los leprosos de antaño.

La primera eligió un recodo para escapar. Georgie y la otra aguardaron hasta la próxima aldea. Una puerta estaba abierta sobre un jardincito, la franqueron y se ocultaron tras el muro. Los S. S. no se dieron cuenta de nada. Cerca ladraban los perros, esperaron hasta que el ruido de las escudillas se alejó y salieron entonces en busca de su compañera oculta tras un matorral.

Pasaron la noche en un corral lleno de pasto, al borde de un estanque. Por la mañana despertaron al son de los cañones. A la mañana un ruso deportado las encontró y les dio tres fósforos. Así pudieron cocer algunas raíces y luego se desnudaron y se bañaron en el estanque. ¡Una maravilla!

Con el baño el hambre aumentó. Georgie fue en busca de algún alimento. El cañón rugía cada vez más fuerte mientras recorría los campos. Por fin llegó a una granja donde los campesinos, vestidos con sus trajes domingueros aguardaban a los rusos, graves y silenciosos. Georgie pidió de comer. Mientras saciaba su hambre penetró en la casa un cosaco y pidió un trago. El dueño de casa dijo que no podía ofrecerle nada. El cosaco respondió que si no le daban de beber mataría a todos y sacó su pistola. Georgie, muerta de miedo, vio cómo daban de beber al cosaco y como éste se marchaba satisfecho.

Fue repatriada el 15 de mayo de 1945. Cuando llegó al chalet de Suresnes, Patrick, que estaba de visita con la señora Queyrie en casa de una vecina, reconoció a su madre, de espaldas, y lloró de emoción. La señora Queyrie cuidó de Georgie durante un año y medio y sus atenciones la hicieron recuperarse pronto. La buena señora Queyrie no le dijo entonces lo que después nos confesó: amaba tanto a ese chico que contaba con que Georgie no regresara para adoptarlo y cuidarlo como propio. Patrick había tenido suerte, gracias al cariño de la buena señora Queyrie, después de pasar de mano en mano, y algunas fueron alemanas, llegaba intacto a la orilla de la paz.

Un año y medio después Georgie se encontró en Bruselas con el anciano señor Jaspar, quien había sobrevivido a Mathausen. En el campo de concentración su buen humor y su pintoresca silueta divertían a todo el mundo. Mathausen le sirvió de fuente de Juvencia. Pero su esposa había muerto. Un día el comandante de su campo anunció la creación de un centro especial para viejos y enfermos. A pesar de las súplicas de sus compañeras, la señora Jaspar se ofreció como voluntaria. El campo especial era Auschwitz y sus cámaras de gas.

Viuda de su amor, Georgie de Winter unió su soledad a la de Jules Jaspar. Vivieron juntos en los Cevennes hasta la muerte del anciano caballero. Dos años después, Georgie se casó con un aristócrata polaco, coronel de la Guardia, héroe de la Resistencia y ayudante del general Bor en la época de la insurrección de Varsovia. También él había elegido los Cevennes para terminar su tumultuosa vida. El 18 de mayo de 1966, el coronel murió a su vez dejando sola a Georgie en la casa- fortaleza del flanco de la montaña. Extraño destino el de esta mujer tan poco hecha para la guerra secreta, la prisión, la soledad, y a quien tocó vivir todo eso porque un día de 1939 dejó caer su par de guantes en una confitería de Bruselas…

Los libertadores llegaron demasiado tarde al campo de Mauthausen para salvar a Henri de Ryck, accionista de la Simexco belga; a Rauch, el hombre del Intelligence Service y a Charles Drailly de la Simexco (su hermano Nazarin había muerto en Dachau de peste bubónica). Robert Christen, el cancionista, ex dueño del «Florida», declara que sobrevivió gracias a su improvisada actuación como mimo en las «matinées recreativas» que se ofrecían los domingos a aquellos espectros vivientes, suprema irrisión. Transferido a Gouzen I, enseñó a tocar el acordeón al jefe del horno crematorio, mientras calentaba la sopa de los presos sobre los huesos incandescentes de las víctimas. Robert Corbin fue destinado al taller de costura del campo; su trabajo poco fatigoso y al abrigo del frío le permitió sobrevivir.

Liberados, repatriados, los de la Simex y la Simexco regresaron cantando loas en honor de Bill Hoorick, a quien dejaron en el campo. El destino es caprichoso y fue necesaria la deportación para que el pintor revelara sus méritos. En Mauthausen, su escenario predestinado, mostró su extraordinaria astucia y su abnegación. Por un error de su prontuario el comandante del campo lo creyó médico y él no lo desmintió. Todos sus conocimientos de medicina se limitaban a un curso acelerado seguido cuando quería ser misionero. A lo sumo podía ser un enfermero ayudante. Los S. S. lo nombraron médico jefe y pusieron bajo sus órdenes a varios médicos deportados que no descubrieron la superchería porque la medicina aplicable en el campo de concentración era muy limitada. Hoorick, privado de recursos materiales no podía sanar los cuerpos como

hubiera querido, pero tenía suficiente generosidad para confortar los corazones, reavivar la energía, luchar contra el contagio de la desesperación. Salvó a muchos de sus compañeros destinados a las cámaras de gas haciéndolos ingresar, fraudulentamente, a la barraca de los enfermos contagiosos donde los S. S. jamás entraban. Cuando liberaron el campo se negó a ser repatriado con sus compañeros y dejó a Mauthausen el último, llevando consigo un fajo de cartas de los médicos de su servicio que exaltaban su acción bienhechora y ocultaban su confusión por no haber adivinado que el «eminente colega» no era eso precisamente. De haberlo podido, lo habrían nombrado doctor *honoris causa* de la Facultad de Mauthausen.

Vladimir Keller, de la Simex parisiense, fue llevado a la prisión civil de Tegel dos meses después del fusilamiento de Alfred Corbin. Trabajó como tipógrafo e imprimió seis mil tarjetas de visita para Himmler, muy impresionado con la abundancia de títulos honoríficos del Reichsführer. Luego lo trasladaron a una cárcel checoslovaca donde padeció cruelmente el hambre y el frío. Muchas veces pensó en aquella puerta de los baños en la estación de Lille que le hubiera bastado empujar para no sufrir tales tormentos. Por fin el libertador Ejército Rojo se manifestó en forma de un oficial caracoleando sobre su caballo, con las botas rotas que dejaban ver los dedos. Suizo impecable, Keller se lo hizo notar. El ruso respondió, riendo: «No es grave, lo importante era ganar la guerra».

También sobrevivieron el alemán Ludwig Kaïnz, la señorita Ponsaint y Henri Seghers, de la red belga. Los demás, llegados a Alemania en el triste convoy de abril de 1943, no regresaron, murieron por agotamiento o enfermedad o fueron ejecutados.

Salvo, tal vez, el teniente Makarov, *alias* Carlos Alamo. En febrero de 1943, la Corte Marcial presidida por «el sabueso de Hitler», Manfred Roeder, lo condenó a la pena capital. Luego formó parte del convoy de Berlín, y durante el viaje Bill Hoorick pudo cambiar algunas palabras con él. En Berlín su rastro se pierde y ningún sobreviviente de la red ha vuelto a verlo.

Pero, terminada la guerra, cuando estaba en poder de los norteamericanos, Manfred Roeder contó a un juez de instrucción una extraña historia que luego nos repitió. Según él, el prontuario de Makarov le reveló que era sobrino de Molotov, ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética.

Debido al parentesco, la ejecución de Makarov tendría un significado político. Además, como todas las sentencias de la Corte Marcial eran sometidas a Hitler, el Führer, en el caso de Makarov y en otros, delegó su poder a Goering. Al someterle la sentencia de Makarov, Roeder hizo resaltar el parentesco del condenado y sugirió que tal vez conviniera mantenerlo vivo, ya fuera para un intercambio con los rusos, o para que su cadáver no se atravesara en las eventuales negociaciones con Moscú, es decir con su tío Molotov. Roeder pretende que Goering aceptó sus sugerencias y ordenó que el ruso fuera encerrado en un campo de concentración con el nombre de Kokorine. Los norteamericanos lo liberaron y regresó a Rusia.

Es verdad que el *New York Times*, en mayo de 1945, publicó la lista de

«presos excepcionales» liberados y mencionó entre ellos al tal Kokorine, pero tenemos la certeza de que no se trataba de Makarov.

Un hombre del Intelligence Service, el capitán Payne-Best, conoció a Kokorine durante su cautiverio. Payne- Best fue raptado en Venlo, sobre la frontera holandesa, por los S. S. Schellenberg y Naujocks y encerrado en el bunker del campo de Sachsenhausen donde la Gestapo internaba a sus más notorios prisioneros. A principios de 1943 apareció en el bunker el famoso Kokorine, provenía de la sección de prisioneros de guerra y lo acompañaba el hijo de Stalin; Kokorine contó a Payne-Best que era paracaidista como su compañero y que se habían lanzado tras la línea de frente alemana para comandar un grupo de guerrilleros. Los alemanes los descubrieron y arrestaron. Kokorine llevaba aún su uniforme militar y tenía los dedos de los pies amputados a consecuencia de una congelación que le impidió correr. Contaría unos veintidós años de edad, es decir que era sensiblemente más joven que nuestro hombre. Usaba anteojos, cosa que no hacía Makarov, no hablaba inglés como éste. En su mal alemán hablaba de Stalin. Podemos concederle a Makarov cierta ingenuidad, pero no hasta el punto de llamar a Stalin «tipo magnífico…, aficionado a comer bien y a las muchachas…, quiere mucho a mi madre y la visita todas las noches…, es muy perezoso, detesta el trabajo…, nunca se preocupa por nada…, le gusta mucho reír, etcétera».

Otra inexactitud en la tesis de Roeder es que Kokorine nunca regresó a Rusia. El grupo de «presos excepcionales» fue llevado a Niederdorf, aldea del Tirol, y allí los liberó un piquete norteamericano. Días después, Kokorine se perdió en la montaña. El frío reavivó las antiguas heridas, se reabrieron las llagas, se formó gangrena y murió. Payne-Best cuenta el episodio en su libro *The Venlo Incident* y agrega que Kokorine le había confiado su decisión de no regresar a Rusia donde le aguardaba un destino incierto.

Por lo tanto no es Makarov. ¿Miente Roeder o se engaña? ¿Por qué mentiría? Nunca pretendió mostrarse humanitario puesto que no aprecia el sentido de humanidad. Si aconsejó a Goering el cambio de condena fue en interés del Tercer Reich. Roeder no posará jamás de rusófilo sino, por lo contrario, de perseguidor de los bolcheviques. Y su mentira, en este caso, sería vana puesto que muy poco bastaría para descubrirla. Lo probable es que se engañe. Damos por sentado que sugirió a Goering el perdón de Makarov y que el Reichsmarschall decidió entonces internar al preso en un campo de concentración. Pero el destino ulterior del cautivo ya no le incumbe. No tenía por qué conocerlo. Podemos presumir que al enterarse después de la guerra de la existencia de un sobrino de Molotov y de sus aventuras, dedujo erróneamente que se trataba de Makarov. Dentro de esta hipótesis, Alamo habría sido *otro* sobrino de Molotov y, una vez obtenida la gracia fue encarcelado en algún lugar que ignoramos, pero con muchas probabilidades de sobrevivir a la prisión.

Una curiosa coincidencia refuerza en Roeder la idea de que Makarov vivía en 1948 y de que tal vez vive aún. En esa época, Roeder estaba detenido en la cárcel de Nüremberg. En el mes de octubre el contraespionaje norteamericano detuvo a un checo, Frantizcek Klecka, quien seguía trabajando para los rusos después de haber formado parte durante la guerra de la Orquesta Roja. Por maligno azar ese hombre fue encerrado en la misma celda que el que había enviado al cadalso a

tantos de sus compañeros. Tras las primeras reticencias, el aburrimiento deshizo el hielo y hablaron de los tiempos viejos. «Klecka —cuenta Roeder— me dio saludos de Makarov y me invitó a visitarlo en Berlín».

El autor tiene pruebas de que un capitán Makarov fue destinado a Berlín Oriental en 1948. Dirigía el grupo I del
M. G. B., sigla que entonces designaba los servicios soviéticos. Nuestro Alamo,
¿perseveró entonces en la actividad que tanto lo aburría en Bruselas? Es posible.
¿Lo mantuvo el Centro a pesar del mal recuerdo de su iniciación? También es posible, a lo mejor los años de tribulaciones lo hicieron menos cándido.

Pero nada es probable. Como el apellido Makarov es bastante común en Rusia, no podemos descartar la hipótesis de que el capitán del M. G. B. sea un homónimo del de la Orquesta Roja.

Poco después de que Reiser hiciera encerrar a Georgie en la prisión de Karlsruhe, Margarete vio llegar a su amante y a su hijo René en los furgones del Kommando. Kent, en compañía de Pannwitz, partió en seguida para Hornberg, en la Selva Negra, donde se había replegado la antena-oeste de los servicios de información S. S. Reiser

ordenó a Pannwitz que quemaran sin tardanza los expedientes del Kommando, y así lo hicieron.

A mediados de setiembre, Margarete y sus hijos dejaron a Karlsruhe, casi en ruinas por los bombardeos, y fueron llevados a una pensión de Friedrich Roda donde estaban internadas la princesa italiana Rúspoli, la familia del general Giraud y otras personalidades del mismo tipo, es decir, inofensivas. La casa no estaba vigilada y todas las prisioneras disponían de una completa libertad de acción. En octubre, Michel enfermó de pulmonía doble. Su padre vino a verlo el 22 y permaneció a su lado por algunos días. Regresó el 13 de

diciembre y Margarete creyó que había terminado la separación y que juntos aguardarían el final de la guerra, la vuelta de la tranquilidad, la posibilidad de vivir un amor apacible tras cinco años de vicisitudes. Pero, a mediados de febrero, reapareció Pannwitz y, a pesar de los gritos histéricos de Margarete, se llevó a Kent.

Friedrich Roda fue tomado primero por los norteamericanos y luego cedido a los rusos por estar dentro de la zona de ocupación soviética. Margarete, encantada con la transferencia, visitó la *Kommandantura* rusa y se presentó como la esposa de un agente soviético, cuyo seudónimo era Kent. El oficial

pegó un brinco. «¡Kent es un traidor! — gritó. ¡Lo estamos buscando por todas partes!». Al ver la emoción de Margarete agregó que no la hacía responsable de los errores de su marido…

Cuando el correo volvió a funcionar a mediados de junio, Margarete casi desfallece al recibir un sobre con la letra de Kent. La carta databa de abril y había sido despachada en Stuttgart. El texto era conciso: «Cuando leas esto, seré cadáver. Abre nuestro cofre, fuérzalo si es necesario». Le había dejado un cofrecito al partir junto con Pannwitz. Ella hizo saltar la tapa y en el interior halló una carta dactilografiada

que comenzaba con esta frase: «He traicionado a mi país»; luego Kent confesaba a su amante, por primera vez, que era un espía soviético, afirmaba no ser judío con inexplicable pasión como si para él fuera lo esencial e indicaba de paso la inexactitud de su fecha «oficial» de nacimiento: 3 de julio de 1911; había nacido en 1912. Terminaba dándole múltiples

consejos para ella y los chicos. Un médico, compañero de detención sugirió a Margarete que hiciera desaparecer la carta, con muy buen sentido. Ella la quemó.

En setiembre de 1945, cumplidas las formalidades de la repatriación, dejó Friedrich Roda, donde nada la retenía

puesto que Kent había desaparecido. Decidió ir a Francia con los niños. En la frontera la detuvieron y le hicieron mil preguntas sobre Kent, sin que ella pudiera discernir si el contraespionaje francés se preocupaba por el agente soviético o por el dócil colaborador del Kommando. Tras muchos interrogatorios la encerraron con René y Michel en un campo de internación donde estaban los sospechosos de colaboración. El régimen era duro y muy diferente a Neuilly, Courcelles o Friedrich Roda. Margarete sufrió hambre y frío sin entender por qué la desdicha se abatía sobre ella. Primero la encarcelaban los alemanes y ahora los franceses… Le

parecía que el mundo había enloquecido y que ella moriría entre alambradas sin saber cuál crimen había cometido. Si era por causa de su amor por Kent, la luz de su vida, ¿por qué no dejaban de atormentarla ahora que había muerto?

A fin de año la dejaron en libertad, pero Michel estaba tan enfermo que debió aguardar dos meses más hasta que se restableciera. Salió del campo el 18 de mayo de 1946. Los policías le hicieron firmar un compromiso de prevenirlos si recibía noticias de Kent.

Tenía dos niños a su cargo, uno de catorce años, otro de tres. Carecía de dinero y de trabajo, con su salud seriamente comprometida. Mientras a su

alrededor comenzaba el lento e irresistible ascenso hacia las dulzuras del vivir, diez años de enfermedad y miseria se iniciaban para ella.

Esa noche de diciembre de 1965 en que llevé a mi mujer al «Moulin Rouge» en la plaza Brouckkere de Bruselas, ella sabía que no sería un alegre peregrinaje. Hacía dos años que estaba habituada a mis meditaciones en todo lugar. Nos instalamos al borde de la pista, serios, callados, como una aburrida pareja que celebra el trigésimo aniversario de casamiento, salvo que no teníamos los cabellos blancos. Se apagaron las luces

y fue anunciado el prestidigitador. El muchacho de gestos vivaces, graciosos, lleno de animación y de vida era Michel, el hijo de Kent, que cumplía su representación en el mismo lugar donde su padre fue espectador asiduo en los tiempos en que se llamaba Sierra.

Hasta 1961 vivió en la atormentada estela de su madre. A los quince años entró a trabajar como cadete de oficina en una agencia fotográfica periodística. Aprendió, a escondidas, a revelar fotos. Un día ningún fotógrafo se presentó a trabajar. Michel tomó una máquina, salió a la calle, hizo varias tomas, las reveló, mostró las copias en las redacciones de Bruselas. Todas fueron publicadas. Lo

incorporaron al equipo de fotógrafos. El día del casamiento del rey Balduino estaba en primera fila. La gente, ansiosa de ver, empujaba; hubo remolinos y cargas de la policía. Un agente golpeó a Michel con su bastón. Éste cayó y se fracturó el cráneo. En el hospital le ofrecieron, para entretenerse, materiales de ilusionista. Michel aprendió a manejarlos y cuando sanó decidió hacer de su nueva habilidad su oficio. Después de un duro comienzo llegó el éxito: giras por todo el mundo, Alemania, Canadá, Estados Unidos, el Medio Oriente, Japón. No es la riqueza pero sí el bienestar. Economiza —a madre cigarra, hijo hormiga—, piensa dejar su trabajo

dentro de diez años, al cumplir los treinta, colmado de viajes y experiencias. No sabe qué

hará después, pero con su madurez, su seriedad, su lucidez, es seguro que irá lejos.

Físicamente es una versión mejorada de Kent. No tiene nada de Margarete, pero ella ha atenuado la fealdad del padre. En su escritorio tiene el retrato de Kent, muerto cuando él tenía dos años. Trabaja bajo su mirada. Lo venera. Lo quiere.

¡Ah, Michel! Pensaba en ti y mi pluma se detenía en el instante en que debía escribir sus abandonos, sus cobardías, sus traiciones… Gentil ilusionista que juegas con tanta gracia

con tus pañuelos y tus palomas, de mi tintero ha salido una desoladora imagen que no podrás escamotear… ¿Qué puedo hacerle? ¿Qué podemos hacer tú y yo? Uno puede tener el coraje necesario para guardar la calma dentro de un submarino en peligro y no el necesario para hacer frente a la Gestapo… uno puede haber sido un brillante oficial de las Brigadas Internacionales y desmoronarse a la vista de un Citroën negro. Michel, ni tú ni yo podemos juzgarlo; ese derecho les incumbe solamente a los que callaron. Ni siquiera para consolarte diré que Kent era la regla. Pero tampoco fue la excepción. Conozco esos casos, los

padres que entregaron a sus hijos, los hijos que entregaron a su madre. A él, tan joven, tan maleable, lo enviaron a combatir a tres mil kilómetros de su patria, junto a los extranjeros. Un solo ser ocupó su corazón y el destino quiso que para salvarlo tuviera que convertirse en un traidor. Si la salvación de Margarete hubiera coincidido con el heroísmo, habría sido heroico y trepado tan alto como bajo cayó. El Gran Jefe lo dice: «Nada habría sucedido si él no hubiera conocido a esa mujer. Y cuando ella le dio un hijo, él perdió por completo la cabeza». Esto no vale como excusa absolutoria para nadie, salvo para ti, porque esa mujer era tu madre,

porque tú eras ese hijo.

Pero dejemos a Bruselas y volvamos a encontrarnos con el azar en el chalet austríaco donde se representará el penúltimo acto…

En Bludenz, a diez kilómetros de la frontera suiza. Pannwitz, Kent y algunos hombres del Kommando se habían refugiado en un chalet aislado después de recorrer trescientos kilómetros a través de las fuerzas alemanas en retirada, por caminos cerrados por los gendarmes o los S. S. dispuestos a fusilar por la espalda a los que daban la

espalda a la línea de fuego. Pero el Kriminalrat poseía un documento, firmado conjuntamente por Himmler y el general Jodl, que lo autorizaba a circular libremente y le daba poder de requisición sobre civiles y militares.

Acurrucados en su chalet vieron acercarse a los franceses del Primer Ejército. Pannwitz y sus hombres quemaron sus documentos de identidad y aguardaron, nerviosos, el final. La espera se hizo eterna. No habían contado con esto. Pasaron las semanas y seguían encerrados en su chalet en medio de floridas praderas. Todas las noches, Kent se comunicaba por radio con Moscú. En Bludenz la ocupación era

pacífica, algo desconcertante.

Fue necesario que uno de sus compatriotas, un refugiado berlinés, los denunciara a los franceses para que llamara la atención. Los soldados rodearon el chalet. El Kriminalrat Pannwitz era demasiado astuto para morir por una causa perdida e izó un pañuelo blanco. Cuando un joven oficial francés se presentó, empuñando la pistola y, sin mirarlos siquiera,

arrancó y desgarró la foto del Führer que colgaba de la pared, Kent se adelantó y dijo: «Pertenezco a los servicios de información soviéticos, soy comandante del Ejército Rojo y estos señores forman parte de un movimiento alemán de Resistencia y trabajan conmigo desde hace meses». El teniente quedó atónito y Kent le mostró los últimos telegramas recibidos del Centro. Kent pidió luego protección para sus compañeros y pidió que se respetara el trasmisor y el armamento personal de los S. S. «por ser propiedad del Ejército Rojo».

El teniente, convencido, se retiró. Una semana después su batallón era transferido y su reemplazante, cuando vino al chalet, escuchó a Kent y olfateando un incidente diplomático, juzgó conveniente desembarazarse cuanto antes del comandante del Ejército Rojo y de esos señores de la Resistencia alemana. Los envió al cuartel general de Lindau. Allí, un abrumado coronel recibió a Pannwitz y a Kent y les preguntó si no habían oído hablar de un grupo de la Gestapo llamado «Kommando Orquesta Roja». Pannwitz, inquieto, pidió aclaraciones. El coronel le mostró un telegrama del cuartel general norteamericano más próximo que denunciaba a los franceses la existencia en la región de ese Kommando, cuyo jefe era un tal Heinz Pannwitz. Su captura estaba ordenada porque según ciertos informes tenía por misión matar al general Patton.

Kent se apresuró a presentarse. Pannwitz exhibió sus falsos documentos y multiplicó las profesiones de fe antihitleristas. El coronel, muy cansado, decidió que un trago no comprometía mucho y brindaron alegremente por la victoria aliada. Después envió un informe al general de Lattre de Tassigny. Los S. S. y Kent pasaron, la noche en un cuarto del cuartel general entre soldados franceses indiferentes. A la hora de la emisión, Pannwitz, estupefacto, vio que Kent pasaba a un S. S. su trasmisor, una maravilla técnica para la época, que cabía en una caja de fósforos. Los soldados miraron distraídamente a sus huéspedes cuando éstos, con la mano apoyada en la oreja, la cabeza gacha y los ojos entrecerrados, farfullaron algo en sueños. El S. S… un radioperador muy ducho, había disimulado el receptor en su mano y dictaba el texto de un telegrama que Kent anotó en el margen de un libro que fingía leer. La gratuita proeza distendió los nervios de todos.

A la mañana siguiente los expidieron a París. El general de Lattre de Tassigny había decidido pasar el caso al ministerio de Guerra. Regresaban a París diez meses después de la precipitada partida, con diez valijas llenas de efectos personales. Pannwitz conservaba su pistola y nadie había revisado su portafolio lleno de documentos de los que no se separaba.

El ministerio, confundido, se comunicó con la embajada soviética. El teniente general Novikov declaró que estaba dispuesto a recibir al comandante del Ejército Rojo puesto que su misión en París consistía en organizar, la repatriación de los súbditos soviéticos. En cuanto a los señores de la Resistencia alemana, ya se vería lo que se iba a hacer.

El 6 de junio de 1945, Pannwitz y Kent fueron conducidos a Le Bourget donde los aguardaba un avión. Llevaron a Moscú sus diez valijas y el portafolio con los documentos, Novikov sólo retuvo la pistola del Kriminalrat.

No le habían faltado a Pannwitz las oportunidades de fugarse cuando estaba a dos horas de marcha de la frontera suiza. Mientras dormía en su chalet del Tirol, sus colegas, por decenas, cruzaban las

montañas tras los guías, rumbo a Italia, a Génova puerta abierta sobre América del Sur. ¿No lo sabía, acaso? ¿Él, un Kriminalrat, jefe de un Kommando, ignoraba ese precioso detalle? En esa primavera de 1945 un ciclón de interminables hordas barría a Alemania: deportados, obreros requisados, prisioneros de todas las nacionalidades regresaban a sus hogares; las familias refugiadas en el campo vuelven a las ciudades, las gentes del Este huyen del Ejército Rojo, un millón de sudetes alemanes se amontonan en las rutas para escapar a las represalias checas. En todas partes reina el desorden, un caos como no se había visto en Europa desde las grandes invasiones…

Pannwitz cuenta con falsos documentos, un físico vulgar; pero no se mueve, no se mete en el hormiguero humano en medio del cual podría perderse. Aguarda hasta que vienen a buscarlo.

Para Kent es más simple: es ruso. Un aliado. Si desciende hasta Bludenz, a trescientos metros de distancia apenas, se convierte en prisionero del Ejército Rojo, evadido o deportado y liberado. Los franceses lo recibirán con los brazos abiertos y lo repatriaron con menos diligencia que la que emplearían con un comandante del Ejército Rojo, oficial del servicio de espionaje. Como obrero deportado o como cautivo lo harán esperar meses antes de regresar al país y mil oportunidades pueden presentarse, entretanto.

Cualesquiera sean las incertidumbres del futuro, un imperativo se impone en el presente: no dejarse prender con los S. S. Kent debe largarse cuanto antes del chalet, debe abandonar a su suerte a sus pestíferos ocupantes y poner el mayor espacio posible entre ellos y él. Pero no se mueve. Como Pannwitz, aguarda hasta que vienen a buscarlo.

Está bien.

Vienen a buscarlos. Tienen la probabilidad de caer en manos de los occidentales, el sueño de millones de alemanes. El más humilde cabo de la Wehrmacht, culpable tan sólo de haber combatido seis años en el frente, atravesaría su país de rodillas para escapar de los rusos y ser hecho prisionero por los occidentales. Pero Pannwitz no lo hace. Por lo contrario, rema en dirección a Rusia. Porque desde el momento en que Kent revela su condición de oficial ruso al teniente francés, su destino final, es, obviamente, Moscú. Kriminalrat de la Gestapo, Hauptsturmführer S. S. pone proa al Este, ¡qué cosa extraña! Amo del Gran Juego, encarnizado desde hace dos años en engañar al Centro, se arrastra hacia aquéllos a quienes ha trampeado, ¡qué sorprendente! Por sus funciones, Pannwitz está al corriente, como nadie, de las tensiones existentes entre los aliados que han sido exageradas entre los suyos. Debía comprender que los occidentales no lamentarán demasiado el hecho de que él haya engañado al aliado ruso y puede ser que los servicios secretos tuvieran un cierto interés en enterarse mejor del caso. Pero en lugar de arrojarse en esos brazos tranquilizadores, Pannwitz se arroja en los de su peor enemigo; el Director.

En cuanto a Kent, es muy simple: corre al cadalso. Podría evadirse mil veces en el trayecto entre Bludenz y Lindau, entre Lindau y París; nadie los escolta, nadie los acompaña. Un paso al costado y desaparecería. Pero sigue marchando derecho, hacia el frente, hacia la muerte.

¿Incomprensible? Quizá no.

Un pequeño juego

Gestapo Müller ingresó en la policía bávara antes del advenimiento del Führer. Como funcionario de la República de Weimar luchó contra los nazis en marcha hacia el poder y les propinó severos golpes, luego se convirtió en su auxiliar puesto que habían triunfado. No cambió el color de su librea porque ésta tiene el color oficialista. Servidor de todos los gobiernos pertenece a la especie de Giering y Berg. Pero estos cambian el color de la librea con indiferencia camaleónica en tanto que cada avatar proporciona a Müller una mayor saciedad de su pasión por el orden y la autoridad del Estado. Lo dicen Wilhelm Hoetl, de los servicios de información S. S., y Reitlinger y Edward Crankshaw, autores respectivamente de *The S. S.* y *Gestapo* (Heineman, 1956, Putnam, 1956).

El Partido se opuso a su ingreso, por sus antecedentes muy poco nazis. Pero Heydrich, su patrón, juzgaba conveniente que obtuviera la tarjeta porque el jefe de la Gestapo debía ser miembro del Partido. Fueron necesarios muchos esfuerzos para que la cancillería nazi lo aceptara y Müller fue admitido por fin en 1939, en vísperas de la guerra.

Rudolf Hess dirige esta cancillería desde su creación. Es uno de los más viejos compañeros de Hitler (lo tutea) y el segundo sucesor designado (después de Goering). Hess es un apasionado de la astrología y la magia. Sus quimeras lo llevan a volar a Inglaterra el 10 de mayo de 1941, mientras el Estado Mayor alemán prepara el ataque a Rusia, para concertar por su cuenta una paz por separado entre Alemania y Gran Bretaña. Su adjunto se llama Bormann.

Martin Bormann ha sido intendente de un dominio del Mecklemburgo, saboteador en el Ruhr durante la ocupación francesa de 1923, condenado en 1924 por un tribunal alemán por crimen político, liberado en 1925. Adjunto de Hess en la cancillería del Partido, supo escalar posiciones claves en el camino del poder. Hitler lo nombró su consejero privado y su administrador financiero, funciones que le valieron la intimidad del Führer. En 1941 su posición era lo bastante sólida como para no temer las consecuencias del gesto de Hess. Los principales colaboradores de éste fueron arrestados o cayeron en desgracia. Bormann reforzó su poder hasta poseer una indiscutible fuerza, superior a cualquiera otra entre los que rodeaban al amo. Lo hizo gracias a su perseverancia y a una especie de tenaz modestia como lo atestiguan una secretaria de Hitler[22], Rosenberg, ministro nazi para los Territorios del Este y Trevor Roper en su obra *Les derniers jours de Hitler*, Calman-Lévy, 1964. Según este último,

«se convirtió en el único depositario de los secretos de Hitler, el único intermediario de sus órdenes y en el único camino para llegar al dictador cada vez más inaccesible».

Aunque Müller conocía ya a Bormann, el primer contacto verdadero entre ellos se produjo a raíz de la fuga de Hess. Gestapo Müller ha sido encargado de limpiar la cancillería nazi y lo aprovecha para satisfacer viejos rencores contra sus colegas, sobre todo para eliminar a posibles rivales. Müller entiende que Bormann, el sucesor de Hess, es una personalidad más dinámica y decide atar su carro al astro ascendente de aquél. Eso sí, ante Himmler y Heydrich finge estar en su contra.

Había entre ellos demasiadas afinidades. Dos aves de rapiña animados por iguales fines y utilizando iguales medios. Dominados ambos por la misma pasión del poder considerado como un fin en sí mismo y no como posibilidad de poner en práctica una ideología o una política. Semejantes a Joseph Fouché, el más destacado de los discípulos de Maquiavelo, que sirvió a la República Francesa, al emperador y al rey porque siempre sirvió al poder que de ellos recibía. Los jerarcas nazis llamaban a Bormann «el Mefistófeles» de Hitler. Sediento de poder, como Müller, técnicos ambos del poder, supieron distinguir sus realidades de las hueras vanidades.

Goebbels, Ribbentrop, Goering mismo, aparecen en el escenario hasta el fin. Bormann, entre bambalinas, gobierna los reflectores y mide las luces. Su ascenso fue irresistible por permanecer invisible. De golpe apareció en el primer plano y fue todo bajo las apariencias de no ser nada, cosa difícil para la naturaleza humana. Tampoco Gestapo Müller persiguió las vanidades del poder. Su gran ambición, según Wilhelm Hoetl, era «la de armar un fichero central en el que hubiera una ficha individual para cada alemán viviente y en esa ficha estarían consignados de todos los "episodios dudosos" aun los más triviales». Ése fue el verdadero poder de Bormann.

Es significativo que sus biógrafos empleen imágenes casi idénticas para describir a uno y a otro. Estaban hechos para entenderse.

Como jefe de la Gestapo, Heinrich Müller asume desde el principio hasta el fin la responsabilidad técnica del Gran Juego. En cambio la dirección, política de esa partida cambia de mano, primero pertenece a Himmler, quien, según Schellenberg, lanza la operación para romper la alianza enemiga y lograr una paz de compromiso con Occidente. Pero —prosigue Schellenberg— para alimentar un Funkspiel tan amplio, el Reichsführer necesita un material de primer orden y de esto resultan una serie de conflictos con los ministerios alemanes que sólo la autoridad del Führer puede resolver. Hitler resumando su aversión hacia los asuntos del espionaje y acaparado por la dirección de las operaciones militares, descarga la tarea del arbitraje en Bormann y éste se convierte en el inspirador del Gran Juego. Se ocupa de él personalmente, sin adjunto ni secretaria, y sólo Ribbentrop, los jefes de la Gestapo y algunos expertos muy vigilados están al corriente de las carpetas encerradas en una enorme caja fuerte con el rótulo:
«Operación Oso».

En la primavera de 1943, una trivial conferencia de trabajo reunió a Schellenberg, jefe de los Servicios Secretos del Reich y a Gestapo Müller. El primero relata en sus Memorias.

«Pienso —me dijo de pronto Müller, luego de hablarme de la Orquesta Roja, de otros casos de traición, y de los motivos y medios intelectuales de los traidores— que usted estimará como yo que la influencia soviética en Europa occidental no se hace sentir solamente en las clases trabajadoras sino que echa raíces en los medios cultos. Opino que esto significa un desarrollo inevitable, histórico, propio de nuestra era, sobre todo si consideramos la "anarquía" espiritual de nuestra cultura occidental, comprendida la ideología del Tercer Reich. El nacional-socialismo sólo es un montón de estiércol en ese desierto espiritual. Por lo contrario todos podemos ver cómo en Rusia se desarrolla una fuerza espiritual y biológica realmente pura. La Revolución espiritual y material que se propone el comunismo ofrece una

especie de carga eléctrica positiva frente a nuestro negativismo occidental».

Schellenberg cuenta cómo sorprendieron estas palabras en boca del hombre que había dirigido la lucha más cruel contra el comunismo y aniquilado a la Orquesta Roja. Y luego prosigue así:

«—Vea —dijo Müller— estas historias entre nosotros son una tontería. Usted tiene ciertas ventajas sobre mí: mis padres eran pobres y me hice solo. Fui un hombre de la policía, usted es instruido, un jurista, tiene un sólido fondo cultural, ha viajado. En una palabra, está metido en el optimismo petrificado de la tradición conservadora. Tome el ejemplo de gentes, que usted conoce, de la Orquesta Roja: Schulze-Boysen, Harnack, intelectuales también, pero de otro tipo, hombres puros, revolucionarios progresistas, siempre en pos de una solución definitiva, jamás detenidos por los términos medios. Murieron creyendo en esa solución definitiva. El nacional-socialismo está demasiado manchado por sus compromisos para ofrecer una fe semejante; el comunismo espiritual puede hacerlo. Debo decirle que ahora veo a Stalin bajo otra luz, es infinitamente superior a los dirigentes de las naciones occidentales y si tuviera que dar un consejo, diría que debemos arreglarnos con él cuanto antes. Sería un golpe del que Occidente, con su satánica hipocresía, no se repondría jamás. Con los rusos uno sabe a que atenerse: o le cortan a uno la cabeza o lo abrazan. En ese tacho de basura que es Occidente, se la pasan hablando de Dios o de un montón de vaguedades pero si esperan sacar ventaja son capaces de dejar que un país entero muera de hambre. Alemania estaría a la cabeza del mundo si el Führer hubiera hecho las cosas como es debido. Aquí todo se inicia y nada se acaba y si no tenemos cuidado, seremos liquidados. Himmler sólo tiene energía cuando siente que el Führer lo respalda. De lo contrario es incapaz de decidir nada. Heydrich valía más, el Führer tenía razón cuando lo llamaba “el hombre de corazón de hierro”. Bormann sabe lo que quiere pero no tiene pasta de hombre de Estado ¡y se pelea a muerte con Himmler! Himmler tendrá mucho trabajo para dominarlo.

”Escuchaba estupefacto. Siempre había oído a Müller tratar a Bormann de criminal. ¡Qué brusco cambio de actitud! Me sentía cada vez más nervioso. ¿Dónde iría a parar? Bebía trago tras trago y en su jerga bávara seguía insultando a Occidente y a nuestros dirigentes, Goering, Ribbentrop y Ley a quienes les debían arder las orejas. Müller era un fichero ambulante, estaba al corriente de los detalles más íntimos y la cosa resultaba divertida. ¿Qué pretendía ese hombre lleno de odio y amargura, para de golpe volverse tan charlatán? Finalmente, para dar fin a la conversación dije:

” —Perfecto, camarada Müller. Gritemos todos juntos: *Heil Stalin* ¡y el pequeño camarada Müller se convertirá en el gran puente del N K V D!

”Me miró con ojos malignos y me dijo, desdeñosamente: —Estaría bien, caramba, ¡buenos serían usted y sus dichosos amigos burgueses para dar el gran salto!

”Salí de la entrevista sin saber exactamente cuáles eran los propósitos de Müller… pero los comprendí meses después».

En la misma época en que tiene lugar esta conversación por demás singular, los jefes de la Resistencia alemana conciben el plan, aun más singular, de enrolar a Himmler en sus filas. Hemos

hablado ya de la entrevista concedida por el Reichsführer a uno de los afiliados y de su tácito asentimiento a la sugestión de iniciar negociaciones de paz con Occidente, de la subsiguiente partida de Langbehn para Suiza llevando la buena nueva a sus corresponsales occidentales. También hemos contado que las negociaciones abortaron debido a la interrupción de un mensaje en el que uno de los corresponsales de Langbehn resumía las propuestas recibidas a su jefe.

¿Cuál fue el servicio alemán que logró interceptar el mensaje? Ningún documento conocido lo menciona pero no es difícil deducirlo por la suerte que corrió el descubrimiento. De haber sido el Abwehr de Canaris no habría tenido consecuencias porque el Abwehr era el escudo de hierro de la Resistencia. Y lo mismo si se hubiera tratado del servicio de informaciones de los S. S. puesto que el mensaje comprometía a su jefe, Walter Schellenberg, reconoce en sus Memorias que su nombre había sido mencionado. Si hubiera sido un servicio de la Gestapo, también el caso habría sido silenciado, ya que colocaba a Himmler en una situación delicada, siempre que Müller, jefe de la Gestapo, fuera fiel a su Reichsführer.

El telegrama interceptado fue dado a conocer a Hitler al instante. En perfecta violación de las reglas jerárquicas, Gestapo-Müller confía a Bormann su descubrimiento para que él le dé el uso debido y, todavía más, olvida prevenir a Himmler. Ignorante de lo que sucede, el Reichsführer recibe a Langbehn a su regreso de Suiza y escucha su informe, comprometiéndose así del todo. Logrará conjurar el peligro porque en 1943 es lo bastante poderoso como para jaquear a Bormann, pero se verá obligado a arrestar a Langbehn y a renunciar a la utilización de sus relaciones occidentales[23].

Recordemos que Müller y Bormann, que han hecho abortar de tan linda manera esta tentativa de negociación, son los constructores de un Funkspiel cuyo fin, inicialmente, era copar a Moscú para facilitar la conclusión de una paz separada con los occidentales. Según las apariencias no es ese su objetivo. Pero esto no puede sorprender a Himmler. Cuando en agosto de 1942, Schellenberg por primera vez lo ha instado a iniciar negociaciones, el Reichsführer concluyó la entrevista con esta advertencia: «No debemos permitir que Bormann sospeche nuestros proyectos. Torpedearía el plan o lo trituraría para sacar de él un compromiso con Stalin. Y nunca deberemos permitir que eso suceda». Y en abril de 1943, en el transcurso de otra entrevista dice: «Él (Bormann) es responsable de muchas de las decisiones erróneas del Führer. No sólo ha aprobado su actitud inflexible sino que la ha hecho aun más terca».

Bloquear todo intento de apertura hacia el Oeste, hundir al Führer en un rechazo de toda solución distinta a la victoria final significa para Stalin el más señalado de los servicios. Desde la conferencia de Teherán, en la que obtuvo de Roosevelt y Churchill satisfacción a todo reclamo suyo, el jefe del Kremlin vive en medio de la ansiedad de una paz separada entre sus aliados y Alemania que lo privaría de los frutos de la victoria.

Paul Leverkuehn, uno de los colaboradores del almirante Canaris, explica que el disgusto de su jefe hacia el nazismo sólo era superado por su aversión al comunismo. Canaris únicamente reconocía en aquella cualidad de ser el más salvaje enemigo de éste. Pero este antagonismo perdió claridad, para él, en virtud de las inclinaciones secretas de ciertas personalidades del régimen. «En mitad de la guerra —dice Leverkuehn— consideró con viva inquietud la situación revelada por el descubrimiento de la Orquesta Roja, la organización de espionaje soviético infiltrada en el Ministerio del Aire. Creía firmemente que los hilos de esta

organización se extendían hasta el Cuartel General de Hitler y hasta su propio adjunto, Martin Bormann» (a quien llamaba «el bolchevique moreno»).

Schellenberg habla a menudo, en sus Memorias, de los intentos de Bormann por pasarse al campo del Este desde que dejó de creer en la victoria alemana. Y llega a decir: «Su enemistad (la de Bormann) me costó cara en cuanto a preocupaciones y energías gastadas… *sobre todo desde que, a fines de 1943, descubrí que estaba en contacto con los servicios secretos rusos*». Wilhelm Hoetl dice más o menos lo mismo, sólo que no coincide en la fecha que para él es 1944.

Abril de 1945. El Tercer Reich se derrumba. El Ejército Rojo cerca a Berlín. Casi todos los jefes nazis han huido de la capital amenazada pero Bormann y Müller no se mueven del lugar. En el bunker de la cancillería suceden escenas demenciales. Los fieles se suicidan. Goebbels muere junto con su mujer y sus cinco hijos. Hitler y Eva Braun ponen fin a sus días. «Pero — escribe Trevor-Roper— hubo un hombre al abrigo de todo, que sólo pensaba en vivir: Martin Bormann. Parecía inmunizado contra la histeria colectiva, calmo, impávido en medio de los locos, como si ese "ocaso de los dioses" no le concerniera, como si esperara el amanecer, sin dejar de tejer sus intrigas».

Luego desapareció.

Gestapo Müller va a la cancillería para dar informes aunque sigue instalado en el inmueble de la Kurfürstenstrasse donde la Gestapo se trasladó después del bombardeo de su cuartel general de la Prinz-Albrechtstrasse. El refugio subterráneo es tan invulnerable para las bombas como el de Hitler y presenta algunas ventajas suplementarias nada despreciables; reductos secretos a los que se accede por puertas ingeniosamente disimuladas, equipados para una larga temporada con electricidad, agua corriente, provisiones de víveres y medicamentos. Numerosos túneles, el más largo de un kilómetro y medio, desembocan en salidas de emergencia eh medio de las ruinas. Müller ha instalado su domicilio allí en «la cueva del zorro» como la llama Adolf Eichmann, acompañado por su fiel lugarteniente Scholz, encargado del funcionamiento técnico del Funkspiel.

La hipótesis de que Müller haya estado en contacto radial con los rusos en esos días (sostenida por Schellenberg) no puede parecemos tan quimérica o aventurada. ¿Acaso no seguía trasmitiendo el Kriminalrat Pannwitz, subordinado de Müller, a trescientos metros de los tanques franceses? Y si la obstinación de Müller justificará las acusaciones de Schellenberg, ¿qué decir de la terquedad de Pannwitz cuando mantuvo el contacto con el Centro, *varias semanas después del fin de la guerra…*?

La suerte de Bormann después de su fuga del bunker de la cancillería es un misterio desde 1945. Sabido es que los organismos especializados en la cacería de los criminales de guerra tienen la certeza de que vive hoy en América del Sur. Una tumba con el nombre de Müller, desaparecido junto con su lugarteniente Scholz, fue encontrada entre las ruinas de Berlín y se lo dio por muerto oficialmente. Pero la inhumación de sus restos para proceder a la identificación, demostró que en la tumba estaban enterrados tres hombres

más jóvenes que él. Schellenberg dice que un oficial alemán, prisionero de guerra en Rusia, lo vio en Moscú en 1948 y que murió poco después. Jacques Delarue, miembro de una organización internacional que se ocupa de los nazis fugitivos, pretende que Müller vivía en Chile, con Bormann, en 1962.

¿Utilizaron, si o no, los trasmisores de la Orquesta Roja para entrar sinceramente en contacto con el Centro? La respuesta está en los centenares de telegramas intercambiados con Moscú, pero no poseemos esos telegramas.

A falta de algo mejor, empleemos el sentido común.

La acusación de Canaris sobre la relación de Bormann con la Orquesta Roja puede ser un chisme, en todo caso una afirmación sin pruebas. La conversación entre Schellenberg y Müller es dudosa como todo lo que el ex jefe de los servicios de información S. S. dice en sus *Memorias*, en las que colaboraron muchos periodistas. Al fin y al cabo es un diálogo reconstruido. Y para probar que el jefe de la policía alemana estaba al servicio del enemigo cada frase resulta preciosa, cada palabra cuenta, hasta necesitaríamos el tono. Además resulta extraño que Müller se franqueara así con un rival. Schellenberg, en resumen, no nos ofrece la prueba de que estuviera realmente en contacto con el Centro. Prisionero de los ingleses, salvó su vida contando al Intelligence Service todo lo que sabía. Tal vez la prueba yace hoy en el fondo de una caja fuerte londinense. Pero, entretanto, nosotros no podemos tenerla en cuenta. Hoetl se limita a informar sobre la base de las acusaciones de su jefe y no prueba nada. Lo único interesante de todo esto es que hubo un «caso Müller» y que la requisitoria de Schellenberg no es pura imaginación para salpimentar sus Memorias.

¿Y el caso Langbehn? Müller y Bormann lo manejaron en su beneficio, no sabemos si para matar en embrión un intento de negociación con el Oeste o para que Bormann señalara un tanto a su favor en su lucha contra Himmler o por ambas cosas. Pero aun cuando hayan actuado en función de sus ambiciones — el sabotaje de la misión Langbehn era una consecuencia y no un fin— eso no aclara el doble juego de los dos socios. Además, ¿cuál era el daño, de acuerdo con el criterio nazi, si trataron de impedir la negociación con Occidente? Respondían a los deseos de Stalin y, sobre todo, obedecían a las órdenes de su Führer, pertrechado en su fanático rechazo a toda transacción. Himmler lo traicionaba al tratar de obtener una paz de compromiso, pero no Bormann cuando lo impedía.

¿Esterilizaron el Gran Juego y lo redujeron a un dardo molesto para los Aliados en tanto que Himmler lo había concebido como palanca de una nueva diplomacia? Esto es verdad. El Gran Juego sólo podía lograr resultados dentro de una perspectiva dinámica. Era necesario, preconizó Schellenberg, tomar contacto con Moscú y al mismo tiempo establecer negociaciones con Occidente para acelerar el proceso de desintegración de la Alianza. Porque, si las brechas abiertas en el frente aliado no eran utilizadas para una ofensiva relámpago, ¿para qué abrirlas? No olvidemos que la inmovilidad fue el deseo de Hitler. Éste admitía que el Gran Juego servía para provocar la explosión de la alianza pero no quería que sirviera para ninguna negociación verdadera. No deseaba —según un ex funcionario de Relaciones Exteriores–

transformar el juego en realidad diplomática. Que Bormann no haya estado a la altura de un Talleyrand no significa que haya sido un traidor.

O bien, ¿se sirvieron Bormann y Müller del Funkspiel para tener un crédito en el futuro, pasando al Centro verdaderos informes, piedras preciosas metidas en la ganga grosera y vana del material diplomático? ¿Jugaron un pequeño juego personal dentro del Gran Juego? Sólo podríamos saberlo si revisáramos los archivos del Centro que no pertenecen al dominio público. Está comprobado que Bormann «alimentó» fastuosamente al Funskpiel, con gran escándalo de los ministerios interesados

que se enloquecían al ver cómo eran trasmitidas al extranjero informaciones de primer orden. Pero esto es un indicio y no una prueba. También está comprobado que el atentado del 20 de julio de 1944 dejó las manos libres a Gestapo Müller. Hitler, exacerbada su desconfianza, puso término a la

«Operación Oso». El grupo de expertos se dispersó. La Gestapo prosiguió el Funkspiel por su cuenta sin tener que comunicar a ninguna jerarquía los telegramas enviados a Moscú; para su jefe significó la posibilidad de anudar con menor riesgo un contacto sincero con el Centro. Pero la existencia de esta posibilidad no prueba que la haya

aprovechado.

Así, ningún detalle del fresco tiene suficiente poder de convicción. Si se lo escruta de cerca se vuelve vago, sujeto a interpretaciones diversas, a menudo contradictorias. No es extraño. Si Bormann o Müller traicionaron y no fueron descubiertos por sus compatriotas, salvo tal vez por Schellenberg, será necesaria mucha suerte para que los historiadores descubran la prueba de esa traición. Hábiles para moverse en la sombra, ambos hombres supieron borrar sus huellas.

¿Debemos concederles el beneficio de la duda?

El fresco, visto en conjunto, nos deja pensativos. Dos hombres de realce, sensibles a las calidades del mecanismo que se les había confiado aunque dispuestos a romperlo si se atasca (esto no se llama traición, se traiciona a una idea, un país, un hombre, pero no a una máquina) en la G. P. U. y Bormann, inspirador en 1944 en la Wehrmacht de la creación de un cuerpo de oficiales nacional-socialistas de dirección sobre el modelo de los comisarios políticos del Ejército Rojo; los únicos en el grupo dirigente nazi sospechosos de haber servido a Moscú por dos hombres tan

diferentes como Canaris y Schellenberg cuyas fuentes de información no eran las mismas; colocados ambos tan alto que pudieron vislumbrar desde 1943 la inevitable derrota; lo suficiente clarividentes para admitirla porque no estaban entorpecidos, como los demás, por las orejeras del fanatismo; los dos tenían mucho que temer, Dios lo sabe, de esa derrota, pero por suerte disponían de los medios para establecer un contacto precoz con el más realista de los adversarios; los dos eligieron permanecer en el Berlín cercado cuando el Führer autorizó a su círculo a emprender la huida hacia las montañas del sur mientras todo falso documento

deseable, todo camino de evasión estaban en manos del jefe de la Gestapo; incrustándose los dos en una capital condenada con el último grupo de fanáticos y de románticos, ellos que no son ni una ni otra cosa, para desaparecer en el último instante y no ser hallados jamás, circunstancia única entre los de su estirpe puesto que los demás dirigentes del Tercer Reich fueron aprehendidos y, en el caso de haber muerto, sus cadáveres fueron

hallados. No es tal vez por simple azar que los dos jerarcas nazis que lograron escapar al castigo, hayan sido durante dos años los asociados en la dirección del Gran Juego.

¿Entonces?

Entonces partamos hacia Stuttgart donde nos aguarda el ex Kriminalrat Heinz Pannwitz.

38

La tercera apuesta del Kriminalrat Pannwitz

Bruselas, Francfort, Varsovia, Stuttgart, Nápoles, Berlín occidental, Munich, etapas que recorrí sin cesar, sin hablar de los incesantes viajes a los cuatro puntos cardinales de Francia. Esta investigación fue lo que debía ser: una maratón. Llegará el tiempo en el que alguien examinara el botín con suficiente distancia. Por el momento mi tarea consistió en recoger, antes de que callen para siempre, los testimonios de los actores.

En un principio me acompañó mi editor, Constantin Melnik. Pensamos hacer el circuito en seis meses. Caminamos juntos un largo trecho sin interrumpir jamás nuestro diálogo de sordos. (Amigo Perrault, su candor me encanta: con la Orquesta Roja usted se porta como un adolescente que vive su primer amor. —Amigo Melnik, su cinismo me gusta, pero ¿por qué el amor debe evocar para usted las enfermedades venéreas? Manejar a los agentes significa soborno, corrupción, explotación del vicio y de las fallas psicológicas. Al espía le enseñan a despreciar al hombre. Miro a la Orquesta Roja y busco, de buena fe, el soborno, la corrupción, la explotación del vicio. Y no los encuentro. Trepper le habló solamente de Resistencia. Es la gran época, la bella época, la unión sagrada, lo que quiera. Después —y aun antes— hemos visto de qué cosas fueron capaces los servicios rusos. — Es posible, pero yo sólo me intereso en la Orquesta Roja. Con su descripción parcial, los lectores, infortunadamente, tendrán una imagen idílica del fresco en conjunto, etcétera). No hubo ruptura entre nosotros, nos alejamos para no rompernos los oídos con discursos repetidos. Un buen día me encontré solo, sin darme cuenta de la partida de mi compañero de equipo.

Al final, enriquecido con sus relatos, me convertí en el cartero de la Orquesta Roja, porque ellos, los actores, vivían metidos en sus cuevas y se cuidaban bien de reanudar toda relación para no despertar las sospechas policiales. Mi saco contenía a veces participaciones de muerte y otros sobres rosados (la alegría de Bill Hoorick al enterarse de que tal vez Makarov-Alamo vivía: la dicha de la señora Queyrie al saber que Patrick se había casado en Nueva York donde estudia historia del arte porque hacía diez años que no tenía noticias suyas; la emoción general cuando supieron que el Gran Jefe sobrevivía, el rostro inolvidable de Michel cuando le dije que Kent, a quien suponía enterrado en alguna tumba desconocida, vivía en Leningrado —lo que pasó por la cara de ese hijo al que restituían a su padre valía por sí solo todas las fatigas).

Pero ni las efusiones ni las emociones disolvían mi devorador deseo de conocer la verdad. Busqué en cada recodo de cada relato una prueba suplementaria de la traición de Trepper y los suyos cuando creía en esa traición dando crédito a los informes de la Gestapo. Aunque escuchaba con ánimo compasivo, mi mano estaba siempre lista para firmar el acta de acusación. Por fin lo inimaginable se hizo posible: quienes hasta este

momento han escrito sobre esta historia, doctos profesores o simples periodistas, ¿se equivocaron al afirmar que la Gestapo triunfó sobre la Orquesta Roja y redujo a sus jefes a la categoría de lacayos? Dependía de mi perseverancia o de mi suerte que el Waterloo de la Orquesta Roja se convirtiera en un victorioso Austerlitz. Rara vez un historiador o un aprendiz de historiador encontró en su camino semejante trébol de cuatro hojas: ser investido con el poder de designar al vencedor de una batalla librada hace veinticinco años. Desde que descubrí esta posibilidad mi pasión no tuvo límites (y no digo mi curiosidad porque la palabra me parece débil salvo que la curiosidad se convierta en desesperación).

Mi pasión me llevó a tomar el té con Manfred Roeder y sus pares, a escuchar las divagaciones antisemitas del doctor Darquier, a escribir al S. S. Koppkow que sus acciones merecían ser conocidas por la posteridad. No me abandonó durante el largo viaje a Stuttgart adonde me dirigía como a un combate en el que todo golpe está permitido. Estaba dispuesto a cualquier cosa para hacer hablar a Pannwitz.

Tiene aspecto juvenil. Es cierto que sólo tenía treinta y dos años cuando lo pusieron al frente del Kommando. Las pruebas pasadas no han dejado rastros en su cara. Sonríe mucho, habla sin cesar saltando de un tema al otro. Una curiosa jovialidad la suya… Su mujer debió ser hace veinte años un magnífico ejemplar de la «raza de los señores», alta, de anchos hombros, con una opulenta cabellera rubia de walkyria. Habla de los checos como de una tribu primitiva, pero cuida con extraordinaria devoción a sus dos perros.

Tienen tres hijos. Pannwitz recibe una pensión del gobierno de Bonn y trabaja en un banco especializado en préstamos para la construcción. Posee un viejo Mercedes y vive en un pequeño departamento muy agradable. No nada en la abundancia, aunque lleva una confortable existencia de pequeño burgués.

Su primera pregunta fue para saber qué servicio de informaciones me había mandado; dudaba entre la C. I. A. norteamericana y el S. D. E. C. E. francés. No lo convenció mi respuesta de que había ido a verlo por mi cuenta. Cuando los rusos lo liberaron después de diez años de cautiverio cayó en manos de los servicios alemanes, norteamericanos y británicos, quienes se esforzaron por arrancarle los motivos de su partida hacia Moscú. Lo sometieron a la prueba del «detector de mentiras», de la que salió victorioso. Después recibió la visita de ex colegas, quienes le palmeaban el hombro y le preguntaban lo mismo. El más asiduo fue Reiser, quien también vive en Stuttgart. Sospecha que los emisarios de los servicios occidentales tratan todavía de hacerlo hablar y que los servicios alemanes lo vigilan. ¿Mitomanía? No es su caso, dice estas cosas como si me explicara que su portera no le tiene simpatía.

En realidad yo había encontrado su rastro merced a la ayuda de un ex alto funcionario del Tercer Reich. Él se ocupó de que Pannwitz me concediera una entrevista, tarea ardua porque el ex Kriminalrat ponía condiciones. Tuve que proponerle, tras muchas reticencias, una suma de dinero. No hubo respuesta explícita pero, puesto que me había invitado a visitarlo, la aceptación estaba implícita.

Su reticencia a responder a mis preguntas me parecía extraña, por consiguiente. Escapaba al interrogatorio, multiplicaba anécdotas deshilvanadas y parecía irritado porque yo tomaba notas.

¿Qué era lo que se proponía, en realidad?

Hubo un tema sobre el cual se explayó: la muerte de Suzanne Spaak. Cuando pronuncia su nombre sus ojos tienen una mirada de angustia y su natural nerviosidad aumenta como si fuera un hombre acorralado que debe rendir cuentas a la justicia. El espectro de la asesinada lo persigue. Grita y jura que no tuvo nada que ver. «En Moscú — dice— el Gran Jefe me acusó de ser el responsable de su muerte, pero si los rusos lo hubieran creído, no estaría aquí». Y agrega: «Fui a Moscú porque no tenía culpa. Los agentes de la Orquesta Roja que fueron ejecutados habían sido condenados antes de que yo asumiera el mando. *Pude presentarme ante los rusos con las manos limpias*. Había tomado la precaución de pedir a dos corresponsales de guerra que asistieran a los interrogatorios. ¿Cree que un hombre que toma tales medidas cometería luego la locura de cubrirse de sangre?». Y por fin me preguntó: «¿Por qué iba yo a matarla?».

Trepper responde: «Para no dejar en vida a alguien que conocía perfectamente el Gran Juego». Pauriol y la señora Spaak hubieran podido contar a sus liberadores que el Kommando hacía Funkspiel con Moscú. El argumento no carece de fuerza. Pannwitz no podía correr el riesgo de que los norteamericanos o los franceses se enteraran de sus contactos con Moscú porque hubieran prevenido al Centro de inmediato. Pero si sus mensajes eran «sinceros», como dice Hoetl, ¿qué importancia tenía? El Kriminalrat no necesitaba abatir a Suzanne Spaak y a Pauriol para cerrarles la boca, podía llevarlos a Alemania junto con Kent. El día de su ejecución todavía no había estallado la insurrección parisiense y le habría sido fácil sacar a los prisioneros de Fresnes. Pannwitz no trata de justificarse hablando de escrúpulos humanos, la prudencia lo inspira. No es asombroso que haya ordenado la muerte de Pauriol, militante comunista, pero Suzanne Spaak era la cuñada de un hombre político que desempeñó un papel de primer plano en el campo victorioso de los Aliados. Pannwitz lo sabía tan bien que escribió desde Alemania una carta a Paul-Henri Spaak, ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica, diciéndole: «Su cuñada está bien, nos hemos visto obligados a llevarla con nosotros, pero le aseguro que no le sucederá nada enojoso». El ministro, en seguida de recibir esta carta, fue a París para dar la noticia a su hermano Claude, éste sabía ya que Suzanne había sido fusilada.

La carta de Pannwitz, según Trepper, es su condena final. Monumento de hipocresía (el Kriminalrat sabía que no había llevado consigo a Suzanne Spaak), su objeto era borrar las huellas. Los nombres de los mártires no fueron inscriptos sobre sus tumbas para hacer imposible la identificación. La carta se proponía hacer creer a los Spaak que Suzanne había desaparecido en medio del caos de la derrota, sin culpa de nadie.

Es posible. Pero también es posible que el Kriminalrat creyera sinceramente que Suzanne Spaak había sido deportada a Alemania junto con los otros prisioneros de Fresnes. Si querían suprimir los rastros del fusilamiento, ¿por qué no el anonimato total en lugar de inscribir «una belga, un francés», cosa que significaba un indicio? Y sobre todo, ¿por qué permitir a Suzanne Spaak esa última carta escrita en la que anunciaba a su marido su inminente ejecución? La existencia de esa carta, que

el Kriminalrat ignoraba (lo ignoraba, seguro, puesto que de lo contrario no habría escrito a Paul-Henri Spaak), deja suponer que fue ajeno a la tragedia de Fresnes. El Pannwitz de París, lo hemos dicho ya, no era el de Praga.

A partir de enero de 1944, las cárceles francesas abrieron sus puertas a patibularios visitantes: los verdugos de la Milicia francesa. A veces cuidaban las fórmulas porque una ley de Vichy les permitía erigirse en cortes marciales y pronunciar juicios sumarios. En esos casos los acompañaba un pelotón de fusilamiento y llevaban consigo féretros. Tal vez Fernand Pauriol y Suzanne Spaak murieron a manos de ellos. Su sangre fue derramada por balas francesas.

Traté, sin descanso, de arrancar a Pannwitz el secreto de su viaje a Moscú. En tres días de ininterrumpidas conversaciones sólo logré hacerle bajar la guardia tres veces. Cuando lo felicité por el coraje demostrado al meterse en la boca del lobo, me respondió, burlonamente: «¡No sea estúpido! Los ingleses y los norteamericanos anunciaban sin cesar por radio la suerte que aguardaba a gentes como yo. No me hacía ilusiones. Al marcharme a Moscú iba directamente al infierno, es cierto. Pero allí por lo menos podía hacer algo». Me dijo también que su decisión fue pensada puesto que en 1945 disponía de recursos seguros para escapar a España, pero que había preferido dirigirse a Moscú. ¿Cómo sabía que no lo fusilarían al llegar? «Escuche: un coche me esperaba en el aeropuerto y me condujeron al ministerio de Seguridad. Abakumov, el ministro, me recibió en seguida y hablamos durante dos horas. Esto basta para que comprenda que algunas cositas habían sucedido antes de mi partida y que no caía en un pozo…». A pesar de su vaguedad estas declaraciones confirmaban las de un ex miembro del Kommando, Otto Schwab, a los policías franceses que lo interrogaron en 1947 en la prisión de Cherche-Midi: «El Kriminalrat Pannwitz me confió que si Alemania perdía la guerra se refugiaría en Rusia, donde se proponía ponerse al servicio de los comunistas».

El tercer día me habló francamente de mi oferta de quinientos marcos. La calificó de bagatela. «Sepa que una compañía cinematográfica norteamericana me ha ofrecido cien mil dólares por mis memorias. En realidad todo lo que me piden es que garantice la autenticidad de su película. Darían mi nombre para asegurar que la historia no falsea la verdad». Pannwitz estudió la oferta, al parecer, y sacó en limpio que ese dinero, pagados los impuestos, no le bastaría para comprar una isla desierta donde ponerse al abrigo de sus ex colegas. Por lo tanto, la rechazó. «Hace diez años —agregó— que los editores alemanes me persiguen, para que escriba mis recuerdos y me niego a hacerlo. Las condiciones políticas actuales no se prestan para una cosa así. Es posible que me ponga de acuerdo con usted, pero no por quinientos marcos».

Le respondí que si yo tuviera cien mil dólares para gastarlos en una indagación no me ocuparía de indagar nada y viviría a pleno sol en una isla desierta. No podía subir mi oferta, y si la consideraba insuficiente no había nada que agregar.

Creí que allí concluía todo. Pero entonces me ofreció compartir los derechos de autor, otorgándome el permiso para usar su nombre como garantía de autenticidad del relato. Me dio un ataque de risa que lo sorprendió mucho. Aunque yo estaba dispuesto a dar a Judas sus treinta denarios, no había supuesto que los hiciera fructificar compartiendo beneficios… Cuando logré reponerme del acceso de alegría

provocado por la perspectiva de convertirme en el colaborador literario del Hauptsturmführer S. S. Pannwitz, ex Kriminalrat, etc., le dije que su propuesta me causaba una gran alegría, como podía comprobarlo, pero que lo único que me interesaba de él eran los motivos de su viaje a Moscú. Por primera vez se abstuvo de preguntarme qué servicio de información pagaba y me propuso una solución intermedia:

«Hay dos hipótesis; pude ir a Rusia creyendo que prestaría un servicio más a Alemania, o bien pude ir allí porque estaba en sincero contacto con ellos. Opino que lo mejor es dar la alternativa al lector y dejarlo sacar sus propias conclusiones. ¿No le parece bien? Esto introduciría un elemento de misterio… un poco de suspenso…».

Repliqué que había ido a Stuttgart para aclarar un misterio y no para buscar suspenso. Él me hizo notar que sus revelaciones podrían acarrearle serios perjuicios. Por fin me anunció que nuestros tres días de conversaciones tenían carácter exploratorio, que quiso saber primero con quién tenía que habérselas, y que había pedido a uno de sus amigos, Thomas Lieven, que participara de las reuniones. Lieven era su consejero en este asunto y su opinión sería decisiva.

Yo ignoraba quién era Thomas Lieven. Me enteré que el escritor alemán Mario Simmel, su compatriota, había escrito, basado en sus recuerdos un *best-seller* internacional: *Es muss nicht immer Kaviar sein*[24]. Un millón de ejemplares vendidos en Alemania, tiradas vertiginosas en todo el mundo. Lo leí y comprendí que el éxito se debía a la naturaleza excepcional del héroe: Lieven combinaba armoniosamente las cualidades de James Bond en cuanto a la acción, de Robin Hood en cuanto al corazón, Rothschild para las finanzas, Casanova para las damas, Curnonsky, rey de los gastrónomos para el estómago; en fin, nada de lo humano le era ajeno. Buen mozo, rico, alegre, había atravesado la última guerra con una mujer en el ojal de la solapa, burlándose de los servicios secretos, incluso de los de su país, concediendo a sus tristes emboscadas una divertida conmiseración y reservando su odio para los esbirros de la Gestapo. Thomas Lieven no quería a la Gestapo y se lo hacía sentir.

Declaré a Pannwitz que me encantaría conocer a Thomas Lieven.

Mientras lo aguardábamos hablamos del general Ozols, del resistente francés Legendre, de su enrolamiento bajo la bandera del Kommando. Pannwitz me confirmó que los dos hombres creyeron hasta el fin que trabajaban para los servicios soviéticos. El 16 de agosto, Kent se despidió de Ozols anunciándole que partía en «misión peligrosa» y le dio treinta mil francos exhortándolo a continuar su tarea. Según Pannwitz los trasmisores instalados en Normandía seguían enviando desde la retaguardia de los ejércitos aliados los informes esperados, aun dos semanas después del desembarco.

El Kriminalrat ignoraba la suerte posterior de sus dos engañados, pero yo la conocía desde el comienzo de mi indagación y me había causado una triste perplejidad. Ozols y Legendre fueron detenidos el 17 de noviembre de 1944 por las autoridades francesas por colaboración con el enemigo. Varios agentes alemanes infiltrados por la Gestapo en la red Mitrídates denunciaron el papel de Legendre: al dar al enemigo una lista de miembros de la organización permitió que fuera infiltrada y parcialmente desmantelada. Le fue difícil probar su inocencia ante un tribunal francés, lo mismo que a Ozols. Pero intervino en favor de ambos el teniente general Novikov, jefe de la misión soviética en París, y no fueron juzgados. Novikov obtuvo su liberación bajo su palabra. Legendre no fue incomodado y Ozols repatriado

a Rusia.

Si la intervención de Novikov da que pensar, más significativo es el caso de los trasmisores instalados en Normandía. Para el Alto Comando Alemán era importante saber si el desembarco constituía una operación de envergadura o un raid sin futuro.

Y lo mismo para Stalin, que irritado por el retardo en la apertura de un segundo frente sospechaba que el esfuerzo de sus aliados se limitaría a un segundo Dieppe. En julio de 1942,

cuando se empieza a hablar de un segundo frente, el Centro envía al Gran Jefe este mensaje: «Trate por cualquier medio de colocar un trasmisor en todo lugar estratégico donde puede producirse el desembarco de los angloamericanos, y actúe de manera que podamos recibir día por medio un informe exacto y detallado acerca de las fuerzas desembarcadas y sus objetivos». Tal vez dos años después, reemplazando a un impedido Trepper y guardando las apariencias de un fiel servidor de su país, Heinz Pannwitz ejecutó las instrucciones del Centro.

Hablamos también de la red suiza. Porque hubo una red soviética también en el lejano planeta que era Suiza con respecto a Europa en guerra. Sus miembros cumplían la misma tarea que Trepper, Schulze-Boysen y Harnack, aunque sea difícil compararlos porque habitaban un pequeño y apacible país y no un continente en llamas. En tanto que unos sabían que en caso de ser apresados morirían fusilados o decapitados, los otros sólo se exponían a una severa reprimenda de los magistrados helvéticos, si caían en manos de la policía suiza, célebre en el

mundo entero por sus buenas maneras.

No es por esa circunstancia que la red suiza ha sido excluida de este libro ni tampoco a causa de la mediocridad de su labor porque logró prodigiosos resultados. El

historiador norteamericano Dallin escribió: «Su contribución a la victoria soviética fue de capital importancia». El inglés Alexandre Foote afirma que Moscú basó en gran medida su estrategia en los informes suministrados por la red suiza a través de «Lucy» (uno de los miembros). Dos autores franceses, Pierre Accoce y Pierre Quet, llegan a decir que gracias a este agente «la guerra se ganó en Suiza». Tal vez haya

exceso en el elogio, pero no carece de fundamento.

Si no hemos mencionado a la red helvética es porque constituyó una entidad aparte al funcionar en el seno mismo de Suiza, en tanto que la hegemonía nazi unió en un solo cuerpo a las redes alemana, belga, holandesa y francesa de la Orquesta Roja. Los suizos, no englobados, fueron bautizados

«los Tres Rojos» por la policía alemana. Más que una verdadera red constituyó una especie de «buzón» que recibía los informes y los despachaba a Moscú (la misión del grupo no consistía en espiar a una Suiza neutral sino a Alemania). Lo hizo sin esfuerzo y sus

informantes fueron voluntarios, a menudo emigrados alemanes decididamente antinazis. El más valioso fue Rudolf Rössler, *alias* Lucy, quien contaba con agentes en el seno de los organismos importantes del Tercer Reich, sobre todo en el Cuartel General. Alexander Rado, el jefe de la red, jamás conoció la identidad de las «fuentes» de Rössler. Aún hoy se ignora quiénes fueron, y sabemos que los servicios occidentales se empeñan todavía en descubrirlas[25].

La máquina de represión contra la red de Rado en el momento en que cada mensaje apuñalaba la espalda de la Wehrmacht fue tan severa y encarnizada

como la que se usó contra los agentes de Trepper. Se descubrió muy pronto que uno de los

trasmisores funcionaba en Lausana y dos en Ginebra. Sus telegramas fueron confiados al equipo de Kludow, y al descriptar algunos de los textos se obtuvo la terrible revelación de que los secretos del Reich pasaban el enemigo con acelerado ritmo. Pero los pianistas de los Tres Rojos estaban fuera del alcance del Abwehr y la Gestapo, protegidos por la frontera suiza. Fue necesario entonces infiltrarse en la red helvética para descubrir sus «fuentes» alemanas y desintegrarla.

Los prisioneros de la Orquesta Roja podían dar la pista puesto que a pesar de su estructura independiente jamás dejaron de estar en contacto. Malvina Grüber, amante del «zapatero» bruselense Raichman, proclama haber cruzado a menudo la frontera franco-suiza entre 1940 y 1942. Kent admite haber estado dos veces en Suiza en marzo y en diciembre de 1940 y allí se encontró con el jefe de la red. En poder de Robinson, el ex dirigente del Komintern, se hallaron varios pasaportes cuyos sellos comprobaron el repetido cruce de la frontera.

Éstas son las cartas de que dispone Giering. Decide jugar el triunfo Robinson porque los otros dos han sido demasiado usados por el Kommando para no estar «quemados». Pero para emplear a Robinson es necesario quebrar primero al hombre y convertirlo en dócil instrumento. De todos los prisioneros de la Orquesta Roja, Robinson fue el más torturado y las peores sevicias fracasaron en el intento de hacerlo hablar de sus relaciones con la red suiza. El Kommando utiliza entonces el procedimiento tradicional: el chantaje. Franz Schneider marido de la amante de Wenzel, ha entregado el nombre y la dirección de una alemana que servía como enlace entre Berlín y Bruselas. Se trata de Clara Schabbel, que residía en Hennigsdorf. Según Schneider, Clara es la mujer de Robinson. En verdad fue su compañera hacia 1920, cuando el joven Robinson combatía por la instauración de un régimen comunista en Alemania. Tuvieron un hijo. La Gestapo detuvo a Clara Schabbel y descubrió que el hijo, movilizado en la Wehrmacht y herido en el frente ruso, se atendía en un hospital berlinés. Al parecer había tenido contactos con la red berlinesa de la Orquesta Roja.

La Gestapo organiza un careo entre padre e hijo. Robinson, agobiado, comprende que su hijo ha sido influido por sus ideas políticas y se culpa de que haya caído en manos de la Gestapo: le proponen salvar la vida del muchacho, de veintiún años, si él habla. Robinson calla, lo someten a la tortura sin resultado. Entonces lo hacen juzgar por Manfred Roeder, quien lo condena a muerte.

La carta Robinson no sirve. El jefe del Kommando juega la carta Kent. Éste propone que se utilice a Vera Ackermann, alias la Negra, ex combatiente en España donde su marido fue muerto. Hermosa y encantadora, la Negra fue reclutada por Trepper en Bruselas, donde trabajaba como modelo de pintores. En 1940 la llamó a París para que le sirviera como contacto con Maximovitch y Robinson y algunas veces la envió a Suiza en cumplimiento de alguna misión urgente.

Pero la Negra no aparece y Trepper, interrogado, declara ignorar su paradero. Giering decide entonces enviar a Suiza una mujer que se haga pasar por ella. Y pide al Gran Jefe que redacte un mensaje al Director declarando que ha resuelto designar a la Negra para la red suiza. Trepper aclara que es probable que la Negra se oculte en Suiza y que si envía allí a una falsa Vera Ackermann arriesga ponerlos sobre aviso. Giering renuncia al proyecto. En realidad Trepper había enviado a la Negra a un refugio cerca de Clermont- Ferrand, donde permaneció hasta el final de la guerra.

Giering no renuncia a la infiltración de la red suiza, no puede abandonar el bastión

número uno del espionaje soviético en Occidente. Hay que intentar reducir al silencio a los Tres Rojos. Kent le aconseja un segundo camino.

«A principios de junio de 1943 — escribe Alexander Foote, uno de los dirigentes de la red suiza—, el Centro me encargó que me pusiera en contacto con un mensajero llegado de Francia y que le entregara una cierta cantidad de dinero para la red francesa…». Foote cuenta luego las dificultades que se presentaron para la entrevista, que recién pudo realizarse cuatro días después de lo convenido. El Director le había ordenado que no mantuviera ninguna conversación con el mensajero, pero éste le tendió un libro diciéndole que entre sus páginas hallaría dos o tres mensajes para trasmitir urgentemente al Centro por radio. Le dijo además que tendría nuevos mensajes y le propuso otro encuentro en una localidad suiza, cercana a la frontera. Tanta locuacidad hizo entrar en sospechas a Foote, porque significaba una falta de disciplina, cosa extraña en un agente soviético. Se le ocurrió que el agente primitivo había sido detenido por el Abwehr y que un hombre dei servicio alemán ocupaba su lugar. El lugar próximo a la frontera le hacía temer un rapto organizado, al estilo de la Gestapo. En cuanto a los mensajes cifrados podían ser un señuelo para localizar la emisora. Convencido de que los alemanes habían interceptado sus mensajes tiempo atrás, se esforzó por disimular su desconfianza y pretendiendo estar muy ocupado fijó una nueva entrevista para tres días después.

La intuición de Foote no lo engañaba. El emisario era un agente de Giering, quien puso en marcha el plan de Kent, engañando al Director del Centro. Éste había caído en la trampa de enviar al supuesto agente. Foote no irá a la segunda entrevista pero Giering no se preocupa demasiado. Ha abierto una brecha en el frente suizo y con un poco de paciencia conseguirá que el Centro fije un nuevo encuentro dentro de dos o tres meses. Foote, tranquilizado porque el primero no tuvo enojosas consecuencias, se dejará atrapar esta vez.

Pero el cáncer aparta a Giering y Pannwitz ocupa su lugar. ¿Qué hizo entonces?

Nada. Me confesó simplemente que Kent le reveló haber dado al jefe de la red suiza su código de trasmisión, pero él no quiso seguir ese camino. No le interesaba trabajar contra la red suiza y se cuidó bien de organizar el segundo encuentro. «Por dos razones —me dijo—: tenía suficiente trabajo ya y no quería convertir a Kent en un traidor consumado. Era necesario preservar su imagen…».

Al escuchar al Kriminalrat Pannwitz pensé que no era necesario esperar a Thomas Lieven. Me había dicho bastante: porque emplear todos los recursos en la destrucción de la red suiza era ya alta traición. Conocía la aterradora eficacia de los Tres Rojos, sabía que cada uno de sus mensajes abatía sobre el frente oriental a cohortes de soldados alemanes. ¿Exceso de trabajo? No tanto como para que no viajara a España para realizar por cuenta de su compañía «Helvecia» operaciones fructíferas con el wolfram o la quinina. Aunque lo más revelador era la alusión a Kent: no hacer de él un traidor consumado preservando su imagen. Claro, fue lo bastante clarividente como para saber que Alemania había perdido la guerra y que Kent debería rendir cuentas. Y, en tal caso, contaba con la preservación de la red suiza como un tanto a favor. Pero ¿por qué? ¿Por altruismo? ¿Por generosidad hacia el prisionero?

¡Vamos, Kriminalrat Pannwitz, si ustedes actuaban como los ladrones en la feria! Si preservaban mutuamente la imagen… Kent no habría entregado a la red suiza y usted no la

habría perseguido…

Thomas Lieven fue una decepción. Con el aspecto del hombre que está de vuelta, me dijo que había traicionado a todo el mundo pero que jamás entregó a un amigo. El *best-seller* de Simmel le ha asegurado una buena vejez y ha terminado por creer en su personaje. La imagen que da es a la vez consternadora y emocionante: un pobre viejo que quiere mostrar, al mismo tiempo, todas sus marionetas…

A las primeras palabras se inclinó sobre mi y con los ojos entrecerrados sobre su mirada de granuja, puso cara de cómplice y me confesó que su verdadero nombre no era Thomas Lieven. Me muestra un libro: *La Guerre secrete de Josephine Baker*, en el que un cierto comandante Abtey, ex oficial del Deuxième Bureau consagra un capítulo a Lieven, «el ser más extraordinario que he conocido». Pero no lo llama Lieven, sino Mussig.

Con el orgullo imbécil del sabihondo que conoce su lección de memoria, proclamo: «¡Ah, Hans Mussig, *alias* Jean Varon! Usted fue el amigo de Georgette Dubois, *alias* Patricia Delage, *alias* Anne-Marie Rendière».

Se hizo el silencio. Luego Mussig murmuró: «Es inútil que pretenda que no pertenece a un servicio secreto, sólo un agente bien informado puede saber lo que acaba de decir». Explico mi larga tarea, el estudio de documentos amarillentos… Me presta crédito y los ánimos se aplacan.

¡Hans Mussig! Ha sido muy dotado su biógrafo para imaginar un héroe tan brillante partiendo de tan triste modelo. Nazi de la primera hora, responsable de la Hitlerjugend, fue a Francia por razones ignoradas y se puso al servicio del Deuxième Bureau. Tras la derrota de Francia marchó al Mediodía, donde se dedicó al mercado negro, lo que le valió ser arrestado por la Gestapo en 1943. Preso en Fresnes, Pannwitz lo sacó de la cárcel para convertirlo en su intérprete (habla correctamente el francés). Desde entonces Mussig perteneció al Kommando (su biografía dice que odiaba a la Gestapo). Es cierto que no entregó a los jefes del Deuxième Bureau (de aquí los elogios del capitán Abtey) pero ¿acaso al denunciarlos no se habría denunciado?

Bueno, para el caso prefiero tener que vérmelas con un Hans Mussig y no con un Thomas Lieven. Es obvio que conoce el proyecto de «colaboración literaria». Le cuento las objeciones de Pannwitz y promete contarme toda la historia. Pannwitz, púdicamente, invoca una cita y desaparece. Mussig se instala, adopta su cara de granuja y dice:

—Vamos, ¿usted es idiota o nos juega una comedia? No me diga que no sabe lo que pasó. Sus contactos con los rusos. ¡Es un asunto bien claro!

—No tanto a mi parecer.

—Por favor…, ¿cree que se hubiera escapado a Rusia en 1945 sin tomar sus precauciones? ¡Lo conoce mal! Muy pocos alemanes en esos tiempos se habrían encaminado a Moscú, y mucho menos un tipo de la Gestapo. Mire, desde que me sacó de Fresnes simpatizamos, estaba rodeado de canas torpes, molestos, aburridos, le dio placer tener alguien con quien hablar a pata suelta. Pero las diferencias jerárquicas le impedían confiarse a mí.

Yo adivinaba algo sucio aunque él no me decía nada. Eso sí, declaraba que Alemania estaba jodida. Le puedo asegurar que cuando llegó a París, Pannwitz sabía que la guerra estaba perdida. No comprendí el caso, lo olfateé no más, pero a su regreso de Rusia me contó todo. Es una historia muy simple, muy lógica, como usted verá…

”Póngase en su lugar, un hombre metido hasta el cuello en Praga. Pannwitz, después del atentado contra Heydrich, no se hace ilusiones, la radio inglesa lo llama criminal de guerra, le promete la horca, etcétera. En Berlín sus amos están en pleno lío, los más vivos toman sus precauciones a derecha y a izquierda. La mayoría busca recaudos del lado de Occidente. A él lo envían a París a hacer Funkspiel con los rusos. Bueno, trata de arreglarse con ellos. Y no sólo por las facilidades técnicas de comunicación sino porque se dice que los rusos son realistas y que no llorarán lágrimas de cocodrilo sobre los pobres checos sino que les interesarán los resultados prácticos. ¡Los occidentales son otra cosa! Pannwitz contaba con que los rusos lo liberarían y creo que no se equivocaba…

”Lo malo es que al final, en vez de pensar solamente en salvar el pellejo, pretendió que los rusos lo recibieran como héroe. Piense que les llevaba un regalo en su portafolio, la carpeta completa de los telegramas cambiados entre Londres, París y Washington desde meses atrás. Sabía que esos telegramas interceptados por nuestros servicios interesarían, mucho en Moscú. Mire, contaba con instalarse en Rusia y con llevar allí a su familia, organizándose una vida pasable. No fue así, como usted sabe, los rusos fueron infectos con él, lo tuvieron diez años en la cárcel y lo echaron como a un malhechor. Aquí en Alemania, la gente de Gehlen y los norteamericanos creyeron que volvía como espía y le encajaron su famoso detector de mentiras. Mire qué ironía: se creía más vivo que los otros y al final tuvo a todos en contra…

”¿Y ahora? Ahora piensa que podría hacerse una fortuna contando sus recuerdos, pero tiene miedo. ¿No se dio cuenta de que tiene miedo? Usted comprende, vive de su pensión como Kriminalrat y es normal que se la paguen, puesto que la República de Bonn es heredera del Tercer Reich y corresponde que pague las pensiones. Pero si cuenta su traición, la República no pagará a un hombre que traicionó al Reich porque el Reich lo habría fusilado, y su heredera jurídica no tiene por qué mantener a un Kriminalrat renegado… Y está enfermo, y tiene hijos… Pero a lo que más teme es a otra vuelta de tuerca, siempre posible, y por eso hasta ahora ha rechazado todas las ofertas. ¿Ahora lo entiende? Y hete aquí que le cae un joven francés, como usted, y cae justo, porque usted es joven y no se metió en las historias de la guerra y eso no puede darle ni frío ni calor, y además es francés. No quiere que un alemán cuente el asunto, un extranjero siempre será un extranjero y uno puede desmentirlo. Y si hay mucho lío escapará a Suiza con su platita. Allí nadie lo molestará.

«Ésa es la historia. ¿Está contento ahora?».

Sentía náuseas. Después Pannwitz regresó con cara contrita y aliviada a la vez como penitente que se confiesa por interpósita persona. Le pregunté si pensaba pasar a la historia como el más extraordinario doble agente de la última guerra. Me dijo: «Sería inexacto, jamás hice ese juego. No fui yo quien tomó la iniciativa de los contactos sinceros con Rusia. Yo sólo fui un simple enlace entre un grupo de Berlín y Moscú. Nunca me habría lanzado en semejante aventura si no hubiera estado protegido. Cuando le explique la organización del Funkspiel comprenderá que habría sido imposible que lo hiciera yo solo. En Berlín se decidía cuáles mensajes debíamos enviar». Por fin me confesó las simpatías hacia Moscú de ciertos complotados del 20 de julio y me dijo que le gustaría que lo asimilara a ellos.

Para saber más, para obtener datos sobre el papel de Bormann y de Müller, y la respuesta a todas las preguntas, era necesario aceptar un trato y jugar un doble juego con ese maestro en tal oficio. No fue por escrúpulos que me aparté. ¡Vaya! Pannwitz me

demostraba a las claras su intención de utilizarme,
¿por qué no iba yo a utilizarlo? Y además, ¡le había llegado el turno de ser traicionado a él, un Kriminalrat de la Gestapo, un Hauptsturmführer S. S., un
traidor! Aunque el caso merecía ser considerado, yo no me sentí capaz de hacerlo. Me equivoqué al suponer que iba a Stuttgart dispuesto a cualquier cosa. Ese hombre me inspiraba una repulsión casi física. El Gran Jefe dice:
«Giering era un hombre duro, uno se sentía mal junto a él. Pannwitz era viscoso, a su lado uno se sentía sucio».

Sí, así es, Pannwitz da la impresión de ensuciarlo todo.

Pocas semanas después recibí la invitación de un editor suizo. No respondí a esa carta.

Algún día se sabrá toda la verdad
sobre el Gran Juego, pero corremos el riesgo de esperar mucho tiempo y probablemente no provendrá de Moscú. El Kremlin guardará silencio por razones políticas. Las autoridades de Alemania oriental callan el verdadero papel de Schulze-Boysen y sus amigos por temor a resucitar la leyenda de «la puñalada por la espalda» con la cual los nacionalistas de 1918 querían explicar su derrota. Publicar la traición de un Bormann o de un Müller permitiría a los neonazis lanzar una campaña de ese tipo. Ni uno ni otro fueron «jefes históricos» del Tercer Reich. El pueblo no los conocía y quienes los conocieron sólo sintieron por ellos odio
y
desprecio. Por lo mismo sería tentador para los nostálgicos del nazismo convertirlos en chivos emisarios de la derrota y proclamar que sin esos dos malditos los «puros» habrían conducido al Tercer Reich a la victoria. Si se los escuchara, ello implicaría una singular carencia de madurez política de parte de sus compatriotas. Porque lo importante no es que Bormann o Müller hayan traicionado o no, ni que su traición haya contribuido o no a la derrota alemana. Lo importante es que el nazismo fue el régimen en el cual un Bormann o un Müller pudieron acceder a puestos de importancia vital.

Si ambos permanecen envueltos en
el misterio, el juego del Kriminalrat Pannwitz aparece claro. Después de la muerte de Heydrich intentó unirse a los adversarios. Fue su primera jugada perdida y la pagó con meses de fatigas a orillas del lago Ladoga. Dobló entonces la apuesta y jugó a Moscú. Perdió otra vez y pagó con diez años de cárcel en la Lubianka y en el campo de Vorkuta. La propuesta que me hizo fue su tercera apuesta: obtener dinero por su traición, aun a riesgo de desencadenar contra él diversos y poderosos furores. Habrá más apuestas. El Kriminalrat es demasiado jugador para detenerse aquí.

39

A veces los trenes se retrasan

El 8 de mayo de 1945, día de la Victoria en Europa, la investigación sobre la Orquesta Roja tomó un nuevo camino. El contraespionaje alemán había asestado a la organización golpes severos pero desordenados. Los servicios occidentales los reemplazaron con recursos más importantes y, sobre todo, aportaron a la búsqueda paciencia
y continuidad porque, contrariamente a los alemanes, disponían de tiempo. Su primer

objetivo —justo y saludable— fue el de censar a los sobrevivientes de la Orquesta Roja y determinar si habían retomado el puesto. Por eso los belgas de la Simexco, los franceses de la Simex, Claude Spaak, Georgie de Winter y los demás fueron vigilados. El estallido de la guerra fría hizo algo peor que perpetuar la sospecha, la exacerbó de tal manera que ciertos ex miembros de la red acabaron por preguntarse si no les estaban reprochando su actividad pasada tanto como se les reprochaba el proseguirla y si no se había convertido en un crimen haber ayudado a los soviéticos a la victoria de Stalingrado. Como la mayoría de ellos poco habían entendido de los vastos sucesos cuyos actores fueron (señal de que la red estaba bien constituida), este brusco vuelco terminó por convencerlos de la locura del mundo (y también aprendieron su ingratitud, puesto que se les negó la condición de resistentes).

La prueba más patente de la confusión general de las mentes la da el proceso Abraham Raichman. En junio de 1944, después de haberlo utilizado a su antojo, el Kommando se libró de él encerrándolo en una cárcel de Bruselas. El 2 de setiembre, justo antes de la llegada de las tropas aliadas, integró un convoy destinado a Alemania que pasó a la posteridad con el nombre de «el tren de la suerte». La Resistencia belga impidió la partida y liberó a los presos. Terminadas las hostilidades, Raichman fue juzgado por un Consejo de Guerra que funcionaba en Bruselas.

El fiscal lo acusó de haber trabajado para los servicios soviéticos hasta el 10 de mayo de 1940, (una larga memoria) de haberse puesto al servicio de la Gestapo después de su arresto (con menor interés) y le imputó como crimen sus actividades como espía desde el 10 de mayo de 1940, día de la entrada en guerra hasta el 22 de junio de 1941, día del ataque alemán a Rusia, que convertía a ésta en aliada del gobierno belga en el exilio. Tal alianza volvía lícito para el excelente fiscal el trabajo ulterior cumplido contra el ocupante alemán por el agente soviético Raichman, pero era necesario castigarlo por lo hecho antes de que la alianza entrara en vigor. Al mismo tiempo que se acusaba a los comunistas por su tardanza en entrar en el combate, Raichman fue condenado, en parte, por haber combatido a Alemania desde 1940, a doce años de cárcel, y su compañera Malvina Grüber a cuatro. En verdad, parecía que el solo hecho de haber pertenecido a la Orquesta Roja predisponía a un destino paradojal.

El interés práctico de los servicios occidentales hacia la Orquesta Roja perdió fuerza cuando las investigaciones demostraron la inocuidad de los sobrevivientes. El interés teórico, en cambio, aumentó con el tiempo (el estudio de la red es hoy un ejercicio escolar incorporado al programa de enseñanza de todas las escuelas de información.) Interesaba conocer el funcionamiento de esa organización, superior a todas la conocidas hasta entonces, tanto por su extensión como por los resultados obtenidos. Utilizó tácticas nuevas en materia de clausura, «máscaras» comerciales y reclutó sus «fuentes» en el seno mismo del enemigo. Y, por fin, supo reunir las cualidades de una red de resistencia a las habituales en los profesionales, amalgama que dio como resultado una obra maestra del espionaje.

A falta de poder interrogar a los dirigentes de la Orquesta Roja muertos o desaparecidos, se intentó obtener las respuestas de labios de sus adversarios. La cacería de los miembros del Kommando se inició mucho antes del fin de las hostilidades y los servicios occidentales se apresuraron a apresar el mayor número posible de agentes del Abwehr o de la Gestapo que habían trabajado contra la red. Los franceses se

llevaron el triunfo con Reiser, Schwab, Ball, Richter, etcétera. Los belgas tuvieron a Fortner y a la Gestapo bruselense. Los ingleses condujeron a Koppkow a Edimburgo. Los norteamericanos sólo dispusieron de un Roeder para que les contara la historia y eso fue de escasa importancia, porque pronto los servicios de Europa occidental no tuvieron secretos para su hermano mayor norteamericano[26].

Durante muchos años se habló en los círculos de toda Europa de la Orquesta Roja; donde más se habló fue en la Lubianka, porque allí se había reunido un lote singular: Trepper, Pannwitz, Kent, Wenzel y Ozols.

Sería satisfactorio para la mente, ya que no para el corazón y de acuerdo con cierta moda actual (pensamos en *El espía que vino del frío* y otras novelas similares) que el Centro hubiera visto claro desde el primer momento en el asunto del Gran Juego y que su lucidez lo decidiera a mostrarse implacable con los hombres de la Orquesta Roja.

Una hipótesis simple: el Director, convencido de la «conversión» de Yefremov, Wenzel y Winterink, olfatea que la destrucción de la red y la captura de sus jefes no son fines sino medios.

¿Para qué maniobra? El Director lo ignora aunque arde por descubrirlo, puesto que debe ser de importancia vital y extraordinaria para que resulte tan costosa. Aguarda. Rechaza las advertencias de Trepper, le ordena que no lo fastidie con sus vanas alarmas y prepara un dispositivo de seguridad considerando que sus telegramas pueden ser interceptados o que el Gran Jefe puede ser arrestado. La Gestapo no debe adivinar por ningún medio que Moscú ve claro. Esto sería el final de una maniobra que el Director presiente y quiere descubrir. Actitud implacable que sume en la angustia a Trepper y a su Vieja Guardia, haciéndoles creer que sus sacrificios son vanos y que morirán por nada, pero actitud justificada por el interés superior de la causa.

Hay cierta tendencia hoy para imaginar justificaciones magistrales a las equivocaciones flagrantes de los servicios secretos que suelen ser debidas a la estupidez. Los hombres del oficio alientan esta interpretación prefiriendo pasar por feroces antes que por tontos. Un general que marra una ofensiva queda convencido de su incapacidad ante la hecatombe. En tanto que un jefe de los servicios secretos, si uno le muestra las redes caídas como frutos maduros en manos del enemigo, guiña el ojo y dice: «Sí, tuve que sacrificarlas, ¡infiltración!». Y uno se queda tieso, fascinado ante el maquiavélico personaje, a medias verdugo, a medias víctima, a quienes los dioses crueles impusieron tal sacrificio.

¿Y si sólo fuera un pobre hombre esforzándose por aparecer como el organizador de acontecimientos que lo sobrepasaron?

A veces el espionaje está de acuerdo con su leyenda y es dramático. A menudo es una tragicomedia en la cual el elemento trágico es provisto por el enemigo y el cómico por la central misma. No acabaríamos nunca si citáramos los errores considerables, sorprendentes negligencias perpetrados por los servicios secretos de todo el mundo.

Es verdad que la tarea no es simple. Un jefe de servicios secretos tiene su puesto de comando en el planeta Sirio. Conoce mal el campo de batalla, las fuerzas del adversario, sus recursos técnicos. Cuando el Director ordena a los pianistas de la Orquesta Roja que trasmitan durante cinco horas seguidas, lo hace porque en parte ignora los progresos realizados por la Funkabwehr en su campo, no cree que los trasmisores puedan ser detectados

a corto plazo (tampoco lo cree en 1945 y por esta incredulidad el trasero del Kriminalrat Pannwitz sufrirá pronto las duras consecuencias, ya llegaremos a ese episodio). Un año de guerra y el Paso de Calais bastaron para convertir a Francia en una misteriosa comarca donde hasta los servicios británicos tienen dificultades; imaginamos el trastorno de los jóvenes burócratas instalados en el Centro después de las purgas, la mayoría de ellos no había traspuesto la frontera rusa. Los países extranjeros le son tan extraños como la Tierra del Fuego. Y aun los inconvenientes del alejamiento geográfico son poca cosa frente a los malos entendidos causados por la distancia psicológica que separa al Centro de sus tropas. El trabajo solitario, tarde o temprano, produce en un jefe la sensación de ser el ombligo del mundo. Trata a su Central como a una oficina administrativa y se ofende por ser tratado como un peón en el tablero. Sus camaradas de lucha son su sangre y su carne, pero la Central los ve como anónimos soldados. La muerte de Katz y de Grossvogel, tremenda para Trepper, es para el Director un dato en la estadística general de las pérdidas soviéticas que dan un término medio de cinco a seis mil hombres por día. Este divorcio fundamental, sumado a los desentendimientos en el orden práctico, ya mencionados, conducen al jefe de la red a creerse abandonado o traicionado. Sus reticencias y sus reproches llevan al jefe de la Central a dudar de la diligencia de su subordinado y aun de su lealtad. Ni uno ni otro son responsables del deterioro de sus relaciones. Por un lado hay un hombre acorralado que se da de narices con los hechos; por el otro un oficial de estado mayor encerrado en su universo burocrático.

Creemos que esto fue lo que sucedió con el Director y Trepper.

Para el Gran Jefe, el descubrimiento de los Atrebates a cargo de Fortner constituye una grave derrota, anuncio de peripecias aun más catastróficas; da a sus soldados bruselenses una licencia de seis meses. El Director no comprende del todo cómo una escaramuza perdida puede provocar tales medidas de seguridad cuando Rusia está luchando por su existencia. Los generales soviéticos no conceden licencias, a sus tropas maltrechas y las lanzan de nuevo al ataque. Es cierto que el Director no está en el frente y que no puede estarlo puesto que es un comandante en jefe, porque en tal caso su visión de la batalla perdería amplitud. Poco importan estas querellas tácticas: hay oposición entre el Director que sacrifica alegremente al grupo berlinés, sea por exceso de confianza en el hermetismo de sus códigos, sea porque considera que la situación general justifica un sacrificio semejante, y un jefe de red para quien ninguna medida de seguridad es superflua cuando se trata de salvar a sus hombres. A esa prudencia el Centro la llama pusilanimidad y se empiezan a preguntar si el Gran Jefe tiene suficiente sangre fría.

Tras el anuncio del arresto de los pianistas y de su pretendida «conversión», una respuesta afirmativa parece imponerse. ¿Un Funkspiel? Hoy el nombre y el hecho nos parecen familiares, pero en 1941 constituían una novedad. El Director tal vez lo creyera si los emisores pretendidamente «conversos» le trasmitieran enormes mentiras, cosa que no es así. ¿Cómo puede creer que la Gestapo se tome el trabajo de destruir a una red para proseguir su tarea? Trepper, infatigable Casandra, insiste; afirma que todo anda mal mientras los pianistas belgas afirman que todo anda bien. Luego protesta y amenaza y comete ante el Centro la injuria de una infidelidad —¡más bien dicho de una traición!, al pasar sus mensajes más importantes por la onda del

Partido que va a parar al despacho de Dimitrov y no al del Director. ¡Y qué mensajes! «Es posible que algunos traidores se hayan infiltrado en nuestros servicios». ¡He aquí la declaración del Gran Jefe, vía Dimitrov, al poderoso Comité Central del Partido Comunista ruso! Haría falta mucho menos para que el Director caiga en el vicio congénito de los servicios rusos: la desconfianza. Para el Centro todo el mundo es sospechoso. ¿De qué? Se trata solamente de elegir: desviación hacia la izquierda, desviación hacia la derecha, demasiada afición por las mujeres, no ser indiferente a los hombres, el gusto por el dinero, ser trotzkista, pertenecer al Intelligence Service… Un jefe de red cuyos asuntos van mal es acusado de sabotaje, si van bien, lo mismo se desconfía, puede ser un policía disfrazado, porque no es normal que no tenga contratiempos… ¿Trepper? Desde el comienzo de la guerra, quejas, gritos, recriminaciones. Una prudencia de serpiente cuando lo que se quiere de él es la audacia del león. Siempre gimiendo por la penuria de las emisoras.

¿Un traidor? Quizá no, todavía, aunque haya sido imprudente ponerlo en contacto con un Robinson, probable agente del Deuxième Bureau o con un Ozols, agente posible de la Gestapo… No, tal vez no un consumado traidor, pero sí un jefe inferior a su cargo. El Director lo vigila.

Lo pierde de vista en noviembre de 1942. ¿Sabe, acaso, que ha sido arrestado? No es seguro. Tres meses después el Centro recibe un mensaje trilingüe. ¡Enorme estupor! ¡Insondable perplejidad! ¿Un informe redactado en plena cara de la Gestapo y pasado ante sus narices? ¡Increíble! ¡Un cuento de hadas! En Moscú como en Londres el adversario tiene una imagen y la Gestapo representa la máquina policíaca por excelencia, un mecanismo sin defecto concebido para dar caza y destruir, un mito. ¿Cómo iba a permitir que un prisionero suyo escribiera lo que se le antoje? ¿Cómo iba a dejarlo suelto por las calles de París? Hipótesis: Trepper, agente del enemigo, no ha logrado quebrar la confianza que el Director conservaba para los pianistas de Bruselas: quizás el mensaje trilingüe constituya una nueva tentativa, una provocación para que Moscú pierda confianza en la única parte sana de la red: el grupo de Bruselas. Por otra parte, la trasmisión de Jacques Duclos es una garantía de autenticidad. No habría aceptado un documento de origen dudoso. Ha tomado sus precauciones y actuado en consecuencia. Pero ese Gran Juego del que Trepper habla…, ¡qué confusión!

Según Reiser, la confusión del Director duró tres meses: en mayo de 1943 los mensajes recibidos por el Kommando asumieron un tono lleno de reserva: se mostraron avaros de precisiones, doblaban la guardia. Según el Gran Jefe, el Centro tardó cuatro meses en verificar su informe: en junio de 1943 estaba convencido de su veracidad. Creemos plausible fijar la fecha en la segunda semana de junio si recordamos que pocos días antes ordenó a uno de los jefes de la red suiza, Alexander Foote, que se entrevistara con uno de los miembros de la red francesa. Precisó que Foote no debía sostener ningún tipo de conversación con el mensajero. ¿Fue simple prudencia inspirada en la advertencia de Trepper? Pensemos mejor que para el Director el encuentro fue una prueba: si el mensajero rompía la consigna del silencio se podía suponer un intento de infiltración y eso confirmaría el informe del Gran Jefe. La prueba, lo hemos visto, resultó harto convincente: charlatanería, el libro, los mensajes cifrados para trasmitir, la insistencia en una segunda entrevista…

Foote sospecha y comunica sus aprensiones al Director (disimulándolas, según las órdenes del Centro para que no fueran descifradas en caso de una intercepción). Quince días después recibió la confirmación de sus dudas: el Centro le hacía saber que él mensajero era un agente alemán.

Este episodio concluye con las vacilaciones del Director, *quien ha necesitado un año para convencerse de las «conversiones» tantas veces anunciadas por Trepper*. ¿Estupidez? Sí y no. El Centro ha tenido la mala suerte de servir como cobayo al más extraordinario Funkspiel conocido hasta entonces, que ha sobrepasado por muchas cabezas a toda maniobra clásica de infiltración porque su objetivo no era técnico sino político y porque la importancia del logro hizo que en un principio se enviaran informes auténticos que impedían al Director la posibilidad de advertir que el Kommando lo engañaba.

La revelación aportada por el mensaje trilingüe permitió al Centro algunas humoradas, tanto más notables por cuanto los servicios soviéticos, por lo general, dan prueba de una desoladora falta de humor. La cita organizada con Foote tenía como fin una entrega de fondos para la red francesa. Giering y sus hombres no recibían beneficios y, como a cualquier hombre del servicio de información, esa sagrada alegría los conmovía cuando podían embolsarse los dineros del adversario. De este modo, reservando a París para el Funkspiel en serio, utilizan de buena gana las emisoras belga y holandesa en la colecta de fondos.

En enero de 1943, antes de la fuga de Wenzel, le habían hecho pedir subsidios a Moscú. Una misteriosa lata de porotos en conserva llegó a Bulgaria; en su interior habían cien libras esterlinas: una miseria. Después de la llegada a Moscú del mensaje trilingüe, el Kommando reclama nuevos fondos. El Centro envía la dirección de un ingeniero Bodhen Cervinka, en Bruselas, quien entregará cinco mil dólares. El Kommando envía un mensajero a Cervinka y éste le cierra la puerta en las narices. Su buena fe es obvia y por lo tanto se renuncia a inquietarlo, aunque no a suprimir los sablazos. Se lleva a cabo un nuevo intento por intermedio del holandés Winterink. Moscú, evasivo, pregunta a qué dirección tendrá que despachar el dinero. El Kommando da la de un ex miembro del partido comunista holandés. Pérfidamente el Centro manifiesta asombro: las relaciones de ese hombre con la Gestapo son bien conocidas. Tercer intento a través de Yefremov y esta vez el Centro los envía a ver a un tal X, funebrero en Charleroi, quien debe cincuenta mil francos belgas a Moscú. El señor X explica que la cuenta está saldada porque una compañía italiana de seguros le reembolsó el dinero; pero ¿no era él deudor y no acreedor? ¡Exactamente! Moscú le debía cincuenta mil francos. La broma pone fin a los sablazos del Kommando y divierte al Centro.

Pero a pesar de todo, el mensaje trilingüe no mejora las relaciones entre su autor y el Director. Cinco meses después del episodio Foote, Trepper se evade y el Centro, al saberlo, queda consternado. Su fuga pone en peligro al Gran Juego y a las ventajas que Moscú pensaba obtener de él, puesto que el Kommando debe suponer que el primer cuidado del fugitivo habrá sido el de revelar la mistificación. Se suscitan nuevas dudas acerca de la lealtad del Gran Jefe porque cada evasión provoca en el Centro infinitas desconfianzas recordando los procedimientos de infiltración de la policía zarista. Un comunista, además, sólo escapa con la autorización de sus jefes. Trepper no es cualquier comunista ni la Gestapo cualquier policía, ¿cómo admitir que haya cometido la tontería de permitir la huida de semejante preso? Sin duda el mensaje

trilingüe daba pruebas de la fidelidad de Trepper pero han pasado ocho meses. ¿Qué ha sucedido en el ínterin? El Kommando, ¿ha «convertido» de veras a su prisionero?

Un quidproquo aumenta la desconfianza del Centro. Trepper reanuda el contacto y pide que se expida a París un emisario encargado de examinar la situación, de inspeccionar en el lugar mismo. ¿A quién propone para tal fin? ¡A su mujer, Luba! Para el Gran Jefe es un testimonio de buena fe esta propuesta que, en caso de ser aceptada, haría correr a su esposa los mayores riesgos. Pero el Director lo entiende de otra manera y ve en ello un intento de Trepper por recuperar a su mujer y largarse, abandonando el trabajo y dejando plantado al Centro, sea por cansancio, por descorazonamiento o porque de veras ha traicionado.

Algunas semanas después, el grotesco mensaje de Pannwitz con la intención de reanudar el Gran Juego («¿Qué sucede con Trepper? Veo por todas partes avisos de búsqueda que se refieren a él») acaba de sumir al Director en la perplejidad. Le parece inverosímil que el Kriminalrat lo tenga en tan baja estima como para engañarlo de manera tan grosera. Porque anunciar la evasión del Gran Jefe significa demostrar que sus telegramas, desde diez meses atrás, fueron enviados bajo control alemán, revelando así la existencia del Funkspiel y haciendo nacer en el Centro una desconfianza que anula toda mistificación… El Director pierde el hilo de la intriga, pero envía lo mismo la respuesta esperada por Pannwitz. «Para nosotros Trepper es un traidor, que el Partido no le dé ni una miga de pan». Y aguarda. No tarda en comprender, a la luz de los mensajes posteriores, que el Kriminalrat no se preocupaba mucho por aparecer incoherente; quería, por sobre todas las cosas, mantener el contacto con Moscú, confiando en aplacar las inquietudes del Director con el tono «sincero» de sus mensajes. El Director, que se preparaba a hilar fino, ve que el enemigo le cae en los brazos. Un buen final justifica todo.

Salvo para el Gran Jefe. Porque el vuelco de Pannwitz que la próxima derrota alemana explica (el Kriminalrat quiere salvar su pellejo) no aclara los misterios anteriores. ¡Y en ese momento Trepper propone raptar al Kommando que se apresta a dejar París! ¿Con qué fin? ¿Para hacer desaparecer carpetas y testigos? A Kent, que le pregunta si debe aguardar en París la inminente llegada de los aliados, el Director responde textualmente: «Repliéguese con sus amigos alemanes. No abandone a esas personalidades con quien tiene tan buenas relaciones y que le dan tan preciosos informes. Podrán sernos útiles más tarde». ¡Como para permitir que Trepper se apodere del equipo y se vea obligado a entregarlo a las autoridades francesas! El Director no lo autoriza. Pannwitz y Kent proseguirán su tarea hasta el fin de la guerra. Saben demasiado para que se los exponga a morir de una bala perdida o muy bien dirigida.

Apostamos que el Director vio llegar a Trepper a Moscú, primero, luego a Kent y a Pannwitz, y por fin a Ozols y Wenzel, con infinito placer. Tenía a todos en sus manos. Por fin iba a conocer la palabra definitiva.

¿Diez años para que el partido comunista francés y el M. O. I. de Kovalski confirmen

las circunstancias de la trasmisión a Juliette del mensaje trilingüe? ¿Diez años para tener la certeza de que la evasión fue auténtica con Willy Berg en Pankow? ¿Diez años para reconocer que el Gran Jefe se había mantenido lúcido en medio de la confusión, firme a pesar de la incomprensión tenaz de sus jefes, valiente en los peligros, ingenioso en la adversidad? Las investigaciones del Centro, sin embargo, no tienen reputación de lentas en los procesos de beatificación… Los seis meses transcurridos entre la liberación de París y el viaje del Gran Jefe no fueron bastantes para resolver los enigmas de la Orquesta Roja pero sí lo suficientes para que el Director verificara en Francia lo esencial de las afirmaciones de Trepper. Cuando éste apareció en la sede del Centro, quedaban muchas preguntas por hacerle pero su lealtad no podía ser discutida. Es significativa la primera frase del Director: «¿Cuáles son sus proyectos para el futuro?». Trepper contaba aún con un futuro en el Centro. Y la pregunta escondía una advertencia.

¡A ningún precio había que hablar del pasado! La respuesta del Gran Jefe decidió su destino. Lejos de correr un púdico velo sobre los últimos cuatro años, regresaba desbordando de indignación, con el insulto en los labios, decidido a ajustar las cuentas. Era condenarse a la Lubianka. *Porque el Director no podía dejar suelto por las calles de Moscú a un hombre agriado que proclamaría en todas partes cómo había advertido vanamente a Stalin del inminente ataque alemán y luego se las había ingeniado durante años enteros por enderezar los errores del Centro*. También Sorge hubiera acabado en la Lubianka si los japoneses no lo cuelgan y si hubiera regresado a Moscú en el mismo estado de ánimo de Trepper.

¿Diez años para calmar al Gran Jefe y enseñarle las virtudes de la resignación? No era necesario tanto tiempo. Pero después de meterlo en la Lubianka con estos fines lo dejaron dentro por otras razones. Fue como un náufrago que olas sucesivas sumergen.

La primera ola fueron sus colegas, jefes de redes y agentes que regresaron a Moscú tras cinco años de trabajo en el extranjero. El Director no los reconoció, tan cambiados retornaban. Durante los cinco años de la guerra, abandonados a sí mismos, debieron inventar las nuevas reglas exigidas por una situación imprevista; su amo fue el acontecimiento y no el Centro. Desparramados por los países europeos para hacer espionaje, la lucha contra el invasor nazi les confirió una especie de carta de naturalización y se unieron a las resistencias nacionales; hombres de opiniones contrarias a las suyas se convirtieron en sus hermanos de armas y juntos combatieron codo con codo. Lo dice Trepper: «Sabía que Ozols había trabajado para el Deuxième Bureau, pero esto no me preocupaba;
¿acaso no hacíamos la misma guerra?».

Y Schulze-Boysen, ¿no intentó advertir a Londres que un código del Intelligence Service había sido «captado» por la Funkabwehr? De haberlo sabido, el Centro le habría hecho reproches. En 1942, Alexander Rado, jefe de la red suiza, recibió unos documentos de importancia capital para Inglaterra. El Director le prohibió que los trasmitiera por intermedio de un correo y le dio orden de quemarlos. En 1943, cuando la policía suiza dislocaba la red, Rado explicó al Centro que la única salvación consistía en alojarse en una embajada donde la inmunidad diplomática le permitiría continuar su labor. Como Rusia no tenía embajada en Berna. sugería la inglesa. El

Director reaccionó violentamente y prefirió la destrucción de la red suiza. Rado, sospechoso de ser un agente del Intelligence Service, va a París después de la liberación y se presenta a la misión Novikov. El 6 de enero de 1945 se embarca con Trepper en el avión rumbo a Moscú, pero en la escala de El Cairo sus nervios lo traicionan y desaparece. Moscú lo denuncia a las autoridades inglesas como oficial desertor. Lo detienen y lo entregan a los rusos. Pagará con diez años de cárcel su ingenua creencia en que la lucha contra el nazismo era más importante que la vieja guerra contra el Intelligence Service.

Esta opinión era compartida por sus colegas en el extranjero. Jamás olvidarían la sagrada alianza. En su ausencia una nueva generación de jóvenes funcionarios se había instalado en las palancas de comando del Centro. Los burócratas de la conspiración vieron el retorno de los románticos de la revolución con asqueante desprecio. Sobrevivientes de las purgas, recibieron el moquete de *románticos y cosmopolitas* y el veredicto sin apelación de *irrecuperables*.

Todo esto no había bastado para llevar a la cárcel al Gran Jefe pero fue una poderosa razón para dejarlo podrirse allí dentro. Había sido uno de los amos del espionaje soviético y por lo mucho que sabía el Director prefería tenerlo en una celda a dejarlo libre, a merced de cualquier tentación…

La segunda ola hundió al Director. Vino del Canadá en setiembre de 1945 cuando la policía local descubrió a una red soviética dirigida por un coronel del Centro y se produjo el arresto, entre otros, del espía atómico Allan Nunn May. Un delito grave. El K. G. B., eterno rival del Centro, aprovechó la ocasión para ajustar algunas cuentas. El Director y sus adjuntos fueron sacrificados. Una nueva depuración cavó sombrías simas en los servicios del Ejército Rojo cuyos miembros cayeron en desgracia. Fue entonces cuando Abakumov, ministro de Seguridad y secuaz de Beria, dijo a Trepper, estrella caída de un Centro reprobado: «Si hubiera trabajado para nosotros en lugar de hacerlo para esos canallas del Estado Mayor, tendría ahora el pecho cubierto de condecoraciones», y mostrándole la Plaza Roja desde las ventanas de su despacho, agregó: «Allí lo habrían nombrado héroe de la Unión Soviética». La tercera ola irrumpió años después, en 1948 y fue una ola de antisemitismo. Es harto conocida para que comentemos su fuerza y su duración. Trepper volvió a ser sacado de su celda y conducido al despacho de Abakumov. «¿Por qué se rodeó de traidores? —le preguntó éste. Explíqueme con qué fin juzgó conveniente ubicar a traidores en los puestos importantes de su red. —¿Cuáles traidores? —Katz, Grossvogel, Springer, Raichman, Schneider, etc., todos judíos y por lo tanto traidores».

En Moscú fueron detenidos los dirigentes del «Comité judío antifascista» entre los cuales se contaban los viejos camaradas de Trepper desde el lejano 1935, cuando colaboraba en el periódico *La Verdad*. Casi todos «confesaron» y fueron ejecutados.

Aun en la Rusia de Stalin la injusticia revestía un disfraz jurídico y una «troika» administrativa juzgó al hombre que había creado y puesto en marcha la red más grande de Europa, la que mereció la admiración y el respeto de los servicios occidentales. El cargo

principal fue el de haberse prestado al Gran Juego sin la previa autorización del Director. El Gran Jefe recordó las advertencias de Giering. Era verdad que ignoraba si tendrían la posibilidad de alertar al Centro en aquel momento, pero ¿acaso valía más no hacer nada y quedarse de brazos cruzados ante el desastre? «¡En resumen —dijo a sus jueces— estaba en una casa en llamas y me acusan de haber hecho de bombero!». Pero sabe que toda protesta es vana y la «troika» de Stalin confirma el pronóstico del jefe del Kommando: quince años de prisión.

Para Pannwitz y sobre todo para Kent, la presencia del Gran Jefe fue una terrible sorpresa. El Director había pedido noticias de él a Kent, continuamente. Cuando los dos compinches se replegaron a Alemania, les dijeron que Trepper se negaba a ir a Moscú. Es decir que Kent no sería desmentido y que podría regresar al redil sin temores. No sólo la «conversión» le sería contada favorablemente sino que podría imputar sus anteriores traiciones al Gran Jefe. Ayudado por el complaciente Pannwitz, Kent redactó un expediente en el cual aparecía blanco como la nieve y en el que Trepper quedaba como un renegado. Como el personaje real estaba en Moscú, Kent no pudo llevar a cabo su treta pero el hecho de haber conducido a Pannwitz por los senderos de la traición le fue contado a su favor y pudo así salvar su vida.

A Pannwitz lo interrogaron tres años seguidos con intervalos de cuatro meses de descanso. Según el Kriminalrat los interrogatorios no fueron apremiantes. Rápidamente supo el ruso lo suficiente como para pensar su respuesta mientras el intérprete traducía. Puesto que los rusos ignoraban las costumbres occidentales algunas respuestas los hacían entrar en sospecha y era preciso dar mil explicaciones. Todo habría ido bien, sin embargo, a no ser por el «complejo M». Es un dogma de los servicios soviéticos que no puede haber un espía en Moscú (M) y, en caso de duda, cuando el carácter sagrado e inviolable de la capital soviética es puesto en tela de juicio, el Centro resulta ser presa del «complejo M» y busca con frenesí al culpable. Y bien, el Director consideraba que la radiogoniometría no pudo detectar tan rápidamente a las emisoras de la Orquesta Roja y suponía la existencia de un traidor en Moscú. Interrogado, el Kriminalrat desmintió la hipótesis sin convencer a sus interlocutores de su sinceridad. Un buen día, aniversario del casamiento de Pannwitz, un coronel del Centro le anunció con voz angustiada que tenía orden de zurrarlo si no hablaba. A pedido de Pannwitz le mostró un documento firmado por Abakumov en el cual el ministro de Seguridad autorizaba «un procedimiento excepcional». El coronel exhibió una cachiporra de caucho y se la mostró al Kriminalrat haciéndole notar que era de fabricación alemana y no rusa. Luego acostaron al prisionero boca abajo y le bajaron los pantalones. El coronel lo zurró hasta que Pannwitz perdió el conocimiento. Lo reanimaron y la zurra prosiguió. Por fin un médico del Centro dijo que era suficiente. El coronel guardó su cachiporra diciendo con aire mohino: «Mire, somos una policía democrática, aquí los coroneles cumplen esta sucia labor». Pannwitz precisa qué fueron correctos porque sólo lo golpearon en las nalgas y los muslos.
«En otra parte pudo hacerme daño». Habla un experto.

Así terminó el asunto del traidor. Dijeron a Pannwitz que tenía suerte porque era raro que un prisionero salvara la vida cuando estaba en juego el «complejo M».

El régimen alimentario de la Lubianka era frugal: pan negro, chucrut, pescado salado. Cuando Pannwitz se quejó a la dietista de la cárcel le dijeron que el régimen era bueno y que ningún preso había caído enfermo por desnutrición. En realidad mantuvo su estado físico en buenas condiciones. Lo pesaban a intervalos regulares y si el peso había disminuido le aumentaban la ración.

Jamás volvió a ver a Trepper ni a Kent. Aunque algunas veces le leyeron sus declaraciones, nunca los carearon. En la Lubianka los presos por una misma causa no podían comunicarse entre sí. Pero Pannwitz sabía que estaban allí y más de una vez pensó en la divertida paradoja que había encerrado en la misma cárcel y en idénticas celdas al jefe de la Orquesta Roja y al Jefe del Kommando.

Terminados los interrogatorios lo mandaron al campo siberiano de Vorkuta, cerca del Océano Glacial. Allí, a pesar del frío polar, el trato fue mejor. Por fin en 1955 se firmó en Moscú «el acuerdo Adenauer». El viejo canciller obtenía la repatriación de los presos alemanes. Los guardianes del campo, al enterarse por la radio de la noticia, lo abrazaron con alegría. Habían transcurrido diez años desde que llegara a Moscú un Kriminalrat henchido de importancia, apretando contra el pecho un portafolio lleno de secretos diplomáticos, persuadido de que un porvenir dorado se abría ante él. Sus sueños no se habían realizado pero por lo menos salvó la vida. Era lo esencial. Feliz de poder regresar a casa, se encaminó con paso ligero hacia los «detectores de mentiras» de sus compatriotas…

Desde su primera noche en la Lubianka el Gran Jefe se fijó un objetivo: sobrevivir, así fuera por una hora, «a esas gentes». Esta idea no lo abandonó jamás. Fue la roca a la cual se aferró mientras sus compañeros de infortunio se abandonaban a la desesperación. Rechazó la cólera fatigante y guardó sus fuerzas para sobrevivir. Tendido hacia el porvenir, descartó el pasado. En cuarenta años de vida azarosa había librado y ganado muchas batallas; la más dura fue la que mantuvo contra los de su campo.

No lo maltrataron. Supo, por algunas conversaciones que Wenzel había sido torturado. Tampoco él vio a Kent, Ozols o Wenzel ni a ninguno de sus ex subordinados. Abakumov lo hacía comparecer de vez en cuando y ejercitaba con él su cinismo. Cuando fue descubierta la red canadiense le mostró recortes de diarios en los que se insinuaba que el jefe de la Orquesta Roja no era tal vez ajeno al asunto. «Ya ve —dijo Abakumov riendo— no se queje, las policías de todo el mundo lo buscan y usted está bien seguro con nosotros. ¿No le parece formidable?».

El único que se mostró amistoso con él fue su juez de instrucción. Le ofrecía cigarrillos que él rechazaba. Un día, después de un interminable interrogatorio, le dijo: «Usted ha decidido durar más que nosotros, por eso resiste —y como Trepper callaba, agregó—: Mire, tengo que anunciarle algo, voy a cerrar su causa. Estoy seguro de que lo tienen encerrado por otras razones que ignoro. No puedo hacerme cómplice de una cosa así». Por primera vez Trepper aceptó el cigarrillo que le

ofrecía y entonces el juez le dijo:
«Ahora sé que ganará. Un fumador que rechaza un cigarrillo es capaz de todo».

Su mujer, Luba, ignoraba su presencia en Moscú. El Director le había dicho que Trepper había abandonado el trabajo y que no debía esperarlo más. Sola y sin recursos ganó su vida y la de sus hijos como fotógrafa ambulante. Sin duda no la enviaron a la cárcel o a Siberia porque los viajeros que venían de Francia preguntaban por el Gran Jefe y se les decía que estaba en misión en el extranjero pero que podían ver a su mujer o a sus hijos, Luba llevó una vida miserable, viviendo en un sucucho y arrastrando de pueblo en pueblo su pesada máquina fotográfica mientras su compañero se paseaba por su celda como todos los presos del mundo.

Y esto duró diez años.

El 5 de marzo de 1953 el pánico invadió a la Lubianka. Los guardias corrían por los corredores y los presos fueron sometidos a medidas excepcionales de seguridad. Creyendo que la Tercera Guerra Mundial acababa de estallar, los dominó la angustia. Era una falsa alarma y pronto se restableció la calma. Meses después, el Gran Jefe fue conducido nuevamente a la presencia del ministro de Seguridad. En lugar de encontrarse con Abakumov se halló frente a un viejo general bigotudo quien, con buenas maneras le mostró un *Pravda* ya viejo cuyo editorial estaba consagrado al «complot de los delantales blancos». Explicaba cómo un grupo de médicos judíos había tratado de matar a Stalin. El general preguntó su opinión a Trepper. «Es una idiotez — dijo éste—, para asesinar a Stalin existen especialistas, no son necesarios los médicos. —¿Le parece entonces que hacemos idioteces? —A veces». El general meneó la cabeza y le tendió otro ejemplar de *Pravda* en el que se decía que los médicos habían sido rehabilitados. Trepper no hizo comentarios. El general exhibió entonces un tercer diario en el que con grandes titulares se anunciaba la muerte de Stalin, el 5 de marzo próximo pasado. Trepper guardó silencio, pensaba que aunque Stalin había muerto sus secuaces seguían controlando el ejército y la policía. El general tenía en su poder un cuarto ejemplar con fecha de diciembre de 1953, se lo mostró al preso y éste leyó el artículo consagrado a la liquidación de Beria.

El Gran Jefe sonrió. Había ganado.
Los sobrevivía.

«Escuche —le dijo el general. Nosotros, los de la Vieja Cheka, hemos cometido errores pero nuestras intenciones fueron puras. Hace veinte años que dejé este trabajo. Ahora me pidieron que viniera aquí para arreglar algunos asuntos importantes. Empiezo por usted porque considero que su caso es uno de los más importantes».

La Lubianka se transformó en una especie de hotel de lujo y empezaron las liberaciones. Trepper se encontró con su mujer y sus hijos tras quince años de separación. Los instalaron en un buen departamento mientras preparaban la repatriación a Polonia. Ozols y Rado fueron liberados también. De Wenzel no se supo nada. Kent fue puesto en libertad. Lo único que sabemos es que vive en Leningrado. Fue amnistiado en tanto que los altos tribunales judiciales soviéticos archivaron la causa del Gran Jefe por «falta de fundamentos» y le dieron un certificado de solemne rehabilitación.

Había entrado a la Lubianka antes del final de la Segunda Guerra Mundial y salía de allí al terminar la guerra fría. La última vez que vio a sus hijos tenían nueve y cuatro años, se encontraba ahora con un hombre de veintitrés años y un muchacho de dieciocho. Le habían robado su infancia y su adolescencia. A Luba le dijeron que su marido la había abandonado y que era un traidor. Impusieron al jefe de la Orquesta Roja la humillación del encierro en la misma cárcel que al Kriminalrat Pannwitz, le hurtaron diez años de su vida que ningún certificado podía devolverle. Lo expusieron a la muerte desesperada de los que han sacrificado todo para recibir en cambio ingratitud e injusticia. ¿Alguien querría cambiar su vida por la suya? Uno puede decirse en horas de exaltación: «Hubiera querido, habría sabido ser Sokol, mudo ante la tortura, Suzanne Spaak que murió recitando a Sócrates, Schulze-Boysen impasible ante la horca». Pero a Trepper le dedicamos nuestro aterrado respeto al verlo salir de la Lubianka, víctima ejemplar de los excesos de Stalin.

«¿El stalinismo? —nos dice— fue una enfermedad. Era de esperar que pasara. El viaje París-Varsovia duró once años, a veces los trenes se retrasan». Dejó la cárcel tan comunista como antes de ingresar a ella y aunque nosotros no somos comunistas, nos gusta que haya mantenido su fe porque la derrota de un hombre a quien sus vicisitudes llevan a arrojar sus convicciones como un fardo demasiado pesado es la derrota de todos los hombres.

¿Qué imagen nos llevaremos de él?

¿El insurrecto de Dombrova? ¿El militante de Palestina? Sin duda le son gratos a su corazón, pero estos precursores remotos del Gran Jefe pertenecen mejor a una novela de André Malraux. Dejémoselos a él.

¿El aprendiz de espía de la red Fantomas? ¡Eso sí que no! Niega esa imagen. Niega haber pertenecido a esa red y haber seguido cursos de espionaje en la Academia del Ejército Rojo. Entonces, ¿descendió de una nube en 1939 como un profeta armado para conducir a la Orquesta Roja en la cruzada antifascista? ¡No hemos recorrido tan largo camino para quedarnos con esta imagen de Epinal!

¿El hombre que deshizo el gran juego S. S.? Aunque los historiadores demostraran, acaso, que salvó al Kremlin entre junio de 1943 y la conferencia de Teherán de una infiltración de incalculables alcances, no eligiríamos tampoco esta imagen como definitiva. El Gran Juego significó tretas, simulacros, cautelas, artificios. Está bien que haya mostrado ser el más astuto, pero preferimos en él otras cualidades. ¿El Jefe de la Orquesta Roja? Sí, nos sentimos tentados a elegir esta imagen. Tal vez ha quedado un poco olvidada desde que el Gran Juego creció dentro de nuestra historia como un parásito. Recuérdenlo: desde 1940 hasta fines de 1942 centenares de mensajes advirtieron a Moscú los movimientos del enemigo, sus puntos vulnerables, el potencial económico-militar alemán fue revelado y el Estado Mayor soviético pudo dirigir las operaciones con los mapas del Estado Mayor alemán a la vista… Pero detengámonos porque parece que estamos diciendo que la guerra se ganó gracias a él y esto no le gustaría. Dice: «Ninguna guerra, ninguna batalla, ha sido ganada por un servicio de espionaje. Las ganan quienes mueren en el combate. Los soldados que aceptaron morir entre sus ruinas salvaron a Stalingrado. Y nadie más».

Tal vez preferiría salir de puntillas dejándonos esta tarjeta de visita: «Leiba

Domb, editor». La literatura clásica judía, su oficio de hoy, su pasión de siempre, una vocación largamente contrariada. Recuerdo nuestras noches de Varsovia. Caminábamos por las calles de su casa a mi hotel. Eran necesarias muchas preguntas y exorcismos sin fin para hacer resurgir al Gran Jefe a la vuelta de una esquina. Pero de pronto volvía a ser el que fue cuando celebraba sus azarosas entrevistas en las calles de París, se detenía, erguido, y me decía con su dulce voz: «Examinemos todas las hipótesis posibles partiendo de esta situación». Fuegos de artificio, especulaciones ingeniosas, consideraciones sobre «esas pobres gentes» (los S. S.) y luego reaparecía Leiba Domb; editor, que no nos pertenece, que pertenece a Luba, a sus hijos, a sus autores…

No, la imagen que conservaremos es una más reciente, data del 11 de abril de 1965, diez años después de su liberación, veinte años después de su retorno a Moscú. Delegaciones venidas de todo el mundo celebran en Auschwitz los veinte años de la liberación del campo. Están presentes el presidente del consejo polaco, y el general soviético que abrió las puertas de Auschwitz en 1945. Con ellos Leiba Domb, presidente de la comunidad judía de Polonia. Se pone de pie y habla a las ochenta mil personas reunidas frente a la tribuna. Escúchenlo: por su voz todos los muertos de la Orquesta Roja hablan a los muertos de Auschwitz y a los vivos del mundo entero: el alemán Adam Kuckhoff, el francés Pauriol, la belga Suzanne Spaak, el holandés Kruyt, el ruso Danilov, la norteamericana Mildred Harnack, los que tuvieron el coraje de callar y los que hablaron, los ahorcados, los fusilados, los decapitados. Escúchenlo: está bien que hablen por su voz, no porque fue su jefe sino porque fue entre ellos, el que pagó el precio más alto, el que fue herido por los suyos en tanto que los otros murieron a manos del enemigo. Escúchenlo: está bien que sus palabras resuenen en ese campo de Auschwitz donde se perpetró lo indecible, donde un pueblo fue exterminado; porque precisamente para impedir *eso* combatieron y murieron los de la Orquesta Roja; pertenecían a todos los países, a todas las razas, a todas las religiones, a todas las opiniones, pero eso los unió en el combate y para toda la eternidad. Escúchenlo: está bien que en el lugar donde fueron llevados al sacrificio tantas mujeres, niños y viejos indefensos, tantos hombres judíos a quienes se negó el derecho a luchar, sí, está bien que se alce la voz de un judío que asestó al nazismo los golpes más mortales.

Postfacio

El 8 de mayo de 1945, día de la Victoria en Europa, la investigación sobre la Orquesta Roja tomó un nuevo camino.
GILLES PERRAULT.
La Orquesta Roja.

La victoria sobre el nazismo y el retorno de millones de hombres a la vida normal no aportaron ni paz ni alegría a los sobrevivientes de la Orquesta Roja o a las familias que habían perdido a uno o a varios de los suyos en el combate.

Desde los primeros años de la guerra fría se trató de hacer caer en el olvido, con la

mayor rapidez posible, la lucha común contra el mismo enemigo, para borrar de la memoria de los hombres los esfuerzos conjugados y solidarios de los que habían tomado parte en el desmoronamiento del fascismo.

Se utilizó un arsenal de medios, signados por la mentira, las falsificaciones y la calumnia. La Orquesta Roja se convirtió en blanco de toda clase de ataques. Esta actitud que duró casi veinte años se inscribe dentro de las provocaciones y mistificaciones de la guerra fría.

Entraron en acción «especialistas» del espionaje. Aparecieron novelas sensacionalistas, relatos fantasiosos colmados de reflexiones pretendidamente históricas. En resumen, una verdadera «orquesta» de mentiras. Las gentes fueron gratificadas con elucubraciones de este tipo: «La Orquesta Roja, la red más importante de espionaje de la Segunda Guerra Mundial continúa funcionando» o «La Orquesta Roja fue totalmente aniquilada por los alemanes» o «El Gran Jefe y sus colaboradores se vendieron a los alemanes» o «El Gran Jefe fue fusilado en Moscú».

Durante muchos años los servicios de contraespionaje de los países occidentales han inquietado a los sobrevivientes de la Orquesta Roja o a los familiares de los desaparecidos. Duras pruebas aguardaban en Moscú a los que regresaron. Bajo el gobierno de Stalin, en señal de reconocimiento, fueron destinados a un «lugar de elección» en una de las «casas de reposo» de Beria-Abakumov.

Transcurrieron muchos años. Muerto Stalin, sus compañeros Beria, Abakumov, Dekanosov y sus compinches pagaron sus crímenes. Se rompió el hielo de la guerra fría. Se procedió a la rehabilitación de los que fueron alma y cerebro del Ejército Rojo, ejecutados como «enemigos» por Stalin entre 1937 y 1938. Por una ironía del destino, como dice Gilles Perrault, los servicios alemanes secretos habían contribuido en efecto a su pérdida.

Poco a poco, fueron apareciendo los primeros intentos para restablecer la verdad sobre el carácter real de la lucha llevada a cabo por los grupos antifascistas como la Orquesta Roja, el grupo de Richard Sorge y de Hozumi Ozaki en Japón y el de Radolfi (Rado) en Suiza. Reconozcamos que los primeros en revelar la importancia de la red «Ramsal» de Sorge y Ozaki fueron los patriotas japoneses.

En la década del 60, múltiples publicaciones trataron de «develar el misterio» de la Orquesta Roja. Pero ninguna dio respuesta satisfactoria a la pregunta primordial: ¿Qué fue la Orquesta Roja? Las reglas por lo común admitidas, los métodos de trabajo, las costumbres propias de los servicios de espionaje no bastaban para explicar la lucha llevada a cabo por la Orquesta Roja. Sus «agentes» no fueron comprados ni se vendieron ni se los reclutó por chantaje o presión física.

Los combatientes de la Orquesta Roja no eran solamente comunistas sino hombres y mujeres de diferentes ideologías, ateos y creyentes, intelectuales y obreros. Sumaban centenares en los países ocupados y en el centro mismo del nazismo, en Berlín. Los hubo de trece nacionalidades diferentes y los judíos fueron numerosos.

Los unía, los determinaba, su resolución inquebrantable de librar la batalla de la información como parte integrante de la Resistencia, en las primeras líneas de fuego, hasta aniquilar por completo la peste parda.

En octubre de 1965 tuve la sorpresa de ver aparecer en mi casa de Varsovia a un joven escritor francés, Gilles Perrault, quien me declaró al instante que desde hacía dos años trabajaba en un libro sobre la Orquesta Roja.

Aunque veinte años se alejaban del final de la guerra, siempre pensé que alguno de los sobrevivientes escribiría alguna vez la verdad sobre esta organización. Pero, al parecer, el momento no había llegado.

En 1957 regresé a Polonia en compañía de mi familia. Durante muchos años había militado activamente en el movimiento comunista sin dejar de estar unido por las fibras de mi corazón, al pueblo judío, su lengua, sus tradiciones, su cultura. Por eso juzgué mi deber proseguir mis actividades entre la población judía de Polonia de la que sólo sobrevivían 30 000 personas porque tres millones fueron exterminados por los verdugos nazis. Se me encargó entonces la dirección de la casa editora de literatura judía. En 1962 fui elegido presidente de la Asociación Cultural y Social de los judíos de Polonia. En 1968, debido a los acontecimientos que son de orden público, renuncié a todas mis funciones.

En un principio desconfié: ¿sabría reconocer un joven escritor francés de la posguerra el carácter trágico y heroico del combate librado por la Orquesta Roja? Gilles Perrault, tal vez adivinando mis dudas, me ofreció su libro: *El secreto del día J* y me pidió que lo leyera antes de iniciar nuestras conversaciones. Lo leí con atención y me impresionó la veracidad del relato sobre las actividades de los servicios secretos ingleses mientras se preparaba el desembarco anglo americano en Normandía. Con mano maestra, Gilles Perrault ha perforado la bruma que rodeó al carácter y a los métodos de los servicios secretos ingleses.

Comprendí que el autor de ese libro era ciertamente apto para entender la razón del combate de la Orquesta Roja. Cuando el libro apareció, aprecié su gran mérito por saber abrirse un camino a través del enredo de hechos, ambigüedades, documentos falsificados por los hitleristas. En opinión, Gilles Perrault ha cumplido una labor de reportero, historiador y arqueólogo. Gracias a una vasta documentación demostró pertinentemente que la lucha llevada a cabo por los antifascistas de diferentes tendencias, estrechamente unidos en su odio contra el nazismo, no fue espionaje profesional. Formaban un grupo de combatientes animados por un ideal común, conscientes del alcance de la victoria de la Orquesta Roja para la salvación de la humanidad.

Con claro estilo y verdadero arte, Gilles Perrault evoca lasfiguras de muchos de nuestros combatientes. Estamos ante personajes auténticos, con sus alegrías y sus sufrimientos, sus hazañas heroicas y sus accidentales caídas. Con elocuencia y calor el autor nos muestra cómo se formó su voluntad de hierro de luchar sin desfallecer por el aplastamiento definitivo del nazismo, así fuera a costa de sus vidas.

Tras la derrota de 1940, los franceses, los belgas y los holandeses, que formaban parte de la Orquesta Roja, se asignaron la tarea de combatir sin tregua para liberar a sus países del yugo del ocupante. Los polacos y los checos peleaban por su independencia nacional. Para los judíos no era tan sólo una guerra contra el oscurantismo nazi, como para los demás, sino la lucha a muerte contra el exterminio biológico de su pueblo. Los españoles y los italianos actuaban animados por el afán de liberar a su pueblo y a su país del régimen fascista cuya opresión padecían desde años atrás. En cuanto a los antifascistas alemanes de la Orquesta Roja eran plenamente conscientes del hecho de que no podía haber libertad para el pueblo alemán sin la derrota absoluta de la Wehrmacht nazi y del régimen fascista.

La historia de la Orquesta Roja desde su constitución abarca diez años, hasta el final de la guerra. Sólo el estudio minucioso de las diversas etapas de su lucha permitirá un análisis completo de su actividad.

Esas etapas fueron las siguientes:

La primera comprende los años que van desde el acceso de Hitler al poder hasta el estallido de la guerra (1933- 1939). Fueron creados entonces grupos de combate antifascistas encargados del espionaje en Alemania y en los países de Europa Occidental.

La segunda etapa se extiende desde setiembre de 1939 hasta el ataque de Hitler a la U. R. S. S. el 22 de junio de 1941. La señala una intensa actividad de la Orquesta Roja en los países ocupados de Europa occidental y en el propio Berlín.

La tercera etapa es de excepcional importancia y comprende la segunda mitad de 1941 y casi todo el año 1942. Nuestras redes aportaron entonces una contribución importante al Ejército Rojo en la época de sus más duras batallas.

La cuarta etapa (noviembre- diciembre de 1942 y enero de 1943) fue decisiva; logramos poner en jaque al Gran Juego alemán contra la coalición anhitlerista.

La quinta etapa comienza en febrero de 1943 y se detiene el 8 de mayo de 1945. Es la menos conocida hasta el presente. La iniciativa del Gran Juego pasó entonces a manos de los Servicios especiales del Estado Mayor del Ejército Rojo.

En 1936 el mariscal Tukhatchevski alertó a la opinión pública afirmando que la Alemania hitlerista desataría una guerra inminente. Era necesario prepararse para un posible ataque por sorpresa. El 12 de junio de 1937, el mariscal Tukhatchevski y siete oficiales más, entre los más ilustres del Ejército Rojo, acusados de «enemigos del pueblo» son condenados a muerte. Los servicios de información del Ejército Rojo, a cuya cabeza estaba el general Berzine, respondían a los principios del mariscal Tukhatchevski. A fines de 1938 el general Berzine y sus más próximos colaboradores fueron fusilados igualmente.

Fue el general Berzine quien tuvo la idea de crear redes de espionaje antifascista ante la inminencia de una guerra con Alemania. Lo vi en el verano de 1937, tras un corto viaje por Alemania, Francia y Bélgica. El general Berzine dirigía aún el Servicio de información del Estado Mayor del Ejército Rojo. Durante nuestra larga entrevista se acordó una atención muy particular a la necesidad de formar en Alemania y en toda Europa Occidental, redes especiales de espionaje que pudieran entrar en acción desde el primer momento de la guerra desatada por la Alemania fascista.

Es imposible comprender el carácter específico de la Orquesta Roja sin examinar primero los acontecimientos que constituyen el fondo de la actividad de nuestros grupos. El lector ignora las primeras operaciones, desde el comienzo de la guerra hasta el 22 de junio de 1941. Muchos meses antes de la agresión alemana contra la U. R. S. S. los grupos operativos que dependían del Estado Mayor, enviaron sin cesar mensajes cifrados desde Tokio, París, Berlín, Ginebra y otros lugares. Fueron mensajes de excepcional importancia que informaban acerca de la fecha y dirección del ataque sorpresa contra la Unión Soviética.

Stalin y su grupo hicieron caso omiso de ellos. Nos es imposible aún aclarar las causas, tan trágicas en cuanto a sus resultados, de esta actitud. Muchos elementos no están todavía en nuestro poder. Por eso Gilles Perrault no ha podido presentar en toda su amplitud este período de la actividad de la Orquesta Roja.

Desde el primer día de la agresión contra la U. R. S. S. nuestros grupos revelaban día a día, los planes estratégicos del ejército alemán, aportando así su contribución a las victorias de Moscú y Stalingrado. Decriptaban los planes de operación de la aviación

enemiga, recogían informes sobre la situación de la industria de guerra alemana, el emplazamiento de las tropas hitleristas en todos los frentes. Paralelamente llamamos la atención sobre los desacuerdos en las diferentes clases en el interior del supuestamente monolítico partido nacional-socialista. Este período de actividad de la Orquesta Roja, de excepcional importancia, ha sido excelentemente descripto por Gilles Perrault.

Los momentos más trágicos y más gravosos en cuanto a sus consecuencias para la Orquesta Roja, se sitúan entre los dos últimos meses de 1942 y el mes de enero de 1943. Vivíamos en medio de los mayores peligros y no estábamos en condiciones de conjurarlos.

El Sonderkommando «Rote Kapelle», creado para combatir nuestra actividad y cuya existencia conocimos desde principios del verano de 1942, no se limitaba a suprimir físicamente a los combatientes de la Orquesta Roja. Había proyectado apoderarse de la vasta red de nuestras emisoras en los diferentes países para servirse de ellas posteriormente no sólo contra el Ejército Rojo sino para minar y hacer fracasar a la coalición antihitlerista. La Orquesta Roja estaba decidida a echar a pique, a cualquier precio, todo intento de paz por separado.

El cuadro de esta época, descripto por Gilles Perrault, será completado alguna vez con importantes elementos, que mostrarán cómo llegamos a jugar el todo por el todo. Nos importaba en primer término desenmascarar los pérfidos planes de los nazis quienes se proponían enviar falsas informaciones militares, políticas y diplomáticas al comando de la Orquesta Roja y al gobierno soviético.

Queda entendido que si terminé por desenmascarar los objetivos del Gran Juego iniciado por los alemanes, sólo lo hice gracias al concurso incesante y al espíritu de sacrificio de los combatientes del grupo parisiense, tales como León Grossvogel, Hiller Katz, Vassili Maximovitch, Suzanne Spaak y Fernand Pauriol, así como a la ayuda de nuestros amigos de la Resistencia quienes al conservar la libertad de movimientos, aseguraron el éxito de las operaciones más peligrosas.

Espero que me sea posible, próximamente, completar la narración de Gilles Perrault para que se conozcan en toda su amplitud los años 1943-1945, en cuyo transcurso tuvo lugar el Gran Juego que el lector conoce aún imperfectamente.

La acción de la Orquesta Roja costó inmensos sacrificios y causó numerosas víctimas. Pero es falso suponer que, como lo dan a entender nuestros adversarios o quienes ignoran la realidad, la mayoría de los combatientes hayan dejado en ella sus vidas.

Muchos centenares de antifascistas forman parte de la Orquesta Roja en la Alemania nazi y en los países occidentales invadidos. Nuestros amigos alemanes fueron quienes sufrieron las pérdidas más duras. Desde 1933, tras el acceso de Hitler al poder, se formaron los primeros grupos antifascistas dirigidos por hombres notables como Harro Schulze-Boysen, Arvid Harnack y Adam Kuckhoff.

En los años anteriores a la guerra estos grupos estaban compuestos por militantes antifascistas pertenecientes a distintos medios, quienes ocupando puestos importantes en la administración y el engranaje militar y económico de la Alemania hitlerista, se entregaban a una intensa actividad clandestina contra el régimen fascista.

Al iniciarse la guerra, organizaron sobre una vasta escala el trabajo de espionaje para los servicios del Ejército Rojo. Gilles Perrault ha trazado de manera relevante las hazañas de este grupo y su notable contribución a la victoria sobre el fascismo.

Errores fatales que no fueron obra suya y que Gilles Perrault relata, causaron el trágico derrumbe de este grupo. Desde el 31 de agosto de 1942 hasta el comienzo de 1943, 130

antifascistas fueron encarcelados acusados de pertenecer a la Orquesta Roja. La Gestapo estaba desatada. Los arrestos comenzaron en el verano de 1942, cuando el grupo especial dirigido por uno de los mayores especialistas de la Wehrmacht, el doctor Wilhelm Vauck[27] logró descifrar ciertos mensajes expedidos en la segunda mitad de 1941 e interceptados en Cranz, cerca de Könisberg. Los dirigentes nazis fueron presa del pánico. Hitler, Goering y Himmler siguieron personalmente el progreso de la investigación. Las sentencias de muerte contra los miembros de la Orquesta Roja fueron firmadas por Hitler y Keitel.

Entre las 130 personas arrestadas, más de 40 no tenían nada que ver con nuestra organización. El tribunal militar nazi condenó a 49 combatientes, entre ellos a 18 mujeres, a la pena capital Fueron decapitados o ahorcados en Berlín-Plötzensee, Halle, Brandeburgo, etc.; 7 detenidos murieron bajo la tortura durante los interrogatorios, uno de ellos se suicidó, 30 fueron condenados a pesadas penas de cárcel, 8 enviados a batallones disciplinarios y 7 a campos de concentración. Pero 40 vieron llegar el día de la victoria y un número bastante elevado de miembros del grupo berlinés logró escapar del arresto y prosiguió su tarea en las filas antifascistas en Alemania.

En Bélgica, Holanda y Francia, 65 personas fueron encarceladas e inculpadas, pero 20 de ellas no habían tomado parte en nuestra red y eran parientes de los acusados o bien accionistas de nuestras firmas comerciales: la Simexco en Bruselas y la Simex en París. De este grupo 16 fueron condenados a muerte, 3 se suicidaron, 1 murió en la tortura, 45 fueron condenados a la prisión o deportados. De estos últimos, 16 murieron torturados o por agotamiento o por epidemias. Los 29 sobrevivientes asistieron a la derrota del fascismo.

Nuestro grupo de Holanda logró salvar a la mayoría de sus miembros. Pudimos impedir la infiltración del Sonderkommando «Rote Kapelle» en los grupos de los países escandinavos. En Holanda y Bélgica conseguimos evitar el arresto de muchos militantes, pero sobre todo lo conseguimos en Francia, donde nuestra técnica de trabajo clandestino y la firmeza de los camaradas presos nos permitió detener las tentativas de la Gestapo por alcanzar a la Resistencia, a sus jefes y a la dirección del Partido Comunista francés clandestino.

Aun encarcelados en las celdas de la Gestapo conducimos con felicidad peligrosas operaciones que permitieron evitar la inculpación de 30 antifascistas más o menos vinculados a nuestra organización. Estos éxitos se debieron a la intrepidez del grupo especial de lucha contra el Abwehr, creado por mí después del revés sufrido en Bruselas el 13 de diciembre de 1941. Este grupo combatió hasta la liberación de París con el enérgico apoyo de los resistentes franceses y belgas.

Debemos insistir en el hecho de que los nuestros sabían que no se ahorrarían esfuerzos por salvar sus vidas y las de sus familiares y que esta actividad de la Orquesta Roja constituyó nuestra superioridad moral e ideológica. Nada nos detenía para salvar a un camarada y si no se entiende esto no se entenderá nuestra específica actuación.

Los mismos nazis alegaron que habían descifrado la mayoría de nuestros mensajes. No es verdad. No lograron «interpretar» el código de los que mandamos desde el principio de la guerra hasta el 22 de junio de 1941 por la simple razón de que fueron despachados por correos especiales. Mucho después el Sonderkommando logró descifrar un cierto número de mensajes enviados desde Bélgica, Berlín y Holanda. Pero, al respecto, los nazis fueron impotentes durante mucho tiempo. El grupo berlinés envió mensajes muy importantes al Centro, a través de nuestros especialistas en cifrado, en el otoño de 1941; estos especialistas no revelaron, después de su arresto, ni el código ni el contenido de los

mensajes. Eran Sofía Poznanska y Makarov (Alamo) detenidos en Bruselas el 13 de diciembre de 1941. Sólo en el verano de 1942 el doctor Vauck logró, con gran esfuerzo además, interpretar algunos de nuestros mensajes.

Nunca los fascistas decriptaron uno solo de los mensajes transmitidos por Hersch y Myra Sokol. Hersch fue detenido en junio de 1942, pero no entregó el código aunque lo torturaron hasta morir. Myra fue martirizada a su vez y la Gestapo no obtuvo nada de ella, tampoco. La tercera cifradora, Vera Ackermann, logró huir gracias a nuestro celo. Los mensajes de este grupo iban a Inglaterra, de modo que los fascistas no pudieron captarlos. Les fue imposible establecer el lugar de emisión y, cosa esencial, ignoraron su destino.

Además, los hitleristas nunca interceptaron nuestra línea principal que estaba conectada con el Partido Comunista Francés, y que fue de crucial importancia para nosotros en el difícil período de 1942. Grossvogel y yo fuimos los únicos que conocimos este código. Los nazis jamás pudieron echarle el guante. Fernand Pauriol, por cuyo intermedio nos conectábamos con el Partido Comunista Francés, fue detenido por la Gestapo en el verano de 1943. Su conducta fue altamente heroica. Los nazis no pudieron quebrar su firmeza sin fallas y lo fusilaron en vísperas de la liberación de París.

Leon Grossvogel conocía toda la actividad de la Orquesta Roja desde su comienzo y jugó uno de los papeles más importantes. Soportó heroicamente, también él, las peores sevicias y guardó un silencio absoluto, sin dar ninguna indicación sobre nuestros colaboradores, nuestro trabajo, nuestros contactos con el Partido Comunista Francés y el Partido Comunista de Bélgica.

El enemigo no logró revelar ninguna de las informaciones trasmitidas directamente por nosotros desde el territorio francés durante toda la guerra. Tampoco la mayoría de los informes del grupo berlinés cayeron en sus manos porque los pasaban a través de Suiza y de Holanda.

Gilles Perrault describe con emocionante ternura las figuras de algunos de nuestros camaradas, Pero el lector ignora igual los nombres de muchos otros de nuestros combatientes, desaparecidos o que aún viven. Entre ellos debo reservar un lugar de honor a las veinticinco mujeres que, luego de desafiar todos los peligros, murieron en manos de los verdugos fascistas. Diez y ocho de ellas pertenecían al grupo berlinés. He aquí algunos de sus nombres: Mildred Harnack, Erika Brockdorf, Eva-Marie Buch, Oda Schottmüller. ¿Alguna pluma será capaz de relatar algún día lo que fue sus vidas de lucha, sus derrotas, sus victorias, las torturas padecidas, los últimos días y las horas finales antes de la ejecución?

¿Cómo evocar la tragedia de Lianne Berkowitz, de veintitrés años de edad, y de Hilde Coppi, detenidas poco antes de ser madres? Terminado el juicio, las dos jóvenes mujeres fueron ejecutadas después del nacimiento de sus hijos.

Los nombres de Suzanne Spaak, Myra Sokol, Sofia Poznanska, Suzanne Cointe, Käthe Voelkner y otros más, miembros de la Orquesta Roja, son ya sinónimo de heroísmo, nobleza e infinita devoción a la causa de la libertad y la dignidad humanas.

La mayoría de las ejecuciones capitales tuvieron lugar en los años 1943-1944, cuando la victoria era inminente. Séanos permitido creer que nuestros camaradas afrontaron la muerte con la certeza de que su combate había contribuido a la derrota del fascismo, que su sacrificio no era vano y que no sería olvidado.

Cuatro años nos separan de la primera edición de la Orquesta Roja. Una pregunta se plantea: ¿de dónde proviene el inmenso éxito del libro de Gilles Perrault? No pretendo explicarlo; pienso que se debe al hecho de que este libro responde a las aspiraciones de los hombres, a su oposición irreductible al chauvinismo, racismo, fascismo, antisemitismo, que

se vuelcan sobre el mundo en olas nauseabundas y bajo diversas formas.

Tengo la convicción de que mi amigo Gilles Perrault, o algún otro escritor, así como los combatientes que aún viven, entre los cuales me cuento, completarán en un porvenir no demasiado lejano la historia de la Orquesta Roja.

Firmado: Léopold Trepper-Domb



GILLES PERRAULT (París, Francia, 1931). Gilles Perrault (París, 9 de marzo de 1931) es el seudónimo de Jacques Peyroles, escritor y periodista francés. Estudió en París en el Collage Stanislas ingresando luego al Institut d'Etudes politiques en el que se graduó de abogado, profesión a la que se dedicó durante cinco años. Su padre fue abogado y su madre una de las primeras mujeres miembro del Parlamento francés llegando a ser vicepresidente de la Asamblea Nacional…

Después del éxito que tiene su ensayo *Les Parachutistes*, inspirado por su servicio militar en Argelia, se hace periodista con reportajes sobre la India de Nehru, los Juegos Olímpicos de Tokio 1964 y los problemas de los afro- americanos en los Estados Unidos. Después realizó investigaciones sobre aspectos poco conocidos de la Segunda Guerra Mundial. Con *Le Secret du Jour J* (1964) gana un premio del Comité d'action de la Résistance, pero es con *L'Orchestre Rouge* (1967) que obtiene gran éxito y prestigio internacionalmente.

En 1969 Perrault publica la novela, *Le Dossier 51* que lo hace merecedor en 1978 al Cesar Award como autor del guión de la película del mismo nombre dirigida por Michel Deville. En 1991 publicó *Nuestro amigo el rey*, en el que describe el régimen de terror, las torturas y las desapariciones en el Marruecos de Hassan II. El libro fue objeto de una gran polémica dado que hasta entonces en Francia se solía transmitir una imagen positiva del rey de Marruecos, principal aliado en el mundo árabe (de ahí el título del libro). Sus novelas *Les jardins de l'Observatoire* y *Go* son autobiograficas.

Actualmente, próximo a los 84 años, reside en París.

Notas [1] Naturalmente el autor ha respetado ese deseo. Por lo tanto Fortner es un seudónimo. << [2] Los automóviles equipados con detectores creados especialmente para el relevamiento de emisoras clandestinas en las ciudades<< [3] Pueblo de las Galias Belgas en tiempos de César. Su capital era Arras. (*Petit Larousse Illustré*)<< [4] Paul-Henri Spaak falleció en agosto de 1972, mantenemos el presente usado por el autor, puesto que el libro es anterior a su muerte. (*N. de la T.*)<< [5] El descifrado consiste en aplicar a un texto el código ya conocido.

El decriptado consiste en descubrir el sentido del texto «pescando» el código enemigo. << [6] El descifrado consiste en aplicar a un texto el código ya conocido. El decriptado consiste en descubrir el sentido del texto «pescando» el código enemigo. << [7] Jefe del Partido Comunista alemán.

<< [8] Seudónimo dado por el autor. << [9] Agreguemos que Moscú fue informado también con respecto a la «Operación Azul» —de manera muy completa— por la red de espionaje soviética instalada en Suiza que trabajaba con «fuentes» alemanas. << [10] Los sellos conmemorativos impresos en Alemania Oriental como homenaje a los jefes de la red berlinesa de la Orquesta Roja dan como fecha de nacimiento el año 1909. (*N. de la T.*). << [11] Margaret Boveri: *Treason in the Twentieth Century*, Putnam's Sons, 1963. << [12] Axel von Harnack: *Arvid und Mildret Harnack Die Gegennart*). << [13] Seudónimo dado por el autor. << [14] Allen Dulles. *Germany's Underground*, Mac Millan, 1947. << [15] Ambos fueron ejecutados después del 20 de julio de 1944. << [16] El más estupefacto era probablemente Robert Breyer, cirujano dentista, amigo de los Corbin, padrino de Denise, accionista de la Simex, «para prestar servicio». Su cabeza estaba en peligro… era para enloquecer. << [17] El primer V1 será lanzado sobre Londres en julio de 1944, casi un año después. << [18] En alemán, jovencita. << [19] Seguramente se trataba de neutralizar las confesiones eventuales de las hermanas de Saint-Germain, explicando, bien o mal, por qué la primera carta había sido despachada en Saint- Germain. <<[20] Allí se alojó un misterioso prisionero, conducido a Alemania por Pannwitz en el momento de la fuga, cuya identificación nos fue imposible. <<

[21] Sobrenombre favorito del Director para designar a los alemanes. << [22] Zoller, *Douze ans auprès de Hitler*, Fayad, 1942. << [23] La operación Müller-Bormann fue llevada con tanto rigor y decisión que nos hace sospechar un golpe armado desde un principio. Sigue siendo un misterio la intercepción del mensaje. Allen Dulles, entonces representante de los servicios norteamericanos en Suiza, afirma formalmente que no fue su obra ni la de los servicios británicos. ¿De quién entonces? No es imposible que Müller haya sido advertido por sus informantes de la misión Langbehn (la Resistencia alemana charlaba mucho) y bien puede haber llevado el caso a Hitler bajo la forma de un telegrama interceptado por sus servicios, aunque en realidad forjado…<< [24] Publicado en Francia con el título: *On n'a pas toujours du caviar*. (R. Laffont). << [25] Se ha pretendido que Schulze-Boysen y sus amigos formaron parte de las «fuentes» de Rössler pero no ha sido posible comprobarlo, y hoy los hechos desmienten tal hipótesis. Los informes del grupo berlinés y los del grupo suizo fueron diferentes. Schulze-Boysen tenía acceso a sectores económicos que Rössler nunca conoció. En cambio sus informes sobre estrategia militar parecen haber sido más minuciosos. Además si Schulze-Boysen hubiera contado con los trasmisores suizos, la inexperiencia de sus pianistas no habría constituido el problema que fue, y el Centro no le hubiera enviado a Kent como refuerzo en condiciones tan dramáticamente improvisadas. Es significativo también que la desaparición de la red berlinesa no modificó la información trasmitida por Rössler ni la redujo. Por fin una circunstancia precisa

demuestra que Schulze-Boysen no disponía de ningún contacto organizado con Suiza. En 1942, Horst Heilmann le informó que el Abwehr había «captado» un código inglés. Schulze-Boysen, preocupado por alertar a los ingleses trató de comunicarse con sus representantes en Suiza y entró en contacto con cierto Marcel Melliand, simpatizante de la red, quien pretendía que podía viajar a Basilea. Melliand aceptó prevenir a la embajada británica del descubrimiento del código y comunicarle asimismo el plan de ataque de la Luftwaffe contra un convoy aliado pronto a zarpar de Islandia con destino a Murmansk. Pero no pudo obtener la visa y el asunto quedó así. Si Schulze-Boysen hubiera sido una de las «fuentes» de Rössler le habría trasmitido las dos informaciones para que las pasara a Inglaterra puesto que Rössler trabajaba también para los servicios occidentales. <<

[26] El intérprete Siegfried Schneider desapareció y se ignora su paradero. Si lee estas líneas que sepa que su recuerdo sigue viviendo en el corazón de aquéllos a quienes demostró caridad. Su actitud fue un rayo de sol en las tinieblas, la prueba de que no había que desesperar del hombre y de que la bondad también podía existir en el universo implacable de la Gestapo. Según ciertos informes, Willy Berg, fiel a su profesión de fe, ingresó después de la guerra en la policía de Alemania occidental. De este modo sirvió sucesivamente al Kaiser, la República e Weimar, Hitler y no a Thaelman, muerto en un campo de concentración nazi, pero sí a su sucesor Ulbricht. Para los ex colegas de Berg, ésta es la prueba de que dejó escapar a Trepper. Creemos que, en tal caso, él lo sabría. Según un psicoanalista, la conducta de Berg es un perfecto ejemplo de lo que se llama «un acto fallido». Inconscientemente quería ayudar a Trepper y deseaba su evasión, pero tal deseo permanecía bloqueado al nivel de la conciencia. Berg hizo posible la evasión sin darse cuenta.<< [27] En el libro aparece con el nombre, de Kludow (G. P.). <<